HANDBOUND
AT THE
UNIVERSITY OF

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
Ontario Council of University Libraries

http://www.archive.org/details/revistaazulguti05guti

REVISTA AZUL

EL DOMINGO DE "EL PARTIDO LIBERAL"

MANUEL GUTIERREZ NAJERA

5

MEXICO

1896

AP
63
R495
1894a
t. 5

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 3 DE MAYO DE 1896. NUM. 1.

FANTASEOS

¡Ah vida obscura y misteriosa, penumbra vaga en que se adormece el espíritu como en esas naves solitarias de las viejas catedrales, las almas místicas; mágicas excursiones á ese mundo invisible del ensueño, á través de cortinas de niebla, rasgadas á trechos por la luz argentada del ideal!..... ¡Qué sugestivo refugio, qué escondido santuario! Se penetra calladamente en estos frescos oasis, se hace alto bajo frescos domos de verdura por los que desliza un rubio rayo de sol su mirada furtiva, se escucha el parloteo de los nidos..... ¡Buenas horas robadas á la faena diaria, al insidioso tráfago que forma parte de nuestro *yo* insustancial y efímero! Vida misteriosa y obscura: ¡qué estela luminosa, qué cauda cintilante dejas marcada en las profundidades de la conciencia, en esos amplios horizontes raras veces entrevistos, como ocultos por un velo detrás del cual tembiaran los objetos!

Polvillo de sueños, átomos danzantes encerrados en un haz de claridad, ecos dispersos, recuerdos de palabras oídas no se sabe cuándo ni en dónde, fragmentos de una existencia indecisa y lejana..... bregan y se agitan en las esfumadas riberas, mientras la barca avanza azotada por los vientos, crugiente y estremecida.—¿De dónde venimos al expirar esos momentos de profundo reposo?—Venimos de muy lejos: venimos de nosotros mismos; hemos penetrado en el interior de nuestro espíritu, allá, en la inexplorada comarca del olvido.

***

Todos, como decía el poeta, llevamos en el alma algo muerto, algo que hemos piadosamente enterrado y que nos complacemos en evocar en esos minutos de refinado éxtasis. Entonces, bajamos á la cripta en que yacen nuestros muertos y entablamos con ellos un diálogo sin palabras. Es lucido el cortejo y pasa pausadamente. ¡Chist! Dejad que mueva mis muñecos, los incógnitos habitantes de mis *islas pálidas*, dormidas en un mar que no se ha descubierto todavía, pero que lleva en sus aguas montones de cadáveres.

¡Oh esquisito dolor que te apoderas trágicamente de nuestro sér! sobre tu regazo reclinamos la soñadora cabeza dejando correr lágrimas consoladoras, porque no son nuestras, porque son lágrimas de todos los dolores y de todas las tristezas que han desgarrado el seno de la raza humana. Cadena de martirios, prolongación de torturas; no somos ya nuestros propios torturadores sino que abrimos los pechos de todos los mártires para arrancarles los palpitantes corazones.

***

De pronto, el fantasma se desvanece y la luz nos inunda: es el eterno amor que surge de la muerte.—Amor es luz y vida, capullo en los brotes nuevos y canto en las bandadas de ruiseñores. Y cuando aparece la emperatriz Primavera, con sus súbitos rubores en las mejillas de las vírgenes y sus rojos pompones en la esmeral-

da de los campos, las tumbas se cubren de flores y la muerte coquetea con las auras de Mayo, con las que traen en sus alas trémulas de pasión el secreto de muchos besos y las rimas de muchos poemas.

El viento del invierno se nos antoja como aliento de cementerios: hay en esas hondas frías rastros de lágrimas, y al chocar en las veletas de las torres semeja el sollozo de almas muertas.—El otoño es «una primavera vista en sueño.» Todavía el aire arrastra cosas tristes: hojas amarillentas que lloran los árboles, gotitas punzantes de nubes que cruzan el cielo. Pero Mayo abre sus pupilas azules y de su boca amorosa se exhala un soplo de azucena, una divina esencia que embriaga y enloquece.

Y entonces comienzan esos otros sueños, esos dementes éxtasis del imperecedero deseo, esos ardorosos anhelos de dejarse ir en una ráfaga acariciadora y besar millares de bocas ignoradas que nos tienden sus lábios carmesíes en todos los puntos del espacio.

***

Sed piadosos: dejad que el poeta se encierre en su vida interior, respetad su secreto, dejad que sueñe.....

Carlos Díaz Dufóo.

EL PERRO

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

El viejo Sr. Dechappes, sentado en el fondo de la victoria, con los riñones apoyados en un cojín bordado de escudos, balbuceó repentinamente, en tanto que por su larga cara miedosa de conejo blanco corrían innumerables arrugas:

—Los..... los caballos van muy de prisa.

Su yerno, el Sr. de Feul, arrojó una mirada á su mujer y, reprimiendo una sonrisa, dijo:

—Sí, sí, van muy bien.—Y elevando un poco la voz: El camino es bueno, agregó.

El Sr. Dechappes no se tranquilizó mucho con el tono firme, imperceptiblemente irónico, del joven, y vagos reflejos de inquietud pasaron por las aguas grises de sus ojos. Correctamente lavado, peinado, vestido, al unir sus manos enguantadas, tenía el aspecto de un viejo niño. De niño, conservaba las faltas, la gula y el temor; una vanidad pueril, pequeñas hipocresías. Su bienestar le era sagrado. Avido de miramientos, se obtenía todo de él, adulándolo. Su hija, preciosa cabecita de pájaro, acusaba el mismo propio egoísmo tranquilo, ya algo gruesa, perezosa como lo atestiguaba el abandono de su cuerpecito, maravillosamente vestido, echado hacia atrás. Sonreía á su marido, orgullosa de verse condesa y de vivir, gracias á él, en el alto mundo. La fortuna considerable del Sr. Dechappes, en otro tiempo fabricante de azúcar, le había permitido pagar el lujo de un yerno, capitán de caballería, conde y archiarruinado.

—¡Qué hermoso tiempo! exclamó el Sr. de Feul, mirando á su esposa.

Alto, de enérgica cabeza de *sportman*, de grandes bigotes sobre una barba corta que se había dejado crecer desde que presentó su dimisión de oficial, manifestaba hacia su mujer una deferencia llena de tacto, como marido que debe hacerse perdonar sus escapatorias de corazón y sus pérdidas de dinero; ella lo tenía amarrado por la bolsa cuyos cordones conservaba entre sus dedos, sin avaricia, pero una firmeza indolente, conocedora del arte de rehusar ó ceder á propósito de una sonrisa.

Así fué cómo, por agradar al conde, había aprobado la compra, muy cara, del dogo de Ulm, predilecto del príncipe Verschakoff, considerando con complacencia los saltos del admirable animal, que galopaba delante de los caballos, y volvía hacia ellos como para hacerse aplastar, saltando á sus frenos, con furiosa irritación del cochero que, enrojecido por la cólera, contenía el carruaje, pensando en un buen latigazo que, por lo demás, no se atrevería á descargar sobre Dragg, que había lacerado una vez el brazo de un palafranero brutal.

UNIV. OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES

AP63
R298
v. 5

—El.....perro.....asusta á los caballos! murmuró el Sr. Dechappes.

Su senectud declinante tenía miedo de todo; temía á los accidentes por las responsabilidades que engendran, temía á los ladrones hasta el punto de sudar de angustia en sus insomnios nocturnos; los atentados anarquistas habían quebrantado su salud. Jamás iba en un coche, sin temor, se alarmaba cuando sonaba el fuego de la chimenea, seguía con un interés enfermizo las partidas de caza, sobresaltándose con los disparos.

Esta vez el Sr. de Feul no se dignó contestar, pero leyó en el rostro de su mujer una súbita inquietud, lo que le hizo volverse hacia el camino, en los momentos en que los ladridos furiosos de Dragg hubieran por sí mismos llamado su atención. El cochero, en la previsión de un accidente, había moderado la marcha de los caballos.

—Dragg! gritó el Sr. de Feul, pero el dogo no lo oía. A pesar de rudas correcciones, permanecía aún en estado salvaje. Inofensivo durante unas semanas, repentinamente sembraba la muerte en los gallineros. Los mendigos, sobre todo, excitaban su aversión.

—Dragg!—repitió el conde con voz de trueno. Y añadió con todas sus fuerzas: Nada de palo, nada de palo, ó les salta encima! Aquí, Dragg!

Los caballos se habían detenido y la alarma se apoderó de todos. Un viejo mendicante, que se había levantado al oír el ruido del coche, acababa de atraer la cólera del perro. Con las garras extendidas, el hocico enrojecido, el cuerpo arqueado, pronto á un salto inminente, el animal dejaba oír su aullido de sangre. El Sr. de Feul sólo tuvo tiempo para saltar al camino, con el bastón levantado. El pobre era muy viejo, blanco de polvo y pálido de miedo. Su palo describía curvas torpes, rodeándolo de un círculo de inutil protección. Profería palabras que no se le oían, y su barba temblaba sobre su pecho con movimiento mecánico. Dragg comprendió que le iban á arrebatar su presa; el extremo del bastón lo rozó y saltó á la garganta del desgraciado.

El Sr. Feul se lanzó, lo tomó por el collar, gritando:—¡José ¡José!

Pero el cochero temía que sus caballos piafantes y enervados partieran, si él se bajaba del pescante. Perdió la cabeza y no saltó inmediatamente. Durante este espacio de tiempo, Dragg, insensible á los bastonazos que le administraba su amo, ahogaba al mendigo entre sus patas, lo mordía bajo sus uñas. Y aquel hombre, con los ojos horriblemente abiertos, no se atrevía á respirar, con una agonía terrorífica en su semblante. El conde, sacudiendo furiosamente á Dragg, se sofocaba, enloquecido con los gritos de su mujer, los agudos quejidos de su suegro, y la lucha, que sentía detrás de él, de José con los caballos atemorizados.

—Dragg! prorrumpió por una última vez, con los ojos extraviados. A aquel grito que proclamaba el peligro, las órbitas del mendigo dieron un cambio, mostrando la parte blanca. Feul lo juzgó muerto; cególe un frenesí, recordó que su bastón estaba armado de un estilete, lo desenvainó, y como un asesino traspasó, golpe sobre golpe, el cuerpo del dogo. Los horribles alaridos que lanzaba el animal acabaron de trastornarlo; hirió de nuevo, delirante; la sangre corría sobre el mendigo inerte: Feul tenía las manos y los pies cubiertos de ella.

Un horrible silencio sucedió al tumulto. Dragg agonizaba. Los caballos se habían calmado. José, que había acudido, miraba azorado, estúpido. En el carruaje, la Sra. de Feul, tendida, pálida, parecía próxima á desmayarse, con los ojos y la boca abiertos. El Sr. Dechappes, amoratado, con la mirada fija, semejaba herido de parálisis. El Sr. de Feul miraba su estilete enrojecido, y sin saber cómo limpiarlo lo tendió á José que arrancó un manojo de yerba y frotó con él la lámina.

El viejo mendigo había vuelto á abrir los ojos; y consideraba la escena, sin moverse. En aquel momento, una última convulsión puso rígido el cuerpo del dogo, sus ijares anhelantes se aplanaron: estaba muerto. Al ver esto, el Sr. de Feul se sintió acometido de un acceso de furor y se puso á injuriar al mendigo.

—Con tu bastón has excitado al perro, animal! ¿Cómo que no? Si creerás que no lo he visto. Anda, bruto! Voy á hacerte aprehender por la policía. Un perro como éste, que vale cien veces más que tu cochina vida! Viejo bestia, vagabundo estúpido!

Su exasperación cambió de rumbo, al apercibir que, entre la camisa abierta del anciano, co-

376691

ría un hilo de sangre, de una mordida, afortunadamente poco profunda, en el cuello.

—Has tenido suerte en que no te haya devorado vivo. ¿Hase visto nunca algo semejante? Con tu pellejo no tenía ni para un bocado..... ¿Pero se siente usted malo? Eh! ¿Está usted sordo? Le pregunto si le ha hecho daño.

El viejo vaciló entre el deseo de quejarse y el miedo de ser maltratado. Se había hablado de policía y esto no era de su agrado. Y sin embargo, no era suya la culpa. El perro fué quien había saltado, y él no había hecho nada, oh! seguramente que no.

Feul, de regreso en el coche, se lamentaba:

—Un perro semejante por un sér de esta especie.

El Sr. Dechappes no lograba emitir el menor sonido. La Sra. de Feul, práctica, compasiva también, pensando en la diputación de su marido, preveyendo todos los obstáculos que la maledicencia de los vinateros y campesinos de la comarca podrían suscitar, murmuró:

—Este pobre hombre parece herido. Es necesario llevarlo al castillo, hacerlo cuidar en casa.

—¡No faltaba más!—exclamó el conde indignado.

—Sí, creeme; está en tu....

Y reprimiéndose:

—En nuestro interés más todovía que en el suyo.

Y agregó algunas palabras convincentes y decisivas, en tanto que el Sr. Dechappes aprobaba con la cabeza. Pero el Sr. de Feul no podía consolarse de haber sacrificado su dogo á tal individuo, á aquella «horda miserable», como la designaba, echando votos.

—Déjame hacer, exclamó la Sra. de Feul.

Por orden suya, se decidió al mendigo, no sin trabajo, á que se subiese al pescante, mientras que José y el Sr. de Feul hacían á un lado, y ocultaban bajo un montón de ramas el cadáver de Dragg; que muy pronto vendríase á buscar en una carreta. Los caballos partieron rápidamente, siguiendo la carretera constelada de manchones de sombra y de salpicaduras de sol. E hicieron una entrada impresionista en el castillo.

La Srs. de Feul hizo cuidar al vagabundo y por todo el país se repartió la noticia de que el Sr. de Feul, con peligro de su vida, había arrancado al viejo del furor de Dragg, que había sostenido un combate terrible con el perro, y que, al defenderse, lo había traspasado con su bastón de estoque. Los reportes vinieron á entrevistarlo. Hicieron de él un héroe. El mendigo, alimentado en la cocina del castillo, grueso y reluciente, contribuyó á la leyenda, demostrando con su buen aspecto la generosidad de los Feul. Este acto valió al conde cien votos más en las elecciones, merced á los cuales derrotó á su adversario, un médico radical que se arruinó distribuyendo, á modo de panacea universal, frasquitos de antipirina á todos sus partidarios.

Dragg tiene su tumba en el parque señorial. El Sr. Dechappes no se atreve ya á salir en coche.

Paul Margueritte.

LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve;
su pico es de ámbar del alba al trasluz;
el suave crepúsculo que pasa tan breve,
las cándidas alas sonrosa de luz.

Y luego, en las ondas del lago azulado,
después que la aurora perdió su arrebol,
las alas tendidas y el cuello enarcado
es de plata, bañado de sol.

Tal es, cuando esponja las plumas de seda,
olímpico pájaro herido de amor,
y viola en las linfas sonoras á Leda,
buscando su pico los labios en flor.

Suspira la bella desnuda y vencida
y en tanto que al aire sus quejas se van,
del fondo verdoso de fronda tupida
chispean lascivos los ojos de Pan.

Rubén Darío.

TAPALIGUI

El rico pueblo de Niceya se preparaba á celebrar en la tarde de aquel día, una de sus grandes fiestas religiosas y tradicionales. Diversos mensajeros habían recorrido la comarca, convocando los pueblos á nombre de su señor, en fe de lo cual les mostraban una caña coronada de plumas; y los vasallos, acostumbrados á obedecer ciegamente, habían acudido presurosos. La gran plaza que hacía frente al templo del sol, estaba llena de un abigarrado gentío que metía mucha bulla, impaciente porque llegase la hora en que comenzarían los bailes y ritos, todo lo cual vendría á parar al fin y á la postre en una inmensa borrachera, y bien sabido es que el embriagarse ha sido en todo tiempo el placer favorito de los indios.

Dos horas antes de la puesta del sol llegó el cacique Nambi, seguido de numeroso acompañamiento de nobles cortesanos y guerreros. Venían todos muy engalanados y compuestos, luciendo magníficos plumajes y collares. Distinguíase el cacique de los señores que formaban su séquito, por la corona de plumas con cerco de oro que ostentaba sobre la cabeza. Adelantóse majestuosamente el cortejo hacia el templo, frente al cual estaban dispuestos numerosos banquillos en que se sentaron Nambi y los suyos, porque en los bailes de aquel día sólo debía tomar parte la gente plebeya. Dividiéronse los hombres en dos filas compactas, y colocándose la una enfrente de la otra, sonaron los atabales y rompieron todos á bailar, cantando y haciendo muecas y contorsiones extravagantes.

La danza comenzó grave y pausada, mas pronto se fué avivando á medida que iba creciendo el bum bum de los panderos. En breve estuvieron los danzantes en estado de extraordinaria excitación; jadeantes y cubiertos de sudor, se meneaban y retorcían cada vez más aprisa, sin demostrar cansancio alguno; y el sol, próximo á ocultarse detrás de las montañas, coloreaba fantásticamente el cuadro con sus rayos cobrizos ya casi apagados.

De pronto aparecieron muchas mujeres trayendo vasijas llenas de una chicha de maíz muy fuerte. Repartiéronse por entre los danzantes, los cuales sólo se paraban un minuto para bebar y luego seguían agitándose con movimientos epilépticos. Otro grupo más pequeño compuesto de las más hermosas doncellas de Nicoya,—pueblo famoso por la belleza de sus mujeres,—se dirigió hacia donde estaban el cacique y los nobles señores que le acompañaban. Al frente de las demás venía una preciosa muchacha de dieciseis años. Quedáronse todos embelesados al verla adelantarse á pasitos cortos, con el cántaro graciosamente apoyado en la cadera; su lindo y bronceado cuerpo, casi totalmente desnudo se movía al compás del pausado contoneo de su marcha. «Es Miri, la hija de Coyopa,» dijo una voz. La muchacha fuése derecha al cacique y le convidó á beber, en tanto que sus compañeras hacían lo mismo con los demás señores. Nambi tomó el precioso cántaro que le alargaba la doncella y lo llevó á sus labios, clavando al propio tiempo sus ojos de sátiro en la hermosa nicoyana.

Bebieron todos copiosamente, menudeando desde aquel instante las libaciones; y si las mujeres no se cansaban de escanciar la chicha, los danzantes y espectadores tampoco parecían hastiados de beberla. Entre Nambi y los suyos circulaban también jícaras de chocolate, rico y noble brevaje de que sólo hacían uso los grandes; y de vez en cuando trafanles las mujeres hojas secas de tabaco, y ellos, después de arrollarlas en forma de cilindro y atarlas con hilos de cabuya, encendíanlas por un extremo, absorbiendo con delicia el humo que exhalaban por el otro.

Llegó la noche y no por eso ceeó la fiesta que ya había degenerado en asquerosa orgía, siendo la embriaguez general. Muchos de los danzantes habían caído pesadamente en un estado semejante á la muerte, ó andaban de aquí para allí, tropezando y haciendo ademanes estrafalarios; algunos llorabau á gritos ó reían con esa risa estúpida de los borrachos; otros daban muestras de la más desenfrenada locura y se revolcaban en

el suelo, lanzando alaridos que infundían pavor. Las mujeres recorrían la plaza, buscando á los suyos á la luz incierta de las estrellas, y cuando los encontraban caídos en el suelo, alzábanlos para irlos á poner al abrigo de sus chozas. Pronto ya sólo quedaron en pie Nambi y dos ó tres de sus cortesanos, bebedores intrépidos. El cacique era reputado como el primer bebedor de su tierra, lo cual contribuía no poco al respeto y admiración que por él tenían sus vasallos; era además hombre tan corrompido y de tan malas costumbres, que su depravación le había valido el nombre de perro, porque Nambi quiere decir perro en lengua de Chorotega.

El cacique no había cesado durante toda la fiesta de mostrar á Miri con miradas y palabras la impresión que sobre él hacía su hermosura excepcional, pero la doncella no parecía notarlo. Cuando volvió á la plaza por la centésima vez, trayendo más chicha, ya sólo quedaba en ella un hombre que no estuviese caído en el suelo: este hombre era el cacique. Miri lo divisó en la penumbra sosteniéndose aún sobre el banquillo, pero dando muestras de estar ya completamente borracho; acercóse á él, y viendo la imposibilidad en que estaba de sostener el cántaro con sus propias manos, arrimóselo á la boca. Tragó Nambi cuanto le fué posible, interrumpiéndose á momentos para dar un resoplido de satisfacción; de pronto pareció despertar y se puso de pie violentamente, enlazando el cuello de Miri con sus brazos temblorosos y torpes; pero ella, al sentir sobre su cara el aliento quemante y fétido de aquel hombre, sintió un asco profundo, invencible y lo rechazó con ira. Vaciló el cacique, hizo un esfuerzo para mantenerse en pie, pero vencido por la borrachera, cayó por fin como los demás. De todos los que asistieron á aquella fiesta, músicos, danzantes y espectadores, era el último que caía.

No bien hubo rodado Nambi en el suelo, y como si hubiera estando esperando este momento, cuando Miri echó á andar rápidamente hacia el golfo al través de la plaza. El espectáculo que entonces presentaba este sitio era repugnante y lúgubre. Por todos lados yacían los actores de la fiesta en las posturas más estrambóticas; algunos gemían y se agitaban, sin duda presos de horrible pesadilla; otros roncaban como tubos de órgano; los más parecían muertos. Aquello se semejaba á un campo de batalla abandonado después de la refriega, ayudando á la ilusión las sombras de las mujeres que vagaban en busca de sus maridos, padres ó hermanos, como los miserables que van en pos de los ejércitos y que sólo aparecen en medio de las tinieblas, cuando duermen los vivos y agonizan los heridos.

Miri prosiguió su marcha sin cuidarse de lo que á su alrededor pasaba. Sabía que en aquel momento no se hallaba en todo Nicoya un hombre capaz de seguirla, y que las mujeres estaban demasiado atareadas para que su curiosidad fuera cosa de temer. Pronto llegó á la playa. La mar estaba en completa calma; pequeñísimas olas venían á lamer las arenas de la orilla murmurando suavemente, como para no romper la armonía de aquella espléndida noche de los trópicos. Millares de estrellas brillaban en el cielo de color azul tan opaco, que más parecía negro; y un soplo apenas perceptible hacía temblar la cresta de las palmeras. Fuertes aromas exhalados por los bosques de la orilla, llenaban la atmósfera de cierta voluptuosidad inexplicable que enervaba los sentidos, y en tonos discordantes sonaban esos mil ruidos extraños de la naturaleza adormecida. La muchacha seguía corriendo por la playa, en cuya arena, tibia aún del calor del día, se hundían sus piesecitos. Al llegar á una ensenada se detuvo, tomó aliento y silbó de una manera particular; un segundo después le contestó á lo lejos otro silbido igual. Trascurrieron dos minutos durante los cuales sólo se oía el flac-flac del agua; apareció entonces un hombre viniendo de la espesura; avanzó algunos pasos con precaución y esperó.

—Tapaligui, llamó Miri.

—Yo soy—respondió el interpelado aproximándose. Era éste un indio de elevada estatura y ademán resuelto. Traía la mitad de la cabeza rapada, y el resto de los cabellos formando un empinado cono, de cuya cima recaían en forma de borla, indicio de que aquel hombre era un gran guerrero. De su cuello pendían algunos collares, y en la mano derecha empuñaba una lanza de punta de obsidiana, lo que parecía indicar que no se hallaba en tierra amiga.

—¿Por qué has tardado tanto, Miri? preguntó el indio en tono de reconvención.

—No me ha sido posible venir antes, Tapali-

gui, señor mío. La fiesta ha durado mucho y yo tuve que servir á Nambi.

—¡Perro miserable! exclamó el indio. Hubo una pausa, después de la cual añadió con voz insinuante:

—Mi choza te espera, Miri. Diez esclevas chondales te servirán; mullidas pieles de tigre serán tu lecho, y los más lindos collares de piedras verdes adornarán tu cuello.

—Soy tu esclava, Tapaligui; mi mayor deseo es vivir en tu choza; pero, ¿olvidas acaso á mi anciano padre? ¿Quién molerá su cacao y su maíz; quién pondrá á secar las hojas verdes del tabaco cuando Miri no esté allí para hacerlo? Recuerda que no tiene más hija que yo.

El indio bajaba la cabeza convencido por las razones de su amada, porque entre aquella gente salvaje el respeto y amor á los padres era un verdadero culto.

—Además, prosiguió Miri, tú eres el enemigo mayor que tiene mi nación, y mi padre se moriría de pena al saber que estoy en tu poder.

Tapaligui meditó un rato, buscando sin duda una solución favorable á sus deseos; levantó en seguida la cabeza y dijo con soberbia:

—Bien haces en no abandonar á tu padre, Miri, pero yo te he jurado que has de ser mía y Tapaligui sabe hacer que se cumplan sus deseos. Si tú no puedes separarte de tu padre y él no ha de querer venir de grado con nosotros lo llevaré prisionero contigo á Chira, después de matar á Nambi y saquear á Nicoya.

Miri escuchó el terrible proyecto con naturalidad, y hasta le pareció bien, pues tales eran las costumbres de aquellos pueblos que vivían en continua guerra unos contra otros, y para quienes la ley del más fuerte era la única ley. El bizarro Tapaligui era muy capaz de llevar á cabo su arriesgada empresa. Hijo del cacique de Chira, Niquer, era sin duda el guerrero más esforzado de su nación; su valentía y extraordinaria fuerza le iban conquistando gran reputación y fama entre todos los pueblos del Golfo de Orotiña, y su nombre era temido y respetado hasta los confines del gran cacique Niqueragua.

—Cuando el sol haya brillado diez veces en el cielo, continuó el indio, volveré con los guerreros de mi padre.

—¡El día de la gran fiesta del sol! exclamó Miri asustada.

—Ese mismo; será una magnífica sorpresa y esta vez no escapará Nambi de mis flechas.

Tapaligui dijo estas últimas palabras con un acento terrible, en que apuntaba un odio salvaje y reconcentrado, odio hereditario entre los caciques de Nicoya y de Chira, y que á cada instante reavivaban las sangrientas guerras que se hacían los dos pueblos. Además, Tapaligui había vivido en Nicoya durante algunos meses en calidad de rehén, porque era costumbre entre los indios cambiar rehenes cuando después de un tiempo de guerra acordaban suspender las hostilidades, para así evitar sorpresas. Nambi, hombre rencoroso y de pasiones bajas, había tratado con dureza á su prisionero, y éste juró vengarse. Hubiéralo hecho ya, á no haber sido por el recuerdo de la dulce Miri, á quien había conocido y amado durante su cautiverio.

El primer destello del nuevo día vino á indicar á los amantes la conveniencia de separarse. Aproximóse el indio á la mar y lanzó un grito gutural y de modulación extraña. Un instante después apareció, avanzando sobre las aguas, una canoa tallada en el tronco de un árbol; venía tripulada por dos hombres. Tapaligui saltó en ella, y la embarcación se alejó rápida y silenciosa. Cuando hubo desaparecido con dirección á Isla de Chira, Miri regresó corriendo á Nicoya.

Ricardo Fernández Guardia.
Costarricense.

[*Concluirá.*]

¡OH POETAS!

¡Nosotros, los cansados
De la vida, los pálidos, los tristes,
Los que vamos sin rumbo en el mar hondo
De la duda, entre escollos y entre sirtes!
¡Nosotros, los ceñudos,
Náufragos, soñadores de imposibles,
Los que damos en cláusulas candentes
El corazón, aunque sangriento, virgen!
Nosotros, los cobardes
De esta contienda mundanal y horrible,
Porque sentimos el dolor ajeno,
Porque gemimos ¡ay! por los que gimen.
Nosotros, los que vamos
Sin saber nuestro fin ni nuestro origen,
Con los ojos clavados en la eterna
Sombra, en busca de un astro que nos guíe:
Ya que no nos es dable
Ver la virtud preponderante y libre,
Pero sí el llanto y la miseria abajo,
Y en la eminencia el deshonor y el crimen;
Ya que todo se quiebra,
Pero el dolor al ímpetu resiste
De la ciencia y la fe, ya que el esfuerzo
Del hombre es humo y para nada sirve;
¡Ya que el siglo expirante
Rueda á la noche lóbrega y sin límites
De la insondable eternidad, cual monstruo
Negro, mudo y brutal como la esfinge;
Llevando en su carrera
La santa fe del corazón, y horrible,
Sacudiendo la garra ensangrentada
Como al alzarse de la presa el buitre!
¡Ya que el talento es sombra
Y luz el oro, con la cual consiguen
Los perversos las honras, las conciencias,
Y hasta el azul donde el Señor sonríe!
Ya que la enorme enferma,
La humanidad, aunque solloce y vibre
Como el mar en su lecho tenebroso,
Del cielo ni una lágrima recibe!
¡Ya que la fuerza bruta,
Ciega, no opone á sus desmanes dique,
Y con sobra de saña y de fiereza
Echa el dogal y la garganta oprime!
¡Dejemos las endechas
Empalagosas, vanas y sutiles:
No más flores, ni pájaros, ni estrellas.....
Es necesario que la estrofa grite!
¡Nuestra misión es santa;
No malgastemos en estrofas ruines
La sacra inspiración que en nuestras frentes
Arde con lampos de gloriosos tintes!
¡Bajemos al abismo!
Del humano dolor: allí residen
Aspides que se enroscan y babean!
¡Trasgos que se retuercen y maldicen!
¡Bajemos á ese infierno
Poblado de sollozos, donde viven
En espantoso maridaje, el hondo
Grito blasfemo y la plegaria triste!
¡Y enjuguemos el llanto
De todos los eternos infelices
Que ante el dolor sacuden los cabellos
Como el corcel indómito las crines!
¡Quejémonos, hagamos
De la lira un ariete irresistible
Para romper el mal, y altivos demos
Aliento á la virtud, látigo al crimen!
Quejémonos, hagamos,
Si queremos ser grandes y ser libres,
Un ramal de las cuerdas de la lira
Para azotar con él á los serviles:
¡Que á nuestra voz desciendan
De lo alto, como míseros reptiles,
Todos, todos los déspotas del mundo!
¡Todos, todos los Judas y Caínes!
Y no temamos nada:
¡Aunque nos escarnezcan y castiguen,
Odio al cuervo, al murciélago y al buho!
¡Loor al lirio, á la paloma, al cisne!
¡Insulto, eterno insulto,
Para los jueces que la ley infringen,
Para el cadalso, formidable pulpo,
Que hace de sangre y llanto sus festines;
¡Oremos ante el ara
De la suprema redención, y el liquen
Del mal, prendido á las nacientes almas,
Despedacemos con furor de tigres!

¡Con nuestros rudos cantos
Vengadores, valientes y terribles,
Arranquemos las máscaras hipócritas
Y escupamos el rostro de los viles!

¡Para que así, cuando la sorda muerte
Nuestras bocas y párpados enfríe,
Olgamos el aplauso de los buenos
Al rodar en la gran noche sublime!

Julio Flores.
(Colombiano)

UNA BALADA Y UNA IMAGEN

Los cielos estaban cenicientos y tristes;
los hojas, encogidas y muertas.
EDGARD POE, Ulalume.

I

Yo he visto el Otoño, esta tarde, como un niño inquieto,—me dijo ella, en voz muy baja.—Una guirnalda de hojas bronceadas ceñía su frente,—y bucles de oro labrado se empañaban en su cuello,—y nacía de sus ojos misteriosos una laxitud inmensa y una desolación sobrenatural. Pero sus labios estaban ensangrentados y vivos como el sol de las islas felices,—y en relámpago de vida tenía extraña seducción,—me dijo ella, en voz muy baja.

No se atrevió á decirme nada y yo no me atrevía á hablarle. Y así nos estuvimos inmóviles, no sabiendo si existíamos ó si soñábamos nuestras propias sombras,—formas negras en relieve sobre el crepúsculo, me dijo ella:—Y, en el silencio de la naturaleza obscura y violácea,—caían las gotas de lluvia sobre los follajes;—y el cielito húmedo y los arbustos febriles, y el estanque apático y horizontal, y los altos rosales balbucientes,—todo eso parecía presto á irse sollozando—en la gran edad temerosa de la estación que se siente morir.

El fanal rojo y dorado no titilaba en la esclusa,—y los sauces estaban tristes, los mimbres abandonados, y el viento mismo no decía nada, y nosotros nos mirábamos con fijeza.—Pero al fin comprendí el sentido de todo aquel silencio, y que delante de mí no estaba un niño inquieto—sino el profundo Otoño mismo,—el taciturno, pagano y puro Otoño que no se ve jamás,—dijo ella, en voz muy baja.

Y entonces, como nadie nos veía y como él era tan bello,—tuvo, sí, un deseo singular, me dijo ella: y sin duda él también lo tuvo, pues se acercó suavemente,—acariciando mis ojos con sus ojos desesperados,—y yo estaba deliciosamente helada por la angustia y por la noche.—Pero como yo esperase, con los párpados caídos, el beso del bello Otoño,—sentí solamente, pobre desposada de la melancolía,—que él se inclinaba para posar en mis manos abiertas el incendio de sus labios;—ensangrentados y vivos como el sol de las islas felices.

Y cuando miré no ví nada,—sin duda él temía mis labios reales.—Y oí una fuga ligera á lo largo de los mimbres tenebrosos:—y entonces, entré y te he encontrado aguardándome cerca de la lámpara.—Y después que mis manos han conocido el cálido y húmedo beso del Otoño,—me parece que he tocado una mortal y maravillosa flor de los trópicos,—una flor de carne venenosa é invisible que me ha desolado en toda el alma,—en toda mi almita, oh mi amigo; y he tenido mucho miedo—me dijo ella, en voz muy baja.

II

SLUIKIL, EN HOLANDA.

La casa antigua á la orilla del canal, con sus ventanas como ojos con cercos amoratados,—y sus puertas en que tirita el viento frío, y los herrajes de su pared enmohecida,—la casa antigua es tan pobre que no posee sino su propia sombra;—ella la prolonga en el agua muerta y allí se mira con simetría su rostro extravagante,—como enfrentándose á sí misma y reprochándose su monótona existencia.

Qué pobres son las flores en redor, y qué vie-

jas las empalizadas! Había allí girasoles, hoy podridos y negros; los geranios se han agotado bajo aquel cielo gris:—una boya descompuesta duerme sobre la arena del cercado,—y hacia el cobertizo lleno de verdosa sombra, reposa el aljibe desquebrajado,—en donde gritaba la polea con el grito herido de los pájaros que el Norte ahuyenta.

Por allí no pasa nadie, casi, ó apenas encorvados marineros indiferentes, que tienen bastante con su fatiga para compartir la tristeza de aquellos escombros abandonados. Y como la chimenea está siempre fría, allí no se detienen las gaviotas;—y como no hay luz, las mariposas van á morir á otra parte;—y la casa antigua es así viuda de todo cuanto vive, resignada á la orilla del canal.

El crepúsculo rosa no le pone atención cuando se tiende indolente sobre el herbaje y sobre el agua;—y los álamos no miran hacia ella, ni hay niños que vayan á jugar porque la aldea está distante;—la yedra misma no trepa; porque la arranca la brisa marina. Así está sola la casta muerta, amarilla y desdentada, con las miradas inútiles de sus ventanas.

Y en las sinuosidades del canal, sobre las orcas remolcadas que por ellas se deslizan,—con un ruido muelle en el agua grave y plegada,—sobre las orcas de alegres cabañuelas verdes y blancas, las niñas se detienen á jugar, corriendo por la orilla plana. Y ven pasar la casa, y pasar la sombra desolada,—con un dedo sobre los labios y los rubios cabellos enredados sobre las cejas,—como si viesen una aparición maligna.—Y de repente sienten frío.

Camilo Mauclair.

MEDIO-EVAL

A N. Bolet Peraza.

Allá, en la cima de la abrupta roca,
Temeroso castillo se levanta,
Como condor de piedra
Que en la cresta del monte plegó el ala.

*

¡Y allí fué la lisonja!
Que es la lisonja la protéica esclava:
Para Dios, culto; aplauso para el Genio;
Y armonía de guzlas concertadas
Para el Señor que mora
En la cresta del monte, como el águila.

*

Y mientras hieren sus acordes guzlas
Juglares mil, en el castillo, y cantan,
Los héroes muertos por la patria gimen
En la gehena del olvido ingrata.
Las vírgenes suspiran
De rosas coronadas,
Temblantes como pétalos,
Por estrofas y lágrimas.
Los mirlos se enamoran, y sacude
Su crencha sinuosa la fontana;
Ilumina el palacio del vacío
—Araña sideral,—la vía láctea;
Y surge melancólica
De los silos del alma,
Como infeliz Niobe,
La imagen de la Patria.

*

Mas pulsan los bohemios trovadores
Sus guzlas acordadas,
Y á fuerza de tanto himno mueve el céfiro
Torpemente las alas.

*

¡Ascendió la lisonja!
Pero ascendió como reptil, á rastras,
Hasta la cima de la abrupta roca
Do el castillo se alza,
Como condor de piedra
Que en la cresta del monte plegó el ala.

Rufino Blanco Fombona.

(Venezolano).

COSAS OIDAS

LA BOMBONERA

Eglantina.—20 años: pinta en raso cuero y tul de abanico muy medianamente: aplaude sin entender los grabados de periódico que reproducen caprichos de Lengo: mienta á menudo á Rembrandt: perece por los objetos japoneses que se venden al menudeo; destroza sin piedad la música rusa ó polaca, frecuenta la sociedad; carita felina que no carece de gracia, escote aterciopelado, colores sobrios en el traje, joyas simbólicas, y llama á Marcos Nuño, poeta distinguido: «*Un joven dependiente que nos irrita, un pobre muchacho cursi, pero de talento.*

Marcelo Costa, 28 años, cinco meses de permanencia en París en hotel de cuarta clase. Copia los trajes estrepitosos de los dependientes de sedería. Mimado por las señoras; sabe las obras de la Baronesa Stoffe de memoria: corta moldes, dibuja monogramas y prepara pastas para la piel. Traslende á «*crab apples blossorus*» de la «*Crown Perfumery.*»

Flirtea con Eglantina. Toma las manos de las damas y les hace una especie de *massage* para decirles la buena ventura.

Rosa.—Incondicional admiradora de Leontina y su perpetuo testigo de cosas falsas. Tiene por ella la devoción de los tontos.

Serafina.—Charlatana incorregible. «El Diario de los Debates» le puso su último novio. Es una gacetilla de salón.

«Five o, cloch tea.» Forman grupo aparte en una góndola, falso tapiz gobelino con fondo pastoril, un *pouf* pintado y un taburete.

Rosa.—Dos horas hace que estoy parada. Me responden, ó no? Toman el thé solo, ó con kirsch, ó con leche; con limón ó con.....

Marcelo.—Ganimedes era la diosa de las bebidas.....

Eglantina.—Yo creí que era un hombre.

M.—En mitología, lo mismo da, se usa de los géneros indistintamente.....

Rosa.—Vuelvo á preguntar, toman.....?

En coro.—Solo, para todos.

M.—Pues al hecho; sus tazas *¿cakes? ¿gaufrets? ¿Maries?*..... Les recomiendo estas *sodas* con mantequilla.....

Serafina.—Tengan las *sodas* y siéntate.....

Marcelo (á Leontina). Realmente trae Ud. un museo en todo su cuerpo. Una horquilla de las ricas, remota japonería en el peinado; una miniatura veneciana como prendedor, cinco alfileres constelando el talle, ¿qué son?

Eglan.—Detalles de una corona italiana á lo Benvenuto Celllni, ¿no dice Ud?

M.—Veo que aprende usted mis lecciones. Después estas pulseras, una de acero con letrero: *Est plus lourd celle qui a dons un coeur ton esclave.* Por supuesto que esta argolla de acero, este grillete pavonado, es un trofeo amoroso..... con lema de un francés discutible.

Eg.—No..... ¡trofeo! un recuerdo de Londres, una francesa lo regaló á un marino inglés y éste á mi padre.

M.—Su padre de usted fué?.....

Eg.—No, pero sí cónsul!

M.—Ah! Prosigo. El reloj es delicadísimo, un escarabajo de malaquita y bajo los elitros la carátula *¡charmant tout à fait!* Tarjetero capitonado con plata antigua..... esta lagartija persiguiendo al caracol es deliciosa ¿y esa bombonera? ¡Ah, estilo Luis XV? Sí, en la forma, pero el asunto es moderno: un *steeple chase* de amorcitos que persiguen á un corazón desbocado..... Y por qué se enciende usted, Leontina? ó que recuerdos?.....

L.—Ningunos. Palabra. Ese ni me acuerdo... ¡ah, sí, un joven alemán que tenía negocios con papá!

Ser.—¡Hija, es la décima leyenda que te oigo sobre esa bomboneral Primero fué tu primer novio, pero eso no es cierto; hace seis años que lo tuviste, no se usaban; después, un Capitán de buque que te prometía anclar si le correspondías.

En seguida aquel joven minero que hoy vive en Europa, el que se quiso matar; una institutriz de una amiga cuyo novio murió asesinado; tu mamá que la heredó de tu abuela, á quien la regaló un ministro del Imperio..... y no hace tres días asegurabas que sencillamente tu hermano la había comprado en un remate. ¿Qué tiene de misteriosa, que no dices la verdad?

M.—Esa verdad, que la diga!

R.—Cuéntala..... ¿lo digo?

E.—Te prohibo Rosa... ¡En fin! qué importa? la verdad es esta; Cuando nos fuimos á los Estados Unidos en *Manhanatam beach* conocí á un húngaro, un hombre rico, pero desgraciadamente tísico. Su cuarto quedaba junto al nuestro y una noche lo oímos toser tanto, quejarse de tal manera, moverse en su cama, que..... entramos á verlo. Se moría, nos pedía agua á señas.

M.—A señas húngaras?.....

L.—No interrumpa usted..... no sea incorrecto. Bueno, pues que se agravó y lo seguimos cuidando, ¡pobre señor! Yo no sé cómo dicen que la tísis es poética. Me daba asco el pobre, pero por caridad..... pues, me vencía y ahí me tienen ustedes dándole sus papeles, sus píldoras, hasta que estuvo mejor, y se fué á Italia.....

M.—Bueno, y la bombonera?.....

E.—Calma. Allá voy. Ni más me volví á acordar, cuando como á eso del año, ¿verdad Rosa?

R.—Cierto. Recibiste un bulto.

E.—¡Ya lo oyen! No digan que invento. La señora hermana de él, una monja del *Sacre Cœur*, me mandaba esto en recuerdo de Fermín ó Florín, no recuerdo, no se leía bien.

M.—La carta estaba en húngaro?

E.—No, en español, digo en fraucés, que no lo hablo pero lo traduzco.

M.—¡Ah sí! como aquello de *¡fleur de pastel!* Flor de bizcocho.....

E.—Si siguen burlándose..... Pues, sí, como iba diciendo, que en recuerdo me mandaba eso, le puse pastillas transparentes y aquí está!.....

M.—De modo que esa es una bombonera fúnebre..... una bombonera póstuma, una bombonera.....

E.—Una bombonera que traigo, no para que se burle usted de ella, grosero, no porque me guste, es demasiada pesada, sino porque fué la que encontré más á la mano..... y me es igual!

M.—Oh, la indiferente.....! Las cenizas de ese joven turco, las cenizas de ese húngaro..... Silencio. Van á cantar.

Marcos: (Poeta. El joven dependiente cursi, etc., que dice Eglantina.)

Luis (su amigo de infancia.)

(Reclinados en sendos troncos de árbol, las bicicletas en tierra; recuerdan la vida estudiantil.)

Luis.—Y Eglantina? ¿te acuerdas?

M.—Cómo no. La famosa artista. Pobrecilla, y eso tengo que agradecerle, con todos es terrible, pero conmigo se ha portado bien..... ¿para qué es más que la verdad? No creo que me haya amado nunca, pero al menos, durante el simulacro de relaciones en que perdí.. ...

L.—El corazón.....

M.—Nó, el empleo; supo ser, lo que debe serse. Todavía me acuerdo de aquella carrera que perdí con ella gastando el *Arrow* y empeñé mis libros de premio, mis dos navajas, un microscopio y las mancuernillas que me dió de cuelga el padrino para comprar, ¿te acuerdas? en un bazar aquella especie de tabaquera que resultó chapeada y que le regalé, contándole que su mérito consistía en haber pertenecido á una duquesa del Renacimiento. Su mérito consistía (y tú lo sabes mejor que nadie, porque me prestaste para refrendar los boletos) en ser el mayor sacrificio de mi pobreza! Aquellos tres pesos duramente conseguidos por un colegial, hermano.....

L.—Valen más que las perlas.....

M.—No seas sentimental. No te pongas chocante.

L.—Y tú no mires así al espacio, ni se te humedezcan los ojos... aún te dura...

M.—Para qué negarlo? Lo quiero todavía, no por su dinero, no por su belleza, no por... le amo porque es un corazón sano, sincero...

L.—Mira, montaremos. ¿Traes llave de tuercas?

M.—Eglantina.....! Cuidado, ahí vienen unos burros y si se te atraviesan vas á dar á la zanja, aprieta ese pedal, bárbaro!

Micrós.

* * *

A José I. Rábago.

Ya retorna lozana Primavera;
Del ábrego cesaron los rigores,
Y en el extenso valle, en la pradera,
Mañana al beso de la luz primera
Con nueva vida se abrirán las flores.

Los árboles desnudos, ateridos
Por los que triste circulaba el viento
Arrancando al pasar secos crujidos,
Se yerguen hoy con vigoroso aliento;
Allí las aves colgarán sus nidos
Y elevarán arrullador concento.

Mudo en su cauce y enturbiado el río,
Acrecerá su lánguida corriente
Con el deshielo de la cumbre enhiesta,
Llenando de murmurios el ambiente,
Esmaltando el verdor de la floresta.
Y besará la rama que se inclina
A verse con anhelo
En la onda cristalina,
Donde traza la alegre golondrina
Surco fugaz al abatir el vuelo.

Del orto al esplender la luz dorada,
Las aves despertándose en las frondas
Unirán sus cantares,
Al sonoro murmurio de las ondas
Y al suspiro del viento en los palmares.

Y al declinar el día,
Al fundirse el azul del alto monte
Allá en la lejanía
Con el pálido azul del horizonte;
Al borrarse los últimos celajes
En el nocturno cielo,
Cuando Vesper, al fin, tiende su velo
Sobre la soledad de los paisajes,
¡Cuán vívidas y bellas
De la Tierra dormida, como ensueños,
Surgirán en el eter las estrellas!

¡Oh Primavera, ven, trae á Natura
Tus galas y tus flores,
Envuélvela en tu regia vestidura,
Puebla sus soledades de rumores;
¡Es tan triste la calma!
Pero también devuelve ¡oh Primavera!
Al sér humano con su fe primera
La fugitiva juventud del alma!

José M. Ochoa.

Del album de un padre

Cuando estoy triste, veo en cada una de sus travesuras la imagen de una desgracia que puede sucederle, y me pierdo en mil presentimientos dolorosos. Rompe una pierna á un títere, y yo pienso: ¿Se romperá una pierna en una caída? Juega á la pelota, y me pregunto: ¿Será un jugador? Cuando hace sonar su tambor, me imagino que puede morir en la guerra; cuando derriba un altarcito, temo que llegue á ser un excéptico; cuando lo veo acurrucado en medio de dos sillas, me parece que un día puede ser arrojado en una prisión. ¿É? Son sueños.

Hasta que yo viva no le acontecerán desgracias. Le seguiré como la sombra al cuerpo. Seré su amigo, su confesor, su centinela. ¿Pero después?

***

Ah! el pensamiento de dejarlo solo en el mundo me aterra, tengo miedo de la muerte, me he hecho pusilánime. Quisiera vivir un siglo, quedar decrépito, ciego, paralítico, arrodillado perpétuamente en una silla, para que en los días de dudas y de peligros pudiese aferrarle la mano, tocarle la cabeza, suplicarle, si no con la voz, al menos con los gritos y las lágrimas, que jamás se aparte de la senda del honor.

Y siempre me detengo en el pensamiento de la belleza.

No creía que un padre además del afecto que todos comprenden, pudiese alimentar por su hijo un sentimiento tan semejante al de un escultor por su estátua. Yo también espío, con trepidación, el rostro del que lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como un artista incierto de su obra.

***

Cada una de sus bellezas me parece un mérito de mis manos; cada una de sus imperfecciones el efecto de una negligencia mía.

Cada día se me presenta en un aspecto diverso. Lo miro y lo remiro, de frente, de perfil, adelante, atrás, de arriba, de abajo; corrijo con los ojos, ciertos de sus rasgos, quedo perplejo, pero concluyo siempre por darme una refregadita de manos, y decir que es un bello trabajo.

***

¡Son grandes niveladores del corazón humano los niños! Una pobre mujer con un niño en los brazos, sentada en el umbral de la puerta, ve pasar á una señora en carruaje, con un niño en las rodillas. El chiquitín de la señora está vestido de terciopelo; el suyo está vestido de andrajos; aquel tiene un sinnúmero de juguetes; el suyo nunca ha tenido juguetes; aquel come confites; el suyo roe un pedazo de pan negro.

Y sin embargo, de las miradas que cambian las dos mujeres sobre sus propios hijos, la que expresa un sentimiento de envidia es la de la señora.

La pobre mujer lo observa, y exclama con un estremecimiento de orgullo:—¡El mío es el más bello!

***

Hoy le he hecho tomar un baño, y viéndolo desnudo y bello, chorreando agua y riendo, pensaba:—Y sin embargo, á estas pobres criaturas la fiebre las consume, la viruela las ciega, la tos convulsa las sofoca, el crup las estrangula, y es preciso verlas ponerse negras, debatirse, revolver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro agitando las manecitas y quedar rígidas; es necesario verlas encerrar en un cajoncito, ver que se las lleven envueltas en un paño negro y las arrojan en un foso y las cubren de tierra y piedras, y después regresar á la casa de vino pensando que quedan allí solas bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos; y al entrar en casa, ver de nuevo sus juguetes y sus trajecitos, la cuna vacía, la sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío, y sentir resonar en aquel horrendo silencio la risa de los niños de los vecinos!

Ah! cuando esto sucede me parece que no se puede hacer más que una de dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra una pared, ó caer de rodillas y permanecer perpetuamente con la frente inclinada sobre la cuna.

***

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, no me aterra ya el pensamiento de la muerte, ó no me entristece sino en cuanto se relaciona al de su porvenir.

Pero si por su vida debiera sacrificar la mía; si con la seguridad de salvarla, debiera hacerle escudo de mi cuerpo, y defenderla sin defenderme, inmóvil con ella en los brazos, y diez asesinos á mi espalda: ¡oh! tiemblo con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia ante ese pensamiento. Creo, siento, juro, que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar:—Piedad!—y sin derramar una lágrima sobre mi destino...

Edmundo de Amicis.

NOCHES DORADAS

INTRODUCCION

¡Reinas de las alegres bacanales
De mis noches doradas,
Alzad las finas copas de Bohemia
De espuña coronadas!
Habeis pedido á mis ardientes labios
Inspiradas canciones y poesías;
Mis amorosos labios solo tienen
Besos, hermosas mías.
Mas es fuerza cantar. Como á vosotras
Y al inmortal Fortunio, me seduce
Todo cuanto fulgura y centellea,
Cuanto brilla y reluce.
Voy á cantar la púrpura y el oro,
El raso, la luciente pedrería,
El pórfido, el cristal, las hermosuras,
Las rosas y la orgía.
Voy á cantar los bailes, las verbenas,
La serenata, el vino, los amores
Y las rejas moriscas donde estallan
Los besos y las flores.
¡Mas después que mis cánticos de fuego

Se hayan en los espacios extinguido,
Diosas de los placeres, dadme, dadme
Para siempre al olvido!
¡Chocad las finas copas de Bohemia,
De espuma coronadas,
Reinas de las alegres bacanales
De mis noches doradas.

BYRON EN LA BACANAL

Es la alta noche. La ciudad fantástica,
Con sus torres y alcázares labrados,
Cual florentinas joyas, duerme envuelta
En la más densa obscuridad. Tan sólo
Fulgura en las tinieblas de la noche,
Como alegre sonrisa de una hermosa
A través del tupido y negro velo,
Una góndola azul, iluminada
Con antorchas y globos de colores.
En el esquife suenan voces, risas
Y canciones de amor. La pintoresca
Góndola es el magnífico teatro
De loca bacanal. Sueño parece,
Fruto de la exaltada fantasía
De un poeta oriental, la deslumbrante
Fiesta que ríe en las calladas ondas.
Bajo un dosel de púrpura y de oro,
Y en torno de una mesa coronada
De resplandores y fragantes rosas,
Seis regias hermosuras de luciente
Cabellera estrellada de diamantes,
Y otros tantos mancebos bulliciosos,
Celebran un festín en el esquife.
Sobre la falda de crugiente seda
De una rubia beldad de ojos azules,
Que recuerda á la blanca Fornarina,
Gallardo joven tiene reclinada
La cabeza gentil.

—Que hable el poeta!
¡Que entone el lord una canción de amores!
Gritan las diosas de la fiesta báquica.
E irguiéndose de pronto aquel mancebo,
De ojos radiantes y cabeza olímpica,
Y tomando una copa fabricada
Con un cráneo montado en oro y perlas,
Así exclama con voz clara y vibrante:
—Como el rey Jorge IV, que vivía
Entregada á las fiestas bulliciosas,
Y olvidando, entre impúdicas hermosas,
La oculta pena que su pecho bería,
Así mi corazón vivir ansía.
¡Dadme vino; ceñid mi sién de rosas
Y acariciadme tiernas y amorosas,
Estrellas fulgurantes de la orgía!
¡Así quiero vivir! Y cuando muera
Fabricad mi ataúd con la madera
De vuestro dulce bandolín sonoro,
Y colocad sobre mi cuerpo helado
Un sudario magnífico, formado
Con vuestros chales de brocado y oro!—
Mientras los comensales aplaudían
Este crótico canto, el lord sublime.
Apurando febril hasta las heces
El áureo vino en la siniestra copa,
Desplomóse embriagado sobre el suelo,
Rodando su corona de poeta,
Su corona de estrellas inmortales,
A los piés de infamadas meretrices!

LAS VISIONES EN LA COPA

En mi alegre edad pasada,
En mi juventud hermosa,
Cuando, en fiesta bulliciosa,
Del vino la onda dorada
En mis ojos sonreía
Y arrebataba mi mente,
En el cristal reluciente
De la copa yo veía
Mujeres de abrasadores
Labios y rostro divino,
Que alfombraban mi camino
Con áureas palmas y flores.
Otras veces divisaba
En el cristal luminoso
Un escenario grandioso,
Donde se representaba
Una brillante obra mía,
Sublime drama inspirado,
Que el público, entusiasmado
Y delirante, aplaudía;
Y allá distante, á lo lejos,
Mi cabeza coronada
De laurel y rodeada
De fantásticos reflejos.
Hoy que, por siempre, ha pasado
La edad del sol y las rosas,
En las fiestas bulliciosas,
Cuando el vino ha arrebatado
Mi desordenada mente,
¡Ay! sólo ve el corazón
Esta fúnebre visión
En la copa reluciente:
La noche azul y radiosa
En que murió el amor mío,
Y el cementerio sombrío
Donde su cuerpo reposa.

Manuel Reina.

AZUL PALIDO

Hoy se inaugura en el vecino pueblo de Coyoacán la exposición anual de flores. El dios Mayo preside la fiesta, enlazando botones de rosa en su manto de terciopelo verde.

Coyoacán es una bella coqueta que hace su *flirt* galante á la primavera; ayer apenas se vistió de largo la gentil polluela, se asomó al cristal de sus corrientes de agua y se sintió sastifecha. Tomáronla del brazo una media docena de caballeros conocidos y entró en los salones del mundo, se dió á luz la mariposa de pintadas alas. Era la Bella Durmiente que había permanecido muchos años encantada, hasta que un día un príncipe..... no, un grupo de princesitas rompió el hechizo. Se dieron bailes, se hizo poesía..... Y desde entonces Coyoacán despertó á la vida, nació cuando

la primavera hospitalaria abría
sus puertas á los pájaros lejanos

Se formó una *colonia*..... Y esto es mucho, aquí, donde todos suspiramos por la colonización. Se compraron lotes de terreno, se edificaron casas, se instaló allí la *season*, una *séason* de mujeres bonitas y de rosas recién abiertas. Y por si algo faltara se inauguraron las exposiciones: exposición de ganados, exposición de flores, de aves, de pescados..... Se agotó el arsenal!

La que se inaugura hoy surge de la inquieta fantasía de un duende de los campos. ¿Sería *Puck*, el inquieto *Puck*, el que recorre el bosque en busca de travesuras, el diablillo burlón y sutil, el que imaginó esta fiesta de matices y alas? Los wagones se llenan de gentes que huyen los domingos de esta atmósfera de la ciudad, y van á volcarse como búcaro de flores en el pintoresco pueblecillo: hay ansia de ver de cara al cielo, de estirar los miembros encogidos durante toda la semana en la estrechez de la oficina, de seguir los giros locos de las mariposas, de marchar adelante, siempre adelante, de beber rayos de sol, de embriagarse de vida, de luz, de aire, de naturaleza, y luego, al caer la tarde, cuando sobre el esqueleto de la ciudad comienza á temblar un diluvio de estrellas, regresar al hogar, en donde espera en el piano el nocturno favorito, con su provisión de salud y de alegría, esas dos buenas hadas de los hogares.

Para éstos, para los que la ciudad hace esclavos, estas excursiones campestres son verdaderas orgías. El prócer, el *amo*, esborea con menos delicia que ellos su copa de *vieux cognac* á la hora de la sobremesa. Beber una copa de Jerez, es como beber un rayo de sol; pero beber un rayo de sol, es más que beberse una copa de Jerez.

Los que aun amais la vida, porque sois felices, los que teneis en el espíritu una bocanada de primavera, id á Coyoacán, que yo os aseguro que no os arrepentireis.

Hay allí aves y flores.... Pues.... ¿qué mayor felicidad?

* * *

En los teatros dormita el arte. Un sopor de siesta ha invadido las salas: hasta el repertorio parece somnoliento.—Maggi nos ha dado *La Honra* de Sudermau—que tan discreta ejecución obtiene—*Sullivan*, y la *Tia de Carlos*.—Para la noche del sábado estaba anunciado el beneficio de Alfredo Del Conte, con *Le mariage de Figaro*.—El *gamin* Baumarchais puso en las trahanerías de su obra los primeros chispazos de una gran revolución social. Su sátira sacudió como con un látigo, el epigrama azotó rostros y el guitarrillo de *Figaro* fué la nota doliente de los espíritus abatidos, de los humildes. En el fondo de la alegre estrofa se siente palpitar la queja comprimida de la miseria y del hambre. *Pauvreté! Pauvreté! c'est toi la courtisane!* ha dicho el poeta.—A través de la alegre copla de *Figaro*, se escuchan sollozos. Rima sus lágrimas con el pespunteo rítmico de la serenata. Pero el alba punza con sus tintes rojizos los horizontes y pronto el cielo será un lago de sangre,.....—La obra de Baumarchais no ha sido representada en México desde los buenos tiempos de la Reiter, buenos viejos tiempos en que el público México aún se interesaba por el arte.—Espero que en esta ocasión, y por tratarse de Baumarchais, y por tratarse también de Del Conte, el Teatro Nacional ofrecerá un espectáculo menos desolador que en las últimas noches.

En el Principal, el tenor Barrera hace un gallardo rey de Navarra y Aragón en el *Molinero de Subiza*.—La música de Oudrid conserva todavía sus intrepideces épicas y sus clarinazos de combate. Barrera sabe dar expresión á estas grandezas tradicionales, á estos rasgos de caballerosidad medioevales, que son la característica de una raza formada en la lucha y por la lucha conservada.—El *Molinero de Subiza* es una zarzuela que os hace la impresión de un glorioso pasado, con la fe religiosa, el amor y la patria como estandartes de victoria.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 10 DE MAYO DE 1896. NUM. 2.

LA ALFARACHE

En una mecedora, junto á la vidriera del balcón, con bata suelta, desabrochada en el cuello, cruzada la pierna, dejando descubierto el cañón de una bota falta de botones; á la derecha, en una silla, los periódicos cayendo del asiento al piso, y á la izquierda, en una mesilla, pedazos de bizcochos y un vaso con heces de limonada. A pesar del desorden del peinado, del color amarillento, de la cara no lavada, de las manos sombreadas por el polvillo sutil que se pega á la piel, la señora de Alfarache es todavía hermosa, llena de formas, sólida; hay, sobre todo, en su boca fresca, una sonrisa infantil, y en sus miradas, miradas inquietas y volubles, no sé qué chispa de alegre juventud; su cara, bonita, un poco vulgar, de rasgos acentuados, expresiva, cambiante, fácil para el reflejo de las emociones; lee, chupando un caramelo. El libro tiene en el grasoso lomo un papelillo amarillo numerado: es una novela de gabinete de lectura. Es la una, y la señora, los ojos entrecerrados, la amable sonrisa entreabriendo los enmielados labios, se extasía con un diálogo amoroso, llega hasta decir en voz alta la frase del galán... ¡fundiera mi alma en el cobalto romántico de tus ojos, dulce bien mío! ¡Ah, cómo goza y cómo sufre con esas ficciones del placer y de la pena! Su espíritu, en esos instantes, se abandona á la sugestión, obedece al capricho del autor y se posesiona; ora pasa por su faz un aire ingenuo de pastora si de bucólicos asuntos se trata; ora frunce deliciosamente el ceño, se preocupa, palidece con el remordimiento de la adúltera; enciéndese, jadea, avanza los labios como si la caricia final del idilio chasquesra en su boca; y así se pasa la vida, viviendo otras vidas. Ella es Gabriela, Juana, Margarita, Filomena, no importa quién, y su personalidad se pierde para dejar lugar al tipo romanesco. ¡Cuántos días está abatida porque Mad. de Sabliéres, ella, no se decide á abandonar á su cónyugo por el delicioso Marquecito de Fontenay! ¡Cuántos no habla, se halla nerviosa, da vueltas inconscientemente á la caja de cerillas, titubea, parece presa de interior tortura, porque Miss Murphy, atacada de esplín, se resuelve á poner de una vez un punto final á su existencia de aristócrata fastidiada! Y es sincera; la farsa entra muy poco en esa especie de Avatar continuo; es un temperamento barométrico, sensible hasta la hiperestesia; mujer onda, mujer espejo, refleja fielmente lo que le pinta lo mismo el sandio novelista por entregas que el psicólogo moderno, torturador de almas delicadas.

Arrancarla de sus contemplaciones la irrita: por eso, la familia lo sabe y la dejan sola en la sala, y sus hijos, chicuelos incorregibles y mal educados, se refugian allá, en la azotehuela, al rayo del sol, á gritar, á saltar, á golpearse, á dar fin á los últimos girones de sus trajes desteñidos y al cuidado moroso de la servidumbre: una cocinera que tiene un ojo en reseco y una muchachilla, desgreñada y mustia, que no se cuida gran cosa de lo que la rodea; mucho es que los

muebles guarden su sitio, mucho que las camas se hallen siquiera mal tendidas y en el sucio mantel se alineen la pobre vajilla y los cubiertos disímbolos para la hora de comer. La sala sí que está en orden: hay algo de sibaritismo en la media luz que filtran los transparentes pintados con escenas de la caza del tigre, en el olor de flores que se escapa de un jarrón, mal pegado, desbordando rosas. La señora, en efecto, antes de leer prepara sus refrigamientos y viaja muy lejos de ese escenario ¡ay! en que está escrita la escasez en las rotas alfombras, los maltrechos muebles y las cicatrices suturadas del sofá.

***

Primero se oye el golpear de un bastón en las losas, después un acceso de tos, en seguida pasos que se arrastran, una dificultosa ascensión por la escalera, y por último, tras el abrirse del portón los ladridos de un perro: es el señor que llega, un hombre envejecido, con gesto de gastrálgico, descuidado en el traje, sudoroso, fatigado, cargando bajo el brazo varios bultos; quizá sonreía en la calle, pero al cruzar el corredor su aire de gente contrariada que sufre, se acentúa al ver por los suelos una maceta rota, la tierra pisoteada, la planta tronchada, los abrojos bajo el banco, el gato que se duerme sobre una toalla puesta al sol; empuja la puerta de la sala, se desploma en el sofá sin quitarse el sombrero y da las buenas tardes; ella no responde, sigue leyendo hasta que acaba la página, apunta con una horquilla, que al ser quitada produce el desbordamiento de una pesada guedeja de cabellos obscuros, y bostezando hasta llorar, el libro en las faldas y las manos cruzadas en lo alto, dice con tono de profundo desgano:

—¿Qué hay?

Alfaracho deja el bulto en el asiento, se seca el sudor y con el bastón entre las piernas parece no atreverse á decir algo; la hermosa señora, con su aire infantil, suele enfurecerse y replicar; pero no con palabras breves, sino con largas arengas, menos soportables que un laconismo impolítico. Respira por fin el hombre y en un supremo esfuerzo habla:

—Chula..... pues vamos mal. No arreglé el negocio; así es que este mes tenemos que reducirnos. Yo no quisiera entrar en ciertas economías, pero es preciso..... Por más vueltas que le doy al negocio, no hay modo, Méndez, que no tiene; Jiménez, que ya veremos; Lucio, que el mes que entra; en último resultado, nadie me presta. Por lo pronto, yo lo siento; pero me he borrado de esos periódicos y del Gabinete; son cinco pesos que se economizan.

—¡Ah, sí, hijo!..... ¡Cinco pesos! Es una buena suma; bastante, como diría la Marquesa de Laurenceg, para comprar algunas coles.

—Además, no creo yo que la lectura sea un artículo de primera necesidad. Me importa tan poco lo que pasa fuera de mi oficina, son tantos mis cuidados, que ya lo ajeno acaba por serme indiferente..... Que robaron, que mataron, que bailaron... Eso se queda para el que tiene tiempo; semanas se pasan sin que toque un diario, algo más serio me preocupa, Flavia: esta situación sin desenlace, esta pobreza, estas deudas que me desvelan, mis hijos descalzos, tú sin traje de calle, yo hecho un asco, los criados sin sueldo, la casa no pagada..... y el alimento reducido, como lo ves, á tres platillos..... ¡Ah, cinco pesos mensuales, hija, son algunos beefsteacks de más en la mesa!

—¡Claro, hijo, claro..... la vida material, el intestino cuidado! La cultura moral es secundaria, el alimento espiritual una bicoca, el recreo psicológico una cosa inútil, el solaz inteligente, las aspiraciones..... Haces bien, Medardo, no opondré una protesta; yo, como el sabio Marqués Cornichonette, diré: quitadme los libros, rumiaré en mis horas de soledad el recuerdo de lo que he leido. No creas que matan en mí el anhelo de remontarme siempre más alto. ¡Qué mejor libro que mi imaginación! Medardo, tú nunca comprenderás lo que alivia esa comunión diaria de ideas entre un autor y uno que lee. ¿Crees que yo hubiera podido sufrir mi suerte á tu lado, no extenuarme ante la pobreza, no morir ante las privaciones, si una suprema fuerza interior no me hubiera sostenido? Esa, fuerza, mírala, está ahí..... Y señala (como la Baronesa de Coquolicot señalaba la mancha de sangre) los diarios arrugados y el libro maltratado.

—Vamos á comer, gime el marido, verde que no pálido, de dolor, de cansancio, de profundo disgusto.

La bella señora se espereza, abre por última vez el libro y lee entre dientes:

«En aquel momento apareció el Marqués, pis-

tola en mano. ¿Blanca qué hacía entretanto? En el próximo capítulo lo verán nuestros lectores.»

***

Entre otras cosas decía Medardo Alfarache á su hermana, en una carta:

«Es verdad lo de mis disgustos con Flavia, hermana mía, pero no creas que los causan mi mal corazón, mi pésimo carácter, mi ignorancia, mi prosa, como ella dice, no. Encarnación, no tienen justicia para conmigo.

Estoy enfermo, es verdad, muy enfermo; el médico me lo dijo, no es gastralgía, sino una úlcera intestinal; necesito cuidarme, pero me han recetado medicinas que no puedo comprar, y ¡qué quieres! me callo la verdad con el temor de reventar el día menos pensado, y ¿qué harán entonces sin este pobre viejo, estúpido y malo, porque no entiende de novelas y se mata por algo más real que es mantener ocho bocas con la mía?

Mi vida es intolerable: hago traducciones de las seis de la mañana á las ocho, que entro á la oficina, salgo á la una, apenas mal como, á veces sin que ella ó yo crucemos palabra, porque ha dado á entender que soy un tonto, indigno de la charla más trivial; vuelvo al despacho á las tres, salgo á las seis, voy á arreglar los libros del tendero, que te dije en mi anterior, y á veces dan las diez y escribo todavía; llego á casa y me encuentro una verdadera sesión literaria. Yo no sé quién demonios ha presentado á mi casa una turba de mocosos que hacen versos: ella goza, discute, hace que le lean, habla de política, recita melopeas que le acompaña en la guitarra un estudiante para padre, y en fin, hija, que á veces dan las dos de la mañana y yo tengo que meterme, porque estoy materialmente rendido. A veces todos se han acostado ya y en persona entro á la cocina á calentar un poco de té. Cuando alterno en las conversaciones, me ridiculiza Flavia porque digo algún disparate; soy, pues, un marido imbécil del cual ve tú á saber qué comentarios hacen esos desgraciados. Pero qué quieres? no puedo, ni mi educación ni mi carácter me permiten poner las cosas en su lugar. La amo como el primer día y por eso me duele más su indiferencia para mí y su amor para los otros; el mismo cariño me hace cobarde y cree que al escribirte esta amarga verdad, lloro como un niño. Y todos la alaban, la adoran, la miman, le dan la razón: ¡qué alma tan dulce y tan sencila, qué sensibilidad tan exquisita, qué ternura la de su modo de ser! y yo entretanto, aparezco como un ogro, como un cruel, como un patán, indigno de esa rosa delicada y pura. No saben que lo amargo me toca á mí.....

He suspendido las subscripciones de periódico y del Gabinete, que ella no sabe que debo hace tres meses, y ¿qué remedio? Hubo su escena: le dió por el laconismo y hace una semana justa que ha tomado un airecito de mansedumbre sufrida que me enferma. Apenas habla y se ha dado con furia á copiar versos..... Los literatos que nos honran con sus visitas le prestan libros; hoy su lectura es *El origen de las especies*. Ve tú á saber qué novela será esa..... Ayer acabó una cosa impronunciable: *Parerga y Paralipomena*, alguna historieta rusa, porque delira por los rusos. Gracias por los diez pesos que me mandas, los emplearé en comprar zapatos á la familia; no te mando mi retrato porque no me conocerías: estoy hecho otro, ¡flaco, demacrado, espantoso!

Me has salvado con tu obsequio: este mes siquiera le pagaré su *Gabinete*, para que no diga que la borro por mala alma. Adios, hermana, y ven pronto; me late que les he de durar muy poco, porque cada día siento en el vientre, muy adentro, dolores agudos y arrojo sangre que es un gusto. Me han deshauciado y sólo porque soy muy hombre no me meto en cama.

Tu hermano

Medardo.»

***

—Nos lucimos..... nos lucimos, murmuraba Alfarache pasando el dintel de su casa. Era la única que me faltaba, verme arrojado de la vivienda porque se deben tres meses de renta.....

Entonces sí que merecía los nombres de *tigre*, *ciclón*, *alud*, y otros irónicos con que su mujer solía denominarlo, quizá para hacer más notable la calma no socrática, sino casi servil con que la sufría. Anduvo más de prisa que de costumbre y se detuvo en el corredor. ¡Ni duda! Era noche de visitas: se oía animada plática, risas, exclamaciones, pausas, silencios dominados por una voz melíflua que recitaba versos.

Murió una interjección en los labios del desventurado Alfarache y en un rapto de sublevación, dijo: ¿y por qué no he de entrar á la sala? ¡Vamos! Es necesario que esos jovencitos comprendan que no porque bajo la cabeza soy borre-

go. Y entró; pusiéronse en pie un señor de anteojos (periodista), un autor de rimas becquerianas y el subdiácono aquel, tan bueno para puntear la guitarra como para traducir en verso libre á Virgilio y á Propercio. Ella, deliciosa en su indiferencia, se conformó con mirarlo, y tomando la solapa del saco de su vecino, un joven novelista muy enmarañado, reanudó su arenga:

—Algo así, delicado, Sr. Arrangoiz; algo que pinte esos estados de alma dudosos, esas especies de crepúsculos morales en que se funden vagas coloraciones del espíritu. Algo triste, profundamente triste. Eso es lo que á mí me gusta. El sufrimiento me atrae. Cuando yo veo un sér que llora, cuando sospecho una desgracia, cuando palpo un pesar, no soy dueño de mí, mis fibras vibran al unísono de las fibras de otro corazón. Yo entonces quedo inerme; por eso no podría tener enemigos, créalo usted, Arrangoiz: un gesto de pena, una lágrima, una palabra quejumbrosa, me desarmaríau en el acto. Por eso mis hijos son, sin saberlo, mis verdugos... Cualquier llanto suyo me pone fuera de mí.

Alfarache oía aquello, no se sabe si con estupor ó con ira... ¡El dolor la conmovía, el dolor la desarmaba! Y él, él, viva imagen del conyugal padecimiento, escuchaba aquello sin una protesta, sin un mentís.

—Haremos nuestra novela, Arrangoiz, prosiguió la locuaz señora. Mire usted, la heroína será una joven sensible, no comprendida, que por lo que usted quiera, por una locura, por una ceguedad del momento, une su suerte á la de un hombre vulgar y tonto. Aquí se pintan los inmensos pero callados tormentos que sufre esta joven; es como un pájaro que queriendo volar, se encuentra con las rejas de su jaula. Aquella mujer, inteligente y bella, sueña, y á sus sueños responde la estultez de un imbécil; quiere salir del círculo estrecho de amistades de barrio, pero su traje es un sambenito de pobreza; quiere leer y le quitan los libros..... En fin, usted comprende... Un pájarro, Arrangoiz, de alas libres, pero que tiene atada al pie una maza de plomo..... la cabeza de su marido.

¡Y cómo lo decía! Con qué fuego, con qué mirada de pitonisa, con qué rabia en el acento; diríase que se dirigía á álguien, y ese álguien no comprendió... Se puso de pie sin chistar. ¡Qué amorosa bajeza! Y tuvo calma para decirla:

—Hija, ahí te traje el libro del *gabinete* y me perdonan ustedes que me retire, porque me siento algo indispuesto. Buenas noches. Y Alfarache, el tigre, el ciclón, el alud..... entróse á las piezas, quizá llorando, quizá indiferente, á fuerza de sufrir lo irremediable; pero eso sí, alguien hubiera podido oir cómo, al revolcarse en el lecho, mordisqueadas las entrañas por el cólico, murmuraba:

—No tiene corazón.... Lo merezco.... si desde un principio.....

Y en la sala la señora hablaba aún, cerrando su proyecto con un *clou d'or*.

—Así, Arrangoiz, hará usted justicia á la mujer calumniada, á la que es toda dulzura y sacrifica, á cada instante, su corazón entero en aras del sufrimiento humano.

Micrós.

OFELIA

Del bardo inglés en el siniestro drama,
aparece fantástica, indecisa,
como visión de nieblas que se inflama
en un ténue crepúsculo y reclama
del angel de la noche una sonrisa.

Mientras solloza, languidece y ama,
en la incierta penumbra se divisa,
y nadie enjuga el llanto que derrama.
¡Hamlet, airado, contra el cielo clama
y sobre cráneos insepultos pisa!

Tiembla Geruta; la tiniebla crece;
y Féugo, que en la sombra se guarece,
para el último crimen es cobarde.

¡Oh tú la virgen pensativa y blanca,
á quien la suerte sin piedad arranca
la hermosa luz que en los cerebros arde!

Pues que la vida sin amor te abruma,
desapareces cándida y ligera,
somo un pálido ensueño que se esfuma
en el vago país de la quimera.

Andrés A. Mata.

LA PIPA DE AZUCAR

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

—Las seis ¡Dios mío, cuánto he tardado, murmuró la Sra. Tissier, y ese maldito ómnibus que no llega.

Se reprochaba haber permanecido tan largo tiempo en el Louvre..... Pero, ¿por qué la había detenido media hora el dependiente encargado del ramo de encajes, y por qué la compañía de ómnibus no tenía caballos más rápidos? Y luego se decía á sí misma:

—Andando á pie, habría llegado más pronto.

Pero cuando pensaba tomar ese partido, (muy á pesar de sus pequeños pies, aprisionados en unas pequeñas botinas de charol) el amarillo vehículo tan deseado, apareció rodando su caótico volúmen.

—¡Saint-Jacques! gritó el inspector.

Diez personas acudieron desde luego presentando sus números.

—¡Un lugar en el Interior! volvió á decir el inspector. En el Imperial, como gusten. ¿No hay ya pasajeros? 21, 22, 23.

Nadie se presentaba. La Sra. Tissier temblaba porque alguno tuviera un número anterior al suyo, y ocupara el único asiento vacío. En cuanto á ocupar el imperial, era preciso tener el deseo de atrapar una enfermedad mortal. Un frío punzante y glacial de Febrero soplaba con fuerza, y no daban por cierto ganas de atraparlo en el Imperial, donde solamente un pobre diablo, cubierto con un capuchón, tosía, guareciéndose del viento con la espalda del conductor.

—¡23, 24!

—Y 25, señor, exclamó la Sra. Tissier, entrando alegremente al interior del ómnibus, que emprendió su ruidosa marcha, sobre el desigual pavimento.

Contentísima con haber encontrado un lugar, la Sra. Tissier se instaló lo mejor que pudo, divirtiéndola el amontonamiento en que se encontraba, y las diversas fisonomías de sus compañeros de viaje.

Un anciano, condecorado, dormitaba y frente á él hacía otro tanto una señora arrebujada con diversos abrigos. A su lado se encontraba una placera, llevando sobre sus rodillas un gran canasto con salazones, que obligaron á la Sra. Tissier á echar mano de un pequeño pañuelo de batista muy perfumado, después de lo que, continuó su inspección.

Mientras que sus miradas se fijaban sobre una niña flacucha, que sostenía una mujer gorda y antipática, que levantaba sin cesar la falda de su vestido de gró negro, que un empleado del Banco de Francia, amenazaba arrugar, sintió la Sra. Tissier que le tocaban una pierna. Volvió apresuradamente la cabeza y comprendió de qué se trataba, pues tenía á su izquierda á un joven como de veintiocho años, vestido con elegancia, con un bigote rubio retorcido, manos muy cuidadas, y ojos excesivamente vivos, que parecían tan habituados al lenguaje del amor, que la Sra. Tissier quedó como avergonzada de los deseos que ella había hecho nacer.

Procuró retirarse; pero un obstáculo invencible, la obesidad de otra dama, le oponía una muralla. Entonces se comprimió cuanto pudo, y adoptó el mejor partido: no volver la cabeza hacia donde estaba el joven buscador de aventuras.

Cierto es que la Sra. Tissier era verdaderamente seductora. Veinticinco años, fresca y esbelta, con hermosos ojos rasgados que sombreaban largas pestañas, boca pequeña y la nariz un tantico remangada, lo que le daba un aspecto *chiffon*, como dicen los franceses, apetecible, á todo lo que deben agregarse dos rizos de cabellos castaños que retenía un voluminoso sombrero cubierto de plumas y listones.

La presión continuaba cada vez más audaz y más persistente: la rodilla, la pierna y hasta el pie comenzaban á entrar en juego.

Sumergida en dulce meditación, mecida por el rítmico movimiento del ómnibus, que ascendía al boulevard de San Miguel, la Señora Tissier parecía tan indiferente á las torpes insinua-

ciones de aquel atrevido, como á lo que pasaba fuera del carruaje. De vez en cuando, una sonrisa contraía sus labios, y sus ojos, sus grandes ojos negros é inmóviles, brillaban, como si estuvieran ante una radiosa visión.

El joven, atribuyéndose la causa de tan maravilloso brillo, se aproximaba, se aventuraba más y más, á medida que reaparecía la sonrisa y hablaban los ojos á la evocación de encantadoras imágenes.

Creyéndose seguro de su conquista, con el corazón inflamado y fijando con ardor sus ojos en los de ella, al inclinarse á su oído para deslizarle quizá alguna de las palabras de amor, que había otras veces sin duda repetido á jóvenes viajeras..... vió que aquella tersa y pura frente se contrajo de un modo sañudo.

La enguantada mano de la señora, con impaciencia y de una manera evidentemente ansiosa, abrió el pequeño saco que llevaba.

—Tal vez, se decía el joven, va á tomar su «carnet» y á escribir unas cuantas palabras..... tal vez una cita. Seguía por lo mismo sus movimientos, y esperaba palpitándole con violencia el corazón.

De entre diversas cajas y chucherías, la Señora Tissier tomó un paquetito que desarrolló con presteza..... Una pipa de azúcar, una preciosa pipa de azúcar roja, se encontró entre sus dedos, y la sonrisa inefable que iluminaba su rostro pocos momentos antes, volvió á aparecer triunfalmente.

No, no se había roto la pipa de azúcar, que su querubín de tres años iba á recibir con inmensa alegría á su regreso. ¡Qué buenos besos, le daría en cambio su adorado amorcito!

El joven vió la pipa de azúcar..... y cuando volvió intacta á su envoltura, rodilla, pierna y pie quedaron inmóviles como por encanto.

El ómnibus atravesaba en esos momentos la calle de St. Jacques. Consultó el joven su reloj, y quedó sorprendido de encontrarse en aquel punto, y se preparó para descender. La hermosa señora Tissier, inocentemente fué la causa de que pasara la estación.

Pero antes de abandonar el carruaje, dirigió una mirada á la señora Tissier, pero mirada de respetuosa honradez, con la que parecía pedirle perdón por su error, y como si hubiera recordado que el sér á quien debía la vida le llevaba en otras épocas pipas de azúcar roja.

H. Lapaire.

EL ENGAÑO

No, no sufro. Si llego taciturno
á sentarme á tus pies como quien teme
(oh terror de ese próximo nocturno
suplicio en grande y blanco lecho), créeme,

es que mejor dentro del alma siento
este enajenamiento delicioso
(noche y día me inquieta un pensamiento
el alma, sin reposo, sin reposo);

esta tranquilidad que me circunda
de un gozo inmenso y por demás completo
(haz, oh Señor! haz presto que se hunda
en mi pecho este bárbaro secreto!);
este desprendimiento y este olvido
de todo, aquí á tus pies! ¡Oh! sé bendita!
(El alma no hallará jamás olvido,
jamás, jamás, jamás!) Oh! sé bendita.

UN SUEÑO

No oigo sonar mis pasos en el suelo
mudo por donde el sueño me conduce.
Es la hora callada en que reluce
como un velo de perlas sobre el cielo.

Alcanzan los cipreses con oscuras
puntas al cielo: inmóviles, sin llanto;
mas están tristes; nunca lo son tanto
los que cercan las tristes sepulturas.

Es todo este país desconocido,
casi informe, habitado por misterio
antiquísimo; cruza el mudo imperio
mi pensamiento, y vaga ya perdido.
Y no me oigo andar. Se me figura
que soy sombra; es mi dolor cual sombra;
es toda mi existencia como sombra
vaga, incierta, indistinta é insegura.

Gabriele d'Annunzio.—«Poema Paradisiaco.»

Balbino Dávalos.

TAPALIGUI

[CONCLUYE]

El cacique Nambi, repuesto ya de la horrible borrachera con que había celebrado, según costumbre de sus antepasados, la fiesta de los ídolos, no podía dejar de pensar en la hermosa doncella que le había servido en aquella ocasión. Mandó llamar al viejo Coyopa, señor muy principal y rico, y le manifestó el deseo que tenía de ver á Miri en su choza. Alegróse el anciano con esta nueva. porque los choroteganos, lejos de considerar como afrenta el que sus hijas compartiesen el lecho del cacique, teníanlo á mucha honra, y luego las muchachas eran más solicitadas y se casaban mejor, ¡Cuál no sería por tanto la cólera y asombro de Coyopa cuando vió la obstinación con que su hija rechazó las proposiciones de Nambi! Y no puede decirse que fuera por virtud, pues ésta no era cosa muy acostumbrada entre las indias de aquellos tiempor. Debe creerse más bien que la negativa de Miri era motivada por aquella misma repugnancia física que la había hecho rechazar al cacique en la noche de la fiesta.

Ruegos, amenazas, promesas, halagos, todo fué inútil; la muchacha se mostraba inflexible. El viejo Coyopa estaba desesperado y temblaba por su vida y la de su hija, pues bien conocía la crueldad del cacique y la brutalidad de sus pasiones. Miri lloraba viendo el dolor de su padre; de pronto tuvo una idea:

—Padre, dijo, vuelve al lado de Nambi y dile que en la noche de la gran fieesta del sol, Miri dormirá bajo el techo de su choza.

Corrió el viejo á llevar al cacique la respuesta de su hija, y lo encontró en medio de sus cortesanos, hablando de guerras y cacerías; al ver á Coyopa se interrumpió para escucharle; mas al oir las noticias que el anciano le traía, se enfureció de tal manera, que todos los que allí estaban dieron por muerto á Coyopa; éste tartamudeó algunas excusas, y el cacique contra su costumbre las escuchó. Por fin, después de muchos ruegos y súplicas, se dejó ablandar, aunque de mala gana, por ser hombre que no conocía obstáculos para sus apetitos.

Pasaron días y al cabo de ellos vino el de la gran fiesta del sol. Desde buena mañana notábase gran movimiento en todo el pueblo. Hombres y mujeres se acicalaban lo mejor que podian, con sus más ricas plumas y collares; veíaseles sentados en las puertas de sus chozas, pintándose el cuerpo y la cara unos á otros y trenzándose el cabello. Todo aquel aparato era necesario para presenciar los sacrificios humanos, espectáculo muy apetecido y que sólo tenía lugar tres veces al año, porque tres eran las grandes fiestas del sol. Enfrente del templo lleno de ídolos de barro y oro macizo, se alzaba, coronado de una piedra larga y maravillosamente labrada, el montón del sacrificio. Sobre esta piedra magnífica dejaban las entrañas las víctimas destinadas al culto de la divinidad sanguinaria.

Era cosa de verse la impaciencia con que todos esperaban la llegada del cacique, para dar principio á los bailes que debían preceder á la inmolación de la primera víctima, cuya sangre se consagraba al sol. La concurrencia era extraordinaria, porque en los ritos y bailes de las tres grandes fiestas anuales del sol, tomaban parte todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, debiendo estas últimas estrenar en semejantes ocasiones, un par de *gutaras* ó zapatos nuevos de cuero de venado. Al pie del montón del sacrificio yacían, atados de pies y manos, unos cinco ó seis desgraciados, cuya carne sería comida como manjar santo, después de que su sangre se ofreciera á los ídolos: dos de ellos eran víctimas voluntarias, siendo fácil reconocerlos por el contraste que formaba su estoicismo con los ayes y gemidos de los que iban á morir por fuerza.

Un prolongado rumor anunció la llegada de Nambi y de la magnífica corte que con él venía. Brillaban á la luz del sol los plumajes, las placas de oro y los collares de conchas y dientes de animales que ostentaban los nobles señores. Todos ellos vestían con telas de algodón preciosamente teñidas de colores vivos, en que dominaba la púrpura; su traje se componía de unas

enagüillas ceñidas y de una camisa corta, sin mangas, luciendo en los desnudos brazos, caprichosos tatuajes, entre los cuales descollaba la figura de un tigre, emblema y divisa del pueblo nicoyano. Las mujeres iban casi completamente desnudas.

A una señal del cacique acudieron todos á tomar sus puestos para el baile. Las mujeres formaron un círculo en el centro de la plaza, teniéndose por los brazos, y los hombres otro más extenso alrededor del primero. Entre ambos círculos quedaba una calle por donde circulaban los portadores de chicha, dando de beber á hombres y mujeres. Nambi se colocó detrás de Miri y procuró no separarse de ella á pesar de los vaivenes del baile. La infeliz doncella no podía tener sosiego; sentimientos diversos se agitaban en su interior llenándola de zozobra, y á cada instante se imaginaba ver llegar á Tapaligui al frente de sus feroces guerreros, y aquella hermosa fiesta, convertida en sangrienta carnicería. Por ratos sentía deseos de que no llegase el bizarro hijo de Niquir, pero al recordar la promesa hecha al cacique, temblaba á la idea de no verle aparecer y se impacientaba por su tardanza. La puerta del templo que había permanecido cerrada, se abrió por fin y salieron por ella los sacerdotes, brujos y adivinos, los cuales se colocaron en torno del montón del sacrificio; comenzaron entonces las ceremonias y ritos estrambóticos; y el sol, como si tuviera conciencia de la importancia de su papel en aquel instante, resplandecía soberbio y abrasador en medio de un cielo purísimo, haciendo brillar los plumajes y las placas de oro.

De pronto, un hombre jadeante y cubierto de sudor atravesó corriendo la plaza, atropellando á los danzantes, y se lanzó hacia donde estaba el cacique.

—¡Nambi! gritó el indio, los guerros de Chira han desembarcado cerca de aquí, y vienen sobre Nicoya con Tapaligui.

—¡Tapaligui, señor mío! exclamó Miri, sin poderse contener.

El cacique, al oír estas palabras saltó como un león herido, y agarrando á la muchacha por un brazo la sacudió violentamente, presa de una cólera terrible:

—¡Con que Tapaligui es tu señor, miserable esclava! Ahora comprendo por qué me emplazaste hasta la fiesta del sol; tú sabías que él vendría hoy y lo esperabas. ¡Yo te enseñaré á despreciar al gran cacique de Nicoya por un miserable guerrero de Chira!

Y al decir esto, levantó en sus nervudos brazos á la pobre Miri, que temblaba como la hoja azotada por el viento y la llevó hasta el montón del sacrificio.

—Aquí teneis á vuestra primera víctima, dijo Nambi á los sacerdotes.

Entre la multitud reinaba una grande agitación, causada por la noticia traída por el mensajero, y que se había propalado con increíble velocidad; los hombres se impacientaban por correr á las armas, pero al ver que el cacique no se movía, permanecían allí perplejos; las mujeres temblaban. Apareció entonces en la cima del montón del sacrificio la primera víctima: era Miri, desfigurada y convulsa. Con un movimiento rápido el sacrificador la echó sobre la piedra fatal; brilló un instante en el aire el cuchillo de negra obsidiana, y cayó desgarrando las carnes de la doncella; el sacrificador arrancó el corazón, y elevándolo sobre su cabeza, ofrecióla al sol; en este momento silbó una flecha y el horrible verdugo cayó al suelo.

Un terror indescriptible sucedió á la muerte del gran sacrificador; nadie se movía. De pronto comenzó á arremolinarse la gente en un extremo de la plaza, y poco á poco fuése formando un círculo en cuyo centro se destacaba la figura arrogante de un hombre de elevada estatura, que traía el cuerpo pintado de negro y rojo, colores de la guerra. En la mano izquierda empuñaba aún el arco de que había salido la certera flecha.

Nambi, recobrado del estupor que le produjo el hecho extraordinario que acababa de presenciar, se lanzó corriendo sobre el montón del sacrificio para ver mejor lo que sucedía. De allí descubrió el claro y al guerrero que se hallaba en el centro.

—¡Tapaligui! gritó el cacique.

—¡Esta para tí, Nambi, perro cruel y cobarde! rugió el indio á su vez, al par que otra flecha salía veloz de su vigorosa mano é iba á clavarse en la garganta del cacique.

Al propio tiempo que esto pasaba, acudían á la plaza por distintos puntos y lanzando su feroz grito de combate, varios guerreros nicoya-

nos, armados á toda prisa. Tapaliqui impávido y magnífico no se movía y los esperaba á pie firme; ya iba á trabarse un combate que de fijo sería tremendo, cuando de súbito un trueno espantoso rasgó la atmósfera llevando el terror á su colmo. Pasado un momento en que nadie osó menearse, salló del pecho de la multitud un grito de indecible espanto. Allá en el mar, balanceándose suavemente sobre las aguas, estaba un barco monstruoso; en su popa flameaba el pendón soberbio de Castilla, y por una de sus bandas humeaba aún la boca de un cañón. Espesos nubarrones cubrieron el cielo y apagaron su brillo.

El culto del Sol había muerto. Comenzaba el del Crucificado.

Ricardo Fernández Guardia.
(Costariqueño)

LA OPINION

Soy la opinión, tu
esclava y tu tirana.
A. RIOS ROSAS.

¿Quién no amó alguna vez á esa bacante
de ardientes ojos y de boca impura?
¿Quién no admiró su espléndida hermosura?
¿Quién no buscó su seno palpitante?

¿Quién en su beso erótico y vibrante
no oyó sublime canto de ventura,
y el frenesí no siente y la locura
al recibir su abrazo delirante?.....

¡Feliz el varón fuerte, el alma altiva
que huye de la sirena engañadora
y sus halagos pérfidos esquiva:

que es la opinión la llama abrasadora
que acariciando fúlgida y lasciva
al tronco, lo abrillanta..... y lo devora!

Manuel Reina.

EL TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO

"JUAN JOSE"

El «Juan José» de Dicenta, como la «Teresa» de *Clarín*, es uno de esos dramas del amor y la miseria, un *caso* clínico de esa dolencia aguda, protáica, sin nombre, que por igual modo se agita en las conciencias de las clases privilegiadas que en los obscuros antros en que se debate el problema económico.—Un inteligente amigo mío me hacía observar, con motivo de esta obra, cómo el socialismo vá abriéndose paso en la moderna literatura española: contemplativo y místico en *Nazarín y Halma;* brutal y doloroso en *Teresa*, hace por fin explosión en *Juan José*, como un sistema filosófico que amenaza trastornar el orden establecido, con su programa de nivelación social.—El Sr. Dicenta es un profeta de la *buena nueva*, un apóstol convencido del futuro Evangelio, un Lassalle ó un Karl Max con una dósis de Tolstoi en el espíritu.

El *motivo* en que gira la obra es de una sencillez tal, que cabe en un párrafo de gacetilla: Un obrero—*Juan José*—recoge á su lado á una hija del arroyo; el trabajo llega á faltar, el hambre aparece; el hombre, azuzado por la desesperación, roba; va á la cárcel, la amante busca un sustituto al preso; teme la miseria y escoge un rico; Juan José se evade y mata á los dos.—He aquí, en substancia, el asunto que ha servido de andamiaje al autor español, para fabricar su edificio, un edificio deleznable y agrietado que no resiste á los más ligeros golpes aplicados por la piqueta de la crítica.—El drama del Sr. Dicenta no es, con efecto, sino un viejo *cliché* romántico, rebosante de un sentimentalismo—á lo Beccaria—que como ideal resulta monstruoso y como *documento* humano de una falsedad evidente.

¿Quién es este Juan José, este tipo semiheroico, que el autor se complace en adornar de todos los felices rasgos de un obrero falsificado, de uno de esos hijos del pueblo que hacían las delicias del público de 1830? Él mismo va á decírnoslo: «Tú sí, porque tienes padres, hermanos, familia que te consulte y te saque las malas ideas del cuerpo. Yo no tengo nada. ¿Padres?..... Dios los dé, que no sé quiénes fueron los míos, sólo sé que me tiraron á la calle, *mismamente* que se tira la basura al arroyo, *pa* que la recoja el trapero..... Sólo he conocido á la que me recogió junto á las piedras de una cantera *pa* llevarme en brazos por las calles y compadecer á la gente llamándome hijo suyo. ¡*Pa* eso me recogieron! Y luego, cuando fuí mayor y pude andar solo, *pa* que pidiese limosna, con los pies descalzos y la pidiese bien, y llevase mucha, que si llevaba poca, me ponían maduro á palos..... —Más tarde, cuando me ví libre de la *caena* y dije: ¡á trabajar! ¿qué encontré? De aprendiz, cachetes del maestro y de los oficiales, y una cazuela de sobras en un rincón; después mucho trabajo y muchas fatigas, y un jornal escaso, *ganao* sobre dos tablones mal unidos, tiritando de frío en invierno, abrasándome la piel en verano, afauándome desde la mañana á la noche *pa* llegar por la noche á mi casa y encontrarme solo, sin que nadie viniese á decirme: ¡Descansa, hombre, que bien lo mereces! Así vivía cuando encontré á Rosa. Ella me dió lo que no había *encontrao* en el mundo: cariño. ¿Crees tú que pueda dejarla, ó conformarme con que me deje?»—No, Sr. Dicenta, cuando un hombre sale de esos pantanos siempre lleva algunas salpicaduras de cieno en el alma; no se baja vanamente á esas simas; del Dante decían los florentinos que venía del infierno; del medio en que se forma un Juan José, no surge un ángel de alas blancas. Nuestro *yo* no permanece insensible al mundo moral externo; extrae de él atomos de la propia personalidad, pasa por los diversos estados de conciencia que le arrojan los acontecimientos y de este medio extrae el jugo como la planta de los elementos vitales de la tierra.

Y luego ¡qué brusco cambio de frente al penetrar el protagonista en el establecimiento pe-

nitenciario! El nuevo Juan Valjean todavía habla de redención, pero ¿quiénes son sus confidentes? ¿con quién se pone en contacto? Con la hez del presidio; fraterniza con los *compañeros*, bravea, se impone; es uno de tantos.—Y el Sr. Dicienta se apodera de su heroe para exponer toda su teoría basada en la vetusta doctrina del *sentimentalismo penal!* Todo esto está trasnochado, pertenece al período romántico, á la época en que Victor Hugo arrancaba lágrimas de piedad á los lectores de *El último día de un condenado á muerte*, en el que el *Chourineur* se arrepentía de sus culpas y acababa su hediionda vida como buen ciudadano, buen patriota y buen padre de familia.

Ciertamente, la miseria y el amor son poderosos elementos dramáticos; hay en esas dos fuerzas material suficiente para crear dolorosos poemas y los hay en buen número en la labor artística contemporánea; pero en *Juan José* el hambre y la pasión no constituyen la tesis esencial de la obra; el pensamiento está en los soliloquios del heroe del drama, en sus discursos socialistas, en sus declamaciones, en la información escénica en la que punza un amargo reproche á la sociedad, tal como se halla, moral y económicamente, constituida.

A ocasiones, este obrero, recogido junto á las piedras de una cantera, criado en la ignorancia y en los golpes, se olvida de su lenguaje y de sus labios salen palabras agenas á su bajo nivel intelectual: el monólogo del tercer acto, en frente de una carta en que un camarada le anuncia la infidelidad de su amante, resulta de un convencionalismo tan falso, tan artificioso que se dijera estar en frente de una de esas pastorcitas falsificadas de opereta bufa, con sus zapatos bajos y sus lacitos de seda.

Es posible que la parte mecánica, la estructura, el mecanismo, correspondan al concepto del personaje; pero la idea, el sentido íntimo, no se ajustan á él, pugnan con su vida interior, con su esencia subjetiva.—Ante aquella carta, un hombre que no sabe leer, no dice: «Parece que estos garrapatos malditos juegan al esconder con mi pesadumbre y me dicen: Aquí está eso de que Rosa vive con Paco; pero ¿á qué no sabes en dónde está? ¿á que no lo encuentras?..... Y no lo encuentro! Dios mío! qué desgracia tan grande de los que nacen como yo! Ni á leer aprenden! No los enseñan; y cuando llega un instante así, en que con cuatro rayas de tinta le tiran á uno el mundo sobre la cabeza, se ve uno *privado* hasta del último consuelo, del único que le queda ya: Buscar esos renglones y tragárselos con los ojos y apretujarlos con los dientes!»..... —Para decir eso se necesita..... lo que no sabe *Juan José:* saber leer, Sr. Dicenta, saber leer.

Figura borrosa y hecha con poco amor es Rosa; pero cuando menos ella es lógica, fatalmente lógica y no se desvía del camino marcado por el escritor: hija del vicio la encontró Juan José, en una correría calaveresca, é hija del vicio se muestra hasta el final de la obra; es *uniformemente* depravada, y este rasgo.—dada la propensión del Sr. Dicenta, de alterar los caracteres, merece elogio.—Paco es un personaje sin relieve, que pasa por el drama como una gota de azogue que se deslizara por la superficie de un cristal.—Más acertado se muestra el autor al delinear á Andrés—el obrero insustancial, que toma la vida tal como ella es, zurra á su hembra y se embriaga concienzudamente—y á Toñuela—la mujer que ama pasivamente á su hombre, en medio de los golpes, no discute, acepta su cruz y se contenta con la «cazuela de sobras» que se le arroja por merced.

Con estos materiales está fabricada la obra del Sr. Dicenta: el público que rechazó la *Teresa* de Alas ha aplaudido á *Juan José!*—El elevado sacrificio de la mujer de los últimos peldaños sociales que en contacto con un mundo superior, se ha sublimado, ha parecido más humano, más interesante, y más loable que el diletantismo expontáneo, sin precedentes, sin proceso anterior, del hijo de la calle. Caprichos de las multitudes, sinrazones de esa razón decisiva, única, indiscutible que se llama el éxito!

Carlos Díaz Dufóo.

FLOR DE LIS

Para los álbums de las Sritas. Clemencia y María Gutiérrez

Flor de luna que despiertas á los besos de la brisa,
Que arrebatas el encanto de la tímida sonrisa
A las vírgenes que sueñan con los ángeles del cielo;
Y embriagadas con las ondas fugitivas de su aroma
Sueñan goces inmortales y á su faz de nieve asoma
Como un halo deslumbrante lo infinito de su anhelo.

—

En cortejo luminoso las errantes mariposas
Van vertiendo polvo de oro sobre el cáliz de las rosas,
Cual fugaces lampos de iris, siempre hermosas, siempre bellas;
Tú, las miras y contemplas, de la luz enamorada,
Elevando entre la sombra tu corola nacarada,
El hierático desfile de las pálidas estrellas.

—

En las noches, cuando abres de tus pétalos de oro
El joyero deslumbrante, y el espléndido tesoro
De tu aroma en torno viertes cual fragante y rica urna;
Ves que cruza como en alas de intangible serenata
La radiosa y blanca luna, como en plélago de plata
Coronada de neblinas grácil náyade nocturna.

—

¡Oh, flor blanca que traduces los ensueños del poeta,
Los delirios de la virgen, y aprisionas la secreta
Aurea estrofa no cantada en loor de la hermosura:
Queda pues en esta página cual recuerdo hermoso y tierno,
Como estrella reflejada por las nieves del Invierno,
Siempre nítida y fragante, siempre blanca, siempre pura.

ENVIO

¡Oh, la reina de este álbum! Recibid de mis ensueños
Esta flor de luz y nieve; que sus pétalos sedeños
Siempre guarden el cariño que al cantar aquí me inspira;
Mis neuróticas estrofas son mi ofrenda; yo la dejo
En la página de este álbum; su blancura es el reflejo
De los versos que se esconden en las cuerdas de mi lira!.....

Rafael Martínez Rubio.

1896.

HISTORIAS VULGARES.

¡Pobre!

A Bartolomé Carbajal Rosas.

UANDO José llegó á la Preparatoria ya *habían tocado;* eran las tres y media.

Iba á clase de francés; pero bajo el brazo llevaba además del Traductor y la Gramática de Beecherelle, el Contreras: toda su Biblioteca.

El portero apuntaba en la pizarra la entrada de los profesores que habían llegado últimamente.

Le dijo sofocado «Buenas tardes, Sr. López,» y el cancerbero ilustre (es de una escuela) le contestó seriamente, con dignidad *porteril*: «Buenas tardes.»

Atravesó de prisa los corredores, ya solitarios, pasando por el frente de las puertas de las clases, y saludando con la mano á algunos compañeros que en ellas se encontraban en espera de su nombre en la lista para contestar: *¡presente!*

En las bancas de estudio, había tendido tranquilamente uno que otro perezoso, que no sabiendo la clase no se había atrevido á entrar.

Uno de esos se dirigió á José: «*ya entró Pereda:*»—¿Hace mucho?—Sí, desde las tres; á ver si contestas por mí en la lista.—Que, ¿tú no entras? —*No la sé.*—Vamos, anda.—¿Y si me paran? no, no voy.—Bueno, hasta luego,—y José bajó corriendo las escaleras del *colegio chico* y llegó á la clase.

Preguntó por señas al compañero que se hallaba al frente si ya había acabado la lista, y cuando éste le hubo contestado afirmativamente, le pidió en el mismo lenguaje, á señas, que le *hiciera un lugar* y entró de puntillas para no ser observado.

No faltó, sin embargo, alguien que le viese y le *cercara*, y hubo algunos que le secundaron.

Vió en el *Traductor* de Ortiz, al lado de quien se había sentado, qué era lo que leís, y abrió el suyo en la misma página, 17: *Les Chateaux en Espagne.*

Recostó en el respaldo de la banca la cabeza, cruzó la pierna, y con el libro se cubrió el rostro del que parecía que iba á brotar la sangre, para hacer creer al profesor que atendía á la traducción.

Algunos de los que se hallaban cercanos á él, repararon en su visible agitación y en su enrojecido rostro, y comenzaron los epigramas sobre la cantidad que habría tomado de pulque y sobre si había tenido un *pleito*, y le habrían golpeado, pues tal parecía.

«Tontos,» pensaba él, la carrera había hecho que se le enrojeciese el rostro más de lo que ya lo tenía: ¡era natural! haber escrito la carta después de comer, y que no había escrito una, sino además tres incompletas que había roto por no parecerle buenas; después, que al escribir pensaba en el objeto de la carta, y sin explicarse por qué, sentía vergüenza prematura; eso le encendía más el rostro; por último, la agitación que le produjo el acepillarse los zapatos, que buen cuidado tuvo de embadurnar bien de *bola.*

Cuando á su sombrero le limpiaba con solarina la grasa, en derredor de la cinta adherida, sonaron en Catedral las tres. Las oyó porque el aire iba en buena dirección para ello. Entonces fué cuando echó á correr.....

Paseó muchas veces su vista por el libro abierto, sin leer alguna palabra, ó leyendo sin comprender. Repitió el título de lo que traducían: *Chateaux en Espagne, Chateaux en Espagne,* y al fin, hizo aquello impresión en su cerebro y lo relacionó con su situación. ¿Serían esas sus esperanzas: *Chateaux en Espagne?*

González, que era mayor que él, le había dicho que *ella* era muy grosera y muy orgullosa, pero eso podía ser porque pretendía hacerle perder aquel cariño; por aquellas ideas tontas que tenía: «que iba á perder el tiempo en sus estudios y á hacérselo perder á *ella* si *le correspondía;* y si no, iba á sufrir por una mujer que no lo merecía;» ¡tonteras!

Grosera, y ¿por qué? era hija de un artesano, y ¿qué? ¡como si no hubiera artesanos honrados y decentes!

Ella se habría elevado por su instrucción del medio en que había nacido, y sería muy distinta de su familia, suponiendo que ésta fuera falta de educación. ¿Orgullosa?..... y José miró sus zapatos á punto de romperse la chinela, y recordó, porque eso no lo veía, que tenían el tacón y las suelas muy gastados y contempló las *rejillas* que su madre le había puesto en los extremos del pantalón, y pasó el dorso de la manga de su verdoso *jaquet* por su no menos enverdecido *bolcado.*

No importaba; *ella* sabría comprender el amor, y aun cuando no le quisiera (natural era eso por de pronto), al menos le daría algunas esperanzas, y quizá tratándole.....

Él comprendería en las palabras que le dijera, si podía abrigar alguna esperanza ó si debería desechar toda ilusión. En todo caso era lo que se necesitaba para curarse de aquel amor, que *ella* le contestara negativamente. No, *ella* era buena; así le parecía, su aspecto lo indicaba y él la veía en aquellos momentos.

Con un lápiz apuntó en aquella página del Traductor: 10-3-90.

Sonaron algunas campanadas allá á lo lejos. ¿Qué hora sería? Era tarde seguramente. Ortiz era el único de los compañeros próximos á él que tenía reloj. Le preguntó: ¡las tres y media apenas! Siguió preguntándolo á menudo, lo que le valió no pocas veces esta ó parecida contestación: «Oh, que bien *mueles*, hace cinco minutos que te dije.»

Al fin sonaron las campanas del *Grande* y del *Chico*: las cuatro y media.

Se comenzó á oir un murmullo como el zumbar de gran cantidad de abejas, y gritos y carreras.

Entre muchos otros bajó la escalera José. Llegaron á la puerta. Se agruparon en torno del barril del agua, disputándose el cuartillo para tomar.

Presentaron sus pases al Sr. Estrada que había dejado en su banquito un chaleco á medio hacer, y aún tenía calados los antecejos y puesto su dedal, y salieron á la calle.

Los más se quedaban, en la esquina, recostados en la pared, esperando la salida de *las de la Encarnación.* Mientras, los unos hacían chistes á costa de los otros; quien empujaba á éste para ocupar su lugar, contra la pared, quien corría tras aquel, un chiquillo de pantalón corto que le había arrebatado su libro, y todos tosían cuando pasaba alguno de 4º ó 5º año, y se hacían disimulados cuando el bofado se volvía con ira. Un *choparrito*, como le decían sus compañeros, con el libro apoyado sobre el brazo izquierdo, retrataba á *uno de Jurisprudencia* que estaba enfrente.

José, alejándose de todos, fué á situarse á la esquina de Cordobanes.

Experimentaba algo así, como miedo, le latía aceleradamente el corazón; sentía que le temblaban las piernas, y sudaba, y *le ardía la cara.*

Buscó en sus *Matemáticas*, con gran temor de que se lo hubiese perdido, la carta; respiró, allí estaba.

Al fin, comenzaron á pasar las futuras profesoras. Charlando y riendo, y volviéndose coquetamente airadas, ó descaradamente satisfechas, cuando alguien *les dirigía una flor.*

Y tras ellas comenzó el desfile de muchachos.

Allá, á lo lejos, viene *ella;* su vestido color de rosa, dejando ver las botas de charol, su sombrero con plumas: en una mano su petaquilla de mimbre; en la otra, apoyada en la cintura, los libros.

Primera contrariedad; viene con dos amigas y no son las mismas de todas las tardes.

«Qué fastidio, ahora que me proponía yo *hacerlo*, después de tanto tiempo de seguirle».

Oh, qué fortuna! en la esquina se despiden, previo el acostumbrado beso en cada mejilla.

Sigue por Cordobanes; las otras rumbo al Seminario.

La sigue esa calle, y la otra, y otra; *ella* voltea; se acerca un poco; van ya casi juntos y no se decide á hablar. Y van á llegar á la casa de *ella.* Al fin, hace un esfuerzo; se acerca más; vuelve la cara para ver si nadie lo observa. Dos de sus compa-

ñeras vienen á pocos pasos; mañana se burlarán de él; no importa, ahora ó nunca.

«Dispense usted, señorita». Ella no responde, y acelera su marcha. «Dispense usted, señorita, repite, entreabriendo su Contreras, donde está la carta, y alargándosela: «¿quiere usted hacerme el favor?.....»

Ella se detiene; le recorre de los pies á la cabeza con una mirada, y alarga la mano.

¡Qué felicidad, va á tomar el papel!

Le vuelve á mirar, sonriéndose, y le pregunta: «¿de parte de quién viene usted?»

Las amigas de *ella*, que pasan á espaldas de José, exclaman con risa de lástima: «¡Pobre!»

Francisco Zárate Ruiz.

ERA EN EL MES DE LAS FLORES

VALSE MIGNNONE

ERA en el mes de las rosas, mes de nupcias, y Cupido, el diosecillo malicioso, había agotado las saetas áureas de la aljaba diamantina, cuando una secreta y pensativa musa, la que sorprende los ensueños de las hermosas y pálidas doncellas que suspiran á hurto de sus buenas madres, refirióme al oído este muy dulce cuento.

¡Oh tú, obscuro poeta! Entre las vírgenes amadas del sol, las de los ojos columbinos de avecilla herida, aterciopelados y negros, que acarician suavemente al mirar, florece la adorable Hortensia, la sultana pequeñita, arrogante como un lirio, que estuviera para transfigurarse en mujer. Ciertamente que sus pies breves, finos y nerviosos, parecen pisar azucenas, y van diciendo lindezas y preciosuras de su suave y gentil señora; y es muy cierto que su roja boquita es rica más que la miel sabrosa y perfumada y atrevida, incitante y pulposa como la vedada poma del viejo Edéo de que cantan las pristinas, orientales leyendas.

Participa del pájaro y de la flor y del verso rítmico y alado. Vive del azul y de la luz que la corona con un florecimiento de gloria, y que al mirarse en ella se ve más transparente, más puro y más lilial; de la luz, que se sonríe en la aurora de sus pupilas grandes y radiosas, y la visita como una buena y linda hada, en forma de ensueños muy blandos y refulgentes, más que la nieve virgen de la hosca, legendaria montaña.

El precioso genlecillo de los florales idillos, de los misterios suavísimos, de los amores, le murmura al oído cosas tan bellas, tan dulces!..... Pero Azrael, el ángel bueno, el eternamente enamorado de la luz, el de las alas de viviente fuego, marcha á su lado y la cubre y defiende con su áureo é invisible escudo.

Sábelo. Las flores son muy buenas amigas, y le refieren, en verdad, cosas que son gran portento. Por ejemplo: le cuentan de los maravillosos secretos de los rocíos y los perfumes, y de los dulces milagros de los colores; le hablan de cómo al espirar ellas, las castas flores, sus almas se transforman en mariposas todas luz, y de cómo la vida es bella, de cómo el sol es la alegría del mundo, y de cómo es bueno el cielo azul.

Esta es Hortensia, hermana menor de la griega Elena, la sultana pequeñita, arrogante como un lirio que estuviera para transfigurarse en hada ó en mujer, la virgencita bien amada del sol.

Abraham Z. López Penha.

AZUL PALIDO

La *Tosca*, decía bien el *Duque Job*, es la obra más tosca de Sardou.—«El gran dramaturgo—escribía el maestro—es *ondulante* y *diverso*. Será lo que sea el público para el que escribe. Es el talento dando forma bella á las preocupaciones y á los gustos del día. Pero no es el talento que lucha fiado en su fuerza primitiva ó en la convicción de su conciencia, como Dumás, hijo: busca mañosa y diestramente aliados en el escenógrafo, en el cómico, en la gran actriz, en el sastre, en la modista, en el asunto de actualidad que ventilan los diarios, en el crimen de ayer, en la esperanza de hoy. Como autor dramático es el más talentoso y el más oportuno y el más hábil

de los periodistas. De aquí procede su impersonalidad. Está á merced del viento y su talento es voluble como la veleta.»—Pues esa ondulación ese flirteo á través del boulevard, esa gacetilla fina que forma la labor del ingeniosísimo escritor, es lo que me llevó un día á llamarle oportunista.—Su teatro se me antoja una hermosa coquetuela que tiene picarescas sonrisas para todos sus cortesanos, que «toma su bien donde lo encuentra» y pasa sus impresiones á través de una «inmensa flotación de seres» Nadie podría decir mejor que él: nada es mío! Tomadlo todo, es pertenece; es el polvo de la calle, el átomo que gira envuelto en un rayo de sol.—Pero ese polvo iluminado por el talento de Sardou es lluvia de pedrería; mancha la ropa de los tontos, pero constela en la túnica de los hombres de ingenio.—Por eso la bella Sra. Della Guardia ha hecho bien en escoger á Sardou para su función de gracia. La crítica gruñe, pero el público aplaude. ¡Y la compañía de Maggi ha menester tanto de los favores de ese querido ingrato! El pérfido no busca sino un pretexto para desertar de la sala. Y no, los que desertan son ellos, nos abandonan, después de su ruda campaña.—Y todavía, sin embargo, hay quien osa llamar á nuestras puertas. Roncoroni se acerca.....

***

Libros nuevos:

Eusebio Sánchez acaba de lanzar á la estampa el *Juan José* de Dicenta, los *Retratos de antaño* del Padre Coloma y *El que no conozca el juego que no lo enseñe*, proverbio de Martini, traducido en verso por Alejandro Cuevas.

De Yucatán nos viene una espiritual narración «El último esfuerzo,» por Delio Moreno Cantón. Daremos á conocer, próximamente, un fragmento del ático volumen del Sr. Moreno Cantón.

En las vitrinas de la casa de Budín: *Gog* de Catulle Mendés y *Le serment* de Roeny.

Una nueva amiga..... no, una nueva hermana: «La Revista Literaria» semanario que dirije nuestro discreto colaborador Juan Sánchez Azcona. Correspondemos al saludo de la *Revista* y la deseamos... bien sabe ella cuáles son nuestros deseos: ese pequeño grupo de escogidos, ese santuario al que acuden en ideal peregrinación una parvada de espíritus; es nuestra pequeña fiesta familiar, nuestro oasis fresco y bien oliente.—¿Que somos pocos? Es verdad, mis buenos amigos, pero guardad nuestro secreto, no seais indiscretos. Es tan exquisito este goce, que temo que al evaporarse pierda su desmayado perfume de lilas húmedas. La *Revista* tiene un lugar reservado. ¿Se puede? pregunta tímidamente desde el umbral. Vos podeis siempre, señorita!

***

Es la noche: la ciudad rasga á trechos la tiniebla con las pupilas de sus fuegos; el sol la ha caldeado durante el día y ahora se baña en la luz pálida de las estrellas, que tiene no sé qué extraño frescor de rocío. Y á esa hora, en que el vecindario flanea á lo largo de los boulevares, con paso perezoso y sin rumbo cierto, si amais la brisa del mar, la embriagadora esencia del azahar, los rojos ramilletes de amapolas, y el canto estival de las cigarras..... id á escuchar á Concha Martínez.—Y si por acaso el calor os enerva y la ardiente pira os consume, no olvideis la *pantomima acuática* de Orrin; zambullíos en la fresca corriente de esa humorada; ó viajad, en la Exposición Imperial, por ese reino azul y rosado del extremo Oriente, allí donde las crisantemas ponen un tinte blanco en el verde tapiz de los arrozales.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 17 DE MAYO DE 1896. NUM. 3.

EL POETA LOCO

A Luis G. Urbina.

La desbordante copa de amargura
Ha apurado con mano estremecida,
Porque dejó, de muerte, su alma herida
El imposible amor de una hermosura.

Hoy suena, rota, esa conciencia obscura
Con el sonido de campana hendida;
Flota en el cielo negro de esa vida
Una estrella sangrienta: la locura!

¡Pobre poeta! El sol de los amores
Sólo brilló para alumbar tu paso
Por un jardín de envenenadas flores.

Numen radiante que apagó el acaso,
Arropado en tu manto de dolores,
¡Qué tristemente te hundes en tu ocaso!

Vicente Acosta.

México.

LUNAS

[FRAGMENTO DE «PETITES FÊTES»]

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL»]

La última noche desperté á la una de la mañana. Estaba en mi ventana y á través de los vidrios, he mirado largamente á la luna que iluminaba los campos y los bosques, esa luna que, como dijo Lord Byron, tiene á veces un aire tan modesto; al contemplarla pensaba que esta vieja Phoebé nunca es la misma. Faltan páginas para enumerar sus aspectos diversos.

Hay lunas de los lagos, veladas por diáfanas escarpas, y soñadoras como un verso de Alfonso de Lamartine.

Hay lunas de praderas y de eriales, redondas, un poco bajas en el cielo, nimbando con un disco de platina la cabeza encapuchada de un pastor de pie, que se hunde hasta la rodilla en la ola aflecada de su hato.

Hay, mis señores, lunas de *Pré-aux-Clercs*, crecientes de capa y espada, con perfil trapacero de Jarnac.

Hay lunas de balcones y mandolinas, arrebujadas en su mantilla: una nube de encaje negro.

Hay lunas vírgenes, inmensurablemente puras, de frente pálida, perlada de rosas blancas, lunas de mártires cristianas.

Hay lunas de alegría, lunas completamente desnudas, lunas con cabellera, de cuello esbelto y estrellas de diamantes en el cabello.

Hay lunas de magistratura, lunas inamovibles, ya con chuletas más implacables que una requisitoria, ya calvas como el frío posterior de un Presidente de los Debates.

Hay lunas de crimen y de «Courrier de Lyon,» hechas para mirarse en los vidrios de un coche de postas.

Hay lunas de acecho que hacen soñar en patos salvajes y pantanos helados.

Lunas de Océano, arrojadas en pleno tapiz como un chorro de plata..... Lunas de archipiélago.

Hay lunas de Bastilla y calabazas.

Hay lunas de las montañas por las que desfilan sombras chinas de picos y de pinos. Hay lunas de los grandes caminos.

Hay lunas monárquicas, empolvadas.

Hay lunas de Thermidor, azules y cortantes como la navaja de Samson.

Hay lunas inverosímiles de teatro, verdaderas cómicas de ópera, pintarrajeadas como para afrontar la rampa, eléctricas, lunas de *ballet*, con enagua de tul.

Hay lunas de cementerio, lunas muertas, lunas de las ruinas, lunas de campo de batalla.

Hay lunas musicales, lunas en modo menor, lunas de Schumann y de Chopin.

Hay lunas literarias, románticas sobre todo. Hay á la Viguy, á la Edgard Poë, á la Musset, etc.....

Hay lunas políticas, circundadas por hatos hipócritas, lunas de barricadas y fases de Vincennes, lunas que son como la linterna sorda de los golpes de Estado.

Henri Lavedan.

PAGINAS NUEVAS.

"EL ULTIMO ESFUERZO"

CAPITULO XV

—¿Por qué no se casa usted con Lupita?

—Señora, ¡por Dios!

—¿De qué se escandaliza usted? ¿Hay cosa más natural? ¿Qué mejor podría sucederle á ella que tener el apoyo de un marido formal y honrado como usted?

—Gracias, gracias por el elogio; respondió don Hermenegildo, sintiendo que se le dilataban los poros de satisfacción; pero ya está; no vuelvo á pensar en matrimonio.

—¿Qué? replicó doña Raimunda; ¿se declara usted viejo? Mal hecho; todavía no lo es usted.

—Francamente, creo que no lo soy mucho; pero.... no puede ser, señora; no tiene remedio; sé lo que le digo á usted.

—Tampoco es un inconveniente hoy la escasez de recursos; tiene usted una buena entrada y con lo que á ella le queda de su herencia, pueden ustedes vivir como ricos.

Aquel breve diálogo, nueve meses después de la toma de posesión y trece de la viudedad de Lupita, había hecho un gran destrozo en el alma del solterón. ¡Cómo se prendió en su mente y volcaba en ella preocupándole parte del día y robándole horas de sueño durante la noche!

Pues no era muy desacertado el consejo de doña Raimunda ni era lo que le proponía cosa para asombrar al mundo.

¡Si se atreviera! pero ¡imposible! Un desengaño más. Y Lupita era mejor que la madre; ¡ya lo creo! Pero para hablarla era necesario tener ánimos y á él le faltaban. Señor, ¡cómo andaba la suerte repartida en el mundo! A Pancho Vélez le sobró atrevimiento para requebrar á las mujeres y eso le había perjudicado; él, en cambio, no podía ni casarse, por su timidez. ¿No hubiera sido mejor que Pancho Vélez tuviese menos audacia y él un poco más de valor?

¿Pero era natural que teniendo, como tenía, tantos deseos de casarse, se dejara dominar á tal punto por la emoción? Decir á una mujer: ¿quieres ser mi esposa? no es un crimen, y lo más que puede suceder es que diga que no; pues con la música á otra parte. Pero, imposible; era muy desgraciado y Dios no quería que se casara; estaba eso tan patente..... ¡Cuántas veces no se le había ido el matrimonio!

Y ¿por qué no hacer el último esfuerzo? Ese esfuerzo podría tenerle reservada la felicidad. Sí, era necesario ensayar una vez más; la última, eso sí, porque ya había recibido muchos desengaños. Para eso tenía que hablar claro á Lupita y sin temblores. Si los grandes hombres se hubieran detenido ante las empresas arriesgadas, no las hubiesen llevado á cabo. Para conseguir una cosa es necesario procurarla, y ya que él quería tener una esposa que le atendiera, que le acariciara, que le hiciese dulce la vida y le diera hijos..... ¡Dios mío! ¡Qué locura! Si él los llegara á tener... Pero es imposible; es muy desgraciado....

Y ¿por qué imposible? ¿Estaba acaso decrépito? ¡Cuántos verdaderamente viejos, y él no podía decirse que lo fuera de veras, tenían hijos *todos los días!* ¡Qué dicha que Lupita le diera uno! Y sería lindo como su madre y formal y honrado como su padre.

¿Qué nombre le pondría? ¡Caramba! ¡El nombre! El nombre parece una cosa muy sencilla y había que escogerlo bonito. Ya él se buscaría uno que sonara bien; algo así como nombre de príncipe. ¡Y qué regocijadas horas había de pasar con el travieso chiquitín sentado en sus rodillas y levantando las manecitas para colgársele del pelo y tirarle del bigote! ¡Qué niño tan inquieto! Con toda la gracia y vivacidad de la ma-

dre. Había que cuidarlo mucho para que no saliera al *viento de agua* y pescara una enfermedad.

¡Si llegara á enfermarse! Esa sí sería una gran pena. Entonces tendría que pedir permiso para faltar á la oficina por no separarse de la cunita y servir al angelito con toda oportunidad las medicinas. ¡No fuese que la madre se descuidara de dárselas!

Y el pobre célibe, desde su hamaca solitaria y hecha la cabeza un volcán de pensamientos, veía angustiado la pálida faz del pequeñuelo y le tomaba á cada momento el pulso para saber si la calentura había bajado. Pero no tardaba en volver á la realidad de tan hermosas fantasías, contemplando el frío cuartucho que le albergaba y oyendo á sus sobrinos roncar destempladamente, si no era que le sacaban de sus doradas cavilaciones, los gritos de alguno de los más pequeños.

Con más frecuencia que antes se dejaba ya ver en casa de la joven que le recibía muy amablemente. El refería todas sus conversaciones á Doña Raimunda que no se cansaba de recomendarle resolución, aunque desesperando de que su protegido la llegara á tener algún día.

Una noche, Lupita fué á visitar á la robusta consorte del licenciado, y como siempre, las sillas fueron colocadas en la acera. No había llegado aún el solterón, ni ninguno de los otros, que aunque no con la constancia de D. Hermenegildo, eran contertulios de la señora.

Después de conversar sobre la escasez y mala calidad del servicio y lamentarse de que la carne y otros artículos de consumo diario costaban un ojo de la cara, Doña Raimunda, cortando una pausa que sobrevino, preguntó á la visitante:

—¿Y qué me cuentas de D. Hermenegildo?

—¿Por qué me lo pregunta usted? ¿Le ha sucedido algo?

—Nada, afortunadamente; pero como está enamorado de tí.....

—¿De mí? Primera noticia.

—Ven á hacerme creer que no te ha dicho nada.

—Nada, de veras. Va á casa, pero como siempre, lo mismo que cualquiera otra visita.

—Pues está el pobre suspirando constantemente por tí. Y ¿qué opinas?

—¿Qué quiere usted que yo opine? No he pensado en casarme otra vez.

—Sinembargo, D. Hermenegildo es un hombre formal, honrado y no es viejo.

—Es verdad; pero no he pensado en tal cosa. ¿Y es capaz de enamorarse de álguien?

—Ya oyes lo que te digo. Está como nunca. Cuando va á verte, al día siguiente me cuenta lo que habló contigo y dice que estabas tan bella como siempre.

A esto apareció el oficinista en la esquina. Ya su aspecto había mejorado notablemente con el cambio de posición. El traje raído y el sombrero de otros tiempos, fueron dados de baja, y esto y la alimentación más abundante y sólida que permitían las nuevas entradas, hacían aparecer remozado verdaderamente al amigo de Doña Raimunda.

Y no sólo en su persona se podían notar los beneficios del triunfo electoral, pues vivía hoy en una casa menos retirada del centro y con mejor apariencia; los muebles habían sido cambiados y la hermana y los sobrinos recibieron una modesta reposición de ropa.

Desde que le vió venir Doña Raimunda se propuso decidirlo á tratar de sus pretensiones amorosas.

Hechos los saludos de ordenanza, con toda la ceremonia y prosopopeya que gastaba nuestro héroe, después de sentarse, se volvió á la joven y preguntó:

—¿Y qué tal ha ido?

—Sin novedad, don Hermenegildo; ¿y á usted?

—Como siempre, Lupita, como siempre. ¿Y el niño? Ese tan gracioso como su madre.

En ese momento cogía un cigarro de paja que le ofreció doña Raimunda, y la mano le temblaba como si se asustase de la atrevida galantería de su recatado dueño.

La jamona no pudo menos de sonreirse y exclamó:

—Luego dirá Lupita que no está vd. enamorado de ella.

Don Hermenegildo, que se había cortado con el importuno temblor, á estas palabras sintió que la lengua se le quedó pegada al paladar y no se le ocurrió nada conveniente para salir del paso; y mientras Guadalupe sonreía, él se encomendaba á toda la corte celestial.

Su ángel salvador fué Felipito que andaba jugando con otros muchachos á alguna distancia y que se acercó dando tremendos berridos. Alar-

mada la madre le salió al encuentro preguntándole qué le sucedía y fué que un compañero de juego, mayor que él, por sí ó por no, le había hecho un chichón en la frente con una piedra, echando á correr en seguida.

—¡Malcriado! vociferó llena de indignación la señora; ha de volver y me la pagará. Pero tú tienes la culpa por andar con ellos. Como su madre no les da educación.....

—Arnica, mi señora; un pañito de árnica, por lo que pueda suceder; aconsejaba don Hermenegildo; en estos casos, es el gran remedio, sé lo que le digo á vd.

Y trajeron la sustancia recetada y Felipito recibió una cuidadosa fricción en el lugar de la avería.

—Y ahora, á dormir, le dijo doña Raymunda dándole un empellón. Bien empleado lo tienes por desobediente.

Jesús, ¡qué muchachos! niña; frita me tienen la sangre. Deja que crezca un poco el tuyo y verás. Aquí en la calle, ya lo sabes; desde temprano se reune una partida y todo es de gritos y carreras. A mí no me gusta que ande en eso Felipito, pero el médico se ha empeñado en que le conviene brincar porque es un buen ejercicio para él que está delgado; y además, al niño le gusta y comprendo que es natural, que está en la edad.

Dello Moreno Cantón.

VIBRACIONES

Al sentido poeta y notable escritor Adalberto A. Esteva.

I

Vuelve á sonar mi voz. Rompo el silencio
Sacudiendo el marasmo en que yacía;
Va el poeta á cantar; aliento dadme
Las nueve de Helicón musas queridas.
Pasó la tempestad; rasgó la nube
Que sobre mi cabeza se cernía,
El ígneo carro del divino Apolo,
Y renovarse en mí siento la vida.
Así pensé un instante
Y vibraron las cuerdas de la lira.

II

No fueron los eróticos acordes
Los que poblaron la región del viento;
Después de los azares de la vida
Mi pobre corazón está desierto.
Del bélico atambor la calacuerda
Tampoco rompe el sepulcral silencio,
Pues de guerrera lid pasó la hora;
Hoy habitamos de la paz el reino.
¿A qué obedece entonces
La inspiración que agita mi cerebro?

III

¿Si no es de amor la fulgurante llama,
Qué nueva luz mi pensamiento alumbra?
¿Si la guerrera trompa ha enmudecido,
Qué lejano rumor mi mente escucha?
Tampoco es una voz desconocida
La que en mi oído con afán pronuncia
Frases que al corazón vuelven su brío
Para llevarlo á la suprema altura.
Es la voz de la patria,
La voz que el hombre no desoye nunca.

IV

Es ese acento como brisa blando,
Alegre como lo es de aves un coro,
Tierno cual la sonrisa de una madre
Y como hiblea miel grato y sabroso.
Al poder de esa voz van mis estrofas
A enaltecer lo que contemplo en torno.
¡Ay! ojalá que la palabra mía
Se pudiera extender de polo á polo!
¡Cómo cumplidos viera
Oh patria entonces mis ardientes votos!

V

Casi á mitad del suelo americano
Existe una región privilegiada:
En su cerúleo cielo el sol esplende

276691

Con magestad y pompa soberanas:
En la callada noche las estrellas
Figuran puntos de bruñida plata,
Mientras la luna en bullidoras fuentes
Se mira retratando la enramada.
Así naturaleza
Anuncia esa región: es el Anáhuac.

VI

Es el Anáhuac, sí; sentid sus bosques
De balsámico olor; ved sus praderas
Que Ceres labradora envidiaría
Para el ornato extramural de Atenas.
Mirad la estribación de sus montañas
Formando por doquier gigantes cuencas,
Y sus desfiladeros intrincados
Do el cervatillo indómito sestea:
Allí tambien se esconden
El tigre y el jaguar y la pantera.

VII

Llegad conmigo á los bermejos campos
Donde el café sabroso se produce,
Y allí á la sombra de gentil palmera
Esquivaremos la febea lumbre.
Del arroyo las aguas cristalinas
La sed mitigarán que nos abrume,
Y el jugo de la piña sazonada
De un bienestar inmenso nos sature;
Después aspiraremos
Del dulce mango el perennal perfume.

VIII

Seguid, seguid conmigo todavía;
Abandonemos la caliente zona
Atravesando cármenes cubiertos
De nardos, azahares y magnolias.
Ya estamos en la altura formidable;
Ya nuestras frentes en las nubes tocan;
Otro ambiente más puro respiramos;
Ya el intenso calor no nos sofoca.
Mirad: del Citlaltépetl
La cara el sol con sus reflejos dora.

IX

Aquí también de la natura canta
El atavío con su voz alegre
El coro de los pájaros que habitan
De oyametl en el ramaje agreste.
Desde el gilguero con sus dulces notas
Hasta el clarín que los espacios biende
Con su sonoro acento, la armonía
En estos sitios sin cesar se siente,
Tan grande como pura,
Tan llena de vigor como solemne.

X

Tended la vista en derredor: semejan
De esmeraldas un piélago los campos:
Aquí se doblan del maizal las cañas
Al peso atroz de los robustos granos;
En las lindes del surco los fresales
Fragancia ofrecen á Favonio blando,
Y más allá se cierra el horizonte
Con las espigas del trigal dorado,
Que parece una faja
Tendida allí para avivar el cuadro.

XI

Seguidme aún; lleguemos á la cumbre,
En donde asienta el águila su nido;
El águila caudal que con leones
Luchó valiente en los pasados siglos:
Ved á diestra y siniestra los dos mares
Que cruzan hoy bajeles atrevidos;
Ved cómo va la audaz locomotora
Rodando por abruptos precipicios
Pregonando el progreso
Con la tonante voz de su silbido.

XII

Mirad de los rebaños apacibles
El agradable singular conjunto;
Ved cómo abren el seno de la tierra
Los bueyes corniatados en el yugo.
Contemplad las cuadrillas de peones
Con fe entregadas al trabajo diurno.
De la activa labor esta es la escena:
En pleno maridaje hombres y brutos
Secundan la esplendente
Obra de paz que civiliza al mundo.

XIII

Dejemos las llanuras: en las selvas
Vírgenes penetremos: nos atrae
A su interior lo igneto que contiene
La exuberancia de su ser salvaje.
Aquí el ébano en toda su grandeza
Forma con el nogal perpetuo enlace;
El sándalo está allí, que da perfume
Al hacha que lo hiere; allá está el áloe;
Y más allá la encina,
La reina de los bosques seculares.

XIV

Adelantemos más. Ved las montañas
Del Popocatepétl y el Ixtacíhuatl:
La eterna nieve de sus altas cumbres
Del temible Plutón el reino indica.
Sus cráteres enormes alimentan
Un fuego pertinaz que no vomitan;
Y mientras más inertes los titanes
En sí contengan la materia ígnea,
Más facil es que puedan
Las ciudades hundir en sólo un día.

XV

¿Veis esa gruta? A su interior nos llama
Algo que hasta hoy la tierra desconoce;
Y no es por cierto la belleza suma
De sus vastos y múltiples salones;
No son las gotas de agua convertidas
En raras piedras lo que admira el hombre.
Es que su fondo guarda algún arcano,
Es que quizás su lobreguez esconde
Un sagrado recuerdo:
De este lugar los tutelares dioses.

XVI

Aquí están las pirámides. Parecen
Vivientes monumentos del pasado:
Del sol y de la luna representan
La majestad en todo su tamaño.
Transcurrirán los siglos, y orgullosas
Elevarán sus cimas á lo alto,
Como diciendo al mundo: «Contempladme;
Esto que veis es obra de las manos
De un pueblo poderoso,
Grande cual libre y como libre sabio».

XVII

¿Qué superficie de cristal reluce
A lo lejos, al pié de las montañas?
Son de Tenochtitlán los limpios lagos
De mansas ondas y de azules aguas.
¿Qué praderas flotantes los recorren
Que dejan una estela de fragancia?
¿Qué variedad de matizadas siembras
Camina lenta á la ciudad cercana?
Son los flotantes huertos
Que la sutil atmósfera embalsaman.

XVIII

El canto interrumpamos. De arreboles
La tarde al declinar tiñe el Ocaso;
Parece que se incendia en lontananza
La esfera azul para volver al caos.
La noche llega envuelta en sus misterios,
Paz, quietud y silencio derramando.
Ya de la sombra el velo luctuoso
Cubre la verde alfombra de los campos.
Duerme, gentil Anáhuac,
De la América hermosa en el regazo.

Eduardo del Valle.

México, 1895

En un día de Sol

DE MI DIARIO DE SUEÑOS.

Un sol radiante, huésped raro en estas brumas, extiende sus cintas de fuego, haciendo trocar en hilillos de plata la nieve que se amontona en las ojivas de la iglesia cercana, aplanada en colinas sobre las buhardillas, entre los troncos de un árbol seco y en las cenefas de los balcones: hay vida, luz y calor.

A través de los vidrios de la ventana me finjo la idea de otro país, creo vivir lejos del gris monótono, y el firmamento, momentamente azul, engaña mis sentidos con paisajes muy distantes: sueño!

Oh los sueños! Ya hace años que vivo en sueños. Nada hay tan delicioso como el delineamiento de cosas inexistentes, como la preparación de escenas que no llegaran á suceder, en que el cerebro se embriaga con colores, y se sienten perfumes nuevos, se ven países desconocidos, se presienten caricias hechas con manos adorables, se oyen besos que parecen alas ba-

tientes de pájaros tornasoles, mientras la mirada se fija en una gota de agua cristalizada que no acierta á caer ó en una ramilla pelada que se inmovilza.

Y en este día de sol, en medio de un silencio desesperante, á través del cual llegan ruidos imperceptibles como de una araña que rizara sus patitas en la pared vecina, mirando la aguja de un campanario que surge como emblema triunfador de la religión, sobre todos los demás tejados, dejo que el pájaro azul bata sus alas en el espacio.....!

***

Ojos negros, vivos, aterciopelados, cariñosos, húmedos, lánguidos, sensibles; boca roja de labios gruesos como los pétalos de un clavel; ovalo suave, casi redondo, como los que exigían los pintores de la clásica escuela italiana; cuerpo erguido como flor de lis que se entreabre, mórbido, señorial: es del trópico.

De allá abajo, de muy lejos, nació cerca de los bosques de limoneros, donde el río lleva en su huida las hojas de los nenúfares, donde las noches son verdes, coloreadas por el follaje que enreda sus gajos simulando bóvedas de esmeralda, donde la luna es como broche de plata en un manto de emperatriz, de allá donde la poesía vive en todas las almas, desde el joven pálido de guedejas rubias hasta el vaquero rudo de cabellos broncos.

La veo riendo, iluminando su carita el rosa de un alba de vida, nacida en sus miradas siderales, toda niña, con la inocencia casta, con el sensible candor de la chicuela que bailó hace poco el primer vals, ignorando los ritos del mundanismo, ruboreándose á la primera trase, y aturdida cuando la contestación se exige.....

Y la veo, cerca, con su trajecito azul, sus brazos frescos como si los hubiera lavado con rosas, reir grandemente, entre una frase de amor, para responder súbita y aturdida:

—Déjeme vd! No ve que aún no sé llevar bien el traje largo.

***

Un salón. Cerca del jarrón veneciano, bajo la lámpara que cubre el rosado *abat-jour*, hundiendo sus piecesitos calzados de charol en la piel negra; ella!

Alta como una estatua egipcia, jamás ríe, tiene la belleza refinada de una dama del reinado de algún Luis; ojos negros, dormidos, serenos melancólicos, soñadores, rasgados, altivos, misteriosos; boca roja, de labios finos como cintas de coral; óvalo regio, como el que pedían los pintores, en la floreal edad del Renacimiento; cuerpo esbelto como lirio de río abierto en noche estival, con la majestad de una princesa y la soberanía de una triunfadora. Cuando habla, las frases ruedan con la armonía de una balada, y cuando ríe—raras veces—simula su risa perlas que chocaran.

La veo gentil, cubierta de damasco y oro, resplandecer entre las guirnaldas de luz, erguida la cabeza, cruzar serena entre las filas de cortesanos, respondiendo la inclinación humillante con ligero movimiento, avasallando corazones y rindiendo almas.

Y la veo cerca, con su traje blanco, con su pecho ornado de gasas que parecen nubes, reir grandemente entre una frase de amor, para responder serena y coqueta:

—Lo creo..... pero vd. se descuida: ya ha comenzado el wals ¿bailamos?

***

¡Oh mis sueños de un día de sol!

Como amo los sueños de un día azul, mientras las gotas de agua caen en hilillos de los montones de nieve, y las campanas de la iglesia vecina, tocan solemnne y grave las horas del mediodía.....

New York, 2899.

Francisco García Cisneros.

EL SEÑOR ESTA SERVIDO

I

MONSIEUR Gremieux es, por temperamento y por sistema, un hombre máquina, un cronómetro que anda en dos pies. No siente nunca; calcula siempre; las manecillas del reloj informan los actos de su vida.

Monsieur Gremieux se levanta del lecho á las siete de la mañana; se baña en agua fría y pone la cabeza á disposición de un Deibler peluquero, que le afeita la barba y le riza el cabello después de friccionárselo con agua de Lubín; se desayuna con café, bollos y manteca de Nantes; lee en seguida *Le Matin*, fijándose particularmente en la sección titulada *Bourse de commerce*, fuma un habano y escribe algunas cartas. A las doce menos cuarto toma un cocktail, y á las doce en punto entra en el comedor á la voz de un criado, que le dice humildemente:

—El señor está servido.....

Después del almuerzo, conversa Monsieur Gremieux con algún amigo, ó juega con él una partida de ajedrez. A las tres, á la calle: otra partidita, un rato de murmuración y de vez en cuando un paseo. Compra un diario de la tarde y vuelve á su casa en punto de las cinco. Hasta las siete menos cuarto, ¿qué hacer? Monsieur Gremieux elabora estadísticas por amor al arte, y las remite á un periódico; verbi gracia: «La exportación de la cerveza alemana, que subió en 1886-87 á 1.071.000 hectólitros, ha bajado en cuatro años á 626,000 hectólitros. La disminución es de 42 por 100» O escribe un anuncio para el *Petites Affiches*, por ejemplo: «Un comerciante caci gordo, sesenta y un años, 8,000 francos anuales, se casaría con una señora, prefiriéndola entrada en carnes. Dote seria.»

A las siete menos cuarto, otro cocktail, y á las siete en punto la sacramental frase:

—El señor está servido.....

Después de comer, la misma cosa que después de almorzar: un poco de charla con un amigo. A las diez se mete en la cama Monsieur Gremieux; á las diez y un minuto, ronca como un bendito.

No hay acontecimiento humano ni divino que altere un punto esta vida cronométrica. Monsieur Gremieux vive con el reloj en las manos, prescinde de toda clase de consideraciones y lo sacrifica todo al más ligero movimiento de las manecillas. Tiene su casa en perfecto orden. Si un amigo deja el bastón fuera de la bastonera, Monsieur Gremieux se levanta azorado y pone el bastón en su sitio. Si tira inadvertidamente un papelito, Monsieur Gremieux va, echando lumbre por los ojos, á depositar el papelito en el cesto. Su condición es de pastaflora, pero se torna irascible contra cualquiera al más ligero intento de descabalar una sola de las piezas que forman el tablero de su existencia. Hombre previsor, si jamás los hubo, tiene también reglamentada la muerte: costo del entierro, número de las invitaciones, carrera del féretro, y allá, en Montparnasse, un nicho que lo espera con la boca abierta y la correspondiente inscripción fúnebre:

AQUI YACE
MONSIEUR GREMIEUX
CONDECORADO CON LA LEGION DE HONOR

Porque esta máquina humana tiene una fibra sensible; la vanidad, que en él vibra ultratumba

II

Hay, sin embargo, algo que pretende á ratos alterar el método de monsieur Gremieux. Cuando repercute en su despacho una tosecilla seca y estridente, el viejo cronómetro detiene un momento el tic tac de su marcha y se resigna alguna vez á tocar el timbre...

—No es nada—observa una enfermera—la señorita ha tenido un acceso de tos.

Es su hija, única, que esputa la primavera de la juventud... ¡Y es además tan buena y tan guapa aquella chicuela de ojos grandes y claros que se entornan á intervalos cuando los cruza, aleteando trietemente, la sombra de la muerte!..... Monsieur Gremieux la quiere con el alma, pero no puede menos de protestar contra ese algo que le estorba. ¡Si él pudiera arreglar los afectos como arregla los papeles de su mesa!.... Monsieur

Gremieux paga para que asistan á su hija los mejores médicos de París; ha puesto á la cabecera de su cama dos Hermanas de la Caridad; le ha dado la mejor habitación, elegante, suntuosa, con amplios balcones, sobre cuyos cristales se sbaten verdes ramajes del boulevard... ¿Qué más quiere? ¡Ah!... El la enviaría á una casa de salud si no temiera el qué dirán...

La moribunda no se queja, no protesta, no dice nada; ¡pasea por él los ojos, grandes, claros, atónitos, como buscando en su corazón una flor nutrida con savia de paternal ternura, sobre la cual pudiera posar el vuelo de niña huérfana y fugitiva de la tierra!...

III

Bañado, afeitado y desayunado, monsieur Gremieux acaba de entrar en el despacho, cuando llama su atención un papelito que no vió en el suelo la criada.

—¡Qué desorden de casa!

Si él la barriera, no habría, no, semejantes papelitos...

Ya se dispone á llamar y regañar á la criada. Pero la enferma le interrumpe, entrando sin pedir permiso. Hay un motivo que justifique tamaña infracción de puertas.

—¡La señorita se muere!...

Monsieur Gremieux corre desolado y llega á tiempo de cerrarle los ojos, que le miran con asombro. Luego abre el reloj: las ocho menos dos minutos. Dentro de la habitación, tristona aunque espléndida, cae por fin la sombra de la muerte, mientras se levanta un sol otoñal esparciendo la vida sobre los ramajes del balcón...

Una hora después, no es conocido el cuarto. Se han recogido los trajes dispersos, los *bibelots*, los caprichos de tocador, hasta un polichinela que guardaba de niña la pobre joven. Todo está limpio y desinfectado de arriba abajo. Sobre los encajes del blanco lecho se destaca, más blanca todavía, la cara de la muerta, y sobre la mesa de noche, encima de un plato, el azahar de un ramito.

A las doce en punto, monsieur Gremieux entra en el comedor á la voz del criado, que le dice con su habitual humildad:

—El señor está servido...

Luis Bonafoux.

CAJITAS BLANCAS

Para Juan de Dios Peza.

¿Se acuerda vd. de aquel *Pierrot* que vió hace años en el Circo Orrin? Ya mi *Pierrot* lee páginas del *Cuore* de Amicis y me enseña con aire triunfal sus cuentas de multiplicar. ¡Que mucho si Juan ha dejado el inútil fusil y la muñeca de Margot duerme su sueño eterno en alguna olvidada caja de cartón!

Ayer, era todavía ayer, cuando en mañanas como éstas, en rosadas mañanas de primavera, me despertaba su parloteo indeciso y vacilante, sus pequeños gritos de alegría, la lluvia de oro de sus carcajadas. ¡Qué aroma de flores frescas se esparcía por la alcoba! ¡qué suave luz de aurora venía á iluminar la pieza en donde aún se agitaban las últimas tinieblas de la noche!

***

¡Qué horrible es, Juan, la noche cuando el niño está enfermo, cuando se cuentan sus pulsaciones y se bebe su respiración, á la trémula llama de una lamparilla que proyecta sombras movibles, como garras siniestras, como alas de aves fantásticas, sobre la pálida frente del enfermito!.....

¡Y hay que esperar al nuevo día, al que os trae la sentencia ó la esperanza, al aborrecible, al maldito, ó al que escribirá vuestras dichas con los rayos de oro del sol naciente en el diáfano azul de los cielos. ¡Oh nueva luz, no llegues nunca, no alumbres, desarma ¡oh astro! tus saetas vibradoras de fuego, déjame aquí con mi do-

lor, en el silencio, en la tiniebla, cubre tus horizontes de luto, que no venga, Señor, que no aparezca ese pérfido parpadeo de claridad.....! Pero no, ven ¡oh luz! inunda los horizontes, estalla en incendios bermejos, ¡oh buena luz! ¡oh nuevo día! ven! ven!

***

Pasan por la calle esas blancas cajitas cubiertas de flores, y detrás de ellas van muchas almas muertas, muchos espíritus de los que se ausentó la vida en las transparentes alas de un angel! ¡Cuánto guardan esas cajitas! Locas alegrías, besos, lágrimas, frescos oasis de la existencia, balbucientes palabras, miradas curiosas!..... todo se lo lleva ese blanco cajoncito de raso, que la tierra negra se traga para no devolvéroslo nunca!

Y vendrán otros días con sus lívidos resplandores, pero ya no escucharéis su parloteo indeciso y vacilante, sus pequeños gritos de alegría, la lluvia de oro de sus carcajadas..... Y de la silenciosa pieza ya no huirán las tinieblas de la noche, porque todo es tiniebla en nuestra alma!

¡Ah tristes cajitas blancas!—Cuando os veo pasar en estas rosadas mañanas primaverales, pienso en una lápida que tengo allá, en un verde pradito de los alrededores, y pongo sobre mi corazón la cabeza de aquel *Pierrot* que vió vd. hace años en el Circo Orrin.

Carlos Díaz Dufóo.

ALREDEDORES DE QUERETARO

SONETOS

Al Sr. R. Delgado

LA PRESA DEL DIABLO

Allí está, como lámina bruñida,
Donde quiebra el Rey-astro sus fulgores,
Enguirnaldada con palustres flores,
De verdes carrizales circuida.

Cuando se encuentra diáfana y crecida,
Y llega la estación de los calores,
Es de ver como van los nadadores
A refrescar su tez enardecida.

El rústico vulgar que tanto fragua,
A todo el que allí va, cuenta cobarde
Que Febo al expirar, cuando atardece,

Ve que se agita sobre el haz del agua
Cárdena sierpe que entre llamas arde,
Y al signo de la cruz desaparece.

EL CERRO DE LAS CAMPANAS

Escueto y sin verdor, sin una rama
Que ceñirte á la sien como atavío,
Ves á tus plantas resbalar el río.
Sobre lecho magnífico de grama.

¡Oh! Tal parece que con viva llama
Te abrasa el fuego de eternal estío;
Todo es en tí patético y sombrío,
Todo las gracias del Abril reclama.

¡Cuántos recuerdos pueblan mi memoria!
Cada una de tus piedras guarda escrita
Con lágrimas y sangre excelsa historia.

¿Quién al hollar tu cima no medita
Que aquí, de un rey al acabar la gloria,
Renació la República bendita?

LA FUENTE TURBIA

Brota sonante al pié de una colina
La fontana de túrbidos raudales,
Sin retratar jamás en sus cristales
La cúpula del cielo zafirina.

El frondoso perú que el viento inclina,
Le ofrece sus racimos de corales,
Y tardos y sumisos animales
En ella abrevan cuando el sol declina.

Cuentan que una zagala encantadora,
Que más que por el agua de la fuente
A una cita de amor fué á cierta hora,

No hallando á su zagal, bajó la frente,
Y el llanto que vertiera la pastora
Enturbió desde entonces la corriente.

LA CAÑADA

Como gigante garza que blanquea
Entre lo más espeso del ramaje,
Rebujada en el manto del boscaje,
Se ve surgir la torre de la aldea.

¡Cuál se extiende la vista y se recrea
Ante el amplio y magnífico paisaje!
En el zafir del cielo ni un celaje
Enturbia el rayo de la luz febea.

Cada cabaña rústica hace gala
De hospedar una cándida paloma,
Un triscador cabrito, una zagala,

Y encierra tanta flor y tanta poma,
Que el cefirillo al agitar el ala
Desparce efluvios de sutil aroma.

EL RIO

Al norte de mi suelo bendecido
Siempre primaveral y sonriente,
Te arrastras rumoroso, cual serpiente
Cuyo crótalo asorda con su ruido.

Las galas todas del verjel florido
Retratas en tu linfa trasparente,
Y en los sauces que besan tu corriente
La paloma torcaz cuelga su nido.

¿Y qué importa que el céfiro suave
Te regale su cántiga sencilla,
Y te adormezca con su trino el ave,

Si ya no escuchas en tu agreste orilla
Aquel acento deleitoso y grave,
Con que en un tiempo te cantó Revilla...?

LA CRUZ DE LA MONTAÑA

¡Oh, qué erguida que estás en lo elevado
Del peñón que circunda la maleza!
¡Qué rústico el altar donde te reza
Tarde por tarde el campesino honrado!

Al evocar la mente tu pasado,
Salta á los ojos llanto de ternura;
Que en tí Jesús, herido con vileza,
Murió por redimirnos del pecado.

Y pues abres tus brazos protectora
A todo el que te busca con anhelo,
Insignia de pasión, cruz redentora,

Deja acogerme á tí, sé mi consuelo,
Y sé también la tabla salvadora
Que en el naufragio me conduzca al cielo.

Juan B. Delgado.

ABSINTHE

A Juan R. Delgado

¡Oh, mis amores de ayer! Huyeron rozando con sus alas de raso las flores de ilusión de mis sueños.....

Y luego, allá, en el fondo de mi espíritu se perfilan los contornos de mujeres amadas, me miran con ojos dulces que revelan su ternura infinita y se pierden..... se pierden!.....

***

Estoy frente á la mesita de mármol, pensando en cosas idas; en mi copa ondea el *absinthe* con claridades opalinas y resplandores tibios, en tanto que la luz irisa las burbujas que sobrenadan en la superficie!.....

Un vapor fosfórco se levanta del líquido, rodea la copa y se difunde en mi estancia. En ese vapor hay muchos puntos luminosos que giran, voltejean y se pierden después, fingen caudas ondulantes, del color del ambar, unos; otros, se van obscureciendo rápidamente; después,..... las márgenes crecen, la copa de cristal finge un lago de oro que se incendia á los reflejos de la luz; entonces los puntos luminosos se transforman en rostros vagamente delineados; las caudas de oro, son cabelleras desatadas, rubias, cocomo el champagne; y las caudas negras, son cabelleras de sombra.....

Esos rostros sonríen y me traen recuerdos vagos, incoherentes..... ¡Ah! Yo no conozco esos rostros, pero los amo; en alguna parte los he visto, no sé dónde, pero los he visto, esas miradas me han acariciado, y esos rizos han resbalado por mi frente y he hundido mi mano en la gloria de esas cabelleras desatadas, luego se acercan á mi copa y tocan el borde con sus labios de encendida fresa dejando en torno exquisitas fragancia.

Aquella cabecita de mirada apacible, al besar mi copa dejó caer una lágrima. ¿Por qué llora?..... ella, me ve en silencio, baja luego la vista y se aleja.....

Es un desfile místico, una procesión de estrellas rumbo al infinito; la barca es una hoja de rosa, el timón es un recuerdo que viste hábito. ¿Quereis emprender el viaje, princesas mías?.....

.....

Una marea silenciosa asciende produciendo un rumor como de abejas que vuelan, es la sombra que avanza..... las cabecitas de mujeres queridas, de vírgenes que fueron, se acercan á mi oído y me dicen que me aman, dejan un beso en mi frente y se alejan, se ahogan en la onda verde del *absinthe*, dejan flotando sus luminosas cabelleras en la superficie brillante y glauca que poco á poco las disuelve!.....

¡Ah! Son mis musas, las que tejen guirnaldas de violetas para mi lira y coronas de adelfas para mi novia!..... Aquella, la de semblante triste, la que dejó caer una lágrima en mi copa; es la que me acompaña en mis horas de fiebre, la que deshoja flores en mis sueños, es la que me ama, es la que llora conmigo; ¿por qué se aleja?.....

En tanto, en la copa de cristal ondea el *absinthe* en que se ahogaron los rostros de mujer, de vírgenes rubias de ojos azules y vírgenes morenas de ojos obscuros; brillantes, como un rayo de sol sobre diamantes negros!.....

¡Oh mis amores de ayer! Huyeron lenta, silenciosamente rozando con sus alas de seda las rosas blancas de mis sueños!.....

Y luego..... allá..... en el fondo de mi espíritu se perfilan los contornos de mujeres amadas que me ven con tristeza revelando las ternuras infinitas que aprisionan en sus almas de vírgenes!.....

México, 1896.

El Duque Juan.

Serenata japonesa

Muéstrame tus ojos, niña,
Más dulces que almendras blancas,
Y en tu abanico de seda
Mándame tiernas palabras.

Soy príncipe de esta tierra
Y estoy rendido á tus plantas,
Pidiéndote una sonrisa
De tus labios de granada,
Para que me hagas dichoso,
Para que conquistes mi alma.
Muéstrame, pues, de tu frente
La nevada porcelana
Y en tu abanico de seda
Mándame tiernas palabras.

Tengo un arrozal inmenso
En las llanuras cercanas,
Donde el Ejército vive
De mis esclavos y esclavas:
Todos son tuyos, si ríes
Con tus labios de granada,
Soy príncipe de esta tierra
Y estoy rendido á tus plantas.

Tengo un palacio que brilla
Como el sol de la mañana,
Con cien columnas inmensas
Y con paredes de laca;
Y en ellas por los artífices
De más gloria y de más fama
Grabadas en letras de oro
Del gran Confucio las máximas.
Un Budda de enorme vientre,
Santo guardia de mi casa,
Me cuida el sueño y me anuncia
La hora de la batalla;
Y una Quimera de bronce
Caza con sus grandes garras
Los espíritus malévolos
Que inspiran odio ó venganza,
Todos son suyos, si muestras
Tu rostro de porcelana.

Tengo jardines que dan
Las crisantemas rosadas
Que sólo dan los jardines
De nuestros altos monarcas,
Las crisantemas que adornan
Los nobles escudos de armas,
Las grandes monedas de oro,
Los pies de la soberana,
Los pechos de las princesas
De sangre real, las medallas.
Tengo jardines que rinden
Las crisantemas más blancas,
Y las azules y negras.
Y las amarillas pálidas;
Y las de color de sangre,
Y las color de esperanza.
Con todas te haré tu lecho,
Mousmé misteriosa y cándida,
Si con dos frases de amor
Sabes conquistarme el alma.

Tengo un cuchillo de acero,
Con mango de bronce y plata,
Donde están las santas cifras
De mis abuelos grabadas.
Cuchillo que llevo al cinto
En los días de batalla,
Dime á quién quieres que mate
Con él, y al punto, á tus plantas
Te traeré su corazón
En la punta de la lanza.
Tengo para tí formado
Un pabellón en mi casa,
Con quinientos abanicos
Atados con cintas varias,
Con quitasoles pintados
De flores y aves fantásticas,
Con biombos de seda rojo,
De bronce, marfil y laca,
Con cien tibores panzudos
De ubérrima porcelana
Con gongos de varias formas
Para decir las plegarias,
Con pieles blancas y rubias
Traídas desde Kamtschacka.
En tu abanico de seda
Manda una sola palabra,
Y si quieres, si lo exiges,
Mousmé deliciosa y cándida,
Entregaré esas riquezas

A las lenguas de las llamas.
¿No sientes cálido el aire
Que cruza por tu ventana?
Yo veo que te rodean
De fuego unas grandes alas,
Y que en ese fuego inmenso,
Se te está abrasando el alma.
Si es de amor, dímelo, niña,
Dime una sola palabra.
Soy príncipe de esta tierra
Y estoy rendido á tus plantas,
Pidiéndote una sonrisa
De tus labios de granada,
Para que me hagas dichoso,
Para que conquistes mi alma.
Muéstrame, pues, de tu frente
La nevada porcelana,
Y en tu abanico de seda,
Envíame esa palabra.

N. Tondreau
(Chileno.)

SOBRE ARTE

Un artista es un creador de cosas hermosas.

Revelar el Arte, ocultando al artista, tal es el objeto del Arte.

El crítico es aquel que puede traducir en otra forma ó con nuevos procedimientos la impresión que le dejan las cosas hermosas.

La autobiografía es, á la vez, la más alta y la más baja de las formas de la crítica.

Los que encuentran feas intenciones en las cosas hermosas, son corrompidos sin ser seductores. Es una falta.

Los que encuentran hermosas intenciones en las cosas hermosas, son los cultivados. A éstos les queda la esperanza.

Son los eligidos, para quienes las cosas hermosas significan sencillamente la Belleza.

Un libro no es moral ó inmoral. Está bien ó mal escrito. Es todo.

El desdén del siglo XIX hacia el realismo, es semejante á la rabia que se apodera de Calibán al contemplar su rostro en un espejo.

El desdén del siglo XIX hacia el romanticismo, se parece á la rabia de Calibán al no contemplar su rostro en un espejo.

La vida moral del hombre forma una parte del objeto del artista, pero la moralidad del arte consiste en el uso perfecto de un medio imperfecto.

El artista no desea probar cosa alguna. Pero las cosas verdaderas pueden ser probadas.

El artista no tiene simpatías éticas. Una simpatía moral en un artista trae consigo un amaneramiento imperdonable del estilo.

El artista no debe caer nunca en la imprevisión. Puede expresar todo.

Para el artista, la idea y el lenguaje son los instrumentos de un arte.

El vicio y la virtud son los materiales. Desde el punto de vista de la forma, el tipo de todas las artes es la música. Desde el punto de vista de la sensación, el comediante.

Todo arte es á la vez superficie y símbolo. Los que buscan bajo la superficie, lo hacen por su cuenta y riesgo.

Lo propio los que intentan penetrar el símbolo.

Es el espectador y no la vida lo que el Arte refleja realmente.

La diversidad de opiniones acerca de una obra de arte, demuestra que esta obra es nueva, complexa y viable.

Cuando las críticas difieren, el artista está de acuerdo consigo mismo.

Podemos perdonar á un hombre que haya hecho algo útil con tal de que no la admire. La única escusa de haber hecho algo inútil, es admirarlo intensamente.

El Arte es completamente inútil.

Oscar Wilde.

AZUL PALIDO

Anoche nos ofreció el actor Maggi su función de despedida. Huye el esquisito artista á otras comarcas menos estériles, se va en busca de su buen sol de mediodía, á caldear sus ateridos miembros en un rayo rojizo, á escuchar las rimas de las ondas mediterráneas, á vivir esa triunfal vida del arte que nosotros los latino-americanos no sentimos. Allá va, envuelto en las som-

bras del desengaño, con la vista fija en el amado occidente, que se alza como una Tierra Prometida en la amarga extensión de las aguas. Anoche fué simbólico el excelente actor: cruzó el *Rey Lear*, doliente y solo por la triste sala desierta; la ingratitud apoyada en la risa, la blanca cabeza venerable alzada á la tormenta, la razón fugitiva, y el cascabeleo bufonesco poniendo alegres notas fugitivas en el sordo rodar del trueno. ¡Ah irónico comediante! El burgués público no dió en la sátira. Se contentó con aplaudir á Maggi, á este Maggi, «vencido mas no domado,» como el Felipe II de Núñez de Arce, á ese Lear que va á descansar su fatigada cabeza en la falda de esa Cordelia ideal que aun tiene para el artista suaves besos de amor filial, Cordelia Italia que lo atrae con sus piadosas ternezas. Va, buen peregrino de lejanas tierras, torna blanco Lohengrin á tu santa morada; Elsa—la poesía—no volverá á verte aparecer en las revueltas del río. Como recuerdo de tu paso por estos eriales, nos dejas ¡oh Lear! la abigarrada túnica de tu bufón: nos dejas la zarzuela!

***

¿Pero es verdad que la Belleza es «un sueño de piedra,» como decía Baudelaire? Inmóvil y serena, en su actitud grave, la estátua duerme ese sueño eterno. Pero la gracia es movimiento, es ritmo, es cadencia; copla en los labios de Concha Martínez y epigrama en los ojos de Fernanda Rusquella, las dos vencedoras ilustres de la musa zarzuelesca. Para ellas tejen los compositores españoles esas guirnaldas de notas, construyen en el aire sus minaretes y afiligranan sus arcos árabes. Porque ¿no se os antojan estos compositores españoles refinados estilistas alhambrinos? Oíd, si no, esa «sinfonía morisca» que el maestro Julián ha tenido la feliz idea de hacernos escuchar en noches pasadas. ¿Qué hay dentro de esa labor de orfebrería musical? Esbeltos arabescos, filigranas sutiles, tenues encajes, mosaicos multicolores, marmóreas fuentecillas. Toda una vieja leyenda oriental con sus chispazos de luz, sus abigarrados matices, sus tonalidades diversas. Y en el fondo de esta inspiración vibra la tristeza del harém, la voz doliente del *muezzin* que llama á la oración. Y entonces la rítmica cadencia copia patios de la Alhambra, frescos rincones de bosquecillos de naranjos en flor, ricas techumbres de resplandecientes mezquitas.... Todo eso veo en las páginas musicales de los maestros españoles; y cuando labios carmesíes se apoderan de esta corriente armónica, cuando la *soleá* ó la *petenera* encuentran tibio nido en la boca de la Martínez, se me antoja vislumbrar la pálida silueta de Boabdil salpicando con sus amargas lágrimas el verde tapiz de los campos de Granada. Por eso la noche del viernes último una multitud sugestionada por la reina del *cante*, se agitaba delirante en el teatro de Arbeu, aclamando á la graciosa andaluza, á la que lleva en sus arterias glóbulos de sangre morisca. Y traigo á los dinteles de mi memoria las estrofas del poeta:

Y á tu vez, de pasión estremecidos,
Para entregarse á la morisca zambra
Surgirán los espíritus dormidos,
Como duermen las aves en sus nidos
Ocultos en los techos de la Alhambra.

***

Del album de un amigo, neurótico y *boulevardier:*

¿Eres hombre?—Pues engañarás á tu amigo, harás verter lágrimas á tu amada y faltarás á tus deberes.

Hay seres *apasionados* y hay seres *pasionistas*. Deslindemos.

¿Estás enamorado? Ni te condeno, ni te absuelvo. Todos quieren tener algo en la cabeza.

Conozco más de un hombre que llora en Carnaval y toca las castañuelas en Cuaresma.

Los humanos se vengan, Dios castiga.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 24 DE MAYO DE 1896. NUM. 4.

VENENOS LITERARIOS

Acabo de leer el *Triunfo de la muerte* de Gabriel D'Annunzio, y la impresión que ha dejado en mi espíritu esta extraña obra de un doloroso refinamiento, me hace el efecto de un exquisito veneno absorbido por todos los poros de mi cuerpo.—Venenos! ¿No se os antoja que por las arterias de la literatura contemporánea circula una corriente tóxica? Nuestras lecturas son una suerte de envenenamiento deleitoso; cuando un libro no nos deja el ácido sabor de un licor corrosivo, no nos sentimos satisfechos; el artista moderno es un hábil preparador de drogas mortales.

Se penetra en este laboratorio con el vivo placer de proporcionarse un nuevo sufrimiento, una nueva tortura, que herirá ignoradas fibras, que provocará angustias desconocidas. El escritor es más gustado cuanto más cruel; sólo se le pide que sea implacable.—Uno de estos torturadores de las conciencias modernas, un refinado del mundo de la sensibilidad, ha dicho, hablando del héroe de Shakespeare: somos nosotros nuestros propios Yagos y más ingeniosos para torturarnos que aquel: Yagos y Hamlets llevamos en nuestros espíritus, y ¡raro deleite, brutal y quintaesenciado! en el seno de nuestros dolores encontramos un goce morboso, el latido punzante de una acerba alegría.

Aspirad el perfume penetrante de ese negro ramillete de las *Flores del mal;* recorred las páginas de ese libro de incisivo humorismo psicológico que se llama la *Fisiología del amor moderno.* ¡Cómo clava sus garras este «monstruo delicado» en nuestros palpitantes miembros! ¡Qué finamente desgarra nervios! Y al resurgir á la luz del día las estrofas del poeta vienen á atravesar vuestra alma como *un viento frío de la noche:*

> Encore une torture, encore un battement,
> Puis rien. La terre s'ouvre, un peu de chair y tombe,
> Et l'herbe de l'oubli, cachant bientôt la tombe,
> Sur tant de vanité croît éternellement.

¡Y amamos nuestro propio martirio! Gustamos de este letal brevaje que va poco á poco minando nuestra antigua salud intelectual. Vamos, á semejanza de esa pareja de enamorados de Tourguenéff, asidos de las manos entre la niebla, afianzados á la amada visión que nos sonríe, mientras sus brazos se retuercen en convulsiones trágicas.

En vez de tomar una copa de ajenjo, se lee una obra nueva. Hay mayor cantidad de substancia tóxica en ésta que en aquella. Del éxtasis opalino salís al manicomio, al hospital, á la obscura bocaza de tierra; de la literatura actual saldreis con una vida artificial, hiperestesiada la sensibilidad, con extraños sobresaltos, dispuesto á todos los dolores, con una mezcla de asco y

miedo. Habeis bebido las aguas de un manantial que arrastra cadáveres.

¡Ah! desgarradora enfermedad que palpita en la obra de D'Annunzio! Ser joven y no poder ser ya joven; amar y sentir tedio del amor. ¡Cruel lema el que se alza como un epitafio en la portada del libro: *Nec sine te nec tecum vivere possum!* —¿Qué queda al hombre cuando ha gustado en una mañana todos los placeres de la vida y sale de ellos con un incurable desconsuelo?...

Venenos son las páginas de la literatura contemporánea, y todos de ellos estamos contaminados, todos apuramos ese ajenjo del espíritu, más pérfido y destructor que el que refleja sus visiones verdes en el fondo de una copa, cuando emprendemos el viaje á esas comarcas del olvido de las que habla Baudelaire en sus *Paraisos artificiales.*—Bebed, mis buenos amigos, del emponzoñado licor del arte. Para vivir, creer; para morir, sentir.

Carlos Díaz Dufóo.

A la muerte de Múgica

SONETO

Murió de cara al mar como un valiente,
Bañado por la luz de la alborada;
Noble, sereno, firme la mirada,
Resuelto el corazón, alta la frente.
De pie, la muchedumbre indiferente,
Para ver aquel crimen, congregada.....
Mejor hubiera estado arrodillada
Que es la actitud que guarda el impotente.
Murió de cara al mar ¡quién lo diría:
Que no rugió de rabia el oceano
Ni en noche eterna convertirse el día!
Murió con la virtud de un espartano,
Mientras la Libertad le sonreía
Señalándole el cielo con la mano!

B. Byrne.

Djaggadêva

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL»]

De Delhi á Benarés, las ensangrentadas olas del Djummah y del Ganges arrastraban cadáveres. El campo de batalla en el que los heridos estaban abandonados entre los muertos, desaparecía poco á poco al caer la noche.

Los soldados removían con sus espadas los montones de carne humana, en los que creían sorprender algunas señales de vida, mientras que en la maleza pasaban rápidamente extrañas luces fosforecentes: saltaba una masa sombría, y en medio de las tinieblas se escuchaba un grito de suprema agonía y el rugido del tigre que despedazaba su presa.....

Después, la sombra se hizo más densa, y el triste silencio de la llanura, se extendió sobre el campo de muerte y de destrucción: las fieras estaban hartas, y los vencedores habían regresado á sus tiendas.....

A la voz de Az'Rour, el gran servidor de Budda, levantáronse todos los fieles, y de Lukuow, la ciudad santa, de Allahabad la piadosa, y de todos los rincones de la provincia, acudieron los guerreros, los feroces Kshattryas. La lucha fué terrible, atroz, sin cuartel: los hijos de Budda á quienes animaba el soplo de su dios, cayeron como una avalancha sobre el enemigo. La batalla duró todo un día y al declinar del sol, el ejército de Brahma quedó destruido. Como el viento del desierto arrebata y dispersa la arena, borrando las huellas de las caravanas, así pasaron los soldados de Az'Rour borrando la gloria secular de Brahma.

Sin embargo, un grupo en medio de horribles ahullidos arrastraba á la tienda de Az'Rour á un hombre agarrotado; el postrer empellón le arrojó repentinamente en el círculo luminoso de las antorchas. Era el prisionero de alta talla, sus musculosos miembros apenas cubiertos de harapos, revelaban un vigor poco común: larga barba negra, en la que se distinguían muchos hilos de plata, caía sobre su pecho, dejando ver un rostro demacrado, pómulos salientes y una nariz recta y delgada; sus ojos negros profundamente sumergidos en sus órbitas y sombreados por espesas cejas, brillaban de un modo extraordinario.

Largo tiempo en silencio contempló Az'Rour á aquel hombre: luego una sonrisa cruel entreabrió sus labios, y á su gesto se retiraron los soldados que custodiaban al prisionero.

—¿Cuál es tu nombre? preguntó el jefe de los Kshattryas.

—Tú lo sabes, lo he escrito en la llanura con la sangre de tus guerreros.

—Quiero escucharlo de tus labios.

—Cuando ví la luz del día, gusté en la cuchara de oro la miel y la manteca clarificada. Soy tu implacable enemigo, y el enemigo de todos los tuyos: el brahmán Djaggadêva!

Az'Rour hizo un movimiento de furor.

—Vanos han sido tus esfuerzos, tu palabra ha perdido su poder: todos tus soldados han muerto y las olas del Ganges arrastran sus cadáveres hacia el mar eterno!

—Bienaventurado el que perece combatiendo por su fe; tres veces dichoso el que encuentra la muerte en las ondas del sagrado río, ó puede antes de morir refrescar sus labios con sus santas aguas.

—Sin duda, dijo con burlona sonrisa el jefe feroz, hubiera sido glorioso para tí, compartir la suerte de todos; pero yo no he querido que así sucediese. En nuestras batallas, bien lo sabes, no hay cuartel, no hay misericordia; sin embargo, la batalla terminó, estás vencido..... y aun vives! Mis órdenes se han cumplido, tu vida ha sido respetada, porque me pertenece y así lo he

dispuesto. Es tiempo de escarmentar con un ejemplo terrible, los espíritus inquietos que tu palabra maldita ha arrastrado al mal.

—La sangre que derrames será fecundo rocío: cuando Paracourama, el brahmán de corazón puro, ha caído sobre sus enemigos, ha llenado con su sangre, cinco grandes lagos!

—Insensato, ¡desafías á la muerte! perecerás en medio de tormentos.

El prisionero permanecía impasible; ni un músculo de su bronceado rostro temblaba.

—No desafíes tú mismo á Siva, destructor de todas las cosas. Recuerda, hijo de Çakya-Mouni, que todo el que toque á un brahmán, aunque sea con un tallo de yerba, renacerá veinte veces en el vientre de un animal innoble.

Loco de rabia y espumándole la boca, Az'Rour gritó:

—Tus miembros torcidos por el dolor te serán arrancados del cuerpo: caballos indómitos te arrastrarán por la llanura! Fierros candentes atenacearán tus carnes! Los verdugos por orden mía, inventarán para tí suplicios desconocidos.

Djaggadêva irguiéndose, adelantó un paso hacia Az'Rour: brillaron sus ojos de un modo fulgurante, y su mirada fija en la de su adversario, parecía absorberlo. Lentamente pronunció estas palabras:

—Si el rey irrita al brahmán, ha dicho la Sagrada Escritura, tocando su persona ó sus bienes, arrepiéntase el rey, ó apresúrese á herir, porque el brahmán por sus imprecaciones mágicas, lo destruiría inmediatamente, con sus equipajes y ejércitos!

Un estraño fenómeno se realizaba en esos momentos. Az'Rour cuyos ojos estaban fijos en los del brahmán, sin poder apartarlos de ellos ni un instante, fué acometido de un violento temblor, gruesas gotas de sudor rodaban por su rostro, contraído por inexplicable agonía. Pretendió hablar; pero sus labios se agitaron en vano, y no pudieron proferir la amenaza, sus miembros pusiéronse rígidos y haciendo terrible esfuerzo, con mano temblorosa, tomó una ancha cimitarra, que se encontraba á su lado y la blandió sobre la cabeza del brahmán. Este no hizo ni el más ligero movimiento para evitar el choque, ni un esfuerzo interrumpió su inmovilidad, y sin embargo las cuerdas que le sugetaban cayeron á sus pies, ni rotas ni desatadas. Con un gesto rápido como el rayo, estendió el brazo y sus dedos tocaron la frente de Az'Rour.....

Romplóse entonces la hoja de la cimitarra, y vacilando Az'Rour por el peso de una presión invisible, se desplomó sobre sus rodillas, dirigiendo á sus soldados, sobrecogidos de estupor, miradas anhelantes, llamándolos apenas con ronca voz:

—¡A mí, á mí!

Los más valientes de los Kshattryas, pretendieron lanzarse en auxilio de su jefe; pero Djaggdêva, volviéndose hacia ellos, los envolvió en los mágicos efluvios que derramaba en derredor, y como su señor, cayeron á los pies del brahmán.

Entonces éste, pasando sus largos y afilados dedos sobre la cabeza de Az'Rour, incapaz de toda resistencia, golpeándole la frente y poniendo los pulgares sobre sus dóciles pupilas, dijo con voz lenta y grave, como si fuera una melopea:

—¡Has ofendido á la trinidad santa! ¡desdichado, que has levantado la mano sobre un servidor de Dios! Dentro de un instante, por la voluntad del Sér Supremo, al que el mismo Brahma está sometido, recobrarás tus fuerzas y tu crueldad. Mi cuerpo te pertenece, podrás hacerle sufrir; escucha, sin embargo, lo que te dice mi alma, ya casi separada de su despojo humano. Tus verdugos podrán agotar los recursos de su ingenio, sus instrumentos de tortura podrán mellarse en mi carne, el destino lo quiere así; pero la hora de mi suplicio marcará la de tu castigo; sufrirás los mismos dolores que yo: el fierro que rompa mis huesos romperá al mismo tiempo los tuyos; cada gota de mi sangre, hará correr una gota de la tuya; el fuego que consuma mi cuerpo aún palpitante, desgarrará el tuyo con implacables destellos. En nombre de Brahma, de Vichnou, de Siva ¡yo te maldigo!.....

Djaggadêva calló, y retrocediendo poco á poco hasta donde estaban los guardias agrupados en el fondo, hizo un signo y todos aquellos que por su sobrenatural poder estaban prosternados, se levantaron inmediatamente.

Az'Rour, vacilante todavía, se apoyó en la espalda de un soldado, y mirando por todas partes, como si acabara de despertar de una terrible pesadilla, tardó algo en reponerse y luego que distinguió al brahmán, le dijo:

—Mañana morirás, cuando el sol marque la mitad del día.

..... El victorioso ejército estaba reunido en el lugar señalado para el suplicio. Rodeado de sus principales guerreros, Az'Rour ocupaba una alta plataforma, desde la que dominaba la multitud: en medio de la plaza, los verdugos agrupados alrededor de la víctima, esperaban una señal para comenzar su obra. La sombra de una lanza plantada en tierra, debía marcar, al comenzar á proyectarse su sombra sobre el primer escalón de la plataforma, la hora fijada por Az'Rour.

Llegado el momento, el verdugo mostró silenciosamente á su ayudantes la sombra de la lanza; uno de ellos tomó desde luego un fierro incandescente y lo aplicó sobre el pecho del brahmán..... Se escuchó un grito horrible que no había lanzado la víctima, y Az'Rour, con el rostro convulso por el dolor, se levantó para caer en brazos de sus servidores. Entretanto los verdugos impasibles, ejecutaban implacablemente las órdenes que habían recibido. Sólo Az'Rour hubiera podido suspender su obra infernal; pero el orgulloso Kshattrya, agobiado por el sufrimiento, nada pudo ordenar.

La palabra del brahmán estaba cumplida y cuando el canto de muerte de Djaggadêva cesó con su último suspiro, Az'Rour había dejado de vivir.

Luciano Daresme.

RESURRECCIONES LITERARIAS

EL AVE ACUATIL

(DE BRYANT)

¿Adónde, entre esos húmedos celajes
Perdida vas en el confín del cielo?
¿A dó se tiende al expirar el día
Tu solitario vuelo?

Con ojo hambriento el cazador te sigue
Entre el oro y carmín del horizonte;
Mas ya en el fondo se embebió tu imagen,
Del azulado monte.

¿Buscando vas la pantanosa orilla
De quieto lago, ó de anchuroso río,
O la arenosa playa en que se aduerme
El piélago bravío?

¿Qué importa? Dios en la extensión vacia
Te marca el rumbo con potente mano,
Y cruzas la extensión del vago viento
Cual nave el oceano.

Batiendo con tesón las luengas alas
Todo el día bogaste allá en la altura,
Y antes que humilles el cansado vuelo
Vendrá la noche oscura.

Sigue, sigue; tal vez mañana alcances
La mansión de apacible primavera
Que al descanso y al goce te convida
Con dulce compañera.

....

Pasaste ya; el abismo de los cielos
Tu forma arrebató; mas en mi mente
Quedó esculpida en indelebles trazos
Lección grande, elocuente.

La mano amiga que de zona en zona
Por el desierto azul tus alas guía,
Guiará mi paso en el revuelto mundo
Hasta la tumba fría.

Washington, 1867.

Ignacio Mariscal.

EN EL NIDO

ENTRE BOHEMIOS.

—Ven, prenda, trae contigo la botella de dorado jamaica, ó si más te place, la que encierra en su vientre abultado el chartreuse enervador; siéntate sobre mis rodillas, rodea mi cuello con tus frescos brazos, y sonríe enseñando por entre esos labios graciosos la menuda sarta de perlas que es mi encanto.... Hoy quiero ser dichoso.... Ajá. ¿Ves en qué poca cosa estriba la felicidad de dos seres? Que vengan á darnos envidia todos los potentados de la tierra y nos reiremos de su oro en sus mismas barbas. ¡Su oro! ¡su oro!... ¿Qué más oro que el de mis versos en que canto la belleza de tus ojos, las armonías de tu voz ó las incitantes morbideces de tu busto de hada?.... Soberbios trenes, palacios ostentosos, joyas deslumbradoras, mármoles, tapices..... ¿qué deseas? No tengo un real, pero te lo ofrezco todo en mis rimas sonoras é inmortales, exornado con las notas brillantes de la métrica cadencia..... ¡Ah! no te rías: de ese modo no tendrás que ahogar, asediada por el tedio, el bostezo importuno; no verás la vanidad pueril de las ricas presas con que ciño tu cuerpo de escultura; no comprenderás lo inútiles que son para el alma que se aburre, los anchos divanes, las blandas alfombras, y los discretos cortinajes del tálamo lujoso..... Cuando fascinada escuchas, con tus negros ojazos muy abiertos, las descripciones deslumbradoras de alcázares y edenes impalpables, que como presente valiosísimo te ofrezco, encerrados en estuche vistoso de rotundas estrofas, tú eres más feliz que los más poderosos monarcas de la tierra; y cuando al arrullo de mis dulces anacreónticas y plácidos epitalamios, apoyas la frente sobre mi hombro, creyendo oír las notas melífluas del caramillo y soñando con los risueños valles surcados por arroyuelos transparentes y matizados por arboledas obscuras y floridos prados donde sestea el rebaño balador, eres tú más dichosa que los mismos ángeles á quienes dirigen tus súplicas todas las noches antes de dormir..... No, reina mía, no quieras poseer nada de eso que ves reflejarse en mis versos como se refleja el cielo en la tersa superficie de de lago cristalino: todo es falso; en el momento en que lo alcanzases, no hallarías diferencia entre el metal precioso que hoy te seduce y el polvo que huellas con tu piecesito microscópico; todo se confundiría ante tus ojos en una mancha de color uniforme y sin brillo; no desearías nada, te morirías de hastío y la desesperación sería tu compañera, te lo aseguro..... Sueña, y procura no despertar: yo he despertado y me aburro soberanamente..... aún en tus brazos..... siendo tú la más pura, la más buena y la más cariñosa de las mujeres..... ¿Te has puesto triste? ¿lo ves? ese es el helado contacto de la realidad..... He amontonado palabras sonoras, halagüeñas imágenes, ideas sonrosadas..... pero entre ellas se ha deslizado á mi pesar la ponzoñosa víbora de mi escepticismo..... ¡Oh! si yo no hubiera despertado nunca á la verdad, si no hubiera pretendido tocar el deslumbrador oropel que me atraía, si no hubiera tenido oro que derrochar, mujeres que poseer ni templos que profanar, sería tan dichoso como tú, que crees y me adoras: nada hay más grato que el deseo que embarga nuestras ideas y nos sumerge en inefables sueños; la hartura es hermana gemela del cansancio; lo ignoto tiene atractivos indefinibles..... Cuando me veas algunas veces languidecer y permanecer abstraído por sorda tristeza, no creas que me apena algún profundo dolor, ó que me acosa algún afán no satisfecho, ni tampoco que me encuentro enfermo; no, no tendré nada, mejor dicho, lo he tenido todo, y ese es el mal..... todo me aburre, no hay nada que se libre de mi desdén, y pudiendo figurar entre los mejores y engalanar mi cuerpo no mal formado y tomar parte en la común contienda, permanezco oculto, voy desliñado, no lucho.... carezco de ideales, y ni siquiera soy ambicioso.... ¡Desdichada de tí si todo lo lograses!: todo te parecería mezquino y despreciable, verías que el

mundo es un gran imbécil, comprenderías que yo soy un pobre diablo, y mis versos, que hoy despiertan tu entusiasmo, te parecerían tan insulsos y monótonos como el ruido de la lluvia que azota esos cristales..... Ven, dejemos al mundo, encerrémonos con nuestro cariño en este nido ignorado cuyas pajas con tanta solicitud hemos reunido; no hay en él ricos cortinajes, ni muebles espléndidos, ni costosas magnificencias que nos distraigan de nuestro culto..... en el templo del verdadero creyente todo está demás, y este es hoy el templo de nuestro amor.... mañana... .. ¿quién sabe? Hoy nuestras almas se adoran, se identifican en un mismo pensamiento, se abrasan en un mismo juego, se pertenecen..... ¿para qué pensar en lo demás?..... Ven, prenda, hoy quiero ser dichoso, remontémonos soltando el vuelo á la imaginación, arriba, muy arriba, más aún..... el chartreuse de esmeralda que te ofrezco en honda copa nos ayudará en la difícil ascención..... Un beso, apoya tu frente aquí, sobre mi cuello..... el universo es nuestro, grande, hermoso, espléndido, infinito..... ¡Que vengan á darnos envidia todos los potentados de la tierra!—

Emilio Fernández Vaamonde.

MISTICA

Orando está la virgen; de sus labios,
Viva rosa entreabierta, la plegaria
Alza temblando el vuelo de paloma,
Y hay beatífica unción en la mirada.
¿Qué hablan á esa alma el órgano que gime,
Esa oblación que la piedad levanta,
Las lágrimas del cirio, el blanco incienso,
Que ondula, perfumado, sobre el ara?
¡Oh, virgen! Lo que piensas, ¿quién lo sabe?
¿Quién al fondo penetra de las almas?
Yo solo sé que, al verte de rodillas,
Siento rodar del labio la plegaria:
Que el nidal de mis negros pensamientos
Cubre un angel hermoso con sus alas,
Que es más puro el ambiente de mi vida,
Que es más limpia la luz de tu mirada:
Que mis nubes de excéptico se alejan
Y que á todo lo bueno se abre el alma
Con la ficción del réprobo que mira,
Pasar una visión radiosa y blanca.

TROPICAL

Fingen, entre caricias ardorosas,
Del cielo del jardín en los confines,
Vía láctea de nieve los jazmines,
Llamaradas de púrpura las rosas.
Flotan blancas y azules mariposas
Como rimas de amor de los jardines
Y la gama de fuertes colorines
En las hojas da notas luminosas.
La cigarra estridula; en la enramada
El racimo dorado amarillea,
Por un sol implacable lanceada;
Como en un pentagrama una corchea,
Se ve pasar al ave fatigada
Bajo un cielo de zinc que centellea.

MAYO

Es el mes de las rosas. Sus copas
al sol balancean las lilas floridas;
azahares gotea el naranjo
y en oro se bañan las verdes colinas.
¡Oh, mi amada! ¿no sientes que entorno
en lira se cambia la rama que vibra,
y se marca y columpia, y nos manda
un soplo de esencias en ráfagas tibias?
¡El Amor es quien pasa, y nos dice:
«Gozad, y en la copa bebed, sin medida,
que enardece á los tristes poetas
y hace amar á las pálidas niñas!»

Vicente Acosta.

NUPCIAL

Allí están los turpiales. Se les conoce en el ruido acariciador que hacen allá arriba, entre las copas frescas de los guanos, bajo el toldo esmeralda de las hojas hermosas, llenas de rocío y de luz. No esperaron más que el primer rayo de sol y la primera brisa primaverales para levantar el vuelo y venir á formar sus nidos y á calentarlos.

¡Turupio!

Oye, Ernestina, cómo se llaman ellos en su lengua, más dulce y armoniosa que aquella en que cantó Anacreonte al amor y á la orgía.

Abandonaron los bosques salvajes de la sierra aragüeña, donde el frío húmedo de las selvas seculares es tan penetrante y enfadoso que mata el brillo en las plumas, el ritmo en la garganta y el amor en los nervios; y se vienen ahora á los valles generosos y fecundos, á derrochar música, á batir las alas en los arroyos y á acariciar á la dulce compañera de placeres y de viajes.

Allí están ya los turpiales! Triplica, Ernestina, la ración de arroz de tus perdices para que esos viajeros artistas hollen en el patio de *Apa* algo que les haga deliciosa su estancia aquí, cerca de nosotros, y nos regalen con sus mejores armonías.

***

Soy ya casi un viejo; he leído poco, pero he visto mucho; y me ataca, Ernestina, los nervios, el pensar..... vamos, una tontería, el pensar, digo, qué idea tendrán de la libertad esos que cogen los pájaros y los encierran en jaulas.....

Ya bajó uno de ellos. Varón ha de ser porque es audaz. Se le conoce la varonía en el brillo luminoso de las plumas, en el relampagueo de las pupilas, en la fuerte contextura de las piernas, en la agitación incesante de las alas..... Mira como hace tan presto su provisión de arroz... Ya aletea y se hincha y canta, llamando á la hembra, que está allá abajo, cerca del río, en aquella rama gorda del ceibo que da sombra á la novia..... La veo que como que quiere bajar y no quiere. La tonta! no sabe ella el plato sabroso que le guarda su bien amado..... Ya tendió el vuelo; viene hacia el esposo; ya llegó! Mira con qué deliciosa fruición engulle los granos

blancos; y vé, Ernestina, cómo se pavonea el macho, cómo se limpia el pico lustroso en las alas brillantes, cómo el orgullo le relampaguea en las pupilas! En este momento no se cambia ese pilluelo de los aires por el vanidoso Vasco de Gama cuando tomaba posesión del mar del Sur! Él descubrió el filón apetitoso. Él vió los granos tirados por el patio, casi ocultos en las rendijas de los ladrillos, entre el *guarataro*, sobre las espigas de grama. Es el triunfador. Derrotó el hambre. Ya tiene la pareja bohemia asegurada la existencia. Tampoco faltará para los hijos el grano de arroz, ni el insecto loco que pulula por las orillas del río, ni el gusano infeliz que se arrastra sobre los troncos podridos con una pesadez soñolienta; y si no se hallare á la mano el alimento para los hijos, el macho escarbará con sus patas y su pico toda la tierra hasta arrancarla el sustento de sus chiquitines.....

¡Turupío!

Ya quieren irse. Mira cómo ven á todas partes como azorados. ¿Qué más buscan? ¡Ah! la espiga flexible y blanda para el nido, la hoja seca, la mota de algodón para el lecho nupcial..... Ya se fueron. Cada uno lleva su pajita engarzada en el pico. ¿Dónde irán á detener el vuelo? Allá, al ceibo que da sombra á la noria! Mira, Ernestina; mientras el varón hacía aquí su provisión de arroz, la hembra buscaba allá una rama amiga en que construir el nido nupcial.... Presiente que va á ser madre.....

Labrador, tumba la roza, limpia el campo, unce los bueyes, abre el surco y prepara la semilla; celebra también tus nupcias con la tierra, esa esposa amable y fecunda, nunca fastidiada de tus amores, siempre dispuesta á recibir las caricias de tus manos callosas, y á devolverlas convertidas en salud para tu cuerpo, anchuras para tu familia, paz para tu hogar y satisfacciones puras para tu conciencia.

Ya están allí los turpiales. Ya buscan la rama amiga en que construir el nido nupcial.

Rafael Bolívar.
(Venezolano.)

MATINAL

Ya la aurora con su ola nacarada
Ha cubierto el espacio antes sombrío;
Es la hora en que tiembla la enramada
De pudor con el beso del rocío.
Es la hora en que todo se estremece,
Todo despierta y suspirando canta:
La estrella que palpita languidece,
Y la pálida bruma se levanta.
Se levanta y la yedra trepadora
Que en tu ventana prende sus festones,
Es arpa donde el viento de la aurora
Modula al ir pasando sus canciones.

—

Ese canto se une al canto mío
Que tímido penetra hasta la alcoba;
Empapadas las alas de rocío
Que á la mañana perfumada roba;
Y va á decirte de pasión temblando,
Que en el dolor mi espíritu está preso;
Que en tus ojos de cielo estoy pensando,
Y que si sueño, sueño que te beso;
Que son mis noches negras y sombrías
Que en las tinieblas del dolor me pierdo;
Si no evoco las muertas alegrías,
Si no evoco llorando tu recuerdo.
Tu recuerdo; esa flor que vive y crece
En mi espíritu triste y abatido,
Y que es la lluvia de astros que aparece
En el mar sin riberas del olvido.

.....

Ven, que te llama mi cantar doliente,
Ven, que nos brinda la mañana calma,
Y te diré lo que mi pecho siente
Al soñar que en la nieve de tu frente,
Dejo en un beso condensada el alma.

México.—1896.

Miguel E. Pereyra.

DIA DE ARBOLES

¡He visto desfilar tántos, tántos, suspendiendo de sus ramas alegres ó enfermas, mis sueños, como vibrantes nidos! Me paseo á su sombra con el recuerdo y todos son mis buenos amigos; siempre fueron símbolo de sombra, de hospitalidad y de reposo; siempre llovió de sus dombos la calma, el sueño, la frescura balsámica que alivia, el coro griego, vago, de sus hojas el rumor de preces campesinas de sus ramilletes sacudidas; el solo de flauta bucólica de un pajarito contento ó el parloteo escolar de los pequeños que aprenden en los nidos la Doctrina primaveral, que manda amar al sol de las mañanas, al azul de las libertades, á la ráfaga errante, á la estrella de los lentos crepúsculos, al plenilunio que vela con tules de ensueño las negras realidades de la noche!

Te amo, débil y raquítico peral de mi infancia, plantado por las paternas manos, en su pozo de ladrillos, limpio de maleza y de alimañas, perseguido por las hormigas, doblegado como un junco á cada racha aleve, enmedio del patio deslumbrante de sol, dibujando la breve sombra de un encaje en el empedrado, donde desenvolvía sus motivos tortuosos de tapiz antiguo el verde crudo de los pastos. El peral era el jardín, el peral era el porvenir tardo en llegar, con sus flores y sus frutos; el peral era el centro de los juegos, era la tarde alegre después del colegio; su cerco de ladrillos, la banca, la mesa para las comidas de la muñeca de la prima, el fuerte de los ejércitos de plomo, el trampolín de los saltos acrobáticos, la tribuna y el púlpito de las arengas pueriles y el monumento funerario de aquel noble «Calibáu,» perro bohemio que murió de vejez.

Amo el álamo miedoso, siempre trémulo, el álamo sacudido como por los presentimientos, fingiendo estremecimientos de alas, cubiertas de ceniza argentada, el álamo solitario de aquel parque público cuya tranquilidad turbaban risas de fiesta, llantos de niño surgiendo de los coches de mimbre, comadreas de nodrizas de sombrilla azul y delantal blanco, álamo oculto entre despojos que cobijaba al estudiante y oyó las banalidades sinceras pero balbutidas con miedo de sus primeras charlas amorosas.....

Amo el druídico sabino, poderoso y atezado, amo al hércules indígena de la flora á cuyo pie asciende como trágico coturno el terciopelo de los musgos; tiene cicatrices de guerrero, toques de ocre que parecen sangre enrojecida, luengas cabelleras de anciano donde juegan los hilos sutiles y brillantes de la araña como una red de oro en la sien de un patriarca; amo el sabino generoso, el rudo atleta que se enternece y abre los brazos para dar una caricia de sombra á los enamorados que miran el cielo entre sus altas frondas y graban una dulce mentira en la ruda corteza; amo el sabino de los primeros duelos, el sabino de raíces huecas, raíces casi con vida de Gustavo Dorée, raíces que prestan asiento al que triste é inconsolable se abate en ellas y sigue con la mirada por la tierra procesiones de insectos, emigración de hojas muertas, cabrilleos de arena, danza de manchas solares, mientras arriba, sobre su tristeza, los pájaros alegran la adusta seriedad del viejo rey, como bufones.

Y amo el arbol feo de los caminos, el arbol solo, en medio de la llanura, el arbolito de un verde ridículo en torno del cual se congregaron las ovejas amontonadas y treme el silbido del pastor que se arrulla con el mismo triste son en las siestas estivales; amo el arbol de los abismos, inclinado al borde de un cantil, como Safo, espiando la madeja de amianto de la linfa que serpea entre las guijas; el arbol huérfano, caído ahí como un peregrino que se extravía, sirviendo de centro á los vuelos concéntricos del gavilán y y de toque alegre al gris requemado de la rocalla agresiva, erizada de filos y de puntas.

Y á tí también, ciprés de los claustros derruidos, índice de consuelo junto á las tumbas solas, misterioso guardián de los epitafios, serio, silencioso, sin una sonrisa, incendiado por el sol y simulando una luz fúnebre, iluminado por las lunas pálidas y amarillas, fingiendo un fuego fátuo, como columna mosaica que guiara á los pueblos á través del desierto de la vida, ahí ha-

cia ese sitio, hacia ese albergue, hacia ese perpetuo oasis de la muerte.

Y amo á todos; á la falange alegre, de tonos amarillentos, de vegetación tierna, de verdes incandescentes, de flora tropical, de toques azules de lejanía, de tintas rojas de otoño, de color gris de carretera con espiras de quemantes remolinos; amo la perspectiva matinal de las calzadas, el templo bárbaro de los bosques nocturnos; el pinar sonoro que entona sus rapsodias montañesas, y me sugieren desconsuelos los mutilados de la plazoleta, los troncos derribados y hendidos por el hacha, los que huelen á savia derramada, ó sangre que perfuma, ó campo de derrota..... son los desheredados, los proletarios, los reyes caídos, condenados al degradante suplicio de la leña.

Y los otros? ¿Los enfermos, los remendados con zinc, los apuntalados con estaca, los ligados con alambre, los blanqueados con cal?

Y sobre todos, sobre todos..... amo el nuestro, el término de la caminata, el más alegre y melodioso en trinos, carcomido, pero fuerte aún, aquel cuyo nombre no conocemos, aquel en que te apoyas sudorosa y fatigada: llueve sobre tí, como un presente y como un homenaje, sus florecitas pajizas y las ramas como que se inclinan para verte y para espiar qué nombre escribes con la punta de la sombrilla en la tierra húmeda; una cifra que borrará quien sabe qué planta extraña, de hombre ó de bestia: un nombre perdido entre hojas secas que se arrastran, cápsulas de eucaliptos que crepitan, y huellas de carreta, interminables bandas claras donde se imprimen como simbólico dibujo de un tapiz decadente las herraduras invertidas.

Micrós.

MOSAICOS BIZANTINOS

ZOE

En aquel tiempo imperaba Nicéforo en Bizancio, y había en la ciudad una cortesana hermosísima, nacida á orillas del Cefiso.

El amor la llevó á la corte de los pomposos Césares bizantinos. Desde su palacio, al pie del cual se extendían las aguas azuladas y tranquilas del mar de Mármara, veía relucir al sol las cúpulas cobrizas y blanquear las columnas de mármol de los templos. Cuando quería deleitar su espíritu en la meditación, subía la escalerilla esculpida, encerrada en el hueco de un pilar de jaspe y pórfido, y en la pequeña terraza, al pie de la estatua enorme de un gladiador, traída de Corinto, hundía su mirada en el horizonte, mientras una brisa suave acariciaba la cascada negra de sus cabellos. A sus pies pasaban las carrozas de los señores, las literas de las damas, los frailes murmurando oraciones ó disputando por cuestiones teológicas, los bufones, los espías, con ojo vivo y paso rápido, los mercaderes judíos, de aspecto desconfiado y lastimero. La ateniense soñaba, y un velo de nostalgia obscurecía su frente, mientras los recuerdos danzaban en su espíritu una danza fantástica.

Zoe era hija del placer. Cuando llegó á Bizancio trajo consigo un rayo de sol. A él venían para desentumecer sus mentes ateridas y sus corazones helados, los retóricos que buscaban el secreto de un giro de Esquines; los sofistas, parladores y vacíos; los soldados, que habían luchado contra Harum-al-Raschid y contra los feroces búlgaros, que cortan la nariz á sus prisioneros; y alguna vez (esto lo sabía toda la ciudad,) recorrían sus jardines ó sus pórticos, graves teólogos que acababan de debatir, en las plazas ó en los templos, la doble naturaleza del Hijo.

En el palacio de Zoe, había un gabinete reservado á los íntimos. Cubría el piso finísima alfombra que representaba un gigantesco pavo real, abriendo la cola multicolor, con aire repo-

sado y digno. Tapices de lino vestían las paredes ó servían de marco á preciosos mosaicos que dibujaban bailarinas en licenciosas actitudes, juegos del circo y escenas de amor. Lechos lujosos rodeaban una mesa, sobre la cual caían del techo abovedado, pendientes de doradas cadenas, vasos arnsticos, en los que ardian perfumes de Arabia. Un crucifijo de marfil abría en el muro sus brazos rígidos.

Decíase qué por esta encantada estancia habían pasado generales gloriosos, que iban á dejar sus laureles á los pies de la ateniense, suave y blanca; prelados que discutían en los concilios, y preguntaban después á la cortesana su opinión sobre la última doctrina herética, mientras una blanda música ritmaba sus palabras ó una danza ténue seguía las inflexiones de su voz. Zoe había visto acaso á las Ninfas huír en los bosques helénicos, á las Oreadas escalar las colinas; á los Sátiros atravesar las florestas, y había escuchado la flauta de Pan que conmueve á la Naturaleza; pero la palabra de Jesús penetró en su espíritu y en esa gran ciudad, donde la sutileza teológica llenaba todas las encrucijadas de la fe, arrojó de su sér la ola de la poesía mítica y la llevó á buscar la gota de sangre que le correspondía en la Redención.

—La griega es idólatra—decían los fanáticos, mirándola con sus hundidos ojos, perdidos en sus rostros macilentos y huesosos.—La griega es idólatra.

Pero los amigos de Zoe sabían que era cristiana.

El amor mezcló perlas y diamantes en sus obscuros rizos; dióla vestidos de lama de oro para cubrir su hermoso cuerpo; calzó sus pies con borceguíes de púrpura y bordó su cinturón violáceo con rubíes y esmeraldas. Así, semitendida en el lecho, con su sonrisa triunfal y su mirada ardiente, olvidaba en las conversaciones galantes las nostalgias del cielo helénico.

¿Amaba Zoe? Ese río de oro, que corría delante de ella, con rumoroso y chispeante murmullo, la fascinaba. Hundíase en él con delicia y hacía jugar entre sus dedos las cristalinas gotas de los diamantes y las gotas opacas de las perlas. Amaba en sus amantes, su palacio, sus jardines, sus estatuas, sus vasos de oro, sus adornos, su crucifijo de marfil, á cuyos pies rezaba y pedía al dulce Cristo que le revelara si la llama era creada ó increada.

—Zoe,—le dijo una vez Romano, un joven oficial de la guardia de Nicéforo, en una fiesta en el gabinete de los mosaicos.—Zoe, yo no tengo oro; pero te amo.

Los convidados de la bella ateniense, se incorporaron ligeramente en sus lechos y sonrieron con placidez. Al través de una ténue gasa veíase en el fondo danzarines que se movían con pausado y rítmico compás, agitando por encima de sus cabezas largos velos, blancos como sus rostros y como sus cuerpos. La música cantaba armonías aladas y un vago perfume impregnaba la atmósfera. El lejano sollozo de las olas, unía á la orquesta un ritmo imperceptible.

La cortesana tenía los ojos chispeantes y la voz trémula. Encendido color teñía sus mejillas y reía al hablar.

Cuando terminó la fiesta, salieron del palacio los convidados, entre una doble hilera de esclavos, inclinados con medrosa humildad. Discutían aún.

—Una sola voluntad en un sér á la vez divino y humano.....

—El culto á las imágenes es una idolatría....

Callaban de pronto. Una lengua mercenaria no tardaría en delatarlos y habría para el suplicio nuevas víctimas; pero detrás de ellos, de los señores, levantaban sus frentes humilladas los eunucos y reanudaban en voz baja sus conversaciones interrumpidas:—El Hijo difiere del Padre en esencia y en voluntad.

En las calles de Bizancio, hormigueaba el pueblo; en las tiendas, en los foros, en los templos, en los palacios, en las termas, en los pórticos de dos pisos que cruzaban la ciudad, en todas partes, veíanse circular los ejemplares más abigarrados de todas las razas y de todos los pueblos de la tierra. Las provincias del imperio enviaban á las riberas del Bósforo tracios y epirotas, sirios y dálmatas, servios y jonios, chiprlotas, italianos y esclavones, y se escuchaba bajo la cúpula inmensa de Santa Sofía, como en la góndola dorada que surcaba el canal y en la barca del pescador, que cruzaba como una flecha la bahía, oraciones, símbolos ó explicaciones de un versículo de San Pablo. Entretanto, una áurea corrupción minaba á Bizancio, encerrada detrás de sus murallas almenadas y de sus torres. Los pájaros del árbol de oro de Teófilo, cantarán más tarde una canción de tristeza, y sus leones amarillos rugirán de terror.

—Zoe, yo no tengo oro; pero te amo,—decía Romano á la cortesana.

Estaban solos. Sobre el velo de gasa había caído un tapiz de Persia; los lechos que rodeaban la mesa, tenían aún la ondulación que les imprimiera el cuerpo de los convidados.

—¿No sabes que yo no puedo amar?

—Puedes ser amada.

—Sí, con perlas y con diamantes.

El joven se acercó á la hermosa hetaira y se apoderó de su mano. Después la habló al oído; caían, caían sus palabras, suaves, blandas, acariciadoras; caían, caían sus palabras y entraban en el corazón de Zoe, porque ellas eran también perlas y diamantes, y ceñían como un collar de reina el corazón de Zoe; y había en esas palabras,—Zoe lo sabía—murmullos de risas de Ninfas y rumores de voces de Oreadas y ecos de la dulce flauta del dios Pan, y había brisas del Ática y mieles del Himeto, porque sobre ellas pasaba un soplo del Infinito amor.

Cuando calló Romano, Zoe apoyó la cabeza en el hombro del joven y cerró los ojos.

Después dijo suavemente, muy suavemente:

—Sí..... pero antes..... responde: ¿crees que el Padre procede del Hijo?

Ricardo Jaimes Freyre.
(Buenos Aires.)

LA CANCION DE MI PUEBLO

¿Viste el país donde el limón florece?
GOETHE.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
Como una pandereta;
Su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso,
Y del Genil radiante mi pueblo delicioso
Se baña en la onda inquieta.

Mi pueblo está cercado de huertas y olivares,
De viñas y jardines;
Sus blancos campanarios semejan palomares,
Y en él dan las guitarras sus plácidos cantares,
Su aroma los jazmines.

Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente,
El pájaro canoro,
La cincelada torre, la reja floreciente
Y el vino generoso, el vino reluciente,
Que lanza rayos de oro.

Es un vergel soñado, feliz nido de amores,
Mi pueblo dulce y bello:
Poblado está de notas, perfumes y colores,
De pechos entusiastas y rostros seductores
De mágico destello.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
Como una pandereta;
Mas ¡ay! que en su brillante regazo delicioso
Hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
El alma del poeta.

Manuel Reina.

El mejor el regalo

En el fondo de la choza humilde estaba la cama tosca de la campesina enferma..... Su pálida cabeza se perdía entre las almohadas y, amorosa, con la santa ternura de todas las hembras por sus cachorros, amamantaba al recién nacido, hermoso y robusto, como un San Juan.

El padre se vestía con sus ropas domingueras. Su mujer le miraba fijando en él sus ojos de expresión laxa y luego besaba sonriendo al pequeñuelo. Nevaba; la noche era oscura á pesar de la gris fosforescencia de la escarcha y sin embargo el buen labrador se acicalaba cuidadosamente, como un mozo galán que se prepara á la cita de una amada aristocrática. Era que iba á buscar á la Reina de las Hadas quien le había ofrecido ser la madrina de su hijo.

***

Cinco meses antes, una tarde en que fué, como de costumbre al bosque á cortar encinas, salvó á una cierva perseguida de cerca por un lobo, con destreza tiró su hacha á la cabeza de la fiera y la tendió muerta. Grande fué su asombro al ver que la cierva se convertió en una dama hermosísima, ricamente vestida, que se le acercó y le dijo:

—Te agradezco, leñador, el servicio que me has prestado. Soy la Reina de las Hadas. Cuando nazca tu hijo; seré su madrina y mis compañeras y yo le haremos dones. Toma esta ramita de sauco y cuando nazca el niño, ven en la noche á este mismo bosque y golpea con la rama en cada arbol. Saldrá una Hada. Aquella más robusta y añosa tocarás para llamarme. Adios.

El leñador refirió á su mujer lo que le había pasado. Pasaron los cinco meses y una mañana nació su hijo.

***

Regresó del bosque contentísimo: había tocado multitud de encinas y habían salido innumerables Hadas. Solo que tocó equivocadamente un pino; también salió una Hada negra, pero muy bella y ricamente vestida. Apenas cabían en la cabaña. Hicieron cumplidos á la enferma y se agruparon en torno á su lecho. La Hada negra permaneció inmóvil en un rincón.

—¡Yo le haré amado de las mujeres!—dijo la Reina de las Hadas y dió un beso en la frente al niño.

—Le daré Riquezas—Le haré Rey—Le daré la Fuerza—Yo, el Valor. Todas obsequiaban al niño con un don y le besaban. Solo la Hada negra se mantuvo inmóvil en su rincón.

—Señora—dijo el leñador suplicante—¿vos no quereis favorecer á mi hijo?

—Mira, buen hombre—contestó con voz lúgubre; los ojos le brillaban extrañamente—yo puedo dar á tu hijo la Dicha, la Felicidad, dones que no le han obsequiado mis colegas; puedo impedir que sufra las mordeduras del Dolor, puedo hacerle el obsequio más valioso para un hombre..... ¿Quieres que lo haga? Lo exiges?

—¡Oh señora, os lo pido de rodillas!

—Bueno, voy á complacerte—dijo sonriéndose la Hada negra, acercándose al niño.

Las demás Hadas le abrieron paso. Entónces tomó al infante que al sentir el frío de sus manos lloró. Le besó en la frente y luego..... luego le estranguló!

Había hecho al niño el mejor regalo: la muerte.

Clemente Palma.

LA RESEDA DEL CURA

Conocí una vez en una villa de Bocage un santo varón que no se permitía la menor sensualidad, y que practicaba la abstinencia con alegría tal, que para él no existía más placer que el sacrificio. Cultivaba el buen cura en su jardín árboles frutales, legumbres y plantas medicinales, pero, temiendo el influjo de la belleza hasta en las flores, no quería rosas ni jazmines.

Sólo se permitía, eso sí, el inocente placer de cuidar una mata de reseda, cuyas ramas modestamente florecidas, no llamaban su atención cuando leía el Breviario, entre las éras de coles y bajo el cielo del buen Dieos. Desconfiaba tan poco el cura de su reseda, que muy á menudo al pasar cogía un ramito y aspiraba su aroma largo rato. Es una planta que no pide más que la libertad de crecer; se le corta una rama y broten cuatro nuevas, de tal suerte qué—con ayuda del diablo—la reseda del cura llegó á cubrir un gran cuadro del jardín. Se desbordaba sobre el camino y se enredaba en la sotana del padre, quien, distraído por esta loca planta, se detenía veinte veces en el momento de leer ó de orar. De la primavera al verano el presbítero estaba completamente embalsamado conel aroma del reseda.

¡He aquí lo frágiles que somos!

Con razón se dice que una inclinación natural nos conduce á todos al pecado. Aquel buen hombre de Dios supo guardar sus ojos, pero dejó su nariz sin defensa, y ved como el demonio le cogió por la nariz.

Ya respiraba el olor de la reseda con sensualidad y concupiscencia, es decir, con ese mal instinto que nos hace desear el goce de los bienes materiales y nos induce á todo género de tentaciones. Desde entonces, empezó el cura á gustar con menos ardor de los olores del cielo y del perfume de la oración, disminuyóse su santidad, y hubiera caído sin duda, en la malicia, convirtiéndose su alma, poco á poco, en una de esas que el cielo deja caer en el mundo sin ningún socorro para su salvación.

Antiguamente en la Tebaida un ángel robó de una ermita la copa de oro por la cual se unía aún el asceta á las vanidades del mundo. Igual gracia le hizo Dios al cura de Bocage.

Una gallina blanca escarbó tanto y tan bien la tierra al pie de la reseda, que la planta murió por completo. Se ignora de dónde salió aquella ave. En cuanto á mí, me inclino á creer que el ángel que en el desierto robó la copa de oro de la ermita, se convirtió en gallina blanca para destruir el obstaculo que impedía al buen sacerdote el camino de la perfección.

Anatole France.

AZUL PALIDO

La crítica está de acuerdo en no considerar á *El estigma* del Sr. Echegaray como una de las obras maestras del talentoso dramaturgo español.—Se me antoja el autor del *Galeoto* un rincón de buena tierra fecunda, en el que se han amontonado demasiadas simientes: en las primeras floraciones, el verjel se tapiza de lozanos ramilletes aéreos; pero poco á poco, los gérmenes vánse robando vida, las rosas palidecen, los pensamientos no tienen ya esa mirada obscura y profunda, profundamente adormecedora, las ramas se enroscan como si luchasen por arrancarse la existencia; la tierra, fatigada, produce hijos anémicos, exangües, la savia no circula con libertad por las arterias: la madre no lleva ya en su seno el licor de la existencia. El Sr. Echegaray ha arrojado al surco, con la insustancialidad de un pródigo que no sabe en qué malgastar su ingenio, puñados de semillas, ha ahondado en el mismo hueco, y las nuevas primaveras ya no hacen brotar las mismas flores. Estas son otras que nos traen como el recuerdo de un perfume lejano, como las notas perdidas de una vieja canción oída allá á los albores de nuestra juventud.

Así, á ratos en *El estigma* oís arpegios de *Conflicto entre dos dèberes*, preludios de *O locura ó santidad*, rapsodias de *En el puño de la espada*. El Sr. Echegaray podría decir como Roberto, el imposible protagonista de su nueva obra, representada la noche del jueves por la compañía del Sr. Roncoroni: «Mi cerebro trabaja mucho, tengo muchos pensamientos; pero todos éllos son como los caminos de un laberinto, todos salen al mismo punto.» Todos al mismo problema obstruso y nebuloso, todos al mismo conflicto de metafísica teatral. ¡Y qué poco humanos, qué medioevales resultan estos héroes del Sr. Echegaray! Son hijos legítimos de los personajes de Calderón, con su alambicado concepto del honor, su exuberancia altisonante y grave. En *El estigma* más que en ninguna otra obra del celebrado autor, se echan de ver estos resabios de impenitente romanticismo. El público permanece frío porque ha visto los hilillos que mueven los muñecos de este teatro ideal. A trechos rasgan estas nebulosidades buenos claros de prosa gallarda é incisiva. De estas páginas han saboreado los lectores de la *Revista Azul* la escena más culminante de la obra. Por fortuna el Sr. Echegaray tiene en su descargo producciones de más alto vuelo. ¿Cómo no perdonar al que escribió *El crítico incipiente* el desastroso final de *Mancha que limpia?* París bien vale una misa y *La muerte en los labios* bien vale un *Estigma*.

***

Se evadió silenciosamente la ingrata! Huyó en un vuelo de golondrina, llevándose el secreto de sus cantares, el alegre chisperroteo de sus pupilas, la estrofa-epigrama cayendo de sus labios como las flores rojas de un granado. Ella era la musa de las *juergas* andaluzas, la diosa irónica y provocativa de las grandes correrías rimadas con la música de las *cañas* de Manzanilla y sombreadas por el estandarte victorioso del mantón de Manila. ¡Oh noche tropical, ardiente noche en que la pasión estalla en lluvia de besos de fuego! ¿No decía de tí el poeta: *Toute femme, ce soir, doit desirer que on l'aime?* Pues aquella locuela de las noches estivales, la que tejió en Arbeu la báquica corona de las fiestas del mediodía, acaba de abandonarnos, dejando en el vacío local el eco de sus bulliciosos *ritornellos*, la rítmica cadencia del bandolín sonoro. Ida Concha Martínez, la compañía se disolvió, como roto el hilo de oro de un collar de perlas, se diseminan éstas en el cofrecillo de ébano, aves fugitivas que el buen tiempo agrupa en un redondel de cielo azul y que una ráfaga tormentosa dispersa en ligeras pavesas. Desgraciadamente, el arte en México no tiene primavera.

***

Vengo de las orillas del Rhin, de las riberas pobladas de brumosas leyendas, con sus altivos picachos enhiestos, sus vagos ensueños, sus visiones pálidas. De allá, del agrietado murallón que refleja sus hondas cicatrices en el espejo de las aguas, surge la impalpable cohorte, la brillante comitiva, la ideal cabalgata, la que llena la onda fría de misteriosos poemas y traza con un rayo de luna en la tersa superficie del río sus estrofas argentadas y hace oír en las agujas de las viejas catedrales sus sollozos aéreos. Por allí han pasado generaciones de osados guerreros, huestes de héroes, y la herida abierta en las aguas al cerrar sus bordes guarda eternamente su secreto. ¡Ah catedral de Colonia! sobre la vieja ciudad que se retuerce, ondula, serpentea y gira, eleva sus hilos de piedra, escarba las nubes con sus garras graníticas. A la sombra de estas iglesias-madres, el *ghetto*, como un reptil, se arrastra con sus callejuelas desquiciadas, sus casas rugosas, sus encrucijadas empapadas de tinieblas. En la desvencijada puerta se perfila la angulosa silueta de un Sylock, con su barbilla puntiaguda, su nariz de ave de rapiña y su mirada sórdida. Arriba, en la ventana, rayos de sol y tiestos de flores; una cascada de cabellos de ébano y un óvalo de virgen de Murillo.—Y otra vez la lámina de acero del Rhin, y el desfile de castillos, las ventrudas torres y las aguzadas lanzas de las fortalezas, temblando en la linfa del río que va arrastrando en su corriente líneas y colores para volcarlos en la espaciosa ántora del océano.—De allá vengo, mi bella desconocida, de esa serie de cuadros sugestivos que la Exposición Imperial nos ha ofrecido esta semana. Media hora de vagabundeo artístico, para hundirnos después en el fastidio de nuestra vida burguesa.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑÍA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑÍA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 31 DE MAYO DE 1896. NUM. 5.

EL REY DE TODO EL MUNDO

El padre era componedor de paraguas. Un hombre alto, tal vez muy robusto en otra época, y á la sazón ahuecado por la tuberculosis; tenía ojos azules y cabellos rubios, salpimentados por las canas; la cara y manos con manchas de salvado; gran chiflador de aires populares de la Suiza. Era de vérsele, siempre sacudido por la tos, en el antepecho de una ventana, con gorra inglesa y blusa manchada, interrumpiendo los silbidos, las quintas, con soliloquios en dialecto incomprensible, aprovechando la luz, la escasa y anémica luz del segundo patio, perdido entre mangos de sombrilla, puños de paraguas, bambús de bastón, rotos abanicos, armazones en forma de esqueletos de flores, lienzos de seda, y á la espalda una mujer morena, vulgar y gorda, pedaleando la máquina de coser, mientras que un chiquillo descalzo y sin calzones, con los brazos instintivamente abiertos para no caer, se tambaleaba, salvando los obstáculos y acarreaba á la madre una hilacha, un botón de metal, un trozo de hueso, una cadenilla de quitasol, y hasta la cabeza femoral de un pollo, abandonada en el corredor por algún perro.

Creeríase uno transportado á la vivienda de un artesano pobre de París, ante aquel industrial estragado y trabajador. Buen humor el suyo que le permitía silbar sin descanso el mismo aire de cuerno alpino, mientras enderezaba á golpes de martillo en el yunque diminuto, una varilla torcida ó sacaba lustre á un mango, frotándolo con trapos negros, mientras se esparcía el olor balsámico del barniz. La esposa ó querida era un sér pasivo, una mujer del pueblo que trabajaba como animal, de la mañana á la noche; pero la sacudían á veces los impulsos de un arrebatado amor materno; el niño era el rey de ambos; el niño desmedrado y melancólico siempre, quieto en sus juegos, lacónico en sus llantos, parco en esos murmullos de la infancia, que son como el ensayo, como la escoleta, como la preparación de la inmensa sinfonía de la palabra. Infante meditabundo que horas enteras permanecía sentado en el mismo sitio, con la misma actitud, teniendo entre las sucias manecitas el mismo busto de un marroquí de marfil que remataba un parasol blanco de canónigo. Ni el perro intruso que se deslizaba cauteloso por el estrecho corredor, ni el gato voluptuoso que jugueteaba con una borlita de seda, ni la gallina escapada que arrastraba la atadura, cacareando y desorientada por las dos piezas, atraían su curiosidad, su amistad, esa tendencia pueril para acariciar á los animales. Dormitaba ó emprendía lentos gateos, arañando el suelo sin alfombras, pegando la ignorante lenguecita á la pata de un mueble, al bote de un pegamento, al pasador de una puerta. Los domingos, empero, eran su gran día: no se trabajaba en casa, pero los ocios del matrimonio, su fiesta, su descanso, eran el amor para el *bebé*. Desde temprano, ruido de agua de baño; el aire pastoril, silbado como por una sirena de barco;

la tos del obrero, menos frecuente; la voz de la madre, menos tímida. Lo vestían, y lo vestían como á un precioso muñeco,con trajes inspirados sabe Dios en qué figurines y telas seculares compradas en un bazar de antigüedades; el cochecito de mimbres, adquirido quizá en un empeño, había sido recompuesto por el padre y la sombrilla azul que arrojaba sus penumbras de empíreo sobre el niño dormido ¡con cuánto amor no se fabricó el día festivo que el morrín estuvo enfermo!

Y ahí van los tres, rumbo al jardín público, discutiendo quién lleva los juguetes, el aro, la pelota con colores rojos, el globo de hule con su réclame en letras blancas, el borrego trasquilado por el tiempo, la flauta de barro, el tambor dorado y la pistolita de fulminantes. Lo arrastran con lentitud por la banqueta, impelen ambos el cochecito reluciente y lo detienen donde se detiene la mirada indecisa de la criatura: ¿quiere un globo de papel de China? ¿desea un papelote? ¿le compran un dulce? Y á todo dice que no el consentido, cuyo tren siguen los muchachos del barrio con la envidia y la admiración en los ojos.

Vuelve dormido del paseo, con las mejillas enrojecidas y una lágrima secándose en la epidermis sonrosada ¡consecuencia de un golpe al corretear tras la pelota!

Y en las mañanas, cuando la madre saca al corredor el colchón mojado para que se asolee, le dirige esta reprimenda:

—¿Quién es el sucio? ¿quién es el niño malcriado? ¿quién es mi tesoro? ¡Has de ser un rey, vida mía, un rey muy rico, un rey de todo el mundo!

—Tú ser, agrega el padre, interrumpiendo la melancólica fermata de su silbido ya estridente, tu ser un hombre *comme il faut*.

Y el niño, que revela una inmensa tristeza y una inmensa imbecilidad en la mirada, los ve y torna á su manía, á rascarse las encías con el busto de un marroquí de marfil, remate de un parasol de canónigo.

—¿No es verdad, Mr. Armando? ¿no es verdad, hijo mío?

***

Mr. Armando, á los veinte años, es ese criminal que hundió tres veces un asador en el pecho de una infeliz pecadora, en el mismo punto en que tenía un lunar *duplex*; el asesino que miran de hito en hito las mujeres por el aire melancólicamente imbécil de sus ojos azules; el indiferente que no parece darse cuenta de sus monstruosidades y oye la sentencia de muerte con la misma faz indiferente con que escuchaba allá, en la infancia, frente al colchón sucio, chupando un busto de marroquí de marfil, este grito ambicioso de madre:

—Has de ser un rey, vida mía, has de ser un rey muy rico, un rey de todo el mundo!

Micrós.

Croquis bélico

(PARA LA «REVISTA AZUL»)

Al Sr. D. Antonio Ariza.

De improviso, la plácida llanura
vióse invadida por bizarra gente
que si de un lado acometió valiente,
del otro defendióse con bravura.

Durante la refriega, de la altura
níveos copos bajaban lentamente,
mezclándose la roja sangre ardiente
y de la nieve la cuajada albura.

Tras el fragor, silencio funerario
se extiende por el campo solitario;
sólo descubre el que á pasar se atreve
por el triste lugar, huellas de muertos,
los brazos, al caer, en cruz abiertos,
como Cristos grabados en la nieve.

Manuel S. Pichardo.

Habana.

MOON 'GIRL (1)

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL»]

En Livingstone.—Un yankee del Tennessee.—En la casa del empajador.—La hermosa hija de la luna.—La poesía de Febea.—La Parisiense en el cielo.

Salimos del hotel Mr. Hurt y yo, para tomar aire después de comer, y dar vueltas frente á los tres almacenes de la ciudad de Levingstone, en el fondo de Montana, al pie de las Montañas Rocallosas y en el *far west* de los Estados Unidos.

Una dulce brisa de Septiembre refrescaba la noche, después de un día tórrido. En la mañana habíamos dejado *Yellowstone National Park*, donde nos conocimos. M. Hurt fué para nosotros un agradable compañero de viaje, muy yankee, muy hombre de mundo y muy servicial. Estaba empleado, según creo, en lo que podríamos llamar una dirección de un ministerio en la provincia del Tennessee [2]. Bajo de cuerpo, vivaracho, alegre, con la cara rasurada como un tenor cómico, con el cuello envuelto con un pañuelo blanco, á causa de un furúnculo persistente, y con la pechera de la camisa adornada con voluminosos botones de diamantes, me representó á toda una raza. Siempre le encontré de igual humor, atento á enseñarme y á explicarme todo, á hacerme rendidamente los honores de su país, refiriéndome historias, con tal volubilidad de palabras, de la que ni nuestros marselleses podrían dar idea. Se nos reunió con la familiaridad de los provenzales; en el hotel retenía las mejores camas, como indígena que pisoteaba á sus extranjeros, nos señalaba los platos más finos, nos indicaba cuáles eran los mejores cigarros puros, sacaba de la bolsa el cortaplumas, el lápiz, el *blok notes*, de que se podría necesitar, haciendo el oficio de neceser ambulante, de guía afable y divertido, de indicador precioso, de nomenclator bien informado. Un primo no empleará nunca tanto esmero en dar á conocer París á sus pariente de provincia.

En revancha, usaba de nosotros como de él mismo, tenía en gran estimación nuestros puros y vinos; tantas veces me pidió prestada mi pipa, que preferí regalársela como un recuerdo. Al cabo de tres días nos profesaba un cariño á toda prueba; por lo mismo su separación le fué tan penosa como puede creerse. Nos separamos en Butte City, el país de las minas de oro, y habiéndonos despedido desde la mañana, nos imaginábamos que ya iba rodando en el tren que se encaminaba á Ogdew. Al medio día tomamos un *cab* para que nos llevara á una buena mina de plata que debíamos visitar; y ¿á quién encontramos en mitad del camino? Ya se adivina, á M. Hurt, con el cuello siempre envuelto en su pañuelo blanco; no pudo resignarse á partir. Al vernos, levantó los brazos, detuvo al cochero, se instaló á nuestro lado, sin pedir excusas, con la expansiva alegría de un hermano que encuentra á su familia. Visitó, en nuestra compañía y gracias á nuestras autorizaciones, las minas donde no hubiera podido entrar, y no nos abandonó hasta en la noche para marcharse al siguiente día. Era lo que puede llamarse un compañero pegajoso, cuyo obstinado desinterés no era obra de un mal cálculo. Los yankees son gentes muy entendidas.

Paseábame con M. Hurt por el frente de los pocos establecimientos mercantiles de Livingstone, ciudad que data de seis años acá, que ya está alumbrada por luz eléctrica, que tiene fábricas de vapor, calles sin pavimento y cuyas casas son cabañas formadas con troncos de árboles, salvo el hotel, que afecta más bien la apariencia de una estación de tablas, con un ancho vestíbulo donde los americanos beben el wirky, con los piés más altos que la cabeza, recostados en los *rocking chair*, servidos por negros vestidos de blanco, y por alegres muchachas con tocados color de rosa, parecidas á comparsas de teatro. El principal ornamento del vestíbulo, es el *bar*

1 Capítulo de un libro de Leo Claretie, titulada: "Feuilles de route aux Etats-Unis."

Traducimos, siguiendo las opiniones de Mr. Claretie.

donde corre profusamente el wisky, y tiene por adorno un reloj de vidrio negro y dorado, que al moverse desenrolla un cilindro cubierto de avisos.

El principal establecimiento es el *Indian Store*, situado á la derecha del hotel á lo largo de la única acera de tablones. Allí se ven curiosas muestras del país, hermosos forros de oso grizzly [parduzco], cornamentas enormes de antílopes, cestas llenas de lindas piedras, *rifles*, accesorios de caza y pesca, objetos de arte local, estatuitas de indios, vestidos con diversas telas, sillones formados de cuernos de búfalos, pieles y cueros cargados de perlas y colecciones de insectos raros.

Poco á poco fuimos caminando más lejos para visitar á un empajador, que posee tipos admirables de la fauna local, enormes cabezas de búfalos, trofeos de cuernos, dorados hasta la mitad, para el efecto estético, y en su establo tiene hasta un carnero salvaje que capturó y espera domesticar, á pesar de sus largos, agudas y retorcidos cuernos, semejantes á dos enormes erizos.

Mientras que dábamos fin á un puro, paseando en medio de los *cowboys* (campesinos, rancheros) vestidos de cuero y cubiertos con anchos fieltros, sobre la única acera de tablones, que es el centro de la circulación, nos dirigimos distraídos por la charla, hacia el camino de fierro, que atraviesa sin obstáculos ni barreras la calle principal.

Pronto nos encontramos en el campo: el paisaje era maravilloso con las sombrías manchas que á lo lejos proyectaban las cadenas de rocas sobre un cielo estrellado; cerca de nosotros los faros eléctricos del barrio y de la Estación alumbraban una parte de la llanura con una vaga luz violeta, parecida á la del alba, y detrás de los macizos árboles se hubiera dicho que una pequeña hendidura de la tierra en ese lugar, dejaba filtrar un poco de la aurora de los antípodas.

La luna iluminaba con su disco lleno la callada llanura, y nosotros disfrutábamos con delicia el tranquilo encanto de esa hermosa noche del Far West.

Repentinamente, como cuando una idea ó un recuerdo asaltan el alma, Mr. Hurt, me tomó por los brazos y se detuvo preguntándome:

—Ha visto vd. ya, la cabeza de mujer que está en la luna?

Creí que me hablaba de las manchas de la luna, cuyas montañas, si realmente lo son, marcan de un modo vago dos ojos, una nariz y una boca, hasta el punto en que puede verse, si se quiere, una especie de rostro mofletudo, riendo estúpidamente. Pero no se trataba de esa máscara estúpida. M. Hurt veía con suma claridad en la luna el perfil de una hermosa joven, *a nice girl*, con el cuello perceptible, los rizos en la nuca, la cabellera abundante, la nariz provocativa, la barba saliente, la garganta delineada. Fué una noche laboriosísima.

Los cowboys y los indios, que se retiraban tarde y al galope, dirigiéndose á sus habitaciones, vieron en la llanura dos hombres muy atentos, armados de lápices y carnets, que levantaban la cabeza y luego dibujaban, como si trataran de levantar el plano de la luna.

M. Hurt multiplicaba los croquis, para marcarme el lugar en que viera la ¡Virgen de la Luna, Moon'Girl!

Y bien, la he visto, la veo cuando quiero, cuando hay luz de luna, allí está. Os traigo ese descubrimiento de América.

Diríase que es un camafeo engastado á un lado de una gran medalla de oro. El perfil es precioso, la nariz un poco remangada, con el aire gracioso y seductor de una mujercita de Grevin, los cabellos en desorden, «á la chien,» sobre la frente, la nuca de una admirable pureza de de líneas, la barba con un hoyuelo. Diríase que era un pequeño demonio de parisiense burlona, alegre y pizpereta, y se adivina á través del cielo, bajo el disco que forma una aureola, á esta poco santa personita, el contorno provocativo y sinuoso de su cuerpo, aprisionado en una tela rayada y alborotadora.

Concluyó la Diana austera y airada, tal como la pintó Lefèvre, y que hizo despedazar á Acteón, porque quiso reir. Es una loca aberración de los antiguos habernos trasmitido la leyenda de una diosa de principios rígidos como una cuáquera, enemiga del amor y del placer. ¡Por Dios, (si pudiera decirse) jamás habían visto la luna. Ese precioso rostro que en ella contemplamos, no es la divinidad que inspiró á Hipólito el horror á las mujeres y el gusto exclusivo por la caza. No tenía ese pobre hombre ni una

remota idea de lo que puede ser una parisiense.

Confieso que en las áridas llanuras de Livingston experimenté una gran alegría. No estimaba á la luna por numerosas causas. Le guardaba rencor de no ser lo que la Diana antigua, es decir, una persona respetable, simpática y augusta; en nuestros tiempos, la tenía por un objeto puramente ridículo; porque nótese bien, el ridículo de la luna es moderno. No hay ejemplo de que los antiguos hubiesen observado la semejanza de la luna llena con un rostro ó su envés; no hacen de esto la menor alusión, y por el contrario rodease de un piadoso respeto á la hermana de Febo, á la que los poetas han continuado cantando por costumbre y por rutina:

Phœbé, sœur d'Apollon
Phœbé qui, la nuit close,
Aux lèvres d'un berger
Se pose
Comme un oiseau léger.

Las más graciosas leyendas de Endimion, de Senelé y del monte Latmo, toda la poesía de los paisajes nocturnos iluminados por los rayos de Febea, su luz cabrilleando en la inmensidad de los mares, todas esas hermosas visiones me eran odiosamente repelentes, por las analogías, llenas de irreverencia, con que la moderna malicia ha desprestigiado el astro, y yo tenía verdadero furor en medio de los más bellos sitios alpestres, donde las flechas de Diana brillaban en el éter azul, al solo recordar esa máscara inepta con que nuestras indecentes imaginaciones nos han mostrado todo, menos imágenes poéticas: rostro idiota y bestial, donde se coloca entre dos ojos sin vida una nariz aplastada, con la boca de una á la otra oreja, con la risa de clown de taberna, ó de polichinela enharinado.

Todos los artistas sufrían con semejante profanación, que procuraban paliar por invenciones y alegorías ingeniosas, como por ejemplo el Pierrot de Villette, que con su mandolina en aspa, saluda en el fondo de bosques sombríos, la mujer bella, á cuyos rubios cabellos sirve de cuadro la luna.

Sí, se acabó el ridículo que enlodaba á Febea, y la cubría con un mascarón grotesco de Luna que rie:

Et, se rejoignant presque á son gros nez camus,
Moustaches et sourcils d'une énorme envergure
Lui dessinaient un X á travers la figure.

Desde ahora cuando veais la luna, no dejareis de distinguir y saludar con una sonrisa á la linda joven cuyo perfil se dibuja sobre su fondo de oro.

No hay quien no recuerde la «cuestión del gato,» que divirtió á la población de París hace muchos años. Era necesario descubrir un gato entre los intersticios que dejaban en blanco las ramas de un follaje. Era una versión nueva y rejuvenecida de unas estampas del siglo último, en las que los vacíos que quedaban entre una tumba y un ciprés producían los perfiles de Luis XVI y María Antonieta. A estos ejercicios puede asimilarse el de encontrar la *Virgen de la Luna.*

Considérese este astro como representando una figura desvanecida y diríjase especialmente la atención sobre la mejilla izquierda, es decir, la que queda á la derecha del observador. Si se mira con fijeza, la disposición de las manchas lunares, el macizo que figura el ojo, aparecerá como dibujando de un modo maravilloso una opulenta cabellera rizada, cayendo en ligeros bucles sobre la frente, una nariz cuya extremidad parece picarezcamente arremangada, en la sombra que proyecta la ancha parte izquierda de la nariz de la vieja luna de redondo rostro. La comisura izquierda de los antiguos burdos labios, forma los adorables de la linda Virgen, cuya barba se separa graciosamente del cuello, recto, delgado y al que da sombra la mancha que esfuma la parte inferior del disco. Otro macizo al extremo derecho de la circunferencia, concluye el modelo de la nuca, donde parece que juguetean algunos mechones de la seductora cabellera. Veáse bien y dígase si el lápiz de Grévin ó de Mars ha trazado alguna vez más admirable perfil de parisiense alegre y coqueta.

¡Qué símbolo tan profundo es el perfil de esa gentil boulevardera, que noche á noche contempla y domina el espacio desde la creación del mundo! La Parisiense reina sobre el universo, aunque jamás se haya dicho ni creído, siendo su reinado casi eterno, puesto que ni conocemos los orígenes, ni preevemos los fines. Estaba en la altura, en la ventana dorada del cielo, cuando el hombre aun no aparecía sobre la tierra: sonrió la inmortal hechicera á los ornithorincos y á los

megaterios; más tarde, á los pastores de la Caldea, que se apoyaban sobre sus cayados, en medio del ganado dormido, bajo la bóveda constelada que domina las altas mesetas del Asia: sonrió á los patriarcas de larga barba blanca y corazón joven; á los salvajes, nuestros antecesores, que amaron bajo las frondosas encinas de la Galia, como á los Pieles Rojas, á quienes causó espanto en las soledades de la pradera, la invasión de las hordas europeas.

París nació, y la Virgen de la Luna, reconoció su imperio, é iluminó con sus más hermosos fuegos á sus hermanas é hijas, bajo las umbrosas avenidas del bosque de Bonlogne.

París morirá; el viajero hollará y removerá con la extremidad de su bastón las mohosas piedras que fueron del Panteón y el Arco de Triunfo; las mismas ruinas perecerán y los siglos futuros no guardarán sino como un vago recuerdo, el nombre de la que fué la primera ciudad del mundo; pero en el espacio azulado de las bellas noches, los amantes de entonces mirarán el cielo y reconocerán la inmortal imagen, el imperecedero camafeo que el creador quiso cincelar en una de las extremidades de la gran medalla de oro, el delicioso perfil de la que habrá dominado desde el primer día los destinos del mundo, sello indestructible grabado por la naturaleza sobre la cubierta etérea del universo, y que tiene por blasón el bellísimo rostro de la Parisiense.

CAMPESTRE

A Carlos Díaz Dufóo.

Siempre me acuerdo de aquella tarde!
Era una hermosa tarde de Mayo:
Era en la tierra de mis amores
Y yo era un joven enamorado!
En una aldea pasó el idilio,
Como el arroyo pasa cantando.
Reía alegre la luz, y estaban
Azul el cielo, florido el campo.
Por ancha calle de verdes sauces
Iba gozosa, cerca, á mi lado,
La virgencita de mis ternuras,
La que se ha ido, la que amé tanto!
El sombrerito de leve paja
Al cuello ataban azules lazos.
Daba su veste de blanco lino
Realce á sus formas de albo alabastro.
Mientras la tarde se despedía
Al sol un beso de amor enviando,
Bajo la sombra de un limonero
Nos dió reposo rústico banco.
Vino á posarse sobre una rama
Una paloma, lirio nevado.
Daban su incienso los azahares.
Entre las mías tomé su mano.
Nuestros alientos se confundian .....
Sus bucles de oro besó mi labio.....
Del limonero cayó de pronto
Sobre su falda fragante ramo.
Y sorprendido la dije: «el cielo
Tiene deseos de desposarnos.»
Ella, encendida de sangre virgen,
El dedo puso sobre mis labios.
Con voz doliente como un arrullo
Ella me dijo ¡no he de olvidarlo!
«Si no soy tuya, cuando me muera
Llevar conmigo quiero ese ramo.»
¡Ay! Cómo siento que herís mi alma,
Triste presente, bello pasado!
¡La virgencita de aquel idilio
Duerme en el seno del campo santo!
.....
Siempre me acuerdo de aquella tarde!
Era una hermosa tarde de Mayo:
Era en la tierra de mis amores
Y yo era un joven enamorado!

Vicente Acosta.

México, Mayo 1896.

FABULAS EN PROSA

LA ORUGA COMETA

Descolgábase del árbol una oruga sujeta al hilo que iba formando trabajosamente con su baba. Pero el viento, encorvando la delgada hebra, arrastraba al insecto por el aire, jugando con él y columpiándole.

—¡Qué he hecho!—decía la pobre oruga quejándose de su suerte.—Quise descender al suelo y me remonto hacia las nubes, y mi cuerpo está á merced del primer pájaro hambriento que me vea. Vuelo sin alas, y cuanto más hilo saco, más me elevo.

El insecto ascendía como sube un cometa mientras no se agota su bramante.

Así pasaron largas horas, hasta que el viento se calmó, y la oruga, cansada y dolorida, pudo ganar la tierra y refrescar y extender su cuerpo en una hierba.

—¡No eres poco delicada!—dijo otra oruga que la vió;—cualquiera diría que has hecho un gran viaje; cuéntale tus trabajos á quien no haya bajado del árbol como yo; sé muy bien que basta sujetar el hilo en una rama y dejarse caer poco á poco, porque nuestro peso mismo nos lleva á tierra en un momento.

Casi todas las orugas atestiguaron lo mismo y consideraron á la primera como una embaucadora.

—¡Habráse visto la embustera!

—¿Pues no sostiene que ha volado como un ave?

—¡Olé por la mariposa!

—¡Qué cosas tan raras suceden en el mundo!

—No hagas caso á esas imbéciles—dijo un saltamontes;—he corrido mundo y he visto cosas más extraordinarias y difíciles.

El vulgo que marcha acompasadamente, no sabe lo que otros luchan para vivir, é ignora que quien arrostra los vientos de la vida puede volar más alto que los otros.

AMAR VOLANDO

—¿Dónde dejaste aquel que te requebraba hace un momento?—dijo la oruga á la mosca.

—¿Quién? ¿mi marido?

—¿Pues no eras soltera hace un rato?

—Es verdad; pero me he casado y soy libre otra vez.

—Luego ¿no le querías?

—Le he querido mucho; pero todo acaba tan pronto..... ya soy viuda.

—¿Ha muerto él?

—Entre nosotros el matrimonio es un abrazo; nuestra luna de miel pasa en un vuelo, y separarse un momento es enviudar. Si le veo esta tarde, quizá no le conozca.

Hay muchas personas que aman de ese modo. ¿No es cierto, Magdalena?

UN REY POPULAR

¡Qué alegría y qué fiestas hicieron los animales cuando destronaron al león.

Hubo conciertos de grillos, procesiones de hormigas, regatas de salmonetes y carreras de liebres: colgaron sus telas mejores las arañas; los escarabajos se untaron el cuerpo de charol; los monos dieron funciones de gimnasia, y los topos se pusieron gafas para verlo. ¡Qué colas tan vistosas arrastraron las culebras en los bailes, qué plumas de colores lucieron los guacamayos, y qué uniformes de plata y oro los faisanes!

Hicieron de gigantones los elefantes y girafas, y de enanos los pájaros bobos y los sapos. Pronunciaron discursos loros y cotorras, y no hubo animal que no hiciese ostentación de sus habilidades, ni dejase de exhibir sus plumas, sus escamas y sus pieles más vistosas.

Trataron, en vista de la fiereza del león, destronado con razón por sanguinario, de elegir un animal que no pudiese devorar á sus súbditos: un animal inofensivo y popular. Procedióse á la votación, y la pulga, que se metía por todas partes, fué elegida por humilde.

Y mientras atronaban el aire las aclamaciones de gruñidos, relinchos, rebuznos y chillidos de toda clase, murmuraba un perro viejo entre los suyos:

—No creo que hayamos mejorado de amo, ni

que la pulga sea menos sanguinaria que el león: antes me parece que, siendo los leones pocos y las pulgas infinitas, más sangre sacan éstas que no aquellos; sino que aquellos derraman la de algunos de un zarpazo, y éstas nos la sorben á todos gota á gota.

LOS SALVADORES

¿Cómo tiene usted tan sanos y colorados á sus hijos?—había preguntado el día anterior una vecina al padre de Tomasito.

—¿Cómo? Dándoles á beber agua y vino en todas las comidas. El agua mezclada con vino refresca y alimenta, alegra y da salud.

Aquella misma tarde, Tomasito, estando mirando en la pecera cómo nadaban los magníficos peces de colores, le pareció que estaban tristes. Una idea salvadora brotó en su mente, y para alimentar, refrescar y dar salud á los peces vertió en su agua una botella de vino robada en la despensa.

¡Con qué placer admiraron los muchachos los diversos matices del agua según iba mezclándose con vino, y mucho más los rápidos movimientos de los peces, que empezaron á agitarse y dar vueltas desordenadas en aquel líquido asfixiante!

—¡Ya se alegran!

—¡Mira cómo corren!.....

—¿Se habrán emborrachado?

A las voces infantiles acudió el cochero, que era un grandísimo borracho, y al enterarse del hecho, dijo á los muchachos:

—Los habeis envenenado.

—¡Si papá dice que el agua con vino es un remedio!

—Para vosotros; pero es mortal para los peces. Yo los salvaré.

—¿Qué vas á hacer?

—Beberme esa agua y vino y echarles agua sola.

Y el cochero, que era un hombre bueno, alzó la pecera, la puso en su boca, miró al cielo y la secó de un sólo trago.

Después echó á correr como un loco, pidiendo un anzuelo á los criados.

—¿Para qué?—le decían.

—Para metérmele en la boca; para pescar los peces que tengo en el estómago.

El infeliz se había tragado á los peces por salvarlos.

José Fernández Bremón.

PAGINAS OLVIDADAS

DON QUIJOTE

osa rara! *La vida y aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel Cervántes Saavedra, fué el primer libro que cayó en mis manos, siendo yo ya un muchacho de cierta edad y algo experto en la lectura. Me acuerdo perfectamente de aquella época de mi infancia en que por la mañana temprano me salía de casa, me iba al jardín de la corte y allí, sin que nadie me interrumpiera, leía el *Don Quijote*.

Era una hermosa mañana de Mayo; en el silencio matinal esplaba la florida primavera y dejábase alabar por el ruiseñor, su amable cortesano; entonaba éste tan tierna y acariciadoramente su amoroso canto, tan derretido y entusiasta, que los más desvergonzados botoncillos se abrían y las lascivas hierbecitas se besaban apasionadamente á los aromados rayos del sol; árboles y flores se contemplaban con vanidosa coquetería.

Sentábame en un viejo y musgoso banco de piedra del paseo llamado de los Suspiros, no lejos de la cascada, y regocijaba mi corazón infantil con las grandes aventuras del atrevido caballero. En mi infantil bondadez tomaba todo aquello en serio; cuanto más burlonamente se portaba el destino con el pobre héroe, tanto más pen-

saba yo que así debió ocurrir, que aquello pertenecía á la edad heróica, y tanto las burlas como las heridas del cuerpo, si aquellas me ponían de mal humor, éstas parecía sentirlas en mi alma. Yo era un niño y no conocía la ironía que Dios creara con el mundo y el gran poeta reproducía en su impreso microcósmos, y podía derramar amarguísimo llanto cuando el noble hidalgo, en pago de sus nobles sentimientos, sólo recibía ingratitudes y golpes, y como poco ejercitado aún en la lectura, pronunciaba en alta voz las palabras, y pájaros y árboles, arroyos y flores, todos podían oír, y estas inocentes criaturas que, como yo, nada de la ironía del mundo sabían, tomábanlo todo igualmente en serio y lloraban conmigo los sufrimientos del pobre hidalgo; hasta una encina desgastada y vieja sollozaba, y movía con violencia la cascada de su barba blanca, pareciendo todos clamar contra la maldad del mundo.

Sentimos que el heróico esfuerzo del caballero no merece menos admiración cuando volvió la espalda al león sin exigirle combate, y que sus hechos son tanto más dignos de alabanza cuanto más débil y flaco de cuerpo era, cuanto más frágil la armadura que le protegía y más miserable el caballejo que llevaba. Despreciamos al bajo pueblo que trataba á puros golpes al pobre héroe; pero mucho más al alto populacho adornado con vistoso manto de seda, maneras distinguidas de expresarse y título de duque, que se burlaba de un hombre que le era muy superior en ánimo esforzado y elevación de sentimientos.

El caballero de Dulcinea iba captándose cada vez más mi consideración y mi cariño, á medida que adelantaba en la lectura del admirable libro, lo cual hacía diariamente en el mismo jardín, hasta que ya hacia el otoño, llegué al cabo de la historia: y ¡jamás olvidaré el día en que leí el temeroso duelo en que el caballero hubo de ser tan ignominiosamente vencido!

Era un día triste, feos nubarrones plomizos entoldaban el cielo, las amarillas hojas caían dolorosamente de los árboles, pesadas gotas de llanto se desprendían de las últimas flores, que ya tristemente marchitas inclinaban su moribunda cabeza; hacía tiempo que los ruiseñores habían callado, por doquiera me quedaba mudo ante el espectáculo de la muerte..... y mi corazón pareció querer romperse de dolor, cuando leí cómo el noble caballero, desvanecido y maltrecho, cayó por tierra, sin levantarse la visera, y cual si hablase desde la tumba con voz débil y lastimosa le dijo á su vencedor:

«Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta caballero la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

¡Ah! el brillante caballero de la Blanca Luna, el que acababa de vencer al hombre más esforzado y noble de la tierra, era un barbero disfrazado.

Enrique Heine.

PENTELICAS

PAISAJE

A N. Bolet Peraza.

El viejo sol: Osiris,
que las arenas del desierto dora,
después que enciende con la luz del iris
las trasparentes gasas de la aurora,
esplende en el cenit.
Su roja hoguera,
que finge el brillo de purpúreas clámides,
los átomos inflama, y reverbera
al pie de las Pirámides.
Mudas las aguas del sagrado Nilo,
sueñan con inundar pueblos remotos;
y moviendo las ondas con sigilo,
sobre azulados cálices de lotos
asoma la cabeza un cocodrilo.
Entre el follaje verde,
que la ribera esmalta,

pareja de ibis jugueteando salta,
y otra en el seno del marjal se pierde.
El viejo sol: Osiris,
que colorea con la luz del iris
las gasas de la aurora y de la tarde,
en lo más alto de los cielos arde;
y á través del desierto solitario,
se divisa, á lo lejos del camino,
la silueta borrosa del beduino
en la giba dorsal de un dromedario.

Andrés A. Mata.
(Venezolano.)

GRACIA

(FANTASIA ROMANTICA)

.....No es un ave, no; es la pastora que canta los cantos de la selva y de la montaña, sonoros, cristalinos, aprendidos al río y á los tulares. Vedla salir de aquella espesura: brillan resbalando en su cabellera deshecha los diamantes fugaces; en sus ojos, claros como las aguas verdes del remanso, cintilan puntos de oro como arenitas rubias; lleva en la asa de su brazo un cesto cuajado de nardos, y en sus labios vírgenes alctean, vibrantes, las notas de mil colores de su romanza. El agua que la acarició con un beso murmurador, va contando á los tules el secreto de una voluptuosidad, y sus lenguas de plata se arrastran lentamente á lamer la huella de un pie sobre la arena.....

Pobre niña que hace un instante te rebujabas en los pliegues de cristal y los encajes de espuma! Ojos ávidos de tu inmaculada desnudez van á abrir en tu alma un panorama más hermoso que tu valle natal. El meteoro de una ilusión cortará la noche de tu inocencia con una estela de luz..... Y sufrirás..... Huye, niña! trepa por los senderos de las cabras, escóndete en lo impenetrable de la selva, que el amor te persigue bajo la forma de un caballero rubio!

En vano! Allí está, junto á la corriente voluble, bajo la bóveda opulenta, entre redes de sombra y mallas de luz, contemplando con sus ojos claros punteados de arenitas brillantes, al caballero rubio que la habla de una dicha eterna entonada con primaverales estrofas. Ella entornó las pestañas, dobló la cabeza, sintió en su boca una gota de miel divina y alumbró á su alma el osto azul del Paraiso.

.....

.....

—Lejos está mi huerto y ya las sombras bajan del monte.

—Adios, bella pastora.

—Cuál es vuestro nombre, amado mío?

—Roberto. Y el tuyo, blanca niña?

—No sé..... me llaman *Gracia*.

***

Qué rápidas son las exhalaciones de oro—miradas, caricias, besos,—que cruzan el alma en las noches de amor para dejarla, en cambio del deslumbramiento de un instante, la oscuridad de toda la vida!——Ya no corre por el campo la risueña Gracia, aspirando la humedad olorosa de las mañanas, entre las matas de rosas cándidas, los torbellinos fascinantes de los colibríes y los rápidos *frrrt!* de los pájaros que vuelan, ya no hace saltar penachos espumosos al zabullirse en el remanso, ni turba al viento con las frescas escalas de sus cantares irizados.

Esperó á su amante en el nido de hojas; en balde interrogó á la onda; en balde consultó los oráculos del cielo. Por qué se quejan los tulares? Pobre niña! cuando baja al pueblo á rezar la Misa de los domingos, le pide á sus virgencitas la muerte..... Y la Virgen sonríe desde su nicho, bajo la diadema dorada, clavado el corazón con un puñal, escarchado con lentejuelas de plata el vestido negro, con la sonrisa carmesí en los labios, con la sonrisa vidriosa de sus ojos.....

***

Qué alegre estaba la mañana! Todo era fiesta en el cielo y en el prado: fiesta de luz y flores, con algazara de alas. Una cabalgata bulliciosa bajaba del monte, los caballeros con sus som-

breros de paja y las amazonas con azules velos flotantes. Los pájaros saltaban de los surcos en azorados grupos ó eran dispersados por el disparo de una carabina. La cabalgata se perdió entre la selva.

Al caer la tarde, una pareja se dirigía al escondido remanso. Los caballos, sacudiendo sus crines, hacían sonar en la tierra los duros cascos con el compás nutrido del galope. El sol de ocaso prendía una cinta roja en el perfil crestonado de la montaña: las arboledas se destacaban con colorido sombrío de tinta china, en la palidez gris del crepúsculo, y, vaga esfumación, temblaba en los vapores del Oriente la silueta del campanario. Bajo el tupido pabellón que enarca su verdura sobre el remanso, trinaban las frases de amor de los amantes.....

Qué triste, qué pálida está Gracia! Rasgado por las espinas su vestido, ensangrentadas sus manos por los cardos, maltratados sus pies por las peñas, fatigada de correr sin objeto, cayó rendida en la hierba y una lágrima clara bañó las rubias arenitas de sus ojos.

México, 1890.

Jesús Urueta.

TROPICAL

Oh vieja selva, nido de la sombra!
cuál se solaza el alma en tu frescura,
sobre tu muelle alfombra,
bajo tu dombo inmenso de verdura!
En tí el génesis late; en tí se agita
la savia creadora;
eres harpa, salvaje, vibradora,
donde la vida universal palpita.
Los árboles, pilastras de tu arcada,
se retuercen leprosos
en la inmensa hondonada,
y muestran vigorosos,
cual guerreros pendones
de gigantes en ancho campamento,
sus blancas barbas que remece el viento.
Y el río, entre los antros pavorosos
donde ruedan las aguas turbulentas,
al chocar en los altos pedregones,
salta en recios turbiones,
y ruge cual si fueran las Tormentas
cabalgando en los negros Aquilones.
En la ribera, entre silvestre ortiga
picoteando están las garzas blancas,
y con el verde pasto á la barriga
los toros muestran sus lucientes ancas.
Es la cálida hora del bochorno:
el sol quema y enerva,
y canta la cigarra entre la yerba,
y el suelo emerge un hálito de horno.
Se ven del tigre entre el fangal las marcas,
y en la vaga penumbra, entre las quiebras,
junto á las negras charcas,
yacen aletargadas las culebras.
Remolinean vírgenes efluvios,
el humo de la roza, azul y blanco,
y alzan las cañas sus airones rubios
cual penachos de indígenas triunfales,
y traen á la vega, bulliciosos,
los vientos tropicales
el ruido de los plátanos hojosos
y el lejano rumor de los maizales.
Y en la playa desierta,
sobre la seca arena perezosos,
cual negros troncos con la jeta abierta,
descansan los caimanes escamosos.
....
En la cercana loma,
en un recodo del camino, asoma
feliz pareja de labriegos.....
Ella,
núbil, fornida y bella,
de ojos negros y ardientes, y de roja
boca virgínea y de apretado seno
que forma curva en la camisa floja.....
y *él*, atlético y lleno
de juventud y vida, musculoso,
con muñecas de recia contextura
hechas, como muñecas de coloso
de alguna raza extraña,
para domar al potro en la llanura,
para tumbar el roble en la montaña.
Y la feliz pareja al fin se pierde
entre la selva enmarañada y verde.

Ismael Enrique Arciniegas,
(Colombiano.)

MAYO

AL final de la calle, circundada por cercas de espinos, se levanta modesta y escueta la cruz verde que da nombre á la calle. En todo el año, la cruz se ve con indiferencia, como si no fuera el signo de la redención del hombre, como si no representara por sí sola la historia del Justo. Pero al llegar el mes de Mayo, el mes de las flores, aquella calle corta se ve de noche invadida por los vecinos del pueblo que por tradición ó por costumbre van á visitar la cruz verde. Parece entonces más respetada y como si irradiara bendiciones á los vecinos. En tarros de cerveza cubiertos con vistosos papeles de colores, las velas de esperma alumbran con luz tenue la cruz, mientras los mozos del pueblo, más que cánticos á la Virgen, entonan canciones y guarachas del país al són del tiple cubano. No van allí con la fe religiosa sino atraídos por el hábito. Son noches de regocijo para los que viven en aquella cuadra por donde desfilan todos los habitantes. Por lo general, la calle de la Cruz Verde pertenece á familias pobres que libran la subsistencia liando cigarrillos; por allí no pasan más que los caballos de manoja y las carretas de camino de las fincas comarcanas; es una entrada que tiene el pueblo y por donde entran pocos; pero en este mes de Mayo ese es el centro de reunión: los vecinos hacen allí, al aire libre, su altar de cruz y se enorgullecen de llevar, mejor dicho, de atraer al vecindario. Los panaderos son los que adornan el primer día, y los otros aquellos á quienes le echan el ramo. Yo también he querido presenciar ese espectáculo al aire libre, sencillo, que tendría mucho de cómico, si aquella cruz no se hubiera levantado en aquel punto para perpetuar la memoria de una muerte violenta.

Algunos llevan flores para adornar la cruz, pero no van los niños de las escuelas «con flores á María que madre nuestra es;» no van sino por curiosidad á ver si el número de velas se ha multiplicado, si esta noche está mejor que ayer, pero aunque no van más que á eso, acude el pueblo todo á la Cruz Verde, como si fueran á pagar un tributo, á cumplir con un deber ineludible. Y es también porque no hay donde ir y la cruz verde es un pretexto para salir á la calle, para exhibirse, para saturarse de calle cuando menos. Después, á eso de las diez, ya no hay nada en el pueblo, las velas van apagándose poco á poco, chorreando la esperma sobre los tarros de cerveza y sumiendo la cruz en la obscuridad, hasta la noche siguiente que nuevas velas van á alumbrarla, repitiendo todos la visita sin fines ulteriores, hasta el último de Mayo en que ya nadie se acuerda de ella, dejándola abandonada y solitaria hasta el año siguiente. Es una costumbre ésta que no se pierde en Santiago, costumbre sencilla de un pueblo que se aburre, que no es religioso y que sin embargo le gusta ver en Mayo la cruz verde, á la salida de la ciudad, festejada en dicho mes con sus flores y sus luces.

Tal vez aquello signifique la perpetración de un crimen, de algún asesinato cuya memoria se perpetúa por medio del símbolo de la redención; pero es lo cierto que los que van allí no piensan en el origen de la cruz como recuerdo, ni aun en lo que significa para el católico esa señal de los sufrimientos del hombre justo. No importa. La humanidad tiene sus horas para todo y en pleno Mayo, embriagada con el perfume de las flores no va á llorar por la muerte de Jesús, sino á embriagarse con los aromas de las flores. ¿Qué mal hay en eso?

Wen Gálvez.

Isla de Cuba.

POEMAS LOCOS

LA CANCION DEL AJENJO

Para José Juan Tablada

Una noche, como mi espíritu estuviera nublado y mi corazón lleno de angustia y no encontrando—pues nunca la encontré—la calma que abatido y enfermo necesito, he aquí lo que escuché; brotando del vaso, donde las gotas caían lentas y opalinas.

«Yo soy para tí, poeta, desheredado ó afligido, la deseada ambrosía del olvido—del olvido donde se hunden los dolores.

«Yo, la verde diosa de la quimera, yo, quien á tu mente, hoy obscurecida por el pesar, da los ensueños color de rosa, los exotismos, los refinamientos de la ilusión. Yo puedo hacerte ver—como á Fausto el maravilloso espejo—la mujer, que si tu destino fuera menos cruel, te amaría!

«Yo, perla de ópalo, caigo gota á gota, gota á gota con triste ritmo—algo del ritmo de una campana tocando á funerales—y al hundirme en el fondo del vaso formo vapores azulados, nubes azuladas de donde surgen las quimeras que la vida—duro fardo—jamás pudo darte!

«Yo soy la diosa verde de la quimera!

«Soy noble y compasiva, y jamás abandono á quien me llama. Cráneos vacíos, cráneos sin ojos, que hoy ruedan en el polvo de los osarios, cráneos que decirte pudieran de cuántos sueños los poblé! Cadáveres existen que sin mí, sacudidos estarían aún por alas poderosas y brutales, por las inflexibles alas del negro cuervo de la desventura!

«Y también, cuando el inevitable momento al que á cada paso nos acercamos llega, á cuántos dió mi amargura el valor para sentir y bien acoger á la Todopoderosa!

«Soy amarga, pero mi amargura endulza los espíritus de hiel, yo doy la dulzura del no sentir, del no pensar, del no llorar!»

Entonces, mis ojos tantas noches abiertos por el insomnio, tantas quemados por la calentura, se entrecerraron; y del fondo del vaso donde las gotas formaran al caer—al caer con ritmo pertinaz como mi desgracia—nubes azuladas, destacándose del trono de ágata, brotaron extendiéndose alrededor de mí—feliz tropel—todas las deidades de las que mi estrella sin brillo, me separó: Doncellas castas que me hubieran amado, cortesanas que con sus caricias, corrompiéndome, divinificaran mis sentidos; vírgenes de voces puras que adormeciéndome hubieran evocado tropeles de sueños; niñas que me hubieran llevado flores, ángeles que me hubieran salvado.—Las visiones iban y volvían, circulaban alrededor de mi cabeza, tristes las unas—con la tristeza de los destinos no cumplidos—riendo las otras, con risas guturales y lascivas, con la pacífica sonrisa de la inocencia otras; y la visión iba, volvía, desenrollándose, como en el fondo del vaso se desenrollaban las azuladas nubes, nubes de quimera, al brotar y desprenderse del trono de ópalo!

Y del fondo de mi conciencia, gritó una voz, —fué una voz?—una voz como nunca más he oído, como nunca más oiré, pues el espanto me helaría, una voz—oh, sí, fué una voz!—la que gritó:

Insensato! del fondo de ese vaso levántase erguiéndose y desenrollándose la verdosa serpiente del deseo—la serpiente de ojos de zafiro—la serpiente del deseo de lo imposible, porque tu destino, tu singular, tu errabundo destino, para siempre te separó de todas las venturas!

La visión se perdió; la negrura de mi espíritu fué mayor, mi tristeza más grande, porque había visto, lo que nunca podré tener, lo que si mi estrella no fuera tan opaca, hubiera sido mío.

Bernardo Couto Castillo.

Febrero de 1896.

NUPCIAL

Al Lic. Manuel Rivera.

Floreal dejó sus besos en las frondas y en los nidos
Y brotaron de las huellas de su planta frescas rosas,
Y los vagos resplandores de la luz, estremecidos
Irizaban las alitas de las nuevas mariposas.

Floreal! y en el santuario muchas flores deshojadas,
Y la novia casta y pura como flor de tersa nieve
Viste el traje diamantino de las castas desposadas,
Ciñe blancos azahares que acaricia el viento leve.

Floreal doquiera vierte sus fragancias exquisitas,
Sus ternuras inefables y sus dulces embelesos;
Y preludia los cantares de amorosas Sulamitas
En las notas cristalinas de las risas y los besos.

Floreal! el sacerdote levantó la mano y luego
Un destello de la gloria descendió sobre sus frentes;
Y en el pálido horizonte se elevó cual flor de fuego
El sol de oro derramando radiaciones esplendentes.

Floreal cantó las nupcias del amor y la hermosura,
Entonó el epitalamio de los lirios y las rosas,
Y las ondas nacaradas de la luz radiante y pura
Irizaban las alitas de las nuevas mariposas.

México, Mayo 1896.

Rafael Martínez Rubio.

LA NATURALEZA

ENSUEÑO

Entré en una inmensa subterránea sala de altas bóvedas. La sala toda iluminada por un resplandor que parecía salir del suelo.

En el centro, estaba sentada una mujer de grandioso aspecto, vestida de un amplio traje verde. Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Al punto comprendí que era la Naturaleza, y, como súbito frío, llenóseme el alma de reverencia temerosa.

Acerquéme á la mujer sentada y, después de saludarla con respeto, le dije:

—¡Oh, madre común! ¿en qué estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posible?

Volvió hacia mí lentamente la mujer sus ojos sombríos, penetrantes y terribles: entreabriéronse sus labios y oí su voz resonante, como el hierro que choca con el hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto; es necesario restablecerlo.

—¡Cómo! exclamé balbuceando: ¿en eso estás pensando?... Y nosotros los hombres ¿no somos tus hijos predilectos?...

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales, dijo, son mis hijos. De todos me preocupo igualmente, y á todos por igual los exterminio.

—Pero.... el bien..... la razón... la justicia.... murmuré.

—Esas son palabras humanas, repuso la voz de hierro; yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón no es mi ley, y ¿qué es la justicia?... Yo te dí la vida, yo te la quitaré: y se la daré á otros, á gusanos de la tierra ó á hombres, indiferentemente. Tú, mientras no te llegue la hora, defiéndete; y no me importunes más!

Quise replicar; pero la tierra toda en torno mío mugió sordamente y me estremecí...

Entonces desperté.

Iván Tourgueneff.

AZUL PALIDO

A la hora actual una multitud cosmopolita, una inmensa oleada de espíritus, una cohorte abigarrada, se agrupa, recorre en torno de un mismo libro, las mismas páginas, sigue esta propia peregrinación en pos de la fe, de la vieja fe perdida, que informa la llamante «Roma» de M. Emile Zola.—Allá va el buen abate Pedro Froment á la triunfal ciudad, á buscar en los grandes golpes de luz, en las brillazones de los lienzos, en el resplandor del arte, la explicación del misterio, impenetrable en Londres, siempre fugitivo, perseguido siempre. ¿En dónde está el fresco manantial de límpidas aguas? Otro espíritu poderoso, otra alma hostigada por esa ansia de conocer la ignorada verdad, había, antes que el autor de «Roma», emprendido una marcha semejante, á las comarcas lejanas en las que el Cristo ha debido dejar ecos de sus celestes palabras, rastros de su divina planta: el viaje de Loti á los Santos Lugares es, como el de Zola á Lourdes y á Roma, es el anhelo de una conciencia que desea creer, y que, sin embargo, no quiere creer.—¿Entrará Emilio Zola en la senda del misticismo? En materia de fe, desear creer es ya

ser un creyente. De Pascal se ha dicho que llegó por la voluntad á la fe. ¿Llegará á ésta Zola por el arte?—Su Pedro Froment es una de esas almas en las que, como la de la heroina de la *Terre promise* de Paul Bourget, la religión reviste las formas del misticismo. A esas les hace falta caer en éxtasis, subir en luminosa ascensión hasta las albas regiones en que se alza el Increado. Para ellas es ese estado de conciencia tan sabiamente definido por el más humano de los Padres de la Iglesia: amar demasiado por amar. —Y Pedro sueña.... sueña una sociedad nueva, abrazada al madero del Mesías, una sociedad fuerte por el amor, sublime por la esperanza, mientras la Congregación del Indice condenaba su libro, su gran obra de redención, su ideal de salvación de la Iglesia en un fin de siglo triste é inquieto. Y en aquel atardecer frío y ceniciento, la vieja ciudad aprisada por la niebla, como envuelta en un crespón fúnebre, se iba, desaparecía, Pedro Froment partía de Roma, como había partido de Lourdes... Inconsolable, adolorido, con una gran sombra en la conciencia, á emprender de nuevo su marcha, su eterna, su trágica marcha en busca de la Verdad Suprema!...

***

Maggi nos ofrece esta noche la «Marcela» de Sardou; Roncoroni..... «Jack el Destripador»!—Nuestro excelente público acudirá, naturalmente, al *atractivo* programa que le ofrece el actor italiano traducido al español. ¡Y qué traducción! *Dio!* ¿No fué por Roncoroni por el que se dijo aquello de *traduttore, traditore?*—Es igual: Roncoroni resultará siempre mal cómico en todos los idiomas conocidos y desconocidos. La otra noche le ví —y le oí—un infumable culebrón escénico que con el título de «Juan Renter» tuvo la audacia de servirnos la dirección artística de la compañía. ¿Pero es posible que el Sr. Roncoroni—que es, según me cuentan, un hombre culto—ose perpetrar esos delitos de leso arte? ¡Qué gesticulaciones, qué gritos, qué mover los ojos dentro de las órbitas, qué manazos, qué morder las palabras, qué rechinar los dientes! ¡Oh Buróni Burón! El jueves te proclamé genio... aunque sólo seas un mal genio, como dice un mi amigo.—Al final de la horrible quisicosa—al decir de los programas, aplaudida en los teatros de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía—la multitud indignada pide por el foro la muerte de Roncoroni. Justicia seca! Y díganme, señores, ¿por qué así de pasadita no reclamar el mismo castigo para Buxens?... Pero, en fin, esta noche, «Jack el Destripador», y ya verán ustedes como no faltan ciudadanos que amen que los *destripe* el Sr. Roncoroni. *Bon appetit, messieurs!* Yo, con permiso, me voy á «Marcela».

***

Amado Nervo acaba de dar á la estampa una nueva edición de su «Bachiller».—Martínez Rubio prepara su colección de «Rimas de Nieve». Ah valientes!

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

FUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 7 DE JUNIO DE 1896. NUM. 6.

DE "ROMA"

LA MISA EN EL VATICANO

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

Al entrar en la basílica, Pedro tuvo una sorpresa desagradable. La inmensa bóveda había sido tapizada: fundas de un viejo damasco rojo con galones de oro cubrían las columnas y las pilastras de veinticinco metros de altura; todo el contorno de las naves laterales estaba de igual modo envuelto de la misma tela, y era, en verdad, de un gusto singular, de una vana gloria de adorno pobre y afectado, estos mármoles pomposos, esta decoración resplandeciente y soberbia, así oculta bajo el ornamento de la sedería antigua, estropeada por el tiempo. Pero se maravilló más todavía, al ver la estátua de bronce de San Pedro vestida, tal como un Papa vivo, con suntuosos hábitos pontificales, y la tiara sobre su cabeza de metal. Nunca había imaginado que se pudiera vestir á las estátuas, para su gloria ó para el placer de la mirada, y el resultado le pareció funesto. El Santo Padre debía decir la misa en el altar papal de la Confesión, el altar mayor, bajo la cúpula. A la entrada de la galería de la izquierda, sobre un estrado, se encontraba el trono, en el que iría muy pronto á tomar asiento. En los dos lados de la nave central, se habían construido tribunas, la de los cantantes de la Capilla Sixtina, del cuerpo diplomático, de los caballeros de Malta, de la nobleza romana, de los invitados de toda suerte. Y en el centro, ante el altar, sólo había tres filas de bancas, cubiertas de tapices encarnados; la primera para los cardenales, y las otras dos para los obispos y los prelados de la corte pontificia. Los demás asistentes deberían permanecer en pie.

Ah! Esta multitud enorme de concierto monstruo, estos treinta, estos cuarenta mil fieles que acudían de todas partes, inflamados de curiosidad, de pasión y de fe, agitándose, empujándose, empinándose para ver; en medio de un gran rumor de marea humana, familiar y alegre con Dios, como si se encontrase en algún teatro divino en el que se permitiese atentamente hablar alto, recrearse con el espectáculo de las pompas devotas! Pedro quedóse sorprendido, desde un principio, él que no conocía sino las plegarias inquietas y silenciosas en el fondo de las catedrales sombrías, que no estaba acostumbrado á esta religión de luz cuyo resplandor transforma-

ba una ceremonia en una fiesta al aire libre. Al rededor de la tribuna en que se encontraba, había caballeros de frac y señoras con vestidos negros, que llevaban gemelos como en la ópera, muchas damas extranjeras, alemanas, inglesas, americanas sobre todo, encantadoras, graciosas, como avecillas aturdidas y canoras. A su izquierda, en la tribuna de la nobleza romana, reconoció á Benedetta y á su tía Dª Serafina; y allí, rompiendo con la sencillez reglamentaria de los tocados, los grandes velos de encaje luchaban en elegancia y riqueza. A su derecha, la tribuna de los caballeros de Malta, en la que se encontraba el gran maestre de la orden, en medio de un grupo de comendadores; en tanto que, del otro lado de la nave, en frente, en la tribuna diplomática, distinguía á los embajadores de todas las naciones católicas, en traje de etiqueta, resplandecientes de bordados. Pero á pesar de todo, volvía siempre á la multitud, á la gran ola ondulante é incierta, en la que los tres mil peregrinos parecían como perdidos, ahogados entre los millares de los demás fieles. Y sin embargo, la basílica que podría contener fácilmente ochenta mil hombres, no se hallaba sino llena á medias por esta multitud que veía circular libremente, á lo largo de las naves laterales, amontonarse entre los barandales de las columnas, desde donde el espectáculo iba á ser más cómodo de seguir. Y había gentes que gesticulaban, se elevaban gritos, por encima del rumor continuo de las conversaciones. Por las grandes ventanas abiertas, caían amplios lienzos de luz, ensangrentando los cortinajes de damasco rojo, iluminando con un reflejo de incendio los rostros tumultuosos, febriles de impaciencia. Los cirios, las ochenta y siete lámparas de la Confesión palidecían, como luces de una veladora, en esta deslumbrante claridad; y todo esto no era sino la fiesta mundana del Dios imperial de la pompa de Roma.

Repentinamente hubo una falsa alegría, una alerta. Corrieron gritos, ganaron la multitud, de lugar á lugar: *Eccolo! Eccolo!* Y se produjeron impulsos, remolinos, que hicieron dar vueltas á esta corriente humana, todos alargando el cuello, estirándose, apretándose, con un frenesí de ver á Su Santidad y al cortejo. Pero no era todavía sino el destacamento de guardias nobles, que venía á apostarse á derecha é izquierda del altar. Se les admiró, sin embargo, se les hizo una ovación, un murmullo adulador los acompañó, por su hermoso aspecto, de una impasibilidad, de una rigidez militar exagerada. Una americana los proclamó soberbios. Una romana dió á una amiga, una inglesa, detalles sobre este cuerpo distinguido, diciéndola que en otro tiempo los jóvenes de la aristocracia se honran de formar en él, por la riqueza de los uniformes y el placer de caracolear delante de las damas, en tanto que en la actualidad el reclutamiento se hacía difícil, hasta el punto que había que contentarse con jóvenes guapos de una nobleza dudosa y arruinada, modestamente felices con percibir la escasa soldada que les permitía vivir. Y durante un cuarto de hora, las conversaciones continuaron, llenaron las altas naves con sus murmullos de sala impaciente, que se distrae mirando á las gentes y en contarse su historia, en tanto que el espectáculo comienza.

Por último, el cortejo principio á desfilar; era la gran curiosidad esperada, la pompa cuyo paso se anhelaba tan ardientemente, para aclamarla. Entonces, como en el teatro, cuando apareció, estallaron furiosos aplausos, se elevaron, rodaron bajo las bóvedas, proporcionándole una ruidosa salida, de igual modo que á un actor querido en un papel que trastorna todos los corazones. Por lo demás, y también como en el teatro, se había preparado esta aparición con mucha habilidad, de modo que causara todo su efecto, en medio de la magnífica decoración en que iba á producirse. El cortejo se formaba entre bastidores, en el fondo de la capilla de la Pietá, la primera, al entrar, á la derecha; y para dirigirse á ella el Santo Padre, que había llegado de sus habitaciones vecinas por la capilla del Santo Sacramento, debió evadirse, pasar por detrás de los cortinajes de la nave lateral, empleada como una especie de telón de fondo. Los cardenales, los arzobispos, los obispos, toda la prelatura pontificia, lo esperaba allí, ordenados, agrupados, según sus gerarquías, prontos á ponerse en marcha. Y como á la señal de un director de baile, el cortejo hizo su entrada, ganando la nave mayor, recorriéndola por entero, triunfalmente, de la puerta central al altar de la Confesión, entre la doble hilera de fieles, cuyos aplausos redoblaban, ante tanta magnificencia, á medida que aumentaba el delirio de su entusiasmo.

Era el cortejo de las solemnidades antiguas,

con la cruz y la espada, la guardia suiza de gran uniforme, los servidores con blusa escarlata, los caballeros de capa y tizona, en traje de Enrique II, los canónigos con roquete de encajes, los jefes de las comunidades religiosas, los protonotarios apostólicos, los arzobispos y los obispos, toda la corte pontificia de seda violeta, los cardenales con gran capa, envueltos en púrpura, marchando dos á dos, á grandes intervalos, solemnemente. Por último, en torno de Su Santidad se agrupaban los oficiales de su casa militar, los prelados de la antecámara secreta, monseñor el mayordomo, monseñor el jefe de cámara, y todos los altos dignatarios del Vaticano, y el príncipe romano que asistía al trono, el tradicional y simbólico defensor de la Iglesia. Sobre la silla gestatoria, que los *flabelli* cubrían con altas plumas triunfales, que hacían oscilar los que las sostenían, con túnicas rojas bordadas de seda, Su Santidad, cubierta de los hábitos sagrados, que se había puesto en la capilla del Santo Sacramento: el amito, el alba, la estola, la casulla y la mitra blancas, ornadas de oro, dos regalos que venían de Francia, de una suntuosidad extraordinaria. Y al acercarse, las manos se elevaban, aplaudían más alto, en las ondas de sol que caían de las ventanas.

Pedro tuvo entonces una impresión nueva de León XIII. Ya no era el anciano familiar, cansado y curioso, paseándose del brazo de un prelado charlatán en el mas bello jardín del mundo. Ya no era el Santo Padre con hábito rojo y bonete papal, recibiendo paternalmente á un grupo de peregrinos que le traían una fortuna. Era el Soberano Pontífice, el Señor Todopoderoso, el Dios que la cristiandad adoraba. Como en un marco de orfebrería, su delgado cuerpo de cera parecía erguirse en su vestido blanco, pesado con los bordados de oro, conservando una actitud hierática y altanera, semejante á un ídolo momificado, dorado desde hacía siglos, entre el humo de los sacrificios. Unicamente los ojos vivían, en medio de la mortal rigidez del semblante, ojos de diamante negro y resplandecientes, fijados en lontananza, fuera de la tierra, en lo infinito. No tuvo ni una mirada para la multitud, no la dirigió ni á derecha ni izquierda, siempre hacia arriba, hacia el cielo, ignorante de lo que pasaba á sus pies. Y aquel ídolo así pasado, como embalsamado, sordo y ciego, á pesar del brillo de sus ojos, en medio de esta multitud frenética que parecía no ver ni oir, tomaba una majestad terrible, una inquietante grandeza, toda la severidad del dogma, toda la inmovilidad de la tradición, exhumado con sus vendajes, que, únicamente, lo tenían en pie. Sin embargo, Pedro creyó notar que el Papa se encontraba enfermo, fatigado, sin duda, por aquel acceso de calentura de que Monseñor Nani le había hablado la víspera, glorificando el valor, la gran alma de este anciano, de ochenta y cuatro años, á quien la voluntad de vivir hacía vivir, en la soberanía de su misión.

La ceremonia comenzó. Su Santidad había bajado de la silla gestatoria al altar de la Confesión, y, lentamente, celebró en él una misa, asistido de cuatro prelados y del pro-prefecto de las ceremonias. En el lavatorio, monseñor el mayordomo y monseñor el jefe de cámera, que dos cardenales acompañaban, vertieron el agua sobre las augustas manos del oficiante; y un momento antes de alzar, todos los prelados de la corte pontificia, con un cirio encendido en la mano, vinieron á arrodillarse en torno del altar. Fué un instante solemne: los cuarenta mil fieles allí reunidos, se estremecieron, sintieron pasar por encima de ellos el viento terrible y delicioso de lo invisible, cuando, en la elevación, los clarines de plata hicieron oir el famoso coro de los ángeles, que, todas las veces, hace desmayar mujeres, y casi al mismo tiempo, un canto áereo bajó de la cúpula, de la galería superior en que se encontraban ocultos ciento veinte coristas; y fué una maravilla, un éxtasis, como si al llamamiento de los clarines, los mismos ángeles hubiesen respondido. Las voces descendían, volaban bajo las bóvedas, con una lijereza de arpas celestes; después, fueron desvaneciéndose en un acorde suave, subieron á los cielos con un rumor de alas que se perdió deleitosamente. Después de la misa, Su Santidad, todavía de pie ante el altar, entonó por sí misma el *Te Deum*, que los chantres de la capilla Sixtina y los coros repitieron, cantando cada parte un versículo, alternativamente. Pero muy pronto todos los asistentes se unieron á ellos; las cuarenta mil voces se elevaron, el canto de alegría y de gloria se expandió en la inmensa nave con un estrépito incomparable. Entonces el espectáculo fué verdaderamente de una extraordinaria magnificencia: aquel altar coronado de un palio florido, triun-

fal y dorado, rodeado de la corte pontificia que los cirios encendidos hacían constelar de estrellas; aquel Soberano Pontífice en el centro, radiante como un astro en su casulla de oro, delante de los bancos de los cardenales color de púrpura, los arzobispos y los obispos de seda violeta; aquellas tribunas en que brillaban los trajes oficiales, los dorados del cuerpo diplomático, los uniformes de los oficiales extranjeros; aquella multitud que afluía de todas partes, haciendo rodar una oleada de cabezas, desde las más lejanas profundidades de la basílica. Y las proporciones desmesuradas de tado esto era lo que sorprendía: naves laterales en que toda una parroquia podía amontonarse; amplias galerias como iglesias de una ciudad populosa, un templo que miles y miles de dovotos llenaba apenas. Y el himno glorioso de este pueblo hacíase colosal, subía con un soplo gigante de tempestad, entre las grandes tumbas de marmol, entre las estatuas sobrehumanas, á lo largo de columnas gigantescas, basta las bóvedas, que extendían la enormidad de su cielo de piedra, hasta el firmamento de la cúpula, en que se abría el infinito, en el resplandor de oro de los mosaicos.

Hubo un largo rumor después del *Te Deum*, en tanto que León XIII, poniéndose la tiara en lugar de la mitra y cambiándose la casulla por la capa pontificia, iba á ocupar su trono, en el estrado que se alzaba, á la entrada de la galería de la izquierda. Desde allí dominaba á toda la concurrencia. ¡Y qué estremecimiento recorrió á ésta, como un soplo que viniese de lo invisible, cuando el Santo Padre se levantó, después de las oraciones del ritual! Apareció grande, bajo la triple corona simbólica, en el estuche de oro da la capa pluvial. En medio de un repentino y profundo silencio, que únicamente turbaba el latido de los corazones, elevó el brazo con un noble ademán, y dió lentamente la bendición papal, con una voz alta y fuerte, que parecía ser en él la voz del mismo Dios, tanto así sorprendía, al salir de estos labios de cera, de este cuerpo exangüe y sin vida. Y el efecto fué repentino: estallaron de nuevo los aplausos, cuando el cortejo se volvió á formar para irse por donde había venido, un frenesí de entusiasmo llegado á un paroxismo tal, que no bastando los aplausos, se mezclaron á ellos aclamaciones, gritos, que se apoderaron poco á poco de la multitud. Aquello comenzó cerca de la estatua de San Pedro, en un grupo ardiente: *Evviva il papa re! Evviva il papa re!* Luego, al paso del cortejo corrió como una llama de incendio, abrasando los corazones de uno á otro, acabando por hacer surgir de los millares de bocas, en una tonante protesta contra el robo de los Estados de la Iglesia. Toda la fe, todo el amor de los fieles, sobrescitados por el regio espectáculo de una tan hermosa ceremonia, regresaban al ensueño, al exasperado deseo del rey papa y pontífice, amo de los cuerpos como era dueño de las almas, y soberano absoluto de la tierra. Esa era la única verdad, la única dicha, la verdadera salud; que se le diera todo: la humanidad y el mundo.

¡Evviva il papa re! Evviva il papa re!.

Emilio Zolá.

LOS OJOS

[SULLY PRUDHOMME]

¡Cuántos ojos hermosos y serenos
Que gozaron la luz del claro día,
Y ora cerrados, y á la lumbre ajenos
Mientras rondales de ella el Sol envía!
¡Cuántos ojos hermosos y serenos
Que gozaron la luz de las estrellas
En apacibles noches, y ora llenos
De sombra yacen, mientras brillan ellas!

¡Ah, no es posible que ojos tan hermosos
Por siempre extingan su fulgor amado!
A otra parte esos ojos luminosos
Su mirada profunda habrán tornado.
Los astros que en el piélago se ocultan,
En el fondo del cielo permanecen;
Los ojos que en la tumba se sepultan,
Cerrados ven, lejanos resplandecen.

M. A. Caro.

CREDO.....

A Joaquín D. Casasús.

El genio, la locura ¿quién decide
tan difícil cuestión? ¿quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra?
NUÑEZ DE ARCE.

I

¡Qué triunfo! ¡Qué ovación! Nunca la Escuela
un día tuvo como aquel. El sabio
dejó correr de su elocuente labio
la Ciencia y la Verdad *á toda vela.*
Así en términos suyos repetían
sus discípulos todos en la arcada
monumental del edificio. «Bueno,
hijos míos, adios. ¡Qué bien decían
antaño *sólo sé que no sé nada.*
La Ciencia es todo hoy. El mundo lleno
está de su fulgor y Dios, señores,
se recoge en sus últimas trincheras,
con su cauda de vates soñadores,
de espíritus sin método, de errores,
viejos restos de trasgos y quimeras.
Los secretos se van. Sólo su rastro
asombra aún los ánimos pequeños
en acumulación de herencia insana;
y la unidad del átomo hasta el astro,
libre ya de temores y de ensueños,
vé y analiza la conciencia humana.
Adios, por otra vez. En las abiertas
galerías los *¡vivas!* resonaron
entre aplausos al sabio esclarecido;
y en una onda, por las anchas puertas,
en la vecina calle se volcaron,
dominando del tráfico el ruido.
La luz crepuscular ráfagas rojas
lanzaba en el zafir, diáfano y puro;
pira triunfal sus llamas parecían,
y del jardín cercano entre las hojas,
la sombra y el color, en claro-obscuro,
sus estambres efímeros tejían.
El maestro marchaba lentamente
como la luz occidua. En el ambiente
se respiraba un vaho delicioso
de vida vegetal. Conciliadora
la actividad entraba en el reposo,
hamaca por las Horas preparada
que recoge á su tránsito la Aurora.
Así llegó feliz á su morada,
atravesó la puerta; y al criado
preguntó en el portal, grave y erguido:
¿Ha llegado Anaxímenes? Su oído
acarició una ráfaga ¡llegado!
Y comenzó á subir por la escalera
amplia y hermosa, de la altiva casa,
desdeñoso y solemne cual si fuera
supremo dios que la ignorancia arrasa.
No estaba en el salón Anaxímenes
[Anaxímenes siempre en su lenguaje]
su hijo, hijo único, celaje
de su existencia azul, nido de bienes.
Dirigióse al balcón, estaba abierto,
y la luz del brillante plenilunio
bañó su frente blanca y espaciosa.....
y también el balcón halló desierto.
«No está aquí» dijo. No era el infortunio
sino la dicha de vivir ansiosa
lo que animaba su alma en ese instante,
un beso de su hijo era una cosa
que buscaba en las noches anhelante.
Y penetró de nuevo. Vacilante
del cuarto de Anaxímenes salía
un tenue resplandor ¡Ah! ¿qué sentía
su corazón ahora? El golpe claro
y uniforme del péndulo le asusta
y exclama estremeciéndose: «es muy raro,
yo no sé qué me inquieta ó me disgusta»
..... Llega y le mira inmóvil, extendido
sobre el intacto lecho, se aproxima,
baja á su frente la cabeza cana
por besarla, creyéndole dormido,
y fulminado se desploma encima.

Pero eso no era cierto! No era cierto!
Aquel joven feliz de veinte años
su obra más acabada—¡estaba muerto!
De repente se irguió! ¿qué desengaños
le esperaban allí?..... En la pequeña
mesa de noche contempló, con mudo
y mortal estupor, la carta, el pomo,
y—lo mismo, lo mismo que el que sueña—
un vaso á medias lleno..... ¿Cómo pudo
tomar la carta entre sus manos? ¿Cómo?...
¿Y leerla una vez, y veinte, y ciento?.....
¡Oh, luchador! caíste en tu escudo,
pero exhalando pavoroso grito
que resonó en los términos del viento,
arrancado á tu pecho de granito.

***

Y qué cruel la carta. «Padre, padre,
no dudo de tu ciencia, yo la adoro;
pero una voz, la de mi santa madre,
me habla de Dios en cláusulas de oro.

Mi corazón heriste. No te acuso.
Me has enseñado tanto, tanto, tanto!
Pero algo Dios se reservó y no puso
á tu alcance, vencer mi desencanto.

Crece la ciencia, sí, pero la esfera
del eterno y fatal Desconocido
se ensancha y nos invade por doquiera.
¡Oh, padre, las tinieblas han crecido!.....

Cuando se apague el sol ¿cuál el objeto
de tu Ciencia será, si no ascendiste
el espíritu humano hasta el secreto
que busco yo desanimado y triste?

Saber para vivir la vida breve
del mísero planeta que al aliento
del torbellino va como una leve
arena arrebatada por el viento,

es pequeño y brutal. Tendió su escala
Darwin, Jacob del pensamiento humano,
para ascender así, plegada el ala;
pero siempre hacia Dios, que es el arcano.

Al oirte decir en el glorioso
trípode de la cátedra: *preciso*
es matar el instinto religioso,
mi alma abandonó tu paraíso.

Perdóname, no sé; para mis años
era mucha la ciencia de los tuyos.
¡Ay! la verdad engendra desengaños,
el que recibes hoy es de los suyos.

Conservo entre tus libros y los míos
un libro de oraciones ¿no te enojas?
Tiene lágrimas secas.....desvaríos
de mi madre..... y tu nombre entre las hojas.

Para decir mi confesión amarga
necesito morir. ¿Cómo podría
arrojar de mis hombros esta carga
ante tus ojos, á la luz del día?

Nunca te amé como te amo ahora
que te dejo y me voy ¿mas cómo hablarte?
si no tengo valor..... y halagadora
al oído una voz, me dice ¡parte!

Y parto con el alma recogida
como en un caliz de piedad. Mañana
á las plantas de Dios será ofrecida
por mi madre tan buena, tan cristiana.

Al guardar en la tierra mis despojos
tú me dirás ¡adiós! de pena ciego;
yo vuelvo á Dios los suplicantes ojos,
y te digo al morir ¡padre, hasta luego!

***

¿Y qué pasó después de su caída?.....
Las horas sin instantes de la fiebre,
y sus días y noches sin medida,
no hay hilo intelectual que los enhebre.....
un paréntesis fueron de su vida.
Tornaba la memoria débil, lenta
á perfilar la costa abandonada
entre una onda obscura que revienta,
en las riberas del recuerdo, airada.
¿Era sueño ó delirio? la corriente
le arrastraba en sus olas; á ocasiones
en un remanso detenido al paso
circulaba, escuchando derrepente
ayes y gritos, cantos y oraciones;
y viendo el sol, muy pálido, en Ocaso.

II

¿Y su razón? ¿Y su razón, perdida?
Partió como un corcel, la crin revuelta
al viento huracanado de la vida
como manojo de centellas, suelta,
en medio de la noche enmudecida.
Resonaban sus cascos con un seco
golpear en sus sienes, reciamente;
y en las tinieblas contestaba el eco
riendo ó sollozando, indiferente.
El abismo es así, hórrida fauce,
atrae como el imán, mata y alienta;

¡ay, de la linfa que abandona el cauce
alentada al furor de la tormenta!
Y llevaba las manos á la frente
el viejo pensador, con un violento
ademán de pesar ¿en qué torrente
cayó, como una flor despedazada,
entre la tempestad, su pensamiento?
Interrogó á las sombras ¡nada! ¡nada!
Mantúvose mirando embebecido
algo visible en el espacio obscuro
sólo á sus ojos, y que de hondo olvido
brotaba como el sol, muy tierno y puro.
Aspiraba ansïoso la fragancia
de flores nuevas, plácidos sonidos
de fiestas alegraban sus oídos:
el lejano recuerdo de la infancia
Su madre, de piedad divino ejemplo,
le acercaba al altar, y de rodillas
escuchaba las pláticas sencillas
del anciano pastor; llenaba el templo
la muchedumbre, á la palabra santa
comprimiendo el sollozo en la garganta,
de gozo ó de dolor, que la alegría
y la pena se funden en el llanto;
Jesús en el altar resplandecía
y el aureo coro desgranaba un canto.
¡Qué extraña entonación la del salterio!
Él escuchaba de ternura herido,
en un intenso rapto recogido,
y su madre lloraba ¡qué misterio!
El cuadro se borró ¿qué mira ahora
y qué rumor distante se levanta?
Hay luz en su memoria, luz de aurora,
y su primer amor revive y canta.
El primero y el único. El colegio
amaba más que el templo; pero puede
disgustar á su madre si no cede
á repetir el santo florilegio.
Y en la iglesia la vió, sola y de hinojos;
como miel la oración entre su boca;
la fe hecha luz en sus azules ojos
y cubierta la frente con la toca.
Ella le vió también, el sentimiento
que la embargó fué rápido, los cirios
bañaron con su luz la pensativa
faz que inclinó con dulce movimiento,
blanca con la blancura de los lirios,
sintiéndose al vencer también cautiva.
Era él casi un sabio entre los sabios;
pero al verla tan bella se dilata
su sér en algo nuevo que le aleja
de sus libros un punto; y que sus labios,
siempre tan elocuentes, no desata;
ni cuando un día se llegó á la reja
y trémula de amor, como una hoja
entre sus manos estrechó la suya,
oyó como una música: *soy tuya!*
mientras el llanto sus pupilas moja.
Le alzó un templo: el hogar; y ella, la santa,
cuando en sus brazos expiró, le dijo:
no era posible, no, ventura tanta;
cree siempre en Dios, por Dios; y le bendijo,
dejándole su alma y su belleza,
bañadas en un tinte de tristeza,
en la gentil figura de su hijo.
¡Que dolor tan cruel! La criatura
que hermosa, sí; pero la vida rota
por la del blanco niño que nacía
nunca pudo olvidar y la amargura
destilaba su hiel, gota por gota,
en su existencia, y de su amor surgía
el recuerdo, su madre, *ella;* y en tanto
Jesús en el altar resplandecía,
y el aureo coro desgranaba un canto.
Mirábase en los ojos del vidente,
á pesar de sus lágrimas risueño,
el crepúsculo vago que en la mente
separa el pensamiento del ensueño.
Que separa ó que une ¿quién podría
de esa duda romper el negro broche?
No es la obscura sombra de la noche;
tampoco es el resplandor del día.

***

Y no volvió á la cátedra. Pasaba
las horas invocando á los ausentes,
y muchas de rodillas, y lloraba
ocultándose siempre de las gentes.
Ansiaba penetrar en el santuario;
pero solo, muy solo, sin testigos,
y allí contar las cuentas de un rosario
que fué de su mujer. De sus amigos
huía como un réprobo, rumores
extraños en las aulas circulaban;
que estaba loco algunos afirmaban,
otros, lleno de penas y dolores.
Ya nunca por las noches dirigía
su antojo de sabio á las estrellas,
á veces firmemente hasta creía
lo que de niño le contaban de ellas;

olvidaba la Técnica, y los nombres
vulgares de los astros repetía
en sus horas de éxtasis, las huellas
de las almas creíalas; los hombres
ya no le recordaban; su memoria,
sus trabajos, sus triunfos y su gloria,
quedaban sólo en la palabra escrita
de sus libros sublimes; y en la historia
de la Ciencia, la pálida infinita.

*

Una noche de Agosto las errantes
estrellas como lágrimas de oro
caían en el seno ennegrecido
del espacio sin límites; tremantes
las frondas en redor, gárrulo coro
llevaban en el viento hasta su oído;
y él lloraba, lloraba sin consuelo,
sus lágrimas la sombra recogía,
la negra sombra en que tambien caía
el llanto fugitivo de aquel cielo.
¿Qué miró? ¿Qué escuchó? ¿qué visión rara
vió pasar por sus ojos, refulgente?
¿qué voz le habló? ¿qué voz? ¿qué voz amante?
Luz interior iluminó su cara,
cayó de hinojos, humilló la frente,
y nuevo ser se levantó radiante!

III

Iba á empezar la cátedra aquel día;
la sala estaba como nunca llena,
y por el corredor zumbar se oía
á la incansable, estudiantil, colmena.
El joven profesor, el sustituto
del maestro inmortal, vió sorprendido
penetrar por la puerta al pobre anciano;
allí estaba ..... temblando, el rostro enjuto
y lívida la tez, de muerte herido,
puesto de puntas el cabello cano.
Apenas saludó con la mirada
bajo la blanca ceja adormecida;
ocupó su sillón; y no su trase:
decían—tantas veces repetida—
antaño solo sé que no sé nada,
su boca sin color, casi sin vida,
pronunció como epígrafe de clase;
Señores..... sé que hay Dios, dijo, al suelo
se desplomó llorando sin consuelo.

Jesús E. Valenzuela.

PAGINAS DE ARTE

LA INFANCIA DE BACO

No es el Baco triunfal que fué á la India, realzado en vasos y medallas: no es el gran Baco obeso y coronado de pámpanos, el que pintó en este cuadro un pintor cortesano para adular á un príncipe imperial. Siguiendo á su inspiración, Ranvier supo escoger su tema en la mitología de la antigua Grecia, buscando como figura principal á un dios fuerte y simpático, desde que nace amparado por el muslo del padre Júpiter;—brota como un pollo del cascarón, el hijo de Semele, tal cómo se ve en viejo espejo etrusco. Es el Baco que fomentó la cultura griega, es el vigoroso Dionisio, que está en su infancia. En pavorosos misterios eleusiacos permanece al lado de Coré y de la fecunda y ubérrima Demeter. Baco niño, va en los brazos del dios alado y ligero, como si Mercurio, interlocutor de Prometeo en la tragedia eschillana, fuese el conductor de un símbolo de fecundidad y poderío.

¿En qué sitio pasa la escena del cuadro de Ranvier?

Es de creerse que en las laderas del Nysa, en alguno de los ríos líricos, propicios á las canciones de los poetas antiguos, y en cuyas orillas el pie de las ninfas apenas dejaba huella.

En este cuadro hay un cielo puro. Baco todavía no aparece niño triunfador sobre el lomo del león—como después se colocara á Venus.

El barbudo Sileno no surge aún enseñando á su preferido discípulo. No hay todavía ruido de crótalos, tirsos y danzas de bacantes.

Aquí, este Dionisio infantil, aprende á nadar;

recibe un baño en los brazos de una blanca y desnuda ninfa—supongo que será Mystis, de la cual se sabe en versos griegos que tenía los cabellos largos y opulentos, aunque el artista Ranvier no se los pinte. A la orilla le aguardan otras, también desnudas, blancas y bellas bajo los follajes.

La hermosa Mystis es poética y meritoria porque es la inventora de la vibrante campana, del cascabel alegre y del sonoro tamboril: ella gritó por primera vez con unción ardiente: ¡Evohe! y se coronó con la corona fresca y vistosa de los pámpanos de la viña virgen.

Desde los legendarios pintores, hasta el soberano Velázquez, Baco está por obra de pincel, en un perpetuo triunfo. En las ánforas es preferida su viña al citiso de Pan: en los bajo-relieves, el fauno es su acólito y el sátiro su oficial; en los adornos murales, hace fructificar la derrochadora parra y van á su derredor las bacantes, nombradas *ménades*, por la ardorosa furia báquica. Se le pinta con un vientre de efebo, en su joven aspecto, porque así la pintura se compadece con el verso de la oda de Anacreonte; y cuando se ha querido dar idea de su soberanía y pompa poética, se le ha representado como un Baco sereno y regio—el Sardanápalo índico—como un Baco majestuoso y pontifical.

El tema de Ranvier no es nuevo. *La educación de Baco* de Poussin, es el mayor de los hermanos antecesores de este cuadro. El nombre y las hazañas del divino conquistador, serán tema eterno para los artistas.

Desde los primeros poetas griegos, hasta el más grande de todos los del mundo, hasta Víctor Hugo, Dionisio ha tenido siempre un ¡Evohe! y una corona de verdes hojas de viña.

Tengo ante mis ojos las *Fiestas de Ceres* de Aristófanes, y leo las siguientes palabras, que son un himno: «Guía nuestros coros, oh divino Baco, coronado de hiedra. A tí van dirigidos nuestros himnos y danzas, oh Evohe, oh Bromio, oh hijo de Semele, que te complaces entrando en los coros que forman en las montañas las ninfas y que bailando repites el himno santo: ¡Evohe! ¡Evohe! A tu alrededor resuenan los ecos del Citerón y á tus acentos se estremecen las montañas, de negro arbolado é impenetrable sombra, y tiemblan las peñas del bosque.»

El Baco vulgar, el dios borracho, el abogado de perdidos y beodos, aquel que buscan los trasnochadores de todos los tiempos, es gordo, tocinudo, con el vientre lleno, no como la cigarra de rocío, sino de vino; un Baco epicúreo, pesado, colorado y rotundo.

El de Ranvier, es la amable niñez entre las suaves y sonrosadas carnes de las ninfas guardadoras, en que un río tranquilo que refleja un cielo sereno y dulce. Y si hay verdad exacta en la manera de tratar los cuerpos femeninos, con su firme carnación y su exacto movimiento, bajo ese cielo tiene toda la luz de la realidad, no es menos ideal la atmósfera del asunto, que es una página mítico-eclógica, bañada de inefable y deleitosa poesía.

Rubén Darío.

ORIENTAL

Mi fogoso alazán de espesas crines.
de arqueado cuello y de robustas ancas,
más veloz que una flecha, ¡oh reina mía!
nos espera. Partamos, que te aguarda
quien por tu amor no teme ni á la muerte.
Prisionera en mis brazos, mi sultana,
las tostadas arenas del desierto,
que han visto, al sol, brillar mi cimitarra
muchas veces—ginete victorioso—
habremos de cruzar antes del alba.
Y mi blanco albornoz, que al viento flota
como pompón de lino ó como el ala
de un cisne, para tí será albo pallo,
nube que te acaricie enamorada,
velo de novia que tu frente ciña.

En lejana, bellísima comarca,
que perfuman floridos limoneros,
do los pájaros siempre alegres cantan
y aman con más ardor los corazones,
vas á reinar, divina y soberana.
—El príncipe esto dijo,
y cayó atravesado por la lanza
del viejo padre de la bella Amira.....
y en Oriente empezó á clarear el alba!

Vicente Acosta.

A MANUEL GONZALEZ HIJO

I

En la primera página del libro de M. Cambonne titulado «La Science du Point d'honneur.»

¿Hay Ciencia del Honor?—Tu claro juicio
Bien podrá las tinieblas del problema
Disipar con su luz, que es la suprema
Gracia que un Dios te concedió propicio.

¿Cuándo la Humanidad su beneficio,
Libre de los engaños del Sistema,
Tremolará como inmortal emblema
De lo que es á la fin virtud ó vicio?

Ageno á todo esfuerzo sobrehumano,
El arrancar la tesis inmutable
Del libro que aquí ves, dejo á tu mano.

¿Hay en el fondo una verdad durable?
¿O como todo lo demás, en vano
Se finge eterno y sólo es deleznable?

Corpus de 1894.

II

LAS ESPIGAS

Vuela el verso hacia tí, sonoro y leve
Como un arpegio de la cuerda herida
Que cristaliza la emoción sentida
En dulce nota, cadenciosa y breve.

Vuela el verso hacia tí, mas no se atreve
A sacudir el ala entumecida
Bajo el hogar donde se ve tu vida
Como lampo de sol sobre la nieve.

No le cohíbe adulación rastrera,
Ni le detiene la dorada mano
De la opulencia que en tu torno impera;

Detúvose á escuchar..... y oye el cercano
Rumor de la fecunda cementera
Que te alza estrofas de brillante grano.

Corpus de 1895.

III

NUEVO HORIZONTE

Bajo el brumoso tedio de la vida,
Indolente, y escéptico, y sombrío,
Ibame conduciendo el astro mío
A regiones sin fondo ni salida.

Rebelde el alma á descubrir la herida,
Gozaba arrebujándose en el frío
Sudario del grandioso desvarío
Que fascina los sueños del suicida.

¿Quién desvió á la viajera de la ansiada
Marcha triunfal por la nublosa senda
Que atraviesa los reinos de la Nada?

¡Oh mano amiga que arrancó la venda!
Del Porvenir á la Deidad airada
Lleva tú misma mi sencilla ofrenda!

Corpus de 1896.

Balbino Dávalos.

LA LLEGADA DE LA PRIMAVERA

I

LEGADO al balcón, mirándose en el espejillo portátil colgado del marco de la vidriera, bañada la redonda cara de jabonadura y manejando la navaja con agilidad del más hábil barberò, afeitábase D. Facundo para irse después á dar una vuelta por el mercado, según costumbre de siempre en las temporadas en que se venía al pueblo huyendo de la Corte. De cuando en cuando, interrumpía el buen señor su limpieza capilar para suavizar el filo, y mientras pasaba y repasaba el acero por la correa echaba hacia fuera una miradita curiosa. Desde aquel balcón veíase el huerto de la casa, y prolongándose al frente se distinguían, entre compacta greca de ramaje y divididas en dos bandas por el ancho surco de un reguero, las simétricas filas de legumbres como custodiadas por los esbeltos frutales desnudos de hojas; más allá cabrilleaba el agua de la alberca; en la rinconada próxima dábale vueltas á la rueda de la noria un borriquillo enano, y lo lejos, por encima de las tapias, asomaban los edificios de la villa, con la puntiaguda torre de la iglesia enmedio y recostados en los obscuros olivares de las laderas del fondo. La mañana estaba hermosa y tranquila; ni la más leve nube entoldaba el cielo, y el sol, creído ya de que corría Junio en lugar de Marzo, disparaba sus rayos á los árboles, extrañando de que todavía no verdeasen las copas de los troncos.

Una de las veces en que suavizaba D. Facundo la navaja, oyó risas en el huerto; alargó el cuello y miró con cautela cuidando de que no le viesen. Inclinada sobre la tierra, almocafre en ristre, Marta, la hija del hortelano, arrancaba presurosa una magnífica lechuga, mientras Luis, el sobrino de D. Facundo, de pie derecho ante la moza, hablábale con no escaso fuego, á juzgar por lo que manoteaba. Ella se reía á gritos; él la chicheaba para que bajase el tono y ambos parecían enredados en un interesante coloquio.

—¡Hola! ¡hola!.....—murmuró D. Facundo. —¿Esas tenemos?..... ¡Vaya, véamos en qué paran tales misas!.....

Por fin Marta se irguió con su lechuga chorreandito humedad, soltó el podón y se dispuso á marcharse. Federico le cerró el paso, la retuvo por el delantal y la cogió una mano, que ella trató de retirar con violencia, y entonces el joven, antes que la chica pudiera evitarlo, la echó un brazo por la cintura. Pero Marta era ligera como una avispa, echóse atrás esquivando la acometida y descargó una bofetada al osado galán, que se le ladeó por instinto, alcanzándole sólo las puntas de los dedos de la muchacha. Luis se apartó, y la hortelanilla, libre ya la senda, echó á correr y se refugió en la casa.

—¡Bah!, Bah!..... ¡Qué torpes son los pollos de hoy día!.....—dijo D. Facundo retirándose de la ventana.—¡Ciertas fortalezas no se ganan sino con ofrecimientos!

II

—¿Se puede pasar?.....

—Adelante, hija mía.

—¿Pongo el chocolate en la mesa?.....

—Ponlo si gustas, pero antes haz el favor de recoger los chismes de afeitar y de llevarte ese navajero, que ya está sucio.....

Marta entró en el cuarto y se acercó al balcón para cumplir la orden de su amo, y D. Facundo, siguiéndola con ojos de codicia, pero fingiendo que no la miraba, se quedó contemplando con deleite sus andares seguros y graciosos, la prominencia de sus caderas, la esbeltez de su talle, sus hombros altos y firmes, y su seno espléndido, estallando en las angosturas del corpiño. Pòco á poco, fascinado por la ruda pero incitante emanación de carne que de su cuerpo desprendía la muchacha, se fué acercando á ella el sesentón de D. Facundo y devorando con la vista el nacimiento de su cuello de estatua, le dijo á la moza con voz amable y melíflua:

—¡Sabes, hijita, que va á ser cosa de envidiar á tu marido el día en que te casea!..... ¡Cuidado que te has puesto guapetona!.....

Marta era lista de suyo y no se le escapó la intención de la lisonja. Bajó los ojos, se le enrojecieron las mejillas, la sangre le dió un vuelco y sin atreverse á mirar á su amo murmuró alarmada: ¿habrá que repetir los cachetes?... ¡demonio con los señoritos!... Después descolgó el espejo, lo llevó á su sitio, guardó las navajas y esforzándose por dominar su rubor cogió el cacharro del agua sucia para llevárselo.

Pero D. Facundo, alentado por el silencio de la muchacha é interpretándolo como señal favorable á sus designios, se aproximó de nuevo á ella y la dijo sonriente y alborozado:

—¡Ya sabes tú que eres muy hermosa, picarilla, y que harías la felicidad de alguien si quisieras!.....

Luego, de pronto, como impulsado por una sacudida epiléptica, se pegó materialmente á la hortelana, la habló al oído dos palabras con expresión maliciosa, resplandeciéndole las pupilas con ardiente chispeo, y lo que la dijo debió ser tan rudo é insinuante que la muchacha palideció, encendiósela después el rostro hasta por las sienes; con un arranque repentino alzó el brazo y sin dar tiempo á D. Facundo para defenderse, le descargó una puñada, que el pobre señor no pudo evitar como su sobrino Luis, sino que la recibió con toda su fuerza en el propio rostro. En seguida, arrogante y airada, echó al pobre hombre una mirada iracunda y salió de la habitación, diciendo con rabioso enojo y medio entre lágrimas:

—Agradezca usted que no diga á mi padre nada, mirando los años que hace que come el pan en su casa de ustedes!... ¡Vaya con los madrileños!... ¿Qué mosca les habrá hoy picado?...

III

—Tío—dijo Luis ofreciéndole á D. Facundo la hoja del almanaque de pared, para que leyera la miscelánea del reverso—estamos á 20 de Marzo; hoy entra la primavera!...

—Hombre, sí—repuso D. Facundo con malicia—la he visto llegar al huerto y por cierto que ese arañazo que te cruza el rostro me hace sospechar que la has encontrado y que ha debido rozarte con sus alas...

Luis sospechó que su tío había presenciado desde el balcón la expresiva respuesta de Marta á sus ansias amorosas y fijándose á su vez en la hinchazón que le abultaba la cara por un lado á D. Facundo, desfigurándosele, replicó el ladino mozo con no menos sorna:

—¡Pues á juzgar por esas señas, querido tío, también ha pasado por junto á usted, porque tiene ese carrillo como un tomate!...

D. Facundo no respondió al pronto; luego se echó á reir, y cogiendo á su sobrino del brazo, le dijo con tono de zumba:

—Sí, ha pasado por cerca de mí, sobrino, pero no se ha contentado con rozarme con sus alas como á tí, sino que me ha dado un puñetazo que me ha vuelto loco...

Después refiriéle á Luis lo ocurrido y concluyó llevándole hacia la puerta:

—¡Vamos á desagraviar á esa muchacha y á tomar chocolate!...

Alfonso Pérez Nieva.

PAGINAS NEGRAS

A la memoria de la Srita. Celia Díaz.

.....Huyó con las flores, con las brisas, con los perfumes!..... cuando las gardenias de nieve cerraban sus cálices, cuando agonizaban las encantadoras y brillantes tardes de la Primavera!... Era la flor de mis sueños y huyó..... huyó con las flores, con los crepúsculos de rosa y oro..... con las tardes de Abril!.....

Puedo decir como dijo un poeta:

«Flor se llamaba, flor era ella,
Flor de los valles en una palma;
Flor de los cielos en una estrella,
Flor de mi vida, flor de mi alma!.....»

y por eso se fué!... por eso cantó la romanza del eterno adiós!... *¡Forget me not!*...

Por las tardes lloraba, lloraba cuando la última luz encendía en el cielo la primera estrella, pálida y brillante como el primer recuerdo de amor!

Por las tardes, lloraba pensando en el ausente, en el que partió llevando en su alma su cariño,

su esperanza, su ilusión querida; tomaba la última carta, la releía, después..... inclinaba la cabeza, tosía un poco, se hundía en la blancura de su lecho, contemplaba los objetos á media luz, hundidos en una semi-obscuridad, veía la lámpara que á intermitencias arrojaba su resplandor color de rosa, á la tisana que humeaba sobre la mesa de noche... y entretanto... esperaba.... esperaba al que nunca tal vez había de volver, luego soñaba con el ayer, con las puestas de sol contempladas debajo de las palmas, sentados los dos en los bancos rústicos de la huerta; soñaba con los delirios futuros, con las cosas idas, con los encantos pasados!... con las coqueterías infantiles, con las cosas que huyeron.....

Por eso murió, porque era buena y porque era sensible, porque soñaba con un amor que no era de la tierra, que era de los ángeles; soñaba con las flores porque era hermana de ellas, porque sentía en su sér algo infinitamente aparte del espíritu, algo que había de sobrevivir á la materia que la aprisionaba!...

«Mira—me dijo—cuando la estrella de la tarde aparezca en el Occidente, acuérdate de mí!»...

Ah!... ¡olvidarla!... ¡nunca!... murió, pero su espíritu vive en mí; he coronado de flores su lápida, pero he sentido en mi alma algo, como un resplandor de estrella!... ha brillado en mi espíritu el rocío de las lágrimas!...

¡Oh tardes azules en que soñábamos amor! Nos mecíamos en el ala de una mariposa, en un celaje, en una estrella; cantábamos el idilio eterno de los que nunca se olvidan.

¡Oh primavera de la vida! ¿Por qué te alejas, por qué huyes, por qué entonas la elegía monótona de las flores muertas?.....

Mi adorada novia, la de los ojos tristes, la soñadora enfermita, la que murió sin decirme adiós!..... la que me consagró su último pensamiento... ¿por qué duerme?

Veu, Celia, la primavera guarda muchas flores para tu blanca frente; aún brotan de mi alma las esplendentes ilusiones de amor, el Invierno aún no llega, hay muchos mirthos en flor, muchas flores de raso que vierten el tesoro de sus perfumes!..... ¡Oh, mi cándida Elsa! la soñadora de paraísos ideales, la que delira por los crepúsculos de nieve inmaculada, la que se corona de lirios y azahares, que deshoja violetas y margaritas en el jardín primaveral de los idilios, la que deja un beso en mi frente y se aleja..... se pierde en la bruma dorada de mis sueños; esa es la que en silencio me dice que no ha muerto, que vive con las flores que duermen en el fondo de mi cofre negro.....

Pero en el fondo de mi sér, algo doloroso se despierta, prende su negro velo en las cimas eternas de mi alma, en que brilla la nieve inmortal de lo que nunca se alejal.....

¿Por qué la amé? ¿Por qué me amó ¿Lo sé yo? ¿Lo supo ella?.....

Eramos dos fuerzas impulsadas por un mismo destino, dos seres con una misma ruta, dos flores con un mismo perfume, dos astros con un mismo resplandor!.....

Tenía que suceder!..... en existencias anteriores tal vez nos habíamos conocido y no sé qué hilos misteriosos nos unían, nos enlazaban!.....

¡Oh, mi novia! ¡Mi pálida novia!, duerme el sueño de que nunca se despierta!.....
.....duerme en la fría

Calma indolente de los sepulcros
Soñando alegres mañanas tibias...

—

Antes que lleguen las mariposas,
Las inconstantes, las fugitivas,
Que desparraman el pólen de oro
De los myosotis y siempreviva!...
.....

***

Huyó con las flores, con las brisas, con los perfumes; cuando las gardenias cerraban sus cálices, cuando agonizaban las brillantes tardes de la Primavera!.....

¡Oh mi cándida Elsa! ¡Mi amada Celia! huyó al reino de la sombra en que resplandece la eterna luz, cantando la romanza del eterno adiós!... *Forget me not!*.....

México.—1896.

Rafael Martínez Rubio.

INTIMA

A Luis G. Urbina.

Era muy blanca, blanca y muy bella;
Era perfume, luz y harmonía,
Era en mi cielo la única estrella;
Y en su mirada, casta como ella,
Lo azul de su alma temblar veía.
La ví rezando, por vez primera,
Al pie de un Cristo de rostro obscuro;
Que iluminaba la luz postrera,
Como un relieve del tosco muro.
Desde aquella hora, desde aquel día
Tanto la quise, tanto la amaba,
Que si reía, también reía;
Y si lloraba, también lloraba.....

—

Pasó aquel tiempo, llegó el invierno
La muerte helada, la helada muerte,
Besó su boca, botón muy tierno;
Y de mis brazos la arrancó inerte.
Desde aquella hora, desde aquel día
Cuando la noche tiende su manto;
Siento que su alma baja á la mía,
Y en mis cantares vierto mi llanto.

—

Por eso empapo la rima en lloro,
Por eso ¡oh amigo!, yo soy sombrío:
Robóme el cielo, mi azul tesoro;
Y tengo miedo; y tengo frío.

Junio de 1896.

Miguel E. Pereyra.

EL SUEÑO ROJO

Á ADRIAN CASTILLO.

.....Y soñé..... soñé.....—La noche; arriba, el ojo sangriento de Orión, como un inmenso carbunclo, arrojando al infinito sus reflejos cárdenos, sus cintilaciones de púrpura.—En la llanura, extensa y silenciosa, montones de cuerpos, hondas bocazas abiertas, cadáveres destrozados, vueltos al cielo los rostros lívidos; y charcos de escarlata, lagos de sangre, rojos uniformes, aquí y allá, como gigantescas amapolas. En el fondo, el esqueleto de un viejo castillo, agrietado, cubierto de úlceras, proyectando su angulosa silueta en la planicie.—El parpadeo de una hoguera, el fogonazo de un fusil rezagado.

Y me acerqué sigilosamente.—De los huecos del torvo edificio, un reflejo de áscua, un rayo bermejo, como la pupila de un centauro, ponía una chispa de incendio en la masa de piedra.—Y en los fosos, cadáveres, siempre cadáveres! con las entrañas abiertas, las sardónicas testas cercenadas, en una mueca burlesca.

De lo alto de la ventana iluminada, pendiendiente una escala de seda, retorciéndose, como un reptil de fuego, á merced del aliento envenenado de las charcas.—Y me izé, me izé, trabajosamente, mientras allá, á flor de tierra, una luna enorme, semejante á una hostia de sangre, se carcajeaba, reía, con risa infernal, hasta sofocarse, con tosca alegría de beodo.

Me izé, me izé. Mis arterias latían, las sienes me golpeaban, aspiraba como niebla de hornaza Hice un supremo esfuerzo y llegué al alféizar; la luz centellaba detrás de un viejo cortinaje de damasco.—Abajo, la luna se asomaba á las corrientes carmíneas, se bañaba en las ondas sanguino-

lentas, y el ojo de Orión aguzaba siempre, sobre mi cabeza, su saeta vibradora de resplandores.— Aparté las cortinas y penetré en la estancia.

Grandes tapicerías rojizas, un lecho antiguo, y sobre el lecho, una mujer: oleadas de cabellos rubios, labios entreabiertos, ardorosos, en los que palpitaba el beso, mirada lasciva, en el seno una camelia, y el bello busto incitante envuelto en ondas de luz roja, esparcida de un globo que un sarcástico Mefisto elevaba entre sus garras. Y allí, en una mesilla cubierta de tafilete, ventrudas botellas á medio vaciar, copas en las que el licor se irizaba, hervía en burbujas cárdenas.

Me adelanté, y aquella mujer me tendió sus brazos, y su boca, fragua de amor, aspiró con deleite la llama de mis labios..... Y en medio de aquella caricia devorante, que me sofocaba, el sardónico Mefisto lanzó al espacio su globo, que se rompió en átomos de luz, cayó en rocío de granates, como una lluvia de lágrimas de fuego, y el cielo se trocó en un lienzo de púrpura por el que las estrellas se deslizaban como luciérnagas de oro.....

.....

Al amanecer, me encontraron debajo de una mesa, envuelto en una capa de pétalos de rosas, deshojadas la noche del festín.

Carlos Díaz Dufóo.

AZUL PALIDO

Ya lo sé, amigos míos, esta *Marcela* que el cav. Maggi ha tenido la galantería de ofrecernos, es frágil, frágil, como las alitas de una mariposa. El Maestro Sardou es un habilidoso equilibrista, un esquisito *jongleur* de flanerías escénicas. Me direis que en la flamante obra del ático dramaturgo no hay *calor de humanidad*, que allí se descubre el artificio, el *truc*, los brillantes hilillos que sirven al autor de *Divorçons* para bordar sus deliciosas humoradas teatrales. Si, mis amigos, ¿pero no amais la paradoja de sobremesa, el alado *flirt*, á la hora en que el espíritu se complace en seguir las ondas azuladas del veguero y el café acelera el vuelo de la imaginación? Entonces marchais al azar por ese mundo visionario, en que todo vive y se agita á compás de vuestros buenos deseos. La hada de los ensueños ha tocado con su varita mágica vuestros párpados entrecerrados, y de ellos van cayendo piedades excelsas y radiosas redenciones, que veis pasar, protegidas por el arco iris de vuestros anhelos, como por debajo de las alamedas á esas parejas de enamorados, ante quienes las bóvedas de los árboles parecen inclinarse, para ampararlos, y el viento forma entre las hojosas cabelleras un vago murmullo de océano adormecido. De *Marcela* podría decirse que viene del romanticismo *como de una patria lejana*. Es posible que el sacrificio de la heroína de la nueva obra de Sardou sea una verdad; pero nosotros no la creemos. ¡Ay! nosotros frecuentamos otro mundo femenino, en el que hay algo más incisivamente doloroso, algo más refinadamente triste. Acabamos de despedirnos de Ely Calrsberg, la heroína de *Une idylle tragique*, la última novela de Bourget. ¡Qué viaje al país de un espíritu desolado, muerto! Es de una angustia desgarradora aquel *grito de alma*, aquella oración de resignado nihilismo, en la alta noche, en medio de un cielo salpicado de estrellas, surgiendo de una boca que el amor acaricia con su soplo! «¿Piensas alguna vez que la faz de la noche ha sido la misma cuando vivían María Antonieta, María Stuardo, todas esas mujeres, cuyos nombres nos representan, á través de los años y de los siglos, inmensas desgracias, trágicos dolores, resonantes glorias?..... ¿Piensas que ellas han mirado esta misma luna y estas mismas estrellas, en los mismos puntos del espacio, con los mismos ojos que nosotras, la misma alma, las mismas alegrías, los mismos dolores, y que han pasado, como pasaremos nosotras, ante esta misma faz del cielo que no ha cambiado, que ni ha sospechado estas alegrías y estos dolores? Cuando estas ideas me hacen presa, cuando pienso en lo desgraciados que somos, pobres séres, con todas nuestras agonías que no harán moverse un átomo de esta inmensidad, me pre-

gunto: ¿Qué significan nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestros prejuicios? ¡Qué vanidad creer que llevamos con nosotros algo de esta magnífica, de esta eterna, de esta impasible naturaleza!»……

—¡Qué profundo, qué negro abismo en el fondo de esta alma, de este dolor que la fe, la eterna amiga de los corazones femeninos, no ha rozado con sus alas!

***

Vuelvo á *Marcela*—y de la obra de Sardou no me separaré para hablar de *Mancha que limpia* de Echegaray, que nos presentó la noche del juéves la Compañía Roncoroni.—Y vuelvo á *Marcela* para enviar á la *troupe* que dirije el Sr. Maggi mi más entusiasta enhorabuena.—Perdón! Sra. Della Guardia. Yo había dudado de la inspiración de usted. La sabía elegantemente hermosa, trabajadora, pero se me antojaba ver á veces el retocado pincelazo del *pastiche*. Y ya no! La *Marcela* del sábado ha sido una revelación. La gentil señora ha querido demostrarnos que es algo más que bella y que su talento—¡parece mentira!—está por encima de su hermosura. Es difícil ser tan artísticamente hermosa como Clara, pero es más todavía hacer olvidar que se es bella para aplaudir á la actriz, y no á la mujer. Disculpe usted, ¡oh distinguida dama! esta falta de galantería. Deseo ser sincero. El sábado estuvo usted más cerca de mi corazón que de mis ojos.—El *ensemble* resultó admirable: Fabbri y la Rosetti, Maggi y la Cruichl, Del Comte y la Cavichioll, Zanfini—¡ah artístico ciclista!—y la Wilson, Cantini, Cruichi y Rignon—y hasta el actor que pronuncia dos palabras y se evade en la sombra de los cortinajes, concentraron sus esfuerzos, unieron sus aptitudes, y el cuadro fué completo.—Esta vez, el público obedeció más docilmente al llamamiento del incansable *impresario;* se mostró correcto y sensato. Esta última tentativa, seguida de una semi-victoria ¿animará al distinguido actor á proporcionarnos algunas buenas veladas?

***

Se va Barrera y viene María Alvarez Tubau; el termómetro sube y el aguacero no baja.—Al atardecer, el *boulevard* se llena de una multitud sedienta de un soplo primaveral, de una ráfaga refrescante, que ponga una nota de juventud en el corazón de no importa qué perezoso transeunte:

Cet être, quel qu'il soit, ou aigle ou hirondelle....

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LAREVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 14 DE JUNIO DE 1896. NUM. 7.

PAUL BOURGET

UN IDILIO TRAGICO

A José P. Rivera.

Tú, mi buen amigo, lector infatigable, tenaz y paciente, de todo lo que se escribe, y acaso también de lo que no se escribe, habrás, como yo, gustado esta exquisita bebida, amarga y deleitosa, que el autor del *Discípulo* acaba de servirnos en su rebosante copa, en la que, para emplear una frase de Byron, se oculta «la tumba de su propia alma.» Tú, como yo, habrás una vez más, asistido, en compañía de este inquieto refinado, á uno de esos terribles dramas del análisis, á uno de esos crímenes de la conciencia, á una de esas páginas crueles de la desgarradora psicología contemporánea, de esta vida que al desarrollar nuestra sensibilidad nos ha abierto nuevos horizontes de sufrimientos. Ya lo había dicho el maestro Taine: la generación actual es muy triste porque es muy civilizada; y Enrique Heine, contemplando el esplendor de la Noche de Miguel Angel: ¡Oh! cómo quisiera dormir el sueño eterno en los brazos de la divina diosa.—Anhelo de una humanidad que padece una extraña dolencia, única, multiforme, el mal del cielo—como era llamado en los tiempos de Lamartine,—la enfermedad del siglo, como la designamos en esta agitada época.

Los hombres intelectuales aceptan la vida de diferentes maneras, ha escrito Enrique Bordeaux en sus *Almas modernas* Unos, los que poseen el sólido bastón del viaje—la Fe,— caminan sin temor, confiados en el porvenir. Otros, que han comprobado la impotencia de la ciencia y de la filosofía para explicarlo todo con certeza, toman partido de esta ignorancia cuya inteligencia proclaman, y gozan como diletantes del placer que les procura la existencia y de las voluptuosidades que experimenta la idea en analizarlo todo y en demostrar la agradable nada de las cosas. Hay otros en quienes la misma prueba produce resultados diametralmente opuestos: les arrebata todas sus alegrías; la vida se les aparece despreciable y odiosa, pero tienen demasiado orgullo para confesar su dolor ante sus injusticias y sus miserias, y oponen á los golpes que los hiere, la desdeñosa indiferencia de los estoicos. Otros hay aún, cuya inteligencia refinada tropieza en vano con las diferentes explicaciones de la existencia que nos han legado las generaciones anteriores; ninguna de estas soluciones los satisface: no tienen la firmeza de los Creyentes; son incapaces de gozar como Diletantes; rechazan la calma de los

Estoicos: son inquietos, buscan con ansiedad conmovedora la Verdad, que huye siempre delante de ellos, y sus espíritus se hallan en incesante tortura. Cuatro escritores: Melchor de Vogüe, Anatole France, Leconte de Lisle y Paul Bourget, representan estas cuatro formas de considerar la existencia.

Bourget es, pues, un inquieto, un *intuitivo*, en el sentido que Eduardo Rod da á esta palabra, una víctima del pensamiento, un torturado de la idea. Sus personajes pertenecen á esas naturalezas que «se gastan por el sentimiento, como las fisiologías musculares por la acción y la sensación.» Todos han penetrado demasiado en su propia alma, para ser dichosos. Joubert ha dicho: No se es es desgraciado sino por reflexión. Y estos héroes y estas heroinas del novelista francés se han visto tánto interiormente, que llevan consigo el germen morboso de un dolor incurable.

El mundo exterior permanece mudo, cruelmente mudo, á su hábito de análisis, y de aquí esa obscura corriente de nihilismo que invade á Ely Carlaberg, á la contemplación de los cielos estrellados, este desolador grito de protesta contra la indiferencia de la creación.

Un idilio trágico es un poema de la Amistad que tiene por rival el Amor: las dos fuerzas se encuentran, chocan y la catástrofe se produce, desgarradora y punzante, como había de producirse, encerrada en el marco de estos corazones febriles, de estos condenados por ley psicológica al sufrimiento. Dos hombres de corazón, dos espíritus rectos, dos viejos camaradas,—para quienes La Rochefoucauld escribió la máxima que sirve de epígrafe á la obra,—se encuentran súbitamente heridos por el amor de una mujer, de la que ambos han sido amantes: la amistad triunfa por un momento, pero el amor, *más poderoso que la muerte*, reclama su puesto, y el lazo formado en la niñez, estrechado por el común peligro, ante las desgracias de la patria, sólido en la madurez de la vida, se deshace, no oprime ya á estas dos almas, separadas para siempre: Ollverio, este hijo del siglo, que «lleva en sí esta característica de la decadencia de una raza: que no sabía curar,» y Hantefeuille, el espíritu sano y alto, que ha sobrenadado á todos los naufragios de esta triste etapa de vida humana. La imagen de una mujer ha pasado entre ambos, ellos la han visto temblar como el escultor Puget veía temblar sus mármoles, y más desventurados que Nisus y Euriyalo, los dos adolescentes del cuento de Lemaitre, no han ido á la tienda de la hermosa á cercenar la pálida cabeza que los desunía; han sucumbido, y ante este desastre, sólo la muerte puede purificar la infamia.

¡La Mujer!..... Ella reconquista sus derechos, toma su lugar de honor en estas tragedias del pensamiento.—Se la arroja brutalmente del espíritu, y su vaga silueta atraviesa, como Helena en los versos de Esquilo: *Alma serena como la calma de los mares*..... Es la Belleza triunfadora y altiva, señora del mundo, por quien la vida se perpetúa, que está cierta de triunfar, porque sin ella la humanidad se extinguiría. Y quedamente, levemente, sin un suspiro, sin una lágrima, viene á poner su beso palpitante en los labios del que ama. Tiranía del débil, poderío del frágil, omnipotencia del supremo femenino! ¿No ha dicho Dumas: cuando un hombre golpea á una mujer, siempre venga á alguien?

Pero la mujer golpeada, es la vengadora. No discute, no razona; ama! Y el amor, para ser verdadero amor, ha de estar fuera de la razón, fuera de la lógica, fuera de todo. Lo rechazais porque os deprime y os arrebata algo de vuestro sér, y él os acecha, os rodea, hasta venceros.—En vez de pensar, amar; en vez de luchar ceder. Y después..... cuando la hora amarga de la reproducción de la sensación aparezca, guiados por esa facultad de análisis, que os hace sentir el sueño del amor muy superior al amor mismo, triste facultad de los intelectuales modernos, el recuerdo, fuente de dolor, no será como la lanza de Aquiles que curaba las heridas que causaba; el recuerdo, buitre que desgarra nuestras entrañas, se instalará á vuestra cabecera, para repetiros la terrible frase de los desconsolados de la vida: Jamás! Jamás.....

***

¿No es verdad, mi buen amigo, que hay en este libro, como en todos los de su autor, un refinamiento de crueldad intelectual, que hace pensar en aquellas palabras de Amiel: Tú no debes vivir, porque no eres capaz de vivir? Ah excelente salud, en dónde te encuentras, en la

literatura contemporánea? ¡Ay! Acaso como el personaje de *Un idilio trágico*, seamos nosotros de los que sintiéndonos enfermos, no sabemos, no queremos curar!

Carlos Díaz Dufóo.

BOSQUEJO

A mi excelente amigo Ignacio García Heras.

Al fin de su jornada victoriosa,
de nubes en espléndidos encajes
el Astro se envolvió; la gran techumbre
del azul pabellón de lo infinito
paróse a contemplar por vez postrera
con ávida pupila, y lentamente
hundió su magestad en el Ocaso.
Su gloria halló en su muerte: turbulencia
magnífica de luces y colores
de magia portentosa se produjo,
y fue un incendio colosal su tumba.
¡Qué pompa tan efímera! .... Matices,
y fulgores, y vivos centelleos
de una varia y radiante pedrería,
como feliz ensueño se borraron.
Claridad enfermiza, amarillenta,
las sombras agiganta.
Los gorriones
alegres que en el fresno más pomposo
charlaron en ruidosa algarabía,
enmudecieron.
Cruza como flecha
los aires algún pájaro tardío,
y en las frondas hay leves aleteos.
La obscuridad acrece en los profundos
barrancos, y los colma; por los valles
risueños se difunde, y va trepando
hacia la cumbre que parece entonces
su ingente altura desdoblar, huyendo
de la triunfante noche en que se ahoga
y extingue brevemente su grandeza.
Con un volar monótono y siniestro
muy alto pasan en legión, veloces,
aves ignotas que cual rastro dejan
medroso aviso, turbación extraña,
y presto son un punto, que se pierde
en la tiniebla de horizontes vagos.
Muere la luz. Las ruinas abandona
el murciélago. Tétrica lechuza
lanza del viejo torreón su silbo.
Ronco graznar escúchase, lejano,
de cuervos que en malzales merodean.
Tímidamente mugen las vacadas
y el bramido resuena de los toros.
Encienden los felinos sus ojazos;
bostezan, enarcándose; la garra
corva muestran, el músculo de acero
al distender; y rugen. Venteando,
un can por senda solitaria trota.
Ulula hambriento lobo en campo mustio;
las gentiles potrancas se estremecen
y relinchan; las yeguas las escudan
y á combate porfiado se aperciben;
sacude el garañón la crin, soberbio
la cabeza levanta, y desafía.
Doliente voz de amor y de tristeza,
melancólica va por la campaña,
dilatándose límpida, y fenece
la vibrante oración del campanario.
Como divina lágrima, que tiembla
en la pupila obscura de la Noche,
Vésper apareció radiante; y luego,
en la inmensa amplitud de los espacios,
á un tiempo mismo conmovidas todas,
silentes despertaron las estrellas.....

Mayo de 1896.

José A. Castillón.

FLORES DE TILO

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

Ya llegan las breves noches de Junio, que invitan más al amor que al sueño; que impregnan de lánguidos rayos de luna, de acres fragancias de siega y del aroma balsámico de la blonda flor de tilo. Ya llegan las dulces noches, las tentadoras, las divinas, en las que se quisiera tener todavía veinte años, cuando las separaciones, los días que siguen á las rupturas, el recuerdo de las mentiras y de las traiciones, parecen más amargo á los que bebieron el olvido de todo en los labios de las Adoradas; las noches en que las parejas caminan, mano sobre mano, murmurando palabras de una ternura loca, sin querer separarse nunca más.

Y estos cielos aterciopelados que doran las estrellas con una iluminación de fiesta, estos ruiseñores que se responden en todos los bosquecillos, estos racimos embalsamados que se estremecen entre el follaje, que rozan las falenas con sus pesadas alas, me hacen retroceder hacia lejanas horas de calma, en las que no hubiese cedido á nadie mi puesto, por nada del mundo.

A algunas leguas de Lausanne, en medio de bosques de pinos, que, en el crepúsculo, semejaban fabulosas catedrales góticas, irradiando girones de púrpura, reflejos de pedrería, llenándose como del lento y monótono quejido de gigantescos órganos, se alzaba un viejo pabellón de caza, llamado La Gantenaz. Sobre su techo puntiagudo, se posaban á cada instante aves vagabundas, que cantaban, alizándose las alas con el pico, y emprendían en seguida su vuelo, quién sabe hacia qué invisible objeto. Desde la terraza, sembrada de hermosos rosales, se descubríe, allá, como en el fondo de un lejano y profundo barranco, el lago Leman, con sus múltiples matices pizarrosos; de jade, de jacinto, de perla, de seda bordada de orfebrería, de bruma salpicada de polen de cálices y hojas pálidas; el agua, como adormecida en una copa de esmeralda y amatista, y las montañas de Saboya estriadas de amplias humaredas azules y misteriosas.

Un parque abandonado y sin muros, cuyas avenidas no existían ya, se perdía en la loca oleada de avenas, de mentas, de verónicas, cuyas ramas crecían libremente, con el aspecto de un retiro ignorado, rodeaba á este plácido asilo.

Y en él buscaba yo cierto sitio, para soñar, para leer las cartas llenas de promesas, de nostálgico anhelo, de esperanzas, que me escribía mi amiga, y que cubría, llorando, de largos besos: un promontorio de verdura que se adelantaba por encima de bosques de cerezos, que envolvía con su sombra un tilo secular y enorme y en donde había un banco y una mesa de piedra manchados de musgo, señalados de enigmáticas fechas, daba la idea, en este mes, de encontrarse en medio de un ramillete de flores; más lejos, el recodo de un camino hondo, tapizado de helechos, donde se oían correr las fuentes, gota á gota, con un ruido sordo de besos furtivos é inquietos, en donde, en un surtidor casi oculto por los encajes de los capilares, un amante férvido, imbuido en las ideas de Juan Jacobo, había hecho grabar esta frase deliciosa: «Aquí se miraba mi amada y el agua se hacía más tranquila; en donde al apartar las ramas, se distinguían inmensos campos de amapolas blancas.

Y no pude encontrar, en toda la casa, sino un solo cuadro, un retrato de mujer, pintado por un buen alumno de Gainsborough ó de Reynolds, flamante, como dispuesta á las aventuras, con su sombrero de cazadora, arrogantemente puesto sobre ondulosos bucles, empolvados de blanco, su boca carnosa, que mordía una flor y sonreía á un sueño, sus ojos con puntitos de oro, entrecerrados bajo largas pestañas, como las pupilas de un felino que acecha.

El criado que me servía entonces, era un robusto muchacho del Oberland, con macizas espaldas que no se inclinaban ni bajo los más pesados fardos, de movimientos torpes, y cara como tallada en algún trozo de encino.

Ingenuo, iniciado en extraños ritos, semejante

á un silvano que se escapa de la floresta natal, conocía las virtudes de todas las plantas, las diversas maneras de encantar á los pájaros, el arte de descubrir y envenenar á las colmenas de abejas, se hallaba sin cesar rodeado de estremecimientos de alas, de bandadas de pinzones, mirlos, degollados, paros, y despertaba en las hojas súbitos gorgeos.

Y terminada su labor, al caer la noche, siempre á la misma hora, Gottlieb—así se llamaba—iba á sentarse en la margen de las cisternas, sacaba de su bolsillo una flauta de cristal y ponía se á tocar lentos, melancólicos ritornelos, aires que evocaban el campanilleo de los ganados en la montaña, la tristeza de las soledades, las voces de los pastores, animando con sus agudas modulaciones el majestuoso silencio, rasgado de innúmeros é indocisos rumores que flotaban pesadamente en el sueño de la naturaleza.

Observé que aunque el músico no sabía leer ni escribir, tomaba continuamente de la biblioteca gruesos volúmenes y se los llevaba á su cuarto.

Y como un día, le preguntase la razón, me enseñó, entre las páginas de las biblias y de los diccionarios, corolas que disecaba, diciéndome en su dialecto alemán:

—Antes de ponerme á servir, me entendí con una muchacha de mi aldea, que me ama y á la que amo. Y para que la ausencia no dure demasiado, para que no me olvide por otro, hemos convenido, ya que somos unos ignorantes, sostener una correspondencia de flores. Así, estas ramitas de tilo, significan que no piensa sino en ella; estas amapolas, que la envío un beso; estas campánulas, que cuento los días que nos quedan de vernos lejos el uno de la otra. Si caigo enfermo, se lo digo con florecillas de genesiana, si me toca la lotería, se lo hago saber con botones de oro.

Y añadió:

—¡Ah, señor! No seremos felices sino cuando el pastor nos haya unido. Y en tanto que en la noche toco en mi flauta canciones del país, Frida las canta también, allá abajo, en medio de los pastos, y en estos momentos nos oimos y damos al olvido nuestra pena.

René Maizeroy.

VORREI MORIR

Quiero morir cuando al nacer la aurora
Su clara lumbre sobre el mundo vierte,
Cuando por vez postrera me despierta
La caricia del Sol abrasadora.

Quiero, al finalizar mi última hora,
Cuando me invada el hielo de la muerte,
Sentir que se doblega el cuerpo inerte
Inundado de luz deslumbradora.

Morir entonces! Cuando el Sol naciente
Con su fecundo resplandor ahuyenta
De la fúnebre noche la tristeza;

Cuando radiante de hermosura y vida,
Al cerrarme los ojos, me despida
Con un grito de amor Naturaleza!

Juana Borrero.

LA CASA DE LOS MUERTOS

[RECUERDOS DE MI VIDA EN LA CARCEL DE SIBERIA.]

Desde el principio de mi residencia, excitó vivamente mi curiosidad un joven preso de regular aspecto. Llamábase Sirotkine, y era un sér enigmático por muchos conceptos. Atrajo mi atención su figura: no tenía más de veintitrés años y pertenecía á la sección particular, es decir, estaba condenado á trabajos forzados perpetuos: debía ser considerado como uno de los criminales militares más peligrosos. Dulce y tranquilo, hablaba poco y reía menos. Sus ojos azules, la pureza de su tez y sus cabellos de un rubio claro, le daban una expresión suave á la que no perjudicaba ni siquiera su cráneo rapado. Aunque carecía de oficio, se agenciaba de vez en cuando dinero en cortas cantidades; aunque era excesivamente perezoso y siempre estaba suciamente vestido, si alguien le regalaba generosamente una camisa encarnada, no cabía en sí de gozo por tener vestido nuevo, y lo paseaba por todos lados.

Sirotkine ni bebía, ni jugaba, ni casi nunca reñía con los demás prisioneros. Continuamente se paseaba con las manos en los bolsillos, tranquilamente, con aire pensativo, sin que se me alcance qué fuese lo que pensaba. Si le llamaban para pedirle algo, respondía inmediatamente con agrado y sencillez, sin charlar como los otros: al miraros, lo hacía con los ojos sencillos de un niño de diez años. Cuando tenía dinero, no compraba de lo que los demás creían indispensable; aunque su vestido estuviera desgarrado no lo daba á componer, así como no compraba botas nuevas. Lo que le gustaba eran los panecillos, los mostachones especiales, que engullía con el gusto de un pequeñuelo de siete años. Cuando no se trabajaba, vagaba continuamente por las casernas, y cuando todos estaban ocupados, él seguía con los brazos caídos á lo largo. Si le daban broma ó se burlaban de él, cosa que con mucha frecuencia pasaba, daba media vuelta sin decir una palabra y se iba á otro lado; si la broma era muy pesada, se ponía encendido. Muchas veces preguntábame yo por qué crímen le enviarían á trabajos forzados. Un dia que yo estaba enfermo y acostado en el hospital, Sirotkine se hallaba tendido en un camistrajo no lejos de mí; trabé conversación con él, se animó, é impensadamente me refirió de qué modo fué hecho soldado, cómo su madre le había acompañado llorando, y qué tormentos tuvo que sufrir en el servicio militar, añadiendo que no pudo acostumbrarse á aquella vida, en la que todos eran severos y por cualquier cosa se enfurecían, y que sus superiores casi siempre estaban descontentos de él.

—¿Pero por qué te han traído aquí, y sobre todo á la sección particular? ¡Ah! ¡Sirotkin, Sirotkin!

—¡Sí, Alejandro Petrovitch! En junto sólo he estado en el batallón un año; me mandaron aquí por haber dado muerte á mi capitán Gregorio Petrovitch.

—He oído contarlo, pero no lo he creído. ¿Cómo pudiste matarle?

—Cuanto se te ha dicho es verdad. Me era muy pesada la vida.

—¡Pero ello es que los demás soportan bien esa vida! Seguramente es algo dura al principio, pero se habitúa luego uno á ella y se acaba por ser excelente soldado. Tu madre ha debido de acariciarte y mimarte mucho; tengo la certeza de que te habrá alimentado con mostachones y yemas mejidas hasta los dieciocho años.

—Mi madre, es verdad, me quería mucho. Al venirme, cayó en cama, y allí sigue..... Como entonces me era penosa la vida del soldado, todo andaba mal. No dejaban de castigarme. ¿Por qué causa? Yo obedecía á todos, era exacto, cuidadoso, no bebía ni debía; es mala cosa que un hombre empiece á pedir prestado. ¡Y sin embargo, á mi alrededor eran todos tan duros y crueles! Algunas veces me hundía en un rincón,

y allí sollozaba, sollozaba. Un día, mejor dicho, una noche, me encontraba de guardia: era en el otoño; arreciaba el viento, y tan oscuro estaba, que no se veían los dedos de la mano. ¡Y yo estaba tan triste, tan triste! Quito del fusil la bayoneta y la pongo á mi lado, después apoyo el cañón contra mi pecho, y con el dedo pulgar del pie, pues ya me había descalzado, oprimo el gatillo, y no sale el tiro. Examino de nuevo el fusil, lo cargo con pólvora nueva, quito, por último, al eslabón un pico, y vuelvo á dirigir el cañón contra mi pecho. ¡Pues bien, falló otra vez el fusil!—¿Y qué hago?—me dije.—Me calcé, ajusté mi bayoneta y me puse á pasear de un lado á otro, con el fusil á la espalda. Que me envíen donde quieran, pero no quiero ser soldado más tiempo. Pasada una media hora, llega el capitán que hacía la ronda mayor, y se va derecho á mí:—¿Es así como se está cuando se hace la guardia? Empuño mi fusil y le planto la bayoneta en el cuerpo. Me han hecho andar á pie cuatro mil verstas..... Así es como he venido á la sección particular.

No mentía; y sin embargo, no comprendo por qué le enviaron allí. Crímenes semejantes llevaban tras sí castigos mucho menos severos. Sirotkin era de los forzados el único verdaderamente hermoso, así como ver á sus camaradas de la sección particular, que eran quince, daba horror; sus fisonomías eran espantosas, repugnantes. Las cabezas canas eran numerosas: más adelante hablaré de esta bandada. Era frecuente que Sirotkin se conservase en buena amistad con Gazin, el tabernero de quien hablé al principio de este capítulo.

Este Gazin era un sér terrible, y la impresión que sobre todos producía era espantosa, perturbadora. Se me antojaba que no podía existir criatura más feroz y monstruosa que él, y, sin embargo, he visto á Tobolsk Kamenef, el bandido que se hizo célebre por sus crímenes. Después he visto á Sokolof, preso evadido, antiguo desertor y feroz homicida; mas ni uno ni otro me inspiraron tanta aversión como Gazin. Parecíame tener ante la vista una araña enorme, gigantesca, de la talla de un hombre. Era de la Tartaria; no había tenido más fuerte que él, y el terror que inspiraba más se debía á su enorme y deforme cabeza, que á la altura de su cuerpo y á su hercúlea constitución. Los más extraños murmullos se propalaban respecto á él: decíase que había sido soldado, sosteniendo otros que se había evadido de Nertchinsk, que había sido muchas veces desterrado á Siberia, pero que siempre se escapó. Encallado, por último, en nuestro presidio, formaba parte de la sección perpetua. Por lo que parece, le gustaba matar á los niños chiquitos, á quienes conseguía llevar á sitio apartado; aterraba entonces al pequeñuelo, le atormentaba, y después de haber gozado plenamente con el miedo y las palpitaciones del pobre niño, le daba muerte con lentitud, tranquilamente, con delicia. Tal vez fueron imaginados estos horrores á consecuencia de la penosa impresión que aquel mónstruo producía; pero eran verosímiles y estaban en relación con su fisonomía. Con todo, cuando Gazin no estaba ebrio, se portaba convenientemente. Siempre estaba tranquilo, jamás se quejaba, evitaba las disputas por menosprecio á lo que le rodeaba, ni más ni menos que cómo si tuviere gran opinión de sí mismo. Hablaba muy poco. Todos sus movimientos eran mesurados, tranquilos, resueltos. Su mirada no carecía de inteligencia; pero la expresión de ella era cruel y burlona, lo mismo que su sonrisa. Era el más rico de todos los presos que comerciaban con aguardiente. Dos veces al año se embriagaba por completo, y entonces se descubría toda su feroz brutalidad. Se animaba poco á poco, y zaheria á los detenidos con emponzoñadas burlas, afiladas con mucha anticipación; por fin, cuando estaba repleto enteramente, le acometían accesos de furiosa rabia, empuñaba un cuchillo y se arrojaba contra sus camaradas. Estos, que conocían su vigor hercúleo, le huían y se parapetaban, pues se echaba sobre el primero que veía. No obstante, se dió con el medio de pararle los pies. Una docena de presos se precipitaban de pronto sobre Gazin, golpeándole atrozmente en la boca del estómago, en el vientre, en el lado del corazón, hasta que perdía el sentido. Con aquel trato cualquiera hubiera muerto, pero Gazin se salvaba. Cuando le habían molido á palos, le envolvían en la pelliza y le echaban sobre su lecho de tablas, diciendo: «¡Que duerma el aguardiente!» Al siguiente día, se despertaba sintiéndose casi bien; entonces se iba al trabajo, silencioso y sombrío. Cada vez que Gazin se embriagaba, todos los detenidos sabían de qué modo acabaría para él

la jornada. También él lo sabía; pero no por eso bebía menos. Así transcurrieron algunos años. Observóse que Gazin había echado fuera sus malos humores y que empezaba á enflaquecer. No hacía más que gimotear, quejándose de diferentes enfermedades. Cada vez menudeaban más sus visitas al hospital. «Por fin se rinde»—decían los detenidos.—Aquel día Gazin había entrado en la cocina, seguido del polequito que rascaba el violín, y á quien los forzados borrachos aplaudían para animar la orgía. Se paró en medio de la sala, silencioso, examinando con la vista á todos sus compañeros, uno después de otro. Ninguno chistó. Cuando me vió con mi compañero, nos miró con aspecto malvadamente burlón y sonrió horriblemente, con la apariencia de un hombre satisfecho de una gran farsa que acaba de imaginar. Tambaleándose se aproximó á nuestra mesa:

—¿Se puede saber—dijo—de dónde os vienen las rentas que os permiten beber aquí té?

Cambié una mirada con mi vecino, y comprendí que lo más acertado era callar y nada responder; pues la más leve contradiccion hubiera enfurecido á Gazin.

—Menester es que tengais dinero..... —prosiguió—y no poco, para beber té; pero vamos, decid, ¿habéis venido á trabajos forzados para beber té? ¡Eh! ¿Habeis venido aquí para beberlo? ¡Hablad! Responded algo para que yo vea, que yo os.....

Entendió que nos callábamos y que nos habíamos propuesto no hacerle caso, lívido y trémulo por la rabia. A dos pasos había una pesada caja que servía para poner el pan cortado para la comida y cena de los presos, bastando su contenido para la alimentación de la mitad de ellos.

En aquel instante estaba vacía; la cogió con las dos manos y la blandió sobre nuestras cabezas. Aunque un homicidio ó tentativa de esta clase era inagotable fuente de disgustos para los deportados, pues sobrevenían eternas pruebas, repruebas é indagaciones, y por más que estos estorbaban las riñas que pudieran traer consecuencias molestas, todo el mundo se calló y aguardó.....

¡Ni una palabra siquiera en favor nuestro! ¡Ni un solo grito contra Gazin! El odio de los presos hacia los nobles era tan grande, que indudablemente ninguno de ellos dejaba de disfrutar viéndonos y sintiéndonos en peligro.. ...

Un incidente afortunado puso término á aquella escena, que hubiera podido ser trágica; Gazin iba á dejar caer la enorme caja con que hacía molinete, cuando un preso llegó corriendo de la caserna en que dormía y gritó:

—¡Gazin, te han robado el aguardiente!

El horroroso bandido dejó caer la caja con un bárbaro voto y se precipitó fuera de la cocina.

—¡Vamos! ¡Dios los ha salvado!—dijeron entre sí los detenidos; y lo repitieron después mucho tiempo.

Nunca he podido saber si le habían quitado el aguardiente, ó si aquello fué sólo un ardid inventado para salvarnos.....

Fedor Dostoyuski.

DOLORA

Pálida como el cirio
Que la mano de nacar oprimiera;
Y blanca y mustia cual marchito lirio
Que el aquilón azota en la pradera;
Abismada, sumisa, reverente,
El pensamiento fijo
En Dios, bajo un hermoso crucifijo,
Inclinabas la frente.....
Acerquéme al lugar en que te hallabas,
Y observé—al acercarme—que gemías,
Y que al Cristo clamabas
En medio de la angustia que sufrías.....

Y dije para mí mientras rezabas:
—Pobre mujer! Te abaten los rigores
Ineludibles del dolor humano.
La pena es redención. Fuerza es que llores.
¿Qué virgen no ha sufrido sus dolores?
¿Qué bella flor no tuvo su gusano?
Dolorosa! Levántate del suelo.
Si el hondo sufrimiento te acobarda,
Ausentes la esperanza y el consuelo,
La fe del mártir en tu pecho guarda.
Quien no lleva la cruz, no gana el cielo.

Vicente Daniel Llorente.

ORO Y MARMOL

Tan blanca me pareces ¡oh rubia soñadora!
Como el plumón del cisne, como el albor del astro;
Blanca como el nenúfar que se abre con la aurora,
Blanca con transparencias de nítido alabastro.
¡Oh virgen de ojos negros, seráfica princesa,
Yo anhelo ser la linfa que tu blancura besa,
Cuando temprano bañas tus hombros seductores
Y en tu mejilla fresca enciende más la púrpura
Que engendran los rubores.

***

¡Oh blanca soñadora! tan rubia me pareces
Como la miel de Hímeto, como la luz de Mayo,
Que vívida y dorada sobre las blandas mieses
Relampagueante quiebra su tembloroso rayo.
¡Oh rubia como el fruto que cuaja en la panoja,
Rubia que tiene el tinte que al mismo sol enoja,
Yo envidio ser la cinta, yo envidio ser el lazo
Que los sedosos hilos de tu melena aurífera
Oprime en fuerte abrazo.

***

Toda eres oro y mármol: en tus contornos ricos
No hay más que ese triunfante color de sangre lleno:
El rojo de tus labios, y el rojo de los picos
De las palomas blancas que tiemblan en tu seno.
En tu ovalado rostro se ve tu boca breve
Como un clavel de grana clavado entre la nieve:
Toda eres oro y mármol, mariposilla inquieta,
Que al sacudir tu polvo sobre la frente olímpica
Inspiras al poeta.

***

Tu voz es el concento de una arpa que salmodia,
Tu voz es sonriente, y candorosa, y bella:
Nimbada por tus bucles, parece una custodia
Cuyo áureo disco al suave fulgor de luz destella.
Soy el rendido amante que tu cariño implora,
El genio de la noche que sueña con la aurora,
El bardo entristecido qua vaga aventurero,
La oruga que sin alas volar pretende intrépida
Adonde está el lucero.

***

Pero deliro, niña; ¿quererte? soy un loco;
Muy pronto marchitara tu cútis de camelia;

Soy un maldito Hamlet y mancho lo que toco;
Te adoro, pero es justo que yo te olvide, Ofelia.
El alba con la sombra no puede estar unida,
No puede estar la muerte casada con la vida,
Las nieblas que ensombrecen mi lúgubre existencia
Acaso como nubes flotaran sobre el límpido
Cristal de tu conciencia.

***

¡Oh soberana! ¡Oh diosa de marfilina albura!
Vestal inmaculada que el corazón alegra,
Contraste tu arrogante, tu espléndida hermosura;
Con la fealdad que traigo pintada en mi faz negra.
De hoy más seré tu paje, el paje que tu sueño
En la oriental alcoba vigile con empeño,
Y cuando estés despierta, seré el esclavo nubio
Que en pos de tí camine, llevándote la clámide
De tu cabello rubio!

Juan B. Delgado.

Querétaro.

EN UN DIA DE FIESTA

Para Amado Nervo.

La voz femenina, entrecortada por conatos de sollozo, tenía una elocuencia desgarradora. Yo la oía debilitada por los tabiques del casucho y cubierta por el rítmico chasquido de una bomba que movían dos peones para alimentar las mangas de riego, ó por la nota musical y estridente de una máquina de aserrar que funcionaba cerca. Una riña tal vez en el fondo de un cuarto de gente pobre, una riña entre una amasia adicta y generosa y uno de tantos haraganes que viven á costillas de una infeliz la explotan y la golpean..... una riña, porque en el soliloquio dramático de la quejosa se mezclaban el reproche, la protesta y el desprecio.....

—¿Y qué? No te conformas, Braulio, con arrojarme de aquí, que es mi casa, á deshoras de la noche, sino que te llevas cuánto había en el baúl, las enaguas, el rebozo que me dieron á guardar, los zapatos nuevos y unas arracadas..... no me duele el dinero, ni quedarme desnuda. A Dios gracias, mira, tengo mis dos brazos para mantenerme. Me duele que vengas amuinado y después de robarme, me pegues..... Eso sí no..... Lejos, cada cual por su lado, déjame sola, vete, dame la llave.....

Y contrastaba aquella acusación, contrastaba el lamento de la robada, con la calma de los terrenos cercanos: vagos lomeríos en los que comenzaba á edificarse una colonia; zanjas y suaves colinas invadidas por esas hierbas plebeyas que forman como un campamento de gitanos de la flora; hierbas vivaces que crecen entre pedruzcos, huesos blanqueados y vidrios de botella; manto invasor de alegre claro, fila que engasta blocks labrados de cantería aquí, allá la línea clara de un cimiento, más lejos el rojo alegre de un hacinamiento de ladrillos, que forma plinto al palo del telégrafo y adorna la Tecarcomida de un porta-rótulo de madera, donde la lluvia ha borrado el tosco letrero que anuncia la venta de un lote. Danza de insectos en el aire, burbujas explosivas en la zanja, donde brujulean embriones de sa-

pos, y pisoteando los terrones de lodo endurecido, una familia gallinácea con el mormón al frente, un gallo satisfecho, que camina con aire de triunfo y sacude la cresta militar, incandescente, que, vista al trasluz, parece un pétalo de vívida amapola.

Y la voz en el fondo del casuco, después de un hervor de palabras coléricas, lanza, no la súplica, sino el mandato:

—Braulio! dáme la llave! No quiero vivir contigo. Acabemos en paz. Por tí he perdido todo trabajo y me han echado los de mi familia..... Dame la llave, voy á dejar ésto porque no tengo con qué pagar, dame la llave!

Imposible espiar; el cuarto estaba cerrado como si lo hubieran abandonado ya; el transeunte no sospechaba que ahí dentro se preparaba uno de esos dramas populares, que á diario y con lacónicas actas consigna la policía. ¡Oh, el hogar! ¡la casa! ¡la vivienda! cuánto detrás de esas paredes humildes que dora el sol vibrante, canoro y alegre de la mañana. En los dispersos jacales, la paz de los días de fiesta, la carreta patas arriba, la mula vagabundeando entre los haces de caña seca, una voluta de humo velando la arboleda rojiza, y un acompañamiento lejano de guitarra precediendo á las risas de peones contentos. Sólo la máquina de aserrar no descansaba, hacía trepidar el aire. La chimenea misma se estremecía con el crescendo de aquella nota zumbante de órgano que iba adquiriendo intensidad, hasta ser un grito de coloso. Y por la calzada, desembocando, pueblo endomingado; mujeres con sombreros de hombre y una rosa de papel en la toquilla; charros con brillantes botonaduras; albañiles con blusa planchada y zapatos color de yesca, recios y rechinadores; niñeras siguiendo á niños rubios, vestidos de blanco, con anchos sombreros de paja; ginetes en albardón, lentos y como soñadores; carruajes al galope, y dominando el crugido de la arena, el chisguete intenso de las mangas, dibujando su parábola de cristal en el aire, para pulverizarse en lluvia oriental sobre los pastos.

—Es cosa decidida..... Me has dicho que soy una tal, y mientes. Soy muy mala, Braulio, pero á nadie me he vendido. Tú lo has visto, todo lo he dejado por seguirte, hambres y pobrezas pasé contigo. ¿Cuándo me he quejado?..... Ya todo se acabó, mira esta sangre, ¿es justo?..... ¡Nadie me ha golpeado nunca! ¡Dame la llave!

Entonces se oía como el desorden de una lucha, caía algún objeto pesado en las tarimas, y un perrillo, oculto tal vez, hasta entonces, se llegaba á la puerta, rascaba la madera, y al oír el tumulto ladraba desesperadamente.

—¡Dámela!

—¡Suelta!

—¡Dámela!

—¡Deja, Marciana, no esculques!

—¡Dame la llave!

Y el ritornelo era ya un grito airado, un grito de gente que forcejea, que odia, que lucha.....

—No la tengo aquí.

—¿Pues dónde?

—Allá abajo.....

—Vamos por ella.....

Y entonces salieron ambos, él primero. Era un mocetón alto y fornido, con blusa de dril y sombrero nuevo; llevaba una vara de membrillo en la mano y se golpeaba las rodillas con ella. Se adelantó dejando á la otra, una mujer marchita, desfigurada por el llanto, que con un papal doblado aseguró las hojas de la puerta. El perrillo corría de uno á otro. Y allá van, á la sombra de los árboles viejos, él sereno y silbando, azotando troncos con su vara, echándose atrás el sombrero, escupiendo á larga distancia, levantando cápsulas de eucalipto para masticarlas, y ella, con el rebozo al desgaire, arrastrando la punta, llevándose la orla de la enagua hasta los ojos.

Es el último día de ese amor libre; es la última vez que caminan así por la calzada, en cuya sombra se besaron no ha mucho; la calzada discreta, en cuyo techo de frondas ancianas cantan los pájaros; la calzada sola, en día de fiesta, á la que llega como un eco de alegría lejana, la nota de las trompetas de la tropa, el grito zumbante de la sierra y el tic tac de la bomba..... Allá van; se han juntado, ella parece suplicarle, él parece no querer escucharla; se detienen, accionan, no siguen la vía, cortan por una vereda que se interrumpe en una hondonada, entre montones de piedra y las ruinas de una arquería.

Vuelven á detenerse; ella lo ha tomado de una manga y él la amenaza con el puño, la empuja, parece decirla que su paciencia se agota y saca algo brillante del ceñidor, algo que avienta y cae al suelo: ¡la llave! Sigue de frente, sin volver el rostro; pero ella, con el brazo extendido y con-

vulso quizá le grita insultos horribles, porque le hace regresar y la ha sujetado de la muñeca, la ha arrastrado cinco metros con facilidad brutal y se han perdido detrás de la arquería ruinosa... Después, un hombre solo camina desorientado, mira á derecha é izquierda y salvando obstáculos, á carrera tendida, cruza el potrero como un relámpago, vaciándose la bolsa de su blusa, dejando un reguero de cigarros, una caja de cerillos, un pañuelo rojo; pero no recoge esos signos delatores; espoleado por el miedo, desaparece en un macizo de árboles lejanos.

Y una manchita blanca va y viene: el perro; ladra á los que pasan, les indica la ruina donde un husmeador, un mendigo, un caminante que recoge leña, dice haber encontrado en un lecho de lodo, con los brazos en cruz y las piernas desnudas, á una mujer que tenía la camisa empapada en sangre y oprese en la mano izquierda una llave con cadena de cobre.

Micrós.

CUENTOS DEL DOMINGO.

LA NOVELA DE PEDRO

Era la tarde fría, y el cielo, lleno de brumas, de color de ceniza, amenazaba lluvia. Corría un vientecito picante, agradable, que hacía meter, con zalamería, las manos en los bolsillos del pantalón. Los árboles de los paseos, cabeceaban, trémulos, susurrantes, y las flores marchitas de las matas, se doblaban tristemente, como acongojadas por el beso del aliento que corría: Era tarde de invierno en plena éra de verano. Un puro capricho...

Salí de la oficina antes de que el reloj diese las cinco, hora de salida. El trabajo me había cansado demasiado: estaba solemnemente aburrido. Es fastidioso, á veces, cuando el ánimo está predispuesto y hay sombras de tristeza en el alma, ese abrir y cerrar de periódicos, ese manejo incesante y vivaz de la pluma de acero luciente que corre, brinca y hace cabriolas sobre las fajas de papel. Y me dirigía al acaso, por las calles, en busca de entretenimiento. A la vuelta de una esquina, oí que llamaban:

—¡Eh, Arturo!

Volví la vista. Un hombre de edad madura ya, cuarenta ó cuarenta cinco años, de espesa barba negra, en que brillaban algunos hilos blancos, aguileña nariz y ojos grandes y vivos, mal vestido, casi haraposo, se dirigía á mí, sonriente, tendiéndome fraternalmente la mano. No pude reconocer esas facciones, por más fuerza imaginativa que llamé en mi auxilio. Él me dijo cordialmente, cogiendo y apretando mi mano entre las dos suyas:

—¿Qué haces, querido? Tanto tiempo de no verte! Te encuentro hecho todo un hombrecito! ¿Qué haces?

Y viendo que yo le observaba con ojos de asombro, agregó, entre una sonrisa y una mueca:

—Creo que tú ya no me conoces. ¡Tienes razón! Las desgracias me han puesto viejo. ¡Acuérdate de Pedro Gómez, tu compañero inseparable de los buenos tiempos! Yo soy. Estoy hecho una lástima, ¿verdad?

Ah! Le reconocí! Pedro Gómez! ¡Cómo no debía recordarme de él! Mi compañero inseparable de diabluras en la infancia, mi compañero luego en las bancas del colegio de segunda enseñanza. Pedro Gómez. ¡Él era!

¡Cómo no debía de alegrarme al volverlo á ver, después de tanto tiempo! Pero..... ¡Cómo estaba! Parecía un mendigo. La voz le temblaba y al hablar apestaba su aliento á alcohol. Pedro Gómez! El gran chico de aquellos pasados días, de saco á la marinera y Libro 1º de Mantilla, de locas correrías y salud envidiable. Lo recuerdo. Él era el preferido en la escuela, porque tenía mucho dinero y porque los demás eran pobres. Gastaba lujos y lo llevaban y traían del colegio en el carruaje de la casa, con *groom*

en el pescante. A las tres, le llevaban la *merienda*, rica y sabrosa, como fruta de cercado ajeno. Llevaba siempre bien limpios sus trajes; su bolsón era de terciopelo granate y sus libros y sus cuadernos siempre nuevos, bien forraditos. ¡Lo que vale el dinero! Los maestros lo consentían hasta la saciedad. ¡Y Pedrito que era bastante insoportable! Pero, como tenía..... Todo pasaba; todo. El director, á las horas de recreo, lo llevaba á su despacho y le daba dulces, lo mimaba y lo entretenía, enseñándole las viñetas de los libros y permitiéndole garrapatear, en el márgen de los periódicos, con su lápiz de color. Los padres del chico agradecían todo esto, y los jueves, el señor director, se iba en carruaje á comer á casa de los Gómez. Le pegaba á los más pequeños, y su malcrianza se quedaba sin castigo. No conoció el encierro, ni la palmeta, por más palabras groseras que le decía á los profesores, cuando le hacían alguna observación justa ó le pedían lección, que ni había pensado en estudiar.

Luego, en la segunda, fué el caballerito de levita correcta, pantalón claro, sorbetera lustrosa y flor al ojal, que jamás llevó una lección y sacaba espléndidas notas. ¡El dinero! Allí también se le prefería, como en la escuela. Llegaba tarde á clases, después de lista, y no le ponían faltas. Se echaba en un rincón y se dormía, porque en la noche se había desvelado «hasta las dos de la mañana» en una fiesta. Era un botarate el tal Pedro! No pensaba más que en mujeres, en trajes, en carruajes y en caballos, en bailes. Mientras nosotros estudiábamos, él hablaba de cosas frívolas con algún muchacho despreocupado. Jugaba, bebía, acechaba casadas, tenía queridas, á quienes llenaba de oro. Un día, lo recuerdo bien, se corrió la voz en el colegio de que Pedro había sido sorprendido por un marido en el *cabinet* de su esposa y que había herido mortalmente á su contrario. Éste murió á los pocos días, y el delito quedó impune, porque el padre de Pedrito gastó mucho dinero para ver salvo á su hijo. Y siguió su vida de calavera. Ya no asistía al colegio. Se le veía por todas partes, cortejado por todos, seguido de amigos, gastando, dándose gusto. El padre murió, á causa de un ataque de apoplegía, y la madre, viendo al hijo que no se enmendaba ni aún con ese funesto percance, se afligía grandemente. Pedro no se asomaba á casa sino á las horas de comida, y eso muy de vez en cuando. Siempre comía con algún amigo, siempre tenía algún paseo, siempre alguna invitación urgente. El dinero se iba en argentino tropel.

La fama de calavera que Pedro tenía, se extendía por todas partes, pero como era inmensamente rico y gastaba mucho, la sociedad se lo tenía á bien, y se reía de sus aventuras y se las celebraba. Era un malvadillo irreprochable! La madre se enfermó gravemente, y apenas restablecida, y por consejos del médico de casa, hicieron un viaje á Europa..... De entonces no supe de él, sino que, después de un año de residir en España, la madre de Pedro había muerto y éste seguía su vida loca, bulliciosa, derrochadora .....

.....

Y ahora lo tenía delante de mí, avejentado, mal vestido, hediondo á alcohol. ¡Estaba notablemente distinto! La cara desencajada, la barba casi blanca, los ojos, grandes y vivos, hundidos, secos, rodeados de grandes ojeras moradas. ¡Pobre amigo! ¡Nueve años de no verlo! Era mucho. Descubrí que tendría algo que contarme, y lo invité á entrar á un café cercano. Busqué un lugar apartado y tomamos asiento. El pidió una limonada bien cargada y una rebanada de pan con caviar, y yo..... Encendí un cigarro y charlamos.....

Cuando su madre murió, en un balneario de la costa del Mediterráneo, en España, él se fué á París. ¡Qué vida! El me relataba esa historia, nervioso, con voz vacilante á veces, á veces llena de tristeza, como empapada en lágrimas. Había gastado su dinero tontamente. ¡Hasta ahora lo comprendía! Había malgastado una inmensa fortuna, digna de mejor destino. En Monte Carlo lo habían desvalijado. Las *cocottes* lo habían explotado, y él, en sus lujos, pagaba los besos y las caricias de estas pecadoras con lluvia de luises y joyas valiosas. En los cafés, lo conocían, y le cobraban precios tabulosos por cualquier bebería. Lo vestía Pinlaud y era cliente del Bon Marché. Pagaba cara la puesta de un guante por una graciosa dependientilla, y no se quitaba del ojal las orquideas, que estaban muy de moda y costaban un dineral. Tenía abono en la Opera, pero dejaba estas veladas de arte y elegancia por irse á los cafetines de *boulevard*, á los teatruchos

de arrabal, á oír cantar *chansonettas* y *couplets* á un Paulus de pacotilla, de smocking y clac encarnado y de gran rosa blanca en la solapa, á ver las piernas de las bailarinas y las muecas de un Arlequino..... Y todo eso le costaba mucho dinero. Este, poco á poco, iba mermando. ¡Era natural! Un golpe de ruleta, en Niza, en el alegre tiempo de baños, puso fin á la comedia. Le ganaron los últimos millares que le restaban y quedó sumido en una completa miseria. Un amigo, su compañero de correrías mundanas, y que le quería mucho, por pura compasión, tuvo á bien comprarle un pasaje para que regresara á América.....

—Y aquí me tienes, me decía, pobre, despreciado, miserable. Busco á mis amigos de antes, y no los encuentro. Les pido un favor á los que antes me explotaban, y me vuelven la espalda, me arrojan de su casa ó me amenazan con la policía. Y ni siquiera me dan de comer, á mí, que les llené el estómago y los emborraché!.. ... Así es la vida, amigo mío..... Estoy destruido, estoy enfermo..... Comprendo que esto no durará. Veo venir la muerte..... Veo que me acecha..... Siento que mis entrañas arden, que mis piernas flaquean..... Agudos dolores me desesperan, hasta el punto de volverme loco; padezco de insomnios terribles y mi cabeza se desvanece y se me vienen esputos de sangre..... Estoy malo! ¡Ah! ¡Aquellos tiempos! ¡Maldito sea el dinero! ¡Maldita la buena suerte! ¡Maldito el placer que atrae y seduce!... Aquí me tienes hecho una lástima!

Tú me compadeces, lo comprendo. Tú, á quien yo jamás senté á mi mesa ni invité á tomar una copa, en mis días de oro, porque te veía muy por sobre los hombros, y te creía engreído de orgullo tonto, que veo ahora que no tienes ni has tenido jamás! Perdóname! Te lo pido. No tuve yo la culpa! No..... Y casi se le rodaban las lágrimas y los labios le temblaban con temblor nervioso.....

.....

Obscurecía. El café encendía sus lámparas, y en la calle reinaba ese silencio que se observa de las seis á las siete de la noche, cuando todos se van á comer. El café estaba completamente solo. Un cliente, retrasado, pagaba al mozo, mientras éste, al descuido, se echaba á la boca un bocado de pan que sacó de su bolsillo. En la esquina sonaba un organillo, y al trote, rodaba el break de un elegante que volvía del paseo.

Pedro se despidió de mí, arrastrando su pierna enferma, vacilante, andrajoso. Y yo me quedé pensativo, viendo cuidadosamente las evoluciones caprichosas del humo de mi cigarro en el espacio, y pensando:

—Ah! ¡La vida!..... ¡La suerte! Es una mujer coqueta que nos seduce, nos acaricia, nos besa, y luego nos despide; porque le aburrimos solemnemente, porque está acechando á una víctima, porque el nuevo amante es más simpático, más apuesto que nosotros! Que se está yendo á cada instante, amenazándonos!

Y levantándome, me largué á casa, sin apetito, sumido en hondas reflexiones. Era completamente de noche. El cielo había arrojado su capucha de brumas, y la luna llena, comenzaba á despuntar en el Oriente, en medio á una cohorte brillante de estrellas.

Arturo A. Ambrogi.

PRIMAVERA

Madre, ven, baja al huerto; baja, madre, y verás las ramas de las lilas que parecían secas y muertas, cómo estallan y se cubren de flores. Ven á ver, madre, cómo el bosque en una sola noche se ha vestido de verdes hojas; ven, corre á ver la fiesta cariñosa que tienen los pajarillos; vuela, madre, á la majada, antes que los separe el pastor, á mirar las gracias con que divierten en esta mañana los corderitos á las corderitas, que no los he visto jamás tan solícitos y tiernos; dáte prisa, madre, para que sorprendas al zagal, tan tímido ayer, y que pone ahora á las chicas guirnaldas de flores, en donde primero se las plantó de besos.

—Ya lo sé, hija mía; ya lo sé; esa es la PRIMAVERA.

—Madre del alma, estoy triste; madre querida, me siento morir. Algo deseo que no puedes darme. Una cosa siento aquí, dentro del pecho,

una cosa extraña por las venas discurrir, un sol que me abraza, un frío que me hiela, una alegría que me enloquece, un afán que me roba el sueño. Madre, tengo ganas de reir; madre, tengo muchas ganas de llorar. Dícenme las chicas que esto es amor; y yo te pregunto, madre, ¿se ama por ventura sin saber á quién?

—Calla, hija, y no te inquiete tan raro padecer. Ven, mira el campo cómo florece, mira las aves cómo se esparcen, mira las mozas todas con sus guirnaldas en la frente y en las mejillas las rosas del amor.

Eso, hija, no te alarmes; es la núbil fiesta de la Natura; eso, hija, es la PRIMAVERA. A tu edad sentí también su hálito fecundo. A tu edad maduró mi sér, y luego fuiste tú de mi alma la primera flor.

N. Bolet Peraza.

LA FLOR MARCHITA

(DE SHELLEY)

Marchitóse la flor cándida y pura
que me besaba con su aroma un día;
sin brillo está la flor que en su hermosura;
de tu suspiro el aura recibía.

Permite que en mi pecho yo la guarde:
su mustia palidez conmigo quiero
para fingir al corazón, que aun arde,
el frío del descanso postrimero.

Lloro, y mira mis lágrimas inerte;
gimo, y su blando aliento no me envía;
su no sentida, su callada suerte
es como ya debiera ser la mía.

Jachito Gutiérrez--Coll.

Mayo, 1896.

AZUL PALIDO

En estos días, en que el rojo monarca de los cielos hace ondular su estandarte sanguíneo á través de los girones que rasgan el manto de las primeras lluvias, es grato refugiarse en ese palacio encantado, en que todo se realiza; revolotear en torno del poeta amado, tender invisibles puentes en los espacios, dejar que caiga sobre nuestros párpados el polvo de oro del sueño. Entonces la diosa Esperanza, pálida aparición de nuestras aspiraciones vagas, viene hacia nosotros y pasa como la *Epiphanie* de Leconte de Lisle:

.....en un rêve divin,
Sur le bord du plus frais de tes lacs, ô Norvège!
Le sang rose et subtil qui dore son col fin
Est doux comme un rayon de l'aube sur la neige.

Se sale de esta segunda vida que todos llevamos, para resucitar á la existencia común y corriente: La ciudad yace en un sopor de siesta, el asfalto de las calles despide fuego al contacto del prolongado beso del sol; en las cantinas el tintineo de los vasos de cerveza—«rubia cual campo

de trigales»;—algún coche que pasa como una exhalación, los caballos cubiertos de manchas de sudor, el auriga con aire de profundo aburrimiento; en las tiendas, los dependientes se esperezan á hurtadillas del principal, instalado en su alto sillón giratorio, frente á cerradas columnas de cifras, notas, facturas, cartas por contestar; los empleados, con rostro resignado, se encaminan lentamente á la oficina: van con paso rítmico, encendiendo su cigarrillo en cada esquina, prolongando el camino, invadidos de una inmensa pereza; los vagones arrojan en la Plaza oleadas humanas, que se dispersan en todas direcciones, en giros de mariposa.

El reloj bate el ala vibrante de su campana: son las tres y el cielo se incendia con torrentes cárdenos; un aliento de horneza flota como un vapor de incendio, y á lo lejos, la inconstante, la nube, la «hija del viento», despliega su vela negra y se desliza, avanza, trayendo en su seno el fresco licor de la tierra.

***

En la tarde, el espectáculo varía. El sol ha sostenido un rudo combate con la nube: la ha rasgado en mil harapos rojos, carmesíes, rosados, que se desparraman como una guirnalda de flores.

La sombra se arrastra como un reptil y va absorbiendo la claridad del día: se prende en la rama de un árbol, acurrúcase como un ave de presa en el ángulo de un muro, se cobija bajo el manto de una enredadera, se enroseca, trepa á lo largo de las paredes, proyectando manos fantásticas, en un deseo loco de inundar con las salpicaduras de su espuma negra el azul infinito, y asciende, brega, se propaga en ondas opacas, hasta dejar á la ciudad envuelta en un inmenso crespón de luto.

La Reforma se puebla de espectros: los árboles agitan su cabellera, que semeja una nidada de víboras; las bancas de piedra blanca remedan cadáveres de vírgenes pálidas, sepulcros de héroes medioevales, estatuas yacentes...

Y entonces comienza el desfile.

Encíéndense los farolillos de los carruajes, y el tropel de luciérnagas emprende su vuelo. Van como en un torbellino, se cruzan, giran, se precipitan por la ancha avenida, que va cerrando sus fauces, apretando sus anillos, y el torrente de fosforescencias luminosas se estrecha, compenétrase, y al entrar en las calles de la ciudad forma una serpiente que ondula con lentitud, perezosa y lenta.

A estas horas, la población tiene el aspecto de una gran capital europea. El rosario de coches intercepta á trechos el tránsito: los establecimientos de comercio resplandecen, los corrillos se instalan á las puertas del Jockey Club y en la casa de Budin; se hojean revistas extranjeras, se siente el hervor de los *barrooms*, el *fru fru* de los trajes de seda, las conversaciones, las polémicas á grito herido, el chirrido de las ruedas de los carruajes, los gritos de los vendedores de periódicos..... ola inmensa, que salta, va y viene, sacude su melena, se revuelve y bulle.

¡Promesas engañosas! Media hora después, los coches se han perdido en la vuelta de una calleja, las luces se han apagado, las tiendas han cerrado sus escaparates, los gritos se han extinguido, la multitud ha abandonado las aceras, por las que corren los reflejos de los focos eléctricos.

***

¡Los teatros! El Sr. Roncoroni ha tenido la talentosa idea de darnos á conocer la *María Rosa* de Guimerá, una entonada pieza dramática, incisiva y palpitante, que, á semejanza de la *Dolores*, es un fragmento de vida. Por desgracia, la noche de la representación, el público, sospechando que la obra era buena, no acudió al coliseo de San Felipe Neri. El empresario ha cambiado de rumbo: nos ofrece *magias* y naturalmente el negocio será redondo. Decididamente el arte y las empresas andan á la greña. Y bien, resignémonos á Don Simplicio Bobadilla. Acaso sea lo que nos merecemos.

Petit Bien.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 21 DE JUNIO DE 1896. NUM? 8.

MARGINALIAS DE "ROMA"

(NOVELA DE ZOLA)

La lectura de los escritores naturalistas contemporáneos, no hace sino aumentar mi culto por Stendhal, por Balzac y por Flaubert, porque en esa trinidad encuentro el supremo impersonal, condición primera de las letras de aquella índole de novelar. Tienen los tres maestros la verdad, la frescura y la justicia; y el estilo mismo, esa fisonomía del alma escrita, obedece á las peripecias redivivas.

Zolá, apóstol incondicional de la teoría, la ha violado una vez más, quizá inconscientemente, arrastrado por su temperamento más impetuoso que sus convicciones. *Roma*, desde el principio al fin, no es una novela imparcial; es una tésis preconcebida, peleada con el sofisma, ¡ay, tan distante de la austera verdad! es el dejo de *Lourdes*, que tanto se le asemeja por las tendencias. Si la novela no es sino un fragmento de la naturaleza vista á través de un temperamento, en el momento de *Roma*, el temperamento del colosal escritor estuvo influido por el prejuicio.

Roma es la decadencia del obrero que quiso seguir el trazo del inmortal creador de la *Comedia Humana*. *Roma* es el cansancio de ese viaje punzante, á largas jornadas, lleno de sobresaltos, de carreras locas, de paisajes trágicos, de escenas intensas, hasta el dolor ó la nausea, que se llama los *Rougon Macquart; Roma* es el acuse de una depresión cerebral cuyos primeros síntomas se dejaron sentir desde el *Doctor Pascual*. El estilo es pobre, la descripción es fatigosa, difícil, convencional, la trama lenta y algunas de las escenas capitales ó absurdas ó dañadas de falsía.

El problema religioso podría haberse planteado en menor número de capítulos; el orgullo italiano y el espíritu de intriga del mundo pontificio, no requerían tantas demostraciones de historia superficial, ni mucho menos el recurso trivial del veneno á la usanza de los Borgia. Quizá en otra forma ¡qué trascendencia la de esa tesis: el porvenir del papado y por ende el porvenir del catolicismo! Pero en la enojosa y abrumadora que escogió el novelista, se sospecha más la lucha por las ideas apasionadas del autor, que la planteación de un problema, imparcial y claro.

En lo que toca al escenario, amo más la Roma colorida, detallada, viviente, de Goncourt en Madame Gervaisais, y prefiero los bocetos de *Cosmopolis*, á los cuadros que nos ha trazado el que fué incomparable pintor de París en *Page d'Amour*, en *Le Ventre de Paris*, en la *Curée* y otros lienzos de vigoroso alcance. Y los amo más, porque Goncourt y Bourget pintaron sin discutir y no impusieron estéticas sobre Rafael y Miguel Angel; porque en la eterna ciudad, en la inagotable madre de los Rómulos y los Tiberios, pasearon aquellos como observadores sin llevar ni

la guía Baedecker en el bolsillo, ni la locura mansa del iluso Fromment, en sus apreciaciones. Fué su guía la senda blanca de los mutilados plintos, fué su *demonium* la perdurable magia que emanan esas flores de la inmensa poesía latina, á través de los siglos profanadores.

Roma es un conato voluminoso: más se adivina que se define su tendencia, condensada casi en el final, en unas cuantas páginas que orillan el conflicto entre la religión y la ciencia. León XIII á veces se cree próximo á tomar viviente forma, quiere resurgir de la página el anciano inmaculado, el anciano simbólico; pero el pincel indeciso ó caprichoso deforma el conjunto austero con una pincelada cómica ó desengañadora, y el que un momento fué opinión simpática y sugestiva, se torna en un senil con cuello de pajarito enfermo (petit oiseau malade), en un avaro que cuenta febrilmente su tesoro, ó en un viejo que viste sotana blanca manchada de rapé, bebe un vaso de agua con jarabe y tiene en la rodilla un pañuelo de hierbas. ¡Oh, el desencanto de esas pinturas caseras, tratándose de una cabeza visible de la Iglesia! Hago abstracción de la idea religiosa: me limito á la impresión estética.

En cuanto á las peripecias, Zolá en esta vez violó todos los cánones de la verdad, acudió á la gruesa trama de las tragedias vulgares; esas monstruosas nupcias de un envenenado agonizante y una atávica que pierde el pudor ante un fraile y una ama de llaves, son de un gran efecto para la Biblioteca Demi-Monde, pero no se acercan á la muerte de Tristán é Isolda, ni los admite la novela seria, sin fin pornográfico ó macabro-afrodisiaco, ni mucho menos la ciencia. Prescindiendo de su crudeza vulnerante, son fisiológicamente imposibles aun tratándose de un par de locos furiosos.

Y á pesar de todo, en los momentos felices ¡cómo deja sentirse la mano del incomparable retratista de *Coupeau* y el gran colorista de la *vuelta de las Carreras!* Ahí está ese viejo palacio, ahí ese ritornelo del sarcófago con danzas lúgubres, ahí esa visita al barrio de los miserables, ahí ese viaje por la Campiña romana, ese baile suntuoso donde se mezclan realistas y prelados, ahí ese desfile por el Vaticano, de noche, cuando la inmensa mansión duerme, cuando el fraile perseguido está á un paso del desenlace; ahí está esa peregrinación recibida por el Pontífice, pormenores brillantes de un gran lienzo gris y fatigoso donde, aquí y allá, con la obsesión de incurable manía se destaca, como gramo de vermellón, rojo y caliente, una mota de carne viva: la lujuria.

Micrós.

PAGINAS NUEVAS

EL FINAL DE "UN IDILIO TRAGICO"

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL»]

Hacía una de esas noches de primavera provenzal, en que la naturaleza entera es una embriaguez de voluptuosidad. Por encima de las cercas del jardín llegaban hasta Pedro los aromas de las flores. Una brisa suave removía los obscuros follajes de los árboles, lo bastante para dar al paisaje una especie de vida extática y soñolienta, y el firmamento palpitaba de estrellas. Un delgado cuarto de luna rasgaba las tinieblas, sin tener fuerza para iluminarlas, y un inmenso misterio flotaba en el silencioso cuadro. ¡Qué noche para encaminarse hacia su amada, con todos los éxtasis en el corazón, con todos los besos en los labios, y en las venas con todas las fiebres de la voluptuosidad presentida. Pedro, sin embargo, á medida que se aproximaba al lugar de la cita, experimentaba una inexplicable tristeza. Al realizar este acto, se juzgaba tan cul-

pable que se sentía agobiado. Y lo realizaba, no obstante. Iba. El filtro que había penetrado en sus venas con las palabras de la carta, seguía dominando su voluntad vencida. Iba, pero el contraste entre esta excursión clandestina y vergonzosa hacia una mujer á la que despreciaba, se parecía tan poco á sus entradas de otras veces, en esta misma *villa*, por este mismo camino, férvidas como una peregrinación!... ¿Y Oliverio? ¡Dios mío! Si Oliverio lo viese ahora, este Oliverio á quien traicionaba tan cruelmente!... Tal era la tensión de todo su sér, sacudido por el doble extremecimiento de los remordimientos y del amor, que los más leves rumores lo sobresaltaban. En torno suyo, las formas de las cosas tomaban aspectos amenazadores y fantásticos. Su corazón palpitaba, sus nervios se extremecían: tenía miedo. Le pareció que unos pasos le seguían y se detuvo á escuchar. En cierto momento, cuando se preparaba á franquear las tapias del jardín de Ely, la sensación de que lo seguían fué tan fuerte, que retrocedió, explorando el camino, los matorrales, los montones de piedras, evitando, como un ladrón, la gran estela luminosa que proyectaba un foco de luz eléctrica colocado en un montante de la verja. Sus pesquisas no le pusieron en descubierto nada sospechoso. Pero la emoción había sido tan violenta, que temió deslizarse por el mismo sitio, muy accesible, demasiado al descubierto. Se puso á correr, como si realmente fuese perseguido, al rededor del pequeño lago que prolongaba el jardín de la villa hacia arriba. Un muro bastante elevado cerraba todo un pedazo. Lo escaló, ayudándose con las ramas de una encina que crecía al pie. Por un instante, oculto en el revestimiento de ladrillos en que terminaba la pared, escuchó de nuevo. No oyó sino el ruido de la brisa, el murmullo del follaje cercano, el amplio silencio de la noche, y lejos, muy lejos, los ladridos de un perro, en alguna casa aislada. Se dijo: «He soñado,» y se dejó deslizar, sosteniéndose con las manos; luego, caer. La altura era de más de tres metros. Tuvo la suerte de que la tierra, floja en este lugar, amortiguase su caida, y se dirigió hacia la casa. Algunos minutos más tarde, se encontraba á la puerta del invernadero, que empujaba suavemente, y la mano de Ely se apoderaba de la suya..... ¡Qué grande era su emoción! ¿Pero cuál habría sido si hubiera sabido que su pánico no lo había engañado, que realmente unos pasos habían seguido los suyos, desde que abandonó el hotel, y que el testigo cuya presencia había sentido en la sombra, tan próximo á él, hasta el momento que comenzó á correr, no era otro que Oliverio?

La casa se alzaba, impenetrable, silenciosa, con el misterio de su masa, negra á trechos, blanca á otros, en donde reflejaba la luz eléctrica. El mismo amplio silencio de la noche que Pedro había escuchado desde lo alto del muro, interrumpido por lejanos ladridos, continuaba envolviendo la campiña, y los árboles seguían extremeciéndose, las flores exhalando sus perfumes y las estrellas palpitando; y Oliverio permanecía inmóvil, á orillas del jardín, en el lugar en que se había ocultado para no ser visto por su amigo. Su dolor, en aquel momento, no era de los que impulsan al movimiento.—Desde que advirtió el rostro de Pedro, á la hora de la comida, en la mesa, aquel rostro trastornado, aquellos ojos brillantes, aquella boca palpitante, todo le había revelado que ocurría algo nuevo. Estaba cansado de tantas luchas, cansado de tropezar siempre, en su corazón ó en el de su amigo, con tantas miserias.!.. ... Y además ¿qué preguntarle, después de su conversación de la víspera? ¿Había callado?..... ¿Con qué objeto lastimarse todavía el uno al otro?..... Más tarde, ante la agitación creciente de Hautefeuille, se despertó su desconfianza. Se dijo: «Ella le ha escrito, dándole una cita»..... Ah, no! En la situación en que se encontraban uno frente al otro, recibir una carta de Ely, leerla y no hablar de ella, era de parte de Pedro un crimen de amistad que jamás cometería. Oliverio se había esforzado en demostrarse la locura de esta sospecha. Luego, la ostensible fiebre de su amigo se apoderó de él. Sintió, en su apretón de manos, cuando en la noche se separaron, que la traición estaba cerca, cierta, ya realizada. ¿Por qué no le dijo nada en este minuto supremo? Las grandes descepciones del corazón tienen estos desprendimientos. Ante ciertos golpes inesperados, no se lucha, no se queja uno. Si Pedro había en realidad concebido y aceptado la idea de faltar al juramento que ambos habían hecho ¿qué reproche dirigirle, y con qué objeto? ¿Con qué objeto?..... Y apoyado en la ventana abierta, haciendo un llamamiento á su dignidad de hombre, para no ir á llamar á la

puerta de su amigo, Oliverio murmuró todavía por mucho tiempo: «Es imposible,» hasta el segundo en que creyó ver la silueta de Pedro atravesando el jardín del hotel. Esta vez no se dominó. Le fué preciso bajar, preguntar al portero. Éste le informó, en efecto, que Pedro acababa de salir. Algunos instantes después, se lanzaba, él también, en dirección de la *villa* Helmhotz. Había distinguido á su amigo. Lo siguió. Lo vió volverse, escuchar, emprender de nuevo el camino..... Cuando Pedro estuvo á punto de penetrar en el jardín, Oliverio no pudo contener un paso hacia adelante: fué el momento en que Pedro lo oyó. Oliverio se refugió en la sombra: el otro pasó á su lado, casi lo había rozado, y se lanzó corriendo, sin duda hacia alguna otra entrada que conocía. Oliverio dejó de seguirlo.

Se sentó sobre el talud, y allí abandonóse á una desesperación en la que se resumían, en la que se agrupaban todas las tristezas experimentadas durante aquellas dos semanas. No ignoraba que en este mismo minuto, en esta casa silenciosa, cerca de él, Ely y Pedro se encontraban juntos. Sabía que se perdonarían, que se amarían, y esta idea le causaba un dolor tan agudo que lo dejaba paralizado en el mismo sitio. Un amor apasionado por esta mujer, el sentimiento de que su amigo, este amigo tan querido, había pasado por encima de él para ir hacia ella, el mortal estremecimiento de los celos y la amargura de la traición, tantas inexplicables emociones lo hacían vacilar. Acabó, por tenderse, á lo largo, sobre la tierra fría, sobre esta tierra que nos cubrirá á todos algún día y cuyo peso, al sepultarnos, sepultará también las insufribles rebeldías de corazón. Y yacía allí, con los brazos extendidos, el rostro en la yerba, como un cadáver, deseoso de morir, de irse, de no amar más á esta mujer, de no volver á ver más á su amigo, de no sentirse existir, de dormir, en fin, un sueño sin ideas, sin recuerdos, un sueño en el que Ely y Pedro serían para él como si no hubiesen existido!

¿Cuánto tiempo permaneció así, con el rostro contra la tierra, presa de este dolor total, irremediable, que acaba por apaciguarnos el alma á fuerza de agotarla? Un ruido de voces que oyó detrás de la cerca que lo separaba del jardín, lo despertó bruscamente de este éxtasis de dolor en que había caído. Unos hombres caminaban sin luz, midiendo sus pasos, ahogando sus palabras. Llegaron tan cerca de Oliverio que éste los habría tocado si se hubiese puesto en pie.

—Por allí es por donde ha entrado y salido las otras noches, monseñor, decía una de estas voces, susurrante, casi imperceptible; por allí saldrá; estamos ciertos de que no se nos escapará.....

—¿Y está vd. también cierto de que ninguno de sus hombres sospecha la verdad? respondió otra voz, ésta apenas disfrazada.

—Ninguno, monseñor; todos creerán que tiran sobre un ladrón.

—Señor de Laubach, exclamó una tercera voz, el jardinero acaba de decirme que la puerta del invernadero está abierta.....

—Voy á ver, respondió la primera voz, en tanto que la voz imperiosa lanzaba un *Verfluchter Esel!* Este juramento manifestaba cuánto descontentaban al organizador de esta emboscada estos detalles de vigilancia..... ¿Una emboscada?..... ¿Dirigida contra quién..... Sabiendo todo lo que sabía, Oliverio no tuvo un minuto de duda: el archiduque estaba enterado de que un hombre se encontraba con su mujer, y preparaba su venganza. Deseaba una venganza anónima, como lo atestiguaba la pregunta que había hecho á su ayudante, y luego el movimiento de cólera contra el «maldito bruto» que había aludido á la puerta del invernadero. Era necesario que el amante fuese matado como un malhechor vulgar, «para salvar el honor de Ely,» pensó Oliverio, que se enderezaba ahora, y con la cabeza inclinada, oía las voces que se alejaban. El archiduque y su ayudante acababan, sin duda, de hacer rodear el jardín. Pedro estaba perdido.

¡Pedro, perdido!..... Oliverio se levantó del todo. La posibilidad de salvar á este amigo al que tanto había querido, acababa de representársele. Si él penetrase en el jardín, sin ser visto, si se deslizara hasta la puerta de este invernadero de la que uno de los acechadores había hablado y por donde debería indudablemente salir aquel á quien se quería matar!..... Si emprendiera después la fuga, precipitadamente, de modo que hiciera creer que salía de la *villa!*.... La idea de esta sustitución y de este sacrificio

se apoderó con una fuerza irresistible de este desgraciado, que tanto acababa de desear la muerte. Arrastrándose en la sombra, franqueó á su vez el mismo lugar casi por donde el otro había pasado, y comenzó á caminar en línea recta, hacia la *villa*..... Esta se alzaba, siempre silenciosa, siempre adormecida, sin que un hilo de luz surgiera de los intersticios de las ventanas cerradas. Oliverio la miraba con ojos fijos, con un ardor extraño. ¡Cómo hubiera querido traspasar las paredes, y penetrar en espíritu, *aparecerse* á aquel por quien arriesgaba su vida!..... ¡Ay! Habría conservado el valor de su martirio si hubiese realmente visto la habitación de Ely, tal como se encontraba en este momento, y á la luz velada de un globo rosado la cabeza de ella junto á la de Pedro, y el hermoso brazo desnudo de la jóven ciñéndose al cuello del jóven, y diciéndole:

—Si no hubieses venido, creo que habría muerto esta noche, de dolor, de amor..... Pero sabía que vendrías, sabía que me perdonarías..... Cuando toqué tu mano, sin verte, todos mis dolores se desvanecieron..... Y sin embargo, qué dura era tu voz, al principio! ¡Qué crueles palabras has podido pronunciar! ¡Cuánto me has hecho sufrir!.... Pero ya todo se olvidó! Dime que ya todo se olvidó, puesto que me tienes en tus brazos, puesto que sabes que te amo, y que tú no has dejado de amarme..... Dime que me quieres.... Vuélveme á decir que me quieres, como allá en aquel barco, cuando oíamos suspirar al Océano! ¿Te acuerdas?

Y sus ojos buscaban los de su amante, para encontrar lo que tanto había expresado en su carta: esta claridad de la dicha absoluta, que ya no brillaba en ellos. En el fondo había una idea fija de tristeza y de remordimiento. Iba muy pronto á cambiarse en una idea de espanto. En los momentos en que, más tierna, más cariñosa, más impregnada de amor, la boca de Ely oprimía los párpados del joven, para arrojar de allí la melancolía, estalló una detonación en el jardín, luego dos, tres, tiro tras de tiro, y un grito desgarró el aire..... Después, nada. Un silencio terrible había sucedido. Los dos amantes se miraron. Una misma idea venía á atravesar sus corazones.

—Ocúltate, dijo Ely, voy á saber..... Y tomando la lámpara se dirigió hacia la ventana, la abrió, y con voz fuerte: ¿Quién está ahí? ¿Qué sucede? gritó.

—Tranquilízate, amiga mía, contestó una voz, la del archiduque, cuya horrible ironía la hizo estremecer; fué un ladrón que quiso introducirse en la villa..... Debe tener dos ó tres balas en el cuerpo. Lo estamos buscando. Pero no te preocupes. *No volverá más.* Laubech ha tirado casi á boca de jarro...

Ely cerró la ventana. Cuando entró á la pieza, vió á Pedro muy pálido, con las manos temblorosas.

—No te irás, le dijo. El jardín está lleno de gente.

—Es necesario que me vaya, respondió él. Es Oliverio sobre quien han descargado.....

—¿Sobre él? exclamó ella. ¿Estás loco?

—Sobre él, replicó Pedro con singular energía; sobre él, á quien han confundido conmigo. Me ha visto. Me siguió. El era aquel cuyos pasos oí.....

—No, no quiero que te vayas, prorrumpió Ely, y se puso delante de la puerta. No, te lo ruego, espera. No era él, no era tal voz él... Te van á matar. Te lo suplico, amor mío, no salgas, no te vayas... —El la apartó casi brutalmente, repitiendo: ¡Déjame! ¡déjame! sin una mirada, sin una palabra de despedida. Ya estaba en la parte baja de la escalera, en el invernadero, en el jardín, y Ely no había tenido fuerzas para moverse. Permanecía apoyada en la pared, contra la que él la había arrojado, con la cabeza inclinada, escuchando, con una angustia que rayaba en la locura..... Pero ninguna nueva detonación volvióse á oir. Pedro no encontró ni al príncipe ni á su gente, ocupados en buscar las huellas del primer fugitivo.

—Ah! gimió Ely, está en salvo..... Con tal que el otro también lo esté!.....

Como se ve, el terror de Pedro se había apoderado de ella. Sí, el desconocido sobre quien habían tirado, podía muy bien ser Oliverio. En el acento del príncipe, no cabía engaño. No se trataba de un ladrón. Su marido había sabido que recibía á un amante, y tendió un lazo. ¿Pero quién tomó el puesto de Pedro? Por vez primera, después de muchos años, esta mujer de un espíritu tan libre, tan penetrado de fatalismo y de nihilismo, tuvo un movimiento hacia un auxilio de lo Alto. El terror de lo que entrevía, si en realidad ella y Pedro habían causado el asesinato de aquel hombre de quien ella había sido

la amante y él el único amigo,—la trastornó de tal modo que cayó sobre las rodillas, y oró por que este castigo les fuese apartado á los tres..... Oración vana, tan vana como la loca carrera de su cómplice, que se precipitaba á lo largo del camino, deteniéndose por momentos para gritar: ¡Oliverio! Nadie respondía á este nombre. Por último llegó al hotel. Iba á saber si no había sido juguete de un horrible sueño. ¡Cómo se quedó cuando el portero contestó á su interrogación:

—El Sr. del Prat? Salió poco después de usted.

—¿Y no preguntó si yo había salido?

—Sí señor. Y no sé cómo no lo encontró usted, porque tomó exactamente la misma dirección.....

Así, ninguno de sus presentimientos lo había engañado. Era Oliverio quien lo había seguido, era Oliverio quien fué sorprendido en el jardín. ¿Estaba muerto? ¿Estaba herido? ¿En dónde estaba? Toda la noche, Hautefeuille erró de uno á otro extremo del camino, registrando los fosos, las cercas, las piedras, palpando los árboles, el suelo, regresando al hotel y saliendo de nuevo. En la mañana, cuando, literalmente como un loco, volvía de estas inútiles pesquisas, encontró, en una encrucijada, dirigiéndose hacia Cannes, por otro camino, á dos jardineros que conducían una carreta, y en esta carreta yacía la forma de un cuerpo humano. Se acercó y reconoció á su amigo. Dos balas habían atravesado el pecho de Oliverio. En su rostro, impregnado de arena, se leía una infinita tristeza. A juzgar por el sitio en que lo encontraron los jardineros, había caminado una media hora después de su herida. Luego le faltaron las fuerzas, y se desvaneció, debiendo morir, sin volver al conocimiento, de una hemorragia provocada por la herida y por la marcha.

.....

¿Adónde van los muertos, nuestros muertos? Aquellos á quienes amamos y nos amaron, aquellos con quienes fuimos tiernos, compasivos, buenos, aquellos con quienes hemos cometido faltas que no fueron expiadas, aquellos que partieron sin que sepamos si nos perdonaron, ¿se han separado por siempre de nosotros? O bien ¿vuelven á vivir á nuestro lado, con una vida que se escapa á nuestros torpes sentidos, con esta vida confuse, misteriosa y temible que la piedad antigua atribuía á los Manes? ¿Hay muertos indulgentes y protectores en torno de nuestra debilidad? muertos irritados y vengadores que no nos permiten ser dichosos nunca más? Entre este mundo y el otro, no podemos comprender si existe un lazo, ni admitir una definitiva ruptura. Que esta presencia de los muertos, invisible al rededor de nuestra vida terrestre, sea un sueño ó una realidad, lo cierto es que jamás, después de esta noche horrible, Ely ha podido ver á Pedro, ni escribirle. Cuando ha querido tomar la pluma para aproximarse á él, siempre *algo* se lo ha impedido; y este *algo* ha detenido siempre á Pedro, cuando ha deseado darla una señal, solamente, de su existencia. Hay entre los dos vivos un muerto, que nunca, nunca desaparecerá.

Paul Bourget.

DESPUES DEL BAILE

Pasó la deslumbrante muchedumbre;
Ha tocado á su término la fiesta,
Y muere de las lámparas la lumbre
Con las últimas notas de la orquesta.

Las flores agonizan en los ricos
Jarrones, la estancia llena queda
De suaves aleteos de abanicos,
Rozar de faldas y crugir de sedas.

Y torna, como el pájaro á su nido,
La virgen á su alcoba perfumada,
Y aun resuena la música en su oído,
Adormeciendo su alma enajenada.

De sus galas soberbias se despoja
Frente á la luna del espejo, pura:
Es la mano nerviosa que deshoja
El lirio, ya marchita su frescura.

Prendido, como abeja enamorada,
Al abanico, inquieta mariposa,
El *carnet* acaricia su mirada
Y en recuerdos engólfase la hermosa.

Surgen en su memoria, una por una,
Fugitivas imágenes amantes,
Como á la luz de perla de la luna
Blancas nubes pasar se ven errantes.

Del wals en el delirio arrebatada,
Vuelve á sentirse en la brillante fiesta
Reinando en los salones, y arrullada
Por las notas sonoras de la orquesta.

Y al recordar, en su embriaguez divina,
Que envolvía una atmósfera galante,
Su belleza y sus gracias, ilumina
Una dulce sonrisa su semblante.

Y, de dicha llevando un suave rastro
En el alma, el placer llena su pecho,
Mientras se hunden sus formas de alabastro
En las ondas de lino de su lecho.

El alba el cielo azul va ya tiñendo,
Y ella duérme, rendida de la fiesta,
Acaso más de un nombre confundiendo
Con las últimas notas de la orquesta.

Vicente Acosta.

EL ATEO EN MISA

¡Cuan delicada y sublime fantasía la de la *misa del ateo!*.....

—Pero cuán inverosímil (opondrán los lectores de *La Comedia Humana*); ¿en cuál de los mil y mil templos de la cristiandad, desde el que se levanta arrogante sobre la colina del Vaticano hasta el que se esconde humilde entre las tribus bárbaras de la Polinesia, topará el creyente, ó el pensador, ó el simple curioso, con ese milagroso fenómeno de la conciencia libre?

Y les respondo yo:

—En la Capilla del Pilar de Zaragoza, engarzada, como brillante en joya de oro, dentro de aquella basílica singular, que es mitad templo del Señor, mitad Alcázar del Pueblo.

Por eso no se echan de menos ante el místico *Palladium* de la tierra aragonesa los milagros que pediría, pongo por caso, á la Virgen de su lugarón, «en competencia con la de Lourdes», el ridículo mancebo de botica—especie de Homais á la española—que nos pintó Alarcón en una de sus últimas novelas.

¿Para qué más portento y más prodigio que este de ofrecérsenos como hecho real y palpable, constante y evidente, en qualquier día del año y á cualquier hora de la mañana, la delicada y sublime fantasía de la *misa del ateo?*.....

Se ha dicho que el que no cree en Dios, cree en el diablo. En Aragón, no. El que no cree en Dios..... cree en la Virgen del Pilar.

El ateo que vereis posternarse ante ella no es el que se jacta de serlo, *gracias á Dios*, según la expresión del célebre badulaque. No es el pedante vanidoso que lo cacarea á tontas y á locas. No es el vil Tartufo que oculta su incredulidad bajo devotas apariencias.—No. Es el hombre ingenuo y puro, recto y franco, que al no acertar á comprender la Verdad Absoluta, no intenta engañarse ni engañarnos suponiendo que lo siente.

Y no oye «su misa» por un vano alarde de lo que pudiéramos llamar *patriotería religiosa*. No la oye por *dilettantismo* regionalista, al uso de algunos infanzones de los muchos que quizás pecamos por traer y llevar el glorioso símbolo del Pilar como arquilla de turronero en feria. No la oye por *snobismo* impertinente, á la manera de los cosmopolitas descreidos que van de frac y corbata blanca á «la misa del Papa» en Roma. No la oye por egoismo humorista, á estilo del que suele decir: «Entre oir misa aquí, y oir luego en casa á mi mujer, opto por lo primero.» No la oye por afectos tradicionales, ni por impulsos atávicos, ni siquiera por íntimas memorias de gratitud, como el doctor Desplein imaginado por Balzac.....—No. *El ateo*, ese á

quien podels ver ante la imagen de la Virgen del Pilar de Zaragoza en cualquier día del año y á cualquier hora de la mañana, porque siempre hay uno (para prueba del perenne milagro) entre aquella legión de férvidos creyentes, va á misa tan de buena fe, con tan noble recogimiento y con tan limpio espíritu, como un Renán, sabio y poeta, asistiría en el Partenón reconstruido á los renovados cultos de Palas Atenea; porque así como la sagrada Euritmia, alma de la Grecia, era algo más que una deidad pagana, así también nuestra Virgen del Pilar, alma de una raza de héroes, no es solamente una piadose advocación de la Madre de Jesús, que tiene tantas y tan tiernas.

¿Bajo cuál de ellas, y al son de qué música tan fiera y altiva como la de la Jota, aclaman las muchedumbres cristianas á María, mezclando su dulcísimo nombre con los retos más audaces, los amores más profanos, las luchas más sangrientas y los regocijos más violentos, sin que por eso se menoscabe el filial cariño y el hondo respeto á la Virgen Madre?.....—Una de las cosas más poéticas que hay en el mundo es este culto á la que simboliza en Aragón tan soberano é inagotable caudal de fe, esperanza y amor. Pues con ser así, y con ser la poesía, al decir de Cervántes, doncella que «no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios,» la poética adoración de las gentes á la Virgen del Pilar ha triunfado, triunfa y triunfará siempre de tan rudas pruebas. ¿Por qué? Por causas análogas á las que se contienen en la salutación á la antigua reina y señora del Atica: «Tú, cuyo dogma fundamental es que todo bien procede del pueblo, y que allí donde no hay pueblo, no hay nada, *enséñanos á extraer el diamante de las muchedumbres impuras.*»

¡Diamante riquísimo éste que luce Aragón en su corona de hierro! ¡Diamante fúlgido cuyas luces irradian sobre inmortales páginas de la historia del pueblo español!

He nombrado á Renán, y me importa un ardite que se escandalicen, ó finjan escandalizarse, filisteos indoctos, saduceos innobles y tarlseos hipócritas.

Yo no sé si el glorioso San Bernardo, resucitado y llevado en estos días á la Basílica zaragozana, hallándose entre bronces y jaspes, bajo capiteles corintios y frescos de Goya el volteriano y Bayeu el clásico, se sentiría nuevamente inflamado por el «acceso de hiperdulia» que dijo Huysmans, y tendría algo que añadir al *O clemens, o pía, ó dolcis Virgo María*, con que puso bellísimo remate á la *Salve Regina*... Tampoco sé si Aragón llegará á tener en Renán, como la católica Bretaña tuvo aquel náufrago de la fe, de quien hoy se enorgullece, pasados ya los tiempos de la amarga extrañeza. Lo que afirmo es que si el gran artista de la exégesis reviviera en Aragón y ante el Pilar, en el Pilar oiría misa y en lengua española tendríamos un homenaje al ideal digno de ponerse al lado de la maravillosa «plegaria» que dijo en la Acrópolis ateniense.

No; esta fe no la envolvería un Renán aragonés «en el sudario de púrpura de los dioses muertos.» Muchos y famosos santuarios han de desplomarse antes de que se tambalee el Pilar de Zaragoza. Habría de caer toda España en el ateismo, y se seguiría diciendo misa ante la Virgen del Pilar.

Misa se decía allí para que la oyeran D. Francisco Goya, el satírico feroz de los *Caprichos* y D. Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, el que según la frase de Voltaire, *limó las uñas del monstruo.*

Y es que esa misa la dice un cura, pero la ayuda la Patria entera.

Mariano de Cavia.

DE "LA LIRA YUCATECA"

BOCETO

Rige en ella la curva voluptuosa:
gloria en la níeve de los hombros tiene:
son dos arcos de triunfo en que sostiene
regocijada su cerviz la diosa!

En el seno, sutil y luminosa,
en jugar con las gracias se entretiene;
en la breve cintura á morir viene
y resurge después bella y airosa!

En la doble columna á quien oprime
un dulce peso, temblorosa ondula.....
La línea recta desterrada gime!

Su triunfante rival muelle circula .....
Besa los pies de la beldad sublime,
y el hossana inmortal Venus modela!

ESTIO

El idílico cuadro me recrea:
la intensa luz canicular esplende,
veloz el aire abrillantado hiende
y en las arenas del ramblar chispea.

La mugidora grey tarde pastea
ó perezosa en el sestil se tiende;
en las cortezas la cigarra prende
y sus nerviosos élictros cimbrea.

Convida á reposar limpio, sonoro
y músico raudal, linde del huerto.....
y allí reposa la beldad que adoro,

el labio, rojo y húmedo, entreabierto.....
Y en él blancas libélulas en coro
hallan de rica miel nectario cierto.

José I. Novelo.

DOS RECUERDOS

I

CROQUIS NEW-YORKINO

Me parece que hace ya mucho tiempo que, recostado en la barandilla del *Filadelfia*, veía alejarse las playas norte-americanas.

El vapor sale majestuoso del puerto. ¡Adiós, Nueva York! Los gruesos cables del puente de Brooklyn se ven como hilillos delgadísimos, imperceptibles rayas dibujadas con tinta de China en el gran cielo pálido; la colosal obra de hierro y piedra, empequeñecida por la distancia, semeja un juguete de niño, un diminuto adorno de salón. La ciudad azulea en el horizonte y se hace transparente; ya no es más que una nube vaporosa y larga, reclinada sobre la superficie del mar... ya no se ve nada, las olas son más gruesas, y el barco se balancea brutalmente, sin voluptuosidad, sin ritmo. ¡Adiós poesía!.... el mareo, el vómito asqueroso y amargo!

Ahora, ya estoy en casa, en mi cuartito burgués, y me entrego perezosamente á las melanlías del recuerdo.

¡Qué hermosas tardes, cuando salen del trabajo las graciosas obreras, las encantadoras *cheaps*, atareadas y alegres, con sus cabellos rubios, brillantes bajo el ala grande de su sombrero azul; y á las puertas las espera el amante, y sonríen y se van cogidos del brazo como buenos camaradas á beber juntos un vaso de cerveza!

Recuerdo también á esa misma hora las calles solitarias, con sus altas casas tapizadas de menudo césped, que corre apretado contra la tapia hasta arriba, hasta arriba... y en las puertas, después de comer, los hombres, sin sombrero, fumando y hablando con las mujeres sentadas en los peldaños de la entrada, todos pareciendo muy buenos y felices en esa hora triste, en esos crepúsculos rosados, en que el aire sonoro trae vibrando la nota lejana que la locomotora, al pa-

sar, arranca á los rails de los elevados... Y en la noche, en la calle catorce, á la luz eléctrica todo toma un aspecto de alegría desenfrenada: deslumbran las vidrieras de los almacenes, y las mujeres parecen más fáciles de conquistar á la falsa luz del arco voltaico. ¡Qué vaivén, qué intensa vida!...

II

HISTORIA ROMANTICA

Yo estaba solo, tendido boca arriba sobre la yerba húmeda aún por la lluvia del día anterior; me hallaba acostado sobre la alfombra de verde césped que completaba el adorno de aquel rinconcito solitario y rústico, formado por búcares de gruesos troncos que se erguían majestuosamente entrelazando caprichosamente sus ramas con la de los mangos entre cuyo apretado follaje se ocultaban las frutas amarillas y rosadas. ¡Qué feliz me sentía en aquel momento aspirando el olor á hojas y á tierra mojada y resguardado por la tupida cúpula de verdura agujereada en algunos puntos por donde se veían girones de cielo azul y por donde se deslizaban como saetas de oro, rayos de sol que venían á quebrarse sobre la yerba!

Yo tenía la cabeza apoyada en uno de mis brazos que me servía de almohada; con una mano arrancaba maquinalmente florecillas silvestres, entretanto que seguía con la mirada las hojas secas y las macetas rojas que caían de los bucares arrastradas por el viento. Poco á poco, dejé de oír el canto de los pájaros y me dormí; de pronto sentí en la frente un ligero hormigueo que me despertó: era una pequeña mariposa que se había posado en mi cara y que huyó rápidamente, asustada sin duda por el movimiento que hice al abrir los ojos. Sus alas azules y doradas brillaban pintorescamente á los rayos del sol. Estaba alegre y juguetona; la ví alejarse revoloteando hacia todos lados; mis párpados se cerraron de nuevo.

No había transcurrido mucho tiempo cuando sentí el mismo cosquilleo, pero entonces era en los labios: una rabia feroz me invadió, la mariposa se empeñaba en no dejarme dormir. ¡Ah, pero ya vería! Contuve la respiración y sin abrir los ojos lancé colérico con el brazo que me quedaba libre una terrible manotada sobre mis labios. Me incorporé: solamente brillaba en la palma de mi mano un polvillo de oro; miré á mi alrededor, la mariposa había desaparecido: no viendo nada, me acosté de nuevo; á los pocos minutos dormía profundamente.

Ya el sol no doraba la copa de los árboles cuando desperté, las hojas estaban negruzcas y el aire impregnado de mil campestres olores; de la arboleda toda se escapaba el rumor rítmico de las ramas mecidas por la brisa, al que se mezclaba el canto melancólico de cardenales y turpiales.

Después de bostezar, me preparé á ponerme en pie: era ya hora de regresar á casa, el suelo estaba cubierto de flores de bucare, que semejaban gotas de fresca sangre. De repente ví brillar cerca de mí, entre la menuda yerba, como un pedazo de oro que se alejaba lentamente ocultándose por momentos; me acerqué y miré: un enjambre de negros bachacos arrastraba una mariposa rígida y con las alas rotas; me aproximé más. Ah! tenía las alitas azules y doradas! Era la misma que había venido á juguetear sobre mis labios. ¡Yo la había matado!

Mis ojos se nublaron, y entonces, sintiéndome profundamente malvado, caí sobre la yerba llorando como un niño. Cuando levanté la cabeza, los bachacos encorvados sobre su presa la empujaban dentro de un agujero negro al pie de un tronco carcomido, desde donde como un beso de despedida me mandó la pobre mariposa un brillante fulgor de sus alas azules y doradas.

El sol bajaba majestuoso por detrás de los cafetales bañados por la luz desfallecienta y cárdena del crepúsculo, las vacas volvían del pasto caminando lentamente una tras otra, sus grandes ojazos tristes parecían seguir la línea ondulante de la serranía, el pastor cantaba como distraído balanceándose sobre sus gruesas piernas, de los ranchos ascendía por el aire sereno las transparentes columnas de humo, entretanto que yo regresaba á mi casa suspirando por la bella mariposa..... Y ahora mismo, que paso casi indiferente por entre tantas desgracias humanas, no puedo contener una lágrima al recordar á la gentil mariposilla cobardemente asesinada por mí, bajo la bóveda sombría de mangos y bucares.

Pedro-Emilio Coll.
(Venezolano.)

ANTITESIS

El alma que estudie
Las leyes eternas,
Sentirá hacia la vida un desprecio
Que no habrá ya mayor en la tierra;
Y si abre los ojos
A la luz de las lunas serenas,
Miraá que la sombra es precisa
Para hacer resaltar las estrellas;
Y amará de la sombra
Las masas inmensas
Al saber que la estrella no vive
Sino vive también la tiniebla.....

*

¡Qué caprichos tan raros
Tiene el sino altanero:
Son caprichos de príncipe loco
Barajando patricios y siervos;
Y poniendo con mano nerviosa
La flor en el cieno,
Y la perla en los mares obscuros,
Y en las tumbas el último fuego;
Y estampando con furia
De la noche en el lóbrego lienzo,
Pinceladas de luz—los cometas—
Y gotitas de sol—los luceros!

*

¿Por qué la Pobreza
Es la madre de todos los sabios:
Madre seca de frente callosa
Y senos chupados,
Que bautiza con sangre á sus hijos
Y los deja después en el charco.....?
¿Cuál será la pupila suprema
Que inspecciona este loco fandango,
Y no se obscurece
Cuando ve que en el polvo de este astro
El sabio sólo halla
Un pesebre y después un calvario:
Al nacer un puñado de hierbas
Y al morir una cruz y tres clavos!.....

*

Pensar, ay, que el hombre
Que tiene alas de fuego y no vuela,
Es puñado de polvo, lo mismo
Que la planta y el bruto y la piedra!

Pensar que la hermosa
De curva opulenta
Será polvo, fué polvo y es polvo
Como el bruto, la planta y la piedra!
Ah! Mefisto se ríe de Fausto
Que pide calores y fuerzas,
Cuando ve á Margarita impasible
Hilando en la rueca;
Porque el diablo agudísimo sabe
Que toda esa inefable belleza
Pasará, como pasan las formas
En la planta y el bruto y la piedra!

*

Corazón arrugado no puede
Perder sus arrugas.....
El licor de Mefisto
Si en el vaso echa nuevas espumas,
No por eso del vaso transforma
La ya vieja y tronchada figura.....
Podrá el sol al morir lanzar rayos,
Mas no puede escapar de la tumba.....
Ilusión, Ilusión: eres múltiple!
Juventud, Juventud: es una!

*

Cuando en pesos iguales
Se equilibre la eterna balanza,
Y la carne no vaya hacia el polvo,
Y hacia el humo las glorias no vayan;
Cuando todo tranquilo,
Olvidando las fiebres pasadas,
Sueñe sólo el ensueño profundo
De una vida sin fin y sin vallas,.....
Oh! entonces, entonces
Podrá haber la igualdad anhelada;
Que mientras nos clave
Sus dientes la Parca,
Habrá siempre esa antítesis fija
De todos los cuerpos con todas las almas!.....

José S. Chocano.

DEL NAUFRAGIO PERIODISTICO

M. TAINE

La personalidad filosófica, literaria y crítica de Taine se levanta en medio de la época presente, no como la encina en el bosque, no como la pirámide en el desierto, sino como el faro sobre el escollo. Después de Voltaire, la Francia no había producido un espíritu crítico tan vigoroso y tan profundo. Sus inteligencias eran igualmente vigorosas, su saber igualmente extenso y profundo; ante los dos se erguía un ídolo venerado, un altar incensado por todos; durante su vida vieron tributar culto ferviente é incondicional á una divinidad ficticia y perniciosa. Voltaire combatió el principio monárquico, Taine el error jacobino. Pero el éxito de Voltaire fué completo, y el de Taine es problemático ó será tardío. Y es que Voltaire empleó como medio la caricatura y Taine la demostración. El primero hizo obra política, el segundo emprendió trabajo filosófico. De ahí un resultado sorprendente. Voltaire fué conocido y amado aún de sus mismos enemigos. El pueblo francés lo divinizó casi en vida; fué objeto de ovaciones inmensas y entusiastas; habitó palacios, tuvo íntimas amistades con monarcas, y vivió lisonjeado y adulado. Taine por el contrario, es célebre por todas partes menos en Francia; vivió siempre modesto é ignorado, la crítica acerba y despiadada le prodigó sus golpes más rudos, la intriga conspiró siempre contra su engrandecimiento. Un hecho lo probará: por donde quiera que se va en Francia, se encuentran á montones los retratos de todas las celebridades políticas, literarias, científicas, artísticas; en ninguna parte se encuentra el de Taine. El que hoy publicamos data de mil achocientos setenta y es dificilísimo adquirir un ejemplar.

En Inglaterra, en Alemania, en Italia, todo el mundo conoce y admira al gran crítico; en Francia quienes le conocen lo niegan como Pedro á Cristo.

Las poderosas razones conspiran á ese inexplicable resultado. La inteligencia de Taine es múltiple; como literato es francés, como político y moralista es inglés, como filósofo es alemán. Su estilo fluido, correcto, abundante, vigoroso, preñado de inspiración y de verba, facilísimo y elevado es de Francia, y de la edad de oro de su literatura. Después de Víctor Hugo, nadie ha poseído un vocabulario más caudaloso que el suyo; pero Víctor Hugo inventaba palabras y Taine sólo se sirve de las conocidas. Además de estilista es poeta. Sabe pintar cuadros vivos y palpitantes: pintar con imágenes deslumbradoras: trasladando al lienzo sus capítulos, pueden hacerse museos de pintura. Después de Shakespeare, en ningún espíritu han habitado más séres ni se han atropellado más videncias. Aquello es un desbordamiento, hay idea que reviste diez formas todas diferentes y todas verdaderas y bellas. Es orador, nadie encadena un razonamiento ni sigue los diferentes aspectos de una cuestión, nadie tampoco, ni aun en Francia misma, esclarece una verdad abstracta ni explica una idea profunda, ni densemaraña un concepto obscuro, con la facilidad y limpidez con que él lo hace. Su estilo familiar y llano, en forma de diálogo entre dos hombres de mundo, expone á Scot ó comenta á Alberto el Grande. Hegel, explica á Kant, refuta á Juns Leed su librito «Los filósofos clásicos del siglo XIX» y en él su estudio sobre Main de Biran y vereis como un orador brillante puede vulgarizar las ideas de un pensador profundo. Es además analista. Tomar un fenómeno ó un concepto, empuñar el escalpelo del análisis, aislar uno á uno los elementos que lo constituyen, revelar sus dependencias mutuas, y establecer sus conexiones verdaderas, nada para él más llano. Con ese sistema pulveriza á Cousin, reduce toda su filosofía á *colembours* y á metáforas y da en tierra con el eclectismo. Por todas estas cualidades es francés, y ellas son las únicas que Francia le reconoce.

Pero si es francés por los medios que emplea y los recursos de que se sirve, deja de serlo por los fines que se propone. A la inversa de lo que pasa en Francia, él es un fanático de la verdad precisa y demostrada; es incapaz de sacrificar la convicción á la harmonía y la demostración á la declamación. No es un nivelador sistemático, ni lo fanatiza la simetría. Para él no hay más hechos ciertos que los demostrados, ni más verdades adquiridas que las experimentales. Tanto peor si esas verdades son desconsoladoras, si desvanecen nuestras ilusiones, si rompen la unidad y la simetría de un sistema. Nunca se le ocurre preguntar: ¿qué será de nosotros si no existe el alma; si Dios es una palabra; si el Gobierno no es democrático, si la moral no es absoluta? Lo único que le interesa es saber si esas cosas existen y cómo existen.

Por esta cualidad dominante, por este amor al hecho preciso y concreto, por esa sumisión al criterio experimental y por esa subordinación de lo simétrico á lo conveniente y de lo harmonioso á lo verdadero, Taine se aproxima á Mill y deja de ser francés para ser inglés. Desde ese momento, ya no puede ser en Francia ni admirado ni comprendido. Leeránse en buena hora su «Viaje á los Pirineos» ó su «Viaje á Italia», pero no figurarán en las bibliotecas ni sus «Filósofos clásicos» ni su «Vida de Graindorge», ni su «Inteligencia» ni, sobre todo, sus «Orígenes de la Francia contemporánea.»

Además de inglés, Taine es alemán. Cree en la metafísica sublime, juzga que los hechos son un medio y que los principios son el fin; admite que la facultad de abstracción nos permite conocer lo absoluto y lo infinito. Sabe elevarse á las vertiginosas alturas de los estudios transcendentes y explorar los negros abismos de la metafísica. Desde este momento ya no puede ser tolerado en Francia. Puesto que Mr. Taine ha olvidado Sedán y el bombardeo de París, ya no merece sino ser olvidado é ignorado.

Pero hay algo peor, que nunca le perdonará la Francia y que le agradecerá siempre la humanidad: haber destruido el ídolo y el templo en que se le tributaba culto. Un siglo entero de éxtasis ante la revolución ha producido casi una monomanía.

La Revolución fué una redención; á ella debemos nuestra felicidad actual y deberemos nuestra felicidad futura; antes de ella no había nada y ella lo creó todo; el jacobino fué apóstol y mártir; fuera del jacobinismo no hay salvación. Cuando se profesan un poco, bajo palabra de honor esas ideas, Taine no es más que un iconoclasta y un profano. ¿Con qué derecho el soplo poderoso de su crítica disipa nuestras más caras ilusiones? ¿Por qué el rayo de su elocuencia destruyó de un sólo golpe el grandioso monumento? ¿Para qué se empeñó en demostrarnos que no habíamos sido ni grandes, ni libres, ni felices, si nos bastaba con creerlo?

La Francia jacobina no perdonará jamás tamaño ultraje, y la noble y grandiosa figura del filósofo permanecerá en Francia cubierta con el velo negro y frío del olvido y de la indiferencia.

La muerte de Taine no deja ningún vacío en Francia; pero lo deja en el resto del mundo. Si la patria cree haber perdido poco, la humanidad sabe que ha perdido mucho.

Manuel Flores.

1893.

DE LAS "EXCENTRICAS"

MI ANHELO

Yo quisiera escribir en un idioma
en que cada palabra fuera azul,
cada sílaba música y aroma,
y cada frase un manantial de luz.
Versos hiciera entonces, tan suaves
cual pétalos de lirio, y mi canción
alas podría tener como las aves,
volando en derechura al corazón.

Con un idioma así, la poesía
alcanzara en dulzura á superar,
á la vaga y flotante melodía
que se escucha de noche sobre el mar.
Y así pudiera sólo el verso mío
despedir el perfume de una flor,
brillar como las gotas de rocío
y tierno ser como el naciente amor.

Con palabras azules..... ¡cuán hermosas
se pueden las imágenes hacer!
y..... ¡qué rimas tan dulces, con las rosas
que ostenta sobre el seno una mujer!

Siempre fué en este mundo mi delirio
un poema tantástico escribir,
sobre el nevado pétalo de un lirio
que acabaran los céfiros de abrir.

¡Qué estrofas con las notas musicales
pudiéramos los bardos componer,
tristes como las nieblas otoñales
ó alegres como un bello amanecer!

Con un rayo de luz en cada letra
fulguraran los versos como un sol,
fueran hermosos como un vals de Metra
ó bellos como el plácido arrebol.

¡Anhelo inútil! El idioma humano
á la expresión se habrá de resistir,
cual se resiste un noble soberano
entre las turbas ébrias á vivir.....

Y..... ¡quién sabe! Tal vez este profundo
anhelo que alimento soñador,
yo pueda realizarlo en otro mundo,
al lado de una estrella y de una flor.

B. Byrne.

LA PESCA MARAVILLOSA

Gilles estaba de pesca. ¿Qué pescaba? ¿Pértigas? ¡Cá, no! pescaba planetas, y su gato, blanco como la nieve, le acompañaba.

Gillete había prometido á Gilles un beso en sus labios color de guinda, si Gilles le llevaba una canasta llena de planetas.

Al principio Gilles quería tirar el anzuelo al firmamento y de allí bajar los astros, pero la cuerda no alcanzaba al cielo, y no tuvo más remedio sino ir á un arroyo cercano y pescar los planetas que en el agua se reflejaban.

A poco, algo tira del anzuelo—era Venus lo que sacaba;—desprendiólo con mucho cuidado, y colocándolo en la canasta, volvió á probar fortuna. Marte, Neptuno, Júpiter, Mercurio, todos fueron pescados. Ya era tiempo de ir á recibir el premio ofrecido, y, la canasta debajo del brazo y acompañado de su gato, blanco como la nieve, se dirigió á casa de Gillette.

—¿Qué me has traído? preguntó ésta.

—La reflexión de los astros que me pediste.

—Está bien. Te pedí los astros, pero no su reflejo; puedes besar, si deseas, el reflejo de mis labios en aquel espejo que está allá.

Gilles, por supuesto, estaba chasqueado; pero como vale más algo que nada, iba ya á besar los frescos y rosados labios que en el espejo se reflejaban, cuando Gillette, que había abierto la canasta de mimbres, exclamó:

—¡Pero si la canasta está vacía!

Y desdeñosamente vuelve la espalda á Gilles.

¿Qué se había hecho el reflejo de los planetas pescados en el arroyo?

Imaginaos: mientras Gilles y Gillette hablaban, el gato, blanco como la nieve, había devorado el reflejo de los planetas pescados en el arroyo.

Cátulo Mendés.

RELIQUIAS LITERARIAS

CUATRO SONETOS DE LOPE DE VEGA

DESENGAÑO

Cual engañado niño que contento
Pintado pajarillo tiene atado,
Y le deja, en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento;

Y cuando más en esta gloria atento,
Quebrantándose el cordel, quedó burlado,
Siguiéndole, en sus lágrimas bañado,
Con los ojos y el triste pensamiento;

Contigo he sido, Amor, que mi memoria
Dejé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello:

Llevóse el viento el pájaro y mi gloria;
Y dejóme el cordel entre las manos
Que habrá, por fuerza, de servirme al cuello.

AMOR INQUIETO

Canta pájaro amante en la enramada
Selva, á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador que con desvelo
Le está asechando, la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela, y, la turbada
Voz en el pico convertida en hielo
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

De esta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los celos que recela
Le tiran flechas de temor, de olvido,

Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

EL PAJARO DE LUCINDA

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda; y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasión tardía
Tendió la mano, y, no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía:

«¿Adónde vas, por despreciar el nido,
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?»

Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prisión volvió las alas,
Que tanto puede una mujer que llora.

LA BOCA GRACIOSA

Esparcido el cabello por la espalda
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla
Del mar de Cadiz conchas en su falda.

El agua entre el hinojo de esmeralda,
Para que entrase más su curso humilla;
Tejió de mimbre una alta canastilla
Y púsola en su frente por guirnalda.

Mas cuando ya desamparó la playa,
«Mal haya—dijo—el agua, que, tan poca,
Con su sal me abrasó pies y vestidos.»

Yo estaba cerca, y respondí: «Mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrasados mis sentidos.»

AZUL PALIDO

Tienen estas alternativas de luz y sombra, de súbitos ardores y tenues adormecimientos, la fugaz apariencia de un espectáculo entrévisto en sueños. Por un momento los colores, chillones é irritados, corretean, brincan, saltan, se atropellan en una gloriosa embriaguez, para caer perezosamente en un letargo grisáceo, en una ausencia de vida, envueltos en la fresca neblina de la lluvia.—¡Y como se complace el sol—«el viejo lujurioso»—en asomar su faz bermeja, después del chaparrón, y asomarse en los ojitos brillantes que ha dejado el aguacero en las frondas! Ojillos penetrantes, incisivos, que punzan la reverdecida túnica de los campos.—Entonces la harmonía de los matices estalla, se prende en el extremo de una rama, trepa hasta la cima de una montaña, desciende al fondo de los valles, se asoma en el lecho de arena brillante de un arroyo que pasa murmurando su canción alegre—¡Cómo lucen tus ojos, amor mío, después de la lluvia! Ven! Deja el sugestivo tomo de versos que me roba tu mirada.—¿Qué lees? ¿Es «Flor de Niza», el último volumen de Andrés Theuriet? Apenas he tenido tiempo de rozarlo, pero es de los míos.—Aspira, mi amor, la embriagante esencia que se desprende de esa suave primavera de Niza. Mira: los almendros todavía no están en flor, pero la flor del durazno cae, como un rocío rosado, sobre las frondas. ¿Quieres que bajemos á la extensa pradera á hacer una guirnalda? Deja el libro. Pon tu mano en la mía y escucha el himno de la vida, el gran himno que surge del seno de la naturaleza. —Pero la nube avanza con sus velas desplegadas, se extiende, caracolea, se iza.—No, no salgas. Permanece ahí, en la *chaise longue*. Mira como se deslizan las aves por delante de las vidrieras.—Allá van, allá van, locas, en un delirio de goce, recibiendo su baño del cielo.—¿Sueñas? Díme ¿cómo son tus sueños? ¿De qué color? ¿Son de ese profundo azul que se abre en la túnica obscura del horizonte? Vé ¡que raro capricho! La nube se desfleca en amplios listones, se desmenuza en vellones, y aquel titán, escalando el infinito, rueda despeñado en átomos. ¿Quieres salir á la pradera? No. El agua ha formado mil corrientillas frágiles, ha salpicado de charcos el verde tapete; tus piecesitos absorberían la humedad, se hundirían en los pequeños pantanos. Permanece á mi lado, no te vayas. Yo te contaré historias nuevas, leyendas de otros tiempos, cuentos rosados..... O más bien, no; no seré yo, será un poeta amigo tuyo, uno de los buenos, uno de los amados, uno de los ingenuos. ¿Ves? Aquí traigo el volúmen: «*Cuentos Románticos*, de Justo Sierra.»—Impregna tu espíritu de esta esquisita melodía. No me mires, aparta de mí tu mirada, y lee..... —La nube ha reunido sus manchones dispersos, los ha agrupado, y ya avanza, ya avanza de nuevo, pujante y osada. Ven, amor mío, apoya tu cabeza sobre mi hombro y refiéreme esa narración que comienza:.....

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 28 DE JUNIO DE 1896. NUM. 9.

MADONNA MIA!

—Sí, dijo mi amigo, humedeciendo sus labios en el pequeño vaso de *wiskey* que tenía delante; sí, es ella, es mi *Madonna*.—Y un chisporroteo irónico punzó en sus ojos claros, de grandes pupilas de felino.

Habían pasado delante de nosotros, envolviéndonos en un ambiente de simpatía, casta y suave: ella, alta, pálida, soñadora, casi transparente; y él, el padre, con su gran levita abotonada, su rostro severo, de viejo héroe, su blanca testa erguida, su noble continente y su andar reposado. —Apenas contestaron, con un ligero movimiento de labios ella, él con una leve inclinación de cabeza, al saludo ceremonioso, frío y casi despectivo que les dirigió mi amigo. No habían dado cuatro pasos, y Ernesto lanzó una bulliciosa carcajada. Y como me pareciese un acto de mal gusto, casi una profanación, me arrastró á una cantina, y allí, frente al oro pálido del licor americano, me refirió toda la historia.

Ernesto había salido hacía dos años del interior de su provincia. Era uno de tantos muchachos ricos, que en el fondo de una *hacienda* sueñan la novela de la vida, se dejan ir en alas de la fantasía y una hermosa mañana llegan á la capital con su bagaje de frescas ilusiones.

Temperamento demasiado exquisito, fino y apasionado, Ernesto no atravesó esa etapa, malsana y depresiva, de los amores fáciles y las estruendosas orgías. Seis meses habían transcurrido y mi amigo no había recibido otras impresiones que las de dos ó tres buenas sonrisas que á su paso le arrojaron dos ó tres desconocidas, el apretón de manos cambiado en una vuelta de wals, ó la curiosa mirada de alguna reina de los salones, habituada á agrupar en torno suyo una corte banal y frívola.

Decididamente el sueño de la provincia se hacía esperar mucho y Ernesto iba encontrando la gran ciudad un poco aburrida.

Un día... no, fué una noche, en la inestancialidad de una fiesta, de una de esas alegres fiestas que tienen el privilegio de fatigar enormemente el espíritu, Ernesto iba á esquivarse de aquel torbellino incoloro, cuando, al penetrar en una pieza solitaria—se bailaba el cotillón en la sala—vió desprenderse del cuadro de una puerta una silueta femenina, que avanzaba á su encuentro. A dos pasos, mi amigo no pudo reprimir un grito de admiración. Todo lo que sus largas horas de vida del espíritu, allá en los inacabables años de impaciente anhelo, había él idealizado, de suave, de tierno, de uncioso, se realizaba en aquella criatura, que pasó delante de él, rodeada en su gracia mística, en su belleza frágil y como soñada.

...¿Para qué prolongar la historia? Mi amigo se quedó aquella noche en la casa y vino á ella de nuevo, y ya la luz del alba no le sorprendía cansado é indiferente, sino en un éxtasis de adoración, en una apoteosis de gloria que se esparcía de él llenando todo el universo. Y siempre, en el fondo de aquella hermonía vibrante de las cosas, surgía la blanca figura, la pálida silueta,

caeta y suave, rodeada en su gracia mística, en su belleza frágil y como soñada.

A pocas noches, un complaciente, uno de esos amables Teseos de la Creta de los salones, orientó á Ernesto hacia la joven, y el idilio comenzó, un idilio que tenía por marco las amplias salas iluminadas, los grandes espejos biselados, los hombros al descubierto, las diademas de brillantes, los enormes candelabros, el *fru-fru* de las sedas, el rumor de los abanicos y el estallido de las carcajadas.—Y la vida de Ernesto se tornó de una diafanidad luminosa, de un deleite casi místico; como en una oración que recogiera el cielo, como en una plegaria que ascendiese al Ideal Eterno, los días de mi amigo tenían el divino encanto de un alma apartada de las cosas terrenas.

Y reía, reía ahora, al evocar estas memorias, con una risa convulsa y sarcástica, mientras humedecía sus labios en el pequeño vaso de *wiskey* que tenía en frente.

Oh mi *Madonna!* Mi blanca virgencita! la soñadora! la pálida!

***

.....Aquel día, Ernesto puso en su tocado mayor esmero que de ordenanza.—La noche anterior, el padre, aquel viejo severo, de blanca testa erguida y noble continente de héroe, le había brindado un asiento en su mesa. Y mi amigo, iba allá, con una palpitación de placer, estremecido, sintiendo latir todas sus fibras en un himno triunfal, en un ritmo desbordante de dicha.

Lo recibió el anciano con su aspecto grave, y lo presentó á otros dos caballeros, de fisonomías como la suya, serenas y reposadas, dos bustos escapados de un cuadro de Rembrandt. A poco apareció la joven y pasaron al comedor, una piecesita alegre, de anchos balcones por donde la luz entraba á borbotones, reluciente y fresca, con sus aparadores de ébano en los que la cristalería lanzaba sus reflejos irisados.—Se acomodaron y comenzó la comida.

La conversación, al principio vacilante y tímida, tomó á los postres un andar ligero, flexible, bullicioso.—Mi amigo fué entrando, poco á poco, en la placentera corriente. ¿Qué había entonces en los ojos de la pálida virgencita, de incitante, de provocativo, de resuelto, que jamás Ernesto había visto en ellos? ¿Por qué extraños caminos aquella belleza frágil, suave, entró en un nuevo estado de conciencia—para él desconocido—en el que parecían cruzar todas las tentaciones y bogar todos los deseos?..... ¿Cómo fué él perdiendo, lentamente, la idea de este cambio de sensaciones, hasta el extremo de dejarse arrebatar por este ambiente, que llenaba ahora el comedor, de botellas destapadas, de vaho de café, y de promesas de besos?..... Mi amigo no lo sabe. El caso fué que no le pareció anormal la proposición del padre, cuando la *Madonna*, al inclinarse para ofrecerle un terrón de azúcar rozó con sus rizos blondos las ardientes mejillas del invitado:

—¿Jugamos?

Y en un minuto se recogieron los manteles, apareció una baraja en manos de uno de los viejos y el *monte* quedó instalado.—¿Y después? Ernesto perdió lo que llevaba consigo, y como avergonzado, balbuciente, protestara que se le habían agotado los fondos, el padre, el viejo héroe, el de rostro severo y blanca testa erguida, le le lanzó esta proposición, á quema ropa, irónicamente:

—Para usted hay caja.—Y los ojos de la *Madonna* continuaban brillando con incitantes promesas.

—Para terminar, salí de allí con una fuerte deuda, convencido de haber sido vilmente estafado por aquellos tres viejos y aquella niña de gracia mística, pálida silueta envuelta en su belleza frágil y como soñada! El ensueño se había desvanecido, el encanto borrado.

Más tarde, he sabido que la historia—*mi historia!* con sus éxtasis y sus plegarias—había sido repetida antes de mi llegada de la provincia, en la llegada y después de la llegada.—¡Hay tantos soñadores provincianos que se dejan sujestionar por *Madonnas* de rostros pálidos, casi transparentes, y viejos héroes de blancas cabezas erguidas!.....

A ver! mozo, otra copa de *wiskey!*

Carlos Díaz Dufóo.

MARIA ROSA

ESCENA ULTIMA

Ramón se levanta vacilando y va á sentarse en otra silla, mostrándose muy contento de que María-Rosa les haya echado á todos. Ella se sienta también.

Ramón.—(En plena borrachera.) Muy bien, muy bien, chiquilla. ¡Buena maña te has dado para echarlos! ¡Arre, tú!..... ¡y tú..... ¡Arre..... ¡Fuera de aquí todos!..... ¡Pillos!..... Si no les echas se quedan aquí hasta mañana.

María.—(Aparte.) (¡Un hombre perdió á mi Andrés!..... ¡Y ese hombre!..... (Levantándose espantada.) ¡No! ¡no! ¡Nuestro Señor no puede consentir estas cosas!) (Ramón está como atontado; la silla en que se sienta está junto á la mesa, y él apoya la cabeza en un ángulo de la misma mesa; se va á quedar dormido. Acercándose á él, frenética y llorosa, y sacudiéndole para que despierte.) ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Despierta!

Ramón.—(Asustado.) ¿Qué?..... ¿Qué quieres?

María.—(Disimulando el llanto, y hablando cariñosa.) ¡Nada, Ramón!

Ramón.—Mucho cuidado con ese vino, María-Rosa, que tiene el demonio dentro. ¡No es que yo esté borracho: eso *nunca más!* ¡Pero el demonio anda por ese vino! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo creo! (Debe cuidarse que la borrachera de Ramón sea nerviosa, para que pierda algo de lo asqueroso.)

María.—Pues ese vino debía gustarte mucho. Yo le vendimié, y lo pisó tu mejor amigo. Por tí hubiera dado su vida aquel pobre.

Ramón.—(Ríe, como diciendo «ya la dió».) Si la hubiera dado. ¡Y tanto!

María.—¿No le querías tú mucho?

Ramón.—(Por un resto de instinto, no contesta directamente.) Ya verás. Nosotros, de todas maneras, ya estamos casados. ¿Eh? Y todos se han ido. ¿Eh? (Mirando al rededor.) ¿Estás bien segura de que todos se han ido?

María.—(Se pone en pie y le mira fijamente.) Sí.

Ramón.—¿Y cerraste la puerta?

María.—Sí.

Ramón.—(Levantándose vacilante.) Pues vamos.

María.—¿Pero no me contestas? ¿No me dices si le querías mucho á tu amigo?

Ramón.—(Deshaciéndose torpemente la corbata.) ¡Dale con el amigo! ¡Y vuelta con el amigo! ¡Ya estoy de amigo hasta la coronilla! ¿Era tu marido? ¿Pues no era mi amigo? (Con furor que estalla. Da unos pasos hacia la alcoba, y quiere quitarse la chaquete. María-Rosa le contiene.)

María.—No: espera.

Ramón.—Es que me ahogo de calor y quiero desnudarme.

María.—Siéntate y hablemos un rato.

Ramón.—(Sentándose.) ¡Todavía más! ¡Vaya con las ganas de hablar!

María.—Chepa, Chepa sí que es hablador. (Ella está sentada un poco lejos de Ramón.) ¿Verdad?

Ramón.—¡Uy!..... ¡Chepa!..... ¡tiene cara de juez! (Exagerando el modo de decirlo, y así como con miedo.)

María.—Pues me ha hecho gracia lo que ha dicho de Salvador. ¿Te acuerdas?... ¿Cómo fué?... ¿Cómo ha dicho?..... ¡Que si le daba la mala idea para casarse conmigo, de quitarte de en medio! ¡Me ha hecho gracia!

Ramón.—¡Y á mí! ¡Ya, ya lo entiendo yo á Chepa! ¡Vaya una cara de juez! (Rompe á reír exageradamente.) ¡De juez! ¡Já, já, já!.....

(María-Rosa se levanta de pronto y rompe en una carcajada aún más exagerada que la risa de Ramón. Se quedan mirándose y riendo. Ella vuelve á sentarse.)

María.—(Fingiendo indiferencia, pero sin quitar la vista de Ramón.) Ya me figuro que él lo sabe todo. ¡Todo, todo!

Ramón.—(Riendo.) Él no sabe nada. Yo sí que lo sé..... como que yo..... (Deteniéndose.) ¡Lo que hay es que Chepa tiene cara de juez!

María.—Pues si tú lo sabes..... yo también voy á saberlo, porque ya soy tu mujer.

Ramón.—(Desabrochándose el cuello de la camisa.) Mi mujer: eso es. ¡Mi mujer para siempre! ¡Ahora sí que no te me escapas!

María.—(Levantándose desesperada.) ¡Quiero que hables! ¡Quiero saberlo todo! ¡Saber tu vida! ¡Desde que naciste!.....

Ramón.—Sí, mujer, sí. Toda mi vida. Dicen que he cumplido treinta años. ¿Son treinta? Sí, treinta. Hasta los veintisiete, que caigo aquí.... que caigo allá.....una piedra que va de un lado para otro. [Tambaleándose.] ¡Pero yo no sabía que estaba en el mundo hasta la primera vez que te ví! ¡Hace tres años! ¡María-Rosa, pon que tengo tres años. [Con cierta ternura de borracho.]

María.—[Desesperada se precipita al espejo, se arranca frenética el pañuelo del cuello y se deja caer las trenzas. Aparte.] [¡Ramón! ¡Ramón!..... Yo te revolveré toda el alma, hasta arrancarte lo que llevas en ella..... ¡Sí!..... sí.... aunque se me haga pedazos todo el corazón.]

Ramón.—¿Que estás haciendo, María-Rosa?

María.—Ya lo ves, me desnudo y me despeino.

Ramón.—Yo también; pero no puedo desnudarme solo, porque no puedo sostenerme.

María.—Yo te ayudaré: pon la mano en mi hombro. Así. [Da algunos pasos sostenido por ella: pero se tambalea y se cae en la silla.] ¡Parece mentira que sea yo más valiente que tú!

Ramón.—¡Valiente tú! ¡Y con un soplo te tumbo! [Riendo.]

María.—[Desafiándole.] ¡A que no! ¡Más valiente, más! ¡Y quererte más! ¡Y que he hecho siempre por tí mucho más que todo lo que tú hayas podido hacer por mí!

Ramón.—¡De *lengua* habrás hecho tú, de *lengua!*

María.—¡De lengua! Atiende: yo quería á un hombre, y tanto, que al morirse él, pensé que yo también me moría. Pues ya ni me acuerdo de ese hombre. ¡Si me parece imposible que yo le haya querido ni una miaja siquiera! [Mientras dice esto se ha ido deshaciendo las trenzas. Ramón, embelesado, empieza á jugar con el cabello de María-Rosa.

Ramón.—¡De modo que al otro ya ni una miaja! ¡ya no le quieres ni una miaja!

María.—¡Quererle! ¡Pues si me da rabia pensar que le haya querido!

Ramón.—Qué melena tienes, María-Rosa! ¡Yo quisiera ahogarme ahí adentro! (Jugando con los cabellos.)

María.—¡Pero todo esto te lo digo á tí sólo! ¡A nadie más!

Ramón.—¡A nadie; eso de tí para mí!

María.—¡Claro; porque ya entre los dos no debe haber nada oculto, Ramón! [Profundamente agitada.]

Ramón:—Nada, nada. Y eso que á veces un hombre.....

María.—¡Que me tiras del pelo, Ramón, y por la mañana va á estar muy enredado!

Ramón.—¡Qué importa! ¡Mejor! ¡Anda, anda! ¡Dí lo que hubieras hecho por mí!

María.—Pues oye. Yo, para poderme casar contigo..... si hubiera tenido la vida de Andrés en esta mano, y con apretarla hubiera podido matarlo..... ¡lo mato, lo mato! [Con un gemido ahogado.] ¡Pero ahora ya no es preciso, porque soy tuya, tuya, Ramón! [Abrazándose á él.]

Ramón.—¡Toda mía, toda!

María. ¿Lo ves? Tú no hubieras hecho eso por mí.

Ramón.—¡Lo hago, lo hago!..... ¡Pero si lo hice!

María.—¡Cá! ¿Tú? ¡Tú no tienes corazón para eso! ¡Se muere Andrés, y te aprovechas de su muerte como un cobarde! Para eso sí tienes corazón! ¡Para lo otro, no!

Ramón.—¡Yo soy hombre para todo! ¡Ven á mis brazos, y entre mis brazos te lo diré!

María.—¡No..... no!..... [Separándose de él con horror.]

Ramón.—¡Pues no lo sabrás! ¡Como hay Dios, que no lo sabrás nunca!

María.—[Precipitándose en sus brazos] ¡Pues aquí me tienes: habla!

Ramón.—¡No puedo!

María.—[Frenética, revolviéndose en los brazos de Ramón.] ¡Ramón, mi Ramón! [Dándole un beso de fiera.] ¡Habla!

Ramón.—¡Yo maté al capataz! ¡Yo perdí á Andrés, y por tí!

María.—¡Habla, habla! ¡Fanfarrón, miente!

Ramón.—¡Como esa luz! ¡Y al lado del capataz puse un pañuelo tuyo, que te lo había roba-

do para estarlo besando siempre! ¡Y la faca, ensangrentada, la tiré por debajo de la puerta de tu casa! ¡Dame otro beso! [Se levanta, y se la quiere llevar en los brazos.]

María.—¡Ah..... no!..... [Desprendiéndose.] ¡Aparta! ¡Asesino, canalla! ¡Maldito.....! [Huye, corre á la puerta para escapar, y descorre el cerrojo; pero Ramón la alcanza y tiene que huir de nuevo.]

Ramón.—[La sigue, tambaleándose] ¡No grites! ¡Fué porque te quería!

María.—¡Asesino, asesino!

Ramón.—¡No, no: eres mía!

María.—¡Al asesino, al asesino! [Abriendo la ventana de golpe y llamando á los de fuera.]

Ramón.—¡Que me muero por tí!

María.—¡Andrés!..... ¡Mi Andrés! ¡No te acerques, porque te mato! [Cogiendo el cuchillo.]

Ramón.—¡Qué has de matar! ¡Te tengo en mis brazos!

María.—¡No, Judas! ¡Cobarde!

Ramón.—¡Besos! ¡Muchos besos! ¡Ten .... ten!.....

María.—¡Pues ten! ¡Ten tú! [Clavándole el cuchillo.]

Ramón.—¡Ah! ..... ¡Me mató! [En la lucha, y al desprenderse ella para herirle, él se agarra á la falda de María-Rosa. Después de herirle, queda él en tierra, ella en pie; él agonizante y con el brazo *tendido hacia arriba*, agarrado siempre al vestido de María-Rosa.]

María.—¡Hermano!..... ¡Hermano!.....

Angel Guimerá.

VERSOS SENCILLOS

Para modelo de un dios
El pintor lo envió á pedir:—
¡Para eso no! ¡para ir,
Patria, á servirte los dos!

Bien estará en la pintura
El hijo que amo y bendigo:—
Mejor en la ceja obscura,
Cara á cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón,
De nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos; si yo muero,
Me besas; si tú..... ¡prefiero
Verte muerto á verte vil!

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La mushma en su cojinete
De arce del Japón; yo digo:
«No hay cojín como un amigo.»

Tiene el conde su abolengo;
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave; yo tengo
Allá en México un amigo;

Tiene el señor Presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.

Ayer la ví en el salón
De los pintores; y ayer
Detrás de aquella mujer
Se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
Está en el lienzo: dormido
Al pie, el esposo rendido:
Al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
Se ven mendrugos mondados:
Le cuelga el manto á los lados,
Lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
Ni una viola, ni una espiga:
Muy lejos, la casa amiga,
Muy triste y obscuro el cielo!.....

¡Esa es la hermosa mujer
Que me robó el corazón
En el soberbio salón
De los pintores de ayer!

El enemigo brutal
Nos pone fuego á la casa:
El sable la calle arrasa,
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
Del sable del español:
La calle, al salir el sol,
Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
Entran, llorando, á una muerta;
Llama una mano á la puerta
En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene á buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
«Vamos pronto, vamos hijo:
La niña está sola: vamos!»

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento á ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró á un esclavo muerto,
Colgado á un seibo de monte.

Un niño lo vió: tembló
De pasión por los que gimen:
Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!

José Martí.

1892.

HOLANDA

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

PAISAJE

L tren se pone en movimiento y entramos en los Estados de su joven Majestad Wilhilmina, primera de su nombre.

El prodigio no es aquí súbito. Nada se parece más á la frontera belga como los confines de la Holanda, en esta parte de los dos países. Mucho verde, pocos árboles, mayor número de agua en arroyuelos, ¡tan humildes! las mismas aldeas, con muy pocas diferencias. En todas partes, á medida que se avanza á todo vapor, el follaje se hace más verde, los árboles más raros, el agua menos modesta; se deshace en delgados canales, como por amor de Dios, corriendo ó más bien estancándose en espacios rectos, muy largos (algo como lo que los ingleses llaman *drains*), y que separan en fajas paralelas estrechas praderas, en las que pace un abundante ganado, y al final de estas alternativas y en medio de ellas, un molino de viento.

La gentil monotonía de estos cuadros, regulares hasta lo infinito, acaba por cansar un tanto la primera curiosidad, y por mi parte á semejante grado experimenté esta sensación, que no tardó un amodorramiento en sumergirme en un rincón muy blando del coche, amodorramiento lleno de una vaga preparación á mis conferen-

clas, y de éstas lleno á tal punto, que degeneró bien presto en un sueño, lo suficiente serio y prolongado para que el crepúsculo de la tarde hiciera encender la lámpara colocada en el techo del coche. Maldije mi sopor que me había impedido, cuando menos durante una larga hora, dedicarme á contemplar parajes tan nuevos para mí y que dabían haber variado en el espacio de tiempo que duró mi cuasi-muerte, y me instalé en la portezuela. ¡Ah sí! ¡Cómo habían variado los cuadros!

Una inmensa extensión de agua ensangrentada, dorada, teñida de verde en el horizonte por los esfuerzos de la tarde declinante, se prolongaba, inmóvil, con negras velas de embarcaciones que apenas se movían en la obscuridad creciente y la neblina crepuscular que caía. Esto á la izquierda. A la derecha, el mismo espectáculo. Un interminable puente de hierro por el que el tren passba lentamente, haciendo un ruido regular, poderoso, casi terrible, á fuerza, precisamente, de regularidad en la resistencia..... La noche, que había llegado del todo, borró la visión del agua, para dar lugar á aldeas que se hubiesen creído sumergidas, de tal modo se hallaban rodeadas de agua y agua..... Un campanario, unos molinos de viento, las sombras de unas casas punzadas por luces vacilantes, en la bruma..... Era, según parece, Dordrecht.

AMSTERDAM

Subimos en un pequeño tranvía, pintado de un verde claro, muy coqueto, que nos condujo á través de una avenida bordada de teatros populares, indudablemente, cafés cantantes, «restaurattes,» y también del jardín zoológico, cuyo aspecto me pareció magnífico, con esta inscripción, ó una muy semejante, muy digna de un país de semejantes pintores de animales: *Naturæ Artium Nutrici*. Porque estos septentrionales, innegables y casi sin mezcla, adoran el latín lapidario—y en el fondo hacen bien—manteniendo la tradición.

Y después, llegan los canales. Todos los que atravesamos en nuestro ligero vehículo, están obstruidos por embarcaciones de toda suerte, y luego aparece el Amstel y la Y, majestuosos, hasta con buques de guerra en sus ondas, por momentos hinchadas por el mar cercano; porque ya saben ustedes que Holanda está desde hace veintenas de años en guerra, en las Indias con «Indígenas,» excelentemente armados—y en observación hacia el lado de los Rusos y de los Ingleses, vecinos de codos puntiagudos. Aún vimos pasar un regimiento de veteranos, que iban á embarcarse, en traje obscuro de campaña—con sus gorros de policías, echados rectamente hacia atrás. No tienen estos barbudos nada de común con los lindos chulillos de la Haya. Sus mostachos «caen como un viejo pabellón» y si su corazón palpita por alguna hermosa, podemos apostar que, aparte de los amores venales de guarnición, ha de ser por alguna negra ó por alguna gallarda mestiza de allá abajo.

El tranvía nos deja, por último, en la plaza del *Dam* (ó del Dique), punto central de la ciudad. No admiro mucho una fuente, en la que hay algo que se parece á lo «monumental,» y que conmemora no recuerdo qué; no me extasío tampoco demasiado—después de este inmenso desfile de arquitectura privada, rara, delicada, paradoxal á ocasiones, de ladrillos sostenidos por piedras, á trechos pintados de blanco, y estos techos paradoxalmente puntiagudos, ó á gradaciones innúmeras, y esta alegría del conjunto—ante el palacio, que data del siglo XVII, convertido en vivienda real bajo Luis Bonaparte, y en la actualidad, á lo que creo, puramente municipal, pesada construcción de color rojizo obscuro, que no tiene nada en sí sino su masa. Tak me aseguró que este palacio posée la más amplia sala de baile del mundo; lo que me tiene sin cuidado; porque es necesario que ustedes sepan, *de paso*, si ya no se los he confiado, que á resultas de un reumatismo de hace siete años, tengo tres cuartas partes de una pierna anquilosada.

Pero Tak, después de haberse procurado de una señora, en un kiosko, los diarios franceses de la ciudad, me arrastró á una calle bastante estrecha, muy transitada, llamada la calle de las Terneras (Kalverstraat), de brillantes almacenes, aparadores más bien tan confusos y ricos como en Londres, que malignamente esparcidos á la parisiense, que es la mejor forma á los mil atractivos urbanos. Ya bobaliqueaba yo, flaneaba con las narices en las vidrieras, cuando Tak me dijo: «No es esto todo. Tenemos una cita cerca. Un paso más y llegamos.»

Y penetramos en una *bodega* muy bien servida, en la que se hallan dos periódicos franceses: el *Journal Amusant* y el *Journal pour rire*. Allí encontramos á Kloos y á otros amigos de la víspera, que abandonamos, después de un rato de conversación y una «copa» de *schiedambitter*. Esta vez ¿á dónde íbamos?

A un establecimiento que nuestro idioma moderno no tiene sino un término, un poco del argot francés, para calificarlo: *épatant:* el gran café-restaurant moderno, florido hasta el colmo, de crisantemas de todas clases, con paredes que son gigantescos espejos, numerosos criados de frac negro y corbata blanca,—precisamente el traje de que yo carezco, de un conferencista serio. Damos por fin con un comedor de los más alegres y de los más confortables, en donde nos sirven el almuerzo más refinado. Tomamos el café en un sitio en el que se permite fumar, y salimos para caminar en coche, á través del barrio de los judíos, muy miserable y muy suntuoso, y en donde se ven, en las calles laterales, horribles casas y rostros maravillosos. Una inscripción fijada en una casa nos hace saber, al paso, que Rembrandt, que, por otra parte, nació en un molino, en Leyde, ha vivido ó muerto aquí.—El coche, después de una vuelta formidable en la que desfila delante de mí un Amsterdam variado hasta lo infinito, nos conduce á una taberna, alzada en honor de Rabelais, cuyo mascarón ríe en un muro. Allí volvemos á encontrar á Toorop, que en adelante ya no nos abandonará más, y á multitud de muchachos, estudiantes y artistas, que me proporcionan una acogida inolvidablemente encantadora. Me preocupa mi conferencia. Bah! como en el fondo es lo mismo aquí que allá y cómo, al apremiante deseo del auditorio, deberá consistir, sobre todo, en notas personales, nada más fácil. Me ocuparé de ella después de la comida.—¡Ya hablar de comer! *Bone Deus!* Matamos el tiempo bebiendo y fumando. Y nos vamos buenamente á comer, esta vez en trío, al mismo gigantesco establecimiento que en la mañana, en el mismo comedor, claro, tapizado de blanco y oro. ¡Qué comida! ¡Qué ostiones! (Los holandeses las comen con limón y las rocían indiferentemente con vino blanco ó rojo.) De cerveza «nacional» ni rastro. La hay, sin embargo, pero no tengo curiosidad de probarla. Cualquier cerveza me embriaga inmediatamente. Sin dormirnos sobre las pajas, penetramos, después de un regular tirada, en un suntuoso salón, en donde me espera el comité de Amsterdam. Apretones de mano y una copa más de *schiedam*. Un estudiante me hace saber que en Amsterdam el público de conferencias no aplaude. ¡Pero que sorpresa me aguardaba! Al entrar en una sala muy suntuosa, admirablemente poblada de señoras, de jóvenes y de algunas caras profesionales, un tanto ceñudas, que debían más tarde, desarrugarse—á mi entrada, digo, toda la sala, se pone en pie. Era un refinamiento que me fué derecho al corazón, y, con una emoción deliciosa, después de haber subido los escalones de la tribuna, correspondí con tres saludos al homenaje verdaderamente delicado que el pobre conferencista, vestido con un sencillo saco, cojeando, feo, acababa de ser el dichoso, el tan dichoso objeto.

Paul Verlaine.

ABATIMIENTO

Llegó al fin lo que el alma dolorida
Me daba por presagio:
¡Milésima ilusión desvanecida!
Milésimo naufragio!
¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes,
Que la espuma blanquea!
¡Qué eterno proejar en las corrientes,
Contra viento y marea!
¡Siempre, siempre huracanes desatados
Y escollos escondidos!
¡Y siempre, sobre mares ignorados,
Cielos desconocidos!
Hasta la aguja al polo dirigida
Mi cálculo burlaba,
Y á maléfico influjo sometida,
Del rumbo me apartaba.
Y así he buscado el puerto, de año en año,
Siempre con vano empeño:
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!
¡Toda esperanza, sueño!
No fué sólo furor de los ciclones:
¡Culpa cabe al piloto!
¡Qué de velas, Señor, qué de timones
Mi torpe mano ha roto!
Y aún sigo, entre los duros elementos,
Sobre el hirviente abismo.—
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!
¡Cansado de mí mismo!
Ya, en mí, cuanto descubro no provoca
Ni un temor ni un deseo:
Sólo siento subírseme á la boca
La náusea del mareo.
Ni un recelo cobarde me da guerra,
Ni una ambición me anima.
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!—
¡Pero échamela encima!

Federico Balart.

Junio, 1896.

UN CUENTO A MINA

¿Que escriba un cuento á lo Catulle Mendés, como aquel *del ala del angel*, símbolo de la inocencia que remonta el vuelo, ó uno encantador como el DEL CIRIO DE LA VIRGEN, emblema de la mutua fidelidad perpetuada en la eternidad de la luz? ¿Que te dedique una narración fantástica á lo Rubén Darío, donde viaje un *príncipe azul en su carro de oro en pos de la esquiva reina Esperanza?* ¿Que por qué no escribo una *feria de la hermosura*, aquella de Bolet Peraza, que ha fatigado á la prensa con su reproducción, tanto así es de gustada por lo ingeniosa, lo moral y lo poéticamente bella?

¡Ah, cabecita de alondra! es que no sabes tú que esas líneas que te parecen tan sencillas y que encantan tu alma inocente, son obra de una imaginación poderosa, es que no es fácil como te supones trazar esos cuadritos de medias tintas. Es que son admirables simbolistas los que tal hacen.

Mas ¿cómo esquivarme, negándome á dar cumplida satisfacción á tu deseo, si has estudiado con especial constancia tu lección de violoncello y me exiges el premio, apoyada tu cabeza negra en la cabeza de tu instrumento favorito y al abrir tus ojos habladores como para absorber todas las ondulaciones de la armonía, me has inspirado un cuento? Y como habrá de ser un estímulo para tí, y tus quince años no son un auditorio que me infunda miedo, óyelo, pues, hermanita querida.

***

¡Oh, y que era un gran músico! y el violonce-

llo en sus manos parecía una urna de notas nunca oídas!

Y él tenía una amada rubia como una espiga de sol, de un gran parecido á la Beatriz ideal llorada por el poeta de Florencia, y sabía inspirar y sentir el amor como Julieta, y un día en que las nubes del espacio fueron más azules y más límpida la luz de los astros, se vió entre auras impalpables y aromosas subir al cielo una nubecita blanca, blanquísima, en la forma de una paloma, y era el alma de la niña rubia como una espiga de sol, la bien amada del artista músico..... Mas ella al romper el aire con sus alas, le consoló diciendo: «no llores, mi adorado, la ausencia es eterna para los que no saben amar, el amor tiene eslabones con la eternidad, y yo viviré en las cuerdas de tu violoncello y serás un artista envidiado; sólo te abandonaré cuando tu corazón inconstante rompa el hilo.....» y luego un aleteo de ángel, una nubecilla que se esfuma en cuadro de lo infinito.

***

El gran reloj de arena marcó muchos y muchos días de triunfo para el artista! ¡Oh! y cuán poética la expresión de su fisonomía!

Siempre melancólico, siempre triste, con los ojos entornados, como balagados por una visión interior.....

***

La noche de la gran ovación! Los holocaustos al genio! Coronas de laurel, ramos de mirto, billetes perfumados, todo cuanto puede reunir de espléndido el entusiasmo y el público anhelante que aguarda á su ídolo.

El escenario resplandece, el músico se presenta, el ruido de los aplausos atruena..... el artista está soberanamente bello, su fisonomía al perder el tinte melancólico está resplandeciente de alegría y la hermosa está allí, la del espléndido porte y ojos como soles..... una corriente amorosa se establece.

El público palpita ansioso. La mano blanca del artista levanta el arco; pero al oprimir las cuerdas, un gemido agudo, penetrante, lastimero, una sola dolorosa nota, un golpe seco como de algo que estalla.....

Y se vió surgir del violoncello una nubecita blanca, en la forma de una paloma, y al hender el aire con sus alas se deshizo en lágrimas que humedecieron las cuerdas dejándolas insonoras por siempre jamás.....

Pollita de Lima.

LA NEBLINA

Para JOSÉ S. CHOCANO.

La neblina es la virgen entumecida de formas pálidas,
hecha de vahos níveos, vapor de mares, polvo de estrellas,
que va dejando, pura, nerviosa y triste, sus finas huellas
en mañanas sonoras, en tardes de oro y en noches cálidas.

Ella es la rica veste con que se cubren de las castálidas,
cuerpos en que se mezclan con alabastros rosas doncellas;
ó estremecida gasa con la que esfuman sus tintas bellas
grupos de mariposas que alegres surgen de sus crisálidas.

Los brillantes matices sinfonizados en primaveras,
los sutiles aromas embebecidos en esperanzas,
que se desvanecieron sobre las ondas de mis dolores,

fugazmente volaron en las neblinas de mis quimeras,
de profundas nostalgias, vagos anhelos, y remembranzas
de países lejanos, de medioevales fiestas de amores.

José Flansón.

Lima, 1896.

MISA DE SIETE

Bien se conoce que es el Monaguillo, algún muchacho alegre y travieso el que tira de la cuerda, porque el repique de la campana parece una risa infantil, contenta y gozosa, llama á un juego no á una plegaria, atrae un revoloteo de pájaros humildes que surcan el cielo, un cielo matinal muy azul, donde se ha quedado, sola y cansada, una nube muy blanca, rastro del chubasco de la víspera.

Y esas notas iguales y sonoras, esa monodia del bronce como que acentúa los pormenores pintorescos de la calle, rima con la luz dorada, rima con el vientecillo húmedo que huele á frondas mojadas, rima con el bullicio del arroyo.

Es muy temprano; al frente de una herrería, sentados al borde de la banqueta, sin sombrero, porque lo avientan por los aires, silban, cantan y retozan los aprendices, ennegrecidos por el carbón de la fragua; ora echan misa, derribando al menos listo, ora se entretienen en perturbar la serenidad de un charco azul, azul cielo, arrojando pedruzcos que salpican, ora hunden los pies desnudos en el fango, en tanto que un perro, niño como ellos, un perro ordinario y muy vivo, sigue é imita cuanta juerga inventan. Los albañiles trepan por el andamiajo de una obra, los ladrillos empapados se han encendido de color, tienen un matiz vivo, caliente, casi vermellón, casi sanguinolento y muscular que se destaca en el verde intenso de un árbol de copa poderosa, emergente, de un patio.

La iglesia junto, la secular y venerable iglesia, infinitamente poetizada por los años, con sus cicatrices geométricas de cal blanca, sus manchones negros de piedra senil, sus verdes musgos, sus vidrios viejos y turbios, sus azulejos apagados, sus barandales de la torre y sus campanas oxidadas, venerables y atezadas, pero con la juventud eterna de su voz, ora doliente como un psalmo de melancolías, ora melodiosas como un versículo amoroso del cántico de los cánticos.....

¡Misa de siete! ¡Primera llamada! Y los viejos van llegando á ese banco de descuento de las existencias pecadoras; el pobre ciego con cortinas verdes en los ojos, guiado por la parienta anémica; el atáxico que parece caer á cada torpeza de los pies temerosos; el señor de plaids que bota en el quicio la colilla de cigarro; el viejecito de buen humor, completamente rasurado, que *hace tiempo*, leyendo, desde el anuncio de un novenario, hasta el de unos sufragios; la manada de beatas, todas de negro, todas de prisa, todas encapuchadas; la dama rica que deja el coche á la puerta; la criada que suena las chanclas, cubre la canasta con el rebozo y, entrada por salida, dispara un Padre Nuestro, acaba de persignarse en medio de la calle y dice el Amén en la recaudería, donde á renglón seguido pide lechugas frescas.

Y enfrente, en un quicio, ese muchacho pobre de trajecito maltratado, el que trae lodo hasta el tobillo, el que aún masculla el pan del desayuno, el que quizá viene de muy lejos, á pie y muy de prisa, el que, ajeno á cuanto le rodea, fija en la esquina una mirada intensa, que se clava como un puñal.

Lleva largo rato de estar ahí, ya un cigarro se ahogó en el charco, otro humea entre las verdolagas del empedrado y enciende uno nuevo, sin desviar sus ojos del mismo punto..... pasa un grupo de artesanos, pasa un papelero, pasa una pareja de costureras, salen de las vecindades gentes ocupadas que lo miran de soslayo, pasa un vecino que tiene celos de él, quizá porque vuelve el rostro á una ventana bien cerrada; sacuden en el balcón las alfombras, y él que espera, contenido y nervioso, aborda á un cura que remolca su obesidad, y le pregunta qué horas son.—Van á dar las siete, faltan tres.

Y la campana vuelve al llamamiento precipitado, silban los pitos de las fábricas, se entran los herreros á la fragua, cruza el tramvía por la esquina y ¡por fin! es ella, sí, la madre gorda, con el tápalo prendido en la barba como toca, el libro de misa fajado por el rosario, y detrás de ella, deteniéndose para abrocharse un zapato, esa

bien amada que da tiempo para que él pase y le dice entre dientes, rápidas y seguidas, estas frases que amargaron todo un día:

—Anoche me pegaron y no te escribo, yo te diré por qué..... á las nueve, ya sabes!

¡Y qué contraste: la tristeza del que se va mal humorado y la última frase alegre de la torre, que canta á la diafanidad azul de la mañana!

Micrós.

EL Y ELLA

Mientras él se reclina y languidece
De su amada en el seno que palpita
Con el ansia de goces infinita
En un ambiente de ilusión que crece;

Ella, cual flor que marchitada mece
El viento, dobla el cuello y deposita
La cabeza, en los rizos que marchita,
Su tibio aliento que besar parece.

Formando con sus manos delicadas
Cadenas de ilusiones y de amores;
Y esperando el momento en que agitadas

Las fibras del amor, en dulce exceso,
Déje él como la aurora entre las flores,
Una gota de amor en cada beso.

Miguel E. Pereyra.

DE D. JUAN VALERA A RUBEN DARIO

Sr. D. Rubén Darío.

Mi excelente y querido amigo:

Con mucho contento recibí ayer su carta y las buenas noticias de su salud y de sus andanzas.

Muchísimo celebraría yo que vd. lograra un empleo que le facilitase el venir de nuevo á Madrid ó á París y el vivir entre nosotros. Para las letras sería esto de no corto provecho, porque aquí, donde siempre hay algún movimiento literario, se sentiría vd. más animado y estimulado para escribir y publicar libros. Claro está que yo preferiría que viniese vd. á vivir á Madrid, no sólo por lo que me complacería yo en verlo con frecuencia ó de diario, como también porque en los elementos ó ingredientes, aunque parezca cosa de botica que constituyen la personalidad literaria de vd., tal vez falte un poco más de «españolismo», el cual prestaría mayor originalidad y más brillo y realce á lo que vd. ha tomado, asimilándosele bien y convirtiéndolo en su propia sustancia, de la novísima literatura francesa. En este punto carece vd. de competidor entre nosotros. Nó sé por qué ninguno de los que escriben penetra aquí dicha novísima literatura, y sin embargo, no dejan desmañadamente de remedarla, incurriendo en más galicismos el que no sabe decir en francés ni buenos días.

Yo he dado un grandísimo bajón desde que no nos vemos. La vejez me va pesando mucho,

y entre sus achaques se cuenta ahora la casi pérdida de la vista por donde necesito escribir, valiéndome de amanuense. Esto no impide que, mal ó bien, siga yo escribiendo bastante, ya cartas á los amigos, ya cosas de diverso género para el público. Sólo de cuentos y novelas he escrito recientemente «El Hechicero,» «La buena fama» y «Juanita la larga,» que no sé si habrán aportado á esas playas remotas. Ahora escribo, si bien con lentitud y grandes interrupciones, otra novela que ha de titularse «Elisa la malagueña» y que probablemente tendrá dos tomos.

El tiempo que he estado en Viena me distraje mucho con la diplomacia y apenas escribí sino despachos. Ahora es cuando vuelvo á ser hombre de letras harto averiado ya. También han vuelto á reanudarse semanalmente mis antiguas tertulias literarias, pero más modestas y con menos concurrencia de gente que como vd. las conoció. Vienen á ellas, Narciso Campillo, último representante de algún valor, de la antigua escuela sevillana; el conde de las Navas, bibliotecario de la preciosa biblioteca de palacio y que escribe bien de cosas eruditas, y con elegancia é ingenio novelitas y cuentos; Emilio Ferrari, poeta de Valladolid, á mi ver, el más lozano, discreto y castizo de cuantos hoy tenemos; Manuel del Palacio, que no cesa de soltar chispas, el laborioso y fecundo Menéndez y Pelayo; Luis Vidart y otros. No faltan tampoco hispano-americanos en mi tertulia. Suelo tener en ella á Restrepo, secretario de Colombia, que compone lindísimos y atildados versos, y al Sr. Ocantos, secretario de la Legación de esa República que escribe novelas, que yo no he leído aún, y de las cuales no sé qué decir, sino que algunos amigos me las celebran.

Otra tertulia literaria, más numerosa y animada que la mía, suele tener en su casa, cada dos ó tres meses, la famosa Doña Emilia Pardo Bazán, que va á escribir más que el Tostado y sobre todos los asuntos y materias que pueden ocupar el espíritu humano.

Emilio Castelar no tiene tertulia, pero en cambio da almuerzos tan suculentos y copiosos que atiborra á sus convidados, y de los cuales receta que él mismo sea la primera víctima, muriendo de apoplegía.

Quien murió pocos días ha, también acaso por comer mucho, fué mi compañero de Academia, José de Castro y Serrano, quien deja varios escritos ingeniosos y amenos, y en la Española un sillón vacío. Aun no preveo quien llega á sentarse en él. Hay varios pretendientes: entre ellos D. José de Canalejas, el más brillante y fácil de nuestros hombres políticos, y jóvenes oradores.

La guerra de Cuba nos tiene de mal humor y harto atribulados porque nos cuesta mucho dinero y no pocos hombres que mueren más del vómito que de las balas.

De los cuatrocientos años que hace que poseemos á Cuba, sólo durante quince ó veinte á lo más, nos ha producido algo aquella perla de las Antillas. En los restantes trescientos ochenta y tantos años, no nos ha producido más que desazones y el aborrecimiento de los criollos, porque suponen que nuestros padres y no los de ellos y en provecho de ellos, mataron al Sr. Hautel y á otros indios que por allí había y de los cuales no dejaron ni rastro. Por lo demás, yo sospecho que la verdadera causa de la guerra, ya que los cubanos están favorecidos y pagan menos contribución que nosotros, es que uno sí, y otro no, sueña con ser Presidente de la República y comérsela de un bocado, como Guzmán Blanco y Marco Aurelio Soto, pongo por caso.

De todos modos, es muy triste que la negra honrilla nos obligue á defender y sostener aquello por armas y no podamos decir «ahí queda eso», imitando al cura de Gabia, que en vez de predicar se desahogó en el púlpito y se fué luego.

Adios. Escríbame vd. de cuando en cuando y hábleme de lo que escriba y publique en verso y prosa. Hágame vd. el favor de dar á D. Calixto Oyuela mil cariñosas expresiones mías. Y mande á su afectísimo y buen amigo, que aplaude y celebra siempre cuanto vd. escribe y Q. L. B. L. M.

Juan Valera.

MI ANGEL

Hace ya mucho tiempo no sentía
En medio de mis sueños,
Inundaree de luz el alma mía
Con los fulgores de éxtasis risueños.

Mi pobre corazón, antes tan yerto,
Fascinado ha latido;
Te miro y sueño cuando estoy despierto
Y sueño verte cuando estoy dormido.

¡Cómo huyen al verte mis enojos!
Tu solo aspecto mis dolores calma
Y disipa las sombras de mi alma
La dulce luz de tus radiantes ojos.

Escucho celestiales armonías
Cuando mi voz te nombra,
Y, en tí pensando, exclamo cual Tobías:
¡Hay un ángel en medio de mi sombra!

SIN ESPERANZA

Encadenado á la aflicción me veo,
Me son la dicha y la ilusión extrañas;
El dolor, como el buitre á Prometeo,
Me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida
Sufriendo mi horroroso desencanto;
Tengo el alma de lágrimas henchida
Y no me queda ni el placer del llanto.

Yo sé hasta dónde la desdicha alcanza;
He caído del cielo en un instante;
Yo sé cómo se pierde la esperanza;
Yo vengo del infierno como el Dante.

Antonio Zaragoza.

LA ROSA

Aquella rosa me dijo tristemente, mientras los rayos del sol nos envolvían como finísima lluvia de oro en polvo.

—Caballero, queréis cojerme demasiado pronto; ved, si apenas he salido del capullo. Esta mañana se han abierto mis hojas bajo los pálidos colores del alba, y aún quedan en mis pétalos algunas gotas del rocío de la mañana.

Es verdad que ya he sentido con delicia penetrar en mi corazón los calores del estío, y no os oculto que más de una abeja—yo las prefiero á las avispas—ha aspirado con una caricia brutal la miel de mis pétalos. ¡Pero me quedan que gozar tantas alegrías en este jardín donde abundan los insectos! ¡Cuántas mariposas—si me dejáis vivir—se posarán sobre mí, á pesar de lo acerado de las espinas que cubren mi tallo!

¡Ah! ¡no me cojáis aún! ¿No hay otras flores en este perfumado recinto? Mirad, ahí tenéis jacintos, claveles, jazmines, nardos; entre todas podéis formar un ramo brillante sin necesidad de cortar mi vida.

Muchas de las rosas que véis aquí, no se entristecerían de ser cogidas, puesto que, abiertas anteayer, están desfallecidas por los muchos besos que sus cálices han recibido. Pero yo, una flor joven, apenas abierta, con esperanzas, con ilusiones, no quiero ver marchitarse mi existencia en un dorado jarro del Japón. Dejadme gozar de los placeres que se me ofrecen, dejadme embriagar con la dulzura de mis perfumes á las mariposas, que me acarician con sus ténues alas, á los rayos del sol que sobre mí se posan, á las brisas que al pasar agitan mis hojas; dejadme vivir hasta el crepúsculo del día de mi boda.

Yo la respondí:

—Estoy enternecido, querida flor, por lo triste y razonable de tus quejas, y si pudiera, créeme que separaría gustoso mi mano que te amenaza; pero debo elegir para Celia, la más encantadora

flor de este jardín, y nada podrá impedirme cumplir con mi deber.

—Pero—dijo la rosa—¿es para Celia para quien queréis cojerme?

—Sí—respondí yo.

—¿Celia—añadió—es la joven que se pasea todas las mañanas por este jardín, con un peinador de muselinas y encajes tan perfumado, que las brisas se separan de nosotras con objeto de seguir el aroma de su vestido?

—La misma.

—¿Celia, es la joven que encanta al día con una sonrisa donde se posan amorosamente, todos los resplandores del verano?

—Sí.

—¡Oh! en este caso, cojedme, sí, cojedme—dijo ella—lo consiento, lo quiero, lo ambiciono, no echaré de menos, ni el batir de las alas de las mariposas, ni las brisas perfumadas de primavera, con tal de que Celia, dos ó tres veces, distraída y pensando en otra cosa, se digne poner sobre mí su boca parecida á los labios de una mujer, su boca semejante á una rosa.

Cátulo Mendés.

AZUL PALIDO

Aquí, en torno de la mesa, me esperan buenos amigos, amables compañeros, á quienes he dejado tal vez impacientarse en el revuelto naufragio de las impresiones diarias. Perdón, oh mis amigos!—Yo os debía una palabra de bienvenida, una frase de agradecimiento, á vosotros los que habeis leventado mi espíritu, y lo habeis hecho emprender un viaje feérico hacia ese mundo ideal en que habitais ¡oh caballeros del ensueño! Sed bien llegados á este desmantelado cuartucho de estudiante bohemio, aquí, en donde aletean las vibraciones de los soberanos de la música y del color..... tomad asiento!—Para usted, Sr. Díaz Rodríguez, son mis primeras palabras; es usted el deudor más antiguo y tiene derecho en ser el primero en acudir á mi pobre escarcela. «Hay un libro, que para mí es remordimiento,» decía el *Maestro*, el Director, Gutiérrez Nájera, al ocuparse de una colección de versos de no recuerdo qué poeta. Remordimiento es también para mí este volúmen de «*Sensaciones de viaje*,» leído y releído á ratos perdidos, que no fueron, no, perdidos.—¿Escribir algo sobre Italia, después de Taine, después de Bourget, después de los Goncourt?..... Sí, señorita; se puede, se puede, y el libro del escritor venezolano es buena prueba de ello.—De allá, del país de Mignon, os trae el Sr. Díaz Rodríguez sensaciones de amplios lienzos multicolores, de frescos cuadros encerrados en el marco de un límpido azul de cielo; sensaciones de grandes obras de arte, de marmóreas escalinatas, esbeltas columnas, de ágiles corrientes de agua: Roma, Venecia..... y allá, en el fondo, dorada por el sol mediterráneo, Constantinopla, la vieja Stambul, con sus minaretes punzando el espacio, sus colorines abigarrados, sus callejas tortuosas.....

—El Sr. Díaz Rodríguez es un paisajista refinado, un colorista, ha dicho bien García Cisneros, que «pule la imágen hasta que la faceta sea prismática,» que «burila la idea hasta que desaparece el último granillo de aspereza.» Sus cuadros tienen frescura y limpidez. Empleando una frase de Victor Cherbuliez, diría yo que ha sorprendido á la Naturaleza en pleno delito de hermosura.—Mil gracias, mi buen amigo, por su exquisito volúmen.

***

«Pentélicas»—de Andrés A. Mata.—El poeta es uno de tus amados; en las páginas de la *Revista* buscas siempre su firma, al calce de una hermosa estrofa, brillantemente esculpida, de entonación vigorosa, altiva y serena. Ya has saboreado su *Paisaje*, su *Grito Bohemio*, *Símbolo*, *Ofelia*..... ¿Y no es verdad que en esos fragmentos de blancas estatuas yacentes, en esos bloques de macizos capiteles, has descubierto el buril de una mano joven y osada que se encara con la serena diosa inmóvil para arrancarle sus secretos? Yo te hablaría del poeta y de su obra, si á la portada de este soberbio alcázar no se al-

zara el elegante pórtico que Vargas Vila ha levantado con los robustos materiales de su palabra incisiva y robusta.—Prefiero que leas al comentarista del poeta y te ofrezco la reproducción del gallardo prólogo.

Y todavía hay otros y otros buenos amigos: *La Neblina*, la nueva revista literaria que Chocano acaba de fundar en Lima; *Crisantema*, un simpático quincenal de arte, que ha aparecido en esta capital y que acaudilla un distinguido colaborador de la *Revista Azul*, el Sr. Trueba, (Moirisse); *Crisálida*, una publicación análoga de Morelia..... ¡Ah buena juventud entusiasta! para tí pasa la nave rebosante de risas, rebosante de flores; para tí las inquietas aguas del mar inquietan su vaivén rítmico, para tí la vida palpita en un estrofa sonora que canta la Belleza eterna, imperecedera, única.....

***

Que el *Conde Kostia*, el atildado revistero de teatros de *El Universal*, es un sugestivo recitador, ya lo sabía yo. Hasta mí habían llegado los ecos de los aplausos alcanzados por Valdivia en Madrid, al lado de lectores tan notables como Rafael Calvo, Campoamor, Zorrilla y Grilo, Grilo el ruiseñor de los salones.—Lo que yo ignoraba, es que el *Conde*, hermanaba al talento de un buen *expositor* de rimas el de un correcto *mime* de irreprochable ademán y actitud plástica.—Decir, es ya mucho; saber lo que se dice, es demasiado; ajustar la palabra, la música, el verbo, á la forma, al contorno, á la línea, es ya un esfuerzo á que solo pueden llegar los iniciados.—Recuerdo que la *Revue de Paris* publicó meses atrás un curioso estudio acerca de Mounet Sully. El gran actor francés toma carne en cada uno de los personajes, vive en cada verso, pasa por todos los diversos estados de conciencia que atraviesa un espíritu.—Sabeis lo que es el arte? decía Victor Hugo: es una tempestad de almas. Bajar á ese mar de hirvientes espumas y surgir de las salobres ondas con la vívida visión de los grandes infortunios, es ser artista. Pero la máscara humana, móvil y rehacia, se escapa gentilmente de estas entrevistas vagueadas; hay que penetrar muy hondo, hay que llegar hasta esa sima en la que lloran los dolores y se retuercen los odios, para sorprender las alas de las almas reflejándose en el espejo de los rostros. Del Dante decían los florentinos que venía del Infierno. Del *Conde* os digo yo—y conmigo ha dicho todo el público—que viene del Arte. Mi parabién á Valdivia, un parabien que viene de un espectador sincero, perdido entre las multitudes, que asistíe hace ya más de quince años, á la iniciación literaria del *Conde*, allá, en Madrid, en la representación de *La muralla de hielo*... Ah, *Conde!* Ya nos estamos haciendo viejos. Ay! por eso también nos estamos haciendo tristes. Pero, chist! No hay que decirlo. Mientras se sienta la hermosura, como vos la sentís, se es siempre joven.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 5 DE JULIO DE 1896. NUM. 10.

PROPOSITOS

A Ignacio Michel.

UES lo que es hoy tí fué de de veras. Yo soy así, me aguanto hasta más no poder; pero el día que me deciáo..... así se derrumbara él planeta, que nadie me detiene. La cosa es sencilla: ó me obedece en lo que yo le mando, ó nos estrechamos amablemente la mano y cada cual por su lado. Sé que habrá lagrimitas y desgano para comer, y desveladas, y mal humor y desesperación, pero ella se lo ha buscado, se lo advertí hace mucho tiempo; no hizo caso, pues que se fastidia; es el único medio con una mujer caprichosa que quiero hacer su santa voluntad. Si hoy cedo, se ríe de mí mañana; al que se pone en cuatro pies lo ensillan y yo no me dejo. Puesto que prefiere á las cursis de las Piedra, que se case con ellas. Se lo voy á decir: mira, Concha, á tí te consta que he sido para contigo complaciente, cariñoso, fiel, etc., etc.; que he procurado evitar lo que te disgusta; que desde que estamos en relaciones, ni teatros, ni paseos, ni visitas, ni nada; que he hecho cuanto te ha ocurrido... ¡y que me salgas con inconsecuencias! ¿es justo? Van tres veces que te digo que la amistad de esas Piedra, que tienen cara de pastoras de jarrón, no te conviene, te perjudican, son muy indiscretas, muy chismosas, vamos, ¡reventables! No me gusta que andes en la calle con ellas, porque creerán que eres igual; me carga que les tengas ese exagerado cariño; en tu casa comen, se desayunan, cenan, duermen, ¿qué les has encontrado? Además, me carga mucho ver que apenas llego, empiezan á secretearse y á reirse y á echar indirectas, y gracias á que tengo una poca de la educación que no conocen, no les he dicho una fresca con la mano en la cintura; no creas que yo me tiento el corazón para llamarles al orden. Son falsas como el cobre, hija mía; pregunta qué dicen detrás de tí: ¡la pobre de Concha tan candorosa! ¿no? ¡La inocente de Concha! ¡Ay, qué Concha, es graciosa, pero!..... Y Concha tiene la culpa por darles derecho á que la tijereteen hasta cansarse. No me quiere hacer caso, dice que esas son *cosas mías*, que tan buenas, tan leales, tan cariñosas, tan consecuentes, ¡tan crucificables! ¡Señor, eso es inaguantable! El cariño es una planta que florece mientras no tiene parásitos, ó fumigamos el nuestro, ó se lo lleva la trampa. Y hasta eso, no hay tal amistad, es un puro capricho; cuando le he preguntado qué le parecía Evelina con sus posturas académicas de caja de cerillos, se ha reído; cuando le he dicho qué opina del modo doctoral con que Lugarda diserta sobre las notas afelpadas de la voz de contralto asopranada de Luz Menéndez, ha llorado de tanto carcajearse. ¡Cómo me han de entrar criaturas que todo se les

va en echárselas de ilustradas! ¡Ya me tienen hasta el copete hablándome de las paralajes de los protozoarios y el instinto de los cuerpos celestes! ¡Un par de habladoras que no saben escribir una lista de ropa, que se mudan poco, entre paréntesis, y hacen *Doloras á un amor que fué!* Me la han echado á perder..... Le han pegado una de palabritas inaguantable..... El otro día me ha dicho, cuando le pregunté si estaba de mal humor, que no; que nada tenía, que su malestar era efecto de una neurosis. ¿Conque neurótica, ¿eh? ¡Divino, divino! Hace dos meses, mi vida es una sucesión de cólicas: las veo, y se me hacen así las vísceras, las oigo y trago bilis.... Primero las conferencias, después el ejercicio, en seguida el novenario y ayer ya hubo otra novedad... Se van á dedicar á la pedagogía.... Y yo, entretanto, ni cartas, ni hablar por el balcón, ni visitas, porque no hago más que sentarme y me huele á esencia de baño, son ellas.

—Carísima Concha... lucero... mi nebulosa... mi querer... ¡su abuela la tuerta.

¡Señor, esto no es posible! ¿Qué hago? ¿Qué hago, si me caso y se me meten en pleno hogar esos *cruiros?* Renuncio: me inscribo al gremio de los celibatarios.

Pero así son las mujeres: de que les da por la novedad... ¡ni Dios Padre las cambia! Mientras ella siga creyendo que todo lo hago porque me chocan; mientras insista en decir que son *cosas mías*, una de dos, ó transijo, lo cual es absolutamente imposible, ó me expongo á que el día menos pensado me declaren un muñeco sin voluntad y sin energía que mueven á su antojo, y yo aunque pobre, ¡no llego á tanto!

Y hasta eso, la quiero; comprendo sus cualidades, sé que su cariño para mí es grande, pero.... ¡esas Piedra, esas Piedra! ¡Pobrecilla, me da pena después de todo! Eso de llegar y decirle que..... pues que... que... y nada, que...

Ya me parece que la veo: se pondrá verde, comenzará á arrancarle el flaco al chal, sacará el pañuelo, hará pucheros y tendremos la escena, los reproches, los sentimientos; se informará la familia y nadie me concederá la razón, sino que saldrán luego con: ¡Este hombre! ¡qué genio! ¡pretextos para dejarte plantada! ¡pretextos para molestar á toda la familia! ¡Es un mal corazón! ¡un bandido! ¡un canalla y ¡las Piedra!... ¡Ah! ya me parece que las oigo: ¿No te lo dijimos, gacelita? ¿Ya lo ves? No te quiere..... Un hombre que así se conduce, es *fisiológicamente* imposible que te ame. ¡Ay, *lucero*, ya lo estás palpando! Fermín sólo trata de divertirse... no te dejes.... los hombres son llevados de por mal. No nos quiere, encanto mío, porque ve que nos interesamos por tí, porque sabe que te quitamos la venda de los ojos; cegada por el cariño, no ves su maldad; tu buen corazón lo disculpa, pero más tarde ya verás, ya verás cómo es capaz hasta de pegarte..... Póntele tiesa, permanece firme como un Juárez, delicia mía, y lo verás bajar la cabeza como un dócil *bovino!*

Ella, lo sé, no se pasarán tres días sin que me escriba pidiéndome las de arriba, llamándome como antes, *su Fermín* y entonces ya veremos lo que conviene hacer. No pienso enojarme completamente porque ¿para qué lo he de negar? ¡la quiero un poco! pero es el único modo: Llego hecho un ogro, le devuelvo sus cosas y entonces.... ¡ah!... ¡lo estoy mirando! Cuando vea que es de deveras, ¡no digo las Piedra, el mundo todo, se va á paseo! La conozco como á mis manos: ¡Volverá al redil..... ya lo verán ustedes!

Esta vez ¡firme! ¿De qué diablos le sirven á uno los pantalones? ¿Para qué es uno hombre? ¿No hay voluntad acaso? ¿La extraño? ¡Pues á ver á otra! no faltará. ¿Titubeo, me entra el mal humor? A reír con los amigos. ¿La recuerdo, graciosa, cariñosa... incomparable? Cojo un libro... Me meto á un teatro... Todo es que yo me lo proponga; nada de pasar por su casa, nada de hablar de ella; si me preguntan, diré que..... ¡está buena! Haré visitas, para contentar á los que he dejado de ver por ella y... Eso sí, á ciertas horas, como es natural, he de estar á punto de flaquear, porque eso de interrumpir una costumbre de tres años, así, de pronto, tiene sus consecuencias; pero en último caso, me voy á cualquiera parte, á una hacienda. Dicen que nada distrae de ese vacío que queda en el corazón cuando un amor se ha ido, ¡qué, no ha de haber nada! Con una poca de fuerza de voluntad... al otro lado. Además, esto es indispensable; si no me le pongo serio una vez, soy perdido.... Vale más una semana de fastidio, á toda la vida de pendencias... Sí, una semana, á lo sumo, durará la cosa... y mucho será que al cuarto día no me mande llamar. ¡Si la conozco!

¡Pobre Concha! No sabes que todo esto lo ha-

go porque te quiero; no sabes que el amor es una planta que para que no se seque, es necesario podarla á veces; ignoras que cuando el jarabe calmante de los consejos no da chispa, es preciso apelar á la cirugía, á los remedios enérgicos, al termo-cauterio; pero verás después que contentadota nos damos; te juro que bendecirás este paso violento que doy, porque seremos más felices; nunca brilla mejor el astro, que después de los grandes aguaceros: cambiarás, serás dócil, y entonces sí te juro que seré menos que un cordero de puro obediente; te pediré perdón de todo, ¡ya sabes cómo!

Mira, nos sentaremos en el sofá... nos veremos primero con indecisión..... después te conmoverás, se te humedecerán los ojos, te diré con voz muy dulce..... —¿Qué tienes, mi vida? Cuando oigas el *tú* sonreirás.—Nada...—Sí, mira—aquí le cojo las manos que ella tendrá el talento de no retirar.—Mira, ya todo pasó, ¿para qué amargarnos la vida? Ven acá, no seas tontita, no llores...—aquí le cojo la cabeza—apóyase en mi hombro: así... mírame, pero riéndose.... y sellemos la reconciliación con un ósculo de paz en la frente. ¿Verdad que todo lo olvidamos?—Sí. Pues ahora á ser muy felices.—¿Me quieres mucho?—¿Y me lo preguntas?—Ya lo sabes... pero eres muy malo.... porque...—Nada de explicaciones, ¡chist!—aquí le pongo la mano para taparle los labios.

Entonces ¿qué será capaz de impedirme que sea feliz?..... ¡Las Piedra! ¿Pero, Dios mío, por qué cuando sueño así, por qué cuando me remonto más alto, como un rayo me viene la idea de esas condenadas? Mira, Señor, si he pecado, la expiación de mis culpas ha pasado de la raya, yo sería el más bueno de los hombres, pero ya lo ves, malos pensamientos, infracciones á la Constitución Mosaica, todo lo hago por ellas que son mi eterna tentación; hazlas felices, pero que despejen el campo; llévatelas, Señor, llévatelas; quizá en otra parte serán más útiles que aquí.

Y ahora, amigo Don Fermín, valor, acuérdese usted de su sexo, hombre; piense en Sócrates cuando bebió la cicuta; en Cuahtemoc, cuando le quemaron los pies; en Juárez, cuando... ¡comparación de ellas! ¡vaya que es cargante una obsecación así! Vaya usted tomando su sombrero, su bastón, échese un trago de cognac por si faltaren fuerzas, váyase despacio pensando el preámbulo, y mucho cuidado con dejarse dominar por la emoción; voz lenta y grave, gesto impasible, ademán mesurado, y calma... vaya usted convencido de que habrá lágrimas, y así esté usted muriéndose por dentro, no ceda... no se deje enternecer por las palabras gemebundas; si le toman la mano, retírela; si le echan los brazos al cuello con gran galantería pero con gran firmeza, evite los contactos; oponga el ceño adusto á la caricia, y el laconismo á las protestas, y... ¡aquí te quiero ver, escopeta! Ella está en el balcón, nada de andar aprisa, amigo, no se raje: despacito, despacito, muy natural, como si tal cosa... ¿Para qué tira el cigarro si apenas lo acaba de encender?..... no tiemble y toque para que le abran... No se ajelatine como si tuviera mal de San Vito... ¡Adentro!

***

—Pues, chula (tosiendo y con la garganta seca, voz ronca), tengo que decirte algo grave (viéndose las uñas). He notado que hace días te portas conmigo.....

—¡No sigas adelante (precipitadamente); sale sobrando! Ya sé lo que me vas á decir: que te cansé, que te chocc..... que es preciso que todo acabe. Pues sí, mi vida, estoy de acuerdo. Eso es, ¿no?

—No, precisamente, Concha. Yo te iba á dar consejos sobre ciertas cosas...

—Ya estoy grandecita para eso.

—¡Concha! ¡Nunca me habías contestado así!

—¡Ah... pero porque no se había ofrecido!

—¡Te desconozco! Mira, Conchita; mira, vida mía; ¿por qué, si te quiero tanto, tanto, tanto.... porque, puedes creerlo, eres mi única... ¿por qué? ¿por qué?

—Porque vienes con malos modos, y una cosa es una...

—Dispénsame... Te prometo... No te enojes.

—Si no me enojo... sino que ya me conoces: por la buena, todo; por la mala... Y dispéneame si no me estoy contigo, pero tengo que salir.....

—No te apures, Concha, volveré...

—Como quieras; vendré á las seis. Voy á ver á las Piedra, porque bautizan á uno de los chiquitos.

—¡Ah, sí! Me haces favor de saludarlas. ¡Qué simpáticas son esas muchachas; yo las quiero mucho!

—Conque.... dame la despedida sin descom-

ponerme el fleco, y..... adiós. Eres otro cuando pones una cara así, amable y cariñosa como ahorita... así eres besable, Fermín... Me dispensas, ¿verdad? Pero ya ves, ellas son tan buenas conmigo y tan consecuentes, que se sentirían; y voy sin ganas, pero... me han mandado lo menos tres recados.....

—Haces bien, Concha. A los amigos... ¡ante todo! (Aparte). ¿Qué hubo, Don Fermín? ¡No hay remedio! De que ellas dicen por aquí, pasan sobre el mundo entero... Después de todo, yo me he portado bien; no había necesidad de enojarse; ¿para qué? Una cosa es ser consecuente, como lo he sido hoy, y otra que le pierdan el respeto, cosa que yo nunca permitiría. Primero me moriría que ceder.

Mierón.

LA MUJER DE SANTIAGO

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

SANTIAGO había dado permiso á la criada para que saliese aquella noche; se encerró en su despacho en donde ardía una viva claridad de leña, y bajando un tanto la mecha de la lámpara, cuya alta llama hería sus ojos de miope, se absorbió en la lectura de un libro. El timbre del reloj hizo oír diez campanadas, y en el silencio que sucedió, atravesó la casa una vibración de campanillas. Como no esperaba á nadie, no se movió. Resonó nuevamente una segunda llamada, y esta vez se levantó, tomó la lámpara y fué á abrir.

En la meseta aguardaba una forma negra. Santiago, en la onda de luz bruscamente proyectada por la pantalla, reconoció á su mujer.

—¡Tú! balbuceó.

Ella no se movió, no dijo una palabra, aguardando siempre. Por encima de ellos se abría el hueco de la escalera, que el gas iluminaba con la suave claridad de una veladora. Un rumor de voces subía de los pisos inferiores.

—Entra, exclamó Santiago; y la guió hasta el despacho, la hizo sentar en un sillón, y entonces se miraron fijamente. Hacía cinco años que no la había visto. Una noche, lo dejó por seguir á un amante, y al volver á la casa, la encontró vacía, y encima de una mesa, una carta escrita apresuradamente con lápiz, dos renglones de despedida. Y hoy, después de cinco años de ausencia, volvía, la tenía en frente, aun hermosa, con no sé qué de apagado, de triste, de marchito, que acusaba cansancio, sufrimiento. Llevaba un vestido negro, muy sencillo, tan usado que relucía en los codos y las costuras aparecían blancuzcas. Un hilo de plata corría por la sien izquierda. Parecióle á Santiago que algo había muerto en él, porque no se sentía conmovido.

Entonces, y como él no la dirigiese pregunta alguna, le contó, á cortas frases, sin rubor, que su amante la había abandonado la víspera, que había pasado el día llorando, que no había comido, que salió en la noche, y marchando sin rumbo, se encontró delante de la puerta y había subido.

Y él permanecía callado, y en este silencio, un silencio palpitante, pasaron cinco años de su vida, sus cinco años, de él y de ella. Cuando huyó, al encontrar la casa abandonada, se produjo un hundimiento de sus alegrías, una ruina de su existencia dichosa; imaginó que no se consolaría nunca, y vivió con una vida mutilada, sintiendo su razón vacilante. Y esto duró seis meses, un año.

No le llegó ninguna noticia de ella y la esperanza, que velaba aún en la catástrofe de su existencia, murió también. Entonces, ya no pensó más; se dejó ir como una pavesa. Luego, la casa, un blando nido, lo retuvo nuevamente; se volvió á encontrar, con sus mismas manías, en las habitaciones de siempre, en medio de los propios muebles; vino el olvido, como viene después de los grandes dolores, como viene después

de todo; y Santiago se rehizo su vida burguesa, de solterón satisfecho y tranquilo. Ella que lo dejó por correr tras lo que pensaba que era su felicidad, se consideró dichosa durante seis meses, un año, precisamente el tiempo que él pasó lamentándose, sufriendo; pero el despertar había sido terrible. Calmada su pasión, había juzgado, con la cabeza fría, al hombre que eligió, y por quien se proclamó libre, desafiando todas las conveniencias de la sociedad, renegando de todos sus deberes. Era pequeño, mezquino, no valía lo que su marido, y aquella existencia que soñó serena, una existencia de alegría y de felicidad, se convirtió en un calvario. Por cinco años, ligada á este hombre, había sufrido el disgusto de este concubinato sin amor, sin fe, sin sol, hasta el día que conoció el dolor de las pasiones muertas. Y después faltó el dinero, vino la miseria, hacía frío, y la cuerda, gastada, acabó por romperse. A su vez se encontraba abandonada, llorando de angustia y de soledad. Y ahora la vida los ponía en frente uno de otra, á la mujer y al marido, él convertido en un burgués, grueso y tranquilo, ella adolorida, fatigada, vencida, miserable.

Y como callaban, subían los rumores de la calle, un coche que se sacudía, un tendero que cerraba su establecimiento, un transeunte que silbaba, y su silbido se alejó, se apagó en la lejanía. Santiago removió las llaves en su bolsillo y el ruido que produjeron le hizo dar un salto; recordó las últimas palabras de su mujer.

—Tienes hambre, dijo.

Y fué á la cocina. Había aún un poco de caldo, todavía tibio, una pechuga de ave, que trajo. La sirvió en un extremo de la mesa, en donde extendió una servilleta, y en tanto que ella comía, hizo otro viaje á la cocina, trayendo un vaso, vino, y la ofreció qué beber. La consideraba ahora, veía sonrosarse sus mejillas, adivinaba que, ya satisfecha el hambre, un bienestar se apoderaba de ella, poco á poco, en esta atmósfera tibia. Cuando terminó, hablaron nuevamente.

—Te he encontrado dos veces, dijo ella, casi contenta. La primera, hace tres años, en un almacén de novedades; pasaste tan cerca de mí, que á poco te rozas conmigo. Me puse tan pálida como este mantel, pero te alejaste sin verme,

El se manifestó sorprendido, y ella continuó:

—Otra vez sí me viste. Llovía; yo estaba en una estación de omnibus, y tú entraste después; inmediatamente salí y me seguiste. Caminaba muy de prisa y oía detrás tus pasos. Luego perderías mi pista, porque me volví, y ya no estabas.

El no se acordaba de nada; estaba cierto de no haberla visto nunca. Ella le hizo también saber que había vivido cerca de él, en el mismo barrio, y Santiago se admiró de que, habiendo estado tan próximos, hubiese ignorado que estaba allí. Ahora se reclinaba blandamente en el sillón, se sentía retenida, como aletargada. Volvía á encontrar este sillón tal como lo conoció en otro tiempo; como hallaba todo, en su lugar. Nada había cambiado, los cortinajes eran los mismos, los muebles, los objetos, todo tenía un aspecto amistoso, un aspecto de buena acogida. Reinaba un ambiente de dulzura en esta casa de la que tomaba posesión, después de cinco años de ausencia; porque esta comida en el extremo de la mesa ¿no atestiguaba la reconciliación de ambos, el regreso á la casa? La lámpara era la misma que alumbraba sus besos de otros días, cuando se acercaba el uno á la otra, hablándose, en voz baja, de su amor. Había, pues, terminado aquella existencia equívoca, había dado fin la angustia y el disgusto de estos cinco años; volvería á ocupar su puesto en el hogar legítimo, cerca de un marido, que perdonaba. Y se forjaba días de felicidad, después de esta desgarradora página de su vida.

Santiago la contemplaba, muy tranquilo, sin sin un enternecimiento, sin una cólera. No le acudía á los labios ninguna palabra de reproche, ninguna de compasión. Aquella mujer que se encontraba allí sentada, era una extraña para él. La otra, la mujer á quien había amado, la esposa, no existía ya, su amor había muerto. Sin una palabra, entró á una pieza vecina, y volvió con un papel, un billete de cien francos, que la tendió:

—Necesitas dinero, la dijo. Y cuando seas más desgraciada aun, mándamelo decir.

La hizo levantar y tomó la lámpara. Ella, inconsciente, lo siguió. Al abrir él la puerta, comprendió que su sueño había terminado, comprendió que la despedía, que tenía que volver á la calle obscura, á su cuarto solo, en donde hacía frío, que era implacable. Y sus ojos se volvieron á él, implorando misericordia. Santiago, sin ver-

la, abrió la puerta. Cuando estuvo en la meseta, elevó la lámpara, la bañó de luz, como cuando había entrado, y repitió con voz tranquila, que tenía algo de una indiferente dulzura:

—Cuando tengas necesidad de algo, mándamelo decir.

La puerta se cerró detrás de ella, y Santiago escuchó en el silencio sus pasos vacilantes que bajaban la escalera.

Luis de Robert.

IDILIO COLUMBINO

A M. Larrañaga Portugal.

Ya acuden los amantes á la cita,
Dos palomas de nieve deslumbrante:
El es todo un Don Juan, bello y tunante,
Ella, una Doña Inés, ó Margarita.
Tiene él la audacia, que al pecado incita,
De un libertino hermoso y arrogante;
Ella, el pudor y la ternura amante
De la más delicada señorita.
De ambos se junta el sonrosado pico;
Despliega el seductor todas sus galas;
Ella abre de su cola el abanico.
Y, rendida, por buenas ó por malas,
Se oye bajo el rosal, de esencias rico,
Un susurro dulcísimo de alas.

Vicente Acosta.

México, 1896.

LA POESIA LATINO-AMERICANA

PENTELICAS

ANDRÉS A. Mata es un poeta inspirado, original é indolente.

Su musa extraña, que algunos acusan de lasciva, es como una de aquellas hetaíras pensadoras que asistían á las lecciones de Platón y paseaban la hermosura de sus formas del Pórtico al Ginecéo.

En el fondo, esa musa es casta. Sus prostituciones son únicamente de postura artística. Una virgen que sirve de modelo á Polignoto, avatar de las meretrices que había luego de inmortalizar Fidias con sus besos y su cincel. Ríe desnuda, y su risa no es obscena.

Tiene la desnudez casta de un niño en el baño.

Se prostituye, es verdad, pero con el recogimiento religioso de quien cumple un rito; como las vírgenes de Babilonia en brazos de los mercaderes extranjeros.

Oyendo aquella musa juguetear y reír entre las frondas de las extrañas selvas que forma su fantasía, se piensa en una ninfa violada por un

fauno, conservando la pureza del cielo en sus ojos verde-alga, bajo el beso violador del rey cabrío.

La musa de Mata cae y no se enloda; peca y no se envilece. Es como la Helena de Virgilio: eternamente pura. Cae sobre el lecho y se alza sorprendida. Se colorea á través de la malla como Venus en brazos de Marte; y siente el pudor casi virginal de la hija de Zeus bajo la mirada de los soldados aqueos, diezmados por su adulterio.

La crispatura del placer no descompone los lineamientos de sus formas, que apenas se extremecen bajo la caricia, como la ola bajo el golpe de ala del ave pescadora.

Y es una musa netamente indígena con remembranzas de la musa griega.

¿Cómo ha podido este bardo aborígene en cuya mirada hay retraladas como profundidades de nuestras selvas y estupefacción de paisajes tropicales, tener la noción clara de la belleza helénica y dar á muchos de sus creaciones los lineamientos puros de un mármol cincelado por Ictinius?

Igual fenómeno que en Leconte de Lisle, cuya musa criolla, nacida á la riba de los pantanos de la isla Borbón, mariposa gigantesca crecida entre las lianas de la selva impenetrable, emprendió el vuelo un día y fué á posarse directamente en los frisos del Partenón y enamorada de la eternal belleza no volvió á desprender de allí sus alas luminosas.

¿A qué grupo literario pertenece Mata? Lo han llamado decadente.

No; por la gloria de su nombre y de su musa quitadle ese vocablo.

Respetad al poeta.

No; él no va con ese grupo de buhoneros anémicos, vendiendo baratijas importadas, cuentecillas de colores y cintajos abigarrados para hacer capital con el engaño de las almas nulas, en las bajas capas de la intelectualidad. No; por su talento, y por su originalidad, él no pertenece á aquellos á quienes tan justamente llamó el crítico germano: *filibusteros del suceso.*

Simbolista? Acaso. La belleza es su símbolo y su ideal.

Parnasiano? No. Tampoco.

Ni los *Bousingots* de 1830; ni los *Impasibles* de 1865, que fueron como antecesores de los *Parnasianos* de Leconte de Lisle, puede decirse que hayan impreso su huella en el talento original de Mata.

En la literatura de su patria no tiene antecesores.

***

Los románticos habían llenado en Venezuela toda una época. El ruido de su sollozo gemebundo llenaba toda la poesía nacional. Con su grito de dolor habían poblado el eco de las ciudades y las selvas. Desmelenados, melancólicos, habían atravesado la escena de su tiempo, estos *vencidos sin combate*, cantando desesperaciones á lo Manfredo; trágicos amores á lo Werther y Oberman, melancolías irreparables de histerismos á lo René y desaparecían, dejando sólo á las generaciones por venir, el canto de sus dolores no sentidos; la comedia de sus desesperaciones convencionales; el recuerdo de un romanticismo sin altura, y la melodía de sus cantos que expiraba como el último acorde melancólico de la flauta de un zagal á la hora del crepúsculo vespertino en la llanura silenciosa.....

Como aquellos pájaros inmaculados descritos por Villiers de l'Isle Adam, en el *Tueur de Cygnes*, ese grupo de cisnes melancólicos, sorprendidos por la muerte con el alma llena de tristezas y la pupila llena de ensueños, iban tendiendo el vuelo, uno á uno, para no volver, y desaparecían, *vocalizando la muerte*, y blanqueando el horizonte con la proyección de sus alas fatigadas.

A la desaparición de aquellos pájaros místicos de la literatura, vientos de tempestad empezaban á soplar, y los últimos sobrevivientes de aquellos, ocultaban la frente bajo el plumón inmaculado y plegaban las alas á la sombra de los templos, en el silencio profundo, como siluetas de monjes perseguidos cuyo culto y cuyos ídolos empezará á profanar el huracán de la revolución.

El barómetro de las ideas anunciaba la borrasca y bien pronto vientos desencadenados hicieron gemir la vieja selva y cambiaron por completo los horizontes del cuadro.

A esos cisnes del romanticismo místico, sucedieron las águilas del combate y una generación de nuevos bardos, atrevida y vigorosa entró en la escena, murmurando estrofas que tenían el rudo fragor de la blasfemia; versos ineo-

noclastas que derribaban ídolos; haciendo luminosa la sonrisa de Voltaire sobre sus labios, amando la belleza con delirio, cantando al placer en sus espasmos más deleitosos y al pensamiento en sus vuelos más atrevidos.

Nada resistió el empuje de aquellos novadores.

Los ídolos huyeron espantados y se sintió un tropel de dioses fugitivos como aquel que expulsaba del Olimpo la carcajada de Luciano. Voces nuevas anunciaron que el dios Pan del romanticismo había expirado.

Todo cambió: las formas y la idea.

En el suelo, una extraña floración de cálices exóticos; en el cielo, nuevas estrellas de esplendor muy raro.

Los pontífices de la literatura, los hierofantes del antiguo culto los miraron avanzar con mal reprimida cólera.

No podían detenerlos ni guiarlos, porque, ¡ay! en su calificable egoísmo literario nada habían hecho por ellos y con una maldita esterilidad como de ascetas, morían sin generación sobre la dura roca en que se habían aislado con sus dolores ficticios, su fanatismo irracional y su orgullo hierático de augures. (*)

La nueva generación imperó sola, con sus ideas heterodoxas, lejanas del misticismo enfermizo de sus predecesores, y sus formas de verso nuevo lejano del *zorrillismo* romántico y del *lamartinismo* inconsolable, imperantes hasta entonces.

Generación racionalista en la idea y algo pagana en la forma.

Allá, entre los últimos de ella, por la edad, vióse aparecer un bardo cuasi adolescente recitando estrofas de una belleza rara, cuya belleza la ignoraba él mismo.

Era Andrés A. Mata.

Inculto, exuberante como el medio en que había nacido; lleno de tristezas atávicas; de melancolías extrañas, como de razas fugitivas destronadas; con el aliento de cóleras vengadoras cual si aleteasen en su alma juvenil todos los odios de la vieja raza india, cuyos huesos esperan la venganza en el fondo de cuevas ignoradas; así como Altamirano, cantor nostálgico insurrecto, artista inenito, alma llena de inspiraciones y de fuerza que esperaba el beso de la cultura para que brotase el genio, como el bloque de mármol el golpe del cincel para brotar la estatua, hizo su entrada en el mundo literario este bardo que ignoraba que en el fondo de su alma había un artista.

Como un pájaro silvestre, que ignora la melodía de sus gorjeos, Mata ignoró al principio la sublime armonía de sus cantares.

Fué el último que tuvo la revelación de su genio.

***

Inquieto, buscando ruta, mimado por los amigos, alentado por el público que empezaba á amar sus estrofas insurrectas, Mata vivió entre los bohemios.

No eran estos en Venezuela, como aquellos sus antecesores franceses del *impasse du Doyenné*, ó el hotel Pimodan, entre los cuales imperaban como soberanos Theophile Gautier vestido de árabe; Roger de Beauvoir en traje veneciano á la Veronés; Gerard de Nerval, durmiendo bajo su tienda de lona; Baudelaire destacando entre todos su perfil extraño y su aire de alucinado. No, estos no se embriagaban de *haschis*, ni usaban trajes raros, ni se ocupaban del sadismo y la astrología, ni se daban á leer libros de magia, ni las obras macabras de Aloysius Bertrand.

Eran un grupo de jóvenes alegres, decidores, de mucho talento, que acordaban el periodismo con el ruido de sus polémicas ardientes, y lo embellecían con el rumor de rimas admirables y el brillo de un diletantismo, que al definirse en escuelas había de dar esta novela, esta poesía y esta literatura que dan hoy á Venezuela puesto tan adelante en el movimiento literario de la América latina.

Entre ellos vivía Mata, viendo surgir estrofas de su cerebro como burbujas del champagne, y cantando á

L'eternel feminin de l'eternel Jocrisse

como diría Tristán Corbiére, y con sus ojos obstinadamente vueltos á la belleza inmutable.

Brotaba á veces de su lira el *verso rojo*, como chispa de fragua, y la iniquidad le arrancaba estrofas indignadas: *facit indignatio versum*, diría el poeta antiguo. Relámpagos en cielo de verano, pasaban pronto y la serenidad volvía á reinar.

(*) Sólo se salvaron y viven todavía, dignos de ser seguidos y admirados: Heraclio Martín de la Guardia, el gran poeta, la musa eternamente bella, y Arismendi Brito, la musa eternamente joven

No que Mata sea un romántico de aquellos descritos por la pereza femenil de Musset, que cree que no es poeta:

Celui qui ne sait pas, durant les nuits brûlantes
qui font pâlir d' amour l' etoile de Vénus
se lever en sursaut sans raison, les pieas nus,
marcher, prier, pleurer de larmes ruisselantes
et devant l' infini joindre dès mains tremblantes,
le cœur plein de pitié pour des maux inconnus.

Ni tampoco un parnasiano rígido de esos que exclaman:

Je hais le mouvement qui déplace les lignes
et jamais je ne pleure, et jamais je ne ris.

No; lejos de los extremos su musa juvenil, inquieta, vigorosa, se ensayaba en cantos de un helenismo refinado sin visos de imitación.

Para ventura de su originalidad, él ignoraba entonces de Verlaine y de Sully Prudhomme; de las *Neurosis* de Rollinat, y las *Fleurs du Mal* de Baudelaire; de las *Aveux* de Scheley; de Mallarmé y sus *Dieux de la Grece;* de Moreas y sus *Syrtes*, y de toda esa poesía importada, que al mezclarse con la nuestra ha luficionado tanto talento noble y ha hecho miserables copistas, de ingenios que habrían podido ser poetas estimables.

Sensitivo extraordinario, artista joven, cantó el placer, es verdad, pero con una voluptuosidad viril de raza nueva, y si pintó como el tenebroso autor de *Charogne*,

Les femmes de plaisir, les paupières livides,
bouche ouverte, dormant de leur sommeil stupide,

no lo hizo, no, por voluptuosismo profesional, sino porque su cuerda griega quiso tornarse allí en romana de la decadencia, y el enamorado de lo bello gozaba en recorrer esos lugares del vicio donde parecía sonar la última estrofa de Marcial y verse el último pliegue del manto de Petronio.

Mas no perdió en esas excursiones ni la pureza de su musa, ni la fuerza de su ingenio, y las guardó, artista celoso, para burlar esas estrofas que hoy da al mundo con el nombre de PENTÉLICAS.

Vayan ellas, mármoles ungidos, á recorrer la América, y sean luz de Aurora en este crepúsculo de las letras.

Vaya esa poesía viril á despertar los espíritus fuertes, dignos de seguirla; ó sea ante lo porvenir, monumento de orgullo y alegato de defensa cuando se trate de juzgar la esterilidad relativa de una época que condujeron á tan triste decadencia los imitadores serviles y los espíritus mediocres.

Qué como el dorso de una estátua antigua, hallada trunca en la campiña romana, sirva este libro para constancia del culto que una época, y una generación tributaron al *Arte*, á la *Verdad* y á la *Belleza*.

Vargas Vila.

HACIA LA ISLA

Qué tranquilo está el mar de mis ensueños!
La onda estremecida se desmaya,
moviendo apenas los flotantes leños
que al fin descansarán sobre la playa.....

Pobre el navío que al feral embate
perdióse en los marítimos regazos;
y, que á los golpes de las ondas, late
como un gran corazón hecho pedazos.....

¡Oh los flotantes leños del navío
que de ese mar rasgara las espumas,
como la evocación de un desvarío
en el apocalípsis de las brumas.....

Ven tú á la orilla de ese mar tranquilo
¡oh dulce amada de guedejas blondas!
Ese mar, á tus pies, besará el filo
de ese tu traje de adormidas ondas.....

Verás la luna con su disco puro
que traspasa la sombra en que te velas,
plateando el mar que luce entre lo oscuro
un franjeado temblor de lentejuelas.

Cien noches de esa luna á los destellos
quisiera junto á tí pasar tranquilas,
hasta que el sol dorase tus cabellos
y la aurora rayase en tus pupilas.....

«Revista Azul»

Por el sendero que la luna finge,
por la plateada franja, viajaremos,
con un boga callado cual la esfinge,
al fresco golpe de vibrantes remos ....

Y se hará el viaje hacia las islas blancas
donde florecen los eternos lirios,
que tú con mano temblorosa arrancas
para darles corona á mis martirios.....

Ahí, donde está el faro como el ojo
de un cíclope, al doblar por la ensenada,
hallaremos el último despojo
de mi Felicidad que murió ahogada.

Ahí donde á la isla cada onda
le simula ceñir nupcial anillo,
acaso fosco trueno nos responda
é ígneo rayo nos ciegue con su brillo.....

Pero cuando á la Isla misteriosa
llegues tú, como Venus de mis mares,
de cada espina brotará una rosa
y de cada suspiro cien cantares.

El dolor será gloria. El compungido
corazón saltará, cual salta el leño
que otra vez, de las playas del olvido,
arrastraran los tumbos del ensueño.

Esa isla es la Fe. La luna lanza
dormido resplandor, mientras que á solas
ese mar, que es el mar de la esperanza,
juega con las espumas de sus olas.....

Tú eres ¡oh amada! ¡oh luna de mis noches!
la que al surgir entre nevados tules,
haces romper á los Floridos Broches
y cantar á los Pájaros Azules!

PARA PIANO

El piano abre sus broches, y lánguidos ó ardientes
lanza en trémulos ayes sus cánticos soberbios;
y las tímidas notas surgiendo intermitentes
culebrean del piano por los ocultos nervios.

La nota ríe y llora. La nota se desliza;
cual víbora fantástica enróscase en un canto;
y cristalina bate su flámula de risa;
y cristalina vierte sus glóbulos de llanto.....

Ahí la nota trémula decae y languidece:
y luego que gorjea con soñador vahido,
surge en un golpe rápido, y crece y crece y crece,
y desbarata el beso con que formó su nido.....

Ahí la nota hinchada brinca y se congestiona,
y al inflarse temblando crece, revuela y sube;
y sube, y sube tanto, que al fin se desmorona,
cual gotá de rocío que cae de la nube.....

¡Oh cuánto dice el piano! Y en cuántas variaciones
al enredar sus hilos bordando va paisajes;
y en cuántos saltos locos salpica sus canciones;
y en cuántas crispaduras enrosca sus ramajes.....

¿Quién no siente en el alma la penumbra del piano
cuando apagado vibra con vibración de abismo,
al delicado roce de la convulsa mano
que crispa ese sonoro neurótico organismo.....?

El piano dice tánto con su rumor tan hondo
y con su leve lluvia de trémulo sonido,
que acaso, acaso debe tener allá en su fondo
cien aves que cantando pelean por un nido!

José S. Chocano.

NOCTURNO

¡Cómo atrae y cómo acompaña la luz del hogar, cuando de pronto la veis centellear en negra noche entre el ramaje! El corazón se ensancha, palpita, y os poneis á cantar. Todo aquel paisaje esfumado al carbón, que entristecía á los adormecidos ojos, cuando no sobrecogía al corazón con alguna de sus fantásticas deformidades, desaparece. Caballero y caballo ya no ven más que aquella luceclta. Los dos la conocen; los dos sienten su hechizo.

Trás, trás, trás, trás..... el caballo galopa más vivo. El caballero tararea su canción favorita.

De pronto, el caballo endereza las orejas; el caballero calla y escucha. No se oye ni el zumbido de un mosquito:

—Parecióme oír la voz del pequeñuelo!

¡Ilusión! Era el pío, pío de un pájaro que ha huído del nido sobresaltado. Y aquella luceclta aún está lejos, lejos..... pero centellea llena de vida.

Trás, trás,..... trás, trás..... El caballo precipita la marcha con airoso trote. El corazón del caballero se esponja y palpita de contento.

Otra vez el caballero recoge la brida y escucha.

—¡Gente se adelanta!..... serán los de casa... Todos vienen á recibirme.

¡Ilusión! Una bocanada de aire, enmarañando la cabellera de los pinos, no sé qué rumores ha fingido.

—¡Arre, caballo!

Trás, trás,..... trás, trás..... Pero desde la cima de este cerro parece que la luz se aleja. El caballo galopa bajo los sauces que cubren la bajada.

—¡Eeech!..... ¡Só!..... ¡No, no! ¡Arre, caballo! Creí que alguien lloraba, y es el agua que resbala arroyo abajo..... ¡Cómo se me oprime el corazón!..... ¡Bueno! ¡Ahora la luz se apaga! ¡Quizá ya no me esperen!..... ¡Ah! no; ya la vuelvo á ver! ¡Arre, arre caballo! que pronto llegaremos.

La luz ha crecido; un gran resplandor la rodea..... Y dentro de este resplandor el caballero imagina á toda la familia, esperándole en torno de la blanca mesa. La sopera humea, el cristal y la plata brillan; los niños engañan al sueño abriendo los ojos tanto como pueden; la madre escucha, inclinada sobre la ventana; la camarera cabecea de pie junto á su propia sombra, que dibuja sobre la pared su cuerpo. Hasta el solemne tic-tac del gran reloj de caja cree sentir el caballero.

Trás, trás, trás, trás..... ¡Anda, caballo, anda, que estamos cerca!

El caballo galopa al pie de robles centenarios que la obscuridad ha agigantado más. Es el robledar de la masía; bien lo conocen caballero y caballo. La luz oscila por los claros del bosque.

Trás, trás..... Pasado el robledal viene el camino de Abajo, encajonado entre ribazos, encima de los cuales asoman los árboles de la huerta.

De pronto el caballero se extremece. Un bulto negro se ha separado del ribazo, se encabrita un momento y luego se desliza camino adelante. Cuando vuelve la cabeza, sus ojos brillan como lucecitas: es el gato.

—Anda, caballo; ya llegamos.

¡Glup!..... ¡glup!..... ¡glup!.....

—Y tanto como estamos cerca: oye el *León* como ladra.

El caballo pasa al trote, se sacude la cola y crines, bracea ufano, lanza resoplidos, estornuda, relincha y llega tan anhelante á la verja de hierro, como el caballero. La verja abre paso franco con estruendo. Estalla un coro de voces queridas; grandes y pequeños rodean al caballero apenas echa pie á tierra; el *León* rompe el collar, brinca, lamiendo la cara y las manos del amo, mientras el gato le refriega el lomo arqueado por las piernas, culebreando y maullando tímidamente, y los niños, enracimados en los brazos del padre, rompen en risas y besos. La sonrisa esponja la cara de la esposa y brilla hasta en las caras de los criados.

Y cuando á la luz de la linterna, que oscila en las manos del mayordomo, sube la escalera la familia, el caballo, ya desensillado, se le escapa al mozo, brinca como un carnero y entra relinchando en el establo.

—¡Ah,—dice el señor, una vez arriba—ya estamos en casa! Bendita luz, tú eres el ojo adorado de la familia..... Cerrad las ventanas: que ya todos dentro del hogar, esta luz no dice nada á los de afuera.

Narciso Oller.

DE SOBRE-MESA

El Eco, periódico de no importa cuál parte del mundo, concede su más franco y decidido apoyo á las siguientes líneas, que toma de un «sabio publicista,» cuyo nombre, para mayor claridad, nos oculta cuidadosamente:

«Es bastante común el confundir la verdadera y saludable circulación de las riquezas, con el movimiento febril que presentan las bolsas; así como las colosales fortunas de uno que otro comerciante, ó la opulencia de algún dueño de establecimientos fabriles se toma erradamente como indicio de prosperidad en el comercio y las artes, y de bienestar y dicha en todas las clases de ciudadanos. Cuán infundado esto sea, cuán distante se halla de la verdad, quedará bien claro si se advierte que ni la prosperidad y poderío de un Gobierno es indicio bastante seguro de que disfruten mayor riqueza y felicidad la mayor parte de sus súbditos. A la sombra de algunos gobiernos que asombran al mundo con su grandeza, no vive una población inmensa, sumida en la más espantosa miseria.»

Perfectamente: *El Eco* se pasa con bagajes y todo de la moral evangélica, que recomienda el desprecio de las riquezas, al campo de Monseñor Ketteler, obispo de Mayenza, en donde se desliz un socialismo fúnebre, ennegrecido vagamente con algunas sombras de la patria de Schopenhaüer. Es sencillamente una protesta lanzada contra los Hirche, los Rotschilde, los Ephrusi, los Laffite, los Vanderbilt, los grandes *detentores* del dinero de los pobres, los infcuos secuestradores de la riqueza, á quienes es preciso castigar del horrible delito de haber atesorado pieza tras pieza algunos miles de millones, «al lado de una población que vive en la más espantosa miseria.» —Es preciso volver á comenzar el reparto, ya que éste ha sido mal hecho, y reducir á la nada el trabajo de algunas generaciones; estamos, pues, en pleno socialismo, y con objeto de ayudar al *Eco* en su tarea de regeneración social, me voy á permitir presentar el siguente

PROYECTO DE LEY.

«La gran agrupación de «Regeneradores de la Especie Humana,» ha estudiado con todo detenimiento las diversas causas que influyen poderosamente en la visible desigualdad de las clases sociales, y en el desequilibrio que en ellas reina, y cree poder presentar un cuadro completo de esas causas que están destinadas á desaparecer desde el momento que se adopte una nueva forma de repartición de las riquezas, que se ajuste en un todo á las leyes de la justicia y de la equidad, horriblemente violadas por una numerosa falange de protegidos por la fortuna, despiadados secarnecedores de una población inmensa, sumida en la más espantosa miseria.

«El primer hecho que se presenta al examen, es una especie de agio, funesto para la riqueza circulante, y que consiste en sustraer fraudulentamente, en silencio y dentro del mayor misterio posible, una pequeña suma del consumo diario, cantidad que, amontonándose poco á poco, forma primeramente el capital, y después la propiedad, esos dos atentados á la igualdad social. Los economistas, en su lenguaje altisonante, llaman á esta forma de secuestro, *ahorro*.—El ahorro constituye el primer elemento de desequilibrio, y la agrupación socialista de los «Regeneradores de la Especie Humana,» cree firmemente que mientras el ahorro subsista, habrá un núcleo de favorecidos, y la verdadera igualdad de condiciones sociales no se llevará á efecto. Hay, pues, necesidad de combatir el ahorro por todos los medios posibles.

«Como consecuencia natural del ahorro aparece el capital, esa injuria arrojada al rostro del proletario con desdeñosa altivez y que ha sido tan enérgica como hábilmente fustigado por el

ilustre Proudhon en su provechosa propaganda.

«El capital se presenta bajo mil fases distintas: ya es la máquina, el monstruo de acero, que cercena millones de brazos é impone la ley del hambre á millones de estómagos vacíos; ya el útil de labranza, ya la herramienta de trabajo, inventos cada vez más perfeccionados que hacen estéril la tarea manual del hombre y crean la competencia que devora víctimas con salvaje encarnizamiento, rebajando ignominiosamente la condición humana y justifica la opinión de uno de los más distinguidos prohombres del socialismo contemporáneo: los pueblos primitivos, sujetos á la esclavitud y la servidumbre, eran mucho más felices que las naciones civilizadas del siglo XIX.

«Al lado del capital se presenta la propiedad reclamando su parte en este festín de cínicas rapacidades; establece la renta y regala al obrero las migajas del banquete, bautizadas con el nombre de salario.—La propiedad es el crimen elevado al sublime rango de derecho; se apodera de la tierra, que es el patrimonio de todos los seres de la creación, la retiene, aparta sus productos y confisca la alimentación del género humano.

«¡Y si fueran éstas las únicas causas que se presentan á la desigualdad de las clases sociales! Otros hechos se ofrecen todavía al estudio de los «Regeneradores de la Especie Humana,» y reclaman con urgencia una reforma radical en la equitativa distribución de las riquezas. Citemos algunos de ellos.

«El constante desarrollo de la instrucción pública ha aumentado considerablemente el número de profesiones: los conocimientos se propagan con rapidez, de los colegios del Estado sale anualmente una falange de abogados, médicos, ingenieros, farmacéuticos y profesores que envilecen á los hombres sin profesión, y hay quien se consagra al estudio de los idiomas logrando poseer media docena con demérito del que ignora hasta su propia lengua.—Saber un idioma, como saber leer, es poseer un instrumento, y no hay que olvidar que los instrumentos como las máquinas, engendran el pauperismo, la desolación, la muerte.

«Y como si esto no bastara, el talento y la salud vienen á determinar nuevos desequilibrios sociales y á echar por tierra el ansiado régimen de la igualdad que la escuela socialista se complace en sostener con todo ahinco.—Es verdaderamente irritante el alto grado de longevidad que alcanzan algunos individuos, quienes parecen no comprender que el exceso de vida es una fuerte competencia que se hace á todos los seres que vienen al mundo. La salud, ese horrible privilegio de los fuertes, se perpetúa entre las clases acomodadas, en tanto que en los hospitales la anemia hace perecer á millares de obreros.

«Como un ejemplo de la desigualdad social que establece el talento y la inteligencia, podemos presentar lo que sucede todos los días en los establecimientos de instrucción: se observa allí que mientras la gran mayoría de los alumnos va paulatinamente impregnándose de los conocimientos humanos, un grupo de afortunados avanza con rapidez increible, y perjudica con sus progresos al gran número de sus compañeros.

«En vista de los motivos que lleva expuestos y que todavía podría seguir examinando, la Gran Agrupación Socialista de los «Regeneradores de la Especie Humana» tiene el honor de someter á la aprobación de los habitantes de la República Mexicana, los siguientes acuerdos:

«Art. I. Queda terminantemente prohibido el ahorro en todo el territorio de la República.

«Art. II. Queda de igual modo prohibida la propiedad.

«Art. III. Todas las máquinas, útiles de labranza, instrumentos de trabajo, etc., serán inmediatamente decomisados después de la expedición de esta ley.

«Art. IV. Ningún ciudadano podrá aprender más de un idioma.

«Art. V. El ejercicio de las facultades intelectuales será revisado por una comisión de los «Regeneradores de la Especie Humana», y reglamentada por ella.

«Art. VI. La longevidad de la vida humana no podrá prolongarse más de treinta años. La comisión se reserva el derecho de prorrogar este término en caso de epidemia.

«Art. VII. Todo ciudadano que tenga en el bolsillo del chaleco más de veinticinco reales, será inmediatamente pasado por las armas.

«Palacio de la Regeneración, á los 22 días del mes I de la Repartición Social y año I de la Felicidad Terrena.

«Por la Comisión, *A. Rapaz.*

«Por los «Regeneradores de la Especie Humana», el *Eco*».

Por la copia,

Monaguillo.

ÆRE PERENNIUS

Dame la sombra del laurel acerbo
Que gime á la ventisca
Y la hojarasca que desecha el serbo
Por donde el Pó sus márgenes enrisca.
Dame el amor de aquella luz ardiente
Del cielo azul adonde Atenas mira,
Y esa brisa de olores que suspira
Un suspiro de amor sobre la frente.
Venga á mi plectro el aire
De la antigua canción, y más amenos
Me serán y más ricos de donaire
Los tonos de los cánticos helenos.
Dame, oh bardo, las flores amarillas
De color de lo viejo.....
No quiero manto azul ni campanillas,
Colgados por mirarse en un espejo,
Del raudal de mi edad en las orillas.
Mis sueños son de ayer: quiero el idilio
Y no la estrofa femenil moderna;
Quiero ensayar un canto en que se cierna
La inspiración excelsa de Virgilio.
Más que los opulentos alijares
Que miran á la vega,
Hartos de azulejados alminares
En que arábiga pompa se despliega;
Más que el palacio señorial brillante
De pórtico esculpido en mármol rudo,
Y más que la riqueza deslumbrante
De columnas, blasón, clave y escudo,
Amo las ruinas de la sabia Grecia,
De Lacio en las campiñas, la casuca
Que de los tiempos el rigor desprecia,
La cornisa en que el ave se acurruca,
El roto capitel de hojas de acanto
Y la rota cariátide en que crece
La parietaria con el mirto santo,
Que así al favonio mece
La verde cabellera,
Como se me parece
De un yelmo de granito la cimera.
La patria del recuerdo, aquella tierra
Que en cerco de colinas
La Roma de los Césares encierra,
Me habla con la belleza de las ruinas.
La espléndida comarca
Que de hermosura guarda y poesía
Lo que la mente á comprender no abarca;
Aquella en que solía,
Con lira griega de melifluas notas,
Vibrar de Homero el épico lenguaje,
Que hoy apaga el clamor de las gaviotas
Y asorda el mar con su rumor salvaje,
Me arrebata á los mundos del ensueño,
Y ese país de los misterios dueño,
El Egipto teócrata, sapiente,
Que sembró el arenal yermo y tranquilo
De montañas del arte, cuya frente
Aun se refleja en el remoto Nilo;
Que en Heliópolis, templos hizo un día
Al sol que veneraba el íbis santo,
Ese Egipto... ¡A qué ideales de armonía
Arrastra el alma con su eterno encanto!
¡Qué vagos que se antojan al poeta
Y qué bellos también los carrizales
De verde plumazón que el aire inquieta!
¡Qué altivos cabe el monte los cedrales!
¡Qué lleno de memorias ese suelo
Del ancha Galilea,
Y quién nos diera contemplar su cielo
Cuando, al perderse, Cirio centellea
Tras el agria corona del Carmelo!
¡Valles de Sión! os sueño y me figuro
Que vienen á mi plectro en torbellino
Las brisas del Cedrón torbo y obscuro.
Del Olivar divino
Siento venir aromas tempraneros
Y cual turbión de viejos ruiseñores
Que arrancó de olorosos balsameros
El vendaval de los pasados días,
Vienen á mi laúd, pensando en versos,
Los gemidos del arpa de Isaías.
¡Oh numen! Si tu aliento soberano,
Nuevo Edipo ludibrio de la Esfinge,
Hallase de la forma el mundo arcano!
¡Si hablara el labio lo que el numen finge,
Mi acento fuera catarata hirviente,
Luz sideral, fragancia de jardines,
Carmen donde las alas del ambiente

Se impregnasen de lirios y jazmines!
.....
Así no es! Atónito me pierdo
En los sueños de ayer; mi fantasía
Yerra callada, estéril y sin guía
Por la extensión inmensa del recuerdo.

Caen sus hojuelas como nieve en copos,
Penden sus flores que la brisa orea,
Si quier vueltas al sol como eliotropos,
Lejanas del amor de sus penates...
¡Tal hacen columpiar el arpa hebrea.
Los sauces penativos del Eufrates!

Francisco Lopez Carvajal.

EL RIO DE ALDONZA

Es voz y fama que de Julio ardiente
En calurosa y húmeda mañana,
La tierna Aldonza virgen aldeana,
Lloró el desvío de un amor ausente;

Que sucumbió la joven inocente
De amargo duelo víctima temprana;
Y que al morir trocóse en la fortuna
Que hoy fluye cautelosa y transparente.

Recuerdan los viajeros con ternura,
Al vadear la fuente peregrina,
Tan extraña y acerba desventura.

Y el agrícola crédulo imagina
Ver de Aldonza la pálida figura
Envuelta de la tarde en la neblina.

Joaquín Arcadio Pagaza.

AZUL PALIDO

Este año el *signor* Sieni no ha aprisionado «al ruiseñor que canta en la enramada.» Manrique y Lohengrin, Leonora y Amina no vendrán á poner su nota de arte en los alegres días de nuestro *season* de invierno. El *empresario* no acude esta vez á la cita, después de tantas temporadas de amable fidelidad. Ah! vosotros los que habeis renegado de las genialidades de la Srita. Drogg, traed á la memoria aquella Santuzza de *Cavalleria rusticana* y aquella Valentina de *Hugonotes!* La sugestiva silueta os aparece en plena hermosura, un tanto provocativa, incitante y apetitosa, flor de otoño, que se baña en las caricias de un sol tropical, mientras allá, en el viejo bosque, las hojas caen de las ramas «como alitas de mariposas muertas.»—¡Perfidia! ¡Traición! Un fin de año sin ópera se me antoja un triste fin de año. Este paréntesis musical que el caballero Sieni abría á nuestras buenas veladas burguesas, nos reconciliaba con la

vida que tiene, como decía el pobre Becquer, sus eslabones de oro y sus eslabones de hierro. —Y ahora, seremos pérfidos cual de costumbre —pérfidos como la onda— y nos dedicaremos á hablar mal del Sr. Sieni porque no trae compañía, como antaño hablabamos mal de él porque la traía.—¡Oh *tædium vitæ*, eres invariable.

***

Pero ya que hemos de hablar de algo, hablemos de la zarzuela. Es decir, hablemos de la Rusquella, porque Fernanda es, en último análisis, el compendio—un bello compendio, ático y bullicioso—de la placentera musa inspiradora de mis amigos los cuasi-poetas hermanos Arcaraz. La Rusquella debe ser una artista muy talentosa cuando ha resistido á esa ingratitud de las multitudes que han aplaudido demasiado á sus ídolos. Todo público reclama siempre el destierro de Arístides. Y Fernanda triunfadodora, Fernanda invicta, pasa por encima de la hornaza sin consumirse en la roja pira.—Id á verla en ese cuadro de costumbres populares que se llama *Don Luis el tumbón*; no dejeis de escucharla en el *Tambor de granaderos*, cuadrito de género con algunos pincelazos de Goya y dos ó tres líneas de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós; y, sobre todo, volved á saboreadla en el *Rey que rabió*, siempre fresca humorada de Vital Aza.—Es ella el alma de aquella compañía, en la que hay actores tan sinceros como el veterano Labrada, incansables como Quijada é ingenuos como Obregón.—Ya que la zarzuela es nuestro único *bien*, tomémoslo en la copa en que nos lo brinda la Rusquella, en cuyo fondo chisporrotean las lucas burbujas granates y ambarinas de las canciones españolas.....

***

Un inteligente amigo mío me desliza estas dos pequeñas joyas literarias para que tú, mi buena amiga las paladees:

La ví rezando de hinojos
y no la he visto después.
¡Qué grandes eran su ojos!
¡y que pequeños sus pies!

Corazón, no te desmandes
si acaso turban tus sueños
aquellos ojos tan grandes
y aquellos pies tan pequeños.

Del árabe (nada menos!)
Yo hablaré siempre la harmoniosa lengua
en que mi madre me enseñaba á orar,
la lengua en que los hijos del Profeta
cantan himnos á Allah.
La hablaré removiéndome en la hoguera,
puesto mi cuello en el pilar cruel,
y si entonces hablar no puedo en ella,
en ella pensaré.

Petit Bleu.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50 Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico.
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 12 DE JULIO DE 1896. NUM. 11.

PAGINAS NUEVAS

TRISTAN E ISOLDA

DE "EL TRIUNFO DE LA MUERTE"

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL»]

En la sombra y en el silencio del espacio recogido, en la sombra y en el silencio extático de todas las almas, se elevaba un suspiro de la orquesta invisible, se exhalaba un gemido, una voz murmurante expresaba el primer llamamiento doloroso del deseo solitario, la primera y confusa angustia del presentimiento del suplicio futuro. Y este suspiro y este gemido y esta voz ascendían desde el sufrimiento vago hasta la agudeza de un grito impetuoso, que decía el orgullo de un sueño, la ansiedad de una aspiración sobrehumana, la voluntad terrible é inquebrantable de la posesión. Con una furia devoradora, como un incendio que estallara en un abismo desconocido, el deseo se dilataba, se agitaba, flameaba, siempre arriba, cada vez más alto, alimentado por la más pura esencia de una doble vida. La embriaguez de la llama melódica abarcaba todo; todo lo que hay en el mundo de soberano vibraba locamente en la inmensa embriaguez, exhalaba su alegría y su dolor más ocultos, sublimándose y consumiéndose. Pero, repentinamente, los esfuerzos de una resistencia, las cóleras de una lucha se estremecían y resonaban en el impulso de esta ascención tempestuosa; y aquel raudal de vida, estrellado contra un obstáculo invisible, se debilitaba, se extinguía, no brotaba ya más. En la sombra y en el silencio del espacio recogido, en la sombra y en el silencio palpitante de todas las almas, se elevaba un suspiro del Golfo Místico, moría un gemido, una voz desfallecida expresaba la tristeza de una soledad eterna, la aspiración hacia la eterna noche, hacia el divino, original olvido.

Y de pronto, otra voz, una voz de realidad humana, modulada por labios humanos, juvenil y poderosa, llena de melancolía, de ironía y de amenazas, una voz cantaba una canción marina, en lo alto del mástil, en el navío que llevaba al rey Marco la rubia esposa irlandesa. Cantaba: «La vista se expacía hacia Poniente; el buque marcha á Levante. Fresco sopla el viento hacia la patria. Hija de Irlanda ¿dónde estás? ¿Hincha mis velas el soplo de tus suspiros? Sopla ¡oh viento! sopla! ¡Ah qué desgracia! Hija de Irlanda! ¡Amor salvaje!» Era la admonición del centinela, la advertencia profética, alegre y amena-

zadora, llena de caricias y de burlas, indefinible. Y la orquesta caliaba. «¡Sopla, sopla, oh viento! ¡Qué desgracia! hija de Irlanda! ¡Amor salvaje!» La voz cantaba sobre la mar tranquila, sola en el silencio, en tanto que, bajo la tienda, Isolda, inmóvil sobre su lecho, parecía sumergida en el obscuro sueño de su destino.

Así se abría el drama. El soplo trágico que había ya agitado el preludio, pasaba y volvía á pasar por la orquesta. Repentinamente, el poder de destrucción se manifestaba en la mujer hechicera contra el hombre que había elegido, y á quien había consagrado á la muerte. Su cólera se desencadenaba con la energía de los ciegos elementos; invocaba todas las fuerzas terribles de la tierra y del cielo para destruir al hombre que no podía poseer. «¡Despierta á mi llamamiento, poder indomable! ¡Surge del corazón en que te ocultaste! ¡Oh vientos inciertos, oid mi voluntad! ¡Sacudid el letargo de este mar en calma! ¡Resucitad de las profundidades los implacables ansias! ¡Enseñadle la presa que le ofrezco! ¡Destrozad el navío! ¡Hundid los fragmentos! Todo lo que palpita y respira ¡oh vientos! os los doy en recompensa.» Al canto del centinela responde el presentimiento de Brangania. «¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Qué catástrofe presiento, Isolda!» Y la mujer dulce y abnegada trata de calmar este furor loco. «Oh, cuéntame tu tristeza, Isolda. Díme tu secreto.» E Isolda: «¡Mi corazón se sofoca! ¡Corre, corre la cortina!»

Tristán aparecía de pie, inmóvil, con los brazos cruzados, la mirada fija en las lejanías del Océano. Desde lo alto del mástil, el centinela dejaba oir nuevamente su canción, en la marea ascendiente de la orquesta: «¡Desgracia!..... ¡Desgracia!.....» Y en tanto que los ojos de Isolda, iluminados por una llama sombría, contemplaban al héroe, el motivo fatal se elevaba del Golfo Místico: el grande y terrible símbolo de amor y de muerte en el que se había encerrado toda la esencia de la trágica ficción. Y, con sus propios labios, Isolda profería la sentencia: «Elegido por mí, perdido por mí!»

La pasión hacía estallar en ella una voluntad homicida, despertando en las raíces de su sér un instinto hostil á la vida, una necesidad de disolución, de aniquilamiento. Se exasperaba buscando dentro de sí misma y en derredor suyo un poder formidable que hiriera y destruyera sin dejar huellas. Su odio se volvía más atroz á la vista del héroe, sereno é inmóvil, que sentía las amenazas condensarse sobre su cabeza y que conocía la inutilidad de toda resistencia. Su boca se contraía por un amargo sarcasmo. «¿Qué piensas de este siervo?» preguntaba á Brangania, con una sonrisa inquieta. De un héroe hacía un siervo; se declaraba dominadora. «Dile que ordeno á mi vasallo que tema á su soberana, á mí, á Isolda!» Tal era la provocación que le enviaba para una lucha suprema; tal era el reto que la fuerza arrojaba á la fuerza. Una sombría solemnidad acompaña la marcha del héroe hacia el dintel de la tienda, cuando la hora irrevocable ha sonado, cuando el filtro ha llenado la copa, cuando el destino ha apretado ya su círculo en torno de las dos vidas. Isolda, apoyada en su lecho, pálida como si la fiebre hubiese consumido toda la sangre de sus venas, espera silenciosa; silencioso Tristán, aparece en el umbral: uno y otro en lo alto de toda su altura. Pero la orquesta da á conocer la indecible ansiedad de sus almas.

Desde este momento, comenzaba la tempestuosa ascensión. Parecía como que el Golfo Místico se inflamaba de nuevo como una fragua, y arrojaba más altas, cada vez más altas, sus llamaradas sonoras. «Unico filtro de un dolor eterno, salvador brevaje de olvido, bebo sin temor!» Y Tristán se acercaba la copa á los lábios. «¡Para mí la mitad! ¡La bebo por tí!» exclamaba Isolda arrancando la copa de sus manos. Y la dorada copa caía, vacía.—¿Habían bebido la muerte? ¿Iban á morir? Instante de suprema agonía. El filtro de muerte no era sino un veneno de amor, que penetraba en ellos un fuego inmortal. Admirados al principio, inmóviles, buscaban en sus ojos los indicios de la muerte, á que se habían entregado. Pero una vida nueva, incomparablemente más intensa que la que habían vivido, agitaba todas sus fibras, palpitaba en sus sienes y en sus brazos, henchía sus corazones de una ola inmensa.—¡Tristán!—¡Isolda!—Se llamaban; estaban solos; nada en torno de ellos subsistía; las apariencias se habían borrado; el pasado desvanecido; el porvenir era una noche negra que los relámpagos de la reciente embriaguez no podían iluminar. Vivían; se llamaban con vibrante voz; se sentían atraídos por una fatalidad que en adelante no podría contrarrestar ninguna fuerza.—¡Tristán!—¡Isolda!

Y la melodía de la pasión se desplegaba, se prolongaba, se exaltaba, palpitaba y sollozaba, resonaba y cantaba en la profunda tempestad de las harmonías siempre más agitadas. Doliente y alegre, tomaba un irresistible impulso hacia las cimas de los éxtasis desconocidos, hacia las cimas de la suprema voluptuosidad. «Fuera del mundo, ya te poseo, en fin, ¡oh tú, que únicamente llenas mi alma! supremo deleite de amor!»

«¡Salve, salve á Marcol salve! grita la tripulación, entre las sonoridades de las trompetas, saludando al rey que se aproxima á la playa, para salir al encuentro de su pálida desposada. ¡Salve á Cornouailles!»

Es el tumulto de la vida común, es el clamor de la alegría profana, es el resplandor deslumbrante del día. El Elegido, el Perdido, elevando una mirada hacia donde flotaba la obscura nube del ensueño: «¿Quién se acerca?—El Rey—¿Qué Rey?» Isolda, pálida y convulsa bajo su manto real, exclama: ¿En dónde estoy? ¿Vivo todavía? ¿Tengo que vivir todavía?» Dulce y terrible, el motivo del filtro asciende, envolviéndolos, estrechándolos, en su espiral ardiente. «¡Salve á Marco! ¡Salve á Cornouailles! ¡Gloria al Rey!»

Pero en el segundo preludio, todos los sollozos de una alegría demasiado grande, todas las palpitaciones del deseo exasperado, todos los sobresaltos de un anhelo furioso, alternaban, se mezclaban, se confundían. La impaciencia del alma femenina comunicaba sus estremecimientos á la inmensidad de la noche, á todas las cosas, que, en la pura velada de estío, respiraban y vivían. El alma embriagada dirigía sus llamamientos á todos los objetos, para que permanecieran vigilantes bajo las estrellas, para que asistiesen á la fiesta de su amor, al banquete nupcial de su dicha. Insumergible en el océano inquieto de la harmonía, la melodía fatal flotaba, iluminándose, obscureciéndose. Las olas del Golfo Místico, semejantes á la respiración de un pecho sobrenatural, se henchían, se elevaban, se serenaban, para elevarse de nuevo, para caer, para calmarse nuevamente.

«¿Oyes? Me parece que los ruidos se han disipado en lontananza.» Isolda no escucha ya sino los rumores imaginados por su deseo. Las fanfarrias de la caza nocturna resuenan en el bosque, claros, cercanos. «Es el murmullo engañador de las hojas agitadas por el viento..... Este sonido tan dulce no es el de los cuernos; es el suspiro de la fuente que corre en la noche silenciosa»... No oye ya sino los sonidos encantados que el deseo suscita en su alma, creando en ella el viejo y siempre nuevo sortilegio. En la orquesta, como en sus sentidos engañados, las resonancias de la cacería se trasforman mágicamente, se disuelven en los rumores infinitos de la floresta, en la misteriosa elocuencia de la noche estival. Todas las voces ahogadas, todas las seducciones sutiles, envolvían á la mujer anhelante, sugiriéndola la embriaguez cercana, mientras que Brangania la advertía y la suplicaba en vano, en el terror de sus presentimientos:» ¡Oh, deja que resplandezca la antorcha protectoral ¡Deja que su luz te enseñe el peligro!» Nada tiene el poder de iluminar la ceguedad del deseo. «Aun cuando fuese la antorcha de mi vida, sin temor la apagaría. Y sin temor la apago.» Con un ademán de desdén supremo, intrépida y soberbia, Isolda arroja la antorcha á tierra, ofreciendo su vida y la del Elegido á la noche fatal; entraba con él en la sombra, para siempre.

Entonces el más embriagador poema de la pasión humana se desarrolla triunfalmente, como en espiral, hasta las cimas del delirio y del éxtasis. Era el primer abrazo frenético, impregnado de voluptuosidad y de angustia, en el que las almas ávidas de confundirse, encontraban el obstáculo impenetrable de los cuerpos; era el primer rencor contra el tiempo en el que amor no existía, como el pasado, vacío é inútil. Era el odio contra la luz hostil, contra la pérfida claridad que aguzaba todos los sufrimientos, que suscitaba todas las apariencias falaces, que favorecía el orgullo y oprimía la ternura. Era el himno á la noche amiga, á la sombra bienhechora, al divino misterio en el que se descubrían las maravillas de las visiones interiores, en el que se oían los clamores lejanos de los mundos, en el que ideales corolas florecían en ramas inflexibles. «Desde que el sol se ha ocultado en nuestro pecho, las estrellas de la felicidad exparcen su luz risueña.»

Y en la orquesta resonaban todas las elocuencias, cantaban todas las alegrías, lloraban todos los dolores que la voz humana ha podido expresar. Las melodías surgían de las profundidades sinfónicas, se desarrollaban, se interrumpían, se

sobrepujaban, se mezclaban, se confundían, se disolvían, desapareciendo para aparecer de nuevo. Una ansiedad más y más inquieta y desgarradora pasaba por todos los instrumentos y expresaba un contínuo esfuerzo inútil para llegar á lo inaccesible. En la impetuosidad de las progresiones cromáticas, había la loca carrera hacia un ideal, que huía de toda posesión, aunque resplandeclese muy cercano. En los cambios de tono, de ritmo y de medida, en la sucesión de las síncopas, había un movimiento sin tregua, un ansia sin límites, el largo suplicio del deseo siempre engañado y nunca extinto. Un motivo, símbolo del eterno deseo eternamente exasperado por la posesión no realizada, volvía á cada instante con una persistencia cruel; se prolongaba, dominaba, tan pronto iluminando las cimas de las ondas harmónicas, tan pronto obscureciéndolas con una ola fúnebre.

La terrible virtud del filtro operaba en el alma y en la carne de los dos amantes consagrados ya á la muerte. Nada podía extinguir ó apaciguar este arder fatal; nada, excepto la muerte. En vano habían intentado todas las caricias; habían en vano reunido todas sus fuerzas en un abrazo supremo para convertirse en un solo sér. Sus suspiros de voluptuosidad se convertían en sollozos de angustia. Un obstáculo infranqueable se interponía entre ellos, los separaba, los transformaba en extraños y solitarios. Su sustancia corporal, su personalidad viviente era este obstáculo. Y un odio secreto nacía en uno y otro: una necesidad de destruirse, de aniquilarse; una necesidad de hacer morir y de morir. En las mismas caricias, reconocían la imposibilidad de franquear el límite material de sus sentidos humanos. Los labios al encontrar los labios, se detenían.—¿Qué es lo que sucumbiría con la muerte, decía Tristán, sino lo que nos separa, lo que impide á Tristán amar á Isolda por siempre, vivir eternamente para ella sola?» Y ya entraban en la sombra infinita. El mundo de las apariencias desaparecía. «Así, decía Tristán, moriremos, sin desear vivir sino para el amor, inseparables, siempre unidos, eternamente, sin despertar, sin cobardía, sin nombre en el seno del amor.»..... Las frases se oyen claramente en el *pianissimo* de la orquesta. Un nuevo éxtasis trasporta á los dos amantes y los arrastra hasta el dintel del maravilloso imperio nocturno. Ya gozan anticipadamente de la beatitud de la disolución, sintiéndose libres del peso de sus personas, sintiendo sublimarse su sustancia y flotar difusa en una alegría eterna. «Eternamente, sin despertar, sin cobardía, sin nombre»... «¡Atended! ¡Atended! La noche cede al día, advierte en lo alto Brangania, invisible. Atended!» Y el estremecimiento del rocío matinal atraviesa el parque, despierta las flores. La luz fría del alba asciende lentamente y cubre las estrellas que palpitan con mayor vivacidad. «Cuidado!» Inútil advertencia de la fiel vigía. Ellos no escuchan: ellos no quieren, no pueden despertar. Ante la amenaza del día, se sumergen cada vez más en esta sombra á donde no puede llegar jamás ninguna luz de crepúsculo. «¡Que eternamente nos envuelva la noche!» Y un torbellino de harmonías los rodea, los estrecha en sus espíritus vehementes, les conduce hacia la apartada orilla que su deseo invoca, allá, en donde ninguna angustia oprime el impulso del alma amante, más allá de toda distancia, más allá de todo dolor, más allá de toda soledad, en la serenidad infinita de su sueño supremo.

«¡Huye, Tristán! Es el grito de Kurwenal, después del grito de Brangania. Es el asalto improviso y brutal que interrumpe el abrazo extático. Y en tanto que el tema de amor persiste en la orquesta, el motivo de la caza estalla con un estrépito metálico. El rey y los cortesanos aparecen. Tristán oculta bajo su amplia capa á Isolda tendida en su lecho de flores. Allí la roba á las miradas y á la luz, afirmando con este ademán su dominación, significando su indudable derecho. «El día, el triste día, por la última vez.» Por la última vez, en la actitud tranquila y resuelta de un héroe, acepta la lucha contra las fuerzas extrañas, cierto de que en adelante nada podrá modificar ó suspender el curso de su destino. Y mientras que el soberano dolor del rey Marco se exhala en una melopea lenta y profunda, él permanece silencioso, impenetrable en su secreta idea. Y finalmente, responde á las preguntas del rey: «No puedo revelarte este misterio. Nunca sabrás lo que pretendes.» El motivo del filtro condensa en esta respuesta la obscuridad del misterio, la gravedad del irreparable acontecimiento. «¿Quieres seguir á Tristán, oh Isolda? pregunta á la reina sencillamente, en presencia de todos. A la tierra donde me dirijo, no resplandece el sol. Es la tierra de las tinieblas, el país noctur-

no de donde me envió mi madre, cuando concebido por ella en la muerte, nací en medio de la muerte.....» E Isolda: «Allá, donde está la patria de Tristán, quiero ir Isolda. Quiero seguirlo, dulce y fiel, por el camino que él la enseñe.....»

Y el héroe moribundo la precede en esta tierra, herido por el traidor Melot.

Sin embargo, el tercer preludio evocaba la visión de la orilla lejana, de los arrecifes áridos y desolados, en donde, en ignoradas ensenadas, el mar parecía llorar sin descanso un dolor inconsolable. Una bruma de leyenda y de misteriosa poesía envolvía las formas rígidas de las rocas, vistas como en una alba incierta ó en un crepúsculo casi apagado. Y el eco de la zampoña pastoril despierta las imágenes confusas del pasado, de las cosas perdidas en la noche de los tiempos.

«¿Qué dice el viejo lamento? suspira Tristán. ¿Dónde estoy?»

El pastor modula en la frágil caña la inagotable melodía, trasmitida por los antecesores á través de las edades; y en su profunda inconsciencia, se muestra sin inquietud.

Y Tristán, en cuya alma todo lo habían revelado estas humildes notas: «No me encuentro en el lugar de mi sueño. ¿Pero, en dónde he estado? No podría decirlo. Allí no he visto ni al sol, ni á los habitantes; pero lo que he visto, no podría decirlo..... Allí fué en donde siempre he estado; allí adonde iré por siempre: al vasto imperio de la noche universal. Una sola y única ciencia nos enseñan allí: el divino, el eterno, el original olvido». El delirio de la fiebre lo agita; el ardor del filtro corroe sus fibras íntimas. «¡Oh, lo que yo sufro, no puedes tú sufrirlo! Este deseo que me devora, este fuego implacable que me consume..... ¡Oh, si pudiera explicártelo; si pudieras comprenderme!»

Y el pastor inconsciente soplaba, soplaba en su zampoña. Era el mismo aire; las notas eran siempre las mismas: hablaban de la vida que no existe, hablaban de las cosas lejanas y aniquiladas.

«Antigua y grave melodía, decía Tristán, tus sonidos lamentables llegaban hasta mí en los vientos de la tarde, cuando, en un tiempo lejano, la muerte del padre fué anunciada al hijo. En el alba siniestra me buscabas, más y más inquieta, cuando el hijo supo la suerte de la madre. Cuando mi padre me engendró y murió, cuando mi madre me dió al mundo, la vieja melodía llegaba también á sus oídos, lánguida y triste. Un día me interrogó y de nuevo me habla todavía. ¿Para qué destino he nacido? ¿Para qué destino? La vieja melodía me lo repite: Para desear y morir! Para morir de desear!—Oh, no, no! No es este tu verdadero sentido..... Desear, desear, desear hasta en la muerte; pero no morir de desear»..... Más y más poderoso, cada vez más tenaz, el filtro lo corroía hasta la médula. Todo su sér se agitaba en el insoportable espasmo. Por momentos la orquesta tenía crepitaciones de hoguera. La violencia del dolor lo traspasaba con una impetuosidad de ráfaga, avivando las llamas. Súbitos sobresaltos lo sacudían, gritos atroces se le escapaban, sollozos ahogados lo extinguían. «¡El filtro! ¡el filtro! ¡el terrible filtro! ¡Con qué furia lo siento subir de mi corazón á mi cerebro! ¡Ningún remedio en lo futuro, ninguna muerte tranquila puede libertarme de la tortura del deseo. En ningún lugar ¡ay! en ningún lugar encontraré el reposo. La noche me rechaza hacia el día, y el ojo del sol se complace en mi perpetuo sufrimiento! ¡Ah! cómo el sol ardiente me quema y me consume! Y no tener nunca ni aun el consuelo de una sombra para este ardor devorante! ¿Qué bálsamo podría procurar un alivio á mi horrible suplicio?» Llevaba en sus venas y en su médula el deseo de todos los hombres, de toda la especie, amasado de generación en generación, agravado por las faltas de todos los padres y de todos los hijos, embriagueces de todos, angustias de todos. En su sangre florecían de nuevo los gérmenes de la concupiscencia secular, se mezclaban las impurezas más diversas, fermentaban los venenos más sutiles y los más violentos que, desde las edades inmemoriales, purpurinas bocas sinuosas de mujeres habían vertido en labios masculinos, ávidos y subyugados. Era el heredero del mal eterno. «Este terrible filtro que me condena al suplicio, he sido yo, yo mismo, quien lo ha preparado. Con las agitaciones de mi padre, con las convulsiones de mi madre, con todas las lágrimas de amor vertidas en otros tiempos, con la risa y con los lloros, con las voluptuosidades y con las heridas, he preparado por mí mismo el veneno de este filtro. Y lo he bebido á grandes tragos deliciosos... ¡Maldito seas, filtro terrible! Maldito sea el que te pre-

paró»..... Y caía en su lecho, extenuado, inanimado, para volver de nuevo á la vida, para sentir aún el ardor de su llaga, para ver todavía con sus ojos alucinados la imagen soberana atravesando los campos de la mar. «Ya viene, ya viene ella hacia tierra, blandamente mecida sobre grandes olas de flores embriagantes. Su sonrisa vierte sobre mí un divino consuelo; me trae el descanso supremo»... Así invocaba, así *veía*, con sus ojos cerrados para lo futuro á la luz común, á la maga, á la dueña de todos los bálsamos, á la curadora de todas las heridas. «Viene, viene, ¿no la ves?» Y las ondas conmovidas del Golfo Místico hacían surgir confusamente de las profundidades todas las melodías ya oídas, las arrastraban, las sumergían en un abismo, las elevaban á la superficie, las estrellaban: aquellas que habían expresado la angustia del combate decisivo en el puente del navío; aquellas en que se había oído el hervor del brevaje vertido en la copa de oro y el zumbido de las arterias invadidas por el fuego líquido; aquellas en que se escuchó el misterioso aliento de la noche de estío invitando á voluptuosidades sin fin, todas las melodías, con todas las imágenes y todos los recuerdos. Y sobre este inmenso naufragio, el fatal motivo pasaba, osado, soberano, implacable, repitiendo á intervalos la atroz condena: «¡Desear, desear, desear hasta en la muerte; pero no morir de desear!»

«¡El barco arroja el ancla! Isolda! He aquí á Isolda!» exclama Kourwenal desde lo alto de la torre. Y en el delirio de su alegría, Tristán, arrebatando las vendas de sus heridas, excita á su propia sangre á correr, á inundar la tierra, á empurpurar el mundo. A la aproximación de Isolda y de la Muerte, Tristán cree *oir* la luz. «¿No oyes la luz? ¿no escuchan la luz mis oídos?» Un gran sol interior lo deslumbra; todos los átomos de su substancia despiden rayos de sol que, en ondas luminosas, se expanden por el universo. La luz era música, la música era luz.

Y entonces el Golfo Místico irradia realmente como un cielo. Las sonoridades de la orquesta parecen imitar esas lejanas harmonías planetarias que en otros tiempos las almas de los contempladores creían sorprender en el silencio nocturno. Poco á poco, los largos extremecimientos de inquietud, y los largos sobresaltos de angustia, las ansias de los irrealizables anhelos y los esfuerzos del deseo jamás satisfecho, todas las agitaciones de la miseria terrestre se colmaban, se disipaban. Tristán había por fin franqueado el límite del «maravilloso imperio;» había por fin entrado en la noche eterna. Isolda, inclinada sobre el despojo inerte, sentía por fin disolverse lentamente el peso que todavía la doblegaba. La noche fatal, cada vez más clara y más solemne, entonaba el gran himno fúnebre. Después, las notas, semejantes á hilos etéreos, se iban afinando para tejer al rededor de la enamorada velos de diáfana pureza. Comenzaba, de este modo, una especie de asunción alegre, por gradaciones de esplendor, en las alas de un himno. «¡Qué suave y dulce sonrisa! ¡cómo abre graciosamente los ojos! Vedle amigos ¿no le veis? ¡Cómo brilla con luz siempre más clara! ¿No le veis? ¿Solamente yo oígo esa melodía nueva, infinitamente dulce y consoladora, que surge de las profundidades de su sér, y me trasporta, y me penetra, y me rodea?» La hechicera de Irlanda, la formidable dueña de los filtros, el árbitro hereditario de las obscuras fuerzas terrestres, la que, desde lo alto del navío, invocó los torbellinos y las tormentas, cuyo amor había elegido al más fuerte y al más noble de los héroes para envenenarlo y perderlo; la que había cerrado el camino de la gloria y de la victoria á un «dominador del mundo,» la envenenadora, la homicida, se transfiguraba, en virtud de la muerte, en un sér alegre y luminoso, exento de toda pasión impura, libre de todo bajo afecto, que palpitaba y respiraba en el seno del alma difusa del universo. «¿Esos sonidos más claros, que corren á mis oídos, son las ondas de brisas suaves? ¿Debo respirar? ¿Debo beber? ¿sumergirme? ¿naufragar en los vapores y en los perfumes?» Todo se disuelve en ella, se funde, se dilata, torna á la fluidez original, al inmenso océano primitivo de donde nacen las formas y en el que desaparecen las formas para renovarse y renacer. En el Golfo Místico, las transformaciones y las trasfiguraciones se realizan de nota en nota, de harmonía en harmonía, sin interrupción. Parece como que todas las cosas se descomponen allí, exhalan sus esencias ocultas, se cambian en símbolos inmateriales. Colores que jamás han aparecido en los pétalos de las flores más delicadas; perfumes de una sutileza casi imperceptible, flotan; visiones de paraísos ignorados se revelan en un resplandor; gér-

menes de mundos nuevos surgen... Y la doliente embriaguez asciende, asciende: el coro del Gran Todo cubre la única voz humana. Transfigurada, Isolda entra en el maravilloso imperio triunfalmente: »Perderse..... abismarse..... desvanecerse sin conciencia en la infinita palpitación del alma universal: supremo deleite!».....

Gabriel D'Annunzio.

SOL PONIENTE

.....Con el alma cubierta de luto
Te escribo estos versos,
Que vuelan errantes buscando el albergue
Que les brinda piadoso tu pecho.....
Y entre el grupo de rosas marchitas
Que su dulce fragancia perdieron,
Hundo la cabeza
Loraudo en silencio,
Mientras surge en el fondo del alma
Como un rayo de sol tu recuerdo!
¡Fúlgidas quimeras
Que nutrí con mi llanto de fuego,
Esperanzas de dicha, más dulces
Que la hermosa promesa del Cielo!
Dónde habeis huído
Que os miro tan lejos.....?
Tan lejos del alma que fué vuestra cuna
Y que anhela encontraros de nuevo!
....
....
Ya la noche desciende al camino,
La fúnebre sombra descorre su velo
Y en el eter lejano despuntan
Con tímido brillo los astros primeros.
El ocaso distante se enciende
Con rojizos fulgores de incendio
Y un último rayo del sol moribundo
Que atraviesa un celaje de fuego,
Ténue se difunde
En la gasa opalina del cielo.....
Contemplando la luz del poniente
Me parece mirar tus cabellos
Y surge á mis ojos tu imagen, radiosa
Como el hada que inspira mis ensueños.
En sus horas de ardiente nostalgia
El alma te evoca sedienta de afecto,
Y entonces te siento muy cerca, tan cerca
Que percibo el latir de tu pecho!
¡Oh! ¡ven siempre al morir de la tarde,
Cuando todo yace dormido en silencio,
Por que siempre en sus horas de angustia
Te espera impaciente mi espíritu enfermo,
Mientras surge en el fondo del alma
Como un rayo de sol tu recuerdo!.....

Juana Borrero.

Isla de Cuba, 1895.

CABEZAS DE PIPA

BRICH

Así lo llamábamos, en la intimidad. Su nombre de pila lo ignoro. Más de una vez nos lo repitió él, pero la memoria.....

El prototipo, el *specimen* legítimo del bohemio era él.

Desarrapado el traje; greñudo el cabello, sucia y desmadejada la barba negra, nazarena, en que ya brillaban los primeros hilos de las canas; ahotagados los ojos de honda mirada soñadora, y en la comisura de los labios, prendida siempre, como abeja á una flor mustia, una sonrisa de *spleen* y satisfacción, á un mismo tiempo. Usaba siempre unas levitas grises, un sombrero de castor partido y de anchas alas, y sobre la nariz aguileña cabalgaban eternamente los anteojos de color, que daban á su faz un aspecto de nihilista feroz.....

Era curioso un retrato de Brich, al crayón, dibujado sobre un trozo de cartulina barata, por un su amigo y pintor, hambriento como él, y, como él, soñador empedernido y buen bebedor de aguardiente, y que Brich conservaba como un

recuerdo cariñoso, prendido en la encalada pared, frente á su mesa desarreglada y sucia.

¡Qué rudeza de líneas las de aquel rostro burguesote y franco! ¡Qué pliegue de melancolía, que fruncimientos de tristeza, nublaban aquella frente ancha, abovedada, color de marfil viejo! ¡Qué abandono tan agradable había en aquel viejo sombrero, echado sobre la oreja derecha y en aquella cabellera que se ensortijaba bajo las anchas alas, como la cabellera de algún tocador de pífano, de esos que pinta maese Daudet, en sus cuentos cálidos y perfumados!

Era un amable bohemio. Cuando le veíamos vagar por las calles, cabizbajo, pensativo, metidas las manos en los bolsillos de su pantalón, fumando su puro ordinario, le saludábamos cariñosamente. Ah! El bohemio Brich, era un buen amigo. Frecuentaba los cafés en busca de un amigo que le pagase una copa ó le diese un tabaco, y siempre encontraba, porque todos le querían y todos le bromeaban. A veces le invitábamos á tomar un bock de buena cerveza alemana á donde Fink, el húngaro, y sentados en torno á la mesa de pino, él, viejo, tenía el aspecto de un «abuelo,» entre la banda de muchachos alegres, que reían y gritaban que era contento! Hablaba entonces. Hablaba mucho: una charla dislocada, sin plan. El humo de los cigarrillos, le formaba una como aureola, envolvía, en nimbo gris y vaporoso, aquella ruda cabeza de trabajador. Él era músico. Poseía el don de la harmonía; sentía aletear dentro de su cerebro una loca bandada de gorriones. Era sensible y sentimental. Las notas de un wals, ejecutado con maestría, le transportaba al cielo; los compases asmáticos, agrios, de una caja de música ambulante, le exasperaban, crispaban la red vibrante de sus nervios. Soñaba ante un cuadro maestro; anegaba su alma enferma en el fausto de colores que el pincel maestro había arrojado en el lienzo. Un verso rítmico, una estrofa cadenciosa, le emocionaban. Era un ilusionado incorregible: un cautivo de Mab, que iba por el mundo en eterno miraje, peregrino hacia el país dorado de la Quimera.

Nunca había producido nada. Pensaba mucho, mucho; hablaba; forjaba grandes proyectos; pero á la postre no hacía nada. Vivía lleno de ensueños, que disolvía, como al humo, el aletazo del desaliento fatal. De allí ese tinte amargo y sonriente que tenía su rostro curtido, ese hondo escepticismo, esa mordacidad pesimista de sus frases, que casi mascaba entre sus labios, al pronunciarlas.

¡Bohemio: ¡Cómo al empuje de una fuerza imaginativa, traigo á mis retinas tu silueta espantable! ¡Y el tropel de recuerdos, bulle en mi mente, y desfilan ante mi vista como una procesión de siluetas, borrosas unas, vivas y radiosas otras!.....

No lo hemos vuelto á ver desde algún tiempo. Tal vez viva refundido en algún pueblo; en el fondo de algún monte. Tenía él inmensa pasión por la tranquila vida del campo. Soñaba en irse á sumergir en esos mares de verdura, vivir lejos, bien lejos de todo, en contemplaciones, en eterno espasmo ante la naturaleza, capilla de la cual era devoto, religión de la que era bonzo. Soñaba con una blanca casita, como un casto palomar, ceñida de flores, que se mirara sonriente en la clara linfa bullidora de un arroyo. Así quería él que fuera su nido, la bóveda sagrada en que se albergaran sus sueños irrealizables y sus adorados imposibles. Quién sabe qué camino haya cogido! Tal vez.....

¡Oh! Lo recuerdo ahora! Él nos hablaba, en sus ratos de amargura, de un viaje, de una *vueltecita*, decía él, á «un país desconocido y lejano»..... ¿Sería ese país el de la Nada, la Eternidad, á donde se llega pasando por la tumba? De ese viaje no se vuelve. El tren nos deja siempre; siempre llegamos tarde á la gran estación. ¿Haría Brich su viaje al otro mundo?

Si él ha muerto, solo, abandonado, en la dura cama de un hospital; si yace en el fondo de algún sepulcro, en lo más apartado de algún cementerio rústico, sin una tosca cruz siquiera de señal; vayan estas líneas sinceras á caer, como puñada de campánulas silvestres y pobres margaritas, sobre esa cuna ignorada, en que tal vez los sueños del bohemio, florezcan en flores misteriosas, como en la rima amarga de Heine.

Arturo A. Ambrogi.

EN UN ALBUM

Mil veces en las claras noches de luna,
de esa luna á los tristes vagos reflejos,
junto á un nombre una fecha grabada he visto
en el tronco rugoso de un árbol viejo.

—

Acaso el nombre obscuro de algún proscripto
del mundo de las dichas y los ensueños,
que allí detuvo un punto la incierta planta
y lloró allí perdidos encantos muertos!

—

Y en eterna memoria de aquella angustia
cuyos gritos tan sólo repitió el eco,
quedó grabado el nombre del peregrino
en el tronco rugoso del árbol viejo...

—

Si más tarde, la suerte de tí me aparta
y vives de la vida de los recuerdos,
abre este album y busca, si estás muy triste,
mi nombre, que en sus hojas escrito dejo.

—

Y piensa en los que el mundo cruzan perdidos,
en los que á solas viven sin un consuelo,
y reza por los parias de la ventura
y llora por los vivos que viven muertos!

José Peón del Valle.

La merienda de Sixto

A pesar de los fáciles enternecimientos de los poetas y de las observaciones, á veces pesimistas, de los filósofos, no conocemos el alma de los niños, ignorándose sobre todo la personalidad que pueden encerrar esos cuerpecillos, semilla de hombres, donde se encuentra todo el individuo y su futuro destino, como se encuentra, con sus múltiples raíces y el espléndido desarrollo de sus ramas, un nogal en la fragil cáscara de una nuez.

Ejemplo: la extraordinaria aventura de Sixto Fuchs, que—dicho como confirmación de la verdad de mi cuento—fué mi constante amigo, mi compañero inseparable durante toda esa edad bendita en que el descubrimiento de un nido entre las ramas de un arbusto, de un buen avellano en un bello bosque, era para nosotros causa de deliciosas emociones, de la que jamás volveremos á encontrar la encantadora dulzura.

Aunque buen estudiante, siempre era el que, cuando el césped reverdecía y los árboles comenzaban á cubrirse de tiernas hojas, daba la señal

para las grandes expediciones que nos alejaban de la escuela días enteros.

Una de aquellas expediciones pudo costarle cara.

Un día de Febrero, tibio como un día de primavera, Sixto nos había llevado á un estrecho valle en que un arroyuelo, caracoleando entre redondas peñas, se estancaba cada quince ó veinte pasos, formando pequeños lagos tranquilos y transparentes.

El fondo calcáreo de uno de estos estanques era tan liso y pulimentado, el agua tan clara y transparente, el sol la bañaba con tan alegres rayos, que á pesar de la estación, Sixto ordenó un baño general. Pretendía que armándose cada uno de un canto y golpeando con él las piedras del fondo, tendríamos toda la posibilidad de aturdir con los golpes á los peces que allí se refugiaban, pudiendo agarrarlos con la mano.

Y uniendo el consejo con el ejemplo, desnudo, en un abrir y cerrar de ojos, Sixto pescó una hermosa trucha, que admiramos todos, y después una carpa cuya piel untuosa y cuya enorme cabeza nos sorprendieron.

Algunos trataron de seguir á Sixto.

Pero aquella agua, producto de nieve derretida, estaba demasiado fría, y en cuanto se introducía en ella un pie, se sentía la sensación de una intensa quemadura, y al retirarlo se aparecía cubierto como de una media roja.

El experimento nos asustó, y á pesar de los ruegos de Sixto, le dejamos pescar solo.

Al día siguiente encontré á Sixto. Estaba muy pálido, y se quejaba de un fuerte dolor de muelas.

—Es preciso que me haga sacar esta muela. No me ha dejado dormir esta noche. Pero no quiero ir á casa del barbero, que conoce á mi madre y se lo contaría todo. Vamos á ver si encontramos á Pedrillo; hoy es día de feria y seguramente estará allí.

Y hemos aquí recorriendo la feria en busca de Pedrillo que, como buen empírico, desdeñaba profundamente á los dentistas que se anuncian en los periódicos y operan en un gabinete.

Aquel día Pedrillo parecía haber consumido gran cantidad de mosto, pues su carátula estaba más inyectada que de costumbre, los ojos relucían bajo las ásperas cejas y apenas podía sostenerse derecho sobre las piernas.

¿Cómo tuvo Sixto valor para ponerse entre las manos de aquel verdugo ébrio?

A la primera tentativa, sentado sobre las lonas, entre una atenta asamblea de ociosos, Sixto, á pesar de su valor extoico, lanzó un agudo grito.

Pero Pedrillo, cuyas manos temblaban, redobló sus esfuerzos y por fin extrajo la muela, y con la muela un pingajo sanguinolento que me pareció un trozo de mandíbula.

Sixto sangraba abundantemente.

Pedrillo le dijo que no tenía más que enjuagarse un rato en la fuente y que todo quedaría arreglado.

¡Pobre Sixto! Al día siguiente no fué á la escuela.

Pedrillo le había estropeado: tres médicos acudieron, uno trás otro; imposible contener la sangre.

Evidentemente cuando la hemorragia resistía la piedra infernal, nuestro amigo Sixto estaba perdido.

Y durante este tiempo, ¿sabeis lo que él hacía?

Débil, inquieto, el oido contra la cerradura de su puerta, escuchaba lo que los médicos decían.

¿Y sabeis lo que decían los médicos?

Que ya no había esperanza, que era preciso avisar á la madre, porque al amanecer, á menos de un milagro, el enfermo moriría.

¡Y Sixto lo estaba escuchando!

Cuando la madre, loca de amor, se precipitó en la alcoba, no lo encontró, y por más que todos lo buscábamos, nadie dió con él.

Mientras los médicos terminaban su consulta, Sixto, ahorrado decidido, había tenido tiempo de poner en salvo de todas sus economías: ¡cuatro francos, cincuenta céntimos, nada menos! y de hacer importantes compras en varias tiendas y comercios del pueblo.

En aquellos momentos corría hacia las tierras de Pedrillo Rotos, dando Rosa, á quien nosotros llamábamos Rosilla, su hermana de leche, pastoreaba un rebaño de cabras. Y mientras corría pensaba:

—Puesto que debo morirme al amanecer, puesto que no tengo remedio, ¿para qué guardar este dinero?

Al saber de lo que se trataba, al ver el ensangrentado pañuelo de Sixto, Rosilla, que tenía buen corazón, no pudo contener las lágrimas.

Pero Sixto le enseñó una corbata verde y azul,

una cortija de cerda, varios pendientes de cuentas de cristal, y como aquellos tesoros eran para ella, algo se consoló.

Después de las alhajas, Sixto empezó á desempaquetar una porción de golosinas, y ella le preguntó, comprendiendo que no tendría valor para regalarse sola, si su hermano no tomaba parte en el festín.

—¿Podrás tú comer conmigo?

—Sí, Rosilla; hace un rato que ya no sangro. Es preciso darnos prisa, porque se pára la sangre un momento y vuelve á correr en seguida.

¡Ah! ¡Qué delicioso festín aquella última merienda de Sixto!

Rosilla adornaba su cuello con la corbata que la hacía más bonita, y los pajarillos bajaban de las ramas para picotear las migajas.

Cuando se acabó la merienda, Sixto se quedó dormido en el regazo de Rosilla, que lloraba de nuevo pensando en su próxima muerte.

¿Murió Sixto?

No por cierto; se despertó, débil aún, pero curado. Sin duda la emoción, la carrera, la merienda, habían operado una reacción favorable. Y ayer, aunque es aguerrido oficial que se ha batido como un héroe contra los prusianos y que las canas blanqueaban su cabeza, aun se humedecían sus ojos al recuerdo de la infantil aventura.

Paul Arene.

PRIMAVERAL

(En el álbum de la Srita. Julia Zárate.)

Alba de primavera victoriosa!.....
El fulgor auroral inunda el cielo,
Y la mañana entre las brumas frías
Surge radiante.
Baña con su fuego
El ígneo sol los domos de verdura,
Y del jardín oculto en el misterio
Sube el arpegio azul de las violetas,
El himno blanco de los lirios frescos
Y la roja canción de los claveles.....
..... Y las alondras, con alegre vuelo
Empapan en la luz sus alas grises
Subiendo hasta el rosado firmamento.

La Primavera es la diosa blanca
Que en las selvas de luz de tus cabellos,
Prendió los resplandores de sus rayos;
La que puso en tus labios entreabiertos
Pétalos de claveles encendidos
De corolas ardientes; los reflejos
Del fulgor auroral en tus pupilas,
Y á tu alma—viajera del ensueño,
Dió las alas vibrantes de la alondra
Para subir hasta el azul del cielo!

¿Vendrá luego la noche? La tristeza
Enlutará tu vida?..... El rudo invierno
Con sus grumos helados de las flores
Marchitan los cálices abiertos?.....
No lo sé!..... Pero deja que ondulante
Tiende las alas trémulas el verso.
Hoy, que ríe la vida entre tus labios,
Hoy, que hay en tus miradas luz y fuego,
Hoy, que prende la aurora sus fulgores
En el alba triunfal de tus cabellos!

Francisco M. de Olaguíbel.

MISTICA

ALLI permanecía largas horas sombrías, los brazos cruzados, las rodillas postradas, el rostro hundido en una flor de la alfombra, aletargada, diluida en un ensueño brumoso, en en una media-noche opaca, en un éxtasis vaporoso, sin conciencia, sin memoria, en una rigidez cadavérica.—Salía del expasmo adolorida, sin fuerzas; la sangre como que no corría ya por los canales de las arterias; el corazón, como ave muerta, parecía que dejase de batir; punzábale en las sienes como una corona de espinas... Iba al balcón, lo abría y dejaba que una ráfaga fría de la noche penetrara en la pieza.

En la calle, el taconeo de los transeuntes hería las baldosas, propagando ecos sonoros; los coches hacían correr por el empedrado grandes manchas movedizas de luz pupúrea; á lo lejos, una sarta de notas se desgranaba del teclado de un piano.—Todas estas visiones de la noche y de la vida pasaban por un momento por aquella faz de cera, en el que la fiebre encendía una mirada ardiente. Aspiraba con delicia aquel aire punzante, llenaba de él sus pulmones, recogía algún perfume perdido en el ala del viento, y se bañaba en la claridad temblorosa de las estrellas.

¡Los perfumes! ¡Cómo la arrastraban á su gran viaje misterioso! ¡cómo la provocaban á caer por lentas gradaciones, en aquel sueño estático! Un ramo de claveles la hacían recorrer toda la pasión del Cristo: veíalo prendido de la cruz, con los brazos extendidos y de su boca divina evaporándose un aliento cálido que llenaba el mundo. Y se dejaba arrebatar por esta corriente, sentía palpitar sus venas como allá, en su primera juventud apasionada, cuando, á la salida del templo, las flores la arrojaban su esencia penetrante, enloqueciéndola, trastornándola, en un loco deseo de algo ignorado, de algo oculto, ¡ay! que permaneció impenetrable por siempre.

¿Por qué recordaba esto? ¿Por qué, ante la negra noche, en aquella ventana, con su lienzo estrellado frente á su vista, se convertía la memoria al viejo pasado, triste y silencioso, cómo aquella calle que iba, poco á poco, apagando sus rumores?—¿Qué había en él, qué había en aquellos días pasados, lentos, uniformes, que se sucedieron sin tregua, amontonando en su existencia una invariable sucesión de mañanas rosadas y de obscuras noches como aquella? La vida se había deslizado tranquilamente, límpida y serena. Y aquella serenidad, aquella calma, dardeaba ahora sus carnes, hostigaba sus músculos, hacía hervir su pobre sangre lenta.....

Un chispazo de luz rojiza atravesó el manto negro del espacio; era una estrella que caía.—Y de pronto, como si aquel pincelazo cárdeno hubiese dejado trazado el impenetrable secreto de su vida, su pecho se hinchó como al impulso de una ola, penetró en su conciencia un rayo de luz desconocida, doblárouse sus piernas, extendió los brazos hacia adelante, en un ademán de abarcar algo en el espacio vacío, y cayó pesadamente bañados los ojos en llanto.

.....Al amanecer del día siguiente, la encontraron allí, tendida, rígida, muerta, la cabeza hundida en una flor de la alfombra y los brazos enlazados fuertemente á un viejo crucifijo de marfil.

Carlos Díaz Dufóo.

AL REDEDOR DE UNA IDEA

IMITAZIONE

Lungi dal propio ramo,
Povera foglia frale,
Dove vai tu?—Dal feggio
Là dov'io nacqui, mi divisi il vento.
Esso, tornando, a volo
Dal bosco alla campagna,
Della valle mi porta alla montagna.
Seco perpetuamente
Vo pellegrina, e tutto l'altro ignoro.
Vo dove ogni altra cosa,
Dove naturalmante
Va la foglia di rosa,
E la foglia d'alloro.

G. Leopardi.

LA FEUILLE

De ta tige détachée
Pauvre feuille desséchée,
Où vas-tu?—Je n'en sais rien.
L'orage a frappé la chêne
Qui seul était mon soutien.
De son inconstante haleine,
Le zéphir ou l'aquilon,
Depuis ce jour, me promène
De la forêt à la plaine,
De la montagne au vallon.
Je vais où le vent me mène,
Sans me plaindre ou m'effrayer;
Je vais où toute chose,
Où va la feuille de rose
Et la feuille de laurier.

Antonio Vicente Arnault.

LA HOJA DE LENTISCO

Hoja seca y solitaria,
Que ví tan lozana ayer
¿Dónde de polvo cubierta
Vas á parar?—No lo sé.
Lejos del nativo ramo
Me arrastra el cierzo cruel,
Desde el valle á la colina,
Del arenal al vergel.
Voy donde el viento me lleva,
Resignada por saber
Que ni suspiros ni ruegos
Han de templar su altivez.
Hija de un pobre lentisco,
Voy á donde van también
La presunción de la rosa,
La soberbia del laurel.

Juan Nicasio Gallego.

LA FLOR QUE TIEMBLA

NADA más precioso y encantador que aquella flor en medio de la llanura helada. Es la rosa más pequeña de este diminuto rosal; son tan delicados sus pálidos colores, y está tan cubierta de escarcha, que todo el que la ve no acierta á explicarse cómo puede resistir á los fríos vientos del Norte.

Sin embargo á mí no me sorprende, porque estoy enterado del motivo.

En el pasado Abril, una helada con alas de mariposa, que atravesó el jardín, entonces lleno de verdura, había tocado con el dedo pulgar de su pie, un solo punto de la tierra, y en él dejó la primavera eterna: la flor nacida en aquel sitio no se marchitará nunca.

Al ver que yo la contemplaba con admiración, me dijo:

—Caballero, no hay suerte peor que la mía, porque no puedo terminar mi vida con las demás flores; el invierno, queriendo marchitarme me hiela, y siento mil espinas frías que como acerbas puntas de hielo penetran en mis delicados pétalos; si vuestro corazón no es duro como el granito de la montaña, tened piedad de mí, yo os lo ruego; haced que tenga cerca un poco de calor; todo lo que me resta de perfume, lo daría por un rayo de sol de estío.

Quedé profundamente conmovido al escuchar estas palabras de la rosa, pero, ¿cómo ayudarla? Rogar á las nubes que se abriesen para dar paso al calor del sol, de nada me hubiera servido. Pensé ir al bosque y con algunas ramas secas encender una hoguera alrededor de la rosa, pero el viento del septentrión hubiese extinguido la llama y dispersado las brasas.

¿Qué hacer? ¿Dejaría sufrir sin tregua por todo el largo invierno á la linda suplicante?.....

Afortunadamente tuve un buen pensamiento, corrí á casa de mi amante la de los cabellos de oro, y le conté lo que me había ocurrido.

No dudó un solo momento, vistióse de prisa y llegamos con rapidez increíble al sitio donde la flor se extinguía de frío.

Inclinóse mi amiga sobre el tallo y soltó uno de sus rizos que cubrieron todas las hojas.

—¡Oh!—exclamó la rosita de la llanura—qué dulce es el calor del sol!

Cátulo Mendés.

LA ULTIMA PENA.

LA multitud, contrita, se apiñaba cerca del cadalso levantado en la plazuela más céntrica de la ciudad, para tronchar una existencia fecunda en crímenes.

El número de expectadores se aumentaba constantemente. Los más ágiles ó los más preocupados se trepaban en las ramas de los árboles de la plaza. Había caballos que soportaban el peso de dos ó tres ginetes. Los balcones de las casas, los tejados, las azoteas; las ventanas, todo lo que levantaba un palmo del suelo, era ocupado inmediatamente por los curiosos. Entre tantos no había un rostro que trasluciera indiferencia. Sabían que se trataba de un criminal empedernido, sí, pero eso no era bastante á disculpar la pena de muerte. Dios no podía ver con buenos ojos que el hombre se saliese de los límites de sus atribuciones.

¿Morirá con valor? era la pregunta que se hacían, y los pormenores más insignificantes tomaban importancia gigantesca.

La policía, sable en mano, obligaba á retroceder á los que habían avanzado más que los otros. Las mujeres se empinaban para ver mejor, y suspendían á los niños, pegándoles fuertemente, para que jamás olvidaran *que aquello se hacía á la gente que no era buena.*

Salió de la capilla la procesión lúgubre. Todas las miradas se dirigían al reo, que, espesado, arrastraba cobardemente la vida que en breve habrían de arrebatarle.

El verdugo esperaba en su puesto, antipático, impaciente, como un cómico de la legua, desesperado por representar su importante papel en aquel drama. El toque de clarín y tambores acallaba la voz del reo que imploraba perdón.

Subía ya, pesadamente, los grados del patíbulo; los espectadores, mudos y atentos, lamentaban profundamente aquella muerte tan vil.....

Cuando el verdugo iba á cumplir su misión, llegó el indulto, inesperadamente, como le llegó á Isaac cuando Abrahaam lo iba á sacrificar!

El reo, de hinojos, daba gracias al Altísimo, y la multitud, indignada, se retiró de aquel lugar, como los niños, á quienes ya vestidos, se les anuncia que ha sido suspendida la fiesta á que pensaron asistir.....

Wen Gálvez.

LAS ALFOMBRAS

[Tapiz]

Debajo de los gruesos cortinajes
que abrigan y embellecen los salones,
extienden las alfombras sus paisajes
y el cuadro halagador de sus ficciones.
Ya la urdimbre enrollada del tejido,
en cuya lana nuestros pies imprimen
pisadas sin rumor y sin ruido,
muestra al tenderse por la estancia fría,
cual ola que despliega sus cristales,
tonos de invierno, escenas de alegría,
ó amorosos idilios estivales.
Jardines de fantástica opulencia,
primaveras sin jugos en los tallos,
rosales sin frescura y sin esencia,
odaliscas que habitan sus serrallos,
giuetes que dibujan en las telas
los estambres, casando los colores,
con estrellas de oro por espuelas
y por gualdrapas aluvión de flores;
cabalgatas con bélicos arneses
simulados por vívidos torzales,
campos vistosos de bordadas mieses
cercados por azules manantiales;
gamos á quienes sigue la jauría
trepando los escollos y los cerros,
levantando una *muda* algarabía
cuernos y cascos, címbalos y perros;
regios desfiles con marciales pompas,
donde van en literas custodiadas
por heraldos que soplan en sus trompas,
princesas de los cuentos de las hadas;
todo lo que la mente se imagina
en escenas de amor y galanteos,
todo lo que deslumbra y que fascina,
como lances, batallas y torneos,
bajo la luz que su fulgor reparte
y lo abrillanta y lo sumerje en sombras,
vive en los hilos que entrelaza el arte
sobre el mundo que puebla las alfombras.
Mundo sin vibraciones, en que nada
denota el sentimiento ni la risa;
se pisa una cabeza coronada,
y no vuelve iracunda, la mirada
para advertir la planta que la pisa.
Si Aquiles, preparándose al embate,
desde el troyano muro en que se apoya
excita á sus guerreros al combate,
ni ronco grita, ni su pecho late,
ni su carro retumba, ni *arde Troya*.
En el sangriento festival romano
que á veces fingen los estambres vivos,
echa el pueblo á las fieras inhumano,
los infelices mártires cautivos.
Los tigres apostados en la arena
con las pieles manchadas de colores,
miran á una mujer llorar su pena
bañada en amarguísimos dolores;
mas no tienden las garras con bravura
aunque á sus ojos el furor asoma,
y es, en esto, más bella la pintura
que la costumbre bárbara de Roma!
Galanes que regalan á su dama
un ramo que no acaban de entregarla,
manos que cogen de la verde rama
una flor que no pueden arrancarla,
carreras en que cruzan los caballos
la pista, por la gente circundada,
y no azotan el suelo con los callos,
ni llegan á la meta deseada.
A cuanto cuadro las alfombras llena
me gustara, de pronto, darle vida,
y que fuese la hiena, viva hiena,
y el león una fiera enardecida.
¡Fuera de oír el grito que lanzara
el mundo al revolverse amenazado,
el miedo reflejándose en la cara,
el pecho de terror, alborotado!
Y después de correr sin direcciones
la humanidad igual que los enjambres
que otra vez fuesen seda los leones,
torzal los tigres, y la hiena estambres.

Salvador Rueda.

AZUL PALIDO

Y en aquella sobremesa perezosa, languideciente, mientras la tarde caía, poniendo un polvillo de bruma en los rincones del espacioso estudio, hablábamos, adormecidos por las espirales de los cigarros, soñando en las paradojas, mientras afuera un vibrante tropel de martillazos coreaba con sus notas de bronce nuestras palabras. Acababa Pepe Peón de leernos su último poema, y el lamento de Job, acompañado de las ráfagas de viento y de la oleada de ecos incisivos que surgían de la fundición, habían como afinado nuestros nervios, como aguzádolos en aquella sobremesa indolente y vagarosa.—Y los versos de Peón también nos escudieron, también llamaron á nuestros espíritus con su vigor bíblico, con su sobriedad acerada, como una espada templada hiriendo sobre un macizo escudo.—Y luego uno de nosotros abrió un tomo y nos leyó un fragmento de Taine sobre Miguel Angel y otro sobre Rafael-Rafael, de quien acaba de decir Emilio Zola: esa hembra de Miguel Angel,—y la frase del Maestro,—caliente, robusta, á veces irónica, á ocasiones punzante, y siempre henchida de musical elocuencia,—iba lentamente haciéndonos entrar en un mundo épico, poblado de visiones soñadas, de impresiones sugeridas.

¿Por qué no reanudar estas buenas horas, vividas allá, fuera de nuestra vida común y corriente? ¿Por qué no agruparse, de tiempo en tiempo, en torno de una idea, de una estrofa, de un busto, de un cuadro, de un trozo de música, de la página de un libro?.....—El viento gime afuera su vieja canción eólica, la tarde se disuelve en tonalidades grises y el hosco rumor de los martillos se va apagando, apagando..... Y pronto, cuando las estrellitas de luz eléctrica tiemblen allá abajo, en el esqueleto de la ciudad, las manos se tenderán, la banda se disolverá, y luego pasarán días y días, sin volver á encontrarnos, ignorados unos de otros, como viajeros que han perdido la vereda de la casa.—Y á otra tarde volveremos á reunirnos—quizás no estemos ya todos—y de nuevo el Maestro estará allí con su prosa musical é irónica, su frase vigorosa, mientras los martillos formarán un coro épico á la vigorosa página del arte.

***

De arte?..... Hay que creer en la reaparición de Maggi, para hablar de esta *flor del mal* que se abre pálidamente en los obscuros boscajes de nuestros campos.—Para los que amais esta gran Noche del terrible escultor—

.....grande Nuit, fille de Michel Ange,
Qui tors paisiblement dans une pose etrange
Tes appas façonnés aux bouches des Titans!—

sólo hay este rinconcito del taller de Jesús Contreras, dispuesto siempre á envolveros en su vaho de ensueños.—

Pero ¡chist! no escuchais? ¿Es el *desfile de claveles* de Salvador Rueda el que llega á vuestros oídos?—No, es la Rusquella que canta. Ella es hoy, lo será por mucho tiempo, el *great attraction* del Teatro Principal. Hay, es verdad, en el rejuvenecido coliseo, una graciosa *divetta*, de talento flexible y agil: Felicidad Pastor; pero Felicidad tiene un defecto: su hermano. ¡Lástima de voz tan mal empleada! Recita este joven artista deplorablemente, cierto que de prisa, como quien desea terminar pronto; las frases se le salen de la boca, pálidas y atropelladas. Allá van ellas, propagándose en ondas incoloras, en entonaciones de letal monotonía. Ahí está esa carta de la *Vuelta del vivero*, galano *chiché* del humorismo español, que Pastorcito dice como si le hubieran dado cuerda. Y es, vuelvo á decirlo, gran lástima que esta hermosa voz, expresiva y *chaude*, se encuentra al servicio de un tan estrecho criterio artístico. Pero bah! me diréis, la zarzuela no ha menester de tales minucias. Se aplaude un trozo de música, se ríe buenamente un chiste y..... *voilá*.—Decid, como en la *dolora* del poeta: *más aprisa! más aprisa!* Y bien, sí; no vale la pena: id á oir *Don Luis el tumbón* y olvidaos por un momento de la olvidada página de Taine. No están los tiempos para Taine, oh mis amigos!

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 19 DE JULIO DE 1896. NUM. 12.

MARGINALIA

La conciencia de ciertas personas místicas, me trae á la memoria los libros de misa de las educandas: hay entre sus páginas, junto á grasosas novenas, flores secas, listones, versos copiados, un pensamiento disecado con una fecha amorosa y un pedazo, un pedazo nada más, de una carta rota ha mucho tiempo, que se lee á escondidas—con el corazón convulso!

*** Conozco personas que conversan mejor que un novelista y con todas sus maravillosas cualidades de observación no serían capaces de escribir una línea: parecen microscopios á los que faltara una lente.

*** Hay recuerdos que huelen á viejo como las ropas largo tiempo guardadas. Los corazones poco expansivos crían, como los armarios que no se abren, telarañas en los goznes y en las cerraduras: las memorias, como las telas sepultadas en un baúl, si la confidencia no las orea, se decoloran ó se apolillan.

*** Un pobre atáxico sexagenario con anteojos verdes camina dificultosamente, apoyado en el hombro de dos criadas; una lo cubre de la lluvia, otra le lleva un rosario y cinco voluminosos libros de oraciones; lo sigue un mozo con un sillón austriaco y se entran á la catedral. ¡Oh esperanza! ese infeliz va á demandar todavía algo á Dios, á la caída de la tarde: quizá que lo mate de una vez!

*** Un coche pasa poco á poco: va dentro un fraile que parece oprimir un niño en el regazo; frente á él un monaguillo lleva sobre las rodillas una linterna; los que lo miran se descubren ó se arrodillan, contrastando su piedad con el bullicio profano de la calle: es el viático.

Así en la vida de nuestras almas, se prosternan místicos sentimientos, al paso de un recuerdo que deja tras sí, como ese coche lento, una vaga melancolía, la que sucede á la imágen de una muerte cercana.

*** En más de un aocasión, la Moral es la tribuna de los tontos.

*** Se está abusando tanto de los términos técnicos en la novela, se producen tales galimatías científicas é industriales, que el dia menos pensado—y eso lo hará un americano—se buscará una nueva aplicación mercantil á la literatura. Habrá puertas descritas con una precisión inaudita de análisis cualitativo y cuantitativo; ejemplo: Aquellos batientes eran de ensamble de 1m.50×0.30, goznes de Peterson, clavos cónicos de la fundición Leloir, con manchas de óxido de hierro, pintados con color verde, marca la Cruz Blanca, etc. Habrá monografías, como «El féretro de bronce,» costeadas por una fundición; poemas como «Los Intoxicados,» por una Farmacia; «El Bastardo,» leyenda publicada bajo los auspicios de matronas ginecologistas, y el «Amor que pasa,» editada por el Consejo Superior de Salubridad. ¡Oh, el arte, el arte! Habrá de buscársele como á una antigualla, como á un fósil, en un Museo, como las aves raras enjauladas en un jardín de aclimatación.

*** Para que la Prensa sea útil, es necesario que pase de lo que es, bestia brava y agresiva, á la categoría de animal doméstico.

*** En cartas de mujer, la sinceridad está en razón directa de las faltas de ortografía, sin contar con que muchas se escriben con lápiz y el lápiz se borra pronto.

*** Después de leer á un autor de mérito, quisiera tener á mano cuanto de él dijeron sus críticos injustamente y me parece que esa basura, esas pedradas, esa inmundicia, arrojadas contra su obra, hacen el papel del cascajo en los grandes edificios..... lo inservible forma nada menos que los cimientos. Un crítico es un colaborador inconsciente, amarga como la estricnina, pero como ella estimula: en la vía dolorosa de la profesión presta sus servicios: es el poste que os detiene á la mitad del camino, unos se estrellan contra él, pero á otros les señala cuál de las veredas es la buena.

*** Desde mi mesa oigo tocar á una música militar y me pregunto qué parte tomarán los cintarazos y los arrestos en la medida de una semibreve. Quizá esos hombres, con aspecto de reclutas, ejecutan las piezas, no con los principios de la harmonía y sino con los artículos de la Ordenanza.

*** Hay silencios, reticencias y puntos suspensivos, que equivalen al poder de la palabra.

*** Hay páginas en los Albums, que tienen todo el sabor de un editorial subvencionado.

*** Cuántos entusiasmos pasajeros se confunden con el verdadero cariño; en los desiertos de la vida son como los espejismos del amor: ilusiones de almas sedientas de un afecto!

Mieres.

ACUARELA

Cae la tarde.

El cielo parece un mosaico inmenso que irradia luces vacilantes sobre las aguas del lago, apenas rizadas por brisas de primavera.

Lirios y azucenas, malabares y violetas, derraman su aliento virginal al leve rumor de la fuente, que dice, como en sueños, una plegaria de amor.

Los azulejos cantan en la enhiesta copa del samán; en el viejo bucare se mecen los nidos de los turpiales, y el colibrí busca su abrigo junto á la encendida flor de los granados.

Es la hora de las gasas de fuego en las lejanías del horizonte y de los penachos de neblina sobre la desnuda cresta de las montañas.

La cerca de los piñones está recién podada; y tras ella se extienden los gamelotales, verdes siempre al húmedo beso de la laguna.

El toro muje y escarba en medio á su serrallo, y el corcel indómito—de crin hirsuta y lomo brillante, ajeno á todo ultraje humano—preside altanero la yeguada, mientras la oveja bala en el alar del cobertizo.

Ella está bajo la parra, negligentemente sentada en su mecedora de juncos.

Sobre el fondo carmesí de la elegante falda se destaca la blancura de armiño de los encajes, que hacen como de búcaro de espumas al marmóreo seno y al cuello de cisne.

El pelo negro baja en ondas sobre la curva de la frente; la ceja arqueada arroja tonos crepusculares sobre el ojo rasgado y negro como las paraparas; bajo la nariz judía, el sonrosado labio se contrae al soplo de leve sonrisa, dejando entrever dientes de perlas.

Como la brisa en las soñolientas aguas del lago, aletea en su cerebro un pensamiento que—á las indecisas claridades de la tarde—vaga inquieto, del tierno niño que calienta en el regazo al apuesto cazador, cuya figura de Hércules comienza á contornarse bajo las palmas de la entrada.

Llega! Es él!

Los lebreles le preceden, jadeantes, y cuando el viejo mastín le saluda con sus roncos gruñidos, despierta el niño y le consagra una sonrisa; tiéndole sus manecitas sonrosadas, y evoca en su inocencia un mundo de recuerdos, de esos que parecen perdidos en las horas de lucha, que bro-

tan en los instantes de las supremas satisfacciones.

Venid, venid, oh tardes de primavera! Con vuestras gasas de fuego en las lejanías del horizonte, y vuestros penachos de neblina en la desnuda cresta de las montañas.

M. V. Romerogarcía.
(Venezolano).

PENTELICAS

YAMBICA

Ah! señora: mis versos
no ruedan, como aristas, al acaso.
Unidos ó dispersos
entre las multitudes se abren paso.
Y fieles á las ciegas multitudes,
que padecen dolores infinitos,
son himnos para todas las virtudes
y yambos para todos los delitos.

Fulminan contra todas las maldades
que fragua el servilismo;
cabalgan en las roncas tempestades
y ciérnense en los pueblos y ciudades
que erige en atalaya el despotismo.

Son la protesta en el doliente ruego
de una legión de heridos gladiadores;
y cruzan con su látigo de fuego
el rostro de insolentes opresores.

Para alentar la fe de los cautivos
atraviesan montañas y desiertos;
cantan y viven con los héroes vivos,
viven y cantan con los héroes muertos.

¿Qué el canto que perdura, es aquel canto
que consagra el amor?—De amor no hablemos.
Dejad que de mis ojos seque el llanto,
que me cubra el olvido con su manto,
y ¡por piedad! callemos.

Coronada de flores canta Ofelia;
en su virtud Desdémona se escuda;
y ¡oh! sombra eterna en el azul del cielo,
Otelo duerme cuando Hamlet duda,
si Hamlet duerme, se despierta Otelo.
Vos conocéis la historia
de la pasión que con mi duelo avanza.
Soñé con la fortuna y con la gloria,
y miré al despertar inmunda escoria
sobre el negro ataúd de mi esperanza.

No renoveis cenizas de la pira.
Si yo pudiera hablar de aquellos lazos .....
En las templadas cuerdas de mi lira,
acosado á traición por la mentira,
viérais mi corazón hecho pedazos.

GOLGHOTA

Jerusalem! Jerusalem! Yo he visto
la medrosa colina que blanquea
no lejos de tus lúgubres murallas.
Yo también, como Cristo,
el radiante bohemio de Judea,
he peleado con fe grandes batallas
y he tenido mi Gólgheta!
De Judas
sentí el beso traidor en las mejillas;
y presa el alma de mortales dudas
y con la cruz del sufrimiento en hombros,
la sangre de mis pies y mis rodillas
corrió por entre fúnebres escombros!

¡Oh, tú, la de Magdala! Tú, la única
pasión arcana en mis dolientes días.
Yo ví que con los pliegues de la túnica
te secabas el llanto que vertías!

¿No aguardas el Thabor? Yo lo presiento.
Y aunque tiene también el pensamiento,
lo mismo que el amor, triste destino
enfrente de la plebe farisea,
así cual lo presiento, lo adivino,
con la fe que llevaba en su camino
el radiante bohemio de Judea!

EXOTICOS

Desde que las corrientes del Darisa
tus pies adulan y tu faz reflejan,

llora en las ramas del taray la brisa
y las palomas de mi aduar se alejan.
Rosa que el aire del collado aromas,
empapadas las hojas de rocío:
por tí abandona el ruiseñor sus lomas,
por tí abandona el ruiseñor su río.
Como á los ciervos el pastor de Amera,
yo te habré de seguir á donde vayas;
si es que te alejas de tu azul ribera
y más te acercas á remotas playas.
Aunque el león hambriento me sorprenda
perdido en las arenas del desierto,
junto á la tuya plantaré mi tienda
y mi camello abrevará en tu huerto.
Llevo para que aumentes los hechizos
de tu cuello gentil, granates rojos;
almizcle de Hadramut para tus rizos,
y polvo para el cerco de tus ojos.
Envidia la esbeltez de tu figura
el pino airoso en el boscaje espeso.
¡Quién pudiera abrazarse á tu cintura
y entre tus labios colocar un beso!
La nieve virgen de tu frente, humilla
la eterna limpidez del alabastro;
y ese negro lunar de tu mejilla
es en el cielo de tu cara un astro.
Peregrinos en Meca nos quisimos
y nuestro amor en Meca nos juramos.
Volvamos á beber donde bebimos,
y besemos la piedra que besamos!

Andrés A. Mata.

BOXIANA (*)

Denver.—«Exitement» de los apostadores.—El gran match de Corbett y Sullivan para el campeonato del box en el mundo.—En el «Olympic Club» de Nueva Orleans.—Veintiún asaltos memorables.—«Nine, ten out!—La nariz de un boxeador.—En el «Corn'Cross» de Filadelfia.—Los Mistrels.—La parodia del box.—El campeón del mundo.

Encontrábame en Denver, encantadora capital del Colorado, en el centro de los Estados Unidos, ciudad coqueta y curiosa, tipo de esas modernas ciudades americanas, que en pocos años adquieren un desarrollo colosal.

Aún me parece escuchar á un dependiente de uno de los almacenes de Denver, que me explicaba su génesis. Era el tal, un francés expatriado, hacía treinta años. Me reconoció en el acento por un compatriota, y al pedirle un par de guantes, me dijo, á quemarropa, con esa burda familiaridad yankee:

—Es vd. francés, ¿no es verdad? Yo también; buenos días, querido amigo, ¿cómo va?

Estreché su mano leal, me colmó de atenciones y hasta me sospecho que en honor de las circunstancias amplificó mi factura, para hacerme apreciar mejor, aunque no fuera más que en apariencia, el precio de los productos de su país de adopción.

Me refirió que había conocido á Denver, cuando era una aldea y los *cowboys* arrastraban los bueyes sobre la yerba del camino. Hoy, las calles, si bien no están todas pavimentadas, son largas y anchas, sus avenidas están iluminadas por la electricidad, atravesadas por tranvías eléctricos y funiculares, llenas de lujosos almacenes, con monumentos tan importantes como el Palacio de Justicia de Bruselas, unos y otros de mal gusto, como el hotel en que yo vivía, de diecisiete picos, y un teatro para ópera al lado.

Las antiguas casas de recreo, con sus parques y jardines, han sido absorbidas en los islotes de nuevas construcciones, y presentan un aspecto particular, riente y atractivo, en esa hermosa ciudad, en la que la piedra azul y el ladrillo rojo unen dulcemente sus tonos sobre un fondo de verdura.

Una noche, paseaba yo según mi costumbre, mirando los aparadores, después de visitar el museo de cera en donde están expuestas, casi desnudas, las estatuas de dos ilustres boxeadores: Sullivan, el gigante del box, y su rival Rivkain.

(*) Capítulo de «Feuilles de route aux E. U.» par Leo Claretie.

El gran faro, en su altura de cien metros, brillaba sobre nuestras cabezas, como una inmensa estrella azul, y me hacía recordar la torre de Eiffel. Caminaba, yo entre el murmullo de una calle animada, en la que el cable funicular resuena incesantemente día y noche, cuando en una calleja distinguí una fachada iluminada, en la que se leían estas dos palabras: *Exchange office*. Una masa compacta de cabezas, estorbaba el paso en medio de gran alboroto.

—Es el bolsín, me dije á mí mismo; pero los corredores de aquí son más bulliciosos que los nuestros.

Pronto salí de mi error, por el estado de exaltación, de fiebre, en que desde lejos veía á todas aquellas gentes. Unas circulaban con libros de apuntes en las manos, otras vociferaban.

—Qué torpe soy, volví á decirme, en no haber adivinado que es una reunión electoral que prepara la lucha entre Cleveland y Harrison, para la presidencia de los Estados Unidos. Reconozco los gritos y las costumbres de los electores.

Me aproximé para mezclarme en la reunión; eran las diez y cuarto. Repentinamente formidable tempestad de gritos resonó en los aires:

—¡¡¡Colbett!!! ¡¡¡Colbett!!! ¡¡¡Hurrah!!!

Hasta entonces comprendí; todos los que gritaban eran apostadores, que esperaban por el teléfono el resultado de un match colosal de box, la lucha por el campeonato del mundo, entre el invencible Sullivan y el californio Colbett, que tenía lugar aquella noche, á las ocho, á quinientos kilómetros de distancia, en el *Olympic Club* de Nueva Orleans.

Era una especie de duelo del Este contra el *Far West*. Los ganancioso tuvieron una explosión de alegría desenfrenada, tumultuosa, sin medida. Esa noche fué imposible dormir en ninguna calle de Denver; los diarios del día siguiente nos hicieron saber que el *exitement* fué mucho peor en otras ciudades, de San Francisco á Nueva York, de Minneapolis á Kansas City. No hay un Gran Premio en París que dé idea de parecida efervescencia; y hubo entre nosotros menos ruido con la noticia de la batalla de Valmy.

Abandoné á Denver, penetrado de la grandeza del papel que desempeña el box en los destinos del pueblo americano. Quince días más tarde no pensaba más en ello, y escuchaba arrellenado en un *rocking chair* á una señora que tocaba el piano en un kiosko de un hotel del *National Park*, frente á las argentadas azoteas del Mammouth, cuando un caballero sonriendo fué á sentarse á mi lado, y en el idioma paternal me dijo:

—Dispense vd.; he leído su nombre en el libro del *office*, y he reconocido un nombre francés. También yo lo soy, hace quince años que estoy establecido en Nueva Orleans, en el comercio al por mayor de productos químicos, y experimento un gran placer al encontrar un compatriota..... y me dió su tarjeta. Se llamaba Agustín Lebrun.

Bien pronto fuimos excelentes amigos, y platicamos de las *Rocky Mountains*, del Montana, y del país natal, sobre cuyas noticias parecióme atrasado, porque daba todavía mucha importancia al General Boulanger. Cuando hablamos de Nueva Orleans, y me invitaba á que me alojara en su casa, me vino á la memoria Corbett, y no pude menos que preguntarle:

—¿Viene vd., pues, de Nueva Orleans? ¿Asistió vd. al match Colbett-Sullivan?

Se recogió en sí mismo, para responderme de un modo solemne:

—Sí, querido amigo.

Esta vez tenía atrapado á mi hombre, y no le habría soltado ni aun á costa de un gigantesco torneo. Nos dirigimos á la terraza, desde donde distinguíamos, alumbrado por brillante luz solar, todo el valle, limitado únicamente por violetas montañas; hicimos que nos sirvieran *coktails* y cigarros, y me preparé á escucharle.

—Sí, querido amigo, después de trece años de no interrumpidos triunfos, el gran Sullivan ha sido destronado, su derrota es un milagro, y nadie hubiera podido creer en ella.

«Era la noche del 7 de Septiembre: decir á usted que llenaba el *Olympic Club*, una inmensa multitud es innecesario; la entrada se pagaba de diez á veinte dollars, y para ello era necesario atravesar un verdadero océano humano, en el que los estridentes gritos de los *bookmockers* colocaban una nota aguda sobre el gran murmullo de las masas. ¿No conoce usted nuestro *Olympic Club?* Es un hermoso edificio, muy coquetón, con su torrecilla cuadrada, su mirador, y sus balcones volados; pero... estoy deteniendo á usted con bagatelas.

«Logro al fin penetrar; me encuentro en la arena, inmenso cobertizo, en el que se cruzan multitud de sustentáculos bajo el techo, del que pen-

den gruesas cuerdas en cuya extremidad se ven grandes globos eléctricos: tablones escalonados formaban una gradería en anfiteatro, que se estremecía al peso de racimos humanos. Abajo, estaba vacío el centro, circuido por un espacio reservado, que por medio de un enverjado y dejando un espacio libre, lo separa del público. Una doble cuerda tendida sobre estacas, aisla el terreno del combate. Los amigos, los organizadores y los comisarios, ocupan el corredor de ronda. El director del espectáculo tiene á su lado un gongo, cuyo sonido marca el principio y fin de los asaltos.

Cada adversario tiene á su lado una silla y dos especies de bedeles, que se desviven por servirlos. El boxeador tiene un descanso por algunos minutos entre cada asalto. Se le ve desplomarse sobre su silla, con la cabeza hacia atrás y los brazos caídos, para evitar toda fatiga y movimiento superfluo. Los amigos se colocan en su derredor, unos le refrescan con un abanico, otros ponen la boca de una botella en sus labios, para que pueda beber sin hacer uso de sus manos, y otro, en fin, le limpia el sudor con una esponja, que introduce repetidamente en una cubeta con agua, á guisa de palafrenero.

«No puede usted figurarse, amigo mío, lo que es la carrera de un boxeador. Como un jockey ó un pianista, consagra diariamente muchas horas á su arte, y aun cuando viaje no pierde el tiempo. Su wagon, que siempre es de su propiedad, es una sala de armas, llena de guantes, máscaras y balancines; el pavimento está cubierto de serrín, y en el centro tiene pendiente de la parte más alta una gran esfera de cuerdas trenzadas, la que constituye el manequi ó plastrón. El boxista pasa horas enteras en dar sobre ella terribles puñetazos, que la hacen azotarse contra el techo. Allí se ejercita como en su casa; tiene hidroterapia, gimnástica y salón de descanso: he visitado el wagon de Sullivan, y es una escuela rodante. No sólo estudia la manera de dar golpes, sino que se acostumbra á recibirlos, para lo que tiene un maestro, que día por día, le da de puñetazos en el rostro, para endurecerlo, por la costumbre. Adquieren de ese modo los boxeadores una resistencia de epidermis, que de ella pueden dar testimonio los *minstrels*, que en los cafés-conciertos, reciben sin pestañear los puñetazos más sonoros».

Aquí le interrumpí:

—Pero, perdone usted, ¿qué es lo que decide la victoria? ¿Acaso la muerte de uno de los dos campeones?

—No señor. Los golpes deben sólo darse en el rostro y en el estómago: los asaltos se suceden, hasta que uno de los dos adversarios cae desvanecido, y permanece sin conocimiento diez minutos, cuando menos. Pero déjeme usted referirle el combate de gigantes que durante una hora presenció. Veintiún asaltos fueron necesarios, para abatir al rey de los boxeadores.

«Allí estaban los dos, perfectamente musculados, desnudos hasta la cintura, altivo el rostro, la barba un poco avanzada, y con enormes biceps, como los que tienen los carniceros ó los héroes de la *Iliada*.

«Suena el gongo: reina el silencio y los héroes saltan al centro de la arena. Sullivan es el agresor: Corbett brinca al derredor de su adversario, los puños avanzan; los golpes son muy ligeros ó los paran. Sullivan procura empujar á su rival hacia la cuerda; pero éste se desliza y esquiva el combate; vuelve á sonar el gongo y termina el primer asalto, sin un golpe dado ni recibido.

«Al segundo asalto, Sullivan vuelve á tomar la ofensiva, y lanza un poderoso puñetazo á la cabeza de Jim Corbett, que no le toca por haber dado un salto. Cámbiansé las primeras puñadas, Jim fué tocado en la espalda, Sullivan en el estómago: ¡qué golpes, por Jonahtan! parecía que una torre se derrumbaba.

«No pormenorizaré á usted cada asalto, no obstante que en mi carrera tomé nota de todas sus peripecias. Nos encontrábamos en un estado de sobreexitación indecible, cuyo ardor comprenderá usted, si reflexiona que la derrota de Sullivan era para nosotros tan imposible como el alza de la renta italiana. Había en el salón un movimiento y un ruido comparable sólo á la tempestad.

«Los cuatro primeros asaltos nos proporcionaron el espectáculo de un combate maravilloso entre campeones de primera fuerza. Ya se observaban con el cuerpo inclinado; ya se aproximaban de un modo terrible, redoblándose los puñetazos, que caían sobre sus rostros y pechos con un ruido sordo; Sullivan recibió un golpe sobre la oreja, que le hizo desviar la cabeza, y caer de espaldas como una masa inerte. El gon-

go interrumpió el combate cuando estaba en lo más nutrido.

«Esforzóse la lucha en los cuatro siguientes: los dos campeones parecían animados del mismo ardor. Sullivan avanzó, riendo de la última puñada que había recibido en la cabeza, y Jim se levantó de su silla, rascándose indolentemente la nariz.

(*Concluirá*).

LA MUJER DESCONOCIDA

Se estrenaba aquella noche un drama en el antiguo teatro de Novedades.

Lo lluvioso y frío del tiempo y lo encharcado de las calles no habían sido parte á que el público dejara de asistir, en gran número, al distante coliseo. Butacas y palcos llenábanse de esa masa de gente abigarrada, mitad personas distinguidas, mitad vulgo, que acude á gozar los terrores de una trama melodramática.

Los saludos acompañados de risas expresivas, el girar de los gemelos en todas direcciones, la llegada de una nueva familia que se despojaba de los abrigos y entraba en una platea, y ese rumor que se forma de infinitas conversaciones, cada cual distinta de las demás, daban á la sala lo animado y bullicioso de la noche de estreno.

Ya iba á alzar el director de orquesta la batuta para dar principio á la sinfonía, cuando en dos asientos próximos al en que me hallaba, sentáronse una joven y su padre, que tales parecían á juzgar por los rasgos característicos de ambas personas.

El caballero era como hasta de cincuenta años, de rostro largo y enjuto, surcado por vigorosas arrugas, y de un blanco bigote de extraordinarias proporciones; hacía compañía al bigote una perilla, también blanca, no muy prolongada, que finalizaba en un ángulo agudo; con esto y con añadir que su cráneo era en la frente un tanto deprimido, á cambio de ser bien desarrollado allí donde dicen los frenólogos que se halla la filogenitura, y con decir además que su estatura era antes alta que baja y su cuerpo recto, delgado y vigoroso, podrá tenerse idea del primer personaje de mi historia, á cuya pintura no me es dado poner signo alguno al pie, bien á manera de rótulo, pues desconozco el nombre y apellido del caballero.

Cuanto á la joven, causa absoluta de esta historia, también ignoro su nombre, si bien llevo grabada su imágen en los ojos, como bella é iluminada fotografía.

Su figura no es la que eligen como perfecta los estéticos, ni acaso haya línea alguna clásica en su cuerpo; enceña y de escasa estatura, y cubierta en su cima por un exuberante cabello de un negro profundo y lustroso; breve y rosada la deliciosa boca; pequeñas las manos y de una tez donde parece estar dando la luna, pudiera pasar por una aceptable belleza, si antes no la hiciera digna de más altos elogios lo divinamente bizco de sus ojos, que venía á dar originalidad á su semblante y dotaba sus miradas de un leve cruzamiento vago é indefinido, que ponía á la vista dos puntos de un blanco vigoroso.

Las pupilas no eran de un azul ideal que hiciera soñar con las nieblas, ni de un verde como el de la hoja de Mayo, ni de un castaño lleno de claridad é inteligencia; sus pupilas eran sencillamente negras.

Bajo la influencia de estos ojos permanecí durante tres actos de peripecias é intereses escénicos, en los cuales se desarrolló una trama más complicada que verdadera y más sorprendente que bien concebida y meditada.

Cayó el telón á lo último de la obra, entre ruidosos aplausos, púsose en movimiento la gente y empezó á salir el auditorio con paso lento y rezagado. Yo me dispuse á seguir á mi desconocida, poseído de una resolución inquebrantable.

Salimos. Las calles, imposibilitadas para el tránsito á causa de la reciente lluvia, brillaban heridas por la luz de los farolas, y las losas aparecían cubiertas de fango batidísimo, como si sobre las piedras hubiera pasado á pie una interminable bandada de pájaros que hubieran dejado

sus huellas en las losas. La alta hora de la noche, punto en que se desarrollan los terribles dramas de la psicología, gravitaba con pesadez sobre los cuerpos; alguna tienda todavía abierta, el café encerrando las últimas personas que salían de las veladas, las campanas de los relojes anunciando la una, con sones lentos y graves y las sombras de las torres tendidas á lo largo sobre las casas, daban á la ciudad el encantado aspecto de un castillo, en cuyas encrucijadas sólo repercutían los pasos alternados de las dos personas y más lejos los míos, como eco levantado por los primeros.

La calle de Toledo parecía á aquella hora, sin su carácter peculiar, cosa petrificada por el tiempo, sin más encanto que las masas de sombras agarradas á los muros, el laberinto de puertas y balcones cerrados unos sobre otros y las dos líneas de hierro de los rails, fatalmente unidas á la misma distancia y corriendo á lo largo con algo de la falaz ilusión de las llanuras.

La mujer perseguida internóse bajo las columnas de la plaza Mayor, acompañada siempre del caballero. Bajo la bóveda de los arcos, que hacían á sus pasos devoluciones sonoras, deslizáronse rápidamente hasta salir sobre la desierta plaza de Herradores. El tranvía ascendía en aquel momento con su ojo candente y desencajado. Llegó hasta el sitio de las personas, paró las tenaces béstias el mayoral, y á cincuenta pasos de mí subieron una y otro, sin que yo lograra alcanzar el vehículo. La niebla espesa que cubría la capital lo envolvía todo en impalpable y goteante nube. En un momento concebí un pensamiento temerario, increíble; desafiar la carrera del tranvía y perseguir á la mujer desconocida.

Si mi cuerpo hubiera tenido en aquel momento los alientos de mi espíritu, atrás dejara en carrera vertiginosa béstias, trenes y vientos; pero en lo hondo de la larga calle, cuando llega á darse vista á la mole de Palacio, el coche me había aventajado un considerable trecho. A la alta hora de la noche los tranvías vuelan como trenes sobre los rails. Redoblé mi desenfrenada carrera; el engañoso vehículo me miraba á través de la niebla con su ojo de fuego resplandeciente, la distancia desaparecía cada vez más presto bajo sus ruedas; yo lo seguía fijamente como andarín sonámbulo y fantástico.

Pasé rozando sobre las garitas donde hacían guardia los centinelas; un húsar, con el pecho cruzado de cordones, pasó cerca de mí entre la niebla; lo creí un esqueleto que andaba. En mi desaforado empuje alzaba la frente herida por la lluvia, para robar con más libertad mi aspiración de aire á los vientos; la columna de vapor que se exhalaba de mi aliento arremolinábase y partíase á mis lados en largas espirales, como crines sueltas de desbocado alazán. El coche se perdía delante de mis ojos; yo hacía vanos esfuerzos para alcanzarle. Descendió por la lóbrega pendiente de Caballerizas, marcó la curva que se desarrolla hácia el barrio de Argüelles y redobló su marcha vertiginosa, hasta perderse en la interminable calle de Ferraz.

Con el semblante cubierto de sudor, el corazón redoblando hasta querer romperse y falto de oxígeno para mi vida, tocaba ya el muro del cuartel de la Montaña, cuando caí derribado en tierra por la fatiga.

La congestión me envolvió un momento, como oleada roja, que me ponía mano de hierro en la garganta.

Respiré con grave dificultad, contuve con ambas manos el cerebro, y poco á poco la agitación fué cediendo como cede la inquieta marea en la resaca.

* * *

¿Volveré á encontrar otra vez á la mujer desconocida? ¿Acertaré á descubrir dónde vive? ¿Leerá ella, acaso, estos renglones?

Quizás al encontrarla se desvanezca la divina ilusión de mis sentidos; tal vez sea más consolador no hallarla en los solitarios cruces de mi sendero y gozar con su imágen eternamente luminosa.

Sea fatal ó dichoso el encuentro, cuando á meditar en la fantástica aventura me entrego, siento en el alma como un encanto melancólico que se aleja, la fatiga abrumadora de una pesada carrera y el ojo vivo y desencajado del vehículo que me mira alejándose en la niebla, como fuego fátuo de la dicha, al que no alcanzan las séres humanos en la tierra.

Salvador Rueda.

MEDALLONES

A mi amigo Agustín Aragón.

VOLTAIRE

Resuena tu sarcasmo, y la Creencia
Como edificio añoso se desploma,
Y el yugo rompes que impusiera Roma
Altanera y audaz á la conciencia.

Y ves con orgullosa suficiencia
Cómo la luz de libertad asoma,
Y cómo tu talento altivo doma
De los frailes la pútrida licencia.

¡Pobre Voltaire!... Mas ignoraste, ciego,
Que tus esfuerzos siempre serían vanos
Si la reconstrucción no venía luego.

Que no es la condición de los humanos
Apagar de una creencia el sacro fuego
Si se hunden de la Duda en los arcanos.

AUGUSTO COMTE

El filósofo mártir de Judea
Fué por la tierra derramando flores;
Y tú viniste derramando amores,
Nuevo Jesús, apóstol de la idea.

De la Ciencia empuñando ardiente tea,
Alumbraste del débil los temores
Y hallaron en tu seno los dolores
Consoladora y dulce panacea.

¡Eres del porvenir, no es tiempo ahora!
Cuando radiante, con su luz de grana
Baña la tierra esplendorosa Aurora,

Sabia y potente ya la estirpe humana
—Y no la que hoy sus negaciones llora—
Proclamará tu gloria soberana.

Juan Sánchez Azcona.

UN IMPOSIBLE

Se me acusa de haber asentado *un imposible*, al escribir en algunos de mis escarceos á través del arte: «hay mayor suma de esfuerzo en diez líneas escritas por un autor moderno que en muchos volúmenes de los viejos campeones de la literatura.»—¿Imposible? ¿Por qué? Esta es una ley del progreso, una condición necesaria del avance del espíritu humano: ha habido una rápida aceleración de la vida intelectual, una mayor cantidad de materiales aglomerados. El mismo Max Nordau, adversario formidable de los nuevos procedimientos, comprueba este hecho indiscutible, como lo comprueba Bourget en su prólogo á la *Psicologie contemporaine* y Henry Bordeaux en sus *Ames mondernes* y René Doumic en sus *Etudes et portraits*, y el mismo Taine en su *Filosofía del arte*.

La moderna labor de arte es el producto de una vida demasiado refinada, dolorosa, inquieta, un *fin de siglo* angustioso y palpitante que se refleja en la obra literaria. Llevamos, como recuerdo de haber dicho en alguna otra ocasión, los dolores y las angustias de todas las generaciones pasadas; arrastramos una cadena que nos ata fatalmente al sufrimiento, vivimos en una existencia de inquietudes perpetuas y de zozobras reiteradas, y este estado de conciencia, afinado, quintaesenciado, pulido, es el que sirve de materia prima para la elaboración del producto intelectual.

En el momento en que escribo estas líneas, dice el autor de *Outremer* en el prólogo á que antes me referí, un adolescente, que *veo*, se encuentra apoyado en su mesa de estudiante, en

una hermosa tarde de Junio. Las flores se abren en su ventana amorosamente; el oro resplandeciente del sol en su ocaso se extiende sobre la línea del horizonte con una adorable delicadeza; algunas jóvenes charlan en el jardín vecino. El adolescente está inclinado sobre el libro. Este libro es tal vez uno de los que hablo en estos *Ensayos:* las *Flores del mal* de Baudelaire, la *Vida de Jesús* de Renán, es *Salammbó* de Flaubert, es el *Thomas Graindorge* de Taine, es el *Rojo y el negro* de Beyle.....—En estas páginas ha ido á concentrarse toda esa suma de esfuerzo que constituye el bagaje de la humanidad, y este esfuerzo, este exceso de sensibilidad enfermiza, es lo que hace que el trabajo de arte represente un mayor gasto de vigor del espíritu.

Esas páginas *vividas*, ese poder de «intelectualizar las sensaciones»—para emplear la frase de un maestro—ha minado existencias que, como la de Alfonso Daudet, siendo unos mediocres productores, en el sentido cuantitativo, han consumido toda su reserva intelectual.—A través de aquellos renglones, se descubre un lento proceso, una laboriosa génesis; para llegar á esta impresión, el creador, convertido en *experimentador*, ha habido necesidad de ahondar mucho la vida, de escrutarla, de profundizarla, y como la vida no responde á la idea que de ella se tiene *á priori*, de aquí este exceso de sensibilidad.

Pero todo esto es ya un lugar común de la crítica, una verdad indiscutible; estoy bordando con viejos hilos de estambre, y lo que me sorprende es que mi contradictor rechase un hecho científicamente indiscutible.—Por lo demás, ya la crítica de arte no viene, como pretende el escritor á que aludo, armada de la Retórica y de la Poética—el gramaticalismo y el retoricismo, que dice Don Pompeyo Gener.—Estas medidas vienen demasiado estrechas á la obra de arte, que está más arriba, mucho más arriba; de lo contrario podríamos repetir lo que de Rafael decía Lessing: si el gran artista hubiese nacido sin manos, habría sido el genio más grande de la pintura.—«El fundamento de la antigua crítica era el dogma de la identidad de las inteligencias, de la uniformidad de psicología y de la libertad de producción. La psicología positiva ha demostrado que el funcionalismo intelectual varía de hombre á hombre, y que el artista produce la obra de arte que produce, como cada planta produce su flor ó cada pájaro su canto.» El último *dómine*, Don José Gómez Hermosilla, ha hecho su camino, y de aquella literatura amanerada, fría, sin calor de vida, surgió el romanticismo como una protesta elocuente contra esa forma de «carbonizar las alas del pensamiento en las hogueras de la Inquisición,» según la frase de nuestro gran Justo Sierra.

El artista de otros tiempos podía hablar á la imaginación y á la fantasía—*y* así hablaron Víctor Hugo y Alejandro Dumas, padre; el artista moderno es hijo de su época, está impresionado con los vastos problemas que conturban á la humanidad, contaminado de sus dolencias: ha meditado y ha *vivido*, y su trabajo entra en el cuadro etiológico con que el autor de *Degenerescencia* ha dejado trazados este recargo de vida que caracteriza á las civilizaciones *fin de siglo*—¿Esto es *sano*? ¿Es *útil*?..... No lo sé, no lo discuto: lo único que afirmo es que existe mayor funcionalidad en los modernos organismos y esto es ya un tópico que ignoro como hay quien se atreva á negarlo, porque forma parte, como arriba dije, de la ley general de progreso.

Carlos Díaz Dufóo.

LA ÚLTIMA ILUSION

No me suicidaré—me decía mi amigo Arsenio, arrellenándose en un cojín de terciopelo azul, donde un dragón de oro abría sus fauces siniestras para cazar una mariposa de nacar,—yo no me suicidaré, te repito, porque me aterran los dolores físicos, por leves que sean, pero comprendo que, como muchos hombres, estoy en el mundo de más.

Estas frases melancólicas, dichas en voz baja, [con esta voz tan baja de los seres degenerados, voz que parece extraerse de las cavidades más profundas del organismo y filtrarse luego por un velo de muselina para salir al exterior], fueron pronunciadas por mi compañero al final de una larga conversación, en la que yo había tratado de arrancarle, por todos los medios posibles, del retraimiento voluntario en que se marchitaban los días floridos de su juventud. No me causaron extrañeza alguna, porque yo sabía que estaba dominado, desde la adolescencia, por las ideas más tristes, más extrañas y más desconsoladoras.—Mi alma es una rosa, solía decir en ciertas horas de intimidad, valiéndose de una frase gráfica, pero una rosa que solo atrae mariposas negras.—Así es que al oir la sombría respuesta que daba á mis palabras, más bien que tratar de consolarlo, porque no hubiera hecho más que exacerbar su nerviosa sensibilidad, yo buscaba un tema para extraviar el curso de sus pensamientos, cuando lo ví incorporarse en el asiento, ponerse pálido en el instante, dilatar sus pupilas grises y, moviendo su cabeza fina y altanera, tan semejante á la de algunos retratos de Clouët, oí que me decía, como si ensayase un monólogo:

—Sí, no te quede duda, yo estoy en el mundo de más. Lo peor es que, como te he dicho, hay muchos que se encuentran en el mismo caso. Sólo que algunos no se perciben de eso, mientras que yo me doy cuenta de ello con la más perfecta lucidez. ¿Has ido al campo, en la época de la siega, alguna ocasión? Si has estado alguna vez, habrás podido observar que las segadoras, después de recogida la cosecha, suelen dejar en el surco algunos granos olvidados. Ni la tierra los fecunda, ni alimentan á los pájaros. Allí se pudren, día por día, bajo el influjo del viento, de la lluvia y del sol. Eso mismo le sucede á algunos hombres. La muerte, esa visión macabra de cabellos blancos que, con una hoz de plata en la mano, en un bosque de naranjos, segando cabezas de dioses, de reyes, de guerreros, de sacerdotes y de enamorados, sufre también esos olvidos crueles. Yo soy uno de aquellos seres que, en el campo de la vida, ha dejado de recoger.

—¡Oh, cállate! le interrumpí, tú eres demasiado joven todavía para desesperar.....

—Sí, soy muy joven, pero eso no importa; aunque tengo veintisiete años, me parece que llevo siglos dentro del corazón. La edad no es instrumento que regula invariablemente nuestra temperatura espiritual. Hay organizaciones que, á los ochenta años, conservan un calor primaveral, mientras hay otras que, á los veinte, se sienten heladas por los rigores del invierno más crudo, del invierno que no termina jamás. No es preciso, por otra parte, haber vivido mucho, para calcular la suma de dichas que podemos esperar. La historia del mundo nos lo demuestra en sus páginas. Hojeando cualquiera de ellas, se comprende en seguida que, tanto los bienes como los males, han siempre los mismos, pudiendo afirmarse que, no ambicionando los unos ni temiendo los otros, es lógico prescindir en absoluto de todos. Interesarme por la vida, equivaldría para mí á entrar en un campo de batalla, afiliarme á un ejército desconocido, ceñirme los bélicos arreos y, con las armas en la mano, combatir por extraño ideal, sin ambicionar los lauros de la victoria, ni temer las afrentas de la derrota. ¿Habrá situación más enervante, más desastrosa y desesperada?

—Pero tú tenías antes, le repliqué, grandes ensueños, grandes aspiraciones.

—Sí, pero todos me han abandonado, porque todos son imposibles de realizar. Yo era como un faro encendido, al frente desierto marino, que arroja sus dardos de fuego en la negrura de las ondas. Aves errantes, al llegar la noche, iban á refugiarse en sus grietas, huyendo de los azotes del viento y de la lumbre de los relámpagos. Pero no habiendo encontrado en su recóndito seno, calor para sus plumas, ni alimento para su pico, desertaron todas, una por una, hasta dejarme en la más aterradora soledad.

—Entonces es que, como te decía el más sabio, á la vez que el más puro de tus amigos, tú no sabes desear.

—Quizás sea eso, yo lo comprendo; mas ¿quién nos enseña esa ciencia oculta? Y si un día la aprendemos, ¿al ponerla en práctica no demostraríamos que estábamos ya domados y escarnecidos por la misma vida, puesto que teníamos que someterle de antemano cada idea que iluminase nuestra inteligencia, cada latido que agitara nuestro corazón? Además ¿puedo aspirar á algo, en nuestro medio social, que esté en consonancia con mi carácter, con mi educación ó con mis inclinaciones? Implantar aquí mis ensueños, ¿no equivaldría á sembrar rosas en una peña ó á procrear mariposas en una cisterna? ¿Qué carrera podría elegir para llegar á la cima de la felicidad? ¿La de comerciante?

No me daría por recompensado de tal sacrificio si supiera que, al cabo de diez años, tenía en mis arcas un tesoro mayor que el de un Rajah de las Indias. ¿La de burócrata? Basta entrar un día en cualquier oficina, para conocer las diversas especies del vampirismo ó los futuros huéspedes de las prisiones de Ceuta. ¿La de político? Ella me conduciría desde el primer paso, á la picota del ridículo, donde sucumbiría maniatado por mi impotencia y asaetado por los dardos del desprecio popular. ¿La de jurisconsulto? Erigirse en juez de un semejante, estando sujeto á las mismas vicisitudes, para escarnecerlo, en nombre de leyes humanas, me ha parecido la más nefasta de todas las aberraciones. ¿La de médico? Yo creo que, dado el atraso de esa ciencia, para elegir esa carrera se necesita ser el más inconsciente ó el más depravado de los hombres. ¿La de sacerdote? Aparte de que para ella se requiere la vocación ¿hay un monasterio entre nosotros que, por la grandeza de sus tradiciones, por las austeridades de sus reglas, por las bellezas de sus ritos ó por las virtudes de sus moradores sea capaz de atraer al alma enferma que, como un cisne ennegrecido de lodo vuela al límpido estanque, acuda allí á purificarse de las miserias terrenales?

—Te comprendo perfectamente, exclamé yo, pero creo que el remedio está en tus manos.

—¿Cuál es?

—El de irte lejos.

—Sí, lejos; pero ¿dónde?

—Pues á París: ¿ya no te gusta esa tierra de promisión?

—Te diré: hay en París dos ciudades: la una execrable y la otra fascinadora para mí. Yo aborrezco el París que celebra anualmente el 14 de Julio; el París que se exibe en la Gran Opera, en los mártes de la Comedia Francesa ó en las avenidas del Bosque de Bolonia; el París que veranea en las playas á la moda é inverna en Niza ó en Cannes; el París que acude al Instituto ó á la Academia en los días de grandes solemnidades; el París que lee *El Figaro* ó la *Revista de Ambos Mundos;* el París que, por boca de Deroulede, pide un día y otro la revancha contra los alemanes; el París de Gambetta y de Thiers; el París que se extasía con Coquelin y repite las canciones de Paulus; el París de la alianza franco-rusa; el París de las exposiciones universales; el París orgulloso de la Torre Eiffel; el París que hoy se interesa por la cuestión de Panamá; el París, en fin, que atrae millares y millares de seres de distintas razas, de distintas jerarquías y de distintas nacionalidades. Pero adoro, en cambio, el París raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial; el París que busca sensaciones extrañas en el éter, la morfina y el haschisch; el París de las mujeres de labios pintados y de cabelleras teñidas; el París de las heroínas adorablemente perversas de Catulle Mendes y René Maizeroy; el París que da un baile rosado, en el palacio de Lady Calthnes, al espíritu de María Stuart; el París teósofo, mago, satánico y ocultista; el París que visita en los hospitales al poeta Paul Verlaine; el París, que erige estatuas á Baudelaire y á Barbey d'Aurevilly; el París que hizo la noche en el cerebro de Guy de Maupassant; el París que sueña ante los cuadros de Gustavo Moreau y de Puvis de Chavannes, los paisajes de Luisa Abbema, las

esculturas de Rodin y la música de Reyer y de Mme. Augusta Holmès; el París que resucita al Rey Luis II de Baviera en la persona del conde Roberto de Montesquieu-Fezansac; el París que comprende á Huysmans é inspira las crónicas de Jean Lorrain; el París que se embiaga con la poesía de Leconte de Lisle y de Stephane Mallarmè; el París que tiene representado el Oriente en Judith Gautier y en Pierre Loti, la Grecia en Jean Moréas y el siglo XVIII en Edmond de Goncourt; el París que lee á Rachilde, la más pura de las vírgenes, pero la más depravada de las escritoras; y el París, por último, que no conocen los extranjeros y de cuya existencia no se dan cuenta tal vez.

—Y entonces, ¿por qué no te marchas?

—Porque si me fuera, yo estoy seguro de que mi ensueño se desvanecería, como el aroma de una flor cogida en la mano, hasta quedar despojado de todos sus encantos; mientras que viendolo de lejos, creo todavía que hay algo, en el mundo, que endulza el mal de la vida, algo que constituye mi última ilusión, la que se encuentra siempre, como perla fina en cofre empolvado, dentro de los corazones más tristes, aquella ilusión que nunca se pierde, quizás.....

Julián del Casal.

MAYOLICAS

HEROE

A José Fiunsón.

¡Ataquen!—gritó el oficial.

El grueso pelotón de hombres amurallados en un bosque de bayonetas, corrió sobre las fortificaciones. ¡Qué horror!

Era tan bello aquel oficial! Esbelto, blanco y con un bigote rubio que ondeaba como la bandera de su patria.

Era tan valiente! A la cabeza del piquete de exploración había descubierto, en medio de las ruinas de un castillo, al terrible enemigo. Y se lanzó sobre ellos no pensando más que en los colores de su bandera y en la oscura cabellera de su amada.

La primera bala que salió del fusil de uno de aquellos hercúleos mozos fué para el oficial. Y cayó.....

Cuando abrió los ojos, el campo estaba desierto, helado, é incorporándose distinguió allá, lejísimo el farol rojo de la Sanidad.

Entonces temió que lo recogieran; creía ver á su amada, á aquella niña que le había prometido amortajarle con sus rizos y que cumplía su voluntad.

Y en su delirio creía estar cubierto con las trenzas de su amada y lo que le envolvía eran los débiles rayos de la luna!.....

TETE-A-TETE

Un gabinetito de color delicado: figuraos el azul más suave ó el malva más tenuemente desleído.

El piano abierto; en el atril suspirando una romanza, cuyo título es un símbolo: Siempre mío!

En la butaca, ella, diecinueve años, rubia y tan artística que bate palmas por cualquier emoción. Frente, el amante, veinte años, la edad en que algunos hombres son niños y muchos niños son viejos, soñador ebrio de ideales y de quimeras imposibles.

¿Verdad que son adorables los dos amantes?

El—no hace caso el nombre—le habla con un susurro que acaricia y besa, con esas frases que un hombre cómodamente sentado, murmura cuando aspira de tan cerca el perfume de unos labios.

—Si; mi amor á tí, es ideal, viviremos como dos estrellas que caminan sin acercarse jamás, nuestros sueños tendrán todas las ilusiones de los ángeles y el horror á las pasiones de los hombres.....

Ella se puso grave, gravísima, y frunciendo los labios hasta formar un botoncito con la boca, repuso, entre un gemido y una sonrisa.

—No, así no, eso es muy bonito, yo á tí te adoro así; más por favor, que tenga ese amor un puntito de terrestre.....

Francisco García Cisneros.

RIMAS

Del empolvado estante en un extremo
miraba yo la mustia calavera
de un poeta, y mirándola sentía
inundarse mi sér de honda tristeza;
buscaba en el cerebro los lugares
donde años antes germinó la idea;
pero vacía estaba: el pensamiento
pasa y no deja rastro en la materia;
inspiración y amor pasado habían,
las tempestades que en el alma crean
nacieron, se agitaron y murieron,
sin dejar de su luz ninguna huella.

Habla, la dije, como hablaste un día,
¿dí de qué te ha servido ser poeta,
si hoy eres nada más que un hueso frío,
espanto de los niños si en tí piensan?.....
De sus obras un tomo estaba al lado
abierto por la página primera;
entonces recordé las muchas horas
que de mis noches he pasado en vela,
devorando sus versos con el alma,
compartiendo su amor y sus tristezas;
los cóncavos sin ojos me miraron,
rió la boca descarnada y yerta
y sentí que en lo íntimo decían
esa sonrisa y la mirada aquella:
«No enmudecen jamás los que han hablado
el inmortal lenguaje de la Idea.»

F. Rivas Frede.
(Colombiano)

EN ALAS DEL DOLOR

Al cruzar de la vida los abrojos
Siempre he buscado lo que al cielo sube.
Si tienen muchas lágrimas mis ojos,
No tiene mi conciencia ni una nube.

Instintos viles y pasiones malas
A mi tranquilo corazón no atraen;
Siento, al subir de mi deber en alas,
Una inmensa piedad por los que caen.

A mí no llegan ya las placenteras
Notas de serenata en coro alado;
Sólo vibran en mi alma las severas
Armonías del órgano sagrado.

Y, traspasado de dolor intenso,
Del mundo al ver el incesante duelo,
Como San Agustín sufro un inmenso
Deseo de llorar y verme solo.

Yo nunca rindo á la venganza culto,
Juzgo todo con ánimo clemente,
Y mientras más villano es el insulto
Más honda compasión mi pecho siente.

La vil calumnia y la cobarde envidia
Siempre al fin en el fango se han hundido:
Más grande es la piedad que la perfidia
Y triunfa de la cólera el olvido.

Yo que río si mi alma se destroza
Y ahogo los arranques de la ira,
Sufro al mirar un niño que solloza
Y lloro al ver un hombre que suspira.

No niego al adversario un beneficio
Y siente mi alma, en su tristeza adusta,
Un varonil amor al sacrificio
Y un odio austero á la victoria injusta.

Antonio Zaragoza.

1889.

AZUL PALIDO

Catorce de Julio: suenan estas tres palabras como clarinazos de guerra. Hay muchos himnos gigantes y muchas estrofas épicas detrás de este símbolo que hoy recorre el mundo bajo las alas de la *Marsellesa*, ese canto en el que punzan estertores de moribundos, estridentes descargas de fusilería, en el que estalla la ira y se disuelve en un lamento prolongado y tierno, en el que se

percibe el olor de la pólvora y el de la sangre. Hay muchas manchas negras en este sol que baña con sus rayos el amplio horizonte de la Revolución. Leyendo á Taine se recibe un duchazo de agua fría. Habla el maestro con la severa frase de un sabio que ha aplicado un microscopio á la piel de un hipopótamo. Pero el 14 de Julio es grande porque es la Francia, porque va en él envuelto el poderoso aliento de un pueblo.

¿Acaso la naturaleza no es la gran embustera? ¿No nos miente colores y nos finge líneas y nos simula panoramas que no existen? ¿Y qué es la imaginación sino una mentirosa? A veces es necesario disfrazar la verdad para creerla y entonces la mentira es la verdad, porque se ha consustancializado con nuestro sér, porque forma parte de nosotros mismos, porque no la podríamos negar sino negándonos á nosotros mismos.

Creer en lo que no se cree, es una religión; «religión á la inversa,» pero religión al cabo. Y nosotros, los cansados hijos de este fin de siglo, somos unos incrédulos que conservamos la creencia, creencia en la Libertad, creencia en la Ciencia, como hace observar Paul Bourget en sus estudios de *Psicología contemporánea*, creencia no importa en qué. Por eso la Revolución ha triunfado de la crítica. Es una amada ideal que nos place conservar en las doradas prisiones de nuestros ensueños.

La obra de Taine hace daño, desgarra; se penetra en ella como en esa Bastilla cuyo hundimiento hemos celebrado. Se podría fijar en la portada del libro la inscripción que el autor de la *Philosophie dans le boudoir* se proponía grabar en una de las habitaciones de la casa de sus sueños: *Ici l'on torture!* El historiador recorre las piezas ignoradas de este palacio, camina entre sombras, que es lo mismo que «dar vueltas por sendas mal seguras.»

En esos extraños reductos, en esas sombrías callejuelas se corre el riesgo de ser asaltado: es el Gheto de la Revolución, la *corte de los milagros* de la Historia. Taine, como el Dante, es un *hombre que viene del Infierno*. Parece que experimenta un raro placer, un placer doloroso y cruel, en bajar al fondo de la charca y remover las aguas. Michelet también bucea en este océano; sólo que Michelet surge á la superficie con montones de perlas y Taine trae puñadas de fango. Michelet diseca flores, Taine diseca hombres.

Taine y el 14 de Julio son dos adversarios irreconciliables. Taine tiene razón todos los días, menos este día del año. Hoy nos permitimos dudar de él, porque tenemos sed de engaño, porque nos sentimos felices al fundir nuestra alma en muchas almas y trasladarnos al mundo de la quimera. Hoy rompemos nuestra Bastilla, preferimos el ditirambo de Chénier á las frías páginas de los *Orígenes de la Francia contemporánea*:

Déraciné dans ses entrailles,
L'enfer de la Bastille, á tous les vents jeté,
Vole, débris infâme et cendre inanimée,
Et de ces grands tombeaux la belle Liberté,
Altière, étincelante, armée
Sort!.....

El 14 de Julio es un día *galantruomo* y caballeresco. Flanea á través de los boulevares con un clavel rojo prendido en la solapa de la levita, que le recuerda su amada Legión de Honor, arrojando las espirales de humo de su puro, alegre y dichoso, en esa inconsciencia vaga de los que tienen una casa grande que se llama la patria y una gran idea que se llama el mundo.

Para mí el 14 de Julio es Calicot—¿os acordais del *Calicot* de Manuel Gutiérrez Nájera, señorita? —me lo represento siempre con su traje dominguero, su sana sonrisa franca, su mirada epigramática y su imperturbable buen humor. Aquella mañana el patrón no abre las puertas del establecimiento; comerán en familia y no faltará una botella de Borgoña que apurar en recuerdo de la tierra.

Y Calicot desentumece sus miembros al aire libre, va al Tivoli, se achispa un poco y á la hora de recogerse piensa en aquella otra patria chiquita que se llama la madre, que hace tantos días que no escribe y que de seguro está ahora pensando en el ausente, en el ido, mientras, en el misterio de la alta noche alguna voz rezagada trae los postreros ecos de la Marsellesa, antes de que el nuevo amanecer despierte á este héroe ignorado, á este héroe oscuro para quien el 14 de Julio es una revolución del espíritu que le hace soñar con su adorada mística: la Libertad.

***

El aniversario de la muerte de nuestro *gran impasible*, ha obtenido este año un éxito brillan-

te. No se cansa la admiración popular de llevar coronas á esta amada tumba. Vamos á ella como una madre que se acerca á la cuna de su hijo. Musset ha dicho: existe á menudo entre nosotros un poeta dormido, siempre joven y siempre vivo. De igual modo llevamos el recuerdo de Juárez. A ocasiones creemos que este muerto vive. Y vive realmente, porque no ha perecido su obra. Esta cobra nuevas fuerzas, alientos nuevos á cada 18 de Julio. La niña-patria que él nos legó, es hoy una señorita, que ya viste de largo. Ha salido de su prolongada infancia y aparece fresca y lozana. Ahora es bella, ahora es joven, la tierna criatura anémica.

Colora su rostro la roja flor del cafeto, ciñe la frente de sus montañas el vaho de la locomotora como el velo de una desposada, amarillea en su túnica de primavera la blonda espiga y en las praderas sólo las amapolas vierten su fulgor de sangre.

Y esta hermosa juventud la debemos á Juárez. El tuvo fe, él creyó siempre. Vió como Moisés la tierra prometida, allá lejos, muy lejos y á los que se cansaban, á los abatidos, les habló en ese idioma del entusiasmo, en ese extraño idioma de los creyentes, de los que se comunican con las edades futuras, de los que tienen ojos algo más que para ver.

Estoico, sí lo fué el excelso patricia. Su lucha fué la de un austero eremita de la religión del deber. Y por el deber es tenaz y al deber sacrifica todo. Cuando todos dudan, él afirma; cuando todos desmayan, él se yergue.

Hay una página en el *Diario* de los Goncourt que retrata una época: «Un viejo estaba á mi lado en el café Riche. El mozo, después de haberle enumerado los manjares, le preguntó qué deseaba. Desearía, dijo el viejo, desearía..... tener un deseo».

Y Juárez se enfrenta á esta decrepitud yacente, que no es la hermosa puesta de sol de que habla Lamartine, no es el sereno adormecimiento de esos días resplandecientes que van extinguiéndose por grados, arrullados por la augusta calma de la naturaleza, sino la cobarde deserción del egoista, la fuga precipitada del temeroso, del que no cambia los momentáneos goces conquistados por las promesas ideales de lo futuro.

La tenacidad de esta energía acabó por poner en pie á estos hombres arrodillados. Pero el foco de esta claridad, el centro de esta fuerza, radica en este blanco sepulcro que visitamos el sábado último. Allí se reconcentró la vida nacional; en ese sueño duermen nuestros altivos estandartes de victoria, nuestros cielos tornasolados, nuestras altas montañas, nuestros lagos de plata, nuestras chozas de adobe, todo lo que constituye nuestra nacionalidad.

Cabe en esta tumba tanto como el poeta del *Intermezzo* pensaba enterrar en su féretro. Cabe todo un pueblo! Imaginad si el foso será grande!

***

La *Revista Azul* envía—un poco tardíamente—su respetuoso saludo á la esposa del señor Presidente de la República.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

FUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufó

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 26 DE JULIO DE 1896. NUM. 13.

PLEGARIA

¡Salve, Virgen, Madre, suprema Belleza, alma del mundo!—Ante tus altares, en peregrinación ideal, el espíritu humano ha ido á arrodillarse, sediento de la divina agua de tu manantial fecundo. ¿No eras tú á quien invocaba en la Acrópolis el más creyente de los incrédulos modernos? ¿no te imploró el impasible cantor de la Venus manca? y el bardo de los cantos eróticos, ¿no alzaba su copa en loor tuyo en las estrofas candentes de su himno á Grecia?: «¡Llenad la copa de vino de Samos! En las rocas de Suli, en las playas de Parga, existen los restos de una raza digna de nuestras madres de Oriente!.... Llenad las copas de vino de Samos!...»—¡Salve, Virgen, Madre, suprema Belleza, alma del mundo!

¿De qué bloque informe, de qué ritmo tenue, de qué matiz, de qué lamento, se creó tu primera manifestación á la vida? ¿fuiste grito, estatua, lágrima? ¿qué fuiste?—Al salir del caos, la conciencia del hombre—¡oh rosada aurora de sombría noche!—¿cuál fué el primer símbolo que te inmortalizó en la cárcel de la forma?: ¿rima, color, sollozo, línea?

Allá, en el fondo negro de las edades, en el eterno, inexcrutable abismo del pasado—más allá de la conciencia, más allá del recuerdo,—un himno gigante, un poema monstruo, surgiría del seno de la Naturaleza.—¿Qué estrella del firmamento, qué girón de cielo, qué ráfaga de viento recogió el eco de la nueva oración? Y tú, Diosa, Deidad, Virgen ¿por qué misteriosa escala descendiste hasta el obscuro pensamiento de tu primer esclavo?

¡Oh edén perdido!—Tu remembranza ha pasado como un soplo de primavera sobre las almas de las generaciones, que han hecho su infortunio del amor á lo bello.—Sobre tu cerrado cancel ha podido escribir la humanidad la frase de Poussin en el mármol de un mausoleo: *Et in Arcadia ego.*—En las alas de la obscura noche, en el diáfano azul del cielo, en las inquietas ondas del mar, se agita el gran espíritu, el alma-vida, el que hizo cantar á los astros «la eterna harmonía de los espacios». ¡Alma primera, ignorada y misteriosa! ¡con qué sublime arrobamiento, con qué deleitoso éxtasis te aproximarías al santuario de la Diosa! ¡Desconocido caminante, explorador incógnito cuyos pasos han barrido las generaciones! ¿hacia dónde corrió tu luminoso rastro?

Para tí, Reina del mundo, la Creación se asomó en el inmenso espejo de la conciencia humana, y en ella fructificó la simiente, siendo imagen en la fe, plegaria en el dolor, lamento en la pasión. Por tí, la vida es eterna, y en himnos y en lienzos y en bloques se inmortaliza. Por tí, resurgen las edades y estremecen héroes y dioses sus huesos en igneradas fosas. Por tí, la noche es día y las tinieblas resplandor radioso...—¡Salve, Virgen, Madre, suprema Belleza, alma del mundo!

Carlos Díaz Dufóo.

ALMA

Envuelta en las nieblas del ángulo obscuro
Solloza la virgen. Clavado del muro
Medroso golpea cansado reloj.
La lámpara esparce su lumbre doliente
Y el Cristo de marmol doblega la frente,
El Cristo que es sombras de un vivo dolor.
¡Qué angustias padece la virgen devota!
¡Qué raros impulsos de una ansia remota!
¡Qué afán de en silencio romper á llorar!
¡Oh extraña neurosis, tú llevas el sello
De virgen que tiene ya cano el cabello,
De novia que tiene ya enjuta la faz!
La triste, á deshoras, de viejas historias
Desata recuerdos, sacude memorias
Y rasga temblando la hoja glacial.....
El cierzo arrebata del bosque á lo espeso
Girones de risas, fragmentos de beso,
¡Harapos tendidos al aire á secar!
Y la onda salobre convulsa desmaya
Y borra la cifra grabada en la playa
Y lenta comienza su largo gemir.....
¡Ya elevan el ancla del barco ligero!
Ya canta su triste sonata el gaviero!
Ya embriaga á sus ojos la gama del gris!
Devota, qué rezas?..... Ya afuera los vientos
Preludian sus vagos, siniestros lamentos
Y lloran las hojas la ausencia del sol.
Allí por el linde borroso del cielo
Agita una mano su blanco pañuelo
Y náufragos flotan los besos de amor!
¡Qué golpes de brumas invaden el monte!
¡Qué opaco, qué enfermo se ve el horizonte!
Y cómo es de casta la blanca oración!.....
Las sombras ya ahogan la lumbre doliente
¡Y el Cristo mantiene, piadoso y clemente,
Abiertos los brazos á todo dolor!.....

Adolfo García.
(Colombiano.)

CREPUSCULO EN EL MAR

[IDILIO TRAGICO.]

El sol, casi al ras del horizonte, no enviaba ya rayos bastante cálidos para disipar la neblina, indecisa y helada, que ascendía, envolviendo viscosamente con su vapor poroso los cobres y el maderámen del barco. El tinte azulado de este mar inmóvil se obscurecía hasta el negro, en tanto que el azul del cielo, sin una nube, palidecía, se desvanecía, se neutralizaba.

Un cuarto de hora transcurrió de este modo; después, cuando el globo del sol tocó el horizonte, el inmenso incendio del poniente estalló en este cielo y este océano. Toda la costa habia desaparecido, por manera que los pasajeros del yate, que ahora habían subido hasta el puente, no tenían delante de ellos sino el agua y el cielo, el cielo y el agua; estas dos inmensidades sin forma, sin contorno, vírgenes y desnudas como en los primeros días del mundo, en que la luz desplegaba, prodigaba sus resplandecientes hechizos; toda la luz, aquí proyectada en lienzos de una rosa suave, delicada, trasparente, como el color de rosa de pétalos sobre un macizo de rosales; en otro lugar, esparcida en oleadas de púrpura, del color de una sangre generosa;—adelante, extendida en espacios de un verde esmeralda y de un violeta de amatista;—más lejos, solidificada en colosales pórticos de oro!

Y esta luz se ahondaba en el cielo, palpitaba en el mar, se dilataba en el espacio infinito, hasta que al sumergirse el globo en las ondas, todo este resplandor se desvaneció como había surgido, dejando nuevamente al mar con su tinte azul

obscuro, casi negro, y la bóveda del cielo también casi negra, con una franja suprema en sus orillas, de un intenso anaranjado.

Y esta amplia banda resplandeciente, se fué debilitando, atenuándose, hasta borrarse por último.

Paul Bourgét.

NUBES

Unas blancas, cual velos de virgen,
Y vestidas de luz las rosadas
Como góndolas libres que bogan
En un lago de límpidas aguas,
Al caer de la tarde, las nubes
Van viajando en un cielo sin mancha.
Aun algunas conservan radiosas
Los espléndidos tintes del alba,
Y de fuego parecen las rojas
Y otras lucen sus vestes doradas
Y las tristes que lentas caminan,
Por oculto pesar enlutadas,
Rayos pálidos, ténues, despiden,—
¡Los que el sol al morirse les manda!
Así van por el éter cruzando
Y fingiendo mil formas extrañas.....
Alas de angel semejan aquellas,
Estas otras, nevadas montañas.
.....
Otro tiempo también cuando había
Claridades de cielo en mi alma
Esperanzas forjaba la mente,
Castos sueños de amor, nubes blancas,
Refulgentes promesas de gloria
Y de dicha ilusiones rosadas.....
Hoy vinieron las penas sombrías
Como nubes muy tristes y pardas;
Pero éstas al suelo descienden
Ya deshechas en gotas de agua
O á los rayos del sol se evaporan,
Y las nubes que cercan mi alma
Desgarrar nunca pueden sus velas
Ni fundirse en corrientes de lágrimas.

Salvador Gutiérrez Nájera.

LOS DOS DE LIMA

El Teniente Jym de la Armada inglesa era nuestro amigo. Cuando entró á la Compañía de Vapores le veíamos cada mes y nos pasábamos una noche con él en amigable francachela. Jym había pasado en Noruega toda su juventud, y era un insigne bebedor de whisky y de ajenjo; le daba por cantar lindas baladas escandinavas, que en seguida nos traducía. Una vez fuimos á su camarote á pasar la noche de despedida, pues al día siguiente partía para San Francisco. Jym no podía cantar en su camarote á voz en cuello, como acostumbrábamos en los cafés, por razones de disciplina naval, y resolvimos pasar la velada refirlóndonos historias, sazonando las relaciones con sendos sorbos de licor. Serían las dos de la mañana cuando habíamos acabado de referir nuestros cuentos; sólo Jym faltaba y le exigimos que nos contara uno. Jym se arrellanó en un sofá, puso en una mesita próxima una pequeña botella de ajenjo y un aparato para destilar agua; prendió un puro y comenzó á hablarnos del modo siguiente:

—

En primer lugar, amigos míos, no voy á referiros una balada ó leyenda del Norte, como en otras noches; hoy se trata de una historia verídica, de un episodio de mi vida de novio. Ya

sabéis que hasta hace dos años he vivido en Noruega, que allí me he casado y que soy noruego por mi madre. Mi esposa se llama Lina y cuando vosotros vayais á Christianía, tendrá mucho placer en haceros los honores de la casa.

Lina tenía los ojos más extrañamente endiablados del mundo. Cuando ella tenía dieciseis años, yo estaba loco de amor por Lina, pero profesaba á sus ojos el odio más rabioso que puede caber en el corazón del hombre. Sus ojos me desesperaban, me crispaban los nervios cuando se fijaban en mí. Sentía como si me vaciaran una caja de alfileres en el cerebro y en la espina dorsal; un frío doloroso galopaba por mis arterias y mi epidermis se cubría de granitos como sucede á la generalidad de las personas cuando salen de un baño helado, y á unas pocas, á la vista de una navaja, de una fruta peluda, ó con el roce del terciopelo ó al oir el fru-fru del raso y la seda ó en presencia de un abismo ó un peligro inminente. He consultado á varios médicos notables sobre este fenómeno fisiológico y ninguno me dió explicación satisfactoria; se sonreían diciéndome maniático, neurótico. Y lo peor es que yo adoraba á Lina con furor, con exacerbación, con locura, á pesar del efecto desastroso que me producían sus ojos. Y no se limitaban éstos á una irritación álgida de mi sistema nervioso: había una cosa más maravillosa aún, y es que cuando Lina se encontraba en ciertos estados psíquicos ó fisiológicos veía pasar por sus pupilas, al mirarme, en la forma de sombras fugitivas coronadas por puntitos de luz, las *ideas;* sí señores, las ideas. Esas cosas inmateriales é invisibles que tenemos dentro de la cabeza, pasaban por las pupilas de Lina con formas inexpresables: he dicho sombras porque es la palabra que más se acerca. Salían como por detrás de la esclerótica, cruzaban por la pupila y al llegar á la retina destellaban, y entonces sentía yo que en el fondo de mi cerebro respondía á ese chispazo una vibración dolorosa que á su vez hacía surgir ideas en mí. Se me ocurre comparar los ojos de Lina al cristal de este camarote, por el que veo pasar, al anochecer, á los peces azorados con la luz de mi lámpara y chocar sus cabezas estrafalarias y estúpidas en el macizo cristal que por su espesor y convexidad hace borrosas y deformes sus siluetas. Cada vez que veía esa parranda de ideas en los ojos de Lina, me decía á sí mismo:—¡Vaya! ya están pasando los peces!—Sólo que éstos atravesaban de un modo invisible las extrañas pupilas de mi amada y formaban su madriguera en las cavernas de mi encéfalo.

Pero ¡bah! yo soy un loco desordenado. Os hablo del fenómeno sin haberos descrito los ojos de mi Lina. Lina era morena y pálida; sus cabellos undosos se rizaban en la nuca con tan adorable encanto, que jamás mujer alguna me sedujo tanto como el dorso de su cuello al sumerjirse en la negrura sedosa de sus cabellos. Los labios de Lina, casi siempre entreabiertos, parecían estar acostumbrados á beber sangre ó á guardar la de los rubores intensos. Oh! si no tengo duda, porque cuando las mejillas de Lina se encendían, palidecían sus labios; bajo esos labios había unos dientes diminutos, pero blanquísimos, al extremo de iluminar la faz de Lina cuando los rayos juguetcaban en ellos. Era para mí una delicia ver morder á Lina cerezas y de buena gana me dejaría devorar por ella á no ser por esos ojos endemoniados que habitaban en la misma cara. ¡Esos ojos! Lina, repito, era morena, de cabellos, cejas, y pestañas negras. Si la hubierais visto dormida alguna vez, os habría preguntado:—¿De qué color creéis que tiene Lina los ojos?—A buen seguro que guiados por el color ligeramente moreno de su piel y profundamente negro de sus cabellos, habríais respondido:—Negros.— ¡Qué chasco!—Pues, no señores, los ojos de Lina tenían color, pero..... ni todos los oculistas del mundo, ni todos los pintores, habrían determinado su color y acertado á reproducirlo.

Los ojos de Lina eran de un corte perfecto, rasgados y grandes; debajo de ellos una línea azulada formaba la ojera y parecía como la tenue sombra de sus rizadas y largas pestañas. Hasta aquí como veis no hay nada de raro. Estos eran los ojos de Lina cerrados ó entornados, pero una vez abiertos y lucientes las pupilas, allí de mis angustias. Nadie me quitará de la cabeza que Mefistófeles tenía su gabinete de trabajo detrás de esas pupilas. Eran de un color que fluctuaba entre todos los de la gama y sus combinaciones más complicadas. A veces me parecían dos grandes esmeraldas alumbradas por detrás por luminosos carbunclos. Las fulguraciones rojizas y verdosas se irizaban poco á poco y

pasaban por mil cambiantes; luego venía un color indefinible pero uniforme á cubrirlos todos y en medio palpitaba un puntito de luz extraña, luz de lo más mortificante por los tonos felinos y diabólicos que tomaba. Los hervores de la sangre de Lina, sus tensiones nerviosas, sus irritaciones, sus placeres, los alambicamientos y juegos de su espíritu sutil é ingenioso, se denunciaban por el color que tomaba ese puntito de luz misterioso. Todo lo que impresionaba á Lina exterior ó íntimamente, estaba allí fulgurante. Con la continuidad de tratar á Lina, como que desde que ella tenía 13 años era mi novia, llegué á leer un poco en sus ojos. Sus sentimentalismos de muchacha romántica eran verdes, sus cólicas grises, sus alegrías violadas, sus celos amarillos y sus exacerbaciones sensuales, rojas. El efecto de estos ojos en mí era sugestivo y de lo más desastroso. Tenían en mí un imperio horrible y en verdad yo sentía mi dignidad de varón humillada con esa especie de esclavitud misteriosa ejercida sobre mi alma por esos ojos y los odiaba. En vano era que tratara de resistir; la mirada de Lina me subyugaba, y sentía que me arrancaba el espíritu para triturarlo y carbonizarlo entre dos chispazos de su mirada de Luzbel. Por último, con el alma ardiendo de amor y de ira, tenía yo que bajar la vista, porque sentía que mi mecanismo nervioso llegaba á torsiones desgarradoras y que mi cerebro saltaba dentro de mi cabeza como un abejorro encerrado en un horno. Lina no se daba cuenta del efecto desastroso que me hacían sus ojos. Todo Christianía se los elogiaba por hermosos y á nadie causaban la impresión terrible que á mí. Solo yo estaba organizado para ser la víctima de ellos. Yo tenía mis reacciones de orgullo: á veces me imaginaba que Lina abusaba del poder que tenía sobre mí y que se complacía en humillarme: entonces mi dignidad de varón se alzaba vengadora reclamando sus fueros y me entretenía á mi vez en tiranizar á mi novia exigiéndola sacrificios y mortificándola hasta hacerla llorar. En el fondo de esto había una intención que yo trataba de ocultarme á mí mismo. Sí, en esa sublevación valiente contra esas pupilas tiranas, estaba mi cobardía; porque haciendo llorar á Lina la hacía cerrar los ojos y cerrados los ojos me sentía libre de la cadena. Pero la pobrecilla, repito, ignoraba el arma que contra mí poseía. Sencilla y candorosa, tenía un corazón de oro; me obedecía y adoraba. Lo más curioso es que yo que odiaba sus hermosos ojos, era por ellos que la quería. A pesar de que en mi constante lucha con sus terribles pupilas siempre salía vencido, volvía siempre con esperanzas de vencer. Y por lo mismo que Lina era inconsciente, la tiranía de sus ojos era más cruel. ¡Cuántas veces las fulguraciones rojas de su amor me hicieron el efecto de cien cañones disparados á mis nervios! Por amor propio no quería revelar á Lina mi esclavitud..... Llegó el día en que sus ojos no me hicieron el menor efecto. Creréeis que llegué á costumbrarme á ellos? Seguid oyéndome.

Nuestros amores debían tener una solución, como la tienen todos: ó me casaba con Lina ó rompía con ella. Esto último era imposible, luego tenía que casarme. Lo que me aterraba en la vida de casado era la perduración de esos ojos que tenían que alumbrar terriblemente mi vida hasta mi vejez. Cuando se acercaba la época de que pidiera á Lina á su padre, un rico armador, la obsesión de los ojos de Lina era insoportable. De noche los veía como dos ascuas fulgurar colores encendidos en la obscuridad de mi alcoba: veía al techo y allí estaban terribles y porfiados; miraba á las paredes y estaban allí incrustados; cerraba los ojos y se clavaban en mis párpados con una tenacidad luminosa tal que percibía en ellos todo el tejido delicado de venas y arterias. Al fin rendido dormía y las miradas de Lina llenaban mi sueño de redes que se apretaban y me estrangulaban el alma. ¿Qué hacer? Formé mil planes, pero no sé si por orgullo, amor ó por una noción del deber muy grabada en mi espíritu, jamás pensé en renunciar á Lina, á pesar del agudo sufrimiento que me causaban sus ojos.

El día en que la pedí, Lina estuvo contentísima ¡oh cómo brillaban sus ojos y qué endiablADamente! La estreché en mis brazos delirante de amor y al besar sus labios sangrientos y tibios, tuve que cerrar los ojos, casi desvanecido.

—Cierra los ojos, Lina mía, te lo pido de rodillas!.....

—No, perdona..... nada..... nada tengo—la respondí sin mirarla.

—Mientes, algo te pasa.....

—No, hija, fué un vahido. Ya pasará.

—¿Y por qué querías que cerrara los ojos?

No respondí y la miré medroso. Oh! allí estaban esos ojos terribles, con todos sus insoportables chisporroteos de sorpresa, despecho y pena é infinidad de ideas veía pasar locamente por sus pupilas atroces. Lina al notar mi silencio se inquietó más. Se arrodilló en mis rodillas, cogió mi cabeza entre sus manos y me dijo con violencia:

—No, Jym, me engañas, algo extraño pasa en tí desde hace tiempo: tú has hecho algo malo. Yo te lo conoceré en los ojos, míame, mírame.

Cerré los ojos y la besé en la frente.

—No me beses, mírame, mírame.

—Oh! no por Dios, déjame.

—¿Y por qué no me miras? insistió casi sollozando.

Yo sentía honda pena en mortificarla, y á la vez mucha vergüenza de decirla:—No te miro porque tus ojos me asesinan miserablemente, me hacen un efecto desastroso en los nervios, porque les tengo un miedo cerval que no me explico ni puedo reprimir.—Callé, pues, y me fuí cuando Lina abandonó la habitación llorando.

Al día siguiente cuando volví á verla, me hicieron pasar á su alcoba, pues había amanecido mi novia con una terrible angina. Mi novia estaba en cama y la habitación á oscuras. Me senté junto á su lecho y la hablé apasionadamente de mis proyectos para el futuro. En la noche había pensado que lo mejor para que fuésemos felices y pudiéramos contrarrestar la fatalidad que pesaba sobre nosotros era confesarla mi sufrimiento. Lina no me habló una sola palabra de la escena del día anterior. Así es que después que charlamos largo rato la referí mis dolores.—¡Qué tontera! – fué su respuesta.

Durante veinte días no salió de la cama; la angina había sido fuerte. El día en que se levantó me mandó llamar en la mañana. No faltaba sino una semana para la boda. Me llamaba para mostrarme su vestido de novia que acababan de traerla y los regalos que la habían hecho con motivo de sus próximos desposorios.

Cuando llegué, encontré á Lina, muy pálida y muy hermosa. Apenas entré, bajó los ojos, entornó las ventanas y se sentó en un sofá haciéndome sentar á su lado; junto al sofá. En una mesa estaban los regalos, que empezó á mostrarme. Brazaletes, sortijas, encajes, vestidos, unas palomas de mármol, zarcillos, collares, y no sé cuanta preciosidad. Allí estaba el regalo de su padre, el viejo armador, y consistía en un yatch pequeñito de paseo; es decir, no estaba el yatch, sino el documento de propiedad; mi regalo también estaba y también el regalo que Lina me hacía: era una cajita de cristal de roca y oro, forrada por dentro con terciopelo rojo acolchado.

Lina me alcanzaba sonriente los regalos y yo con galantería de enamorado besaba su mano divina. Por fin me alcanzó trémula la cajita artísticamente labrada. La abrí y se me erizaron los cabellos de espanto, y debí ponerme espantosamente pálido. Levanté la cabeza horrorizado y ví á Lina que me miraba fijamente con unos ojos azules vidriosos é inmóviles. Una sonrisa entre amorosa é irónica plegaba los labios de mi novia, hechos con zumos de fresas silvestres. Salté desesperado y cogí violentamente á Lina de la mano.

—¿Qué has hecho, desdichada?

—Es mi regalo de bodas—respondió con voz tranquila.

Lina estaba ciega. Como huéspedes azorados estaban en sus cuencas unos ojos azules de cristal y los suyos, esos ojos extraños que me habían mortificado tanto, me contemplaban amenazadores y burlones desde el fondo de la caja roja, con la misma mirada endiablada de siempre.....

Cuando terminó Jym, quedamos todos en silencio profundamente emocionados. En verdad que su historia es terrible. Jym tomó su vaso de ajenjo con agua destilada, se lo bebió de un trago y luego nos miró con aire melancólico. Mis amigos miraban pensativos, el uno el disco de cristal del camarote, el otro la lámpara que se bamboleaba á los balanceos del buque..... De pronto Jym soltó una carcajada que cayó como un enorme cascabel en medio de nuestras tristes meditaciones.

—¡Hombres de Dios! ¿Creéis que haya mujer capaz del sacrificio que os he referido? Si los ojos de una mujer os hacen daño ¿sabéis como lo evitará ella? pues, del modo más fácil: sacándoos los ojos para que no veáis los suyos. No, amigos míos, esta es una historia inverosímil, cuyo autor tengo el gusto de presentaros.

Y nos mostró, levantando en alto, su botellita de ajenjo, que parecía una solución concentrada de esmeraldas.

Clemente Palma.

Lima, 1896.

SONETO

A Eduardo Dublán.

Asentado en las ruinas de mi vida
miré pacer entre los bloques rotos
mis recuerdos, en tiempos tan remotos,
que no encontré ni oveja conocida.

La luz crepuscular entumecida
se apagaba en los términos ignotos
y no halló mi ganado nuevos brotos,
ni mi alma la fuente apetecida.

Por la hendidura de la tosca piedra
un reptil asomó, víbora obscura
de rojas manchas—cárdono castigo.
La cabeza moviendo entre la hiedra
vibraba el dardo de su lengua impura,
y yo lo conocí: era un amigo.

Jesús E. Valenzuela.

¿Cómo debe leerse á los Goncourt?

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

La pregunta me la hizo inocentemente, hace algo así como doce ó quince años, un excelente literato muy dulce, muy sencillo, cuyo nombre se exhibe de tiempo en tiempo en los escaparates de las librerías, sobre volúmenes de relatos sentimentales del género de Luis Enault, ó novelas muy movidas al modo del viejo Dumás. Muy excitada su curiosidad hacia lo que él llamaba la escuela moderna, precisamente porque se consideraba en extremo atrasado, asiduo lector de Flaubet, Zola y otros, su admiración vacilaba ante los Goncourt, de quienes veía á algunos de nosotros tan apasionados. Una tortura, un malestar lo irritaba, sin podérselo explicar y cuyas causas adiviné, tan pronto como me lo confió.

«Lo que le impide á usted comprender á los Goncourt, leerlo, usted bien, y no mal otros, es la pereza de todos ustedes, amigo mío. Se instala usted en un buen sillón, con el libro en la mano, y dice á su autor: «Ahora, hable, le escucho... apodérate de mí, arrúllame...» Bueno, pues con los Goncourt no sucede nada de eso. Es necesario que el lector trabaje, colabore... ¡Oh, sí, pero tan poco! me apresuré á añadir al ver que los ojos claros del buen hombre se agrandaban azorados... Que se tome sencillamente el trabajo de reconstruir *in petto* estos *intermedios* que los autores de *Madame Gervaisais* y tantas obras maestras suprimen en sus libros sin compasión. Entiendo por *intermedios*, estos detalles de la vida corriente que recargan y entorpecen el relato, pero que

también, preciso es decirlo, ayudan á sus claridad, á su comprensión. Saint Beuve, cuya crítica aguda y sutil ha olfateado todas las pistas, ha escudriñado todas las madrigueras, Saint Beuve opinaba por los intermedios, que consideraba como bisagras, indispensables al movimiento del libro. Pretendía también que estos rincones áridos de la obra, estepas, landas, *essarts*, obligaban al autor á esfuerzos de trabajo, á prodigios de ingenio y de habilidades disimuladas; citaba textos en su apoyo, invocaba la tradición á los maestros de la novela francesa. Pero ya sabe usted que los Goncourt se burlaban un poco de la tradición. Estos grandes señores de las letras nacieron con salitre de barricada en la sangre. Desde sus primeros libros acabaron con los intermedios. Y el sello esencial de su originalidad consistió en esto, más aún que en este estilo incisivo y personal, en esta herramienta literaria de una finura, de una precisión, de una variedad incomparables. La *Hermana Filomena*, *Carlos Demailly*, *Manette Salomón*, se presentaban al público como colecciones de acuarelas y aguas fuertes agrupadas sutilmente por séries, sobre las religiosas, los literatos, la pintura en la segunda mitad del siglo XIX. Es de lamentarse únicamente que un crítico autorizado como Saint Beuve, bastante sagaz para descubrir este artificio de composición, no se encuentra aquí en este momento para advertir al lector y darle la explicación que le doy á usted ahora.»

Parece ocioso recordar estas palabras, á tantos años de distancia, hoy, que todos leen á los Goncourt, que todos los saben leer. He creído de mi deber recordarlas, porque estas lentas resistencias del público, estas ausencias de comprensión, sordas y ciegas, es bueno referirlas á las nuevas generaciones, que encuentran, al llegar, al gran escritor rodeado de gloria, y que no imaginan nada más delicioso que esta celebridad saboreada á pequeños sorbos como una bebida helada á través de una pajilla. ¡De qué amargos, de qué venenos están compuestos estos *coktails* diabólicos de la gloria literaria! Esto es lo que no podrá nunca repetirse lo bastante á los jóvenes.

A otro asunto. Si el público francés ha llegado por último á conocer, á comprender las novelas de los Goncourt, no sucede lo mismo con su teatro. Cuando menos, no, no es al público al que debe dirigirse este reproche de falta de inteligencia, como lo comprueba el buen éxito de *Germinia Lacerteux*, en su nueva representación; es, sobre todo, á los directores. ¡Cuando se piensa que Claretie, Porel, Sarah Berhnardt, para no hablar sino de los inteligentes, han abandonado á una escena estranjera el honor de representar la *Faustin*, este hermoso drama, y sucederá lo propio, tal vez, con *Manette Salomon*, la obra más apasionada y más espiritual que me haya sido dado escuchar desde hace mucho tiempo! ¿Y por qué? Porque *Manette*, la *Faustin*, *Germinia* están cortadas en cuadros, al modo de las novelas de que los Goncourt las han hecho tan luminosamente surgir. Una serie de cuadros sobre la fuerza de una idea madre y el talento hábilmente conducida y graduado de un intérprete, hombre ó mujer, dramatizando y dando movimiento á la obra.

¡Ah señores directores, á ustedes es á quienes toca enseñar el verdadero modo de leer á los Goncourt!

Alfonso Daudet.

RONDEL

La virgen de noble frente
y de mirada sombría,
evocaba noche y día
la memoria del ausente.

A veces en su agonía
lo llamaba tiernamente,
la virgen de noble frente
y de mirada sombría.

Y al ver su inútil porfía
derramaba lloro ardiente,
la virgen de noble frente
y de mirada sombría.

Juanía Borrero.

MEMENTO

Los recuerdo más vivos de mis tiempos estudiantiles—dijo el Doctor sonriendo á la evocación—no es el de varios amoríllos, aventuras y lances parecidos á los que puede contar todo el mundo, ni el de ciertas caras bonitas cuyas rosas embalsamaron mis sueños. Lo que no olvido, lo que á cada paso veo con mayor relieve, es..... la tertulia de mi tía Gabriela, doncella machucha, á quien acompañaban todas la tardes tres viejas apolilladas, igualmente aspirantes á la palma sobre el ataud.

Reuníanse las cuatro, según he dicho, por la tarde—pues de noche las sujetaban miedos, achaques y devociones—en el gabinetito, desde cuyas ventanas se divisaban ricos ajimeces góticos en los altos muros de la Catedral, y yo solía abandonar el paseo—á tal hora lleno de muchachas deseosas de escuchar piropos—para encerrarme entre aquellas cuatro paredes vestidas de un papel rameado que fué verde y ya era blancuzco, sentarme en la butaca de fatigados muelles, anchota y blandota, al cabo también anciana, y recibir de una mano diminuta, seca, cubierta por la rejilla de un mitón negro, una palmadita suave en el hombro, mientras una cascada voz murmuraba: «Hola, ¿ya viniste, calamidad? Hoy se muere de gozo Candidita.»

De las solteronas, Candidita era la más joven, pues no había cumplido los sesenta y tres. Según las crónicas de los remotos días en que Candidita lozanaba, jamás descolló por su belleza. Siempre tuvo el ojo izquierdo algo caído y las espaldas encorvadas de demasía. Lo que en ella pudo agradar fué su seráfica condición. Poseía Candidita, en relación con su nombre de pila, una alta dósis de credulidad y buena fé. Cuanta paparrucha inverosímil se me antojase inventar, la tragaba Candidita sin esfuerzo; en cambio no había quien la convenciese de la realidad de picardía ninguna. Su alma rechazaba la maledicencia como se rechaza un elemento extraño, de imposible asimilación. Yo me divertía infinito disputando con Candidita cuando se negaba á dar crédito á maldades notorias..... y al hacerlo, sentía germinar en mi corazón una especie de ternura, un misterioso respeto por la inocente, que sin quitarse su traje de merino ne

gro y sus zapatos de oreja, subiría al cielo al momento menos pensado.

Mi tía Gabriela, en cambio, era sagaz, lista como una pimienta. Su vida retirada, en una soñolienta ciudad de provincia, la impedía conocer á fondo el mundo, y quizás exageraba los vicios y gatuperios que en él se cometen; pero acercándose á la realidad y juzgando mil veces con maligno acierto. Preciada de su linaje, con pergaminos y sin talegas, la tía Gabriela era una señora á la vez modesta é imponente, chapada á la antigua, con el alma más enhiesta que un lanzón; y las otras tres solteronas parecían sus damas de honor, antes que sus amigas.

Doña Aparición era la curiosidad de aquel museo arqueológico. Hermosa y mundana en sus verdores, conservaba, á los setenta y seis, golpes de coquetería y manías de adorno que hacían fruncir los labios á mi tía Gabriela, tan majestuosa con su liso hábito del Carmen. El peluquín de Dª Aparición, con bucles y sortijillas de un rubio angelical; su calzado estrecho; sus guantes claros de ocho botones; sus trajes de seda á rayas verde y rosa; sus abanicos de gasa azul, y el grupo de flores artificiales que prendía graciosamente su mantilla, nos daban harto que reír.

Como estaba semiciega y casi sorda, y la vestía su fámula, á lo mejor traía la peluca del revés, ó en la nariz el toque de carmín de las mejillas, ó los guantes uno lila y el otro pajizo; y como padecía de gota, el cepo de las botitas llegaba á mortificarla tanto, que mi tía le prestaba unas holgadas pantuflas. En caso tal exclamaba infatigablemente Dª Aparición: «¡Jesús! Nunca me pasó cosa igual. Un pliegue de la media me desolló el talón..... Es un fastio tener tan fino el cutis.»

No sería Dª Peregrina, la cuarta solterona, la que se impusiese torturas por presumir de pie. Al contrario; se declaraba *una sanfaçon*. Reducida á mezquina orfandad, compraba en los ropavejeros sus manteletas color de ala de mosca. Por lo demás, era mujer de empuje y brío, alta, gruesa, de una frescura rancia—si es lícito expresarse así—viva de ojos y arrebatada de color, amiga de la broma, pero gazmoña á ratos, siempre dentro de la nota del buen humor y la marcialidad.

¡Cómo me festejaban aquellas cuatro señoras! Hay sitios adonde vamos atraídos, no por nuestro gusto, sino por el que damos á los demás. Diez años haría tal vez que las solteronas no veían de cerca un semblante juvenil. Mi presencia y mi asiduidad eran un rasgo de galantería de incalculable precio, que halagaba la nunca extinguida vanidad sentimental de la mujer. El mozo que quiera ganar buen nombre, que sea amable con las viejecitas, con las desechadas, con las retiradas del juego. Las muchachas nada agradecen. Aquellas cuatro inválidas, con su manso charloteo, me crearon una reputación fabulosa de discreto, de galán, de simpático, de estudioso. A su manera, me allanaban el camino de una lucida posición y de una boda brillante. En los exámenes yo podía contestar mal ó bien, que segura tenía la nota: tal labor subterránea hacían mis solteronas con los catedráticos. En mi salud no cesaban de pensar. «Viene descolorido, Gabriel,..... ¿qué tiene? ¡Ojo con las bribonas!» Y me enviaban remedios caseros, y piperetes, y vinos cordiales, y reliquias milagrosas y hasta sábanas, por si las de la posada no eran «de confianza.»

A fin de animar la tertulia se me ocurrió leer en alto versos y novelas románticas. Auditorio semejante no lo ha soñado ningún lector. Diríase que para escuchar, hasta la respiración suspendían. Según avanzaba la lectura, crecía el interés. Una indignación, cómica á fuerza de ser ingénua, contra los traidores; un terror vivísimo cuando los buenos iban á caer en las emboscadas de los malos; un gozo pueril cuando la virtud salía triunfante..... Las exclamaciones me interrumpían. »¿Ese pillo se equivoca y toma el veneno? ¡Castigo de Dios!» «¡Ay, que si Gontrán entra en el bosque encuentra al otro con el puñal! ¡Que no entre, que no entre!» «¡Jesús, al fin le da la puñalada!» «¡Infame!» «Ve usted cómo el niño que robó el titiritero era hijo de la princesa?» etc.—En los episodios amorosos; cuando los amantes se dicen ternezas al claror de la luna, las solteronas se deshacían. Un leve sonrosado animaba las mejillas amarillentas; se humedecían los áridos ojos; los encogidos pechos anhelaban; aparecíase el bello fantasma de la lejana juventud, y un aura dulce y tibia agitaba un momento aquellos espíritus resignados, como el aire primaveral agita el polvo de una tierra seca y estéril.

Llegó el plazo en que yo tenía que emprender mi viaje á la corte, para cursar el doctorado. Dí la noticia á mis solteronas, y aunque no podía sorprenderlas, no fué menor el efecto que produjo. Mi tía Gabriela, sin perder el compás de la dignidad, se puso temblona, y me dijo, en frases que revelaban verdadera ternura, que era preciso excusar á los viejos si se afectaban en las despedidas, porque no estaban seguros de volver á ver á los que marchaban. Doña Peregrina manoteó, protestó, bufó, me insultó, y al fin se echó á llorar como una perdida. Doña Aparición suspiró, alzó la vista al cielo y dijo haciendo monerías: «Un joven de estas prendas... naturalmente, ¡va á lucir en la corte! Mañana recibirá usted un alfiler de esmeraldas..... que fué de mi papá.» Candidita, inmóvil, guardó silencio y se levantó, asegurando que tenía que hacer una visita urgente. Aproveché el pretexto para acortar la escena; salí con ella, la ayudé á ponerse el mantón, y la ofrecí el brazo por la escalera ancha, de peldaños carcomidos.

De repente, en el primer descanso, escuché un ahogado sollozo; unos brazos débiles me rodearon el cuello, y una cara fría como la nieve se pegó á mis barbas. Comprendí de golpe..... y créanlo ustedes, me quedé más volado y más compadecido que si viera á mi propia madre de rodillas ante mí. Noté que Candidita pesaba como pesan los cuerpos inertes; la supuse desmayada y la arrimé al balaustre, tartamudeando lleno de piedad: «Adios, adios, ya sabe que se la quiere.» Mas como no me soltaba, me encontré ridículo y la rechacé..... Al hacerlo me pareció que estaba degollando á una ovejuela enferma, y la lástima me obligó á volver atrás y corresponder al abrazo de Candidita con una caricia rápida y violenta, filial en la intención. Después eché á correr, y salí á la calle resuelto á no volver por la tertulia. ¡Ah, eso sí! Porque la caridad tiene sus límites..... —Y ahora, que también soy viejo yo, suelo acordarme de Candidita...: ¡Pobre mujer!

Emilia Pardo Bazán.

MARGINALIA

Sobre los Goncourt

A Balbino Dávalos.

La producción de la obra de arte tiene íntimos contactos con la reproducción de la especie: hay autores que desempeñan el papel varonil y representan la fuerza y la energía fecunda, mientras á otros tocan los dolores de una lenta gestación; los cerebros y sus eflorescencias tienen sexo, y los hermanos Goncourt flores gemelas de exquita planta de invernadero, vibran siempre con una enfermiza sensibilidad de estambres. Cada página suya destila melancolía maternal y por eso más que nadie amaron sus concepciones, las alimentaron con su propia sangre; casi podríanse medir cuantas unidades de su energía nerviosa representa cada pormenor rebuscado, diseccado, aderezado con una sutileza de orfebre ó lapidario.

Aprendieron á leer en Diderot, dice Zolá, y son como hijos póstumos de ese siglo XVIII que fué su medio intelectual y ha dejado en todas sus obras un sello perdurable de aristocracia. Tiene su estilo el crugir de la seda, el colorido atenuado de las amplias faldas, en cuyas quebraduras la luz reteza en zig-zags, en ángulos, en *rocalla* como, ellos llamaron pintorescamente al aspecto de esos trajes que Watteau hizo inmortales; el dibujo de la varilla de abanico, el motivo de un encaje de princesa, la vaguedad de horizontes de una tapicería, la minuciosidad de un esmalte, la delicadeza de un minúsculo objeto de tocador, lo infinitamente artístico de un dije, de una joya, etc., todo ello enseñó á los pacientes buscadores la difícil ciencia

de lo faceto y exquisito; dicen verdad los críticos que dotan de aromas palaciegos algunas de sus páginas y los declaran sin rival en la sabiduría del color.

Más tarde, siempre arrastrados por un sistema nervioso hiperestesiado, se apasionan por las extravagancias del arte japonés, esas paradojas del matiz y de la línea; los veis descifrar el apocalipsis condensado de un siglo de mitología que sube en espiral ciñendo en apretada red un vaso para crisantemas; hallan no sólo el hilo, sino el significado completo de un drama ó de un idilio en esa pléyade de cabecitas calvas y ojos circunflejos que pululan en un jarrón anaranjado; se cuentan los humorismos de esos poemas sin perspectiva que se dispersan en un papel de arroz y cuyo extracto se consigna en esa columna de caracteres niponés, en esas letras cabalísticas que parecen más que tales reproducción de nervaduras y esqueletos de una fauna y una flora microscópica, y descifran los enigmas de esos dragones sin fin de escamas, matemáticamente simétricos que miran con un ojo de esmalte inyectado, sangriento, desde el fondo intenso, deslumbrador, bermellón incandescente de los biombos; saben adónde van esos pájaros lánguidos que forman una X en el plenilunio de un kalsemono; conocen las guaridas de esos peces alados que gesticulan, que se retuercen, que dislocan sus aletas, que se inflan como odres de plata ó fustigan con un filamento epiléptico las aguas de un color verde, agonizante ó violento, hasta hacer daño á los ojos, y su palabra que tiene color y música, se imprime la melancolía infinita y misteriosa de esos cielos crepusculares donde se pierde el cráter nítido del Fujiyama ó se abre como un ramillete de flores de bengala el desordenado haz de las místicas crisantemas.

Esfuerzo tanto, una atención martirizada al extremo, una paciente observación de esa fantasía de pólipos, dió á su espíritu la agudeza de uno de esos alfileres que parecen un cabello, con los que se diecca el cuerpecito de una mariposa ó se taladran los poros de un jacinto, y con ese bisturí capilar, rasguñan las almas que reducen á átomos, á átomos de color con los que forman mosaicos con este eterno tema: el dolor. Casi nunca han reído esos gemelos taciturnos en los que no se distingue cuál contagió al inseparable de la fiebre del arte. No hay episodio, pasión, paisaje, escenario ó movimiento del alma, observado por ellos, que no lleve la veladura de una tristeza incurable. Al final de todas sus anatomías, ahí está el nervio adolorido: el pesimismo. No conozco un caso en la historia literaria tan estupendo como el de ese Julio de Goncourt que se identifica de tal manera con su creación, con Carlos Demailly, que se enferma por inducción de su misma enfermedad. La muerte de Goncourt el menor es un ejemplo pasmoso de autosugestión.

No seré yo quien haga un juicio crítico ni un boceto biográfico de esos espíritus alambicados de las estética Goncouriana (no tienen más escuela que la suya), la Pardo Bazán en el *Prólogo* de los Hermanos Zemmgano; Zola en sus Romancieros Naturalistas; Daudet en sus «Treinta años de París;» Paul Margueritte en un corto artículo sobre los Goncourt como novelistas, publicado en la «Revue Encyclopedique;» la misma escritora antes citada en su libro «Al pie de la Torre Eiffel;» Bourget en sus obras de crítica y otros cien más han visto, y desde distintos puntos, á los escritores cuya alma toda, antecedentes, marcha y decadencia ha de buscarse en su *Journal*, un examen de conciencia doble, hecho noche á noche, que nos presenta en su aspecto verídico á los autores de *Gavarni*. La más punzante, la más intensa, la más vivida de las novelas de Edmundo, está ahí; en el año de 1870, cuando pinta la enfermedad y muerte de su hermano. El literato neurótico de estos tiempos, no puede recorrer esas páginas sin sentir un inmenso dolor y el espantamiento que precede á toda la patología de las afecciones cerebrales. El *Journal* Goncourt, aparte de ese tremendo episodio, será el primer documento por consultar cuando haya de escribirse la Historia de la Literatura Francesa en el Siglo XIX.

Mierés.

¡SEMPER!

Arrojada en los escapes
De la costa en que halló abrigo,
Inválida del naufragio,
Veterana del peligro,

La vieja barca se pudre
Sobre los ásperos guijos,
Crujiendo el viento que azota
Sus tablones carcomidos.

Al ascender la marea,
El mar, su señor antiguo,
En los brazos de sus olas
La levanta convulsivo.

Declina el sol de la tarde,
Se aspira el ósculo tibio;
Sus penetrantes aromas
Confunden brea y marisco,

Columpiada en la rompiente;
Sin velas, jarcias ni rizos,
Aun siente la vieja barca
La tentación del abismo.

Emilio Ferrari.

LA GORRA DE CUARTEL

Trasmudando esta mañana mi guardarropas, la encontré en un rincón del tramo más alto. Su verdadero color ha desaparecido bajo el polvo acumulado en tantos años de paz. En su ferro se ha coagulado, casi sepenizado, el sudor de las pasadas fatigas.

Con ternura de camarada la sacudí, la escobillé, y apareció de nuevo aquel su puro azul heróico. Las lágrimas brotaron de mis ojos, y las memorias del pasado acudieron á mi mente al contemplar la vieja compañera de mis primeras glorias. El grito de *¡Alto! ¿Quién vive?* resuena en mi oído como el estallido de un trueno. A lo lejos la llama del cañón enemigo ilumina el campo de batalla, y en el llano de esmeralda salpica la sangre de mis camaradas.

Escucho diáfanamente la voz de mando del Coronel, y mi corazón le respondo con un eco jubiloso; la sangre se me sube á la cabeza, un sudor frío me corre por la espalda. Cerca se oyen las briosas órdenes de nuestro Comandante; su marcial apostura se divisa ya, sentado soberbiamente en su corcel de batalla; la espada relampaguea en su mano como una lengua de fuego en las tinieblas.

Su orden de retirada nos sobrecoge como una sentencia de muerte. Por columnas de á cuatro en fondo recula esta noche el ejército victorioso de la mañana. ¡Oh traidores recuerdos! ¿Por qué, en los apacibles momentos de mi vida, cruzan por mi mente esas reminiscencias dolorosas? ¿Por qué esta vieja prenda lleva mi imaginación hasta aquellas escenas, y me vuelve á hacer ver hermanos que se degüellan, en encarnizadas luchas que sólo sirven á entronizar tiranos?

Cuando sobre mi encanecida cabeza coloco esto añejo resto de mi uniforme de cuartel, memento de sangrientas guerras, siento que sus bordes tienen la frialdad de la muerte; su visera, que tantas veces toqué en señal de respeto para mis superiores, parece helada. ¿Qué derecho tienes, oh pérfida prenda, para turbar mis últimos días? No tendré piedad de tí; tú no volverás á oprimir mis sienes como con un cerco maldito; tú no tornarás á inspirar mi mente con falaces sueños de gloria.

Ni en el más obscuro rincón de mi estante, en donde por tanto tiempo has permanecido olvidado, te daré más asilo.

Fuera de mí! Déjame en paz!

C. C. Bolet.
(Venezolano.)

TRES SONETOS

LA MUERTE DEL LEON

Agoniza el león. La ardiente arena
es el lecho mortuorio; el sol desciende,
la negra banda de lós cuervos hiende
á lo lejos la atmósfera serena.

El coloso sacude la melena
sobre el robusto cuello, y fiero tiende
por el vasto desierto que se extiende
una mirada de amargura llena.

Cae su enorme cabeza. Después, trémulo
entre las zarpas hórridas la oprime,
y á los impulsos del dolor se estira.....

Lanza un rugido dilatado, émulo
de los fragosos truenos, y sublime
con la pupila en el ocaso espira.

EL JARDIN

Cuelgan racimos de adorables pomas,
negras uvas en gajos tentadores,
y fingen los parlantes surtidores
un murmullo de besos y de bromas.

Dormitan en las ramas las palomas
los buches esponjando arrulladores,
y el voluptuoso aliento de las flores
unge los troncos y el parral de aromas.

El sol candente esparce sus madejas
de luz sobre el jardín, y las abejas
un vals suenirran áspero y sonoro.

Bailan las mariposas deslumbrantes,
y perforan los pájaros brillantes
rubias naranjas que parecen de oro.

LA FRAGUA

Exhala el fuelle roncos resoplidos
sobre la horneza, y por la forja obscura
la llamarada espléndida fulgura
reflejos deslumbrantes y subidos.

Asen los dedos rudos y fornidos
de una ancha mano, la tenaza dura
que, sobre el yunque rígido, asegura
los luminosos hierros encendidos.

Los cíclopes—herreros incansables—
ponen en alto los velludos brazos
de musculosos biceps admirables.....

Rápidos bajan los enormes mazos,
surgen del yunque quejas formidables
y explosiones de fúlgidos chispazos!

Juan Ramón Molina.

(Guatemala.)

LA APUESTA

I

Un día el viejo monarca de los Gnomos me dijo:

—Pagado estás, oh! poeta, del carmín que bulle en los labios de tu amada; mas, si quieres hacer una apuesta, te convencerás que un rubí de mi corona humillaría el rojo de ese carmín.

—¿Y qué apostaríamos, señor?

—Mi espada de combate que ostenta por empuñadura un solo diamante, extraído de mis dominios de Gólconda, mi lecho de amores donde recibo á la Luna, tallado en una amatista, y mi carro de topacio que en irradiaciones vence al Sol.

—¿Y cual de mis tesoros exiges, oh ¡poderoso monarca, para compensar el valor de tu apuesta? ¿Quieres el velo impalpable de mi musa; ó bien, el ritmo arrullador de mis estrofas que hace palpitar de amor el corazón de las vírgenes; ó la copa de oro en que los sueños me escancian la bebida inmortal que ahuyenta la tristeza?

—No, poeta, guárdate esas miserias indignas de mi cetro y mi corona. Yo tengo por velo el manto de la tierra cuajado de pedrerías; por estrofa, el ritmo atronador de los torrentes, y son los volcanes mi inmensa copa, donde bebo el licor de llamas que enciende mi sangre y ahuyenta mis tristezas. Quiero.....

—Habla; cualquiera que sea el tesoro que me exijas, queda aceptada la apuesta.

—Pues..... tu amada misma.

—Mucho pides, Señor; y no alcanzarían las riquezas todas de tus arcas subterráneas á compensar el más leve átomo del tesoro que me exijes; pero la apuesta está hecha.

II.

Ay! Era muy hermoso aquel rubí formado de gotas de sangre, arrancadas á la frente del infeliz obrero por el trabajo abrumador de las minas. Y razón tenía el viejo monarca de los Gnomos para mostrarse tan orgulloso de la roja, brillante luz que irradiaban las mil facetas de la preciosa piedra.

¿Fué la timidez, la emoción de la apuesta, ó fué el amor? No lo sé. Ay! lo cierto era que mi amada aquel día estaba temblorosa y pálida como nunca, y que sus labios, en vez de flor de granado, parecían pétalos de magnolia. Perdida estaba para siempre, y en vano la infeliz se debatía llorosa y suplicante. El viejo Gnomo la reclamaba con acento que su repugnante pasión hacía más odioso.

Trastornado de rabia é impotencia me arrojé á ella y en un beso de amor supremo, le expresé mi infinito dolor y mis angustias infinitas.....

Y el viejo Gnomo prorrumpió en un grito.—grito horrible de desesperación y cólera—y huyó despavorido á su caverna.

Mi beso nos había salvado, caldeando con su fuego los labios de mi amada, que aparecieron más que nunca rojos y lucientes!

Fabio F. Fiallo.
(Dominicano)

AZUL PALIDO

Ha partido lo que en el mundo quedaba de una sola alma que tuvo por albergue dos cuerpos humanos: ha muerto el Goncourt huérfano, el Goncourt solo, el Goncourt triste, el que llevaba dentro de su espíritu—como una onda negra que arrastrara un cadáver—el recuerdo del amado ausente, del pequeño compañero, del enfermito, del desvalido! Ya corrió á unirse, allá, en los ignorados espacios, en los países del misterioso ensueño, el alma adolorida, enferma, vieja antes de la vejez, nostálgica y abatida, con la de aquel Julio, herido en plena juventud, en pleno amor, vencido, aniquilado, como si la vida que comenzaba á enraizarse en aquel cuerpo

no tuviera ya bastante savia para dar energías á la nueva rama—Edmundo de Goncourt había muerto ya hace muchos años; murió cuando la hada negra tocó con su dedo sigiloso la empalidecida frente del hermano menor y se rompió aquel lazo que la naturaleza y el arte habían estrechado hasta hacer de dos hombres y dos conciencias una sola conciencia y un solo hombre. —Qué doble existencia ésta viviendo la misma vida, sintiendo las propias sensaciones, palpitando á los mismos ideales, toda por entero consagrada á un pensamiento único que llenaba los dos espíritus y los aislaba en un sueño impenetrable, en un oasis lejano, agenos á todo, olvidados del mundo exterior, obreros mudos y contemplativos de una obra silenciosa y lenta!—¿Os acordais de aquellos *Hermanos Zamganno*s, dolorosa y exquisita autobiografía de los dos Goncourt? Toda aquella doble vida gastada en la labor de arte, en la prolongada enfermedad que llevó á la tumba al más frágil de los dos compañeros, aparece ahí, taciturna, dolente, enfermiza? Enfermiza, porque para sentir así, para llegar á esa quintaesencia de los dolores, á esa agudeza de las sensaciones, se necesita un estado morboso de alma. Ellos mismos lo dicen no recuerdo en donde: «Para las delicadezas, las melancolías de una obra, las fantasías raras y deliciosas en la cuerda vibrante del corazón y del alma ¿no es acceso indispensable que el artista tenga un rinconcito enfermo?»

Pues de esa enfermedad, como hace observar Paul Bourget, murió Julio, y Edmundo continuó viviendo, solo y angustiado, en esa muerte, que por fin acaba de herirlo, inesperadamente, en su cisada casita de campo, en la que respiraba los recuerdos del buen camarada de los años juveniles, bebiendo remembranzas, arrastrando el cautiverio de su dolor incurable.—Y ahora ya no habrá fuerzas en el universo que separe á estos dos peregrinos de la vida, reunidos allá arriba, en lo Incognoscible, como aquí abajo lo están por la admiración y la gloria.

***

Hablemos, pues, de la zarzuela, señora y dueña de ese buen burgués grueso que se llama el público.—Hablar de la zarzuela es, naturalmente hablar del Principal. Luisa Ibañez, una *diretta* de carnosos labios de guinda y gracioso *émboinpont* de durazno en cazón, ha ingresado en la *troupe* del coliseo. La Ibañez es una vencedora de la línea curva; tiene morbideces rítmicas y contornos harmoniosos.—El Tiziano, ese viejo cibarita del placer, no habría desdeñado su mórbido cuello para trasladarlo al lienzo. ¿Pero tiene talento la Srita. Ibañez? Dice mal si ¿no he dicho ya que es hermosa..... resueltamente hermosa, pródigamente hermosa?—Y ya que de talentosos hablo ¿por qué negarse á enviar un sincero aplauso al buen Labrada, al veterano Labrada? Es posible que este artista no disponga de un abundante caudal de *información* artística, pero en cambio posee una gran dosis de ingenuidad escénica que para sí la quisieran otros actores que pasan por primeros (y perdone el Sr. Belza este modo de señalar.)—En suma, de la zarzuela podría decirse lo que Flaubert de la ópera: *on s'ennuie, mais on y revient.*—Por fortuna oigo decir que una Compañía lírica italiana se encuentra á las puertas, y que el próximo sábado tendremos *Lucía* en Orrin. Antes del sábado, el jueves próximo, nos está reservado un espectáculo: el estreno de un drama en un acto.—*La sonrisa* —del Sr. Alejandro Cuevas. De él me ocuparé pacíficamente en mi próxima crónica.

[illegible]

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑÍA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

FUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Como propiedad de la Compañía.

COMPAÑÍA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50 Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 2 DE AGOSTO DE 1896. NUM. 14.

SOCRATES SANCHEZ

[LA 1 P. M.]

—Buenas.....

—Buenas.....

—Hombre, ya les he dicho que me hagan favor de cerrar el portón. Estaba de par en par: el día menos pensado se cuela cualquiera y carga con lo primero que encuentre. Además, se meten los perros de aquí junto y..... mira cómo me he puesto los zapatos. A ver, niño, tráeme las pantuflas.

—Pepito, ve á traer los zapatos viejos de tu papá.

—Anda, que te hablan..... Parece que no oyes.....—El hidrocefálico Pepito, momentos antes boca abajo sobre una cama, con los pies en el aire y leyendo atentamente un libro con estampas, acaba un párrafo y se lanza en busca de lo que le piden.

—Nadie ha venido?

—Sí, aquí estuvieron los Cortés.

—¡Vaya! De veras que no sé cómo hay gentes..... Si supieran que me hacen circo aquí (región umbilical.) No he visto familia más cargante que las tales Cortés. Ya te he dicho que no las recibas. La Mariquita se me figura que es tanta lanza, y no quiero que se junte con Luz. Y á propósito, ¿dónde está Luz, que no ha venido á saludarme?

—Aquí junto.

—Adónde?

—En el estanquillo; fué á ver á las viejitas que ¡le han cogido un amor!

—Pues que no se lo cojan. Ya está crecidita para andar sola de aquí para allí. No sé qué haga en el estanquillo con el individuo ese que tiene facha de ser un ordinario de siete suelas.

—Pero hombre, si nunca está ahí; no viene ni á comer.

—Supongamos. No me gusta que esté sino en su casa: aquí, cosiendo, haciendo algo. De otro modo se acostumbran á flojos; además, se junta con todos los hijos del Licenciado que son unos leperitos de marca. Mándala llamar y dile que ya vamos á comer. ¿Me trajeron el papel?

—No, se me olvidó.

—Bueno, (tragando saliva) pues que lo traigan luego, luego.

—Así que venga *esa*, que fué por el pan y el aceite, ó después de comer. ¿Lo necesitas mucho?

—.....por algo te lo encargué desde ayer.

Ya lo sabes, á fin de mes tengo que escribir mi disertación.

—Aquí están tus zapatos.

—Dácalos, y que me limpien éstos, ¡fuchi! Que nadie entre á mi pieza, porque me voy á ocupar. Y así que venga *esa* con el mandado que ponga la sopa porque ya ladro de hambre.

(Alejándose hacia su pieza.) No se puede hacer nada así. Para cierta clase de trabajos necesita uno estar en calma: una contrariedad, un dolor de cabeza, un disgusto y se le van á uno las ideas..... Ser difícil el tema y luego no poder pensar en él con calma, porque ¡vaya vd. á pensar con calma con ese ruido de la vecindad! La Higiene tiene muchísima razón. Las ideas obedecen como fuerzas pasivas al medio exterior, cualquier influencia obra sobre ellas, imprimiéndoles determinada dirección. La inteligencia es una ecuación y el valor de sus cifras (pensamientos) está en relación con los signos (circunstancias del momento), que las afectan, encerradas todas sin embargo en un paréntesis: ese paréntesis es el *yo*. Y es bonito ese tema: el Hogar. Muy común; pero tratado con cierta novedad, daré á mis alumnos de la clase de Moral una idea exacta de esa noción tan noble y tan simpática. Viene al pelo recordar las palabras que puso Sócrates ¡oh, ese Sócrates! en boca de Iscomaco, cuando le decía á su mujer: «¿Comienzas ya á comprender por qué te he elegido?» Al hablar de los hijos, las máximas de Platón, Silvio Pellico, y el mismo Evangelio..... ¿Adónde andará el tintero? ¡Chula!

—¿Qué?

—¿No has visto el tintero?

—Ahí debe estar sobre la mesa.

—No está (gritando.) ¿Quién ha cogido el tintero?

—Yo no.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Nadie lo ha cogido, el caso es que no parece. Ya les he dicho (sentenciosa y lentamente) que—me hagan—favor—de no—tocar—mis cosas! Todos los días es lo mismo. Por Dios, hombre, ¡cuándo entenderán vdes.! Busquen ese tintero.

Toda la familia se pone en movimiento y aparece la botella de tinta debajo de un periódico.

—¡Que tal; y decías que no estaba! Pero así eres, de que se te sube lo Sánchez á la cabeza todo se te vuelve regaños.

—Bueno, basta ¿y la pluma?

—Y esto que es?

—No se puede escribir: la pues nueva y ya está con los puntos torcidos; ese fué Pepito. Que me traigan plumas. ¿Y ese papel en qué paró?

—Voy á encargarlo.

—Chula, hace dos horas.....

—Acaba de llegar *esa*. No todo se puede hacer volando.

—Paciencia, paciencia Sánchez (hablando consigo mismo.) Acuérdate de Sócrates cuando aguantaba como muy hombre las imprudencias de Xantippa, su mujer. No cabe duda: para ser verdadero pensador necesita uno aislarse de las influencias extrañas. Si por algo admiro á los ascetas, es porque ellos no se andaban con chicas, ¡al diablo sociedad! cogían sus librotes, sus calaveras, y se metían en una cueva. Ahí ni mujer, ni hijos, ni necios, ni tanta calamidad que lo persigue á uno. Con razón: así bien puede escribirse. Luego todas estas especulaciones sobre Filosofía en general y Moral en particular, requieren sosiego, tranquilidad de espíritu..... pero ¡la eterna lucha! Los profanos que no comprenden cómo una inoportunidad cuesta un capítulo! (estallando súbitamente.) Se les ha figurado que mi mesa es no sé qué: el corsé, los zapatitos del niño, la costura..... ¡Chula!

—¿Qué?

—Hazme favor de llevarte esto y que no me pongan nada en mi mesa. ¿No me has visto un cuadernito azul?

—No, no he visto ningún *cuadernito azul*.

—Y ahí están mis apuntes. ¿Y ese papel?

—¿De cuál quieres?

—Ministro, hombre, Ministro. No son ni para comprar unos miserables pliegos de papel. Cierra ahí y que me dejen tranquilo. Con que... (meditando.) Procedamos con método y apuntemos los temas: El hogar. Su origen. Su utilidad, Papel que desempeña en sociedad. Todo es empezar, que cogido el hilo me voy viejo.

—Aquí está el papel; que si de éste.

—No, no de éste, *éste* es rayado y yo les dije Ministro. Fíjense en lo que uno manda. Todo lo hacen al poco más ó menos.

—Sanchitos, no es mi culpa, hijo, los criados...

—Sí, Sanchitos, culpa..... criados..... Si les explicaran á los criados..... Cierra y vete.

—¡Vaya un modo, *tú!*

—Y ahora ¿qué, vamos á pelear?

—(..... .....) ¡hum!

(Portazo y hervor de palabras refunfuñadas.)

—No es posible. ¡Sea por Dios! Si no escribo desde luego, no tengo trazas de acabar. Conque

(meditando.) ¡El hogar! ¡hogar! Cuan dulces recuerdos evoca esta palabra. A la memoria viene la faz dulce de la esposa, que cariñosa y buena nos espera; los hijos ¡oh los hijos! esos pedacitos de nuestro corazón, lo más sublime se condensa ahí. El ánimo se expande y algo como un indefinible bienestar se apodera de nuestro sér. Yo, al pronunciar esta palabra: hogar, señores..... ¿qué quieres?

—Que se está enfriando la sopa.

—¡Que tal! ¿no digo bien? Sócrates, ni más ni menos. ¡Soy un Sócrates!

Micrós.

Del libro de los Idolos

LOS CACIQUES

TUTECOTZIMI

Al Ilustre D. Juan Valera.

Cuacmichín, el cacique sacerdotal y noble,
Viene de caza. Síguelo fila apretada y doble
De sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.
Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro
Y vése al sol, que se alza del florestal sonoro.
Que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

En la mañana mágica del encendido trópico,
Como una gran serpiente camina el río hidrópico,
En cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino sopla sutil arruga,
El combo carapacho que arrastra la tortuga,
O la crestada cola del nadador caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,
Rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas
Del vaho de la tierra pasan cribando el tul;
E intacta, con su veste de terciopelo rico,
Abanicando el lodo con su doble abanico,
Está como una extática la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;
Al viento el pavo negro su grito agudo fía,
Y el grillo aturde el fresco, tupido carrizal.
Un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;
Prolonga la cigarra su chincharchar eterno,
Y el grito de su pito repite el pitorreal.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,
Su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,
Sus dientes llueven fruta del arbol productor;

Y con su vuelo rápido que espanta el avispero,
Pasa el bribón y obscuro sanate-clarinero,
Llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos:
Confraternizan árboles y plantas, seres vivos,
La grande aristoloquia y el breve colibrí;
Y junto á la parásita lujosa, va la iguana,
Como hija misteriosa de la montaña indiana
Que anima el teutl oculto del sacro teucalí.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda:
Camina á su palacio, el carcaj á la espalda,
Carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.
Tras él van los flecheros; y en hombros de los siervos,
Ensangrentado el suelo, los montaraces ciervos
Que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.

Camina. Llega al regio palacio el jefe noble,
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,
De Otzotekij, su tierna hija, ve el flamante huepil.
Súbito se oye un sordo rumor de voz profunda:
¿Es el fuerte Motagua que crece, amaga, inunda?
No, cacique: ese ruido es del pueblo Pipil.

Como torrente humano que ruge y se desborda,
Con su clamor temible que la ciudad asorda,
Hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol;
Primero, revestidos de mil plumajes varios,
Los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,
Que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después son los guerreros, los de brazos membrudos,
Los que metal y cuerno tienen en sus escudos,
Soldados de Sakulen, soldados de Nebaj;
Por último, desnudos, cobrizos y salvajes,
El cuerpo lleno y rojo de místicos tatuajes,
Ixiles de la Sierra, con arcos y carcaj.

Como á la roca el río, circundan el palacio;
Sus voces repetidas se elevan al espacio
Como una amenazante, siniestra tempestad;
Van jóvenes robustos de fieros aires regios,
Ancianos centenarios que saben sortilegios,
Brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y á la cabeza marcha con noble continente
Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente,
Que en su pupila tiene la luz de la visión.
Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro,
Lleva en los piés velludos caites de piel de toro,
Y alza la frente, altivo como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido al cacique:
Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique

Contiene el gran torrente de agitación y voz.
Cauemichín el soberbio se apoya en su arco elástico,
Y teniendo en sus lábios como un rictus sarcástico,
Pone en sus pardas cejas una curva feroz:

Curva de donde lanza cual flecha su mirada
Sobre las mil cabezas de la turba apiñada;
Curva como la curva del arco de Huarakán;
Y Tekij habla al príncipe que le escucha impasible;
Y lleva el viento rápido la palabra terrible,
Como el divino trueno de la ira de un titán.

—«Cuaucmichín, la montaña te habla en mi lengua ahora,
La tierra está enojada, la raza pipil llora,
Y tu nahual maldice ¡serpiente-tacuazín!
Eres cobarde fiera que reina en el ganado.
¿Por qué de los pipiles la sangre has derramado,
Como tigre del monte, Cuaucmichín, Cuaucmichín?»

Cuaucmichín, el octavo rey de los mexicanos,
Era grande. Si abría los dedos de sus manos,
Presto un millón de flechas obscurecía el sol.
Eran de oro macizo su silla y su consejo;
Tenía en mucho al bravo, pedía juicio al viejo;
Su maza era pesada: llamábase Ahuitzol.

Quelenes, Zapotecas, Tendales, Katchikeles,
Los Mames, que se adornan con ópalos y pieles,
Los jefes aguerridos del bélico Kiché,
Temían los embates del fuerte mexicano,
Que tuvo, como tienen los dioses, en la mano
La flecha que en el trueno relampaguear se ve.

El quiso ser pacífico, y engrandecer un día
Su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había
Tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.
Mandó Ahuitzotl cinco hombres á conquistar la tierra,
Sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,
Sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles, eran los padres nuestros;
Eran cultivadores, agricultores, diestros
En prácticas pacíficas; sembraban el añil,
Cocían argamasas, vendían pieles y aves:
Así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,
Los prístimos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco,
Y á ese miraban todos como una magestad.
Vino un mancebo hermoso que abría al momento brechas,
Que lanzaba á las águilas sus voladoras flechas
Y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El Rey murió: la muerte es reina de los reyes!
Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes;
Hablaron con los dioses en lengua de verdad.
Y un día, en la floresta, Votán dijo á un anciano,
Que él no bebía sangre del sacrificio humano,
Que sangre es chicha roje para Tamagastad.

Por eso los pipiles jamás sangre vertimos.
Del plátano fragante cortamos los racimos
Para ofrecerla en aras del dios sagrado y fiel.
La sangre de las bestias es bien que se derrame;
Pero la sangre humana, tú, Cuaucmichín infame,
Ayer has ofrecido como holocausto cruel».

—«Yo soy el sacerdote cacique y combatiente!»
Tal ha rugido el Jefe. Tekij dice á la gente:
—«Puesto que el tigre osado aun ruge, sea, pues!»
Y como la tormenta, los clamores humanos,
Sobre cabezas ásperas, sobre crispadas manos,
Se calman un instante para tornar después.

—«Flecheros! al combate!» grita el fuerte cacique
Y cual sino existiese quien el ataque indique,
Se quedan sus flecheros inmóviles, sin voz.
—«Flecheros! al cacique! responde un indio fiero,
Tekij alza los brazos, y quédase el guerrero
Deteniendo el empuje de la flecha veloz.

Tekij habla:—«En las guerras, la flecha audaz se lanza.
La tierra se estremece para clamar venganza:
A las piedras pipiles!»
Cuando el calor feroz
De los temibles indios calló, y el jefe odiado
En sanguinoso fango quedó despedazado,
Vióse pasar á un hombre cantando en alta voz,

Un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra;
Alababa á los dioses, maldecía la guerra.
Llamáronle:—«Tú cantas, paz y trabajo?»—«Sí»
—«Toma el palacio rico, carcajes y huepiles,
Celebra á nuestros dioses, dirige á los pipiles!»
.....
Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.

Rubén Darío.

BOXIANA

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

(CONCLUYE.)

"El combate se anima, y Sullivan por la primera vez lanza el vigoroso golpe de puño derecho, con que hizo sucumbir á tantos adversarios; pero Corbett lo esquivó, y su contrario encontró el vacío y cayó por la fuerza que había desplegado. Poco después, fué tocado en la nariz y apareció la primera sangre. La batalla tórnase furiosa; Sullivan recibe tremendo golpe en la cae sobre la cuerda, y no se levanta sino para recibir un segundo. A la señal del gongo, los campeones se dirigen á sus asientos, y Sullivan se hace limpiar la cara con una esponja.

«Desde el siguiente asalto pudo comprenderse que Juan había encontrado si no su maestro, su igual. Continuó recibiendo golpes sobre su rostro ensangrentado, sobre su pecho acardenalado, sobre sus mandíbulas amoratadas, y en uno de los asaltos el acerado puño de Corbett le hizo caer en tierra. Al octavo asalto dió señales de gran fatiga; al noveno, la boca y los ojos estaban cubiertos de sangre. El nombre de Corbett atravesó la multitud como un reguero de pólvora, y los *bookmaquers* disminuían sus pretensiones respecto de Sullivan. El californio no obstante los buenos golpes que recibía, pasaba siempre listo y contento. Al décimo asalto asestó á su contrario un golpe tan magistral, que fué celebrado por estrepitosos burras. Sullivan estaba cubierto de sangre y sofocado: al duodécimo asalto, apenas pudo dejar su asiento, siendo el último en responder á la llamada. Cuando sonó al gongo, al terminar el asalto, Corbett, que acababa de recibir un golpe en el estómago, respondió con otro en la cabeza, y riéndose ocupó su silla.

«Los asaltos siguientes fueron combates épicos: los golpes de Corbett eran de fuerza tal, que la cabeza de Sullivan se levantaba y caía, como si fuera á desprenderse del cuerpo. Los suyos eran también vigorosos; pero el californio agil como un mono, los burlaba de un salto, brincando al derredor de su contrario, que arrastrado por su propia fuerza, rodaba por el suelo.

«En el décimosexto asalto, la escena rayó en salvaje: los golpes llovieron. Sullivan fué herido en la frente cinco veces consecutivas. La multitud deliraba; las acciones por Sullivan se redujeron á cero en los carnets de los bookmaquers. ¡Basta, basta! ¡Hurra por Corbett! gritaban por todas partes; pero Corbett quería una completa y decisiva victoria, y la lucha continuó.

«Ese incidente estimuló á los dos enemigos. Cuando el gongo sonó la decimanona llamada, los contendientes se levantaron con precipitación, y llegaron al mismo tiempo á la arena. Redobló el encarnizamiento: el puño izquierdo de Sullivan estaba en continuo movimiento, como la barra de conexión [biela] de una locomotora, en tanto que su adversario conservaba la apariencia más jovial y tranquila y hasta parecía enervado, cansado y hasta derrotado.

«Nos acercamos al desenlace: dos asaltos más, y terminará una gloria consagrada por años de triunfos.

«Llama el gongo para el vigésimo asalto. Sullivan estaba abatido, su brazo izquierdo no podía sostenerse, luchaba con prudencia. A pesar de sus heridas y cardenales, conserva el aire resuelto de sus antiguos y mejores días. De una puñada en la mandíbula, Corbett le hace caer sobre la cuerda, y apenas si acierta á levantarse, cuando recibe una serie de cinco; dóblanse sus rodillas, y otro golpe en la frente le hace caer de nuevo sobre la cuerda. Levántase con gran fatiga, y el gongo que marca la conclusión del asalto, suena á tiempo para salvarlo.

«El asalto siguiente fué el vigésimo primero y último. Corbett radiante saltó él primero á la pista: sabía desde entonces que tenía el campeonato en el bolsillo. Sullivan por el contrario

avanzó con lentitud, contristado y ansioso. Llegaron á las manos y esa vez el combate no fué prolongado. Sullivan recibió desde luego un formidable golpe en la nariz, y cuando quiso contestar, Corbett le asestó los dos puños haciéndole caer sobre la cuerda. Entonces se vió un espectáculo conmovedor: el gran campeón de todas las Américas yacía tendido á los pies de su rival, que le contemplaba con los brazos cruzados. Todos tenían sus relox en la mano; el ilustre Sullivan, hizo un esfuerzo para levantarse y continuaron combatiendo; pero sus fuerzas le traicionaron y volvió á caer desvanecido. Se contaban en alta voz los fatales segundos: *siete, ocho..... nueve..... vencido.* Transcurrieron los diez segundos, un glorioso pasado acababa de hundirse. En tanto que los médicos y los amigos rodeaban á Sullivan, el juez árbitro Duffy, reclamó el silencio, é hizo la siguiente declaración:

—«*Mr. Jas. J. Corbett queda proclamado campeón del mundo.*

«Una tempestad de gritos, de bravos, de hurras acojió esta declaración. Corbett muy solicitado apretaba las manos que se le tendían. Sullivan volvió en sí, con gran esfuerzo logró ponerse en pie, y haciendo señal de que deseaba hablar, avanzó hacia Corbett, y dándole en *shakehand* le dijo:

—«Me reputo dichoso, al considerar que gracias á V., América conservará el campeonato del mundo, y en cuanto á mí, sólo siento haber caído en la arena una vez más.»

«En seguida se retiró para curarse. ¿Sabe V. amigo mío, como queda el estropeado rostro de un boxeador? No tiene nada de hermoso. La nariz tumefacta, esponjosa, sanguinolenta, el ojo estriado, rojizo, pequeño bajo la hinchazón de los párpados, en que se ven todos los tonos desde el verde amarillo hasta el rojo violáceo. Los puntos cercanos á las heridas se levantan, y se tiñen con tintes más pálidos y concentrados.

«Y para mejor explicarme, ¿alcanza usted á ver desde aquí, esos que parecen bubones cancerosos, que revientan en la parte superior de las fuentes ferruginosas del *Mammoth Spring?* pues ya vió V. la nariz de Sullivan después del sexto asalto. Corbett tenía algunas equimósis azulosas, y algunas manchas apenas rojas: su sangre no corrió y terminada la función, salió con las manos en las bolsas de su abrigo.

«En su familia todos son flemáticos. Durante el combate, la Sra. Corbett, estaba en Nueva York en las oficinas del *World*, esperando minuto á minuto mensajes telefónicos, y como las noticias eran siempre buenas á cada asalto, la esposa del vencedor reía gentilmente, exclamando:» ¡cuando yo lo decía.» Creo sin embargo que una esposa francesa, habría esperado á su marido á la salida.

«En todo el trayecto que recorrió Corbett, entusiastas aclamaciones saludaron al inesperado vencedor, al más fuerte boxeador de la tierra.

—Y ¿cuál es su aspecto?

—Corbett, es un joven fuerte como de veinte y seis años: rostro enérgico, regular, sin barba ni bigote, sus cabellos cortados al ráp; la nariz fuertemente arqueada, blindada por decirlo así, contra la potencia de los puños, el ojo franco, sombreado por grandes pestañas. Su traje de una elegancia irreprochable; es un verdadero triunfador.

En ese momento sonó el gongo del hotel, no para marcar el momento de un asalto de box, sino para anunciar que la comida nos esperaba.

Pasé algunos días agradables con el locuaz químico de Nueva Orleans, y nos separamos con promesa de volvernos á ver.

Quince días después, encontré en Filadelfia alegremente reunidos á Corbett y Sullivan. En la noche fuí al teatro de *Carn'cross*, situado en una calle, en la que los establecimientos todos son almacenes de pianos.

La función comenzó por las graciejadas de quince *minstrels*, de frac, pantalón y corbata blanca, y guantes negros como su cara. Sentados en semicírculo, uno por uno cantaron alguna cancioncilla, tomaron parte en el diálogo, ó dijeron algún chiste. Había un tuerto horrible, que movía constantemente su ojo blanco, en su negro rostro. A primera vista no se distinguían más que ojos blancos y labios muy rojos. Entre aquellos máscaras, que tales parecían, se notaban tenores dotados de buena voz, y cantaban piezas que formaban cabal contraste con su traje: todos ellos tienen instinto musical y cuando cantaban en coro, se destacaba una melodía muy pura, sobre un fondo de murmullos dulces y apagados, como los sonidos de un órgano con sordina.

Esos negros ó simili-negros ofrecen un raro ejemplo de cómicos tímidos y humildes; parece

que siempre suplican, y en la escena no se presentan con la desfachatez que generalmente tienen los más ínfimos tenores de los más modestos conciertos.

Hacen diferentes ejercicios. Uno de ellos estaba dislocado; entraba corriendo, asustado, como si alguien le persiguiese, hacía una cabriola, y se torcía en todos sentidos como un trapo viejo, y después de cada ejercicio, poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de pantalla, se fijaba en los bastidores, como para ver si aún se le perseguía, haciendo horrores con su pobre cuerpo, y se retorcía disminuyendo su volumen cuanto era posible, como para hacer perder la pista á sus imaginarios perseguidores ó para burlarse de ellos, como hacen los chicos detrás de sus maestros. Bizarra actitud, cuyo objeto es quizá disimular bajo una apariencia frívola lo doloroso de tales ejercicios, y por un contraste singular durante esos trabajos, la orquesta ejecutaba una marcha fúnebre, como la miseria y la labor del pobre acróbata negro.

Algunos llevan un sombrero marinero, blanco, que les cubre la frente, como si tuvieran cortada la parte superior de la cabeza, no viéndose más que el resto del rostro, conjunto que tiene la apariencia de un gran bote para rapé, en forma de negro y sin tapón.

Los movimientos de la fisonomía del negro son nulos. Sus ojos y sus labios rojos parece que están colocados en la cabeza de un gran pescado. Se cambian sus cuentos y sus bufonadas, y por cierto hay algunas graciosas. Por ejemplo, uno pregunta á otro:

—¿Qué harías para ir de Nueva York á San Francisco en doce horas?

—No sé, porque yo siempre empleo ocho días en ese viaje.

—Pues bien, yo me subo á un globo, me detengo en el aire y como la tierra gira en veinticuatro horas, pasa San Francisco y entonces me bajo.

Yo también desciendo, pues que ya estoy en la ciudad natal de Corbett al que vuelvo á ver y al que se prepara una calurosa ovación. En el *Carn' cross* de Filadelfia se le tributaba homenaje esa noche bajo la forma de una parodia: el match de Corbett y Sullivan.

Corbett estaba grotescamente figurado por un salvaje californio, negro, vestido de plumas, saltando como un cabrito, gritando y jurando. Entra á la arena, da un puñetazo á una bola de cuerda pendiente del techo, y de la que ya he hablado otra vez, esa bola se eleva á una altura considerable y desaparece. Entonces el rudo hijo de la naturaleza, da con el puño y con la cabeza contra las paredes y columnas por vía de ejercicio.

A ese tiempo llega Sullivan, viejo y cascado, con su paraguas bajo el brazo; mira á Corbett, se apodera de él un temblor general, y para darse valor refiere sus hazañas.

—No tengo miedo, dice, la semana pasada dí un puñetazo á alguno, y murió toda su familia.

A una señal avanzan, no se atreven á aproximarse, y como las vacilaciones se prolongan, caen fatigados y soñolientos: extienden dulce y maquinalmente los puños débiles; Sullivan cae dormido y Corbett lo imita.

Este es en verdad el considerable rango que en la vida americana ocupa el box, el arte predilecto de lord Byron y Ricardo III.

A Sullivan se le honraba como á un semi-dios, y mucho más que á Hércules en persona. Su estatua en cera se encontraba en los museos, los periódicos daban su biografía, su *home*, y sus costumbres; los reporters sitiaban su puerta y los campeoncillos temblaban en su derredor. Tal fué el gigante de bicepa, al que abatió y destronó Corbett, despojándolo del campeonato del mundo, mientras se presenta el que debe derrotar al vencedor, en conformidad de la gran ley del ritmo y de la alternativa, señora del mundo.

El quasi cursores tradunt ibi lampada boxae.

Leo Claretie.

A MARIA

Llora el alma en el fondo de su nido
mientras medrosa en el confín lejano
la luz recoge su imperial vestido;
vestido que implacable ha desteñido,
la blanca bruma del invierno cano.

Y llora sin poder como en estío
volar en cruz hasta el paterno suelo;
sin empapar sus alas de rocío,
y sin dar vida al pensamiento mío
para que pueda levantar el vuelo.

Pobre alma; de tu lado ya se aleja,
se aleja suspirando mientras vierte
la ausencia misteriosa que se queja,
su beso entumecido donde deja
el hálito marchito de la muerte.

Y bajo el ala la cabeza hundida;
y acariciando su plumaje el viento;
se queda la infeliz entumecida,
mientras la negra nieve de la vida
la envuelve al caminar su pensamiento.

Y mañana tal vez; cuando temblando
la luz su beso entre la bruma vierta,
tal vez ya no la encuentre suspirando:
la pobre enferma sólo en tí pensando
no pudiendo volar, quedóse muerta.

Miguel E. Pereyra.

EN UN CAFE

—¿Usted es poeta? No lo sabía.....

—Sí, señor mio. Soy poeta! He publicado un libro de versos que ha tenido un éxito verdaderamente pobre, ¡porque el público!..... He escrito crónicas en los diarios y en revistas de amigos he hecho imprimir algunos de mis poemas cortos. Pero,—(siempre ese maldito *pero*)—¡todo eso no vale nada! ¡Todo eso no da nada! Estoy más pobre que un santo, ¡más arrancado! Y sin embargo..... Más rico de ilusiones que un Nabab. ¡Esto es una porquería! ¡Esto es una miseria!..... ¡El arte compensado! El arte que se codea con el oro y firma cheques para los bancos y come en los restaurants! Ese es el ideal!

—Cá, mi amigo! Y la gloria? ¿No le basta á vd. ser admirado, discutido? ¿Y ese viejo y verde laurel tan buscado por los imberbes y por los caducos?

—Vaya! La gloria no se come! La admiración no es un *beefteak*. ¡Qué diablos me importa el que un desocupado, que se pasa la vida en los bancos de los paseos, á la sombra de los árboles, y lee los periódicos que se escamotea de las salas públicas de lectura, me admire, y diga al verme pasar:—«Ese es! Es un gran poeta!» ¡Qué me importa la señorita cursi, la solterona sentimental que declaman mis versos y leen satisfechas mis crónicas! ¡Váyase al diablo la admiración! ¡Váyase á la guardarropía ese laurel verde, símbolo de la gloria! ¡Si se pudiera, por lo menos, sazonar un puchero con las hojas de ese laurel triunfal!..... ¡El dinero, el dinero! ¡Eso! El sonido argentino de un duro reluciente sobre la plancha de mármol del café, al pagar el *bitter* de las once, me sabe mejor que el ritmo cadencioso de una serie de estrofas que se desgranan como un collar. Ah! Me estoy volviendo positivista. Mi ídolo va siendo ese dios implacable y austero de los *yankees:* el *Dollar*. No comprendo al que hace versos cuando tiene el estómago vacío. Es necesario llenarse la panza, beber bien, dormir bien..... En seguida, como consecuencia, ¡bien haya el verso! ¡bien surguida la prosa!

Ante el poder de un trozo de carne, de una rebanada de Roquefort, de una salchicha dorada, de un medio litro de Borgoña, creo que el alma del poeta más soñador depone, vencida, su carga de ensueños y de quimeras. El olor de la man-

tequilla frita y de las cebollas tostadas, disipa todas esas brumas de colores, todas esas nieblas vaporosas, como un rayo de sol esfuma las brumas matinales, como una ráfaga de viento rompe en mil pedazos la columna de humo que sube caprichosa al espacio..... Hay que ver el lado material de las cosas! Hay que ver la vida tal como es, pasajera, caprichosa, queriéndose ir á cada instante, poniéndose serla y amenazándonos! ¡Que hayan sueños! Yo no me opongo, ¡si soy, ó mejor dicho, fuí un soñador endemoniado! Pero también..... Que haya eso, eso que unos ilusos llaman «burguesía» y que no es otra cosa que «el buen vivir,» el buen gusto de la vida!—¡Burgueses! grita el pobre poeta ante el rey del oro, obeso, rebosante en salud.—¡Pobre diablo, hambriento! responde el poeta del oro ante la protesta del rey de la miseria, escuálido y nervioso. Y de esas dos imprecaciones, me quedo con la última. ¡La lucha por la vida! Esa maldita frase inglesa *strugge for life*, que suena al oído como ladrido de perro. Y hay que luchar! Y esa lucha encarnizada, es que hay victorias y hay sozobras, es la lucha por el estómago, que chilla y que protesta cuando está vacío. Ante el verso triunfal, guiña el ojo la cara de necesidad. Hay que escribir versos después de haber comido bien. Alguien dijo por ahí: «Entre el estómago y la cabeza existe un hilo invisible.» Hay que escribir si es posible en cuartillas manchadas de manteca, sobre la mesa en que se acaba de hacer un formal ataque á los platos. ¡Viva esa poesía! Hay que dejarse ya de utopías. Hay que cantar al oro, ese rey grande y poderoso. ¡Que dejemos de ser ya esos «pobres diablos» para convertirnos en algo superior! ¡El dinero, el dinero! Ese nos hace grandes. Hay que ir á su conquista, por el camino más seguro y más breve. ¡A la cumbre! ¡Viva el *Dollar!* ¡Gloria!...

—¡Calle usted, amigo! Está escandalizando á la gente. Tiene vd. seca la garganta de tanto hablar. Concluya su *bitter* y nos vamos en seguida á comer, á hacer esa poesía que tanto le agrada á vd. y que me agrada á mí. Yo pagaré los cubiertos y haré derrochar una botella de tinto. ¿Estamos?

—Sí, amigo. Estamos! ¡Está vd. muy razonable y muy..... Vámonos!

....

....

Arturo A. Ambrogi.

MATINAL

El orto se abrillanta, los celajes
Son cisnes en un lago de neblinas,
En que vierte sus luces diamantinas
La aurora al descorrer sus cortinajes.

El horizonte arde, los mirajes
Que dibujan las nubes ambarinas,
Fingen crenchas de gráciles ondinas
Emergiendo de ignotos oleajes.

Desgarra el día con su luz de oro
El nimbo azul de la mañana, y luego
En su hamaca de brumas se adormece.....

Mientras que derrochando su tesoro,
El sol—pupila de radiante fuego—
En la gloria del orto resplandece!.....

México, Julio de 1896.

Rafael Martínez Rubio.

MONOLOGO DE UN ENFERMO

Idos en paz gentes alegres, á tomar parte en los delirios con que todos celebran la despedida de la carne. Idos y gozad mucho, apurad la copa hasta que no podais más, experimentad todas las explosiones de esa glorificación del sensualismo que llaman baile, recorred con la cara risueña las calles de la población, criticad á todo aquel que encontreis haciendo algo que no os guste ó que desearíais hacer vosotros; aprovechad, jóvenes, á las doncellas frescas y lozanas que halleis á vuestro paso para hacerles el amor, no desperdicieis, bellas, el momento de poder introduciros en el corazón de los jovenzuelos que apenas saben lo que es amor y desean beberlo á grandes sorbos.

Yo me contento con mi tos y es para mí sumamente grato estar rodeado de mis buenos amigos, los libros, de las revistas y diarios que fortalecen mi mesa de estudio. Tengo buena provisión de cigarrillos asmáticos. Parece que únicamente se enteran de mi soledad, el grillo que se complace en hacerme oír su entrecortado canto y las gotas de agua que al atravesar el filtro caen en el depósito de barro dejando escapar sonidos rimados que cuasi hablan.

Por fortuna, el ruido de vuestras fiestas no llega hasta mí. Esto me place. No sé si deciros felices porque vais á satisfacer necesidades orgánicas; hay en nosotros todos, residuos de la bestia y ésta, tarde ó temprano, ha de exigirnos satisfagamos sus antojos. Hay también temperamentos diferentes, y de aquí que no pueda decidir, quién más dichoso, si vosotros que lo olvidais todo por el placer; ó yo que huyo de él y me contento con especulaciones científicas.

Mañana os acercareis á mi cuartucho y sentados frente á mí, me enterareis de todo lo que hicisteis ó visteis en la noche de carnaval. Me hareis prolijo exámen de las hermosas á quienes conquistáistes, y os lo agradeceré: me podrá servir para algo; me mostrareis las flores, muestias ya, que arrancásteis del corpiño que oprimía el seno de vuestra pareja, las guedejas blondas ó color de ébano y el pañuelo primorosamente bordado que os dieron como recuerdo. Os estimaré todo esto. Pero no vengais á propinarme epítetos por mi retraimiento. Sería materia para acalorada discusión; y no quiero que cosas tan baladíes vengan á turbar nuestra amistad. Creeis que no hay hombres más felices que vosotros porque dísteis rienda suelta á las pasiones carnales, y yo pienso que sois sumamente débiles; que el resto de animalidad que existe en vosotros os ha pedido que sacicie sus apetitos y que, sumisos, habeis cedido; que vosotros jóvenes inteligentes os olvidais del grado de cultura, que merced á una muy larga evolución habeis alcanzado y que creyendo erróneamente que tales instintos son pruebas de refinamiento habeis retrocedido al estado salvaje de las razas inferiores. Yo me alejo de tales sensaciones que sólo deben existir en aquellos cuya capacidad cerebral es sumamente reducida, los cuales no atienden á otra cosa, más que á las manifestaciones imperfectas de sus sentidos poco desarrollados—producto del medio estrechísimo en que viven—y que no quiero se me diga, que voy de espaldas, camino del origen.

Y no nos entenderíamos; juzgais, que la vida está destinada al goce y que solamente se debe trabajar unas pocas horas en el año, mientras yo opino que la época aquella que diviniza la mitología no volverá; que las necesidades aumentan, que los pueblos han menester reformas sociales, que existen multitud de inconvenientes por vencer y que debemos abandonar las diversiones por el estudio.....

Angel C. Rivas.
(Venezolano.)

El tablado flamenco

Al elegantísimo poeta Ruben Darío.

En el resonante tablado flamenco
su zapateado describe *la Penco*,
y las castañuelas de poza de cuenco
juntan sus compases al baile flamenco.

Con los libres brazos como una bandera
sobre los tacones va la *bayadera*,
y al doblar el gozne la curva cadera
los brazos ondulan como una bandera.

Las palmas alegres de ritmo vibrante
indican las vueltas del cuerpo ondulante,
y arrancan suspiros del pecho anhelante
las palmas alegres del ritmo vibrante.

Alarga la cuerda llorosa y sentida
su línea tirante de notas vestida,
y un aire de España que al sueño convida
se ajusta á la cuerda llorosa y sentida.

Pájaros brillantes y flecos de oro
el mantón desborda del pecho sonoro,
que al lanzar valiente su trino canoro
deja que retiemblen los flecos de oro.

El concurso alegre se agita y vocea
al lúbrico canto que aturde y marea,
y á la bailadora que el talle cimbrea
el feroz concurso aplaude y vocea.

A cada arrogancia y á cada donaire
sombreros en lluvia conmueven el aire,
y la flor prendida del pelo, al desgaire,
oscila en las vueltas á cada donaire.

Resuena y acrece la vocinglería
y el ritmo acelera su ardiente armonía,
y la bailadora su cuerpo deslía
más raudo, sintiendo la vocinglería.

Ya el licor dorado perfuma la caña,
ya la última vuelta la copla acompaña,
ya suspende el baile en música extraña.....
¡y la manzanilla sonríe en la caña!

Salvador Rueda.

La ejecución del penado

Detenido el penado, que se llama (ó mejor dicho se llamaba, pues á estas horas no existe) Antonio Farreu y Riera, su suerte no fué un misterio para nadie. Era uno de esos desgraciados que el crimen arroja á esta prisión que rocas, cañones y hierros guardan. Condenado á cadena perpetua por la Audiencia de Lérida, llevaba ya veinte años aquí. La pena de muerte cerníase sobre su cabeza. Anoche se sabía ya, pero nadie podía creer en este tránsito tan rápido de la vida á la muerte, en esta impía rapidez de la justicia humana. El Consejo se reunió por la noche en un edificio de la plaza de los Algibes. No sé qué de terrible, de dramático, rodeaba á la casa. Veía entrar y salir oficiales tapados en los capotes, cuchichear en la puerta, pasar la Guardia civil conduciendo á testigos, á procesados, cuyas caras pálidas brillaban un momento al resplandor incierto de los faroles. Allá una ventana iluminábase con la luz de unas velas; los alertas del centinela rompían el silencio, repitiéndose como un eco lúgubre hasta perderse en el campo enemigo. Ya muy tarde salieron varios oficiales, oyóse crugir una llave, perdiéronse los pasos en las moruna callejas..... Yo no ví el Consejo, pero supongo que aquella vela que aparecía en la ventana iluminaba un cuadro tristísimo.

Los oficiales discutieron, el peso de la ley dejóse caer con toda su crueldad, la palabra *muerte* se oyó. A las once de la noche la vida del reo oscilaba, á las once y cuarto todo se había consumado, á las cuatro entraba en capilla, á las once de la mañana..... A las once de la mañana he presenciado un cuadro, algo rápido, como una pesadilla, algo que no quisiera recordar..... He visto á un hombre más bajo que alto, envuelto en el pardo traje del presidio y sujeto por los brazos á dos sacerdotes, subir hasta el fuerte de Camellos en un día en que la Naturaleza toda parecía sonreir de júbilo. El mar azulaba adornándose con la nieve de sus olas; los campamentos, como bandada de aves blancas, alegraban el triste recinto de las murallas, y el sol del Africa, incendiando todo, arrancaba á las piedras que pueblan el cadavérico llano diamantinos reflejos. El hombre, tranquilo, sujeto un Cristo en las manos, subió hasta la explanada.

Luego aglomeróse la gente, oyéronse militares voces. El reo se arrodilló, besó su escapulario con una fiera tranquilidad, con una fiereza que sólo se explica en quien no se da cuenta de su situación, tal vez porque pasa en unos minutos, en unas horas, de la vida á la muerte. Le veo en el centro del cuadro, mirando indiferente el brillar de los fusiles, el centelleo de las armas. Hay un momento de ansiedad; y entonces parece que el paisaje todo se nubla y por aquellos campos lejanos pasea la muerte..... No tengo valor para ver el desenlace del drama. Oigo una voz sonora que lee la sentencia, una sentencia burlesca que condena á *inhabilitación perpetua* al que va á morir. Entonces observo que por el público corre como un deseo de salvar al hombre que va á morir á dos pasos de nosotros, con la frialdad de un médico que hace la autopsia. Pero la ley, previéndolo todo, nos dice por boca del que lee la sentencia con campanuda voz:

—¡El que pida gracia para el reo será condenado á muerte!

No hay salvación. Aún la curiosidad me incita y veo á los soldados encargados de disparar procurando disimular una emoción mal contenida. Pasa un minuto, suena la fusilería como una tela que se rasga, sube al azul del cielo un humo ligerísimo..... Hay algo que me arrastra hacia el pelotón, y por entre los roces de los soldados acierto á ver una cabeza ensangrentada, unos ojos aun no cerrados y turbios, el pelo salpicado de sangre, manchado de tierra, como la pluma de un pájaro herido por el cazador...

Rodrigo Soriano.

SONETO

A una tísica.

Enferma rosa-the que te deshojas
Dulcemente en la copa de la vida
Y al calor de la tísis homicida
Del crespón de tus formas te despojas:

¡Ay! cómo sufro al ver que te sonrojas,
Por la tos implacable sacudida,
Dejando la batista convertida
En purpúreo jardín de hortensias rojas.

Viene la primavera perfumada
Cuando tú emprendes el celeste vuelo
Con las galas de virgen desposada.

Novia que ciñe el argentado velo,
Ya inclinarás la frente, enamorada,
Sobre tu hermoso prometido: el cielo!

Vicente Acosta.

México, 189.

AL SOL

Despierta, oh rey, y al féretro esplendente
De oro y carmín, diamantes y brocado,
Sube y contempla sobre el mar rizado
Tu egregio efod ó inmaculada frente.

Alas y voz al adormido ambiente
Da generoso; púrpura al nublado;
Zafir al éter; ópalos al prado;
Al ave galas; iris á la fuente.

Radiante incuba sobre el ancha tierra
Que de tu amor llevada y poesía
Por el espacio embebecida yerra.

Y tras los montes al perderse el día,
En lecho de coral los ojos cierra;
Y duerme, duerme entre la bruma fría.

Joaquín Arcadio Pagaza.

AZUL PALIDO

La tarde perezosa, empapada de brumas, cae lentamente, se disuelve en un crepúsculo grisáceo. Las nubes van como arrastrando sueños, amontonándose en bloques informes, en masas indecisas; ruedan, se agrupan, riñen batallas gigantescas salpicadas de lágrimas de los cielos y de roja sangre de un rayo de sol moribundo, que se abre paso á través de la cortina de nieblas que lo oculta.—La lluvia teje sobre la ciudad un encaje impalpable, la cubre de blondas líquidas, de un velo movible, mientras allá arriba un relámpago traza en el escudo del infinito quién sabe qué palabras fulgurantes, qué líneas acerradas. La tierra se estremece al recibir este regalo de lo alto. Cada gotita es un tono de color que surge, un repentino pincelazo. Y el agua rima con su murmullo punzador esta harmonía de matices.—¿No os ha sorprendido nunca el chubasco bajo las arcadas del bosque? Se diría que en la impenetrable red de frondas se abren millares de pupilas verdes—verdes, como las que soñó el poeta—que nos miran irónicamente. Cabecean los árboles, sacudiéndose la empapada cabellera, se oyen aleteos, susurro de hojas y el grito agudo de algún náufrago del aire, rasgando el ritmo del agua.—Buen chaparrón! Escribe en el espacio su hosana providente, su himno sonoro y sus estrofas, penetrando en la tierra, remueven sus olvidados gérmenes, en la gran obra de la vida imperecedera.

***

En estas noches en que la llovizna piquetea el cristal de las vidrieras y hace correr rumorosos arroyuelos por las lucientes banquetas, es casi heroico lanzarse á la tiniebla, patinar sobre el glutinoso amasijo de los charcos, espiar un vehículo que como una isla misteriosa aparece de tiempo en tiempo con su mortecino faro, y arribar á alguno de nuestros coliseos, en el que, rompiendo la monótona tradición, se ofrece alguna novedad escénica.—Noches atrás emprendí la aventura de asistir en Hidalgo al estreno de *La Sombra*, cuadro dramático del Sr. Alejandro Cuevas, y te aseguro, mi buen amigo, que no quedé arrepentido de mi osadía.—*La Sombra* es un discreto esbozo, felizmente escrito y en el que palpita un pensamiento original, un motivo punzante ó incisivo. Se me antoja que el Sr. Cuevas está influenciado por la lectura del teatro de Echegaray, y en el mecanismo escénico y aun en algunos rasgos de factura, se nota el deseo de ajustarse á los procedimientos del dramaturgo español.—De todos modos, *La Sombra* es un loable ensayo y el Sr. Cuevas merece una palabra de aliento.

***

Es cosa decidida que tendremos ópera popular en Orrin: Ventura, Sotorra, Gil Rey.... —¿Te acuerdas de aquella *mignonne* Margarita de *Los Hugonotes*, á quien un cronista llamó la reina de las hadas? ¿te acuerdas de aquella Sra. Fons de Calvera, que antaño aprisionó Sieni en su dorada jaula? Pues esta avecilla forma hoy parte de la *troupe* popular y ella será la heroina, una heroina diminuta y delicada, de las veladas del Circo.—Popularicémonos, oh mis amigos!

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 9 DE AGOSTO DE 1896. NUM. 15.

LA MASCARILLA DEL "DUQUE"

A Vicente Acosta.

En el espacioso taller, en donde la luz—la gran lujuriosa—abre sus haces y van arrancando brillazones, matices, velando acá una amarillosa calavera que soporta un casco, allá rodando sobre un alto-relieve, en el hacinamiento de acuarelas, estatuas, bocetos, grabados, libros y revistas, telas desplegadas, alfombras, una mascarilla llamó mi atención. Me acerqué: los abultados ojos entornados, la boca firme contraída con una sonrisa amarga, el bigote caído, la barba en cuadro, la alta frente abovedada, todo aquel óvalo impregnado de una amabilidad dulce y resignada, de una dolorosa beatitud, solemne y triste. Me asomé á aquella faz como si me asomara á un abismo.—Sí, era mi buen amigo, mi amado compañero, el que se llevó un pedazo de mi espíritu, un girón de mi vida, al emprender el misterioso viaje. Y allí, ante aquel rostro inmóvil, mi mal cicatrizada herida manaba sangre, me sentía asido una vez más por aquel dolor que el tiempo ha refinado, aguzándolo, dándole una delicadeza punzante é inquieta.

¡Ah! ¿cómo, de qué modo sentir esta gran desdicha que llevo en mi conciencia? Cuando me úno á él por el recuerdo, un desconsolado desaliento me penetra, una sensación de infinita laxitud me invade; yo no puedo decir nada de Gutiérrez Nájera porque me acosa el terrible remordimiento de no ser digno de expresar este dolor intenso, de no haberme impregnado lo bastante en este lago de lágrimas. Por eso huyo de referirme á él por medio de la palabra escrita, como huía—en aquellos días de crísis—de la casa maldita. Hay penas que nos vuelven tímidos; nos asusta la idea de llegar á sentirlas en toda su magnitud; dejaríamos de existir si bajáramos al fondo del abismo. Por eso retrocedemos espantados ante ciertos recuerdos, que nos persiguen como remordimientos.—Esta sensación deben experimentarla muchas madres, pensando en sus hijos muertos.

¡Y cómo nos reprochamos entonces haber ahorrado nuestro cariño, economizando esas buenas *naderías* que son como el maná de las almas! ¡Qué crueldad la nuestra! Acaso fuimos avaros de nuestro amor, tal vez se alejó el ausente ignorando lo que le queríamos ó bien nuestro egoismo frío y reservado no lo preservó de la muerte!

Yo creo que nosotros, los que por la escala del arte hémos ascendido—sentir es ascender, jamás descender—á las esferas del dolor humano, arrastramos la doliente amargura de encontrar una desproporción enorme entre el concepto del sufrimiento y el sufrimiento. Se nos antoja que en nuestra sensibilidad hay algo de irreal, de afectado, de declamatorio, de *artístico*. El hábito del análisis echa á perder nuestras sensaciones, las

representa á nuestro espíritu como amaneradas y artificiosas, como reflejadas por el miedo intelectual que frecuentamos. Y este sentimiento es origen de tortura. Sufrimos porque no sabemos sufrir lo que anheláramos. ¡Ved si hay mayor desdicha—Y ante aquella mascarilla triste y austera, que ponía su tono solemne en el abigarramiento mundano de aquel estudio en donde la luz corría locamente, arrancando matices y brillazones, me sentía asido por el amargo desconsuelo de haber retrocedido ante la conciencia de este acerbo sufrimiento, entrevisto como en sueños, pero del que el espíritu huye frente á su magnitud terrible,

..... ¿«De qué manera te hablaré de *Gloria*, hijita mía?» decía él en su carta á Justo Sierra. ¿De qué manera te hablaré yo del *Duque*, mi buen amigo?—A tu bello país, tapizado de blancos ramos de azahares y rojos rosarios de cafetos, llegó esa satinada poesía, rebosante de humorismo de buen tono, ático y flexible, en el que punzaban vagas tristezas. De *él*, del compañero ausente, de ese cuya trágica mascarilla desgarrada por una sonrisa amarga, se alza en el resplandeciente *panneau* como en una apoteósis de arte, no podré hablarte.—Deja que aun sumerja mi espíritu en esa obscura corriente del dolor, que llegue al umbral de este templo en el que vela el recuerdo.

Carlos Díaz Dufóo.

El Credo del Amor

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

SIEMPRE había ella soñado con ser la mujer de un poeta!... Pero el destino implacable, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le concedió una dicha tranquila casándola con un rico de Auteuil, que vivía de sus rentas, de caracter dulce y pacífico, aunque viejo para ella, y cuya única pasión, absolutamente inofensiva y tranquila, era la horticultura.

El buen hombre pasaba el tiempo con la podadera en la mano, cuidando y limpiando una magnífica colección de rosales, calentando el invernadero ó regando las cestas, y por vida mía, los lectores convendrán, en que todo ello no era alimento bastante para un corazoncito hambriento de algo ideal. No obstante, durante diez años su vida fué recta y uniforme, como las calles finamente enarenadas del jardín de su marido, y así la continuaba á pasos contados, escuchando con fastidio resignado, el seco y estridente ruido de las tijeras siempre en movimiento, ó la lluvia infinita y monótona que cala de los pequeños agujeros de las regaderas sobre las frondosas plantas. Aquel furibundo horticultor, tenía para con su mujer el mismo cuidado meticuloso que con sus flores. Medía el trío y el calor en su salón lleno de ramilletes: temía para ella tanto las heladas de Noviembre como los soles de Marzo, y como á esas plantas que se meten y se sacan en epoca determinada, la hacía vivir metódicamente con los ojos fijos en el barómetro y en las variaciones de la luna.

Así permaneció mucho tiempo entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide; pero con fuertes aspiraciones hacia otros jardines, menos regulares, menos tranquilos, en los que las ramas de los rosales creciesen todas á un tiempo, en los que las hierbas fuesen más corpulentas que los árboles y estuviesen cargadas de fantásticas y desconocidas flores, libres y bajo más ardiente sol. Esos jardines no se encuentran más que en los libros de los poetas, así es que ella leía muchos versos á excusas del jardinero, que en achaques de poesía no estaba al tanto más que de los dísticos del almanaque:

Quand il pleut á la Saint-Médard,
Il pleut quarante jours plus tard.

Sin elección, con la mayor avidez, la desdichada devoraba los más malos poemas, con tal que en ellos encontrase consonantes á «amor» y «pasión,» luego cerraba el libro, pasaba horas en-

teras en soñar y suspirar, exclamando al fin: «hé aquí el marido que yo necesitaba.»

Todo esto habría quedado por siempre reducido á vagas aspiraciones, si en el momento terrible de los treinta años, que es la edad decisiva para la hermosura del día, no hubiese encontrado en su camino al irresistible Amaury.

Amaury es un poeta de salón, uno de tantos exaltados con frac negro y guantes gris perla, que entre las diez y las doce de la noche van á las tertulias á referir sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas ó en algún otro mueble, mientras que las mujeres en traje de baile y formadas en círculo escuchan ocultándose tras de sus abanicos.

El tal poeta puede pasar por el ideal del género. Cabeza de remendón fatal, hundidos los ojos, el color pajizo, se peina á la rusa y se alisa el cabello con pomada húngara. Es uno de los desesperados de la vida, como los aman las damas, siempre vestidos á la última moda, un lírico congelado, en el que solo se adivina el desórden de la inspiración, por el nudo flojo de su corbata puesta con negligencia. Indispensable es presenciar su éxito, cuando con estridente voz, recita una parte de su poema, *El Credo del Amor*, sobre todo aquella parte que termina con este admirable verso:

Y yo creo en el amor, como creo en Dios.

Advertid, que mucho sospecho que tal farsante se cuida tan poco de Dios como de cualquiera otra cosa; pero las mujeres no ven tan claro. Fácilmente se dejan atrapar por esa materia viscosa, y puede asegurarse que cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor*, hay en el salón piquitos rosados, prontos á devorar sus versos tiernos, ese fácil anzuelo del sentimiento. No hay que pensar, ni menos que dudarlo, tiene el poeta tan lindos bigotes, y cree en el amor cocrec en Dios.....

La mujer del jardinero no resistió: en tres sesiones quedó vencida, sólo que como en el fondo de aquella existencia elegiaca, había algún fondo de honradez y orgullo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, el poeta declaraba en su *Credo* que no comprendía más que una especie de adulterio, el que marcha con la cabeza alta, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando pues por guía el *Credo del Amor*, la jóven esposa se evadió bruscamente del jardín de Anteuil, y se arrojó en brazos de su poeta.—«No puedo, le dijo, vivir con *ese hombre*, llévame contigo.»—En casos semejantes, el marido se llama siempre, «ese hombre,» hasta cuando es un jardinero.

Amaury tuvo un momento de estupor. ¿Cómo diablos podía imaginarse, que una mujer de treinta años podía tomar por lo serio un poema amoroso? No obstante, contra buena fortuna, buen corazón, y como en el bien abrigado jardincito de Anteuil, la dama aquella se había conservado hermosa y fresca, se la llevó sin murmurar. Los primeros días fueron encantadores, y como se temían las persecuciones del marido fué preciso ocultarse bajo nombres supuestos, cambiar de hôtel, habitar los barrios más inverósimiles y no tomar más que los ferrocarriles de cintura. En la noche salían furtivamente ó hacían paseos sentimentales á lo largo de las fortificaciones. ¡Oh poder de lo novelesco! Mientras mayor era el miedo de ella, aumentaban las precauciones, transparentes cortinas y persianas corridas, y le parecía que aumentaba la talla del poeta. En la noche abrían el ventanillo de su habitación, y contemplando las estrellas que parecía subían de los fanales del cercano camino de fierro, ella le hacía decir y repetir muchas veces la famosa parte del poema que terminaba con el no menos famoso verso:

Y yo creo en el amor, como creo en Dios.
¡Qué bueno, qué bueno!

Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido los dejó tranquilos. ¿Qué quereis? *Este hombre* era filósofo. Luego que su mujer lo abandonó, cerró la verde puerta de su casis, y con toda calma se dedicó á cuidar sus rosales, pensando con placer que como sus raíces penetraban hondamente en la tierra, no podrían marcharse.

Ya tranquilizados los amantes volvieron á París y repentinamente pareció á la señora, que su poeta había cambiado. La fuga, el temor de ser sorprendidos, las contínuas alertas, todas esas cosas que alimentaban su pasión, desaparecieron y ella comenzó á comprender, mirando más claro, y á cada instante en la instalación de su pequeña habitación, en esos mil pormenores

caseros de la vida diaria que se daba más á conocer el hombre con quien vivía.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados lo diluía en sus versos, sin guardar nada para su consumo personal. Era mezquino, egoista, y sobre todo, lo que el amor no perdona: leproso. Además se había rasurado el bigote y aquel disfráz le sentaba muy mal. Qué diferencia, cuando entre dos candelabros le oyó recitar su *Credo*, y tenia el bigote rizado y sedoso. En el encierro forzado que por ella se había impuesto dió rienda suelta á todas sus manías, de la que la mayor era creerse siempre enfermo. En fuerza de fingirse físico, el que tal hace, llega á creer que lo está realmente. El poeta Amaury tomaba mil medicinas, se envolvía en papel Fayard, y siempre tenía llena la chimenea de botellas y de polvos. Durante algún tiempo su compañera tomó á lo serio su papel de Hermana de la caridad; la abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objeto á su vida. Pero pronto se cansó, y á su pesar en la pieza sofocante en que el poeta se envolvía en franelas, pensaba en el jardincito perfumado, y el buen jardinero visto de lejos entre sus plantas y cestos, le parecía bueno, sencillo, y desinteresado, tanto como era el otro exigente, egoista, y.....

Al cabo de un mes amaba á su marido, le amaba realmente, no con el afecto de la costumbre, sino con verdadero cariño. Apasionada y arrepentida le escribió un día una larga carta de la que no recibió respuesta, quizá el jardinero creía que no estaba aún bastante castigada. Pero de nuevo envió carta tras de carta, suplicó, se humilló para volver á su lado, asegurando que mejor quería la muerte, que continuar viviendo con aquel hombre. Había llegado al amante su turno para que se le llamase, *ese hombre*, siendo lo raro que se ocultase de él para escribir, porque aún creía al poeta enamorado y temía su exaltación. «Jamás me dejará partir,» añadía.

Cuando á fuerza de súplicas logró obtener su perdón y que el jardinero consintiera en recibirla, creemos haber dicho que el marido era todo un filósofo, su vuelta al techo conyugal tuvo todas las peripecias misteriosas y dramáticas de una fuga; hizo que el buen jardinero la róbase. Tal fué su último goce de culpable. Una noche que el poeta cansado de la vida á *duo*, fué á recitar ante el mundo su *Credo del Amor*, ella saltó á un fiacre, en el que le esperaba su viejo esposo en la extremidad de la calle, y así fué como volvió al jardincito de Auteuil, curada para siempre de su deseo de ser mujer de un poeta..... Verdad es, que aquel poeta..... valía muy poca cosa.....

A. Baudet.

CALENDULA

A José Goubaud.

Vuestros ojos no han visto otra criatura
Más ideal, conjunto más divino;
Tiene el porte soberbio y la blancura
De una estatua de mármol florentino.
Mira, y en su mirada se ve el cielo,
Habla, y su voz semeja una romanza;
Al andar, el Amor, como en un velo,
La envuelve: tiene el ritmo de la danza.
Su boca es una boca que provoca,
Late en ella la frase apasionada,
Y ha dejado en los labios de esa boca
Su púrpura opulenta la granada.
Iluminan su pálido semblante
Misteriosos perfiles de madona,
Sus cabellos, en grupo deslumbrante
Recogidos, como una real corona
O el casco de un guerrero, su alba frente
Ciñen. Para ella son todas mis rimas,
La música del verso, el soplo ardiente
Del numen sacro, Gloria, que tú animas.

*

Oh, delicada flor de Invierno! El viento
De Otoño soplará sobre tí un día.....
Yo no sé qué fatal presentimiento,
Al verte, oprime y llena el alma mía.

En tanto tu beldad florece, impera,
Perfuma y ríe, canta é ilumina.
¡Presto te dirá ¡adiós! la Primavera
Y llegará el Invierno que exterminal

Vicente Acosta.

El palacio de Artasar

DESPUÉS de Salomón, el rey más poderoso y opulento de la tierra fué sin duda Artasár, descendiente directo de uno de aquellos tres Magos que vinieron á postrarse en el establo y gruta de Betleem guiados por la luz de una estrella misteriosa, nueva, diferente de las demás, estrella que abría en el azul del firmamento surco diamantino.

Artasár conservaba, entre otras gloriosas de su estirpe, la tradición de la jornada de su antecesor á adorar al Mesías, Redentor del mundo; pero ya el bendecido recuerdo iba perdiéndose, y en el cielo turquí cada día se borraba más el rastro de la estrellita, así como su claridad celeste palidecía en el corazón del descendiente de los Magos [que fueron doctos por su arte de adivinar, y santos porque les infundió gracia el haber apoyado los labios sobre los tiernos piececillos del recién nacido Jesús]. ¿Qué mucho que Artasár olvidase las enseñanzas trasmitidas por los Magos, si Salomón, hijo de David, autor de libros sagrados, favorecido por el Señor con el dón de la sabiduría, prevaricó de tan lastimosa manera, llegando á incensar á los ídolos? Mientras el hombre vive en esta tierra, sujeto está á la tentación.

Artasár se parecía al hijo de David en la magnificencia, en el ansia de rodearse de lo más precioso, raro y delicado, traído de los confines del orbe. Cada día, galeras cargadas de riquezas abordaban á los puertos del reino de Artasár, trayendo preses y joyas al monarca.

Alfombras blandas como el vellón de la oveja; cortinajes de seda cuyos bordados representaban batallas y lances de amor; imágenes de marmol, de egregia desnudez; pebeteros de oro que embalsamaban el ambiente; jarrones y vasos de plata y ágata; pieles de tigre y plumas de avestruz, se amontonaben en la regia mansión, estrecha ya para contener tantos tesoros.

Mas ¿quién podrá llenar el abismo de un corazón? Artasár el magnífico vivía inquieto y triste. Ansiaba construir otro palacio, por ser ya el suyo mezquino y estrecho para la innumerable muchedumbre de guardias, esclavos, concubinas, tañedores, juglares, bufones, palafreneros y cocineros que en él se albergaban. Y empezó á soñar con un palacio nunca visto, que eclipsase al que Salomón edificó en trece años, sobre columnas de bronce y con el inmenso mar de bronce, cuyo borde imitaba pétalos de azucena.

El palacio debía ser tal, que inmortalizase el nombre y el recuerdo de Artasár por todos los venideros siglos, y que la fantasía no pudiese concebir nada tan espléndido, ni tan delicioso. A este fin, Artasár, acordándose de aquel Illrám que trazó el de Salomón, convocó á los más famosos arquitectos de su reino y de los vecinos, y ofreciéndoles grandes recompensas, ordenó que trazasen los planos de una residencia cual él la quería, amplia, suntuosa, cincelada como una diadema real. Los arquitectos fueron presentando sus planos; pero en los ojos de Artasár no encontraron gracia. Ninguno de ellos realizaba la quimera de su imaginación; ninguno de ellos correspondía al ideal que se había formado, de un palacio nunca visto, sin igual en el mundo.

Cuando ya Artasár desesperaba de conseguir que le adivinasen el loco deseo y acomodasen á él la realidad, he aquí que le pide audiencia un hombre, anciano, demacrado, de luenga barba, de humilde aspecto, que traía bajo el brazo un rollo de papel, afirmando que aquel era el pro-

yecto del palacio quel rey aprobaría. No abonaban mucho las trazas al desconocido arquitecto; pero el desahuciado cualquier remedio ensaya, y Artasár permitió al anciano que desenrrollase el papel. Apenas hubo el monarca fijado los ojos en el plano, batió palmas, saltando de júbilo.

Aquello era su sueño, interpretado por un mágico, que leía en su mente. Aquellas soberbias columnatas, aquellos patios de majestuosos balaustres, aquellas galerías de mármoles y ágatas preciosas, aquellos techos de cedro y oloroso tino, aquellas estaciones cuyo bruñido pavimento tenía reflejos de agua, aquellos bosques, aquellas fuentes monumentales, aquellos miradores calados por mano de las hadas, aquellos pensiles colgados en el aire, aquellas torres que desafiaban las nubes..... aquello era el ideal, lo que ningún rey del mundo poseía; y Artasár, al verlo, tendió la regia mano cubierta de anillos, larga y fina y morena como el fruto de la palmera, y exclamó:

—Constrúyase el palacio como tú lo has proyectado, oh varón sapientísimo; yo te daré cuanto pidas, cuanto necesites. Para tí se abrirá mi tesoro secreto, y en los subterráneos de mi morada encontrarás oro, perlas, bezoares, diamantes y rubíes en cantidad suficiente para edificar, no un palacio, una ciudad entera, con su caserío, sus templos y su recinto fortificado. Y dime ¿dónde te ocultabas y por qué es tan miserable tu aspecto siendo tú un sabio tan grande?

—No soy sabio—respondió el viejo.—He vivido en el retiro, orando y haciendo penitencia.

—Desde hoy te conocerá el universo por el monumento que vas á erigir—declaró Artasár, que en efecto mandó poner á disposición del viejo sus riquezas y una inmensa extensión de territorio fértil, donde había selvas profundas y caudalosos ríos, llanuras risueñas y lagos apacibles.

Al cabo de un año, plazo fijado por el arquitecto para terminar el palacio, Artasár quiso ver las obras, y se trasladó al lugar donde creía que ya se elevaba su nueva vivienda.

Grande fué su sorpresa, fuerte su cólera, al no advertir por ninguna parte señales de jardines ni de palacio. Notó; eso sí, que aquel territorio, antes desierto, estaba pobladitísimo, pues salían á aclamarle tribus enteras, niños y mujeres que aguardaban el paso del rey y le bendecían; pero ni aun logró divisar piedras y materiales esparcidos por el suelo que anunciasen trabajos de edificación. Entonces Artasár, indignado, mandó que trajesen al arquitecto á su presencia, con propósito de hacerle desollar y colgar su piel, sangrienta aun, á las puertas de la ciudad, para escarmiento de prevaricadores. El viejo se presentó, tan humilde, tan demacrado, tan modesto como el primer día; y cuando el rey le increpó, dió esta respuesta extraña:

—El palacio que deseabas está construído, oh rey, y si quieres venir conmigo, tu sólo, voy á mostrártelo en seguida.

Siguió Artasár lleno de curiosidad al anciano, y juntos se internaron en lo más intrincado y retirado de la floresta. Pronto salieron de la espesura, á las orillas de un inmenso lago natural, y allí el viejo se detuvo. El sol se ponía: el firmamento aparecía rojo, abrasado, esplendente. Y el arquitecto, tomando de la mano á Artasár, le dijo con grave voz:

—Los tesoros que me has confiado, oh rey, los he repartido entre los miserables, entre los que sufrían hambre y sed, entre los que oían llorar al niño recién nacido, porque el seno de la angustiada madre no daba leche. Más no por eso he dejado de alzarte el palacio que deseabas: y te lo alcé tan soberbio, tan admirable, que ningún monarca de la tierra podrá jactarse de poseer uno así. Mira..... ¿no le ves? Allí lo tienes. ¡En el cielo se levanta ahora tu palacio!

Y Artasár miró, y vió efectivamente de entre las nubes de grana surgir un maravilloso edificio. Sobre columnas de plata, bronce y alabastro, se erguían las bóvedas de dorado cedro, esculpidas con artificio tan hábil, que parecían un piélago de olas de oro. Cúpulas de esmalte azul coronaban el alcázar, y largas galerías de diáfano cristal, con cornisas de pedrería y mosaico, se prolongaban hasta lo infinito, entre el misterio de una vegetación fantástica, de hojas de esmeralda y flores de vivo rubí y de oriental zafiro, cuyos cálices exhalaban una fragancia que embriagaba y calmaba los sentidos á la vez.

Y Artasar, trasportado, se arrodilló á los pies del arquitecto y los besó, con el alma inundada de gozo.

Cuando regresaban de la selva, Artasár notó con sorpresa que el rastro casi extinguido de la estrella de los Magos fulguraba aquella noche como un collar de brillantes.

Emilia Pardo Bazán.

ACUARELA CRIOLLA

Allí el rancho de palmas y caña amarga
solitario en el medio de la pradera;
y, como inmensa boa, larga, muy larga,
trepando por los cerros la carretera.

Adentro el desayuno! la india ha sacado
las arepas que humean, y en las totumas,
lleva la leche pura que ella ha ordeñado,
y está de puro fresca llena de espumas.....

Los ojos restregándose con la mano,
ya salen los peones con los cabestros,
y mancornan al *Pinto* y al *Barbicano*,
que entre los otros bueyes son los más diestros.

Rumiando entre los montes de gamelote
están los otros bueyes; al *Rabicorto*
y al *Chato* ya enyugaron: los traen al trote
porque el trabajo es largo y el tiempo es corto.

Colocando las yuntas van *en ringlera*,
y, al estar de garrochas todos provistos,
salen con las mancornas á la carrera
á coger los arados que ya están listos.

Allí están preparados ya los aceros,
á los largos maderos ya están atados;
á los yugos se amarran..... y los boyeros
comienzan la tarea regocijados.....

....

Sobre el húmedo llano todo es fragancia,
todas las aves cantan en los collados,
y con sus notas puebla toda la estancia
el himno de los bueyes y los arados.

Manuel Eudoro Aybar.
[Venezolano.]

1894.

UN BORRACHO

[AGUA FUERTE]

La blanquecina mañana de un domingo de Enero; un claro y sereno crepúsculo, que hacía sentir mayor su disgusto y su malestar físico al pobre Adolfo, que caminaba describiendo zigs-zags en la ancha y desierta acera del boulevard; de repente se detuvo con las manos dentro de los bolsillos del pantalón: sentía el estómago débil y ardoroso, y en la boca un sabor repugnante á aguardiente y á vino tinto; aspiró con fuerza el fresco aire matutino, recorrió con la mirada el cielo límpido y transparente, y refunfuño entre dientes: ¡He perdido mi vida!..... dió unos pasos más, pensando en las palabras que maquinalmente había dicho, y al meditar en ellas una gran tristeza lo invadía; ahora se creía verdaderamente desgraciado; suspirando y moviendo la cabeza, con voz lacrimosa, dijo otra vez: ¡He perdido mi vida!..... Olió el vaho de licor que salía de él mismo, al pronunciar esas palabras, y tuvo un momento de desprecio por su persona. Buscó un cigarrillo, el último que le quedaba, lo encendió con algún trabajo, y prosiguió su marcha; caminaba con más firmeza que antes; á los pocos sorbos de su cigarrillo se creyó feliz, y ya no pensaba sino en absorver todo el humo y echarlo luego, en tenues columnillas azuladas, por los huecos de la nariz.

Al llegar á la esquina se detuvo de nuevo, no sabiendo adonde ir. Había pasado la primera noche en un baile público, de donde salió borracho, con un par de mujerzuelas colgando á cada brazo, medio ebrias también. Su cabeza empezaba á despejarse con el frío de la mañana, y sus piernas nerviosas lo impulsaban á andar.

La calle estaba sola. Uno que otro vendedor de leche, á horcajadas sobre su burro, que al trotar hacía sonar los galones de hoja de lata y desbordarse el blanco líquido. Los portones de las casas se abrían con estrépito, rechinando sobre sus goznes; las criadas, restregándose los ojos, salían á las puertas, trayendo bajo el brazo las vasijas en donde el lechero vaciaba desde bien alto la leche, que llenaba de espuma la mitad del envase.

Adolfo decidió irse á dar una vuelta por el mercado. Al pasar junto á una rolliza muchacha que aún tenía marcadas en las mejillas las arrugas de la almohada, tuvo deseos de abrazarla; pero ella sospechando la intención, escurrióse rápidamente. Más adelante encontró un panadero cabalgando también sobre su burro: de los serones se escapaba el olor provocativo del pan acabado de sacar del horno.

En el Mercado abrían las turcas sus tenduchos, y organizaban con sus manos llenas de arabescos, las baratijas y la falsa biyutería que parecía oro verdadero á la pálida luz del alba. Adolfo pasó por entre el callejón de barracas, hechas de remiendos, de tablas viejas y recortes de colcha, desordenadas y extrañas como un campamento de bohemios; mas aquel desorden, que otras veces le había repugnado, le parecía en ese momento perfectamente natural y hermoso, quizás porque estaba de acuerdo con su estado de alma. Por una asociación de ideas veía en su imaginación excitada, el Oriente soñado y nunca visto, los viajes á países lejanos que había leído; en su cerebro brumoso, confusas ideas que él no encontraba formas con qué expresar, algo muy vago que lo ponía sensible y tierno y que le hizo exclamar á media voz sin darse cuenta del sentido de sus palabras: *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate!*

Al atravesar el puesto de las flores recibió una bocanada de perfumes que le hizo palpitar el corazón: los nardos, las azucenas, las violetas, las rosas húmedas aún por el rocío matinal, saturaban la atmósfera de enervantes aromas; á su memoria vinieron muchos recuerdos, entre otros el de su primer amor con su prima Lucía, allá en su pueblo; pensó que hubiera sido muy feliz casándose con ella: recordaba sus cabellos negros como el azabache, recogidos por una cinta encarnada, sus orejas pequeñitas y rosadas y sus zar-

cillos de esmeralda, pero el rostro se le confundía con el de la mujerzuela pública que acababa de dejar; en sus recuerdos mezclábanse las facciones de la una con las de la otra; esto le causaba disgusto y le produjo un repentino furor que le hizo crugir los dientes colérico; apretando el paso salió de allí y entró á los portales, en donde la carne desfallecida en los garfios de hierro goteaba sangre en los mostradores; sintió náuseas y pasó de largo, entrando en el departamento de legumbres. Las cocineras discutían á gritos con las vendedoras; los hombres hacían cosquillas á las mujeres, que no podían estar serias por más que querían fingirlo; el olor húmedo á tierra y á hortaliza comunicó á Adolfo un súbito bienestar; los colores chillones de las legumbres le alegraron el espíritu. Olía á campo, á aire libre, á vida sana.

Adolfo se detuvo ante un montón de rábanos, de un carmín intenso, con sus rabitos blancos, delgados como rabos de ratón, y se quedó contemplando unas lechugas tan verdes y frescas, que sintió ganas de coger una y de comérsela allí mismo para refrescarse la barriga.

Junto á él, metido en el espacio que dejaban dos cajones de repollos, huyéndole al tropel de la gente, se había metido un muchachito delgaducho y anémico, una cara de hambriento haciendo contraste en aquel desbordamiento de comida. Tendría ocho años, su ropa desteñida y zurcida, pero de una extrema limpieza revelaba el cuidado de una madre honrada en medio de su miseria; los calzones remendados en las rodillas dejaban ver unas piernitas flacas y llenas de rasguños: en el viejo sombrero de paja cuyas alas le caían sobre el rostro, una cinta negra, como un luto..... Adolfo miró al muchacho, quien veía hacia todos lados, con la boca abierta, aturdido por el vaivén y el bullicio; Adolfo lo miraba, y poco á poco fué sintiendo una gran compasión, y por qué? él mismo no lo sabía. Aquel chiquillo con su rostro amarillento lo hacía despertar una inmensa lástima; su sombrero grasiento y sus alpargatas rotas le hablaban de secretas desgracias; en el pañuelo á grandes cuadros que llevaba bajo el brazo asomaban huesos y carne negruzca. Adolfo en su cabeza forjaba una lúgubre historia: la madre del muchacho tendida en una cama, muriendo de miseria, y á su hijo viniendo al Mercado á buscar las piltrafas y la carne sobrante del día anterior para llevarla á su casa, á un desván fétido y obscuro; pero lo que le oprimía el corazón era el mismo asco, la misma limpieza; los botones del saco, todos de diferente clase y cosidos con hilo grueso. Los ojos de Adolfo se enturbiaron de lágrimas y no pudiendo contenerse, buscó en los raídos bolsillos de su chaleco, dos centavos, y con la voz ronca, dijo al muchacho: ¡Toma! Volvióse éste y se quedó mirando á Adolfo con un aire estúpido, quien repitió con voz colérica: ¡Que tomes, te he dicho! El muchacho abriendo los ojos, sin contestar cogió los centavos, cerró nerviosamente la mano, miróle de nuevo y echó á correr volviendo á cada momento la cabeza y tropezando con las mujeres que lo envolvían con sus faldas hediondas á cocina. ¡Que necio he sido! exclamó Adolfo con un gesto de rabia.

Pero ya el estómago le pedía alimento; era tiempo de desayunarse, cruzó otra vez frente los portales: sobre los mostradores, repantigada, la carne sangrienta que los hombres de brazos gruesos y velludos rasgaban de una cuchillada, ferozmente; los perros sucios y hambrientos roían como azorados los huesos y las tripas entre el fango negro del suelo, y un enjambre insoportable de moscas zumbando en los rayos del sol, le golpeaban el rostro con sus vientres repletos, en su vuelo loco, en su pesada digestión.

Entró en un chiribitil de paredes ahumadas, se sentó en un banco de madera y pidió una taza de café, mientras lo traía la mujer gorda y manteca, se entretenía en contar las estrellitas del hule de la mesa y en oír como chirrisba la manteca en las sartenes, semejante á un aguacero, á un fuerte chaparrón.

Afuera el bullicio, un rum-rum enorme, una nota bronca y sostenida, la ciudad entera que viene á buscar allí lo que al día siguiente estará rodando por las cloacas.....

Pedro-Emilio Coll.
(Venezolano.)

El premio á la virtud

DOLORA

I

No alcanzó el premio á la virtud, María,
aunque con santa calma
vivió como una niña casta y fría
casada con el cuerpo y con el alma.

II

Mas lo alcanzó cierta mujer casada
que, con ánimo fuerte,
aunque vivió de otro hombre enamorada,
fué fiel á su marido hasta la muerte!

R. Campoamor.

Julio, 1896.

UN ARRIENTO

El mendigo se detuvo al borde de la acera, mientras pasaba una larga fila de carruajes, y husmeador de suburbios silenciosos, se hallaba atontado, ensordecido por el roder estrepitoso de los trenes y el rumor del público andariego. En aquella multitud inquieta, en aquellos centenares de festivos grupos encontraría el centavo que perseguía desde unas cuarenta y ocho horas antes y le habían negado en los caminos reales los mercaderes que pasaban con sus recuas, en las estaciones los viajeros que esperaban tren y en la populosa ciudad aquellos desheredados de los barrios que eran limosneros también. ¡Cayó extenuado de hambre y de fatiga en el dintel de una puerta, pero le hizo despejar el campo un gendarme! El hambre, esa hambre que llega hasta el dolor, le dió un último espolazo y se lanzó al azar, sin conocer las calles, atraído quizá por el ruido, impulsado por el oleaje de las gentes, hasta ese lugar en que esplende cuanto las ciudades tienen de rico y de brillante.

Sonaba el toque de las doce del día; la animación de las calles del centro llegaba á su máximum. Los hombres del pueblo y algunos ancianos religiosos se quitaban devotamente el sombrero. Por ambas banquetas la compacta multitud se dividía en dos corrientes, una dirigiéndose rumbo á las calles del corazón de la ciudad y otra rumbo opuesto. Un sol de medio día bañaba la mitad de la amplia avenida. Clareaban, intensamente iluminados, los toldos de lona, chispeaban los escaparates, se rejuvenecían los colores de los letreros y los matices uniformes de las fachadas, y en la tierra calentada al blanco danzaban chispas arrancadas á la arena por el astro. De aquella acera luminosa y caldeada se desprendían notas chillantes de color, sombrillas abiertas, terciopelos y plumas de sombreros de mujer, reflejos de los sorbetes de seda de los hombres, abalorios ó la enorme flor de un quitasol blanco portado por un yankee de *cubeta* aplomada. Desprendíase de aquella cohorte de

paseantes el sordo rumor de los boulevares y los teatros plenos. En tanto que en medio de la calle doble hilera de coches ensordecía con su rodar rápido y propicio á las colisiones, veíanse encuadrados por las portezuelas ó los vidrios delanteros perfiles fugaces, pálidos médicos indiferentes al bullicio, leyendo un libro, negociantes en carretela, ricas que volvían de misa, ó en canoso simón mujeres livianas de caracol blanco, asomando la alborotada cabellera, riendo á todos y sacando por la ventanilla un brazo rollizo, la manga de encajes, la pulsera falsa y el cigarrillo habano entre los dedos.

El tránsito era difícil, las gentes se estacionaban ante los escaparates. En la hermosa luz de esa hora brillaba la pedrería de las joyerías, constelando los lechos de felpa en que yacían; tenían hermosos reflejos las sedas de los cajones de ropa, atraían más los jarrones con flores de trapo, los espejos y estuches, los juguetes de tocador. Pero nada seducía tanto á las mujeres como aquellos trajes para el próximo baile, vistiendo un *maniquí*, los sombreros de moda, puestos á un busto de porcelana, las blondas y anchas cintas de gros, dispuesto todo con arte tras el enorme cristal de una famosa casa de modas.

Más lejos retenía á los curiosos la colección de retratos de una fotografía, pobre exposición de caras que despertaban, si eran de mujeres, un recuerdo, un deseo, indiferencia las feas y algún grupo extravagante una sonrisita de burla; se marchitaban con el calor las flores naturales que pendían de costosas plantas en un zaguán, más lejos gruñían los perros recién nacidos en una misma canasta; gritaba un billetero, sonaban las bolas de los billares, entraba un mundo á las cantinas y las dulcerías, en las que tras el mostrador señoras de blanco delantal ataban sobre los platillos de las balanzas sacos de dulce, despachaban alcatraces de caramelos ó cientos de pasteles aun humeantes.

¡Por fin! el olfato denunciaba al hambriento que ahí había que comer, sí: las golosinas difundían el tufillo de una sabrosa hornada, calientes *puddings* seducían y nuevo Valjean, con voz insegura, lanzaba á un señor de levita la plañidera súplica que había aprendido de un mendigo de atrio: ¡Un centavo para mi pan!

—Perdone usted, hijo, y se llevaba la mano á la barba para atajar un goterón de crema escapado de una *moca* de chocolate, que engullía.

En la tercena de tabacos lo espantaron como un perro, y se dirigió á un obeso rubio que compraba frutas finas..... no entendía el castellano, era un alemán que se pasó de frente..... y todos, todos pasaban así, dirigiéndole una mirada, ó una excusa, ó apartándolo con el brazo. Los pasteleros, los dulceros, los voceadores de frutas, los niños que regresaban del colegio ó de la escuela, chupando un caramelo, el olor de las cocinas escapado, todo hacía en él más imperiosa la necesidad de comer algo..... un paroxismo indomable..... la rabia del destino. Huéspedes de hotel, *missis* escuálidas envainadas en fundas, que no trajes de casimir, sobrecargadas de flores, canastas, jarros y hasta de loros se internaban en un *restaurant*.

Allí si ya no era posible resistir: mirábase tras el cancel aquel amplio patio que tenía por techo una manta, el piso aserrinado, las mesillas con sus convoyes y rabanéras con mantequilla, los mozos de mandil, los comenzales enmedio del bullicio con su servilleta al cuello; ir, venir y patinar de meseros, repique de vasos, arrastrar de sillas y escapándose de allí, de un obscuro pasillo, un largo, un acaricidador, un desesperante olor de comida..... los platos servidos y humeante, los panes dorados..... ¡la vida!..... quiso precipitarse, pero le atajaron el paso, lo decía un letrero en la puerta: «Se prohibe la entrada á los vendedores y á los mendigos,» y volvió al bullicio de la calle.

Los ociosos, recargados á la pared, contemplaban el desfile, hervían los marchantes en las casas de comercio. Era la vida, la animación que infundía ese movimiento del medio día, ese vaivén público, en pleno y caliente sol.

Alejándose un poco, se llegaba á un centro de gente escogida, á la cantina *Jonathan*, que así rezaba un rótulo de fantásticas letras doradas en el negro fondo de un trozo de fachada. Empujábase la puerta de enrejado y de resorte.

El interior estaba pleno: negreaban las levitas, olía á *cocktail* y á cigarro, barajábanse mil conversaciones. Graves sujetos de *cubeta* echada para atrás, licenciados pobres con el bastón y el expediente bajo el brazo, pescaban un resto de carne fría en el lago de vinagre con ojuelos de aceite y perejil de un platón vacío, escurrían las

salseras y habían de conformarse con un hueso enjuto y descarnado de barbacoa ó un amplio disco de gitomate; el guacamole no existía ya, y apenas si una tortilla coriácea, un taco frío y mordido, una reseca corteza de queso, yacían olvidadas ó desdeñadas en el mármol manchado de ensalada y de grasa.

Era imposible llegar al mostrador que había asaltado la primera fila, sedientos que se enjugaban el sudor y brindaban; melancólicos y flemáticos viejos que olían los *sandwichs* bajo el mosquitero, ó encendían el cigarro en la flama pequeña que ardía tras una bomba de vidrio verde. Las mesillas de hierro estaban tomadas ya y no quebaban asientos, se bebía de pie y de prisa, porque los consumidores llegaban sin cesar, á cada momento sonaba un *usted dispense*, de alguien que, por lo estrecho y concurrido del lugar, vaciaba media copa de un codazo. Se comían los *sandwichs* sin mostaza á grandes bocados, mirando algunos cromos picarescos, frailes ebrios, pendientes de la pared.

Tres sujetos despachaban sin dar abasto. El mozo desmenuzaba los blocks de hielo, otro sacudía en cubiletes los menjurjes y el restante servía de golpe y con tino toda clase de licores. El aparador era monumental, diríase una era en día de fiesta; magnífico armazón de nogal mate y pulido que alcanzaba hasta el techo con tallado copete bajo el cual un reloj dorado marcaba lentamente las horas; en sus casillas se alineaban las botellas; algo de mosaico había en las chillantes etiquetas, en los abigarrados barriles, en los *sombreros* de estaño pintado, todos los vidrios y todas las formas encerraban la infinita variedad de los venenos: ardiaba en aquellos cristales la verde locura del ajenjo, la irritación del anisado transparente como el agua pura, el Pipermint afrodisiaco, como una esmeralda; el oro turbio del Jerez, el ámbar purísimo y claro del Manzanilla, y el blendo sombrío del cognac de cinco años. Sangre anémica parecía una Abricotina sin demanda, sangre obscura el Oporto.

Enorme espejo tapizado á medias por anuncios de cerveza y letreros de albayalde retrataban la cristalería, pirámides de copas y vasos que se alzaban sobre un nítido mantel. La primera fila, la base era de amplios vasos para toda clase de soda, seguía la transparencia purísima de las copas, grandes y pequeñas, largas como tubos, anchas como corolas, y entre aquella blanca acumulación prendían su nota verde y azul las copas de mesa para Jerez y vino blanco. Dobladas servilletas de borde rojo yacían en los pies de algunas, limones amarillentos coronaban otras, y puros ó cajas de cigarros se perdían en la cavidad de algunas. La luz jugaba allí, todo era tan limpio y claro que recordaba la mesa de una comida de gentes cuidadosas y honradas; pero se copiaba en el cristal, aquel mar de cabezas renovándose sin cesar, caras congestionadas, rostros sudorosos, barbas venerables, calvas sonrosadas y un constante oscilar de sombreros. El agua gaseosa salía de niquelado sifón en chorro intenso y ruidoso; algunos ociosos volteaban la rueda de una ruleta de números apuntados por una canica y no faltaban otros que por un real tenían copa, *free lunch*, y un palillo de dientes que se hurtaban de un juguete de porcelana, colocado *ad hoc* en el alto mostrador de mármol blanco.

Aquel joven de lento mastícar debía ser caritativo, jugaba con un perro encanijado de la calle, un perro que lo miraba de hito en hito sentado sobre las patas traseras, relamiéndose y moviendo la cola.

—¡Un centavo para mi pan!

Miróle de arriba abajo: un indígena de piel curtida por el sol, cabello lacio hasta las cejas, cruzado de brazos, con el sombrero en una mano, encogido como un friolento y mirándole con aire de profunda súplica, casi desnudo, con el calzón á media pierna, el cacle roto.....

—Al asilo, amigo..... Y cuando el otro volvía las espaldas, lanzó un trozo de *sandwich* al perrillo vagabundo, que fué á roerlo debajo de una mesa.....

No había remedio: lanzóse á un jardín público, desierto á esas horas, echóse en una banca, púsose el sombrero sobre el rostro y quiso dormir..... despertó sobresaltado..... nó, no era sueño, á un lado una mujer tendía blanca servilleta, sacaba de la canasta la vidriada loza, el jarro de pulque, las tortillas envueltas en una servilleta, la olla minúscula de los frijoles olientes á *epazote* y una serie de *guisos* para un albañil que tomó dos tortillas, las espolvoreó de sal, echóles salsa luego, incitante guiso después y á dos manos..... abriendo enormes fauces, ancha la nariz, los ojos en blanco..... dió un mordiz-

co limpiándose con el dorso de la diestra la salsa que escurría por sus barbas. Miró al que tenía junto á él, leyó quizás en su rostro que palidecía, lloraba, se desmayaba de hambre, y ordenó en tono brusco:

—Dale un taco á ese amigo.

Cogiólo el infeliz á dos manos, sudaba frío, le castañeteaban los dientes y se fué como el animal salvaje detrás de un árbol, en tal estado de excitación, que ni siquiera dió las gracias.

Micrós.

LA IGLESIA VACIA

Por las rotas vidrieras
Los azules convólvulos asoman,
Y entran vagos rumores con el aura
Y campestres aromas.

La lámpara vacila en el santuario
Que ya se oculta en la naciente sombra,
Y se desprenden mustias
De los jarrones del altar las rosas.

Escondiéndose van las golondrinas
Tras los viejos retablos, donde esboza
Algún perdido rayo
Cabezas blancas y cabezas blondas.

De algún ave extraviada
Se escucha el aleteo en la ancha bóveda,
Y el viento finje trémulo sollozo
Al pasar por las altas claraboyas.

Y parece que vienen á sentarse
En las bancas lustrosas
Dolientes sombras de queridos seres,
Sombras que el alma con cariño evoca.

En el sombrío coro
El órgano reposa,
Esperando una mano delicada
Que de él arranque las dormidas notas;

Y para alzar el vuelo
Y perderse en las luces de la aurora
En las viejas cornizas y en los nichos
Aguardan de un poeta las estrofas.

Ismael Enrique Arciniegas.

SILENCIO

Ujo mudo de la soledad y del misterio, tú eres el esposo esperado de la noche, el amigo ansiado de los que padecen, de los que no están contentos ni del mundo ni de la suerte.

Contigo vienen los recuerdos como un desfile de espectros que han dejado sus mortajas y visten de azul y rosa. Cada uno que pasa nos dice al oído un hechizo ó pone en nuestros labios un beso.

Tu solemne calma es la pausa de todas las ajenas voces que llenan de ansiedad y de hastío la vida. Eres como la barra de prolongada aspiración, colocada en el compás de la borrascosa mundanal sinfonía, para que nuestro espíritu se cante á sí mismo, el solo melódico de sus memorias. Tú eres solemne como la muerte. Para que tú aparezcas, todo ha de callar: el hombre en su lecho, el ave en su nido, la música en la inerte materia. Pero en el fondo de nuestra alma vibran cantos sin eco, y oimos frases deliciosas y gritos de dicha que tú apagas dulcemente con tu sordina de misterios.

Tú eres quien aporta los peregrinos materiales con que fabricamos, de arquitectura varia, imposible, los nobles castillos fantásticos; ahondando el aire para cimentarlos, y apartando las nu-

bes para que se eleven más y más sus almenas y sus torres. Tú traes el oro y el nácar para sus muros, el cristal de roca para sus techos, la plata y el marfil para sus puertas, las piezas enteras de la púrpura del crepúsculo para sus salones, los encajes de espumas marinas para el lecho de la castellana ideal, y tú la traes á ella también, formada de un rayo de la luna, altiva y hermosa, con su alba veste sembrada de estrellas, y los breves pies calzados de las luminosas lentejuelas de la vía láctea.

¿Por qué te vas, ¡oh amigo piadoso, al despuntar del alba? ¿No ves que va á huir la amada, que va á desplomarse el palacio, y que va á despertar mi espíritu?

El primer pájaro que cante al sol, el primer barquero que entone su himno á la onda, el primer obrero que arranque su quejido al yunque, el primer niño que prorrumpa en el llanto perpetuo de la vida, me volverá al suplicio brutal de la realidad.

Quiero soñar en tu seno, ¡oh hijo de la soledad y del misterio!

No te alejes de aquellos ¡que en tí buscan su consuelo. Que te huya el remordimiento, medroso de la soledad y de la sombra. Que te odie el poderoso, para quien las voces humanas son lisonjas en loor suyo, y las escucha como una harmonía embriagadora.

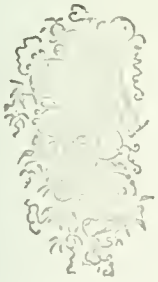
Contigo se van mis recuerdos, la rosada mitad de mi existencia, que es la que mantiene de pie á esta otra mitad de ella, descolorida y ruinosa.

Volverán los ruidos; la faena universal tornará á su diario estruendo; y yo volveré á echarme al hombro mi pedazo de roca, despeñado ayer junto conmigo, al pie de la montaña.

N. Bolet Peraza.

1896.

DON QUIJOTE EN INDIA



NTE todo hay que renunciar al propósito preconcebido de no ver en Don Quijote más que el Caballero de la Triste Figura, un personaje creado con la mira de poner en ridículo los libros de caballería. Sabido es que la importancia de este personaje se agigantó en manos de su inmortal creador, y que el Don Quijote de la segunda parte—el amable interlocutor de duques y duquesas, el sabio mentor de su escudero el gobernador—ya no es de ningún modo el Don Quijote de la primera parte de la novela, el extravagante y ridículo Don Quijote de los comienzos, para quien son los golpes el pan nuestro de cada día. Para comprenderlo es preciso penetrar en el alma misma de la obra. Don Quijote expresa por encima de todo la fe, la fe en algo externo, inmutable; la fe en la verdad, en la verdad que está fuera del individuo que no se entrega fácilmente á él, que exige cultos y sacrificios que no se dan sino después de largos combates y de grandes actos de abnegación.

Don Quijote está compenetrado todo él por el error del ideal; para alcanzar ese ideal está pronto á sobrellevar todas las privaciones, á sufrir las humillaciones todas, á dar hasta la vida. Por supuesto, la vida no tiene para él más que un mérito: es el medio que le permite seguir el ideal, apoderarse de él y hacer triunfar sobre la tierra la verdad y la justicia. ¿Qué importa que D. Quijote haya tomado ese ideal del fárrago fantástico de las novelas de caballería—este es precisamente el lado burlesco de su carácter,—si ha sabido desprender la idea pura de toda mezcla y conservarla en toda su integridad? Don Quijote encontraría indigno de él vivir para sí mismo, tomarse cuidados por su persona. Vive por entero—si así puedo expresarme—fuera de sí, para los demás, para sus hermanos; vive para extirpar el mal, para combatir contra las fuerzas enemigas del hombre, los gigantes, los encantadores, es decir, todos los que oprimen al débil.

No hay en él huellas de egoísmo, su pensamiento nunca se encamina á sí propio. Es todo abnegación, sacrificio. En una palabra, cree, tiene fe y marcha adelante sin echar ni una so-

la mirada atrás. Hé ahí por qué es intrépido, paciente y sabe contentarse con el más frugal yantar, con los vestidos más pobres. ¡Ni siquiera siente esas miserias! Su corazón es humilde, grande y heroica su alma. Su devoción enternecida no pone trabas á su libertad; exenta de vanidades.

Sin embargo, no duda de sí mismo, ni de su misión, ni aun de sus fuerzas físicas. Su voluntad es una voluntad que nada puede quebrantar. Esta continua tensión hacia el mismo fin da uniformidad á su pensamiento; es limitado su saber, mas no necesita aumentarlo; sabe lo que le importa saber, sabe cómo debe conducirse, sabe qué misión tiene que realizar: ¿que más necesita? Puede parecer un verdadero loco, porque la realidad más palpable se funde como cera al fuego de su entusiasmo y se consume. Los muñecos de madera son temibles mozos, los reconoce clara y distintamente; como toma por caballeros armados de todas armas á unos pacíficos carneros reunidos en rebaño. En otros momentos puede parecer Don Quijote un hombre mediano porque es lento para la compasión y tardo para el regocijo. Y es que le resulta difícil pasar de un objeto á otro; parece un árbol secular cuyas raíces se sumergen profundamente en el suelo y no se le cambia de sitio.

No es libre de mudar de opiniones, y el temple firme de su sér moral comunica una fuerza y una grandeza particularísimas á sus ideas, á sus palabras, á toda su persona, á despecho de las situaciones grotescas y humillantes en que cae de continuo. Don Quijote es un entusiasta, un fanático, el servidor de una idea, y esta idea la cubre con su nimbo de luz.

.....

Un *lord* inglés (buen juez en materias tales) declaraba á Don Quijote el modelo del perfecto *gentleman*.

Y verdaderamente, si la sencillez y las maneras tranquilas son el rasgo distintivo de un hombre de buena educación, Don Quijote tiene derecho á este título. Es un verdadero *hidalgo:* continúa siendo dueño de sí mismo en el crítico momento en que la criada del duque, por mofarse del caballero de la Mancha, so pretexto de rasurarle, le deja todo chafarrinoado de jabón. La sencillez de sus maneras proviene de la ausencia en él de lo que llamaremos, no presunción, sino alto concepto de sí mismo.

Don Quijote no se preocupa nunca de su persona; se respeta y respeta á los demás; no se le ha ocurrido la idea de aparentar.

Pero al mismo tiempo tiene el dón de expresarse de un modo original y con vigor. Esta facultad es inherente á toda persona que medita y analiza, y por esa razón carece de ella Don Quijote.

El caballero de la Mancha respeta profundamente todas las instituciones preexistentes, la religión, la monarquía, la nobleza, y al mismo tiempo quiere ser libre y reconocer la libertad ajena.

Don Quijote apenas si sabe leer. Don Quijote, á despecho de su ignorancia, tiene ideas muy fijas acerca de los asuntos públicos del Estado, de la Administración.

La muerte de Don Quijote sume el alma en una ternura inefable. En aquel momento supremo salta á la vista de todos la grandeza, toda la significación de ese personaje.

Cuando para consolarle le dice su escudero que bien pronto irán en busca de nuevas aventuras: «No—responde el moribundo;—todo eso pasó para siempre y pido perdón á todos; dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*».

Esta frase es asombrosa. Ese nombre mencionado por primera y última vez se apodera del alma del lector. Sí; es la única palabra que conserva aún su valor ante la muerte.

Todo pasará, desaparecerá todo. Los títulos más altos, el poder, el genio que abarca todas las cosas... ¡Todo caerá hecho polvo!

«Todo lo que era grande en la tierra se dispersa como el humo».

Pero las buenas obras no se borrarán. Son más duraderas que la belleza. «Todo pasará—ha dicho el apóstol,—sólo quedará el amor».

Ivan Tourgueneff.

AZUL PALIDO

Se me representa esta virgen de Agosto una de esas rosadas *madonas* de Murillo: la fresca boca sonriente, la mirada húmeda, perdida en la región del ensueño, las sueltas ondas de la cabellera, á modo de dorado nimbo, y en el fondo, un lienzo de cielo diáfano por donde la luz corretea alegremente. La Virgen de Mayo trae en sus manos guirnaldas de azahares: la Virgen de Agosto ramilletes de amapolas rojas. Aquella tiene la blancura inmaculada de las pálidas noches de primavera; ésta, los cárdenos tintes de una puesta de sol de estío.

En la tarde: un mar de espigas se mece en una oleada blonda, en una gran oleada susurrante y lánguida; en las eras, pirámides de relucientes granos punzan el horizonte devorado por múltiples incendios; á lo lejos se oye la vibradora elegía de la campana que cae en gotas broncíneas en la serenidad melancólica del crepúsculo como una sarta de perlas que se desgrana.—A esta hora, la oración ha huido de las ciudades que se envuelven en reflejos luminosos, se dejan ir en una loca ráfaga de sensaciones mundanas. Para los buenos citadinos esta devoción, sana y bien oliente, es una flor agreste.

La religión de la ciudad me hace el mismo efecto que la contemplación del Santo Tomás del Ticiano en el espíritu de un gran poeta: un anhelo fervoroso de fe aleteando en torno de una inmensa duda.—A veces—dice Gautier, el mago Gautier, el rey del color—el viento de la tarde imprime á las flotantes formas que atraviesan el cielo, un ligero temblor que las comunica cierta vida, á la manera de esas ilustraciones de Gustavo Dorés, en las que los sueños que agitan al personaje se reflejan en las nubes. Así también vislumbro yo, á través de la piedad cortesana, de la espumosa piedad que invade las amplias naves de los resplandecientes templos, un aliento de nostálgico desconsuelo, un vacío abierto en el alma de esta multitud que se arrodilla en las tersas losas del templo.

La plegaria de los campos salta bulliciosa como un arroyuelo, lleva pétalos de rosas en las cascadillas de su corriente, arrastra notas dispersas del himno de la vida, columpia acres estrofas del eterno poema de la resurrección de la tierra, hace flotar átomos rojizos del buen sol que reanima los gérmenes. Para este cielo azul surcado de regueros de fuego, para este océano de espigas blondas, esta Virgen de Agosto es la madre amorosa que preside á la gran fiesta estival, la que llena las trojes de relucientes granos, mientras la tierra preludia su armoniosa sinfonía.

Petit Bleu.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50 Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.

Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 16 DE AGOSTO DE 1896. NUM. 16.

LA LICENCIA

A Elena Liceaga y Jáuregui.

I

o sabía lo que era un baile, baile de confianza, por supuesto; de esos improvisados que llaman con piano. Algún día de santo de persona de la familia se entiende, cargaban con todos los muchachos, es decir, con nosotros, cosa que no pasaba cuando la fiesta tenía lugar en una casa de cumplimiento, porque entonces nos dejaban encerrados, nos acostaban desde temprano y ni siquiera sentíamos á qué hora llegaban *nuestros mayores*. En el primer caso, después de comer previa orden de los que mandaban, tomábamos posesión del patio y bajo la vigilancia de las *nanas*, iniciábanse juegos como el *burro obligado*, el *toro*, que era el *Selim*, un perro muy animal, apostar carreras, etc. Llegaba un momento en que nos cansábamos, y con las caras encendidas como un Sol, sudorosa la frente, descompuesto el peinado, desabrochada la camisa y á veces roto el traje, entrábamos en reposo, jadeantes y con ansia de beber agua, cosa que no se nos permitía, por higiene.

Entonces se oían los acordes entusiastas del piano, se cimbraba el piso de la sala; los *grandes* estaban bailando y desde el corredor espiábamos las evoluciones coreográficas de las parejas, no sin que las niñas, mocosas casi de nuestra edad, pero con muchas fufulas, nos arrojaran, tratándonos de *juzgones*, porque ellas, cogidas de la cintura, se paseaban por las macetas hablando en la voz más baja que podían y con gran misterio, interrumpiéndose con carcajadas para darse importancia.

—A jugar los *mocosos*.

—Adiós de *mocosos!* Ni tan grande que fueras tú.

—Váyase de aquí.

—Adiós de váyase, no le hablas á un perro, fachosa.... .

—Siquiera, pero no me castigan en el colegio como á tí, ¡qué vergüenza!..... Todos los días lo encierran.

—Y á tí, qué tal; siempre llegas con los ojos papujados..... ¡Ay, mamacita, que la costura!

Imitaba tan bien el gesto de la apurada muchacha, que mis cómplices lanzaban una carcajada de las más desvergonzadas.

—Mira, Toño, estate quieto ó te voy á acusar..... ¡Mariano, llama á Toño! Pues, que estás de maecarte..... Chimuelas éste, más antipático.....

—Y tú tan bonita! Con esos ojos chinguiñosos..... ¡Lombriz de agua puerca!

—Mión..... ¡uf, qué vergüenza, tan grande y todavía sacan su colchón al corredor!..... yo, si

fuera hombre y me orinara en la cama, ¡uf, metía la cabeza en un caño!

—Toño, venga usted acá.

—Si no soy yo, tío..... es Petra que.....

—Véngase acá; ya les he dicho que los hombres por un lado y las niñas por otro. ¡A jugar!

—Sí, tío (respetuosamente).

No bien nos eclipsábamos muy mustios bajo la mirada monárquica del tío, aquel ejército femenino de enaguas cortas se entregaba á la embriaguez del triunfo.

—¡Me alegro! ¡Me alegro!

—Huy! que los echaron.....

—No llores después, Luz, si te hago algo.

Cuando bajaba la cólera, porque como es natural se nos subía la sangre á la cabeza con tamaña humillación, ya no por el corredor, pero sí por las piezas, espiábamos á la sala..... Parcábanse las parejas, platicando ellas con la cara de medio lado, ellos secándose frente, cuello y cara con el pañuelo. La mesa del centro se había llevado al hueco de un balcón, los tapetes, hechos bola, yacían en la pieza cercana y hacía toser el polvillo que con tantos saltos se levantaba de la alfombra.

—¡Sala, sala! De dos en dos..... A tu lugar, Pepe, ó no bailas.

Yo no negaré que me entraban vivos deseos de bailar también, aunque no supiera; pero..... ni modo! Sólo atravesar la sala nos costaba una colisión que hacía poner el grito en el cielo á las hermanas mayores:

—Mamá, díles á los muchachos que se salgan.

Hasta que una tía compasiva tomaba la defensa diciendo con un buen corazón, que enternecía:

—Déjenlos. Que se sienten muy quietecitos en el sofá, ¿no es verdad?

Hasta que, llegado el período álgido del desorden y aprovechando esta circunstancia, sin más ni más cogimos á la prima más ancuente y nos lanzamos á la *danza*.

—¡Ah, qué muchachas, señora! parecen gentes grandes.....

—Van á salir, Marianita, peor que nosotros.

—Ya lo creo.

II

Es el caso que se acercaba el santo del traviesísimo Sebastián Garduño, gran amigo mío, y que los parientes, para celebrar tan feliz acontecimiento, decidieron obsequiar á sus amiguitos y amiguitas con una tamalada, despues de la cual se bailaría.

Acércaseme una mañana Sebastián, y poniendo una cara muy formal, me habló de esta manera:

—Toño, me dijo mi mamá, que aunque no tenía el gusto de conocer á tu mamá, le hicieras favor de decirle que si te deja ir el jueves á mi casa, porque es el día de mi santo.

—Gracias, tú; pero.....

—Nada de peros; vas.....

—Bueno; no te lo aseguro.

—Me enojo contigo. Tú díle, y no te andes con chocantadas.

—Bueno.

Dióme un vuelco el corazón con aquella finísima invitación, porque cruzaron muchas y muy serias reflexiones por mi infantil cerebro. En mi casa no toleraban amistades, ¡qué capaz! Ya parece que oigo cómo me sermoneaban.

—No andes con amigos, porque de ellos no haz de sacar nada bueno. Aunque seas malo sólo solo. Los amigos son causa de.....

En cuanto á diversiones, ¡ni pensarlo! No asistía sino á aquellas en que los papás me acompañaban.

¿Qué decirle, pues, á Sebastián Garduño? ¿A Garduño cuya amistad me habían prohibido? Porque, según la familia, tenía cara de ser un leperito de marca.

Hemo aquí confuso y preocupado... y aquella tamalada aparecía ante mis ojos con los espléndidos colores de todo lo imposible. Ahí ya no sería el granuja despreciado, allí iría Carmen Peña, que.... siempre no lo digo... Bailaría con ella... me harían buen tercio... el traje nuevo... ¡Y no poder ir!...

Y luego ese Sebastián, que por más que me dijeran era tan fino... y rico; así es que el baile estaría espléndido; y establecía una comparación odiosa entre aquellas reuniones de la familia y las del compañero de colegio.

Preparemos el terreno, me dije, y en la mesa inventé historias para moderar la mala opinión paterna acerca de Garduño. Conté rasgos de su cariño filial, puse por las nubes su juicio, seriedad y hasta su fervor en el oratorio. Oíanme los parientes á ratos, y á ratos ni siquiera se fijaban...

—Hoy en clase, mamá, figúrate: el pobre está muy enfermo, y sin embargo...

—No tomas carne?

—Nó, mamá. Pues como te iba yo diciendo, ahora en clase...

—Déjate de platicar, que ya son las dos y es hora del colegio.

Parábame de la mesa sin chistar y muy desacorazonado...

—Qué pasó, le dijiste á tu mamá?—me preguntaba Garduño.

—Pues chico, te diré la verdad: anda difícil la cosa. Precisamente tengo un primo que cumple años ese día, y...

—Nó, qué! á tu primo lo felicitas otro día. Ya te comprometiste y se lo dije á mi mamá y á Carmen, ¡que va! No te rajes!

—Nó, hombre, pero ya ves; en familia...

—Nó; vas, y vas. A no ser que te disguste pisar mi casa.

—No, hombre, ¡no seas así! Parece que no me conoces. Vaya..... vamos á hacer un trato: tú vete á pedir licencia á mi mamá, cosa que...

—Pero cómo voy á ir, si no la conozco. ¡Qué diré!

—¡Adiós..... qué ha de decir! Yo te presento y le dices: Señora, mi mamá le manda á vd. un recado, que si tiene vd. la bondad de dejar ir á Toño..... Juro que dice que sí.

—Bueno: pero no te lo aseguro: si mañana á las tres no he ido, es señal de que no pudo y vas. ¡Cuidado cómo dejes de ir, porque me enojo!

—¿A qué horas empieza?

—A las cuatro en punto.....

—Bueno.

Decir cómo pasó la noche, es imposible. ¡Qué planes fraguó, que proyectos acarició y desechó por inútiles! Ya por medios legales, ya por otros punibles y poco honestos; ya usando de la diplomacia, ya del engaño..... pero el caso era ir.

Me preocupaba aquello de que por principio de cuentas tenía que faltar al colegio ¡qué horror! Jamás consentirían en eso. Ahora, veces había en que daban las 7 y no iban por mí. ¿Qué hacer? ¡Nada! Armarse de energía y..... pedir la licencia, y allá muy lejos brillaba una pequeñísima chispa de esperanza.

Anduve con torpeza, porque empecé por quererme bañar y cambiarme camisa, que no había llevado la lavandera.

—¿Y para qué, si esa está buena?

—Sí, mamá; pero se me ocurrió.

Después vino á complicar la cosa, que se me dió órden de que procurara no quedarme castigado, porque teníamos que ir á una visita en la tarde.

—¡Ay, mamá! ¡Visita! Ahora tengo que estudiar, porque ya se acercan los exámenes y.....

—Después estudiarás.

Esperé la comida con inquietud. Con la constante preocupación, hice torpeza y media, hasta que me hicieron notar que estaba *ido*.

—Figúrate, mamá—dije en un rapto de valor y muy risueño—que Garduño..... hoy es día de su Santo.

—Coje bien ese tenedor, ¿para qué sirve el mango?

—Pues sí, que Garduño... casi todos los niños del colegio lo fueron á felicitar. Los llevó el señor Director, porque...

—¡Josefa! Saque usted mis llaves de debajo de la almohada y abra el aparador, porque no hay vasos.

—Pues sí, y tienes (fingiendo la mayor indiferencia) que le iban á hacer en su casa creo que una tamalada, y me invitó.

—¿Por supuesto que le dirías que no ibas porque á tu mamá no le gustaba?

—Sí, y que, la verdad, no creas que tenía muchas ganas, aunque, si tú quieres...

—¿Qué?

—Digo que la señora te mandaba un recado muy atento.

—Pues dile á la señora que se lo agradezco; pero que no vas...

—Mamá; pero es tan fina... ¿Qué dirá?

—No te apures por eso...

—Quería hasta mandar á Garduño...

—Pues dile que no se moleste.

—Mamá; pero es muy feo. ¿Y qué tiene de particular?

—Aunque no tenga nada; ya le dije que nó, y nó.

—¡Ande usted, mamá!

—(Silencio).

—¡También se está uno encerrado!

—(Idem de lienzo).

—¡Con razón dicen que no tiene uno trato!

—Lo que debes hacer es no mecerte en la silla, porque la vas á romper, y darte prisa, para que te vayas al colegio...

—Entonces, ¿qué le digo?

—¿A quién?

—Pues á Garduño.... está muy empeñado...

—Pues le dices eso: que nó...

—Yo no le digo nada..... Después de que lo convidan á uno, salir con que...

—¡Me alegro! y dése prisa.

Aventé la silla y la servilleta, y con ganas de llorar, paréme de la mesa.

—Sí. Andame con moditos, y verás que tal te va.

Lancéme al colegio refunfuñando, portéme peor que nunca y volví á mi casa con cara de vinagre, que no causó en el ánimo materno la impresión más mínima.

Iban á dar las seis..... Héme aquí con el alma en un hilo, esplando ya por el balcón, ya por el corredor. Pasaba un coche, y salía desolado y palpitante..... era una visita para la otra casa; sonaba el timbre, y me ponía verde, pero pasóse la hora y un desaliento mortal se apoderó de mí.

Entonces miraba con los ojos del deseo aquella sala llena de luz, los músicos, los amigos..... Carmen..... y tentaba el último recurso.....

—Mamá, déjame ir.

—¿Qué, no entiendes? Ya sabes que cuando yo digo nó, no me gusta que me repitas las cosas.

—Un ratito, me vengo luego, luego; nada más para que no digan.

[Mutismo absoluto].

—¿Eh, mamá?

—Mira, deja esa colcha, que la vas á romper.

—Andale.

—Y dale. Lo que debes hacer es cojer tus libros, que me ha mandado un recado el maestro porque no estudias. ¡Ni que me tuvieras tan contenta!

—Estudios! Ahora menos.

—¿Qué dijiste?

—Nada.....

—Repítelo. Anda, yo te enseñaré á malcriado; un día de estos te rompo un palo en las costillas. ¡Váyase de aquí! ¿No oyes?

—¿Pero qué hago?

—Que te vayas.

—Adios, ya no puede uno ni..... ¡Ay! (Un pellizco fenomenal interrumpió el relato].

—Me la vas á pagar. Vas á dormir caliente esta noche.

¡Ay! Pero no me pegues.

—¿Qué te has figurado? ¿De cuándo acá me grita el mocoso indecente? Yo te enseñaré á billoso, yo te quitaré ese genicito. Mira, quítate de entrente. Ahora que venga tu papá..... te ajustará tus cuentas.

Y á cada frase una nalgada que parecía cintarazo, y un pescozón dado con ganas, me ponían como una seda.

Las almohadas de mi cama estaban empapadas de llanto..... eran las ocho y Garduño no había ido. Pensé hasta suicidarme, pero no lo hice porque al fin y al cabo me quedé dormido.

III

—Te estuve esperando.

—Sí, pero no fuí porque siempre no hubo nada, porque mi papá se enfermó á última hora.

—Me lo supuse, por eso ni le dije á mamá que mandara por mí temprano.

—Pero ya será otro día.

—[Entre dientes]. ¡Con que no hubo nada, y de más á más me *zurraron!* ¡Se necesita tener suerte! ¡Lo que es estar de malas!

Micrós.

EN EL ABANICO

DE LA SRITA. GUADALUPE MARQUEZ.

Como ala de cisne que se abre
Sobre el limpio cristal del arroyuelo
En que duerme la luz de las estrellas
Que brotan del abismo de los cielos;
Abrete sobre el cielo de sus ojos
En que dejan su nimbo los ensueños
Abanico gentil, y cuando roces
Sus labios, tu ropaje distendiendo
Cuéntale idilios de pasión, y amante,
Despierta risas y columpia besos.

Rafael Martínez Rubió.

Agosto de 1896.

LA CASA DE LOS REMORDIMIENTOS

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

—Sí, repuso Fontanilles con los ojos fijos en los cedros del parque en donde palpitaban supremas claridades, me acuerdo como si fuese ayer. Era á fines de Septiembre, cuando el viento sopla de largo, húmedo ó salado, sacude los manzanos como con manos violentas é invisibles y la hierba de las cercas desaparece bajo un mosaico amarillo y rojo, desigual, esponjoso, agrietado, semejante al de San Marcos de Venecia, cuyo recuerdo invade sin cesar mi corazón; cuando en el fondo de las hondonadas, en los alrededores de los parques silenciosos, el olor de las hojas muertas os estrecha, os penetra, os provoca el deseo de llorar, y los labradores, en lo alto de las colinas, aparecen con siluetas de gigantes, bajo los cielos color de oro y turquesa, á la caida del día, y en cada surco que la reja luciente del arado traza sobre el terreno violaceo para alzar bandadas de pájaros....

Descansaba en Arromanches con una mi blonda amiga á quien amaba locamente, á quien hubiese adorado hasta la muerte si su alma de mariposa no se hubiera apartado de la mía, por quien hubiese consentido en no volver más á París si sus ojos arrulladores, sus ojos que poseían el tinte movedizo y misterioso del mar y que atraían como glaucos abismos, me lo hubiesen pedido.

Y era feliz al ver todos los días montones de equipajes que peregrinaban por el camino de Bayeux y diseminarse las tiendas á lo largo de

la playa y cerrarse las ventanas de las *villas* vecinas. Pensaba en que muy pronto ningún encuentro inoportuno vendría á turbar nuestros paseos, nuestras charlas, nuestros besos; ninguna palabra necia, ninguna risa falsa estorbaría nuestros largos abrazos sentimentales y dolientes, en las divinas horas en que el espíritu vaga en las comarcas de lo irreal.

Un día que atravesábamos una aldea, cuyo nombre no se ya, mi amiga se detuvo ante un enverjado enmohecido, del que colgaba un cartelón y asaltóla el capricho de visitar la casa abandonada que dormía allá abajo, triste, dolorosa, entre el rojizo follaje de seculares castaños.

Tocó varias veces con todas sus fuerzas y una muchachuela que vacilaba en sus suecos, de rostro enfermizo, febril, llena de pecas, vino, por último, á abrirnos y nos guió con un punto de asombro en sus pupilas azules.

Cuando hubo penetrado, la primera, en estas tinieblas en donde las varillas de las persianas filtraban claridades temblorosas, me detuve, bien á pesar mío, como ante el temeroso dintel de una tumba.

Hubiérase dicho que estas habitaciones, estos salones, cuyas cerraduras acababan de ser forzadas, arrancando las hojas de un armario en el que se podrían frutas y ropa sucia, habían estado cerrados años y años, que nadie se había aún atrevido á violar su quietud, á desgarrar el velo gris que los envolvía, la mortaja pacientemente tejida por las arañas...

La casa, sin embargo, no ofrecía nada de particular, con sus muebles del tiempo del Imperio, cuyo terciopelo había sido picado por innumerables agujeros de insectos, sus cornucopias cubiertas de moho, sus cortinas desteñidas, sus largos corredores, sus escalerillas estrechas.

La biblioteca me hizo detener, sin embargo, por su aspecto extraño.

Estaba tapizada de damasco verde, color de ajenjo, iluminada por amplias ventanas desde donde se descubría un vasto jardín, sembrado al modo de otros tiempos, de prados de musgo y pequeños setos.

Abultados libros de medicina, tratados de toxicología, herbarios y flores venenosas, novelas libertinas de siglos pasados, y también esos folletos, impresos en Holanda y adornados de toscas viñetas escenas, se encontraban esparcidos, aquí y allá, en una mesa de caoba.

Montones de cartapacios verdes como henchidos de papeles los coronaban, y encima de cajas de cartón, al alcance de la mano, se extendía una alucinadora colección de murciélagos, vampiros y mariposas nocturnas.

Alas sedosas, velludas, como pintadas de signos enigmáticos, color de azufre, de salitre, de madera vieja, de agua estancada, antenas de terciopelo tornasol, de oro fino, ojos redondos de pajarillos asustados; y los difamados heraldos del descanso, las *ghulas* de hocico puntiagudo, orejas de rata, membranas negras, y formas fantásticas que rondan sin ruido por los aires tan pronto como cae el crepúsculo, semejantes á almas en pena, que las mujeres rechazan con ademanes de terror....

Y pregunté á la chica:

—¿Quién vivía en esta casa?

—El doctor Gounardel, señor, uno que estaba encargado de hacer condenar á las personas á muerte y que detestaban en el país.

Gounardel, el médico legista, el ignorante que había entregado á la guillotina, con sus infames informes, á un hombre inocente de todo crimen, y que pasaba, con la frente alta, desdeñoso, en medio de sus colegas de la Academia, que no lo saludaban, que aguardaban, envano su dimisión.

Y lo veía sentado ante su mesa de trabajo, con las flacas mejillas en las manos, los dientes apretados, la frente surcada de coléricas arrugas, los oídos llenos de voces que se lamentaban y que maldecían, hojeando, para no pensar en nada, estos libros infames, estas estampas sugestivas, y detrás de él, estos murciélagos lúgubres y siniestros, semejantes á larvas aprisionadas en la pieza de un astrólogo.

Y repentinamente, mi amiga, que contemplaba el jardín en el que las copas de los árboles formaban arcadas de verdura y montones de amarillas crisantemas relucían en la masa de verdura, en donde silenciosos y lánguidos ruiseñores desaparecían en los huecos de los matorrales; mi amiga, que soñaba, impregnada de la melancolía de las cosas, apartó la cabeza con un grito de horror, llamándome en su auxilio con voz anhelante y me señaló con sus dedos rígidos uno de los bosquecillos.

Me extremecí de espanto, como si una visión se me hubiese aparecido.

En la estrecha avenida, una cabeza cadavéri-

ca, descompuesta, inconocible, cubiertas las órbitas, los labios y la nariz de manchas verdosas, contraida por una mueca momificada, evocabà lejanos suplicios.....

—¡Vámonos! ¡vámonos! murmuró mi amiga.

Pero muy luego estallé en una carcajada, mostrándola el zócalo del que había rodado ese resto de busto enverdecido por la lluvia y la nieve.

Y en tanto que nos burlábamos uno de otro, ya tranquilizados, la chicuela registraba en uno de los cajones y astutamente extraía de él un paquete de esas canciones lúgubres que se venden los días de las ejecuciones capitales y que también había coleccionado—quién sabe en virtud de qué fuerza secreta—este maniático.....

—¡Oh! exclamó la muchacha. ¡Son canciones de la ciudad! Me voy á quedar con ellas, para aprendérmelas en las vacaciones.

Y al huir, después de haberla dado un puñado de monedas de cobre, oímos que, cerrando las puertas y los postigos, canturreaba ya una de estas canciones con un aire lento y solemne de salmo, tal vez la canción del campesino de San Germán, de la víctima de Gonnardel!

René Maizeroy.

El último adios

Ya nunca he de besar tu roja boca,
ni nunca he de sentir tu ardiente beso;
mi espíritu al llorar tan solo evoca
aquella despedida, cuando loca
loca de amor y entre tus brazos preso
te dije adios: y me alejé llorando
mientras que tú, entornando la ventana,
pensabas suspirando
en que al teñir el cielo la mañana,
triste, triste, de tí me iba alejando.

—

Ya nunca han de tornar aquellos días,
ni nunca volveré á cantar amores,
se han quedado sin luz mis alegrías;
y á usanza de los viejos trovadores
tan solo cantaré las penas mías.

—

Y tú, entretanto..... tú albo amor primero
olvidando, en los brazos de otro amado
oirás enamorada sus ternezas,
mientras que yo me muero,
me muero sin ensueños, reclinado
reclinado, en las pálidas tristezas.

—

Adios..... y hasta el olvido sueño mío:
ya la flor sin perfume y sin colores
se hunde callada en el amante río;
ya la bruma las tardes entristece,
el sol dé las mañanas palidece,
y torna el ave á su colgante nido.....
Adios, mi amor,..... adios y hasta el olvido;
qué triste es el invierno y cuánto llanto
cristalizado deja en el ramaje,
llanto que forma un irizado encaje
cuando la mustia luz le besa.....
Adios, mi amor,..... la luz de tu mirada
cuando bese mi alma desgarrada
irá á irizar temblando
el encaje que prende la tristeza.

Miguel E. Pereyra.

El trajecito blanco

TRES meses de asíduo trabajo le había costado á la buena mamá el trajecito blanco con que iría su Graciela, como una novia, á recibir la primera comunión.

El día de la Purísima se acercaba: ya venía la alegre fiesta en que iban las niñas al templo coronadas de azahares y llevando lindos ramilletes de azucenas para el altar de la Virgen. Ah! cuantas veces lloró de envidia la encantadora chiquilla, al ver pasar á sus compañeritas muy ufanas con su vestido inmaculado y camino de la iglesia que las llamaba con bullicioso concierto de campanas; pero ella era tan pobre, que no podía arreglarse para ir donde el buen Dios á pedirle que curase á su padre del feo vicio de la embriaguez.

Al fin de muchas economías y amargas privaciones quedó todo listo para el día blanco de los diez años: un trajecito primoroso, como tejido con alas de blancas mariposas, una corona de azahares, una vela ornada de cintas y unos zapatos muy cucos, preciosos estuches de raso con que hollaría las alfombras del templo y que luego guardaría muy bien, como gracioso recuerdo para cuando ella fuese grande. ¡Qué contenta estaba y qué bien le caería todo eso, vestida así con la alba túnica de los ángeles y luciendo entre tanto armiño su madejita de cabellos rubios!

***

Como todo beodo que busca pretexto para solazarse con más entusiasmo en su vicio, el viejo Lucas encontró el suyo: el cumpleaños de su hijita Graciela. La víspera de aquel día no llegó á su casa después del trabajo, sino que en la taberna, copa tras copa, cantó al placer hasta que lo sorprendió el alba. Tambaleándose y con su tarro de pintura roja y sus pinceles del oficio se dirigió á su casa en el momento en que en alegre fiesta repicaban las campanas, para dar aviso á las almitas infantiles que Dios ya las esperaba.

***

Las ilusiones, mariposillas azules que anidan á miriadas en las cabecitas de los niños, revoloteaban, en el sueño de Graciela engrandeciéndose y coloreándose con mágica brillantez. Ah! qué sueño aquel: muchos ángeles rubios y graciosos le habían puesto unas níveas alas y en el momento en que iba á volar al cielo, su padre se las arrancó; pero ella, como una visión, siguió siempre fugitiva por el inmenso azul.

Despertó en una mañana espléndida llena de gorgeos y de polvo de oro.

Presurosa, como pájaro que deja el nido, saltó de su lecho á ataviarse con su trajecito blanco. Pero un grito de espanto exhaló al llegar á la cama donde había dejado cuidadosamente sus prendas: su padre, ebrio como nunca y tendido allí roncaba á todo gusto, después de haber derramado la pintura sobre el vestidito de nieve, dejándolo purpurino como el manto de un rey.

La muchachita, con los ojos empapados en lágrimas, miraba aquella escena con profunda emoción.

Su padre, á quien ella quería tanto, había nublado su día blanco de los diez años!

—Ay! qué desgraciado eres, papalto mío—prorrumpió con dolorido llanto; por tí, nada más que por tí iba á ir muy bella al templo á rezarle al Señor para que te pusieras bueno; pero ahora..... sí, guarda mi corona de azahares para cuando yo muera.....

Al fin, aquel día no comulgó, pero puso en la frente de su padre un beso; la condensación de su íntima ternura nacida del dolor, que llegó hasta el alma del beodo y lo hizo estremecer; y entonces, por la primera vez de su vida, se nublaron sus ojos de lágrimas y la blasfemia se trocó en perdón.

Rafael Angel Troyo.

Páginas de arte

.... egli tenne lontano il volgo profano dal templo bellisimo ed accesible al soli iniziati in cui s'e compiacinto di collocaro la sua meravigliosa poesía.

D. OLIVA.

Richard Le Gallienne, escritor inglés al cual causan espanto los jóvenes del *Yelow Book*, ha publicado recientemente un libro (1) que contiene cosas muy varias: juicios desoladores sobre el arte moderno, divagaciones psicológicas, algo sobre Copérnico y sobre el *humour;* otras cosas más, aun, todo con un vago tinte de sentimentalismo de *scholar*—una ensalada rusa.... . con salsa inglesa. En ese libro puede leerse la siguiente afirmación:

«Es bastante curioso que en nuestros días, entre aquellos que son llamados artistas decadentes, la influencia del sentido de la Belleza se afirma, no como una influencia «espiritualizadora,» sino, al contrario, como una influencia «materializadora» y degradante. Aun cuando—como me atrevo á decirlo de sus formas peores,—el arte decadente no es la exposición de una enfermedad mental y espiritual, aun cuando conserva cierta inocencia y cierta salud, hace lo posible por encerrarse en la pura sensualidad.

No se dirige sino al ojo sensual, al oído sensual, y pretende desesperadamente limitar la belleza á la forma y al color, ignorando y apreciando las altas sensibilidades del corazón y del espíritu.»

Estas apreciaciones por todo extremo injustas en quien conoce las tendencias, las ideas fundamentales de los buscadores de ideal que hoy en todo el mundo, y sobre todo en Francia, proclaman el reinado del Arte integral y soberano, debe sorprender á todos aquellos que hayan penetrado en el santuario de las escuelas modernas, estampilladas por el periodismo y por la crítica oficial con el sello de la Decadencia. Sin remontarnos á los soles superiores, á Poe y á Waguer, los grandes castos que han dado vida á las Ligelas y los Parsifales, puede notar el observador penetrante que se apoye en una crítica sin prejuicios, recta y limpia, que la obra de los Nuevos tiene su campo principal en la región de las ideas puras, en el Ensueño y en el Misterio. ¿A quienes se debe el anhelo renaciente de los vuelos espirituales, el mayor impulso hacia lo desconocido, la tendencia al conocimiento de las causas primeras, el renacimiento del misticismo, la renovación de los antiguos símbolos, la exploración de los inmensos y viejos bosques de la Historia en donde se hallan los ocultos templos de las pasadas religiones?

Los llamados decadentes, es cierto, han consagrado gran parte de sus cuidados á los prestigios de la forma; mas no se han quedado solamente en el mundo marmóreo de la Grecia, tan caro á las escuelas académicas por lo que tiene de limitado, de lineal y de comprensivo. Han buscado por todas partes las manifestaciones profundas del alma universal; han visto en el Oriente un mundo de extrañas iniciaciones; han encontrado en el Norte una vasta región de sueños y de misterios; han reconocido y proclamado la inmanencia y totalidad del Arte; han quitado todas las trabas que pudiesen encontrar las alas de la psique; han aspirado á la consecución de una fórmula definitiva y á la vida inmortal y triunfante de la Obra. Jamás, desde los tiempos en que florecieron las grandes obras místicas, ha tenido el alma un número mayor de sacerdotes y de soldados; jamás ha habido tanta sed de Dios, tanto deseo de penetrar en lo incognoscible y arcano, como en estos tiempos en que han aparecido, mensajeros de una alta victoria, adoradores de un supremo ideal, los grandes artistas que han sido apellidados Decadentes. A ellos se debe el actual triunfo de la Le-

(1) «The Religion of a Literary Man» by Richard Le Gallienne. Lond. Elkin Mathews and John Lane. ed.

yenda, por el cual se iluminan olvidadas visiones de Poesía; á ellos los santos ímpetus hacia la Fe, y las defensas y diques delante de los tanteos peligrosos de la tiranía científica; á Wagner el inmaterial florecimiento del éxtasis artístico y la más honda comprensión de la Misa; á á Verlaine el Católico, los más admirables himnos litúrgicos, los mejores cánticos desde Japone de Todi, al más puro y augusto de los símbolos, al adorable Misterio de la Virgen; á Baudelaire, las decoraciones incógnitas del Pecado, iluminadas por el «rayo nuevo» de su lírica visionaria; á Mallarmé, raras sensaciones de la vida inmaterial y asibles velos del ropaje del ensueño..... ¿Quién más que Poë y sus seguidores han penetrado en la noche de la Muerte? ¿Quién como Leon Bloy ha entrevisto el formidable y apocalíptico enigma de la Prostitución?

Lo que Le Gallienne tacha en la obra decadente, es, sin duda alguna, la aparición ineludible del amor carnal en todas sus manifestaciones. Ante esto puede tornarse la cabeza á San Juan el Vidente, cuando contempla una de sus más portentosas y terribles visiones: «Y me llevo el espíritu al desierto, y ví una mujer sentada sobre una bestia de color de grana, llena de nombres de blasfemias y que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y de grana, y dorada con oro, y adornada con piedras preciosas, y con perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano, lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación. Y en su frente un nombre escrito: «Misterio: Babilonia la Grande, la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra.» Y ví la mujer embriagada de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús, y cuando la ví, fuí maravillado con grande maravilla. Y el angel me dijo: ¿Por qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos.» O al Dante, ante quien aparece

.....Donna leggiera e presta ascolto
Che di pel maculato era coperta.
E non mi si partia dinanzi al volto!
Anzi impedira tanto il mio cammino
Ch'io fui per ritornar piu volte, volto.

Ese eterno misterio femenino, que con la omnipotencia de sus manifestaciones domina el ser humano, es el que surge de continuo delante de los ojos del artista, y ello es lo que hace afirmar á críticos como el clergyman de que me ocupo, que el arte decadente no tiene pupilas ni orejas sino para los colores y sonidos de la sensualidad. ¿A dónde dirigir la mirada sin encontrar el influjo de las Evas y de las Venus? En dónde no hallará el hombre, hecho de carne y de dolor, los ojos rojos de la serpiente misteriosa? Por ello los grandes artistas, fuertes y delicados á un tiempo mismo, padecen la indestructible obsesion, pues todo grande artista es un solitario en su Tebaida, ó en su cenobio, y á los solitarios tienden las fuerzas invisibles y desconocidas, ya el demonio tentador ó el *daimon* divino. Así Huysmans, así el pobre y gran Verlaine, así Gabriel d'Annunzio.

Rubén Darío.

ESTANCIAS

Prosternarse al sentir que la angustia
con mano de hierro el espíritu oprime
y tendidas las manos al cielo
dejar que en los labios la súplica vibre
no es rastrero! no mancha! no humilla!
porque ay! los dolores inmensos y horribles
necesitan, postrados en tierra,
que el ósculo santo de Dios los mitigue!
No mancilla, no mancha tampoco,
postrarse temblando ante helénica virgen,
y fundir su esquivez con el fuego
ardiente en que el alma palpita y se extingue.
Que jamás el amor es indigno!
y en regios palacios, y en chozas humildes,
apurando la dicha ó la pena,
de pie ó de rodillas es siempre sublime!
Mas que, mudo, ante imbécil tirano
el hombre, sediento de honores, se humille
y que en aras del ídolo infame
su fe, su conciencia, su honor sacrifique

es ruin! es rastrero!..... pregona
que aquí en las terrestres mansiones existen
dignos héroes que engendran villanos,
ilustres matronas que paren reptiles!

Gonzalo Pat y Valle.

UNA BALADA DE WALTER SCOTT

I

—¿Hay nada tan agradable como vagar por el bosque verde cuando el mirlo y la alondra cantan en el ramaje; cuando el ágil cervatillo huye como una flecha para escapar de los dientes de los lebreles, y cuando el cuerno de los cazadores resuena á lo lejos en la espesura?

—¡Oh, Alicia! yo he abandonado por tí mi tierra natal, y nos vemos obligados á vivir en los montes y los bosques como los proscriptos.

¡Oh, Alicia! si en la noche fatal de nuestra fuga maté á tu valiente hermano, fué por el amor de tu hermosa cabellera y de tus azules ojos.

Y ahora, esta mano acostumbrada al manejo de la espada, tiene que cortar las raíces de los bosques, arreglar nuestra humilde cama con el follaje y formar con las ramas una barrera que cierre la gruta que nos sirve de asilo.

Tu dulce mano, que antes sólo pulsaba las cuerdas del arpa, tiene que despojar á la fiera salvaje de su piel, para que poseamos algo que nos defienda contra el frío.

—¡Oh, Ricardo! si mi hermano murió, se debe, más que á otra cosa, á su fatal destino. La lucha se efectuó de noche, en medio de las tinieblas, y sólo la casualidad dirigió contra su seno el hierro de tu lanza.

Si no puedo adornarme con ricos trajes, si tú no posees un manto de escarlata, contentémonos con las pieles atigradas y con el verde de los bosques, que también son agradables á la vista.

¡Oh, Ricardo! Si nuestra suerte es cruel, si tú has perdido la patria, en cambio Alicia posee á Ricardo y Ricardo á Alicia.

II

—¡Qué agradable es vivir á la sombra de los bosques!—repetía alegremente la bella Alicia, mientras el hacha de lord Ricardo sonaba sobre las ramas de los añosos robles y de los viejos álamos.

Cuando lo oyó el rey de los espíritus se puso á gritar en la gruta de la colina, y sus siniestras palabras se asemejaba al gemido del ciervo bajo los pórticos de una iglesia arruinada.

—¿Qué hacha es esa que se atreve á derribar los robles y los álamos, cuyos consagrados troncos cierran la entrada al lugar donde celebramos nuestros ritos á la luz de la luna?

¿Quién viene á espantar la caza que ama la reina de las hadas? ¿Quién es tan audaz que viste el color de los verdes reinos de la hechicera?

¡Parte, Urgan, parte en busca de ese mortal! Tú fuiste bautizado en otro tiempo, y la señal de la cruz no puede hacerte huir, ni pueden tampoco detenerte las palabras misteriosas.

Llama sobre la cabeza del temerario la maldición que daña el corazón y que impide al sueño cerrar los párpados, del que la oye pronunciar. ¡Que no tenga más consuelo que llamar á la muerte y que la muerte permanezca sorda á sus ruegos!

III

¡Cuán dulce es vivir á la sombra de los bosques, cuando los pájaros permanecen mudos! Alicia preparaba el fuego que había de calentarles durante la noche, y su amante buscaba leña en la floresta.

De pronto apareció Urgan, bajo la forma de un enano horrible, y se colocó delante de Ricardo. El caballero hizo la señal de la cruz y recomendóse á la protección divina.

—No tengo miedo á esa señal poderosa—le dijo el fantasma amenazador—no la temo porque procede de una mano ensangrentada.

Alicia, en un arranque de valor, le contestó en seguida:

—Si su mano está salpicada de sangre, es sangre de fieras salvajes.

—¡No, no, mujer intrépida!—dijo el espíritu—la sangre que enrojece su mano profana es la sangre de tu raza: ¡la sangre de Ether Brand!

Al oír esto se adelanta Alicia y repite la señal de la cruz:

—¡Si la sangre—dice—salpica las manos de Ricardo, las mías están sin mancha!

Yo te conjuro, fantasma del infierno, en nombre de los que hacen temblar á los demonios, para que nos digas de dónde vienes y qué motivo te trae aquí.

IV

—¡Grato es, muy grato—dice el enano—habitar el reino de la hechicería, escuchar el concierto de las aves encantadas, asistir á los juegos espléndidos de nuestro monarca y escoltarlo á caballo!

Nada hay tan brillante como el país de las hadas, pero su brillo es tan falso como el impotente rayo que el sol de Diciembre vierte sobre las nieves y los hielos.

Nuestra forma, caprichosa é inconstante como esa luz de los días de invierno, toma el aspecto de un caballero, de una dama ó de un enano repugnante.

Una de esas noches en que el Rey de las hadas goza de su omnipotencia, caí herido en un combate criminal. Estaba luchando entre la vida y la muerte, cuando sentíme trasportado al triste país de los encantamientos.

Pero si una mujer valerosa se atreviese á trazar tres veces sobre mi frente la señal de la cruz, podría recobrar mi primitiva forma y convertirme en un mortal como vosotros.

Alicia se atrevió á hacer la señal, primero una vez y después otra, porque no le faltaba valor. La frente del enano se curtió, y la caverna se puso muy obscura.

Alicia repitió por tercera vez el signo misterioso, y vió aparecer al caballero más hermoso de Escocia: ¡era su hermano! ¡era Ether Brand!

¡Grato es habitar bajo el verde follaje de los bosques cuando la alondra y el mirlo unen sus alegres cantos; pero es más grato aún oír el coro de las campanas del antiguo Dumterneline, cuando anuncia la fiesta de himeneo entre dos amantes!

La metamórfosis de Horacio

VERSION PARAFRASTICA

Non usitata nec tenui ferar.
Ode XVII. Lib. II.

Yo biforme poeta, buen Mecenas,
A las auras serenas
Iré con nuevas y robustas alas;
No acá tendré más vida;
Superior á la envidia desabrida
De los palacios dejaré las salas.
Que no á mí, de miserrima ascendencia,
No á mí, á quien por clemencia
Tu amigo llamas con sin par halago,
Me abatirá la muerte;
Ni con su cerco cenagoso y fuerte
Ha de encerrarme el estigino lago.
Ya, ya siento del muslo á los tobillos
Los ásperos anillos
De áspera piel; y en cisne, por las sumas
Extremidades siento
Transmutarme; y que brotan ciento á ciento
En mis hombros y dedos leves plumas.
Ave canora, más veloz que Icaro,
De Dédalo hijo caro,
Del Bósforo gimiente el agua pura
Veré y playas insanas,
Y las remotas sirtes africanas,
Y del boreal polo la llanura.
El colco, el dacio de engañoso porte,
Que á la Marca cohorte
Pretende no temer, y el gelón fiero
Me verán deseosos;
Y aprenderán mis versos armoniosos
El culto galo y el perito ibero.
¡No tenga, no, mi funeral inútil
Endecha vana y fútil,

Ni torpe lloro y quejas; los clamores
Evita precavido,
Oh Mecenas; y deja, te lo pido,
Por vanos del sepulcro los honores

Joaquín Arcadió Pagaza.

EL FRUTERO

El sol ya no respeta ni al toldo de lona: éntrase en el chirivitil del frutero golpeando los flancos de las piñas regordetas que parece que revientan en sus cotas de brocado, donde hace aguas su tono carey; é iluminados los bordes de los cogollos que remedan haces de lanzas, en los cuales chispea la cineraria del gris. Los morenos nísperos, por las grietas de su epidermis echan el alma en un perfume salvaje; los rechonchos riñones con su granulosa piel cenicienta, parecen sapos que duermen la siesta, destacándose sobre el verde oscuro de los aguacates aglomerados en un extremo del mostrador; y en los frascos bocones panzudos el guarapo de piña en perpetuo burbujeo, produce mil notas agudas. En tanto, tras el mostrador, el mozo frutero, á horcajadas sobre un cajón, chupa y rechupa el encendido capadare, destacándose su cabeza sòmnolente en el fondo confuso de la humareda espesa: hastíale el vaho de las fermentaciones: árdele el cútis sobre el que sopla el acre picante de la podredumbre, de los bagazos de caña, naranjas y guayabas cocosas, apilonadas en un rincón atrayendo innumeros mosquitos que, en continuo movimiento, tienen algo de la agua que hierve. Predispuesta la bestia á los sueños eróticos por la estación y el medio, vibra ella á lo largo de sus nervios, traduciéndose en espamos y llenando de confusas imágenes el cerebro, borracho á fuerza de las tibias emanaciones; inmovilizadas las pupilas, falta el alma á su caraza ancha, cuyas líneas envuelve la estupidéz de los rostros sin contracciones. Todo lo que pasa ante sus ojazos inmóviles, lo ve tras el prisma de lo diforme, así: mira reflejarse sobre el fondo obscuro de la pared de su chirivitil, sumamente alargadas ó rechónchas, las sombras de los transeuntes que van de paso por las aceras huyendo de un calor canicular. La sorda vibración de un carruaje arrastrado al trote, lo vuelve al estado consciente para caer de nuevo en la somnolencia que embarga su cerebro; entornados los párpados, en ese instante, sorpréndese en las líneas de su rostro el gran esfuerzo de la voluntad por reconcentrar en las pupilas algunos de los puntos luminosos que se le esfuman, y que, viéndolos confundirse en la sombra, llenan de inmenso dolor su temperamento nervioso, intranquilo, de hombre que vive sobre sí mismo, curioso, emprendedor, como todo buen comerciante de sangre. La pesadez maldita eclipsa lo real; los músculos—los fieles ejecutores—se rinden; sólo los nervios vibran dolorosamente ateudiendo al llamamiento señoril de la conciencia que se hace cada vez más y más débil. En ese triste estado, enfermizo, el carruaje, que al morder aquella avenida se había anunciado en el prolongado trueno de las ruedas al rodar por el arroyo, vino á pasar ante las puertas de la frutería con su seco traquetear, saltando sobre los goznes, siempre que la pesada llanta daba con las piedras en mitad de la calle triturándolas ó desviándolas; el oído del mozo frutero no percibió sino una confusa desviación del ruido; las pupilas tomaron la imagen aumentados los contornos: era un carro mortuorio, sin negros plumeros ni penachos blancos, sin negros cortinajes de rica fimbria y gruesos motones de oro,—el ínfimo, el triste,—en el que van los que mueren en las salas silenciosas de los hospitales, donde jamás se respira aire, el buen aire que fortalece, sino el que mandan purificar los facultativos con ácido fénico. Cayeron por completo los párpados con aquella última sensación, que el cerebro excitado entregó á una seria de deformaciones: la imagen del carro se hizo nebulosa: ya se alargaba, se hacía enjuta, seca; ora se encogía, se confundían las partes: era como un obscuro manchón donde aparecía de relieve el filete de la llanta barnizado de negro; la maza de donde salían los radios que se esfumaban antes de llegar al punto que les correspondía en

el círculo; la cabeza borrosa del cochero y los cascos de los caballos. Tan extrañas imágenes eran acompañadas de un angustioso dolor, la respiración se hacía fatigosa, inflábase y bajaba el pecho como un fuelle, y aquel amargo estado, tan parecido al consciente, en que se encuentran los que están bajo la parálization muscular del fenómeno cataléptico, sobrecogíale gran terror en los rápidos instantes en que, despejado el cerebro, intentaba sobreponerse á aquella fatal somnolencia que de nuevo embargaría su voluntad; enfriábansele las extremidades; la frente, era un mármol helado, de la cual brotaban gruesas gotas de sudor que, al rodar sobre la piel algunas llegaban hasta la papuda punta de la nariz en la cual aumentaban con la abundante evaporización de ésta, y al gotear caían sobre los labios resecos por la nicotina del capadare.

A cada nuevo embargamiento cerebral correspondía una nueva transformación de la imagen del carro mortuorio: nuevos dolores, angustias más intensas, nuevas fibras rasgadas por aquella fatal excitación. Ahora lo veía recorrer calles que creía reconocer: distinguía el ataúd,—una caja de pino charolada—sin ninguna placa plateada de esas que representan melancólicas escenas de camposanto, tales, como el encorvado sauce de ramaje triste cayendo con negligencia sobre una cruz de brazos muy abiertos, ó un ángel de rostro afable, de túnica flotante, vaporosa, cruzadas las manos sobre el pecho y como haciendo pinicos para levantar el vuelo al mundo azul. Aquella caja plebeya le causaba gran pena; entre un mundo de lejanías vislumbraba su niñez, su madre muriendo en un cuarto obscuro de paredes mugrientas sobre las enaguas de ruedos terrosos, en el sucio trapero que días antes le entregaran sus parroquianos para lavar; la triste noche de la agonía su madre pidiendo agua, mientras que en la pieza vecina el *musiú* del planito tocaba un joropo á que se entregaban los danzantes excitados por la chicha mezclada con caña; después, á la mañana siguiente, el cadáver metido en una caja estrecha, doblándole las piernas, encorvándole el cuerpo, para darle cabida en el último lecho; todavía recordaba las hoscas facciones del conductor del coche mortuorio, que se incomodaba contra los términos de los vecinos á quienes hería su brusquedad y el modo violento de cerrar la puerta del carro.

El mozo frutero hacía grandes esfuerzos por despertar, pero el monstruo del sueño danzaba sobre su pecho que parecía iba á reventar á causa de un gran collozo. En su imaginación se fotografiaban todos los actos de su vida íntima; hasta su amada vino á tomar parte en aquella danza macabra de su cerebro; veía á la querida niña, como él se la figuraba en la noche de bodas, bajo el velo blanco coronado de azahares, metida ya, en el fondo de aquella caja maldita; quiso incorporarse, seguir el coche que se alejaba á escape, pero los músculos se burlaban de la voluntad y en sus oídos silbaba el sordo golpear de la cabeza helada de la muerta contra las tablas del ataúd, mezclándose al armónico burlón burbujeo del guarapo de piña en los frascos bocones panzudos.

Grande fué el esfuerzo, despertó; y sus ojos dieron de pronto con la cara vinosa de un parroquiano que golpeaba con un centavo de cobre el zinc del mostrador, pidiendo guarapo, que él le sirvió hasta verlo derramarse por los bordes. Lo odiaba!

Luis M. Urbaneja Achelpohl.

TRES SONETOS

I

Pasa,—absorta en sublimes pensamientos
Su mente generosa é inspirada,—
Mientras la multitud desatentada
Alza en torno sus gárrulos acentos;

De los mundanos grupos turbulentos
Rompiendo indiferente la oleada,
Sumerje su profética mirada
En otros constelados firmamentos;

Y en tanto que,—inconsciente, su coturno
Hunde en el polvo del mortal sendero,
Pregunta el vulgo irónico y nefario:

—*«¿Quién es ese orgulloso taciturno?*
«De dó viene ese pálido viajero?
«Dó va ese peregrino solitario?»...

II

«Quién es El?» ¿No lo ves, oh enjambre impuro?
Del gran Circo del alma es el atleta;
Es el Mago divino, es el Profeta
Que anima el Porvenir, á su conjuro!

«¿De dónde viene?»—Del misterio oscuro
Que le unge aún con majestad secreta!
«¿A dónde va?—A la Patria del Poeta:
A los gloriosos campos del Futuro!

Como primer peldaño de su planta,—
Sobre la losa que en su tumba sellas
Audaz, transfigurado, se levanta;

Y en pos dejando esplendorosas huellas,
Su Sombra, que en los siglos se agiganta,
Asciende á la región de las Estrellas.

III

¡Y tú le ultrajas, multitud blasfema!
¡Y tú le hieres, vulgo delirante!
Mientras tu oscuridad ese Gigante
Alumbra, áun al lanzarte su anatema;

Si! áun al vil eterniza en su poema
Milton ó Byron, Juvenal ó el Dante—
Como á Satán, su rayo fulminante
Le dibuja *una sombra de diadema;*

Cuando contra el malvado el Genio esgrime
La flamígera espada de su verso
Marca inmortal sobre su frente imprime;

Y el cárdeno fantasma del perverso,
A la luz de su cólera sublime,
Contempla, en la penumbra, el Universo!

Numa P. Llona.

AZUL PALIDO

Un inteligente cronista acaba de resucitar una página de Alfonso Daudet: «Una lectura en casa de Edmundo de Goncourt.»—Estas impresiones de arte dan á conocer, mejor que la crítica contemporánea, el temperamento de cada escritor, su organización especial, origen biológico de su obra. No fueron los Goncourt, como ha escrito alguien, escritores que consuelan y reconcilian con la vida; pesimistas y algo misántropos todo en ellos parece espasmo doloroso.

Ellos podrían decir con el poeta:

«*Je bois avec horreur la vie dont je m'enivre*».

Hay en esta labor terrible una extraña voluptuosidad, algo como un sensualismo secreto del sentimiento, que han tratado de explicar diciendo: «Para las delicadezas, las melancolías exquisitas de una obra, las fantasías raras y deliciosas en la cuerda vibrante del alma y del corazón ¿no es preciso que el artista tenga un rinconcito enfermizo?» Curiosos sibaritas del dolor son estas dos inteligencias reintegradas en una sola idea, afligidos de la dolencia del arte, heridos por ella al mismo grado de intensidad que Gustavo Flaubert, trabajadores silencios y pacientes, triunfadores de la indiferencia con que fueran acogidas sus primeras obras.

Los Goncourt, como Gautier, habían sido pintores antes de ser escritores. De aquí esa maravillosa percepción del color. Sus palabras son matices que se escapan de una paleta; las tonalidades se difunden, dejan aquí una mancha vivaz, más allá un puntito rosado, el blanco se esparce en claridades deslumbrantes, el amarillo ilumina paisajes japoneses y el gris se cierne sobre el hospital y la mesa de anfiteatro de *Sor Filomena*.

No hay más que ritmo, decía Gustavo Flaubert; no hay más que color, afirmaban los Goncourt; en la instrumentación de la palabra escrita está todo el secreto del estilo para el autor de *Salambó;* en la disposición de matices para los Goncourt. Color y música! He aquí todo el arte.

Y los Goncourt como Flaubert gastaron una vida entera en descubrir el misterio que se les escapaba, el gran secreto rosado y vibrante de la palabra, la nota que habla y la frase que pinta.

Petit Bleu.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.

Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 23 DE AGOSTO DE 1896. NUM. 17.

Versos no coleccionados

A Arturo Inchaurregui.

De mago es tu pincel; por modo mismo
copia el verde cambiante de las frondas,
la densa noche del profundo abismo
y el extremecimiento de las ondas.

¿Vienes de los países orientales?
¿Sus matices te dan las mariposas?
¿Duermes sobre los bancos de corales
ó eres el amante de las rosas?

El vencido color, sumiso paje,
de rodillas te ofrece la paleta,
te da la espuma de la mar su encaje
y su azul pudoroso la violeta.

Artista enamorado de la vida,
príncipe en una corte de colores,
que te dé la belleza agradecida
en pago de las tuyas, frescas flores.

Sigue haciendo tu eterna primavera,
pintando el infinito, el mar en calma,
la hermosura..... el amor..... ¡el cielo quiera
que broten muchas rosas en tu alma!

Manuel Gutiérrez Nájera.

Diciembre 1º de 1894.

PAGINAS NUEVAS

LA AGONIA

[DE «LE SERMENT»]

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL»]

En el fondo de la alcoba, sobre una consola, la lámpara dibujaba su silueta pálida. Enviaba una luz difusa, de una singular suavidad, que se perdía en los rincones y venía á temblar en la blancura de la cama, en donde el Sr. Laurent, con los ojos cerrados, con alientos de angustia, pasaba su última hora en este mundo. Su hija Marta, llena de espanto, con las pupilas agrandadas por el horror de la muerte, se encontraba sentada cerca de la cabecera. El capitán de artillería Bethune, joven de treinta años, se mantenía algo echado hacia atrás, y en su fisonomía ruda, pero hermosa, aparecía grabada una tristeza grave. Era el único pariente de los Laurent, un pariente en quinto grado, que el moribundo sólo conocía algo íntimamente desde hacía dos años.

Sin embargo, en medio de aquel silencio, el Sr. Laurent acababa de abrir sus párpados, y lanzaba en torno suyo confusas miradas. En sus ojos morteclnos se dibujaban las imágenes de las cosas con contornos indecisos. Un inmenso terror extremecía sus vértebras. Y, sin embargo, todavía tenía esperanza. Repetía para sus adentros una palabra consoladora que el doctor había pronunciado hacía poco. Imaginaba que se veía en pie, en todo su vigor, administrando sus bienes como en épocas pasadas, dando órdenes, comprobando cuentas, discutiendo contratos. Ah! qué buen sería ir á través de los campos, á su castillo de Alberges..... al aire fresco de la costa, sí, allá, en donde se vivía tanto, en donde se llegaba á viejo. Y la silueta de un anciano, un nonagenario, sordo, ciego, se le representaba, el tío Bricoux, un mendigo! ¡Y qué feliz era!

Pero el Sr. Laurent volvió en sí mismo. Algo agudo le penetraba en las entrañas. ¿Era verdad, que iba á desaparecer?..... ¿De qué sirven, pues, las gentes? Su corteza era sólida, todos los doctores lo habían dicho..... No obstante, si llegase á ocurrir..... tantos se habían ido ya! sus padres, su mujer, sus hermanos, sus amigos!.....

Y la angustia lo oprimía cada vez más fuerte; el desfile de imágenes que acompaña á estas grandes crísis atravesó su cerebro. Revueltos, unos á plena luz, los otros en la sombra, millares de días de su existencia, se le representaban. Huían, se entremezclaban, en cronología exacta, rigurosa, algunas veces; otras, en bruscos saltos. Parecíale á Laurent que eran los anales de la historia, no sólo de todos los hombres sino del universo. Y todo esto se hundía allá, muy lejos, en el tiempo, muy lejos, allá, en el espacio; su personalidad se convertía en la razón de toda existencia, de todo movimiento. Y esta personalidad vivía desde siempre, vivía *en todas partes!*..... ¡Dios mío! ¿Era posible desaparecer sin dejar una huella? ¿Y el alma? Pero Laurent no creía en el alma. Sin embargo, acudían á él fragmentos extraños del catecismo, volvía á ver los confesonarios, su primera comunión, sacerdotes, naves de iglesias, escuchó el rumor de un órgano, cánticos, releyó una página de Fenelón, que en otros tiempos había aprendido de memoria. Luego se apoderó el espanto nuevamente de él, complicado á una horrible sensación de asombro. Dió entonces un grito y extendió los brazos como una criatura.

—¡Marta!..... ¡Carlos!.....

Los dos se pusieron en pie y le tomaron las manos dulcemente. Se sintió un poco mejor, respiró con más libertad.

—¡Era una crisis! balbuceó con la sombra de una sonrisa.

Al sentir sus manos tibias, volvíale la confianza. Marta, desfallecida, no podía proferir una palabra; el capitán fué quien respondió:—¿Quiere usted tomar una cucharada de su medicina?

—Sí, murmuró el enfermo.

El capitán destapó un frasquito y virtió una cucharada de un licor claro. Cuando el enfermo lo hubo absorbido, Bethune murmuró con su voz grave:

—Tiene usted un buen aspecto..... Está mejor.

—¿Lo cree usted? balbuceó el otro con lúgubre vivacidad?

—Ya lo creo.

El enfermo los contempló; germinaba en él un deseo, la obsesión de un proyecto en el que había meditado muchas veces, desde hacía un año. Le parecía que su vida se apoyaba un tanto en la realización de su deseo, que su curación se anticiparía. Además, alguna otra cosa se mezclaba: la manía romántica que se apodera á menudo de los agonizantes, su tendencia á dar aún una muestra de autoridad, como para hacerse una suprema ilusión de fuerza.

—¡Carlos!..... ¡Marta! murmuró estrechándoles ligeramente las manos.

—¡Padre mío! contestó la joven, volviendo la cabeza para ocultar un sollozo.

—Hijos míos..... moriría tranquilo si.....

—¡Calle usted! gruñó el capitán con su voz ruda. No está usted en ese extremo.

—Sí, sí respondió el otro, que se sentía confiado, sin embargo, ante la afirmativa severidad del soldado.

Y comenzó nuevamente:

—Moriría tranquilo si..... estuviese cierto de dejar asegurado el porvenir de mi Marta..... He tenido un pensamiento..... demasiado hermoso sin duda..... Se va á quedar sola en el mundo.....

Y los miraba con sus pupilas turbadas, de un modo dulce y fúnebre á la vez; se sentía, no obstante, una obstinación, una tiranía en su cerebro empequeñecido. Los dos, la joven y el capitán habían comprendido. El la miraba de soslayo, encontrándola adorable. Sentía un repentino enternecimiento ante el contraste entre su encanto, su frescura de vida y la escena mortuoria que se desarrollaba en aquella pieza. Ella, en su terror de la nada, del horrible drama, no tenía fuerza alguna, ninguna voluntad, se hallaba pronta á cualquier promesa, á cualquier sacrificio. Así, no se admiró al sentir que su padre unía su mano á la del capitán, oyéndole murmurar:—Desearía veros unidos para siempre. Marta sería muy feliz, lo sé... ¿Quereis prometérmelo?

El capitán, turbado, preguntó á la joven con la mirada. Ella no decía nada, se dejaba arrastrar, inerte.

—¿Quiere usted? preguntó.

—Sí, dijo Marta en voz baja.

—¡Gracias! murmuró el Sr. Laurent. Sois muy buenos... Era una pena muy grande para mí dejarte sin protección, Marta!

Y se interrumpió para saborear durante un minuto su triunfo. Su respiración se hacía cada vez más ronca. Tuvo una precisa percepción de las fuerzas destructivas que lo minaban. Su mano derecha buscó algo en el vacío; una espuma acudió á la comisura de sus labios, y entonces, bruscamente, sus ideas se hicieron muy claras y horribles. Sus sienes se cubrieron de un angustioso sudor frío. Tuvo esa comprensión que hace decir que *se ve la muerte*. Púsose á balbucear cosas confusas, súplicas, llamó á Marta en su auxilio. Ella, tan blanca como él, se inclinó, enjugó sus sienes con un lienzo y lo abrazó con tremendo espanto. Todo se borraba en él, perdió la lógica de sus ideas, no tuvo ya de su sér sino una impresión intermitente.

—Voy á buscar al doctor, susurró el capitán al oído de Marta.

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza; temblaba con todos sus miembros, se había puesto un pañuelo entre los dientes para impedir que dieran unos contra otros; miraba la lucha trágica con ojos desmesuradamente abiertos por el temor... El Sr. Laurent seguía divagando. Ya no veía nada. En gironca de frases se evaporaban fragmentos de su vida; daba órdenes, establecía principios, aun llegaba á reír. Luego se puso taciturno; su pecho comenzó á palpitar, se levantó en convulsiones de terror, su respiración se hizo en extremo difícil, se prolongó su exterior..... Repentinamente balbuceó:

—Francisco... la propiedad rural... salvémonos...

Luego, tuvo un segundo de conciencia y dijo: ¡Me voy!

Se levantó, volvió á caer, se le estiraron las piernas convulsivamente, dejó caer sus puños sobre la colcha; y después se dejó oír un ruido cavernoso en su garganta, seguido de una nueva tentación de lanzarse, de saltar. Por último, murió.

J. H. Rosny.

EL BAÑO

Hacia el baño corriendo va la hermosa
con diez enamorados á la espalda,
lanzando en su carrera presurosa
á todo viento voladora falda.....

El pie menudo y afilado estruja
en su marcha veloz la flor que huella,
mientras ceñido el cinturón dibuja
la redonda amplitud de la doncella.....

El baño es ideal. Con toda prisa,
en inviolable carcel de madera,
desátase la falda que la brisa
hinchaba voluptuosa. El mar espera.. ...

Traje corto. Las mangas recogidas
lucen dos frescos y turgentes brazos.....
Las bañistas se mecen comprimidas
formando un paraiso en mil pedazos!

Entra la hermosa. La coqueta espuma
bésale el pie con ánimo sereno;
ábrele el mar los pliegues de la bruma,
y la da un golpe en la mitad del seno!.....

Cae de espaldas. De su abierta boca
salta la carcajada á borbotones;
porque la ola histérica la toca
corcobeando con bruscas inflexiones.....

Y lánzase á nadar cual la gaviota.....
Y sacudiendo el pie bate la mano;
mientras encima de su seno flota
el beso inacabable del oceano.....

Yérguese de los pies sobre las puntas,
luciendo, en plena faz, cárdena roncha;
recoge agua entre sus manos juntas
que fingen blanca y entreabierta concha.....

Sale por fin del mar. Húmedo el traje
muestra las glorias de la curva llena;
y las espumas como níveo encaje,
desprendidas del pie, bordan la arena.....

Cuando el húmedo traje rompe el lazo,
ella, cubriendo su esplendor de diosa,
¡siente en las formas el supremo abrazo
de la sábana abierta y temblorosa.....

José Santos Chocano.

Lima.

UNA ANTIGUA PASION

NOVELA

CAPITULO QUINTO

COMPASADA de su madre estaba Luisa en los últimos detalles de la toilette, una toilette delicada y minuciosa; se ponía el traje de novia, el emblema de pureza en el día de su boda. Aquello era cuento de nunca acabar. Luisa lloraba; un torrente de lágrimas manaba de sus ojos y se deshacía en sus mejillas desposeídas de polvo á cada acceso. Consolábala Dª Andrea, haciéndola pensar en que no se separarían. ¿Acaso se iba á ir de ahí? pues entonces ¿por qué llorabs? Muy al contrario, iba adonde toda mujer debe ir, no se quedaba para vestir santos; el sacerdote uniría bien pronto su vida con la de Alfredo. ¿No decía que lo quería con toda el alma? pues valor, aunque sea duro alejarse de la casa paterna, de la casa que ha guardado todas nuestras ilusiones de niños y todos nuestros ensueños de adolescentes.

Alfredo no debía tardar. El coche de la casa recibía los últimos adornos y Luisa al fin suspendió su lloro, se ciñó la emblemática corona, se puso de nuevo polvo en la cara y se enjugó los ojos que deletaban el llanto por lo inyectados que se encontraban. Llegó Alfredo con Dª Emilia, su viejecita madre. Los padrinos llegaron también; eran por parte de ella sus padres y por parte de Alfredo su madre y un tío suyo, senador por entonces y hombre influyente, algo así como el substituto del padre de Alfredo, quien había perdido al suyo muy pequeño.

El templo elegido fué Santa Brígida, que está servido por jesuitas. Admirable y magníficamente adornada la iglesia, presentaba el más hermoso golpe de vista; desaparecían las paredes bajo sendas figuras de flores blancas, gardenias en su mayoría; en los dos extremos de cada banca levantábanse grandes ramos, terminando en un inmenso lazo de moiré blanco hasta el suelo; la iglesia toda llena de ese perfume embriagador que exhalan tales flores. La concurrencia ocupaba la iglesia por completo; en la puerta pedían la invitación y el templo no abrigaba, por consiguiente, que no fuesen personas invitadas. La calle de San Juan de Letrán llena de coches, de magníficos coches, de gran librea y con soberbios caballos.

Presentáronse los novios; su carruaje rodeado de esa pobre gente del pueblo que admira la ostentación y siempre concurre á lastimarse el alma á las puertas del edificio en que gozan los ricos; llegaron los novios en dos cupés, en uno venía ella, la pura, la ideal Luisa, acompañada del senador, de D. Miguel, el tío del novio; en el otro, el enamorado, el ansioso Alfredo, acompañado de Dª Andrea, y después, en otro carruaje Dª Emilia y D. Luis, los futuros consuegros. Entraron en la iglesia y la orquesta tocó la obligada marcha nupcial de Mendelshon. El Arzobispo venía á su encuentro, bajo el palio; los dos grupos andando pausadamente hasta reunirse en medio del templo. Después, la ceremonia con su escabrosa epístola de San Pablo, las arras, etc.

Javier llegó tarde, ya que la misa había empezado, se colocó al final, entre un grupo de clubmen y de elegantes amontonados al rededor de un confesonario, y desde ahí vió todo; terminó la misa, la bendición fué dada; Alfredo y Luisa estaban unidos para siempre, en cuerpo y alma; el presbítero jesuita con unos cuantos latines los había hecho felices, les había dado la única felicidad que habían pedido hasta entonces; ahí la tenían, podían marcharse. Levantáronse los dos, la tomó él del brazo y vinieron en medio de la iglesia, caminando en són de triunfo, él desafiando con la mirada ¿quién era más feliz? Ella con la vista baja, pálida su bellísima cara, abandonada á él, siguiéndolo maquinalmente. Detrás los padrinos, las madrinas, los *garçons* y las *demoiselles d'honneur*; después, la concurrencia entera de dos en dos; los novios alcanzando á las novias, las mamás en busca de los papás y alguno que otro chiquillo, afianzándose de la falda de una parienta bien vestida á quien impacientaban las impertinencias del mocoso.

Javier y los clubmen quedaban lejísimos y se acercaron para verla pasar; los clubmen para ver su hermosura, que tal se encontraba esa señorita abrazada por ellos tantas veces en las piezas de baile, que tal se veía con el traje de desposada, el más poetico y con el que rara mujer no se ve hermosa; Javier para ver á los dos, á su amigo, á su querido amigo y consiguió al fin ponerse en primera línea para mirarlos bien; llegaron al fin los dos, con un paso acompasado, como en desfile de comedia. Al pasar junto á Javier, ella alzó esos ojos negros, rasgados, divinos, que lo habían mirado antes muchas veces con amor y los posó en él, sus labios le saludaron con una leal sonrisa; y á Javier, á Javier el desgraciado lo hirió de muerte esa mirada, revivió en un segundo un pasado completo; se le nubló la iglesia, un vahido horrible se apoderó de él y tomándose con toda su fuerza del brazo de un clubmen que comprendió lo que pasaba en aquel caballero lo sostuvo para evitar su caída y no diera un escándalo al desmayarse en el templo, precisamente al pasar los esposos; Javier comprendió todo y con esas fuerzas que se sacan en ciertos casos no se sabe de donde, permaneció inmutable, recto, solamente revelando su rostro una palidez mortal y su mirada una expresión idiota.

El desfile continuó hasta dar vuelta en la capilla de Nuestra Señora de Lourdes, rumbo á la sacristía, á recibir felicitaciones, á lo de costumbre. Imposible es que ese hábito se extirpe en México. Ahí se detuvieron ellos, los dos novios y empezaron á recibir gente y más gente; todo México desfiló ante sus ojos, todo México los fe-

licitó, de todo México recibió la ropa de los esposos innúmeros estrujamientos. Javier también se acercó, fué á rendirles tributo á esos dos esposos, llevado por un impulso de esos que luego tenemos, quedándonos maravillados de haberlos tenido un solo momento. ¿De dónde hemos sacado fuerzas para dominar nuestra pasión, para llegar serenos á hablar á álguien por quien se sufre y es preciso hacerle ver lo contrario, que estamos contentísimos de ver su dicha? Vamos á hacerles creer lo que es nuestro deber, pero vamos mintiendo, ansiando otra cosa, queriéndonos volver á cada paso y no decirles nada. ¿Por qué obramos así? quién lo sabe! ¡enigma difícil de descifrar, misterio del corazón humano! Quizá sea mucho orgullo, un inmenso amor propio, una horrible vergüenza de parecer vencidos, de parecer derrotados, por eso, por eso vamos y permanecemos inmutables; el orgullo y el amor propio cuando se unen resultan un coloso, se transforman en un indomable y altanero sér.

—¿Qué tienes? estás pálido, exclamó Alfredo cuando Javier, su íntimo, su amado amigo se acercó á abrazarle.

—Sí, estoy malo, no sé que tengo, me han dado dos ó tres vahidos y no haciendo más caso terminó de felicitarlos, una felicitación fría, otenta, de persona extraña que cumple con un pesado deber, y á la carrera Alfredo lo recriminó, en broma, escapándosele su dicha en sus francas y susurradas frases. ¿Por qué no había ido á abrazarlo desde antes? Acaso no sabía que un amigo como él es indispensable tenerlo cerca en las grandes solemnidades?

—Nunca faltaría á la boda de las dos personas que quiero más en esta vida, de tí y de Luisa, mi antigua y respetada amiga.

Luisa emocionada por aquella ceremonia tan conmovedora para el alma verdaderamente enamorada, sonreía y contestaba con medias palabras, no sabiendo lo que decía ni lo que le decían; Javier se despidió de ellos prometiéndoles ir en la tarde al matrimonio civil y salió, salió de la iglesia á toda prisa, huyendo de la gente con miedo de los clubmen y demás lagartijos; vislumbró su carruaje, allá muy cerca de la calle de San Francisco y lo dejó; volteó la calle de la Independencia y entró sin saber cómo en la cantina de la esquina á tomar un cognac, algo que lo reanimara; salió á la calle y sus ideas se concordaron y se arreglaron de nuevo en su cerebro; cada una tomó su sitio, dispuestas para el exámen que iban á ejecutar, el de ese personaje tan tremendo que se llama conciencia; Javier se serenó, vió en derredor suyo y empezó á andar rumbo al Zócalo; se sentia fatigado, con ansia, molestia en la respiración y tomó un coche de punto para ir á su casa, en el coche empezó el examen aquel. Pidió el desgraciado de Javier auxilio á su cerebro, invocó con toda su alma á su conciencia y se interrogó; lanzó al fin á su cerebro y á su corazón, porque las dos iban á tomar parte activísima en la contestación, esta idéntica pregunta: ¿estaba enamorado de Luisa? y se calló esperando la respuesta de todos aquellos formidables consejeros que había eregido en tribunal; el corazón, el defensor de todo lo que siente, el eterno apasionado y el vencedor eterno, contestó como contesta siempre, con un inmenso grito de pasión, de amor, de ansia: sí. La cabeza, la sabia, la que nos censura, la que se burla, la que en muchos trances de la vida reprochados por ella nos acompaña, porque no tiene más remedio, pero nos acompaña en medio de su risa, con su carcajada eterna, satánica y burlona, despreciativa, rabiosa, frenética de verse vencida por su eterno enemigo, el corazón. La cabeza, es decir, la conciencia, el juicio, la razón, el sentido común y todos, todos los terribles personajes lógicos y positivos que guarda ese recinto, contestaron á una: ¡Qué horror!

La lucha continuó violenta y espantosa, desencadenando dos formidables tormentas, una en lo más íntimo del alma, otra también en lo más recóndito de su cerebro. Llegó á su casa y se encerró en su cuarto, dió órdenes al portero: si venían á buscarle que había salido, adonde quisieran, pero que no subieran á molestarle. Se dejó caer en un sillón, extenuado, vencido por la catástrofe que ocupaba en esos instantes su existencia, por el edificio de ilusión y de dicha que acababa de derrumbársele, sepultándolo bajo los escombros. Su corazón le habló, le habló muy tiernamente, como lo hace, le trajo millones de recuerdos, le vino á la memoria la muchachita aquella de dieciseis años, que él había conocido en el pueblo, en el pueblo lleno de rosas y de aromas; sintió en aquel instante su pecho todo el hálito puro y sublime que lo levantaba en otros

tiempos, que lo hacía suspirar; sintió aquella ansia horrible, esa en que parece que el corazón no nos cabe ya dentro del pecho; sintió inmenso ardor, inmensa desesperación de poseerla, de unir con ella su alma y su vida en un beso, en una caricia, que confundiera sus personas. Surgió fatalmente en su corazón toda aquella pasión olvidada; no! olvidada nó, porque nunca se olvida ni se pueda olvidar á esa mujer, aunque haya sido con nosotros mala y variable, tiránica y verdugo. Esa pasión primera ni tiene nombre ni tiene igual; se debilita, se adormece pero no se extingue, puede reencenderse ó despertar, á veces nos lo avisa con un recuerdo tonto é intempestivo; como un día claro en que ella vestía así ó cualquiera otra cosa; acariciándonos esos lejanísimos, pero inevitables recuerdos como una caricia divina, delicada, mezclada de aromas extraños, de flores, de campo, de vida.

Surgió fatalmente en el alma de Javier ese recuerdo; la vió en una mañana de aquellas de San Angel, aquellas mañanas en que había gozado tanto; la vió cuando verdaderamente estaba enamorada de él, la recordó hasta con el mismo traje y le llegó al alma la sonrisa que le mandó; el chispazo que lanzaron sus ojos, el suspiro que acusó su pecho, vió toda esa visión clara y precisa en el fondo de su cerebro y de su alma que se habían reunido para resolver juntos el problema; y después el éxtasis se convirtió en rabia, en rabia horrible, inmensa, cuando vió la visión neta, concisa: ella vestida de novia del brazo de otro hombre; ella divina como nunca, soberbia, y entonces todo el sér de Javier, todo entero, sus nervios, su pensamiento, su pecho, su fuerza, su alma, se levantaron con una tremenda cólera, con un sentimiento unánime: odio, odio profundo, no á Alfredo, no, al que le robaba para siempre á Luisa, al que iría á gozar dentro de un instante de lo que él había amado tanto, por lo que él había profesado como un sentimiento religioso de ella, de ella, de la inolvidable ella, de su primer amor, de su unico amor, de la pasión de su vida. ¿Permitirlo, permitirlo solo un instante? Sería imposible; ellos creían que ya se habían casado, pero no era cierto; pues qué ¿estaban casados porque el sacerdote lo decía? ¿quién era el sacerdote? un autorizador, ¿y qué? suponiendo que estuviera sancionado, no se había efectuado aún la comunión de sus cuerpos y no se efectuaría, ahí estaba él; y el infeliz Javier lloraba, lloraba horriblemente, buscando en sus lágrimas el supremo consuelo; porque eso son las lágrimas, el supremo consuelo de los grandes dolores.

Había Javier llorado largamente, su pecho había desalojado algo su opresión y nada mas había quedado esa especie de hipo que nos levanta el pecho contra nuestra voluntad; esos horribles y pausados sollozos que quedan después de un huracán de lágrimas, las últimas convulsiones producidas por el ataque de histeria que sufría nuestro pecho.

Faltaba algo que debía de vencer en esta lucha, faltaba un recuerdo que no se había evocado, y que sin embargo, se presentaría solo; era lo más importante de la tormenta del alma de Javier; eso que faltaba, eso que no se había llamado era un amigo, un íntimo amigo, un hermano; de esos á quienes se conoce en la escuela de primeras letras, aquellos con quienes se aprende el silabario y á escribir cantidades; ese muchachillo vestido aún con pantalón corto, cubriendo su traje con un monstruoso babero, colgada á la bandolera por medio de un cordón roto y anudado, la pizarra, llena, casi nunca de números ni letras; no, el retrato del maestro, una casita de campo con sus arbolitos y su ganado; pintado todo al gusto, los hombres más grandes que las casas, los perros del doble de las vacas y los árboles como pompones de kepí; después el niño más crecido, el desarrollo del afecto de dos colegiales, empezando en los últimos años de la escuela primaria; más adelante la Preparatoria, ya casi unos hombres con pasiones y con vicios, sin dinero y con juventud.... .

En fin, vino el recuerdo intacto de su vida, de su vida acompañada siempre de la vida de aquel otro amigo; de aquellos amigos con quienes reimos de niños por una tontería, con quienes buscamos goces, á quienes revelamos y á su vez nos revelan sus más graves secretos, de esos verdaderos amigos que se han sacrificado muchas veces en nuestro provecho, de esos á quienes tenemos que serles leales eternamente, que querer toda la vida, que no olvidar nunca, y uno de esos amigos, de esos grandes amigos, muchas veces más que los mismos hermanos, era el poseedor de Luisa, el que muy pronto la tendría en sus brazos, el que se la robaba, el que lo sumía en algo

espantoso de que jamás saldría, el que lo aniquilaba, era Alfredo.—¡Oh, Alfredo! exclamó en su interior Javier, ¿eres tú? ¿mi amigo? tú eres quien te llevas lo que amé tanto, tú eres quien vas á gozar de lo que disputé como no he disputado otra cosa? Así eres, ¡oh Alfredo! ¡Qué amigo! Y de pronto vino á su memoria la noche en que Alfredo le pidió que hablara claramente, lealmente, como lo que era, uno de los seres más queridos por él; Javier se acordó de aquella noche, tal vez hubiera podido impedir el matrimonio y no lo hizo. ¿Qué sintió aquella noche á cada pregunta de Alfredo? Una inmensa dicha por la dicha de su amigo, hasta fué á ver la casa; ¿no en el baile del Jockey había felicitado á Luisa por su elección y le había puesto en las nubes á Alfredo? ¿no hasta le había cedido una pieza? ¿ese mismo día, en la mañana, no iba radiante de alegría al matrimonio? Entonces por qué odiaba al poseedor de Luisa, si él mismo se la había cedido, si él mismo le había dicho que no sentía por ella más afecto que el de una leal amistad. Luisa nunca le correspondió; él sí es cierto, la había querido con toda su alma, pera un día se cansó de luchar y la dejó; vino Alfredo, su íntimo, su hermano, le dijo que sentía simpatía por ella, pero que le asustaba su coquetería; Javier le convenció. ¡Qué coquetería ni que nada, eso era natural, era muy muchacha! Se casaron los dos y la antigua pasión de Javier surgió íntegra, se preguntó porqua ni él mismo lo sabía; se interrogó de nuevo: ¿la quiero? ¿es cierto? La visión de antes, ella en su ventana, allá de muy niña, ahora junto á él y el grito de su sér se levantaba de nuevo, diciendo: sí la quieres. La lucha para Javier fué entonces más espantosa, más formidable, más cruel; dos amores luchaban en su corazón, hoy; por fuerza se sabría quién sería el vencedor: uno, el amor inmenso, los celos horribles, la pasión por Luisa, y el otro, el reconocimiento, los recuerdos tiernos de su vida, el cariño, el inmenso cariño que tenía por Alfredo. Y su cerebro cansado, enormemente cansado, de tanto razonar, aburridos todos los consejeros se diseminaron y huyó el pensamiento fijo. Vino el cansancio del cuerpo, de su sér que había tomado parte en ese jurado íntimo; sus nervios se doblegaron al fin y Javier, sin darse cuenta, se quedó dormido escapándose de su pecho palpitante un sollozo que otro, y de sus nervios algún sacudimiento. Ahí estaba, vencido por el cansancio; eso acusaba justamente lo que era, lo que debía sufrir; era un conjunto de nervios, de huesos, de sangre, todo lo que alimenta y da vida á una pasión, era en resúmen un símbolo del sufrimiento, por eso había sucumbido al cansancio, era un hombre.

....

Al mismo tiempo que Javier caía doblegado, en Alfredo y en Luisa todo su organismo se levantaba con el inmenso grito de pasión; estaban ya los dos en el verdadero altar del amor obtenido; la comunión de sus cuerpos se efectuaba confundiéndoles en un abrazo que unía sus personas y un beso que unía sus almas. Y también su organismo se cansó; pudo decirlo el sol, que al día siguiente, colándose en la alcoba de los novios por la rendija de la puerta, al dorar un pedazo de alfombra ó agazaparse en una cornisa del techo, vió á esos dos enamorados, durmiendo uno al lado del otro, en una bella y sublime languidez.

José J. Gamboa.

Murmullos Rhenanos

Noche!... Doliente noche de luna llena
Que sobre el Rhin difunde sus claridades,
En sus aguas los poemas petrificados
Reflejando de góticas catedrales...

Soplan vientos antiguos, y del silencio
Surgen, reverdecidas, viejas edades
Y se mira el desfile de Barba-roja,
Y se escuchan sonoras marchas triunfales.

Roncos gritos guerreros el aire atruenan,
Flotan libres y altivos los estandartes,
Y los grandes señores, en fierro envueltos,
Al viejo Kaiser rinden sus homenajes.

¡Bravos como las fieras! ¡Bravos germanos!
¡Han conquistado pueblos, burgos, ciudades,
Y de laurel ceñida la noble frente
Vuelven á los cariños de sus hogares!

Luego, de Federico las ricas huestes
Dan el campo á los épicos protestantes,
Y la lucha se enciende de la conciencia
Al arrullo de austeros, tristes corales.

¡Ah valiente, valiente señor de Suecia,
Gustavo Adolfo! ¡Nobles, bravos margraves
Palatinos y suebios! ¡Sangre preciosa
Vertida toda en aras de altos ideales!

.....

Y las hadas rhenanas, las vaporosas,
Del arroyo gigante castas deidades,
De *Lorelei* al régio, mágico mando
A las sombras elevan dulces cantares.

Todo evoca en el alma pasados tiempos,
Todo llama á la vida viejas edades...
¡Contemplad el desfile de Barba-roja!
¡Escuchad las sonoras marchas triunfales!

***

Noche!... Doliente noche de luna llena
Que sobre el Rhin difunde sus claridades....
En la taberna entonan báquicos himnos,
Ante sendos picheles, los estudiantes.

Sánchez Azcona.

EL POR QUE DE LAS MAREAS

—¿Ya sabe usté de qué vienen las mareas, pues?

Paréceme que con sólo transcribir esa pregunta, se dice de sobra, gracias á su peculiar sintáxis, á qué honrada y simpática región española pertenecía el que hablaba así.

Y si á esto se añade que la anterior interpelación me la «planteaban» á la vista de sendos vasos de sidra, que *Antón el de los Cantares* bautizó (sin agua, por supuesto) con el dístico

«Munondc-ko sagardúa
ederra da eta gozúa»

y que todo ello acaecía en el propio puerto de Lequeitio, cuyos bizarros nautas debelaron las *horrenda cele* de que se habla en el mote y empresa de la famosa villa, parécemo también que á las señas dadas más arriba, no queda ya por agregar sino la consabida locución: «*Verde y con asa.....*»

Una explicación de las mareas, enteramente popular y marinera (*folklórica*, según se dice ahora) no era de desdeñar, y mucho menos cuando el navegante vascongado me aseguró que las noticias que iba á darme acerca de aquel fenómeno, se las debía á un marinero noruego, y eran ciertas, ciertísimas. ¡Como que se las había confirmado un marinero andaluz, y por añadidura de la mismísima Rota, patria de la «tintilla» y de *María de los Angeles!* Con datos tan eminentemente septentrionales y meridionales á la par, ¿podía apetecerse un cómputo más fijo y exacto?

Erase, pues (y el lector piadoso habrá de perdonar mi incapacidad para reproducir al pie de la letra la pintoresca y singular narración del marinero de Lequeitio), érase «una vez» en que el Mar hizo, no una de las suyas, sino la mayor de todas, porque en un solo día se engulló cien embarcaciones con todos sus desdichados tripulantes, y estrelló contra las rocas costeñas otros tantos bajeles, sin perdonar la vida á un solo marinero.

Tan bárbaro atracón de hombres y barcos irritó sobremanera á la Luna, que era entonces poderosa y veneradísima deidad, por no haberse todavía revelado ni anunciado á los humanos el verdadero Dios.

—¡Infame! (dijo la Luna al Mar), ¡haré contigo un escarmiento!

Y antes de que el Mar se pusiera á la defensiva, fué y se lo sorbió de un solo golpe: lo mismo que el de Lequeitio se sorbió los vasos de *sagardúa* de Munondo.

Grandes festividades, más bien profanas que religiosas, celebráronse en acción de gracias á la Luna, no sólo por haber castigado la fiereza del Mar dejando en seco sus dominios, sino principalmente—¡pícara humanidad!—por haber entregado á la codicia de las gentes tantos y tan varios tesoros como las aguas ocultaban.

Pero llegó un día—porque á todo le llega su término ineludible—en que se agotaron las riquezas de los barcos descubiertos, y los provechos que dieran de sí los millares de cetáceos que por doquiera se encontraron, y las increíbles cantidades de salazón y de escabeche que entonces se hicieron, y los corales sin medida y las perlas sin tasa, y hasta las conchas al parecer sin fin.

Y como los barcos no podían navegar por falta de agua, el comercio cesó en todos los puertos, viéndose entregadas mil y mil poblaciones, ricas y prósperas antes, á todos los horrores del hambre y la miseria, mientras las naciones que hasta aquel momento de angustia y trastorno universal habían «cortado el bacalao» en el mundo con sus formidables escuadras, se veían reducidas á la más triste impotencia, y tenían que licenciar millares de valientes.....—Con todo, no hay memoria de que dimitiese su cargo un solo ministro de Marina. Políticos al fin, habían encontrado el medio de navegar en seco.

Hiciéronse, como anteriormente acciones de gracias, grandes y universales rogativas á la Luna; los poetas forzaron la inspiración en su loor, hasta apurar todos los tropos y ripios habidos y por haber; y ¿qué más? los mismos perros la dirigieron aullidos más lastimeros y patéticos que de costumbre.

Conmovida la Luna, dijo al mar:

—Voy á sacarte de mi barriga y devolverte á los sitios que ocupaste antaño, pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál?—preguntó el mar con voz de ventrílocuo, puesto que hablaba desde el vientre de la Luna.

Con la condición de que en adelante has de ser mi fiel y constante servidor, obediente á todos mis mandatos y sin sujeción á más órdenes que las mías.

Lo prometió así el Mar; y en el acto salió del vientre de la luna para extenderse de nuevo en su lecho terrestre; pero ¡ah! que ya en aquella remota época era la onda tan pérfida como en tiempo de Shakespeare.

—Veremos (dijo el Mar para sus arenas), cómo se las compone esa bribona para tragarme otra vez.

Sabido es, como reza la copla, que

antiguamente eran dulces

las aguas del rencoroso súbdito de la Luna, y sabido es también que si se volvieron *salás*, fué porque escupió una andaluza en ellas.

Pero á la andaluza ¿quién la mandó escupir?

Sí: el Mar «delegó sus facultades» en uno de sus más distinguidos, simpáticos y hábiles tritones, y éste, convenientemente transformado en un guapo mozo de tierra adentro, con puntas y ribetes de pillo de playa, buscó y enamoró á la mujer más salada del mundo, que resultó ser andaluza, como no podía menos de suceder, y de quien no hay que decir si sería saladísima, cuando con sólo escupir, obedeciendo una indicación del novio, en las aguas del Mar, las dejó conforme las tenemos hoy.

Trocarse en el salado Mar y volver á sus acostumbradas fechorías, fué todo uno.

—¡Me lo voy á sorber á usted!—dijo la Luna.

—¡A que no!.....

—¿Cómo que no? Esta vez va á ser con peces y todo. No perdono ni un solo besugo.

Empezó, en efecto, á sorber olas y más olas, pero las encontró un gusto tan desagradable, que no tardó en devolver al Mar las aguas que había comenzado á arrebatarle.

—¡Esto sabe á demonios!—exclamó la *casta diva;* porque si bien la andaluza consabida era ciertamente la hembra más salada de la tierra, maldito en cambio lo que tenía de angelical.

Desde entonces, la Luna no ha vuelto á intentar el sorbo de marras, á fin de no padecer en la dignidad propia de su elevada posición; pero el Mar, aunque pérfido y díscolo, continúa bajo el dominio de la Luna, y se ve obligado á ir y venir, según se lo ordena la *echecoandría*, como me dijo con mucha gravedad el de Lequeitio.

—Y diga usted, patrón (le pregunté), ¿cómo es que esos mandatos de la Luna no rezan con el Mediterráneo?

—¡Bah! (contestó desdeñosamente el vizcaíno): ¿Ya se piensa usté, pues, que es aquel un Mar de veras?.....

Lo que tampoco acertó á explicarme, porque tampoco consta en el cantar andaluz ni en la conseja noruega, es por qué, además de saladas, se volvieron tan amargas las aguas del recalcitrante súbdito de la Luna.

Eso lo averigüé yo; que algo había de averiguar por cuenta propia.

La andaluza de la copla era viuda, fumaba en pipa, y escupía por el colmillo.

Estas noticias son de muy buena tinta..... La recibí comiéndome unos ricos calamares.

Mariano de Cávia.

RECUERDO

Despedazado el arco. Roto el muro,
hundido entre la arena el capitel,
la piedra en su contorno sucio-oscuro
conserva apénas huellas del cincel.

Evocados tal vez por un conjuro
nocturnas aves vuelan en tropel,
y el rayo de la luna blanco y puro
las dibuja con luz de su pincel.

Sobre la fría y agrietada piedra
el triste jaramago y la alba hiedra
tiemblan al soplo del nocturno viento.

Y entre las ruinas, trágica y sombría,
la silueta de un loco que quería
levantarlas del polvo con su aliento!

Ernesto O. Palacio.
(Colombiano

NOTAS DE VIAJE

JALAPA

Gutiérrez Nájera escribió *Jalapa vestida de blanco*,—La escalonada ciudad, envuelta en su crespón de nieblas, surgía intacta, de la pluma del maestro: así entrevista, con su velo de desposada, Jalapa tenía algo de la diáfana belleza de Elsa.—¿No era ella la que alzaba al cielo su oración, mientras allá, en los recodos del río se recortaba el ala de la barca del héroe.—¡Qué hermosa sinfonía *en blanco mayor* la que dejó el *Duque* trazada en su Album de Viaje! De aquel, Cuernavaca, todo rojo, con color de horneza, á esta pálida página, la pluma del poeta recorrió toda la gama de matices.—Para ver caer el sol, rodando su inmenso disco carmíneo sobre una alfombra aterciopelada, como yo lo he visto, id, mis amigos, á Cuautla; pero si quereis ver la salida del astro, si deseais presenciar la gloriosa aparición del rey del día, id á Jalapa, á la ciudad perfumada, á la que inspiró á mi pobre amigo el más bello, el más luminoso cuadro de luz que arrojó á su paso.

Amplio es el horizonte desde el Parque Nuevo: los ojos, sedientos de claridad, se espacían en el inmenso lienzo; á la izquierda, alza el Orizaba su cono resplandeciente, su blanco penacho que punza el cielo, aún obscuro, en el que las estrellas han dejado sus «cabrilleos de plata»; en el frente, el Cofre delínea su pesada giba, y al diestro lado, las bajas colinas de Coatepec se escalonan en valles de cafetos, en cañadas estrechas, en pequeñas planicies en las que el verde ha abarcado todas las gradaciones, del lechoso tierno al obscuro mar, pasando por el esmeralda y pajizo.

Y entonces recordé: ¡cuántas noches, en aquel infinito cuajado de piedras creí sorprender

diálogo entre el *astro y la estrella!* Sobre el dorso de la montaña de Perote, Júpiter lanzaba su diluvio de rayos; parecía una antorcha clavada en la cúspide del gigante de granito. Y allá, en mi cuartucho de bohemio, me esperaba una bocanada de perfume escapada de un jardín cercano, y tal vez una carta! Con qué recogimiento entraba en la pobre pieza, silenciosa y tranquila; con qué palpitación sondeaba la onda negra, en espera de algo soñado, de un eco, de una voz, de una palabra, de algo inesperado y desconocido que sentía vibrar dentro de mi espíritu. ¡Ah buena juventud primera! ¡Cómo tejes poemas con los hilillos de la uniformidad diaria! Hacer estrofas de la inútil vida, convertir en diamantes las piedras y sorprender miradas de amor en los parpadeos de las estrellas... ¿no es esto ser feliz?—Y ante aquella ventana, impregnado de la divina calma de la noche ¡cuántas veces, oh piadosa ciudad del éxtasis, me he sentido bañado de tu serenidad pantoista y he vivido en los murmurantes sueños de tus corrientes, en la ciencia de tus azahares, en la inmovilidad de tus montañas. Y ahora, peregrino del recuerdo, he ido á vivir con la memoria aquellos días, he acudido á hacer resurgir aquellos espectáculos, ¡como si las alegrías de la Naturaleza no estuvieran dentro del espíritu y si la creación entera no fuera una prolongación de la conciencia!

Volví á acurrucarme bajo las arcadas olorosas de Pacho y errar en zigs-zags á través de los callejones; pero este vagabundeo llevaba en sí una incurable dolencia. Todo está allí, exúbero y lozano, radiante y en apoteosis; sólo la vida ha sido pérfida, sólo ella ya no es la consoladora compañera del viaje.—No importa! Si la emoción se ha transformado, si el ideal se ha modificado, los horizontes son más vastos, como cuando sale el sol en el lienzo que se desarrolla desde el Parque, y su lluvia de de oro va cayendo sobre los contornos del cuadro.

Ya Vesper palidece moribundo y en el vértice del Orizaba un chispazo rosado, que poco á poco se torna en rojizo, como un estandarte de victoria, pregona el nuevo día. En los valles la noche se agazapa, se arrastra, se enreda en las ramas de los cafetos, culebrea á lo largo de los naranjos. Y de pronto, la mancha escarlata se extiende como una corriente de lava y baja por las laderas del monte, á borbotones, á raudales, inundando de luz el panorama. Y el incendio se trasmite de picacho en picacho, la luz tiende puentes aereos, se precipita de lo alto y cubra las hondonadas con sus presurosas ráfagas.

¡Oh hermoso minuto! La ciudad nivosa que vislumbró el poeta envuelta en su velo diáfano, rasga su túnica color de cielo y entonces la mujer blanca se convierte en incitadora bacante que sonríe con su boca de camelias rojas. ¡Ah diosa, no eres entonces la cristiana virgen de nimbada frente y tez empalidecida, sino la deidad pagana, la Venus Ciprina ante cuyo altar cantaron Anacreonte y Ovidio. Tu aliento enerva, tu contacto hace bullir la sangre; por tus arterias corra el licor de la vida rápido y caudaloso y tus ramos de azahares se antojan cabelleras voluptuosas que enroscan como serpientes.

¿Por qué no es la noche eterna en Jalapa? Al huír la claridad del día, la naturaleza se rodea de solemne quietud, de calma infinita. Cuando el último destello del sol toca la cima del Orizaba, postrer beso lúbrico del rojizo monarca y la diosa de los trópicos, un gran reposo viene desde lo alto, y se esparce sobre el alma de la ciudad que celebra entonces sus bodas ideales con el Infinito impregnado de un vago misticismo. Y las flores agitan entonces el incensario de sus corolas.

Bello es en Jalapa el amanecer; hermosa aparece la ciudad vestida de nieblas, deslumbrante vestida de sol; pero yo la prefiero vestida de luna.

Carlos Díaz Dufóo.

Versos griegos

En las cráteras de oro cinceladas
beben el Chipre añejo,
desceñidas las clámides de púrpura
los alegres mancebos.
Los olivos que el pórtico sombrean
mandan un soplo fresco;
Atenas duerme, y el festín anima
un rapsodista ciego.
El zumo de las uvas, la locura
de Otoño, vierte presto
en los buenos espíritus, sus ánforas
cargadas de beleños.
En un claro de luna, mientras tanto,
el rapsodista, envuelto,
se embriaga con la música celeste
de los versos de Homero.
El sol al despuntar el otro día
en su carro de fuego,
vió á la rendida tropa que dormía
y sonreir al rapsodista ciego.

Vicente Acosta.

NO HAY HIJO FEO

[CUENTECILLO POPULAR]

I

Era en el tiempo en que hablaban los animales.

Una peripuesta zorra era madre de dos zorritos á los cuales quería con todo el cariño maternal zorresco.

Cierto día faltaron, por desgracia, los víveres en casa de la señora zorra, y ésta se vió precisada á emprender viaje á casa de una comadre amiga, con el fin de que le cediera unas cuantas gallinas y pollos para su alimento y el de sus hijuelos.

Con dolor y no pequeño, se separó la pobre madre de los zorrillos, que se quedaron aullando desaforadamente.

II

La pobre zorra emprendió el camino con el pensamiento fijo en sus hijos, y á punto estuvo de regresar para llevárselos consigo; pero lo largo que debía ser el viaje, por una parte, y lo quebrado del camino, por otra, hiciéronla desistir de su idea.

No bien había caminado unos quinientos pasos—de zorro, se entiende—cuando hétele aquí que se presenta un girógavo tigre, amigo inti-

mo, no sé por qué causa, de la zorra de este mal zurcido cuento.

—¿Señora zorra,—dícele el cuadrúpedo, con grandes muestras de respeto,—á dónde va usted tan sola y triste?

—Señor tigre, voy en busca de provisiones, pues el año ha sido malo y hánme llegado á faltar.

Don Tigre se mostró complacido con la respuesta que habia satisfecho su curiosidad, y meneando el rabo, se preparaba á proseguir su marcha, cuando le dijo su interlocutora:

—Ante todo, señor don tigre, voy á pedirle un favor á vd. y es el siguiente: mis dos hijos han quedado solos y deseara que no me les hiciera daño alguno.

—Para mejor prever,—exclamó el interrogado,—vengan las señas, porque como hay tantos zorritos en la villa.....

—Pues mis hijitos son,—dijo la zorra con énfasis,—muy bonitos, rubios, crespos, de ojos azules, y siempre los encontrará usted muy aseados, que exprofeso para el cuidado de ellos, pago á una zorra vieja que fué mi aya—algunas muy apreciables y sabrosas gallinas.

—¡Bien!—dijo el tigre, como pensativo y procurando retener en la memoria las señas de los zorritos que se le recomendaban.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Entonces, ¡abur! — balbuceó la zorra siguiendo su camino más contenta que cuando lo emprendiera. Había recomendado sus chicuelos á una persona muy decente y estaba alegre.

III

En cuanto don tigre llegó al caserío de los zorros, empezó á engullírselos uno tras otro. No solamente ellos han de comer gallinas, sino que, á su vez, ellos también serán *requetemangunjiados*.

¡Lo que es el mundo!

IV

A los dos días regresó de su viaje la zorra con las provisiones para sus queridos hijuelos, y ¡cuál sería su dolor al ver la casa vacía!

Pocos momentos después, llega don tigre, y comienza la pobre madre á quejársele amargamente.

—Yo no me he comido á sus hijos—dícele el el tigre, que pasaba por fiera que tiene palabra.

—Según las señas que usted me dió, sus pequeñuelos son muy bonitos, rubios, crespos, de ojos azules, muy aseados, etc., etc.; y los que yo encontré en esta casa fueron feísimos, cerdosos, legañosos, muy sucios y.....

Al oír estas palabras, la zorra redobló su amargo llanto; ya no le quedaba la menor duda acerca del desastroso fin que á sus pobres zorritos cupo.

—Ya ve, pues, señora zorra—prosiguió el tigre,—cómo según las señas, ya no he tocado á sus hijos.

—¡Sí son los mismos!

—No me explico..... Los suyos son muy bonitos, muy.....

—¡Ay! señor don tigre,—dijo la pobre zorra, con los ojos llenos de lágrimas—para la madre no hay hijo feo.

V

Decidme ahora ¡oh madres!: ¿es cierto lo que decía la zorra?

Alberto Arias Sánchez.
(Ecuatoriano)

AZUL PALIDO

La crónica, mi buena amiga, es una vieja canción ya olvidada, un *ritornello* que os sabeis de memoria. Sucede con ella como con la música de algunas de esas operetas nuevas, que se conoce de antemano, antes de haberla oido.—Los cronistas bordan en el vacío, desecan pantanos con las joyas de sus palabras, visten con recamadas telas este pobre cuerpo anémico. De ellos se podría decir con el príncipe de Dinamarca: Palabras! palabras! palabras! Por eso nuestros narradores de arte, nuestros buzos de un infecundo océano, se han hecho una vida propia, una existencia personal; pasan como extranjeros por nuestra buena existencia burguesa, habitan fuera del país, se han desterrado voluntariamente. Su figura corpórea es nuestra; la vemos en la ópera

popular, hojeando un libro nuevo en la librería de Bouret; pero su espíritu anda muy lejos.—¿De qué quereis, pues, que os hablen mis amigos los cronistas? *Puck* había encontrado el secreto de llenar tres ó cuatro columnas con su prosa gallarda y sugestiva; Urbina, de todos los jóvenes escritores el que más se acerca al *Duque* por la forma y el que le iguala en la emoción, deja que dé su nostálgica pluma esas garrulerías sugestivas, esas exquisiteces de buen gusto con que el artista narrador substituye las letales páginas de nuestra tosca existencia.—La crónica, la vieja crónica, señorita, es una vieja canción que os sabeis de memoria, una olvidada melodía que os trae siempre reminiscencias de cosas pasadas. Y nosotros, los atareados hijos de este fin de siglo, apenas si tenemos tiempo para recordar. *Ayer* es una falta de galantería y un cronista ante todo es un muchacho bien educado.

***

Por eso no te hablo, mi buena amiga, de la menuda Fons, cuya artística *Gilda* ha elogiado la crítica.—La música de Verdi, en su primitivo modo, era lealmente ingénua; dice con franqueza lo que siente. Acaso hay poca *sabiduría* en la expresión, sobra de desorden en las ideas, pero podeis fiar en ella: no coquetea, no hace su *flirt*, no os engañará nunca. Se os entregará sin condiciones como esa Gilda del viejo Hugo al rey *galantuomo*.—Y la Fons menudamente cincelada,—una estatueta del Renacimiento,—encerna por encantadora manera esta doliente silueta.—Ay! Sotorra, mi infatigable amigo Sotorra ha cedido al fin al *surmenage*. Su *canzonetta* no ríe ya bulliciosamente, no se carcajea insustancial y frívola, ya tiene tonos elegiacos, ya punza en ella un punto de cansancio. Es un alto en medio del combate, una tregua de la juventud. Todavía la cumbre está muy alta, todavía vendrán algunas nuevas primaveras á poner notes de color en las puntas de las ramas, y mañana como ayer el alegre refrán se perderá en el silencio de la noche: *Souvent femme varie, bien fol qui s'y fie.*—Ventura ha ganado en arte lo que en voz ha perdido. El inteligente barítono de Orrin es siempre el exquisito poseedor de esas frases irreprochables de las que Verger, el gran Verger, era el maestro.—Su vaso es pequeño pero él bebe en su vaso. Y, sin embargo, vayá un consejo: no se acuerde nunca de que existe *Campanone*. Bajando un escalón de su nivel, el apreciable artista corre riesgo de comprometer su reputación. Vencer en el Alfonso de la *Favorita* y ser vencido en el protagonista de la opereta de Mazza, es doblemente triste.

***

Offembach!..... ¡Cómo todavía espumea este añejo licor que el *impresario* del Principal ha tenido la feliz idea de servirnos en la copa en que bebsn los *Brigantes!* Para mí—y creo haberlo dicho en alguna parte—el lápiz de Gavarni y la música de Offembach fueron los demoledores de una época. La caricatura es arma formidable que mata carcajeándose. Cuando los *couplets* de los *Dioses del Olimpo* penetraron en la conciencia de la Francia, el Imperio estaba vencido.—¡Bien venido el regocijado cantor de las glorias de Monteleón!

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50 Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 30 DE AGOSTO DE 1896. NUM. 18.

LAS VIEJAS DE OJOS AZULES

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

I

De seguro que han encontrado ustedes alguna vez á las viejas de ojos azules, que andan con pasitos menudos en las aceras, por delante de las tiendas. Aquí y allí, entre la muchedumbre de los transeuntes atascados, se las ve arrastrarse despacito.

Llevan sombreros de paja negra, muy ajados, sin listones, atados debajo de la barba con un cordón. Traen vestidos oscuros pegados á sus miembros delgados, y chales verdosos, como si colgaran de un clavo. Los pies, entorpecidos, se deslizan con ruido quejoso; las manos, ateridas, se esconden bajo la punta del chal; de uno de los brazos cuelga un *cabás* deteriorado.

Andan, con la cabeza baja, soñando y moviendo los labios, como un niño que reza. Bajo el sombrero negro, sus caras están rugosas como frutas secas; la carne se ha disuelto, sólo queda la piel, semejante á un pergamino húmedo; y en una niebla nadan sus ojos azules, como líquidos y muertos. Esos ojos tienen una dulzura pasiva, un éxtasis cegado y recogido.

Las viejas de ojos azules se han achicado ciertamente: se han vuelto niñas. Al verlas pasar, cuando su sombrero negro oculta su rostro inclinado, se las tomaría por chiquillas que van á la escuela; tienen el mismo talle delgado, los brazos endebles, los movimientos perezosos é infantiles. Luego, cuando alzan la frente, queda uno asustado al ver, sobre el cuerpo de una niña, aquella cabeza pálida, arrugada, destruida por toda una existencia de pasión ó de miseria.

II

Los muchachos de veinte años van detrás de las pantorrillas jóvenes, que una ráfaga de viento nos enseña en toda su blancura. A mí me gusta seguir á las viejas de ojos azules que recorren su caminito sin desviarse, sin volver la cabeza, con andar acompasado de sonámbula. Van siempre solas. No caminan como las bellas de 16 años, por bandadas, invadiendo toda la calle, riéndose con estrépito.

Van aisladas, humildes y recogidas, y se deslizan entre la muchedumbre, que ni siquiera las ve.

A todas las conozco, á las de las alturas del Panteón y á las de las alturas de Montmartre. En los claros días de sol, en los fríos sin nevada, en cuanto veo á una de ellas, ajusto mi paso al suyo, me complazco en acompañar á aquel bonito y pequeño sér tan viejo y tan delicado. Cuando era yo todavía demasiado cándido, é ignoraba con qué criaturas misteriosas tropezaba, me entretenía en descubrir el domicilio de las viejas de ojos azules. Irritaban mi curiosidad con sus miradas muertas; experimentaba la necesidad ed

conocer sus vidas y estaba decidido á subir á la vivienda de cada una de ellas, del mismo modo que sube uno á la casa de las hermosas muchachas que tienen á bien contarnos su historia.

Las he seguido durante tres años, y nunca he podido saber de donde salían ni en donde entraban. Bruscamente en una calle, veía yo aparecer á una. Me ponía á andar pacientemente detrás de ella; y ella, siempre impasible, avanzaba como movida por un movimiento de reloj. Luego, de repente, cuando yo me dormía, mecido por la contemplación de su marcha lenta, desaparecía, se me escapaba. Había sido tragada, sin duda, por los adoquines. Todas se me han deslizado así entre los dedos. Cuando pienso en la caza que les he dado, estoy á punto de creer que las viejas de ojos azules son las sombras de todas aquellas muchachas que se han muerto de amor, y que vuelven á pasearse por las aceras en donde tanto amaron. Así es que, al penetrar en mí la sabiduría, me he prometido no tratar ya de conocer sus viviendas; prefiero creer que no viven en ninguna parte, y que se despiertan de la muerte cada mañana para morir de nuevo cada noche.

III

Desde hace diez años las encuentro siempre tan jóvenes, sin que una nueva arruga haya podido encontrar sitio en sus caras. Llega uno á creer que son inmortales en su silencio. ¡Cuantas novelas he soñado durante las tibias mañanas de Mayo, cuando las seguía con el corazón inquieto y vacío! Iban por el lado del sol, despertándose un poco bajo las tibias caricias del aire; hasta se detenían á veces para respirar y ver hacia adelante.

¿Qué pensamientos de juventud llevaban aquellos pobres cuerpos adelgazados por la edad? ¿Qué recuerdos de las primaveras lejanas daban un suspiro á aquellos labios cerrados?

Y entonces me preguntaba yo qué clase de jóvenes habían sido antes las viejas de ojos azules. Debía haber en ellas historias terribles y dulces. ¿De donde venían, todas iguales, con sus sombreros negros y sus chales verdosos? ¿Quién las había puesto así en las calles de París, aisladas, hermanas de cara y de traje? Venían del misterio, parecían no conocerse y sin embargo, al verlas, hubiérase jurado que pertenecían á una misma y lamentable familia.

¡Quien sabe! Quizá habían nacido así, viejas y encorvadas. Quizá habían tenido la misma juventud ardiente, la cual, después de haber abrasado sus carnes, las conservaba inmortales, secas y rígidas.

Gustaba de detenerme en este último pensamiento. Las veía, vestidas de muselina blanca con cintas color de rosa, con ojos chispeantes y labios húmedos, bailando en los bailes célebres del siglo pasado y enviando besos á los hombres.

IV

Una tarde de Junio, á la hora en que la sombra transparente caía de los castaños de Indias del Luxemburgo, una vieja de ojos azules vino á sentarse en el banco de piedra en donde estaba yo soñando. Al tomar asiento, su falda se alzó y ví en un grueso zapato atado con correas el piecesito más mono que pueda verse.

Bajaba ella la cabeza y el sombrero negro ocultaba su semblante. Había escondido sus pobres manos de niña enferma y se envolvía en su chal. Tan delgada y pequeña era, que parecía una niña de doce años.

Se dió cuenta de la compasión que entristecía mi alma, pues levantó la cabeza y me miró con sus ojos vagos y hundidos.

Aquella mirada que tropezó con la mía durante un segundo, me contó una larga historia de amor y de amarguras. Había en aquellos ojos pálidos una tristeza tierna, todos los deseos de la juventud y todas las fatigas de la vejez. Las noches de placer habían enrojecido sus párpados, y las pestañas estaban ausentes, arrancadas por las lágrimas abrasadoras de la pasión. Sin duda amaba todavía aquella pobre vieja de ojos azules; sin duda no estaba harta, quizá sintiese los años que tan rápidamente se habían deslizado. Y temblaba al sol, recordando los besos ardientes del tiempo pasado. Creí haber penetrado hasta el corazón de uno de esos séres misteriosos. Los ojos habían hablado y me dije que ya sabía de donde venían las viejas de ojos azules que en las calles dirigen, á veces, miradas devoradoras á los jóvenes. Vienen de los amores de nuestros padres.

V

Miraba yo el piececito, calzado con tosco zapato de cuero.....

Tenía ella dieciseis años. Era una muchacha ideal, blanca y rosada, con finos cabellos de un rubio ceniciento que ondulaban suavemente á lo largo de las mejillas. Largas pestañas de oro velaban la inmensidad azul de su mirada, y tenía en la barbilla un hoyuelo que se hundía más cuando ella se reía. Y siempre estaba riendo.

Sus finos cabellos cenicientos le habían valido el nombre de Cendrine.

Otros la llamaban Risita, porque nunca habían visto sus labios sin la sonrisa que tan lindo hoyito le hacía en la barba.

No era como las muchachas de nuestro tiempo, que han hallado el modo de vestirse de seda sin dar una puntada. Ella cosía durante el día y sólo llevaba vestidos de percal. ¡Pero qué hermoso percal, alegre, limpio, casto y cándido!

Una cofia de tela blanca en la cabeza, un pañuelito en el cuello, las medias blancas y los brazos desnudos. Os acogía como una buena muchacha que era, con las manos tendidas, con una caricia en los ojos y en los labios. Toda su personita expresaba la ternura, la alegría sana y fuerte. Había en sus carcajadas una dulzura armoniosa que llegaba al alma.

Cendrine, preciso es decirlo, era un corazón caprichoso.

¡Pero tan franco aquel corazón! Amaba mucho, en muchos sitios, nunca en dos sitios á la vez. Aquella siempre amorosa, que tontamente se dejaba guiar por sus ternuras, iba adonde iban sus besos, sin defenderse. Además, no se ocultaba, amaba á la vista de todos, diciendo: «te amo» y con la misma franqueza: «no te amo ya.» Como su último beso era siempre tan bueno como el primero, á ninguno de sus amantes le había ocurrido enfadarse con ella.

Risita era muy conocida de las enramadas de las cercanías de París, de los bosquecillos y de los bailes al aire libre.

Hallaba medio de trabajar durante todo el día y de reir durante la noche. Algunos dicen que no dormía nunca; otros bromeaban un poco al oír aquello.

Vivía, pues, con toda libertad. Vivía en la salud del trabajo, en las voluptuosidades del amor. Daba su corazón como limosna, no contaba los besos, creyendo que la juventud era eterna.

Cendrine, la niña de pelo ceniciento, la amante que siempre se reía para lucir más el hoyito de la barbilla, cantaba en voz alta la canción de los dieciseis años, teniendo prisa por amar, por amar mucho, por no perder el tiempo. Gastaba sus piececitos corriendo por la hierba, sobre el piso de los bailes, en todas parte donde había besos en el aire.....

IV

La falda ha caido sobre el piececito, que ahora dormía en el grueso zapato de cuero.....

Mis ojos subieron lentamente del pie á la cara.

Y esa cara me pareció espantosa, pálida y de color de ladrillo, con cabellos grises que se pegaban á las sienes. Los ojos, descoloridos y líquidos, eran de un azul sucio. El hoyuelo formaba un negro agujero en mitad de la saliente barba.

¡Ah! ¡la triste enamorada que tiritaba ante el sol de Junio, en su vejez y su abandono! La juventud no había sido eterna, y los amantes se había extremecido una noche ante sus labios gastados, como yo me extremecía ahora, viéndola mirarme con ojos apagados.

¡Pues bien, te amo, pobre Risita, pobre Cendrine! Sólo quiero ver tu piececito, quiero seguirte por las calles eternamente, sin hablarte nunca, como un amante tímido. Serás la enamorada de mis días de tristeza, tú, con quien he soñado en un banco del Luxemburgo un día de hermoso sol.

¡Y no trateis de desmentirme, oh queridas viejas de ojos azules, cuando afirmo que sois los fantasmas desconsolados de los amores jóvenes de otro tiempo!

Emilio Zola.

AURORA

Huye la sombra! El pálido horizonte
De ondas de luz purísima se anega,
Y por encima del andino monte
La hermosa rubia á sus dominios llega.

Y se mece en hamaca de neblinas,
Casi desnuda en el azul del cielo,
Desgarrando sus gasas purpurinas
Sobre los blancos témpanos de hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta;
Las hojas lucen brilladora escarcha,
Y allá arriba, do ruge la tormenta,
La luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino,
Como buscando incógnitas regiones,
Suben, en impalpable remolino,
Con el humo sutil, las oraciones.

Yérgueso el toro en la feraz llanura
Con el testuz cubierto de rocío,
Blanco vapor de su nariz obscura
Brota y se expande en el ambiente frío;

Y muge; de la límpida mañana
El aire fresco sus pulmones hincha,
Mientras que el potro en la extensión lejana
Revuélcase, incorpórase y relincha.

Tiemblan los nidos! las desnudas rocas
Dóranse al esplendor de la alborada,
Y abren las nubes, como azules bocas,
Franjas de cielo en la extensión callada.

Entre las ramas del follaje umbrío
Frases de amor arrullan las palomas;
Y en el césped, cuajado de rocío,
La flor revienta en explosión de aromas.

Zumba el insecto; la sonora fuente
Murmura alegre y su raudal dilata;
Y ruge altiva, en rápida pendiente,
De peñón en peñón la catarata.

Hínchase el lago á la primer caricia
Del aura flébil que en los juncos ora,
Y saborea, con sensual delicia,
Los castos besos que le da la aurora.

Allá lejos, soberbio y palpitante,
Lucha el mar con las rocas de granito;
El mar! ese colérico gigante
Que amenaza y atruena al infinito!

La violeta se esconde, y ya despierto
Se empina el girasol; ríe la rosa,
Y parece el clavel, rojo y abierto,
Ascua movible entre la selva hojosa.

Y en tanto que sacude el ala fría
El céfiro en el cáliz de las flores,
Parece el bosque, al despuntar el día,
Jaula inmensa de alados trovadores.

Teñidas de carmín y de topacio
Flotan las nubes en la aguda sierra;
¡Todo se baña en luz en el espacio!
¡Todo respira amor sobre la tierra!

Ya tras el ancho cortinaje denso
De blancas nieblas y opalinas brumas,
Asoma el sol en el espacio inmenso,
Cual barco de oro en piélago de espumas.

Y se eleva dorando los pensiles,
Que esparcen sus balsámicos efluvios,
Al descender sus rayos cual sutiles
Hebras flotantes de cabellos rubios.

Y avanza! avanza! y las inquietas nubes
Al recoger los gayos esplendores,
Se convierten en pálidos querubes
Que á hundirse van en mares de colores.

La aurora tiembla! el sol la mira y posa
Un ósculo en su cuerpo nacarado;
Ella le envuelve en su fulgor de rosa
Y se extingue en la hoguera de su amado.

Julio Flórez.
(Colombiano)

El himno del acero

CHOCA el eslabón acerado en el rudo pedernal y brota una chispa de rojo y vívido fulgor.

Es la estrofa esplendente del acero que vibra al contacto del trozo de la roca de luz de las sierras.

Es el grito, el clamor, el canto del indomable metal que entona el himno de su pujanza eterna.

Brilla y alumbra como astro que estalla sin fundirse en el éter del espacio.

Vencedor de los siglos ha cruzado las edades, desde los yermos desiertos del globo á los valles verdegueantes y las selvas umbrosas, sirviendo de arma y escudo en los combates de los tiempos á las generaciones y á los conquistadores.

Ha lucido petos bruñidos por el vigor de los herreros en las armaduras y las corazas de los guerreros.

En las hachas de los leñadores ha ejercido el imperio de la fuerza natural derribando los árboles seculares de los bosques.

De su cuna de granito en las montañas, que forjaron los volcanes en sus fraguas llameantes y mecieron las tormentas de la tierra, en sacudimientos horrendos, surgió en trozos rústicos é informes para armar el brazo del hombre primitivo, multiplicando sus fuerzas para dominar sus necesidades como herramienta de labor y espada de combate.

Fué el instrumento legal de la lucha de la humanidad con la naturaleza, trazando con su vigor invencible los surcos de la tierra y los caminos que han descubierto sus entrañas, llenas de riquezas y misterios.

El arado laborioso que fecundó los páramos, haciendo florecer las semillas con los jugos de la tierra, de acero de los montes labró sus agudas guadañas como debía dar sus afiladas y cortantes quillas á los barcos que llevaron las multitudes á todos los horizones que abanican con sus brisas los mares.

Artísticas y gloriosas fueron sus armaduras y corazas guerreras, á la vez que los cascos bruñidos como el cristal de las naves exploradoras de los polos y las zonas ignotas de los oceanos del orbe.

Las legiones nómades tenían su amuleto poderoso en sus armas y escudos.

El viajero solitario cifraba su seguridad y el galardón de su vida en la defensa de su daga de hoja transparente como el cristal.

Dió el acero fama eterna á las espadas toledanas y nombres armoniosos á las armas de los guerreros, cuales la cimatarra árabe y el alfanje turco, en las que los fantásticos orientales contemplaban las imágenes de sus ensueños.

Cuerdas vibrantes y estremecedoras como trompetas, producían sones melodiosos en los instrumentos musicales de los artistas que arrancaban al acero fibras de metal para comunicarles la ternura de sus amores y de sus ideales.

Con ser como girón plomizo de nube petrificada, el acero brilla como el rayo de luz pulimentado por el artífice que forja las finas hojas de los puñales.

Sus espadas tajantes y temibles han destrozado las cadenas de mísero hierro que han oprimido pueblos esclavos.

En coronas de reyes el acero ha dominado naciones.

Y en brazaletes de damas ha acariciado bellezas idolatradas, reflejando en sus eslabones, como sobre lunas de espejos sin mácula, las pasiones y las esperanzas.

En la diestra de los monarcas, el acero convertido en cetro, ha imperado sobre el mundo.

Mas, en la mano de los bandoleros, transformado en puñal, ha sido árbitro de la suerte de séres infortunados, anegando en sangre y lágrimas los corazones.

En la mano de un apóstol, redentor de su patria sierva, en anillo simbólico, fué el acero un credo de civilización y libertad.

El caudillo de la emancipación de Cuba, el ciceroneano Martí, llevaba en uno de sus dedos de la mano izquierda un anillo forjado del esla-

bón de la cadena de acero que oprimió su pie de cautivo en las prisiones de España.

Aquel anillo era una joya acusadora de la tiranía y la más elocuente protesta de la víctima contra su opresor.

El guerrillero de la Independencia de mi patria, el legendario Manuel Rodríguez, se hizo cincelar una cadena para su reloj, de los grillos que un día le impuso la injusticia, grabándole en su medallón la calavera del escuadrón *húsares de la muerte*, que organizara en la víspera de la batalla de Maipú al grito sublime de: *aún tenemos patria!*

Efigies de acero ha debido modelar la gratitud de los pueblos para conservar los perfiles de sus apóstoles y libertadores.

Las naciones guerreras y libres han entonado sus cantos á su gloria, clamando:—el acero es el rey de los metales!

Su himno es el cántico de los dioses invencibles que coronan las musas del Parnaso.

El acero es el dios tutelar de los labradores y los mineros, porque, arado ó azada, fructifica la tierra, y broca ó perforadora, abre las entrañas de las rocas y arranca el oro y el diamante de su seno fecundo.

Lamparilla fantástica ó linterna misteriosa, alumbra el fondo de los mares para descubrir en su concha de nacar la perla transparente y las obscuras y tenebrosas cavernas de los cerros, para escudriñar los veneros preciosos que la codicia no podría poseer sin la pujanza del acero que hace rey de la creación al hombre.

Cantemos el himno del acero, exclaman las edades, al dios de la industria y de las artes que en el taller del lapidario y del obrero talla búcaros de cristal de roca y forja filigranas de oro para engastar el diamante y el coral con las herramientas que maneja la mano del artífice.

Cantemos el acero, repite la humana raza inspirada por el progreso, que al golpe melodioso del martillo en el yunque vibrador, forja los instrumentos de las artes que desvastan el mármol y labran el alabastro, haciendo surgir estátuas del informe jalón de piedra que arranca la barreta del minero y descubre la piqueta del explorador en la montaña.

Cantemos al acero, metal que triunfa del fuego y se vigoriza en el agua, fuerza potente á la que se rinde el diamante y el oro y con la que el hombre es invencible.

Cantemos al acero, que ha dado forma á las ideas del humano genio con la pluma que escribe y traduce sus anhelos, sus fantasías y sus creaciones inmortales.

No tiene el universo ni la humanidad una conquista más gloriosa que este pequeño instrumento de acero que es el ariete de la civilización.

La pluma es la lira de cuerdas de acero que encierra todos los sonidos de la creación y los sentimientos de la humanidad.

Es la trompeta de los juicios supremos de la vida y del genio.

Y es el acero su forjador infinito, el acero que no reconoce rival ni elemento superior más que en la voluntad de Dios, su creador celeste y divino.

El acero ha completado el pensamiento del hombre, dotándolo de ese instrumento artístico sin rival, tan flexible como incontrastable, que se denomina—pluma—auxiliar modelo de la cultura universal.

La pluma es la bocina de la palabra que se hace oír de todo el mundo.

El acero es el alma de las locomotoras que esparcen la civilización por todas partes y la fuerza que anima las maquinarias que tejen los lienzos sedosos y lucientes que adornan las mujeres encantadoras.

El acero es el redentor del pobre porque lo arma caballero del trabajo y le da pan y fortuna.

El acero no pervierte corazones como el oro y las joyas, porque es humilde en su indomable poderío.

Su belleza soberana y dominadora sólo es soberbia y ejerce seducción suprema en la espada de los héroes.

Pero así, gloriosa y conquistadora, es para dar á la humanidad grandezas.

El acero no rinde parias á los ídolos y, siendo un dios, se tributa á todos los séres como pródigo benefactor que proteje á los humildes y á los poderosos.

El acero hace brotar la espiga y el grano de oro y surca canales que vivifican los troncos caducos y retoñan las raíces nuevas, llenas de yemas de flores.

Alegre y risueño, su himno, al compás del yunque y del martillo, es un cántico de dicha y de vida, que vibra con las entonaciones del alambre eléctrico y del riel y la cuerda sonora.

Allá en su templo del taller, sus estrofas cantan su gloria y sus conquistas en voces armoniosas y vibradoras como de orquesta inmensa y colosal que llena de ecos y melodías los espacios.

Semeja su himno el canto de las olas en los mares acariciados por los besos de los vientos.

¿Qué poema más universal que el de sus cantos?

Ningún poeta lo ha concebido ni entonado igual, con ser que Homero fué su contemporáneo.

Sus estrofas están esparcidas en las entrañas de los montes, aguardando al forjador sublime que ha de engarzarlas como joyas en el collar de la diosa poesía.

Pedro Pablo Figueroa.

Santiago de Chile, 1896.

Efecto de nieve

[DE RICHEPIN]

Sobre el mar de azul teñido
Descendió la luz difusa,
No hay viento, ni se tendría
En el ambiente la pluma,
¡Ni un solo rayo de luz
Aquella tristeza alumbra!

—

De pronto aparece trémulo
Cual mariposa de plata
El velamen extendido;
Y aquella nota argentada
Revive el color extinto
Y vuélvese verde el agua.

—

Después, otros, dulces, lentos
Con pecho de felpa blanca
Con alas de blanco armiño
Uno, ciento, una miriada,
Torbellino de palomas,
Palomas en avalancha.

—

Es la nieve; dulcemente
Del firmamento caída
Dormitaba perezosa,
Cabe la bóveda umbría
Y sin ruido su plumón
Cae en la onda estremecida.

—

Ya los copos se entrelazan
En una red amarilla,
Pero del mar sonrosado
Sobre las olas, cintilan
Como el esplendor disuelto
De alguna aurora marina.

Está el cielo tenebroso,
Pero se oculta la sombra
Al fuego de esa alba extraña
De donde la luz ahora
Sube y aquellas tinieblas
Con su esplendor arrebola.

—

Parece el país que alumbra
Tan extraña claridad
Aun para el reno ignorado!
De el luminoso raudal
Colora la palidez
De la noche hiperboreal.

—

En el aire obscuro y frío,
Pasa un tembloroso vuelo
De gaviotas y petrels
Y caen los copos de hielo
De sus alas, cual jazmines,
De los nevados Ereboe.

—

¡Es el polo! es el Infierno
Sombrío, el infierno helado
De magnéticas auroras
Adonde van resbalando,
Los témpanos silenciosos
En un desfile fantástico!

—

Es el polo: tal parece
Como en los cielos polares,
Ver la lluvia silenciosa
Que en las sombras de la tarde
Fingen los grumos cayendo
En olas crepusculares!

José Juan Tablada.

DE LOS "MOSAICOS"

Las madonas artificiales

Para Amado Nervo.

> Regarde-moi, je suis celui que tu ignores, le plus grand de tous, le seul que tu puisses aimer, pauvre femme, car je l'affirme, que tu ne me connaîtras jamais, jamais.—BAUDELAIRE, Paráfrasis por Jean Lorrain.

Yo soy muy rico. Poseo madonas á quienes adoro y que todos vosotros conoceis. Unas recorren los parajes elegantes con la mirada alta y el aire vencedor, dejando tras sí estelas de deseos; otras son pálidas ó interesantes, con palideces de cloróticas, y con miradas en las que hay irradiaciones de ajenjo. Y así, toda una série, todas las que al pasar ante mí revisten las formas de ciertos sueños míos; las desconocidas, las que pasan como una visión, aquellas á quienes tal vez no volveré á ver nunca, ellas son las predilectas, las amadas de mi imaginación.

Ellas me dan, además de los goces intelectuales y de los imaginarios, pequeñas delicias, satisfacciones de un momento, como es la de correr tras la casualidad de un encuentro, ir acechando una mirada, buscando una silueta, y cuando se cree distinguirla á lo lejos, el corazón da alegres saltos, las piernas aceleran ligeras su marcha para ir y verla y alimentar la quimera con el recuerdo de la expresión de su rostro ó del brillo de su mirada.

Luego, en la noche, al calor de la lámpara amiga, del humo del cigarro ó de las sombras de la pieza, se cree ver surgir la figura tierna, amante, tal como á mi caprichoso ensueño place verla.

Y son estos los mejores amores! La imaginación les dió forma y vida, la imaginación las alimenta y las hace ser siempre buenas y las viste de espléndidos ropajes. Ellas, en realidad, no son más que sombras pasajeras en las que están encerrados muchos ensueños que se multiplican, se reproducen y se coloran como á través de un prisma. De sus labios, sólo salen las palabras que yo amo y á sus almas que ya creo ver retratadas en sus rostros, doy tesoros de ternura y de abnegación, las enriquezco, las hago tal como yo hubiera querido encontrarlas. Y nada es más dulce que las entrevistas, los besos dados y devueltos, los apretones de mano, las miradas húmedas que se han recibido. ¿Dónde? Por todos lados, en cualquier parte, bajo mi lámpara, ó en la noche al adormecerme y verlas, ángeles guardianes, poblando de delicias mi sueño.

Yo ignoro el nombre de muchas de mis madonas y quisiera ignorar el de todas; pláceme bautizarlas yo mismo, y que sus nombres tengan el don de despertar todas las virtudes y todos los sabores que mi ambicioso ensueño les dió.

Las he visto en el rincón de una calle, en el cuadro de la ventanilla de un coche, en la alfombra del baile ó en el tapiz de hojas de un paseo; las he visto, las he fijado en mi mente para luego crearlas á mi antojo, revestirlas á mi capricho y amarlas, y que me amen sin tan siquiera sospecharlo.

Las poseo para todos mis estados de ánimo; para cuando del humo de mi cigarro brotan parejas brillantes; para cuando en mi cerebro resuena la danza; para cuando aspiro á lo brillante, á lo ruidoso; para cuando siento crecer la nostalgia de la grandeza y pienso en príncipes wagnerianos y en rítmicas walkirias.

Las poseo místicas, consoladoras, con labios de perdón y de dulzura, para cuando el alma va herida, el cuerpo lacio, el ánimo brumoso, para

cuando sólo aspiro á la calma de las sombras y el silencio de los templos.

Y la tengo también compañera ruidosa á veces y á veces triste. Ella es la confidente, la alentadora, la que copia los versos que yo escribo, la que en los ratos largos y frecuentes de desaliento me invita al trabajo con una mirada, y con una sonrisa me recompensa.

***

Surge la primera y la más brillante, la princesita, que al descender del carruaje muestra el más leve pie, uno de esos piés que inspiran tentaciones de cogerlos como preciosa alhaja y huir con ellos muy lejos, al descender profana ese lindo pie tocando la arena del parque, donde el ir y venir de brillantes trajes y el constante mariposeo de colores y de cabelleras produce marco. Ahí, cabelta entre todos, distinguiéndose por su elegancia y sus señoriales maneras, marcha altiva, inclinando ligeramente su cabeza de Venus, cuando profunda reverencia la saluda. A través de su finísimo cutis se ve latir la sangre azul. Y así va y viene, sin perderse nunca, á pesar del tumulto de colores y bellezas, grave y solemne siempre.

Otras veces princesa, cuando creo verte en coqueto salón Luis XV, donde en cada ligera silla hay pastorales de Watteau, donde cada rostro recuerda pastelas de St. Aubin, donde en el *Plafond* pintado por Lebrun, hay vigorosas formas de encuadro, ahí, princesa, quisiera avanzar hacia tí, arrostrar el brillo de tu soberana mirada, tomarte entre mis brazos é ir, sintiéndonos mecidos, rodeados, arrollados por el torrente de la danza; oir de tus labios altivos, palabras que sólo los favoritos de Catalina de Rusia ó Isabel de Inglaterra pudieron oir; sentirte después fatigada, desfallecienta, sentir la violencia del latir de tus senos, mientras la danza se pierde ó se suaviza, mientras las luces se agitan y parecen acompañarnos en nuestro vertiginoso último arranque; volverte á tu sitio, inclinarme, besar tus manos y recoger una de esas miradas que hacen inclinar mi frente y mis ojos clavarse en la punta brillante de tu satinado pie.

Tal es ¡oh, Princesa! el sueño que haces nacer cuando siento en mí la nostalgia de lo grande, y al recordarlo, apareces.

***

Del palacio de la fantasía sale modesta, pálida, vestida de muselina, la enferma, la clorótica virgen de cabellos de oro.

La ví también tan solo un momento, no bajo la sombra de los parques tumultuosos, no bajo el estruendo de las fanfarrias ni el gorjear del minueto, no entre el humo de polvo que el carruaje levanta al arrancar hacia allá donde, castillo de Cuento de Hadas, se levanta Chapultepec al brillo postrimero de la tarde que va á morir.

No, la virgen de los cabellos de oro vive en el reposo de las medias sombras; los cirios, al reflejarse en sus cabellos, producen irradiaciones de divina luz que rodean su faz como un nimbo; ahí, arrodillada al pie de los altares, fijos los amantes ojos sobre las heridas de un Cristo, ahí, vibrando á los lamentos de un órgano ó de un cántico sagrado que cual incienso, gira y se eleva hasta la nave, ahí me apareció mi segunda madona, la que viene á mí en todos mis dolores y en todos mis hastíos. Sin alejarse del altar, me mira, clavando sus ojos en los míos, me infunde serenidad, y mientras con una mano toma la mía, con la otra me señala la cruz. Luego, sus ojos van á la imagen como si fuera á orar, la miran un rato suplicante y de nuevo se abaten como abrumados por tanta grandeza.

Con ella sueño místicas peregrinaciones, ella me guía á través de santuarios llenos de Fra Angélicos, Peruginos y Boticcelis, ella me hace sentir todo lo grande del dolor y todo lo ínfimo de las pasiones, murmurando á mi oído sentencias de Kempis y versículos de los Profetas. Ella me hace amar lo puro amándola á ella.

***

La compañera surge de entre un grupo de creaciones de poetas. «Beatriz», «Graciela» y la misteriosa Ligeia de Poe. Me acoje cuando cansado dudo de la vida y de mí, me entusiasma y conmigo se entusiasma y celebra cuanto yo hago.

La ví en una ventana, la ví infinidad de veces siempre soñadora, siempre con un libro en la mano, y muchas veces la ví avanzar apoyada en mi brazo, haciéndome sentir la delicia de no estar solo y murmurando á mi abatimiento:

Despierta ya, poeta! Despierta, soy la ausente;
Muy pronto los cristales de la fuente
En la marmórea taza cantando bullirán;
Veremos nuevas rosas cubriendo la pradera
Y atravesando lentos el amplia carretera
Cargados ya de mieses los carros crujirán.

.....

Enlútese en buena hora la gran naturaleza!
Hay una primavera mejor que la belleza?
Hay pájaros que canten cual canta mi laud?
Que en el cristal se cuajen las gotas de la lluvia!
Mientras mi cuello ciña tu cabellera rubia
Un sol en nuestras almas hará la juventud!

La música del poeta unida á la de su voz daba á mi alma vibraciones nuevas y nuevos estremecimientos. En lo alto, la luna parecía mirarnos con su gran ojo profundo, pertinaz como el de un muerto, las hojas crujían á veces, á veces se mecían, como abatiéndose á su paso, como despertando á su voz.

Sueños tengo también de puestas de sol maravillosas contempladas al tiempo que la música de Schelay ó la de D'Annunzio respondía y daba forma á tristes pensamientos; recuerdos de tardes pasadas con *Ulalumes* y de fatídicos presentimientos dados por el eco, por el lúgubre y cruel eco del inexorable *Jamás!* del Cuervo.

* * *

Y ahora, volved todos al antro de ensueño donde vivís. Habeis existido? En forma, al menos, sí. Las amaría como las amo si todas las gracias de que las revisto y todos los dones con los que las orno hubieran pasado la frontera de la imaginario? Seguramente no. Todas las tardes veo á mi Princesita en su carruaje; á la virgen de cabellos de oro, en las iglesias; á mi Compañera en su ventana ojeando un Poe ilustrado por Manet. Paso á su lado, sonrío á los ensueños donde ellas figuran, sigo amándolas y con ellas seguiré soñando; pero ni quiero hablarles, ni quiero conocerlas, ni aun tan siquiera verlas demasiado cerca. Temo por mi pobre ensueño, temo no verlas más bajo la luz de mi lámpara ó en las sombras de mi alcoba, cuando me adormezco. Seguiré amándolas á solas y en silencio y eternamente ignorarán mi pasión.

Seguid, pues, todas tres, con otras menos caetas y menos bellas, con otras que surgen en otros momentos y que en las sombras me esperan, que me inspiran deseos más vivos, más humanos, y por lo mismo no pueden tronar cual vosotras tres en lo más puro y en lo más alto de mi ensueño. Seguid siendo las Reinas de mi Paraíso artificial.

Julio de 1896.

Bernardo Couto Castillo.

NOTAS DE VIAJE

ORIZABA

Al entrar en la ciudad buscó en vano la elevada cima que le da su nombre. No la ví. Una cortina de montañas de un verde obscuro cerraba el horizonte; era una muralla ondulante en la que ligeras gasas de nubes prendían sus estandartes victoriosos. Vista desde la avenida principal, aquella serranía semejaba yacer en un sopor perezoso, en un letargo solemne y grave.

—Sin querer acudió á mi memoria una vieja impresión, á la primera lectura del Guillermo Tell de Schiller. De aquellos montes, austeros y silenciosos, de aquel rincón de naturaleza absorto en su propia vida, bajaba al valle rumoroso, entrecortado de bulliciosas corrientes de aguas, un soplo de vaga melancolía, un hálito de somnolencia impregnada no sé en que extraña dulzura. En las abras, un matiz violáceo se desleía á la luz del sol, en tanto que harapos de brumas se colgaban en el ramaje de un cerro, haciendo

aparecer los árboles como envueltos en un velo de humo.

Desde el puente de la Borda ví al río desprenderse en cascadillas, huir entre guijas, lamer los pulidos troncos de los platanares, saltar con su crin suelta de espumas, inmovilizarse en un remanso y llenar pequeñas presas, dando movimiento á maquinarias cuyo rumor sordo se harmonizaba con la muda severidad de las montañas. Y por todas partes, el cerco de granito, la silueta de uno de aquellos gigantes giboso, como centinelas de la población, como escudos arrojados por titanes guerreros desprendidos de allá, de la gran pirámide, del gigante de blanco penacho perdido en el espacio.—Y el rum rum del agua, el glutíneo cavernoso de los molinos y de las fábricas, con su nota sorda, como de colmena, cantando una vida activa, una energía contenida, en medio de la callada solemnidad de los montes.

Al pie de las alturas, por misteriosos caminos, por senderos ignorados, el agua se ha deslizado, á ocasiones en calles bruscas, ya en callejones tortuosos; viene blanca y transparente porque el cielo se ha mirado en ella y las estrellas se han asomado á su cauce; viene rápida porque la seduce el vértigo; viene cantando porque se siente alegre de romper su carcel de hielo. El hombre la espera abajo, la da de paletazos, forcejea con ella, la detiene en su curso, y acaba por apresarla. Pero ella, se hace la docil, la manso, se deja guiar, y á más andar recobra su libertad, vuelve á ser la señora de los campos, la que pasa cantando y recoje por un momento cuadros y espectáculos en su lienzo líquido para olvidarlos al momento, la inquieta, la voluble, la tornadiza.

Ya ha salido de los subterráneos, ya abandonó los reductos, y ahora salta y se atropella en la llanura. Ha trabajado mucho, y ahora descansa en su lecho, en algún prado, en donde el beso del sol la transporta á los aires, para caer de nuevo y ser llevada al taller y de nuevo conquistar su independencia y de nuevo rodar y ser batida y hecha polvo, vapor, incesantemente, eternamente, atada á su cruz, sujeta á su martirio.

Orizaba es la ciudad del agua; se la ve coagulada en lo alto de los montes, corriendo en sus ríos, sofocada en sus pasadizos de debajo de tierra, en el humo de las fábricas, en la neblina de los montes, en la savia de las plantas; circula, va y viene, coquetea, huye, se arremolina, brinca, y apasionada de aquel pedazo de tierra no puede abandonarlo nunca, y cuando huye por una senda vuelve por otra, y si se despide por la tarde regresa por la mañana.—¿Qué son esas nubes? me preguntais. Son una promesa de regreso. El agua se va riendo por el cauce del río y vuelve llorando por la tarde en gruesas lágrimas.

Está celosa del azul del cielo, de los dorados rayos del sol, de los parpadeos de las estrellas; quiere ella ser la vencedora, la favorita, y por eso no deja que el astro del día se enseñoree en el horizonte, y por eso también se detiene agazapada en las alturas. Desde allí acecha, desde allí vigila, y cuando el amor puede más que el despecho baja velozmente y posa su beso fresco en la tierra, que la espera anhelante.

No recuerdo quien ha llamado á Orizaba el Manchester de México. Encuentro la frase exacta y la hago mía.—Desde la vía principal se me antoja encontrarme sobre el puente de un gran *steamer:* una palpitación interior conmueve el barco, rechina la máquina, escápanse hondos resoplidos y todo el emplazamiento trepida y vibra en medio de aquel océano verdoso en el que las montañas semejan gigantescas olas.

Allá va el navío, con su pesado cargamento; las chimeneas vuelcan al espacio sus bocanadas cálidas, la hélice bate las aguas, las azota, y en medio del valle extático se escucha el eco ahogado de una enorme colmena, el coro grave de una poderosa energía que mueve aquella embarcación, balanceada por un hálito de las brisas marinas que se ha abierto paso entre los cafetos y las gardenias de la tierra caliente.

Al pisar tierra orizabeña, en el fondo de la silenciosa serranía, buscando un alto á estas tristezas de boulevard, he sentido un aliento consolador: allá arriba, la eterna, la inacabable fuerza que preside á la vida de la naturaleza; en la ciudad crepitante, la redentora energía de un grupo humano que forja en el yunque las aceradas armas que han de servirle en la gran lucha por la existencia.

Carlos Díaz Dufóo.

Era un aire suave

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y ténues suspiros
Entre los sollozos de los violoncellos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba á un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desafíos
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo,
Y como un Efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su marmol desnudo.

Y bajo un boscaje del amor palestra,
Sobre rico zócalo, al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Velaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
Un coro de sones alados se oía,
Galantes pavanas, fugaces gaviotas,
Cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oir las quejas de sus caballeros
Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,
Pues son su tesoro, las flechas de Eros,
El Cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus miele y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fíe!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es artista y bella,
Cuando mira vierte viva luz extraña:
Se asoma á sus húmedas pupilas de estrella
El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
Ostenta su gloria de triunfos mundanos,
La divina Eulalia, vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina
A la alegre música de un pájaro iguala,
Con los estacatos de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala á veces ocultando el pico;
Que desdenes rudos lanza bajo el ala,
Bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando á media noche sus notas arranque
Y en arpegios áureos gima Filomela,
Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
Como blanca góndola imprima su estela;

La marquesa alegre llegará al boscaje,
Boscaje que cubre la amable glorieta
Donde han de estrecharla los brazos de un paje,
Que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia,
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto á los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia
Sol con corte de astros, en campo de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
La regia y pomposa rosa Pompadur?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
Con dedos de ninfa bailando el minué,
Y de los compases el ritmo seguía
Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastores de floridos valles
Ornaban con cintas sus albos corderos,
Y oían, divinas Tirsis de Versalles,
Las declaraciones de los caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡Y es cruel y eterna su risa de oro!

Rubén Darío.

DE MI LIBRO AZUL

¡El primer amor, la primera novia!

La primera carta, llena de lirismos burdos, deslizada por el balcón, á favor de la obscuridad de la calle! ¡Qué deliciosos recuerdos! ¡Qué amables, qué felices remembranzas en ese buen tiempo de la infancia, perdida ya en los pliegues sombríos del pasado!..... Recordar es gozar. El recuerdo, dulce ó triste, reconforta al alma que vacila.....

Hoy mañana, me levanté alegre, lleno de gozo. Me senté á la mesa de labor, con tantas ganas de trabajar, con tal aliento y entusiasmo, que hubiera sido capaz de escribirme un libro entero de una sola tirada. Un libro!..... ¿Sobre qué demonios? El encargado de recoger los materiales para el periódico, llamaría á mi puerta á las diez... «Trabajemos» me dijo. Eran las nueve, tenía tiempo sobrado; y la pluma corría sobre el montón de fojas, rápida, al galope, forjando la historia de un amor. ¡Ah!..... ¡Recuerdo de la infancia! ¡Recuerdos de esa edad feliz! Cuando escribo de eso, cuando evoco recuerdos, cuando hago inventario de todo lo que guarda, como dentro de un relicario, mi alma, la pluma traviesa y yo gozo. Escribir lo que se siente. Eso. La página que es vivo, á la que da aliento cariñoso el fuego del alma y dicta el corazón.....

He aquí la historia que tejí, y que es verdadera, mientras el criado sacudía mis libros y arreglaba mis periódicos, y el sol jugaba, en llamas tibias, entre las flores de las macetas recién regadas del balcón.

***

¡La callecita aquella! Angosta, tortuosa, mal empedrada y llena de hierbas, fija ha quedado en el kaleidoscopio mágico de mis recuerdos! Un barrio apartado, solitario, habitado en su mayoría por la gente del bronce, la del escote burdo y el saco de dril, el rebozo de hilo y el pie descalzo; y en un rincón, frente á la esplanada arenosa, y sembrada de árboles raquíticos, de una plazuela, un caserón encalado, de tejas rojas y altos balcones de calicanto, resguardados por fuertes barandales, pintados de un rabioso color verde. Allí vivía *ella*, es decir: la novia. Por la noche, ese maldito barrio era intransitable. Uno que otro reverbero de gas, punzaba con su llama débil, en la sombra espesa. Y uno iba expuesto, por ver á la niña, de regresar á casa, con las narices deshechas contra un poste del telégrafo ó un pie dislocado de un tropezón en los empedrados echados á perder. Yo asistía al Liceo y estudiaba el segundo de los cursos preparatorios. Tenía once años y era un gandul á toda prueba. Faltaba á clase seis veces por semana y cuando asomaba mis narices por esos lugares, era sólo para que me castigaran. Jamás daba una lección, ni presentaba al profesor mis muestras de escritura, ni sacaba, á fin de semana, una sola nota buena. Un endemoniado, pues. Y para remate, el amor, el maldito amor, me tenía fuera de mis casillas. No pensaba más que en irme al barrio, á pasearle la calle á Blanca. La llamaba así: Blanca! Precioso nombre. Blanca de Nieve!.... . En esos días había leído ese breviario de los soñadores: *Las Mil y una noches*... Y la chica no *era tan poor*, que se diga. Era blanquita, menuda, nerviosa, de cabellera negra, de boca roja y sonrisa de ángel que va á besar y mirada de.....

¡Oh, Dios mío! ¡Aquellos vestiditos blancos, de listones celestes, aquellos sombreritos de paja, adornados de cintas y flores que ella se sabía poner!..... A las ocho de la mañana, mientras los clarines del cuartel cercano á mi casa daban los toques de ordenanza, salía y me iba á apostar en la esquina del colegio á donde Blanquita concurría, para verla entrar, darle una flor, echarle un requiebro ó deslizarle un billetito, protegido por la sonrisa benévola de la sirvienta, que veía con buenos ojos nuestros amores y se divertía con nuestras sencillecces. La impaciencia del que espera! Con una florecita en el ojal, puesto en jarra el brazo izquierdo, recostado en poste tosco de la farola de gas de la esquina, con un cigarrillo encendido entre los labios y los libros y cuadernos metidos entre todos los bolsillos del saco, estaba en espera un cuarto de hora ó menos. De repente aparecía, doblando una esquina La distinguía á lo lejos, caminan-

do con pasos menudos, bajo el toldo tornasol de la sombrilla! La criada marchaba dos pasos atrás, llevando envueltos en su *rebozo* negro, olliento á aceite quemado, los libros y cuadernos. Entonces era lo de prepararse. Pasaba una revista á mi traje. La flor en el ojal estaba bien puesta y muy coqueta, los zapatos lustrosos, la corbata azul, flamante, el nudo muy correcto, el chaleco de drill, albo... Todo bien. Ya se acercaba ella. Yo veía sonreir á la criada, como queriéndole decir á Blanca, que apuraba el paso: «allí está.» Y la veía pasar, y la veía tocar el llamador de hierro del pesado zaguán, y entrar, no sin antes haberme dirigido una mirada, que decía un mundo, y una sonrisa, que prometía la gloria. La criada, al volver, me decía casi siempre, muy seriota: «Blanquita le manda saludos;» «que le manda esta flor,» «que le espere, aquí mismo, á las once.» Y yo me iba después, al colegio unas veces, otras, [casi siempre,] á buscar á *Trigillo*, á *Pistón*, á *Tacuacín*, á *Tordillo* para irnos á *capear al Coro*, á *la Chacra*, á la finca de Mora, á esas deliciosas correrías que ya he pintado más de una vez, en libro mío y en periódicos, con pluma empapada en tinta de color de rosa.

A las once en punto, estaba en la esquina; pero ya no solo, pues todos los novios de las chicas, que salían cinco minutos antes que ellas del colegio, se iban á verlas salir, á ser vistos por ellas. Y era un alegre grupito el que se formaba, y producía las jaquecas y desesperaciones de la directora. Más de una vez hizo disolver el grupo, echándonos la policía. ¡Bonito modo! Era peor: nosotros, ante el peligro, nos revestíamos de valor. *¡Dan..... dan..... dan!* Con qué gran alborozo oíamos los tres campanazos que, dentro del edificio, daba la celadora de guardia, marcando la hora de salida. El pesado zaguán chirriaba y rodaba sobre sus goznes, asomaba la nariz remangada de la portera, y después..... Ellas, que salían, en una algazara de risas y voces. Desfilaban todas entre nosotros, que les formábamos valla. Coqueteos, sonrisas, palabras breves, señales con pañuelos, flores..... Y todo en las propias narices de la Directora, que parada en el andén, frente al portón, presenciaba la desbandada de las colegialas. Julia, la novia de Jesús, el gran *Tigris;* Anita, la de Juan; Clara, la de Manuel, [Jabalí]; Eugenia, Elvira, Rosa, todas. Del brazo de una amiga, como señorita muy seria y muy estirada, riéndose y conversando, como persona formal íbamos detrás de ellas, hablando fuerte, soltando una carcajada, tosiendo, fumando cigarrillos, procurando hacerlas volver la cara á cada instante.

Más de alguna vez, la pareja nos sorprendió en el acto de enviarles, (el novio de la compañera y yo), un beso apasionado con la punta de los dedos. Ellas, caminaban despacio, procurando hacer largo el trayecto. Ya se detenían sin ningún motivo, ya dejaban caer un libro, se paraban ante el escaparate de algún almacén, á curiosear ó á comprar plumas, en el puesto de un buhonero. Y nosotros detrás, haciendo todo lo que ellas. Las dejábamos hasta la cuadra cercana á la casa de Blanca. Ellas nos despedían con una sonrisa ó con una mirada. Con eso bastaba. Teníamos para pasar alegres. ¡Una mirada, una sonrisa de la mujer amada!

Por una sonrisa; un cielo
Por una mirada, un mundo.....

¿Por un beso?..... Vamos, chico; no apuremos la cosa..... No tuvimos jamás ocasiones de besar á las novias, si no, lo hubiéramos hecho de toda gana..... ¡Cuidado si los papás ó hermanos se imponían de nuestros amores! ¡Eran muy bravos! ¡Y eso sería el colmo de las desdichas!

Por la tarde, á las cinco, otra vez á la esquina del colegio, á verlas salir, á seguirlas. A las seis, á la hora del crepúsculo, comenzaba la ronda de la cuadra. Blanca estaba siempre al balcón. Se paseaba la cuadra que era un contento; y ese era mi mejor gusto. Me apostaba, á veces, en la esquina, para hacerla señas con el pañuelo. Era amigo de todos los vecinos de la cuadra, y más, del zapatero que tenía su taller en la esquina, y todos me llamaban el «novio» y se reían de mí á sus anchas. ¡Hasta ahora lo comprendo! Me gustaba, algunas tardes, el lujo de comprar un real de flores ó manzanas y enviárselas con Lola, nuestra confidenta. ¡Qué buena muchacha! ¡Qué servicial! Yo la quería mucho. Era *feita* la pobre..... Pero qué importa. Era la que llevaba y traía los recados, la que me traía las flores que ella me daba todos los días para adornar mi ojal. Siempre lo llevaba florido, debido al cuidado de Blanca. Ella me hizo cogerlo por costumbre, á pesar de que hoy, me

sé de memoria aquella *boutage* de Alfonso Kar, á propósito de los que llevan flores en el ojal.

Así pasaba la vida, una vida de aventuras deliciosas. En mi alma, queda guardado ese mundo de recuerdos de la época más feliz de mi vida..... ¡Hace ya tanto tiempo! Ahora tengo 20 años y *ella* 19.....

No sé cómo olvidé á Blanca. Sí. Lo ignoro. Pero un día de tantos, no sentí ya ganas de ir á verla salir del colegio, á las once, ni de pasearle, por la tarde, la cuadra. Vi con indiferencia sus esquelitas, que antes besaba á cada instante, y ya me parecían torpes, mal escritas. Metí sus flores en mis libros para señales, y dos listoncitos y un guardapelo que ella me había regalado, se las dí á la hija de la cocinera de mi casa. Ese día fué cuando me puse, por vez primera, pantalones largos, y mi padre me regaló un reloj con su cadena de niquel. Me creí degradado haciéndole el oso á una chiquilla de doce años, que aún no sabía multiplicar quebrados ni conjugar el verbo Amar, yo, que iba en camino de ser una personita formal.

***

Cuando ahora encuentro á mi primera novia, y me saluda cariñosamente, siento que el corazón me late con fuerza y á mis labios y á los suyos asoma una sonrisa..... Blanca! ¡Oh, mi amor primero! ¡Mi musa adolescente y bella! ¡Mi «novia sin engaños!»

Arturo A. Ambrogi.

San Salvador.

ROMANTICA

Para José María Barreto.

TEMPO DI VALS

Se miró al espejo, y bajo los ojos lánguidos y soñolientos, la fatiga había extendido arcos color de violetas, y el carmín se desvanecía en su cútis níveo, tanto como la hoja más perfumada.

El abanico de gasa sembrado de lentejuelas, tras el cual murieron los suspiros y prendieron las frases, cayó sobre el mármol, junto con los largos guantes blancos, conservadores aún de la frescura de sus brazos redondos y satinados; y el ramito de flores mustias, espiró cerca del carnet del baile, recuerdo de momentos dichosos, donde cada nombre era un poema, adivinándose tras los rasgos finos de Emilio, el alma ideal de artista que todo lo ve azul, y tras los gruesos caracteres de Alberto, el joven mundano que ahoga su credulidad en champagne y prodiga amores á toda la que quiera oírlo.

Oh! Su carnet de baile! Tan parecido al dibujo de la viñeta con aquel joven delgado que sonreía burlándose de todo, y que al pasar ella, le murmuró una frase asaz atrevida.

El traje blanco cubierto de *chiffons* inundó con sus encajes el diván de terciopelo azul, y mientras se deshacía el peinado, llenando de horquillas de plata y peinetas de carey los platitos de Sevres, recordó toda la noche.

El wals que cantaba su ritmo galante, aristócrata, rumoreando besos, trayendo en cada nota una melancolía vaga, deliciosa. Se veía ella—Lesbia!—alta como una figura de acuarela, recibir la admiración de todos. Había estado muy linda, verdad? Qué bien le sentaba el traje de seda brochado, y qué turgente lucía su pecho aprisionado por gasas que parecían nubes.

Todos la habían celebrado, Emilio le recitó á su oído una estrofa que hablaba de dichas eternas y amores deliciosos; René con su gracia viva y mordaz, había comparado sus ojos con dos flores de luz, y hasta aquel joven burlón semicalvo y de moncele, que tanto se parecía al dibujo del carnet, la asediló con sus frases picarescas.

Y aun oía la imitación de los lanceros que remedaban tocatas militares y que ella bailó siempre riendo con las bromas de Alberto, el tenaz calaverilla de veinte años.

Había llegado á su cuarto donde las cortinas amortiguaban la luz rosada de la lamparita de noche, y entre la sombra del gabinete, brillaba apenas el oro de los marcos de los retratos; perfumaban las violetas del bucarito y el lecho mullido y albo la esperaba deseoso de que hundiera su cabecita de rizos negros; pero surgían los recuerdos arrop.. los en la nostalgia, y veía siempre al joven blon lo, cuyas palabras eran distintas

á los de todos, que la hacían extremecer cuando su mano le oprimía el talle, y le faltaba aire cuando se deslizaban, mientras el wals suspiraba sus tiempos, convidando á amar. ¿Le amaría?

En el *buffet* tomó *champagne*. Oh *champagne!* Pícaro, enredador, que sube á la cabeza contando cuentos que la hacían ruborizar, y siempre fija la imagen del galán que le había prometido verla siempre, que le había narrado sueños y le había enseñado cómo dulcemente la languidez llega mientras el wals muere.....

Y acabó de destrenzarse la guedeja espléndida, y de un salto, friolenta y mimosa, hundió su cuerpo en el rebozo de las sábanas y cerró los ojos; pero aun en el negro de los párpados se delineaba pálida, como un triunfador exquisito, la imagen del blondo joven de la gardenia blanca y en sus oídos sonaban con las fugas de los walses amorosos, el martilleo tenaz del silencio, en tanto que los geniecillos del sueño besaban las pestañas prometiéndole sueños venideros y presentes ilusiones.....!

Francisco García Cisneros.

New York: Estío 1895.

AZUL PALIDO

¿Será, pues, verdad que ha hablado el Infinito?—En la noche, en el inmenso escudo de los Espacios, sobre la rojiza pupila de Marte se descubren signos de un saludo enviado por una nueva humanidad á través de los cielos estrellados.—Hermoso es el artículo que Rosny acaba de publicar en el *Fígaro Ilustrado!* bello es ese girón de vida arrancado al impenetrable misterio! Ya el hombre no es un pária en la vasta extensión de lo desconocido, ya no va sólo é ignorado, ya la luz, esa hechicera de las leyendas que la ciencia moderna ha escrito en sus páginas, ha descentrañado el palpitante secreto. ¿Será, pues, verdad, oh Noche?—En la terraza de la enhiesta torre la mirada humana, centuplicada, espera su curiosa movilidad por la serena llanura en la que tiemblan los astros como gotas de una lluvia divina: allí las alas de la Esperanza, herida de muerte en este triste fin de siglo, ha dejado regueros de claridad, blancos rastros impalpables, cálidos luminosos; y el hombre ha por fin dirigido sus ojos á ese eterno, insoluble problema que se extiende sobre su cabeza y hace más diáfanos sus sueños!

***

Ha llegado un libro nuevo bastante viejo. ¿Os acordais de aquel D'Artagnan del primer Dumas, cuyas aventuras fueron en otro tiempo, después de los cuentos de Sherezada, nuestras páginas amigas? Pues las *Memorias* de aquel revoltoso gascón, batallador y osado, acaban de ser nuevamente reimpresas y lanzadas á la circulación.—Estas hojas, dice Leo Claretie, son la moneda menuda de la historia. Esta orden de labor literaria, del que surgió un *Gil Blas* de la Sage, las *Memorias* de Saint Simon, y tantos otros volúmenes, en el generador de la moderna novela de observación y de análisis. Balzac, Jorge Sand, Flaubert y Daudet, han tenido por antecesores á Marivaux, Prevost y D'Artagnan. Tan cierto es que en arte como en todo, el esfuerzo del hombre es un producto de los esfuerzos del pasado. ¿Creer será acaso recordar, como ha dicho alguien?

***

Meggi en Arbeu y la Tubeu en nuestro primer coliseo, he aquí el programa que nos ofrecen las empresas teatrales. El público tiene ocasión para elegir entre una y otra *troupe*. Quédale, todavía, una tercera solución que es á la que más se siente inclinado, la de quedarse tranquilamente en casa.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO

COMPAÑÍA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑÍA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1896. NUM. 19.

MISS FLORENCE ROBERTS

A Miss Hellen Sanderson.

Una sicata enervante. En los edificios, color de ocre, de muchos pisos, pintarrajeados á trechos por anuncios colosales en inglés, y en las ventanas, sin rejas ni barandal, resaltan amarillos transparentes que parecen de encaje, rayados por las mallas de alambre de los *screams*.

La calle está sola, todo desmaya de mortal calor, hasta las bandas de pasto casi azul que orla los andenes de asfalto, resecado, toman un color cenicionto; las maderas á la intemperie se retuercen; parece descender del cielo blanquecino á fuerza de luz, un hálito de crisol; reverberan los objetos claros; las lejanías esplenden como áscuas en una atmósfera luminosísima, irradiante, donde se desenvuelven lentos los crespones sucios del humo de las chimeneas.

Entre los cimientos de una obra, junto al tonel reventado de cemento, las grandes artesas de mezcla, los bloques ciclópeos y el esqueleto oxidado de una grúa; tumbados en la arena de chispas danzantes si la hiere el sol, dormitan los albañiles de traje azul, con la pipa en los labios y el rostro congestionado, cubierto con el sombrero de charol ó de paja.

Yo, entretanto, aletargado, me sofoco en ese verano rojo, en ese verano que agota, en ese verano que derriba á los caballos en pleno día, insolados, á pesar de la esponja empapada que refresca sus cráneos; en ese verano que enciende la hidrofobia en los canes y rompe las burbujas de los pantanos para que surjan los organismos venenosos y pululen las moscas monstruosas en nube tenaz.

Fumo cigarrillos de Virginia, *Almiral cigarrettes*, y bebo una cerveza pálida, en la que se deshacen en un minuto los trozos de hielo y se torna tibia al instante, y toda la vida parecería suspensa si, á lo lejos, no lanzaran agudo grito los silbatos ó doblaran las campanas de los puentes giratorios ó repiquetearan los timbres de las bombas de incendio arrastradas por el vértigo de la carrera; pero unidos, fábrica, puente y bombas, se levanta el mismo sordo rumor que se aleja y se acerca, crece y se agranda: las moscas, las tenaces, las incansables moscas.

Y entonces, para exacerbar más el calor, la sed, la sofocación, aparece á lo lejos un tonel color de albayalde con aros azules, arrastrado sobre cerúleas ruedas por dos percherones blancos, que avanzan al paso, estremeciendo su red de cuero invadida por los insectos; humea tras ese tonel: es que de un semicírculo horadado se desparrama el riego en forma de abanico; entonces la arena se ennegrece, se barniza, chopa con avidez esa lluvia fría, los gorriones se abaten piando en los charcos, los pastos reviven con su color verde, casi azul, y en las puntas de sus filamentos tiemblan límpidas gotas de cristal de roca, rue-

dan por sus invisibles nervaduras chispeantes chaquiras y de los adoquines caldeados se levanta un amplio soplo de frescura que huele á estiércol mojado, un soplo que dura un instante, porque el astro en breve evapora la humedad consoladora. Y desemboca de una esquina un carro negro que se tambalea, un letrero enorme de carámbanos, pintado rojo en sus flancos «Ice»; es el carro del hielo, el alegre carro que chorrea al bambolearse, el carro de bloques de pedrería sostenido por ganchos, trozos de cristal que se funden en lágrimas irisadas y siguen los pilluelos de pies descalzos para pillar del polvo las aristas y mascarlas con gritos de júbilo.

Ante esas imágenes frescas, acuosas, oasis para los ojos deslumbrados, crece la sed, siéntense vivos deseos de correr, hundirse en estanques límpidos y azules, arrojarse á inmensos lagos, chapotear en ríos sonoros, bajo la sombra de los plátanos, sacudidos como amplios abanicos por por una brisa fresca; y como un colmo grita una voz desde la calle: *¡Water melons!* Sí, las sandías de laca pulida, abiertas, jugosas, rojas, dulces, salvadoras! ¡Púrpura de miel acuosa y refrigerante! ¡oh moscas! ¡oh sed! ¡oh deseos de hundirse en esa pulpa de frescor blanco y rosa!

Y bebo mi cerveza tibia, agito el abanico japonés y me tiendo casi desnudo en la estera. ¡Qué dulce es la fría caricia de esos dibujos policromos!

Y miro al *cotagge* de Miss Florence Roberts, mi vecina, al jardín inglés de pastos limitados por huevos de porcelana, y caminitos de arena amarilla, entre esa peluza recortada por hábiles rastrillos; los juegos de agua fingen luces de Bengala: ya son tallos de cristal despulido que terminan en una azucena de espumas, rodeada de un halo vaporoso, ya capelos casi á flor de tierra que cuchichean misteriosamente, rebiletes de diamantes, zafiros, rubíes y topacios, que salpican un amplio círculo de verdor vivo y alegre; haces de chisguete que en lo alto se resuelven en sutil lluvia de chispas de colores, ó el chorro intermitente, débil, torcido, que se escapa de la tripa gris, olvidada en un macizo de crisantemas amarillas.

¡Qué bien debe estarse en esa *verandah* de cortinas mojadas rayadas de azul; ahí donde eléctricos abanicos voltean colgados del techo, donde florecen plantas raras en tiboros azules, en bronces japoneses, en mayólicas enormes y tiestos de arte italiano de un rojo vivo! ¡Qué bien debe dormirse en ese canapé de mimbres con cojines de lino, suavizada la luz por cortinas finísimas y coloreada por vidrieras bizantinas que lanzan al piso siluetas trémulas de linterna mágica..... El servicio de café chispea en la mesa de malaquita, se opacan las grandes jarras de *ice tea*, de *ice beer*, de *ice Water;* en charola de plata se alinean los frágiles y largos vasos de limonada y la rubia *Miss*, envuelta en muselinas vaporosas, cansada de viajes y de fiestas, consumida por las tristezas de los ricos, se desespera de no tener un capricho, uno solo..... en que botar, no importa si centenares ó miles de *dollars*. Un negro de librea está atento al sonar del timbre eléctrico; pero Miss Florence nada desea: da tragos de limonada, desgaja con sus deditos demasiado fusela dos ó ideales para resistir el peso de sus costosos anillos, una naranja color de oro; funde con el carmín chino de su boca copos rosados de *ice cream*, perfumada con cerezas; y, cansada, por fin, de esa *verandah* aristocrática, desaparece tras los regios cortinajes de la entrada.

Sé adónde va: á un saloncito minúsculo que vale un tesoro, un saloncito de actriz, de mujer refinada, de rica que por tono ha hecho colgar sobre legítimos Gobelinos y tapices persas, acuarelas de Chaplain y Giacomelli, ganados de Rosa Bonheur, fiestas de colores de Madrazo, un orientalismo copiado de Fortuny y un asunto clásico de Alma Tadema; todo encuadrado por yataganes, por puñales florentinos, lunas romanas, máscaras japonesas, entre círculos excéntricos, lámparas de papel pintado, fantoches de Yokohama, plantas exóticas; el saloncito de Max Nordau, el decadentismo ya un poco burgués de los retretes-bazares, donde yacen allí en un rincón, como detalle americano, la máquina de escribir, y, en el muro, entre un pandero andaluz y un colgajo de sequíes, rompe el conjunto un teléfono.

Caen de los divanes de tapiz turco los enormes diarios yankees, los *Pucks*, los *Judges*, los *Magazines*, y un *banjo* elegante, olvidado en la felpa roja de una mesa, guarda serenatas de negros cantadores, como guarda gondoleras, allá arrinconada tras un bronce Barbedienne, la mandolina de clavijas de marfil é incrustaciones de nácares y maderas de colores.

Y esa niña, casi diáfana, de blancura sajona, de ojos azules adormecidos por el esplín, esa rubia millonaria que ha viajado en buques y carros propios, lo mismo en Europa que en su patria, toma de un juguete de acero repujado un cigarrillo de tabaco blondo y penetrante, y fuma murmurando:

—¡Now I am wretched!

Aduerméuse sus ojos azules de cielo británico, y piensa en el bien amado, á quien ha visto una sola vez, allá muy léjos, en Europa, una noche..... piensa en Paderewski, el pianista, el autor del Minueto que ella conserva en fonógrafos que parecen alhajeros, en cajas de música montadas en plata vieja.

Quizá sea sincera en su cariño, quizá una de tantas *poseuses* americanas que, con muchos millones, como la hija del cervecero y la del contratista en cerdos y granos y la del dueño de las primeras fábricas de jabón, busca una extravagancia para no confundirse con ellas. Cometió locura y media cuando el Maestro tocó en el Auditorium; entró al cuarto de un hotel con su *block* bajo el brazo y el lápiz listo para un supuesto reportazgo, lo siguió en tren especial hasta Nueva York, emborronando con una *Fountain pen* muchas necedades sobre el compositor, insertadas en diarios populares á precios altos por línea, firmados con el seudónimo de *Melusina*, ú *Olivia Sound* ó *Fine Blue!*

Y compadezco á esa niña etérea tan elegante, tan linda, tan blonda, cuando cansada de bailes y teatros, de paseos por el *Lincoln' Park* en blasonados trenes, porque ha comprado blasón, de codos en el ancho prelil de la *Verandah*, mira con aire distraído á los niños del barrio rodear el puesto de *pop corns* ó prender *crackers* en medio de la calle, mientras el padre, un burgués, á pesar de sus millones, se pasea en pechos de camisa por las callecitas arenosas del jardín abanicándose con un recién impreso *Daily News*.

Y ya en la noche, cuando la luna emerge entre un tubo ventilador y una chimenea sobre las guardillas de pizarra, cuando la brisa del lago calma el sofocante calor, suena el piano de Miss Roberts y un amigo, un pianista educado en París, Mr. Knobe, hace cantar en el Stenway sonoro, muy quedo, casi como una queja, lenta, resuelta, ingeniosa, hondamente cariñosa, la melodía de la *Berceuse* de Chopín, y se parece al Maestro que, de perfil en un retrato, preside arriba del piano; le da un aire con las melenas de un blondo extraño, palidez de cera, ojos casi incoloros y bigote en esbozo, á Paderewski, á Paderewski el de las manos angulosas, cuando tocaba ese mismo *lied*. El pobre muchacho se conmueve con esa música, única que ella quizá sin comprenderlo, le pide, para pensar en el otro, cuando él, Knobe, la ama tanto .....

.....

Leo en el *New York Herald* que Miss Florence Roberts y Mr. Nathaniel Knobe han contraído matrimonio.

Me lo esperaba.

Chicago, 1893.

Micrós.

La muerte de Edmundo de Goncourt

FRAGMENTOS

[TRADUCCIÓN PARA LA «REVISTA AZUL.»]

.....

.....

—Entren ustedes, nos dijo su voz, completamente cambiada, como lejana.

Lo encontramos acostado, arrojado más bien, de sesgo, en la cama, á medio vestir, como si al salir del baño se hubiese encontrado sin fuerzas para acostarse. Las cortinas de los dos balcones, levantadas, dejaban penetrar una viva claridad, la luz que él detestaba. Se quejaba de un dolor en el costado derecho, acompañado de grandes calosfríos de los pies á la cabeza. Era una crísis del hígado. ¡Oh, él la conocía muy bien!..... Y para que nadie se alarmase, se esforzaba por sou-

reir, castañeando los dientes. Ebner le ayudó á cubrirse con las colchas. Una vez acostado, debajo del abrigo, se sintió mejor; los calosfríos disminuyeron, y las manos no acusaban tanto ardor.

—¿Y el dolor de costado, Goncourt?

—Muy soportable. Si aumentase, ya les pediré una inyección.

Hace dos años, en una crísis del hígado, muy dolorosa, le calmaron mucho unas inyecciones de morfina, pero desde entonces no las había vuelto á emplear.

—¡Qué poca suerte, amigo mío, me dijo tomándome cariñosamente una mano, qué poca suerte! Darle á vd. siempre el espectáculo de una enfermedad! cómo si no tuviera vd. bastante con sus sufrimientos!..... En fin, es preciso que me acepte con todas mis molestias, puesto que no tengo sino á vd., que es mi familia, mi verdadera familia.

—¡Amigo mío!.....

Hablamos un momento, cerca de la cama; luego nos suplicó que lo dejáramos dormir. No pensaba poderse levantar á la hora del almuerzo, pero comería indudablemente con nosotros.

Como á la una ó la una y media, cuando acababa de ponerme á trabajar, Goncourt me mandó decir que lo fuera á ver, que me necesitaba. Al verme se soltó á reír.

—Como en la casa del dentista..... En el momento en que se va á sacar un diente, sucede que ya no le duele á uno..... Creía que iba á necesitar una inyección y solamente al verlo entrar á vd.....

—Esperaré, amigo mio, no tengo prisa.

Sentado en el camapé, frente á la cama, en la blonda penumbra de siesta que baña la pieza, charlamos de las fiestas de Doual, de las que Luciano le había referido todos los detalles, así como de nuestro almuerzo del próximo jueves. Aquellos jueves de Champrosay, con la mesa franca, aquellas colaciones en las que á veces se encontraban veinticinco personas en torno de un asado, los que llegaban de improviso, el azoramiento de los criados frente á la sangre fría y el ingenio de la dueña de la casa, lo divertían extraordinariamente. Su placer consistía en permanecer por la tarde en la sala, cuando todos los de París partían, saborear una copa, representándose las palabras, los gestos, los movimientos de bocas, para hacer de todo esto otras tantas notas para su *Diario*.

—¡Qué lástima que haya vd. terminado su *Diario*, Goncourt. Mañana seremos una multitud y tendría vd. material para hacer coplas.....

—En todo caso, maestro, le prometo que estaré con vdes. Me siento más fuerte, y no tengo ya necesidad de la inyección.

Fueron las últimas palabras que me dirigió.

Una hora más tarde, la Sra. Daudet llamaba á la puerta. Inquieta por su silencio, entró. Parecía amodorrado, pero sus manos se agitaban con los dedos desligados, como tenía por costumbre en las conversaciones animadas, en las discusiones de arte.

Le habló:

—¿Cómo se siente vd., Sr. Goncourt?

—Mejor, mejor.

Respondía con esfuerzo, con la mirada ausente. Mi esposa, asustada, corre á buscar á su madre y vuelve con ella á la habitación de nuestro amigo, que, ahora, tiene los ojos cerrados, la faz empurpurada, la respiración oprimida y fuerte.

Por mucho tiempo yo no quise creer en algo grave.

—Es la crísis..... El lo sabe demasiado bien, acaba de decírnoslo.

Ebner, mi secretario, á quien supliqué que se nos reuniera, me sostuvo en mi ilusión.

—Las señoras se engañan, se lo aseguro. El Sr. Goncourt se encuentra lo mismo que lo vimos hace un momento. No está peor.

Pero mi mujer insistió con energía:

—Te digo que tu amigo está muy mal. No lo has visto como yo acabo de verlo. Si no, habrías sentido tanto miedo como nosotras..... Ebner, pronto un despacho al Dr. Barlé, se lo suplico á vd.

Entre los numerosos médicos que en estos últimos años asistieron á Edmundo de Goncourt, —Millard, Rendu, Martin, Vaquez—el Dr. Barlé ha sido en quien él tuvo mayor confianza; nos lo había dicho á menudo, lo ha dejado escrito en su *Diario*. Así pues, cuando, hacia las seis, llegó el coche que nos conducía al doctor con Luciano, experimentamos un verdadero consuelo.

.....

—Y bien, Sr. Barlé?

—Congestión pulmonar. A su edad, el caso es muy grave.

Aun ante esta afirmación, ante esta certidumbre, no sentí temor. No me parecía posible. Porque, en fin, este calosfrío que él reconocía.....

—Es un calosfrío de fiebre..... Ciento veinte pulsaciones por minuto. Pero la fiebre no proviene del hígado, el pulmón está atacado.

—¿Habrá tenido un enfriamiento al salir del baño?

—Sí, tal vez el baño..... ó tal vez una enfermedad que germinaba. Usted me dice que ha estado febril, en todos estos días. El mes último tosía, y se quejaba, riendo, de que tenía unos gatos que le maullaban en los bronquios..... Debía estar enfermo desde hacía algún tiempo.

En este momento, una ráfaga del peligro pasó instantáneamente por delante de mí. ¡Y decir que hacía un momento me hablaba, se reía conmigo!.....

Ahora sus ojos miran sin ver nada, no conoce á nadie, y cuando, á fuerza de sinapismos aplicados á todo el cuerpo, de inyecciones de eter, de cafeina, de todos los reactivos más violentos, se llega á devolverle algo de vida, su voz no es más que un lejano balbuceo, muy doloroso de oir. Por un momento Barié lo ha incorporado, sentándolo en la cama.

—Vamos, Sr. Goncourt, le dijo el doctor moviéndole suavemente, hable usted algo. Sabe usted en dondo está? En Champrosay, en casa de los amigos Daudet. ¿Los reconoce usted?

Mi pobre amigo sonrió por última vez, con un movimiento de cabeza que parecía decir: «Ya lo creo que los reconozco.» Luego, se dejó caer agotado, sobre la almohada, balbuceando:

—Muy cansado, muy cansado.

¿Qué pasó después? Tengo un obscuro hueco en la memoria, un negror lúgubre, que invadió toda la casa con la desdicha y que ninguna luz bastó á disipar. En noches como éstas, las lámparas no iluminan. Se habla, se mueve uno á tientas.....—¿Llamaríamos á Pelagia, tan acostumbrada á cuidarlo? No. Él la ha prohibido que deje la casa de Anteuil, no confía sino en ella para guardar sus papeles, sus colecciones; en este momento, sobre todo, en que el techo está abierto y la vivienda está llena de obreros. ¡Qué emoción experimentaría si al volver en sí se la encontrase á su lado! Porque ninguno de nosotros, ni aun el doctor, ha pensado en una catástrofe. Barié, que ve nuestro desconsuelo, nos ha tranquilizado.

—Lo salvaremos..... sobre todo si no hay congestión cerebral.

Pero, la señora Daudet tiene razón; por prudencia es necesario avisar á la familia.

¿Pero en dónde se encuentra esta familia? No la conocemos. ¡Nos ha hablado tan poco de ella! Sus primos Ratier, en el castillo de Jeand'heurs, Lefebre de Baaine, cuñado de nuestro amigo Federico Masson, eran los únicos cuyos nombres y direcciones teníamos presentes. Se les enviaron telegramas, y un correo al doctor Fort, el médico de Draveil, excelente hombre y práctico concienzudo, que vendría á seguir las instrucciones de Barié hasta la mañana del siguiente día.

En el silencio de la noche campestre, todo eran idas y venidas, ruido de carruajes, como en los más bulliciosos juéves de Champrosay.

A las once, se retiró el médico de París, prometiendo que volvería al día siguiente, tan pronto como practique su visita al hospital. Ha instalado á su colega en la casa, cerca del enfermo, que mi mujer acaba de ver, siempre amodorrado y ardiendo en calentura, pero bastante tranquilo. Ha bebido dos veces, tratando de sonreir, para alentarnos y murmurando siempre que se encontraba mejor, mucho mejor. Nada hay que hacer por lo pronto, sino acostarnos, en tanto que el doctor vela, pronto á avisarnos á la menor alarma. Salí un momento á la terraza. El viento sopla, barre un cielo cubierto de nubes, saturado de tempestad. Los árboles del parque destacan en la sombra su masa obscura, como en las aguas fuertes de aquel Seymour Haden, que tanto me había hecho gustar Goncourt..... ¡Pobre amigo! ¿Comenzará acaso para él una larga enfermedad? Apenas hemos salido de las angustias que nos causó nuestro hijo, y sabe Dios cuantas semanas de ansiedad y disgusto vamos á vivir! ¡Qué año! ¡Cuántas pruebas!..... En fin, no nos quejemos, *que no se sepa sobre todo que existimos.* Es el mejor modo de engañar al destino.

***

Juéves 16 de Julio.

El pequeño campanario de Champrosay acaba de hacer oír las doce de la noche. En la casa todo el mundo duerme, excepto el médico de cabecera y yo. Como Macbeth he matado el sueño desde hace años y tomo todas las noches una

poción de cloral. Esta noche aguardo todavía, antes de beberla, no porque tenga tristes pensamientos, sino que los pasos de médico, sobre mi cabeza, me preocupan. Lo sigo, lo veo aproximarse al lecho, inclinarse sobre el enfermo, volver al camapé, en donde se acuesta, y levantarse bruscamente..... ¿Qué ocurre?.... No, nada.... Sí, algo es. Alguien baja la escalera. ¡Oh la angustia de estos pasos furtivos que se aproximan! Llaman y muy bajo:

—El doctor suplica á la señora que suba, pronto!

Y la voz murmura, todavía más bajo:

—Que venga también el señor..... El Sr. Goncourt..... muy grave.....

¡Qué misterio de fuerza nerviosa me ha puesto en pie, vestido en un minuto, impulsado hasta lo alto de esta escalera cuyo ascenso se me hace siempre tan difícil? La habitación está entreabierta y en el corredor, una respiración, una horrible respiración, ya escuchada ¡ay! en otras noches, llega á mis oídos. ¿Es posible? Es él el que oigo?..... Es él..... Lanzaba un extertor, con las facciones inmóviles, el rostro abultado, agrandado, sus hermosos cabellos blancos esparcidos camo seda húmeda sobre la almohada!... ¡Minutos de extravío y de terror! Pregunto el médico. ¿Qué ha ocurrido, pues?..... Nada. La noche no se presentaba mal, pero repentinamente el pulso se ha precipitado, el calor aumentó, la cara se hinchó.....

Hasta aquel momento se le había podido dar de beber, ahora es imposible: no pasa nada. Es el final..... El doctor intenta una inyección de eter para darnos gusto. No, todo es ya inútil, casi profanatorio: ha comenzado la agonía! Al rededor nuestro, en aquella pieza, en donde por costumbre todo está tranquilo y en orden, la confusión y la muerte se dejan sentir. Aquel médico que inconscientemente habla en voz alta, aquellos muebles abiertos, aquellos frascos, aquellas tasas sobre la mesa, en donde revolotean todavía algunas cuartillas de su hermosa letra regular... Y siempre la misma respiración angustiosa, interrumpida unos momentos, después resonando de nuevo, pero cada vez más rápida y más lejana, á medida que aquel hermoso espíritu, aquella alma luminosa se hundía en la noche..... Mi mujer rezaba llorando, de rodillas, al pie del lecho, no sé qué oraciones; tomé su mano entre las mías, é inclinado sobre él, mezclé mis lágrimas al sudor de la muerte, hablándole muy bajo, muy cerca:

—Goncourt, amigo mío..... Soy yo!..... Estoy aquí, á su lado.

No sé si llegó á oírme; me lo imaginé por un momento, sobre todo cuando la respiración cesó y su hermoso rostro de pesados párpados pareció escuchar lo que yo le decía de su hermano, de su Julio, á quien él había querido por encima de todo. De pronto, su mano, cuyo ardor se había calmado hacía unos instantes, se retiró de las mías apresuradamente, casi con dureza. Parece que la agonía tiene estos movimientos espasmódicos. Para mí fué como una despedida que se hubiese roto: el amigo á quien el tiempo apremia y se arranca bruscamente de vuestros brazos. ¡Ah Goncourt, compañero leal y fiel!.....

¿Cuánto tiempo velamos cerca de este lecho mortuorio? ¿Qué hora era cuando, ya encendidos los cirios y un rosario anudado por su amiga en sus hermosas manos inertes, salimos, trasportados de estupor y de pena? No podría decirlo. Sé que un rayo de luz blanqueaba las vidrieras, que yo me arrojé cobardemente sobre mi cloral y que me quedé dormido oyendo sollozar á Luciano en la pieza de abajo. Dos horas después, me despertó el pajarillo de un arbol vecino, el pajarillo de Goncourt, con la garganta humedecida de agua fresca y cuyos inocentes gorjeos subían alegremente en medio de los rayos del sol. Permanecí un minuto sin pensar en nada, sin entender nada, y el sentimiento acudió á mí con el recuerdo, con el cruel recuerdo, al oir á mi mujer llorosa dar orden al jardinero de que cortase grandes palmas verdes y rosas, montones de rosas, todas la rosas del jardín.

Alfonso Daudet.

MEDIO DIA

Deslumbra el sol en la mitad del cielo;
Mares de luz desde el zenit envía,
Y ante su rayo abrasador, el hielo
Se torna en llanto en la montaña umbría.

Es la hora del trabajo; en las ciudades
Recomienzan los hombres sus tareas;
Y el humo entre infinitas claridades
Brota de las negruzcas chimeneas.

En los lagos las náyades á solas
Flotan cual sobre piélagos de llamas,
Y los peces ostentan en las olas
El oro y el azul de sus escamas.

Oyese el rudo golpe del martillo
Sobre el escua que cruje y que se queja;
Y en los prados la voz del caramillo
Hace duo al balido de la oveja.

Arde la tierra; el ave se guarece
Bajo las verdes y tupidas frondas,
El trigal brilla y ante el sol parece
Sordo huracán de cabelleras blondas.

Hunde el gañán la deslumbrante azada
En el surco que el rojo sol caldea,
En tanto que á su frente retostada
De sus cabellos el sudor gotea.

La brisa abochornada finge amores
Y se aquieta y se esconde en los pensiles;
Se oyen besos de aromas en las flores
Y rugidos de amor en los cubiles.

Besa una flor la abeja; el delicioso
Néctar la flor le da con embeleso,
Y la abeja borracha y sin reposo
Va en busca de otra flor y de otro beso.

Es hora del calor; vagos efluvios
De injuria dan brío á las faenas;
La luz arde en los cielos en diluvios,
Y en diluvios de fuego arden las venas.

Ansias incomprensibles se desbordan
De los vírgenes senos; flotan mares
De luz en las pupilas, y se asordan
En el fondo del alma los pesares.

Bullen las savias; los retoños nuevos
Revientan en las vírgenes montañas;
Se estremecen las aves en los huevos.....
Y sacuden los fetos las entrañas.

Las fieras en sus hórridas guaridas
Los músculos se oprimen temblorosas,
Y se lamen las jetas sonreídas
Y se palpan las garras espantosas.

El turbulento y plateado río
Hierve y levanta sus convulsas olas,
Y aunque azota las márgenes, bravío,
Por besarlo se inclinan las corolas.

En el desierto, el caminante busca
El oasis que brinda sombra y calma,
Mientras que el sol canicular chamusca
Las polvorientas hojas de la palma.

Los amantes se ocultan en la sombra
De los frondosos árboles, y luego.....
Se recuestan del césped en la alfombra,
Y hacen vibrar sus ósculos de fuego.

¡Cómo brillas ¡oh sol esplendoroso!
No hay una nube que tu rayo quiebre;
Tú la vida difundes ¡oh coloso!
¡Pero avanza!..... ¡Natura tiene fiebre!

Julio Flórez.

EL VELO DE LA REINA MAB

La Reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo las hadas habían repartido sus dones á los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; á otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra, oro y piedras preciosas: á quiénes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y á quiénes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera; al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

La Reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:—¡Y bien! ¡Héme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafond color de cielo. Yo quiero dar á la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora, como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto, como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosura que á tus ojos arrojan el magnífico *chitón*, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de rosa y de nieve. Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza, siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiembio ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque, á medida que cincelo el bloque, me ataraza el desaliento.

Y decía el otro:—Lo que es hoy, romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si á la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el dorso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido á las campiñas sus colores, sus matices; he adulado á la luz como á una amada, y la he abrazado como á una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

Y yo, que podría en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro!...

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpando hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia.

Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que beía y la celda del manicomio.

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume; tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conoceis mi morada. Para los vuelos incomensurables tengo alas de águila, que parten á golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces si veis mi alma, conocereis á mi Musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heróico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas á verbena y á tomillo, y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre...

Entonces la Reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas al rededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

Rubén Darío.

Las locas por amor

—Te amaré, diosa Venus, si prefieres
que te ame mucho tiempo y con cordura.
Y respondió la diosa de Citeres:
—Prefiero, como todas la mujeres,
que me ames poco tiempo y con locura.

R. de Campoamor.

TRADICIONES ARGENTINAS

KALILA

I

AYELU, Bayelú!..... dijo la joven de la choza al viejo de tez cobriza y cabello ceniciento que estaba acurrucado á la orilla del fuego moribundo del centro del hogar. El cielo está *ara-í* y del bosque se levantan inmensas humaredas, semejantes á nieblas de invierno.

Hija mía! repuso el agorero, tendiendo lentamente hacia la entrada su brazo negro y descarnado, para retirar la puerta de cuero y poder ver el cielo. «Es que esta noche va á venir el alma de Kalila que anda penando y llora en las sombras su amor desgraciado.»

Un largo silencio se produce. La doncella no quiere interrumpir el relato que se inicia, tal vez ese amor llorado en las tinieblas, tendrá analogía con el que á ella secretamente le preocupa.

II

Después de un breve instante, el viejo continúa su relato en esta sencilla forma, única posible, tratándose de indígenas:

Los barcos de los guerreros blancos surcaron las aguas del río grande y esos hijos de *Aiñac* vinieron á nuestras tierras, formaron fuertes y murallas para no pelear á campo abierto, se apoderaron de nuestros campos, de las frutas silvestres que madura nuestro sol, de los animales de caza y de las aves que poblaban los bosques: se adueñaron cuanto estaba al alcance de sus manos y también quisieron someter á esclavitud á los vallentes *Cara-carás*.

¡Imposible!

Los hijos del aire resolvieron echar al invasor, como lo habían hecho tantas veces con los Halcones blancos, los *Guaicurues*, los *Yajaés*, y cuantos pueblos ocupaban las comarcas vecinas. Fueron pues á atacarlos por tierra y agua, favorecidos por la oscuridad de una noche de tormenta, pero los hijos del mal espíritu sabían poner en su favor los rayos, las centellas y todas las furias del cielo!

¡Murieron muchos de nuestros viejos! Otros, llevaron sus familias huyendo de todo mal, al centro de la *Iberá*.

¿Cómo librarse del furor de Aiñac?

—No de otro modo, el ave de los vientos perseguida,
y despojada del tranquilo nido
busca en los ignorados bosques su guarida!

III

Payeyú!..... dijo la joven India, cuénta cuál fué la historia de Kalila, cuya sombra se oculta en las tormentas!

Y el anciano, evocando recuerdos, que para él venían mezclados á los fríos espectros de los que sucumbieron, reanudó así su interrumpido cuento:

Kalila fué la joven más hermosa que puede imaginarse. Vivió en los viejos tiempos en que los pueblos se ponían con orgullo el nombre de las aves sagradas según su valor en la pelea.

Las tierras que pisamos y que se extienden, pobladas de bosques y de caza, á los vientos del cielo, eran entonces los vallentes *Cara-carás*, nuestros abuelos, y de esa raza fué *Amairá*, mozo que tenía el secreto de hacerse amar cantando ó tocando la flauta de caña.

Muchos dicen que Amairá no pertenecía al mundo de los vivos, sino al de los espíritus que se mezclan á nosotros en esta vida, pues siendo hombre, ¿cómo no amar á Kalila?

IV

Las muchachas de la tribu se juntaban á bailar en un campo florido, á la orilla de la Iberá. Allí se hacía coronas de flores del campo para los

jóvenes cantores, entre los que sobresalía Amairá, á quien Kalila coronaba.

La fiesta alegre duraba poco, la noche pronto escondía el bosque y el campo entre sombras. Entonces Amairá hacía sonar de un modo extraño su instrumento, imitando el canto del *Caburé* cuando reune á todas las aves. Aparecía en ese momento entre nubes de espuma un gran animal blanco semejante al tapiro, pero que tenía patas de tigre y cola de zorro, el que sumiso se hincaba á los pies de Amairá.

La fiesta había concluido; el mocetón montaba en su tapiro blanco, que respiraba llamas de fuego y se perdía ligero.

Amairá no se ocupaba más de volver la cabeza á la rueda de jóvenes que lo llamaban y le arrojaban flores.

Después que se perdía el ginete en las sombras, aún se oían las últimas palabras de su canto.

V

Kalila pensó un día que era muy triste vivir sin ser correspondida en un amor tan grande. Después de ver á Amairá, era imposible amar á otro hombre.

Se había fijado en que el tapiro seguía siempre un camino para ir á la Iberá y resolvió seguirlo y entregarse á su amante ó quitarse la vida con una flecha que envenenó á propósito y que llevaba oculta entre su manta de pieles de corzuela.

Los caminos del ciervo y de los cazadores permitían internarse, sin dificultad, hasta un sitio de espinas de *Ñapinday*, tupidas ramazones y espadañas; allí detuvo su marcha, pero á media noche, cuando cantan las gallinetas, mientras en la luna se filtraba clarísima por entre las ramas del *Urunday*, Kalila oyó una voz lejana y extraña y acompañada de trinos agrestes de muchas aves reunidas. Caminó hacia el sitio de donde la música salía; de pronto, vió en el borde del lago una pequeña glorieta cubierta por las olorosas flores del *Manduruyú*. En el centro, sobre pieles de tigre, estaba reclinada é indolente una hermosa mujer de la raza de las hijas de *Aiñac*. Sobre sus blancos senos, dando la espalda al sendero, adormecido y amante veíase al indiferente Amairá.

VI

«La *yuguaraté* embravecida al verse sin sus crías, no junta en el corazón tanta ira y deseo de vengarse como asaltó á aquella débil mujer, hija del bosque, enardecida por el desengaño.

Kalila desesperada, sacó de entre su seno la flecha envenenada y corrió sobre Amairá, dándole muerte y dándosela ella, casi al mismo tiempo.

Los dos cuerpos rodaron juntos al fondo del lago, mientras que una tormenta se desató de pronto entre centellas, oscuridad y rayos.

Kalila no había sido amada en la tierra, pero su rival desconocida, no gozaría en adelante, de un amor que era suyo.

Desde entonces las tormentas en noches de luna, vienen acompañadas de truenos y ruidos extraños; también sucede que las aguas del fondo de la *Iberá* suben y se atropellan bramando como fieras.

Es que lo ocurrido en la glorieta se repite; con la diferencia de que ahora la mujer blanca tiene los cabellos canos, muy canos, y se convierte en lobo dañino, mientras que el alma de Kalila, siempre hermosa y acariciada por los cantos de Amairá, recorre la tierra en las primeras nubes de la tormenta repartiendo las gotas de su llanto á las flores que abren á su llegada.

VIII

Kalila es, para los pueblos guaranies, la sublime encarnación del amor puro, que no correspondido en la tierra, desaparece con la vida, pero no se extingue para las inmortales vibraciones del espíritu.

A media noche, la llama del hogar se había apagado, como la voz del viejo que dormía, y todo estaba quieto en torno de la pajiza vivienda del indio.

Pudo verse entonces, á favor de la luz de los relámpagos, á la doncella enamorada que de pie, arrimada al muro de maderas rústicas, miraba atenta al cielo, buscando tal vez en las profundidades de la tormenta con aquellos dos grandes ojos negros, la imagen de Kalila; mientras que las gotas de la lluvia mojaban y esmaltaban su rostro juvenil y sus mal cubiertos senos.

Filiberto de Oliveira.
(Buenos Aires.)

MIOSOTIS

Flores de Juventud

BORGOÑA Y AJENJO

Para José Flores.

En sus ojos de un verde diluido,
cual onda de ajenjo,
donde brillan cambiantes de iris
y el sol canta su rima de fuego,
sorprendí languideces excelsas,
desmayos inmensos,
el fastidio crüel de la vida
que no ofrece un placer ni un ensueño.
Y á través de sus ojos profundos
miré cual espectros,
glorias idas y sueños ausentes
y el cariño, cual Lázaro muerto,
esperando al Jesús amoroso
tan dulce y tan bueno,
que con voz de pasión le dijera:
Resucita y adora: ya es tiempo!
Y mis penas, las vírgenes mustias,
las enfermas del mal sin remedio
de fastidio, la ausencia del alma,
con presteza las alas abrieron,
y al brillar nueva aurora en mi vida,
los ausentes tornaron: los versos!

***

En sus labios de un rojo diluido,
cual mirto ya seco,
de color de borgoña con agua,
cual lujoso crepúsculo anémico,
sorprendí la promesa adormida,
murientes los sueños
y la frase empapada de amores
dibujada, suspensa, en comienzo.....
cual suspiro que anhela fugarse
del claustro del pecho,
y lo ahoga en su cuna la asfixia,
y ensayar no consigue su vuelo!
Y en aquellos capullos tan pálidos,
apenas abiertos,
do triunfante su amarga salmodia
parecía entonar el despecho,
ví también tiritando de frío
en espera del fiel caballero,
la canción inmortal de los labios,
la romanza sin notas del beso!
Y el recuerdo tenaz que habitaba
en mi pecho cual buho siniestro,
y guardaba avariento el despojo
del amor extinguido, huyó lejos,
y al brillar otra aurora en mi vida,
los ausentes tornaron: los versos!

***

Mi recuerdo y mi amor malogrado
la embriaguez del olvido bebieron
en sus labios color de borgoña
y en sus verdes pupilas de ajenjo.

***

Oh mi musa de ajenjo y borgoña,
inspirad amorosa mis versos
y cantad al bohemio que os ama,
la romanza sin notas del beso!

UMBRA

En retirada cual titán cobarde
huye el sol al Poniente ensangrentado,
y el bronce canta con su són pausado
la mística plegaria de la tarde.
Las aves vuelven á las tibias frondas,
huye la luz tras el vecino monte
y Vésper en el pálido horizonte
surge cual Afrodita de las ondas.
Lánguidamente la penumbra avanza
colgando sombras en la vasta esfera,
y en la floresta hermosa, Primavera
solloza más que canta una romanza.
Un desleído toque de alabastro

en Ocaso la luz de un cirio iguala,
en tanto en el azul—luz de bengala—
estalla y prende su fulgor otro astro!
Canta Almaviva, seductor y artero,
su serenata al pie de la ventana,
y la doncella núbil, la persiana
descorre por mirar al caballero.
Medrosa el aura en el rosal se queja;
repite con temor, llena de miedo,
los versos de Musset, dichos muy quedo,
que escuchó en el idilio de la reja.
Mefisto asecha. Amante Margarita
del alféizar recoge ya las flores,
palidecen de pronto sus rubores.....
y el verso vuela á la nocturna cita!
Traen rumores la voluble brisa
de mimos que estallaron con demencia,
engaña Puck á la gentil hortensia
y la fuente desmáyase de risa.
Abren las lilas su virgíneo broche
y como Ofelia, derramando rosas,
en los pechos neurosis misteriosas
dejando va en su soledad la noche.
Florón de deshojados azahares,
sus tibias rayos débiles la luna
arroja en el cristal de la laguna,
donde ensaya el nenúfar sus cantares.
En el silencio de la estancia quieta
suelta sus blancos pétalos lozana
la margarita que hablará mañana
á la reina gentil, de su poeta.
Oh Mefisto gentil! Mi pecho exhausto
de fe, tener ensueños necesita!
Mi juventud sin flores, es un Fausto
que anhela esa esperanza: Margarita!

NEGRO.

Rayó la lluvia con delgadas líneas
el opaco cristal del horizonte,
y en el suave plumón se acurrucaron
trémulos los aviones.
Arrebujóse en su capota obscura
cual viuda melancólica la noche,
sin prenderse la blonda de una estrella,
ni sacar una joya de su cofre.
Desfallecida la ciudad, enferma,
muy temprano en su lecho recostóse,
mientras el aya buena, la llovizna
la arrullaba con fúnebres canciones.
Un cierzo crudo sacudió la felpa
lujosa de las ramas, y las flores
marchitas, polvo de oro en la esmeralda,
prendieron en los surcos los festones.
En el pantano pestilente alzaron
las ranas sus estrofas inacordes,
y los grillos cantaron una aria
con trémolos eternos á la noche.
Fué una orgía de sombras. Brujas, trasgos,
dejaron las cavernas y los bosques,
y bailaron con sucios esqueletos
y en los cráneos bebieron los licores...
Así en el cementerio de mi alma,
cuando es muy densa la maldita noche,
celebran sus festines crapulosos
todas mis decepciones.

Eduardo J. Correa.

HIMNO DE VIDA

En el misterio de la selva hojosa
extiende Amor su imperio dominante,
allí al posarse en el clavel fragante
se enciende de placer la mariposa.

Allí la abeja ardiente y afanosa
liba la miel del lirio palpitante,
y el aura lleva el pólen fecundante
al cáliz virgen de la fresca rosa.

¿Ois ese rumor que de la umbría,
como vago concierto, se levanta
cuando aparece el luminar el día?

Es que á su luz enciéndese Natura
y en dulce voz su desposorio canta
con el astro que vívido fulgura!

Juana Borrero.

IMPRESIONES MEXICANAS

El mercado de las flores

(PARA «EL FIGARO» DE LA HABANA.)

Dedicado á la Srita. Renée Grossetalte.

OMA, han dicho los Goncourt, es la ciudad de los ramos de flores; de México, igual frase repetirse puede.

En las esquinas de las calles, por plazas y paseos públicos, á la entrada de las Iglesias ó en el pórtico de los teatros, ofrecen al transeunte numerosos floristas, los coloreados ramos, donde, perfumándolos y embelleciéndolos con sus alegres tonos, sus aromosas fragancias y sus divinos matices, surgen y se entrelazan, como exquisita ofrenda de una naturaleza esplendorosa, exuberante y pródiga, blancas gardenias y rojos claveles, morados pensamientos y albas camelias, níveos jazmines y purpúreas rosas.

La diversidad de climas del país, otorga á su brillante flora una eterna primavera y una variedad inacabable de los productos típicos, exclusivos de las temperaturas frías, á los genuinos, característicos de los climas cálidos, brotan del privilegiado suelo, y, unidos, cobran en opulentos ramilletes, *que son ya cestos floridos*, risueño y poético aspecto.

Inútil es, pues, decir que el «Mercado de las flores», en la capital de la República, es de sus lugares más bellos, acaso el más delicioso.

En una amplia rotonda, que corona blanco techo de cristales, reúnese en confusión brillante, la espléndida producción de los jardines infinitos que, por doquiera, engalanan y alegran los barrios todos de la ciudad.

Las margaritas, de corazón de oro sobre albo fondo; las multicolores dalias, de bordes barnizados; los azulados *miossothis* y las amapolas rojas que en cada uno de sus pétalos parece haber contenido una gota de sangre estravasada, confúndense, dispersas entre veladorcillos de flexible mimbre, sobre un fondo de helechos, con los rosados jacintos, con las menudas violetas, los geranios y los nardos, las lindas y embelesos....

En los cestillos de puras camelias forma una línea suave, ténue, como una gasa de flor, esa *flor de gasa* llamada la azalea, y en los *bouquets* primorosos, de confección gallarda, harmonízanse todas las curvidades y ternuras de los tonos con lo multicolor y brillante de los matices todos.

Ah! si es la flor la emanación del alma de la mujer.... . qué hermosa ha de ser el alma de la mujer mexicana!..... Seres que nacen entre aromas, que crecen entre perfumes y aman entre fragancias, han de ser la expresión de todas las delicadezas, la síntesis de todos sus encantos.

Como la ideal Margarita de Fausto recogía en su ventana las flores que el apasionado Siebel la dejaba, así las bellas hijas de este suelo, recojen en las cuyas las que el clima, no menos fiel amante que el desdichado paje, las ofrenda eternamente.....

El mercado es sólo un pretexto; es la antesala donde las dan cita, para de allí, adquiridas por numeroso público, pasar á cumplir, en la jornada de su fugaz vida, sus diversos destinos; emblemas de pesar ó símbolos de dichas, respectivamente, que dedican el dolor á los sepulcros queridos, la amistad á los seres preciados, el amor á los hogares felices, la religión á sus santos, la opulencia á sus delicias, á sus fiestas la alegría y á sus memorias la patria.

Y en unos y otros, cuando son sus aromas ex-

pirantes y sus colores languidecientes, comienzan á marchitarse y á morir, tornan á renovarse en sustitución incesante, permanente, constante, como si los adioses olorosos de las que el tiempo agosta y hostiliza, fueran ya los albores de las que las reemplazan, el saludo de las que las suceden.

¡Tierra feliz que, feraz siempre, con sus flores adorna las tumbas de sus poetas desaparecidos, ciñe las sienes de sus artistas aclamados, rinde tributos á sus preclaras glorias, teje coronas á sus heroicos mártires y perfuma los bustos de sus mujeres hermosas!.....

.....Aunque, en este último caso, inútil sea su misión ó ineficaz su destino..... que al contemplarlas destacarse entre el oro ó ébano de una adorable cabellera, ó esplender sobre un *corsage* exquisito, flagela la imaginación y asoma á los labios—como nunca oportuna y apropiada—la deliciosa frase del inmortal bardo:

«¡flores á una flor!».....

Mario García Kohly.

AZUL PALIDO

Maggi vencerá en Arbeu?—Las representaciones que hasta ahora nos ha ofrecido la simpática *troupe* italiana se han visto más favorecidas que antaño, cuando el discreto artista funcionaba en nuestro enorme y silencioso primer coliseo. El público tiene sus corrientes preferidas, sus sendas favoritas; no sabe torcer su curso. Ese *Gulf Stream* que afluye al Principal no se desviará fácilmente de su camino. Nace en el *boulevard*, se desparrama por las aceras, corre bullicioso por la primera arteria de la ciudad, inunda el *bar-room* y va á morir alegremente en la sala de D. Pedro Arcaráz, salpicada de la espuma de champagne de la opereta francesa ó de las locas burbujas de manzanilla de la zarzuela española.—Y esta corriente no es susceptible de dirigirse por otros cauces; es inconsciente, es irresponsable; no va, la llevan.—La otra ráfega, la que cuaja, en este mes de Septiembre, las calles de la capital, la que hace oir el *fru-fru* de las sedas y prende en la noche el reflejo de los coches, la que todos los años acude á la casa habitada del desertor Sieul, tiene no sé que estrañas perezas, dormita lánguidamente *at home*. Y éste es—debiera serlo cuando menos—el grupo fiel á la compañía italiana.—El indomado artista posee, empero fibras aceradas que le comunican energías. ¿El arte ha sido derrotado en el Nacional? ¿Resultará, como antes dije, vencedor en Arbeu?—Recuerdo una temporada que Burón, de infausta memoria, llevó adelante en el coliseo de San Felipe. Fué aquella una espléndida *season* desde el punto de vista financiero. Y éste es un punto de vista que no deben olvidar las empresas. Sólo Maggi parece olvidarlo.—La batalla, sin embargo, comienza esta vez en mejores condiciones para los combatientes: la noche de la *reprise* del *Casamiento de Figaro*, una parvada de espectadores aplaudió con entusiasmo la gentileza de la Sra. Della Guardia y la maestría del actor italiano.—La obra de Baumarchais puede escucharse como una curiosidad histórica; se va á verla como van á verse las armaduras de nuestros antepasados en los museos de curiosidades. Se revive una época, se traza un cuadro de género. Marquesas de empolvadas pelucas y lunares diminutos en el extremo de los labios; caballeros de casacas bordadas, y zapatos bajos, toda aquella corte amada de los Goncourt, de colores chillones y refinadas minucias, escuchando asombrada el monólogo de *Figaro*, el primer grito del pueblo, la naciente lamentación de cientos de miles de conciencias, que surge en medio de la bulliciosa carcajada de aquella aventura galante y de buen tono.—Detrás del epigrama de aquel rasgador de guitarra se escucha la oleada de aquella multitud que pide pan con gran asombro de la Princesa de Lamballe.—*El Casimiento de Figaro* es la primera página del teatro libre, no de ese teatro libre que reclaman Clarín y Blasco en España, sino de ese otro teatro que rompiendo las cadenas

del viejo régimen, proclamó la libertad para la escena, al propio tiempo que la proclamaba para las conciencias.

***

Y de ese movimiento de independencia surgió *la Calumnia* de Scribe, que nos sirvió la empresa la noche del jueves último. Tiene la obra del maestro francés rasgos de bien caracterizada burguesía, de esa burguesía que aun conserva en el fondo restos de su admiración hacia el viejo pasado, impresión que se sorprende en las páginas de *Lamartine* y aun en las del mismo Chateaubriand.—Es posible que *La calumnia* resulte de corte pasado de moda, lánguida en su desarrollo, infantil en su juego escénico, pero siempre será una obra hermosamente escrita.—Por seguir aquella prosa solemne y grave, al par que sencilla y facil, os olvidareis de su acción perezosa y lenta. Y así, el público, que siempre es una voluntad que procede por emoción, aplaude á Scribe, que si se halla lejos de Augier y de Pailleron, ha podido servirles de modelo.—Y si se añade á esto una ejecución irreprochable —casi ática—ya tendreis explicado porque aquella noche los artistas de Arbeu fueron singularmente agasajados.—La empresa anuncia «Pour la couronne.» No dejes, mi buena amiga, de ir á escuchar la bella poesía del delicioso cuentista. Es de tus preferidos.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico.
Eduardo Liceaga

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50 Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1896. NUM. 20.

RETAZOS

HIDALGO

¿No se os representa este anciano de Dolores, este buen padre de almas, como el «misterioso resplandor del alba,» extendiéndose, diseminándose en un cielo que la noche no se resuelve á abandonar todavía?—¿No os parece, según la frase de un poeta, «oír como un rumor de confesión llegando á los oídos del Cura Hidalgo?»

La blanca cabeza serena ha absorbido toda la la claridad de lo alto: como los volcanes, tiene nieve en la cima, pero conserva en el interior oleadas de fuego.

Como gasa tenue, como sutil encaje flota la cabellera plateada, formando aureola luminosa en torno de la pálida faz de asceta. Todos los dolores de una raza doliente, de un pueblo abatido, pasan por aquella mirada humedecida por las lágrimas. El ha ido al jacal del indio á llevar la hostia santa, á elevar la plegaria,—ave divina del espíritu;—hase perdido en esta selva de almas, y en la alta noche, en el silencio augusto del reposo ha cruzado, peregrino errante de los azules espacios, regiones excelsas donde los humildes han sido alzados y el buen Dios ha redimido á los que sufren, á los tristes, á los desamparados de la vida.

La nieve es más pálida y el mármol es menos blanco que un niño que duerme, ha dicho Alfredo de Musset; pero este anciano que sueña, este niño de cabellos canos, es también nítido y diáfano: tiene la blancura intacta, inmaculada, de un gran dolor purificado por una gran esperanza. Hay que acercarse á este altar de rodillas; precisa alzar el corazón hacia ésta sombra plácida. Por Hidalgo quisiéramos tener todos muchas almas para amarlo más con todas ellas.

El pobre indio ha concentrado en dos amores su gratitud á los que lo han consolado, á los que para él han sido buenos: ama á la Virgen de Guadalupe, porque huérfano y triste, la sagrada imagen es su compañera de cautiverio, circula en sus venas sangre que es suya; y por eso, en su desamparo de cariños, en su soledad de afectos, el indio parece decir á la sagrada imagen: «Tú me quedas.»—Ama á Hidalgo, porque el padre es para él una prolongación en la tierra de lo que la Madre de Dios le ofrece en el cielo, la igualdad allá arriba va á realizarse en vida. Ya no será el abatido, el desamparado, el solo, ya tiene patria y tiene Dios. Y por Ella y por Él, el pobre indio, que razona penosamente, buscando algo que se le escapa cual «si tuviese agujeros en su memoria,» ora y confía; por ellos ha encontrado tenaces resistencias á su melancolía nostálgica de trágico vencido. Por eso esta noche. ¿Esta noche? ¿No cabe aquí repetir las palabras del Evangelio?... Aquella noche fué todo día...

CLARA DELLA GUARDIA

No es rubia la Sra. Della Guardia, como recuerdo yo haber dicho en alguna crónica. No es

rubia la Sra. Della Guardia.—¿En dónde tenía yo la cabeza?—No es rubia: ondas oscuras se desparraman en torno de su busto pálido, de una palidez suave y atenuada, que hace pensar en esas tardes opacas á las que, según la frase de un poeta, «les pedimos que nos den un poco de bruma para acurrucar en ella nuestros sueños.» El sol del mediódia no ha disipado con sus flechazos de oro la estatua de niebla: es el combate del día y de la noche. Llama el alba impaciente á la vasta extensión de los cielos y en la ojival ventana culebrea la escala de seda retorcida: «No fué la alondra; fué el ruiseñor que canta en el granado. No te vayas. ¡No es tiempo todavía!»

No, la Sra. Della Guardia no es rubia, no debía ser rubia; se parece á Ofelia como la dulce enamorada del príncipe dinamarqués se parece á Julieta, y como la primera novia que tuvimos se parecía á Margarita. La eterna loca de la casa dice á la imagen que amamos: tú eres Beatriz, eres Laura, eres Mignon, eres Elsa... eres todas las mujeres que hemos amado en sueños. Morena ó rubia...¿qué importa? Siempre es la misma.

En lo que sí no me había engañado fué en saludarla como una actriz estudiosa y de talento, como una de esas aves viajeras que van á colgar sus nidos á altos espacios, á regiones elevadas, en donde el arte estalla en impresiones y se disuelve en átomos luminosos. Baja de estas albas cúspides con castas diafanidades serenas y locas rebeldías de pasión: ora *Dèsdèmona*, ya *Magda*, flor que perfuma ó puñal que rasga.

¿Sabeis lo que es la tierra? ha dicho el poeta de las *Orientalès:* una tempestad de almas. Rozar con vuelo de pájaro este inmenso mar y traer bajo las alas salpicaduras de esta profunda corriente, es ser artista. Y la Della Guardia tiene las alas leves: tiéndelas como un abanico policromo y cruza en giros de mariposa por el profundo azul del arte. Porque el arte es azul, según la frase del Maestro.

En *Otelo* la he visto tímida y vacilante: la hosca figura del viejo león, apenas deja lugar en el cuadro para la paloma. Todo el fulgor de los cielos lo absorbe este sol negro: no hay allí espacio para que un rayo de luna se deslice á platear la noche profunda; en la isla de Chipre se escancia un breve instante el vino y se vislumbra un claro de cielo: el amor hace su ronda caballeresca y el madrigal palpita en las cuerdas del guitarrillo cuyas notas punzan como gotas de agua cayendo sobre una bandeja de plata. Pero el Moro aparece y las rosadas visiones huyen y sólo queda enfrente el coloso rugiente y «todos los astros caen al abismo.»

Aquella noche la Sra. Della Guardia fué sacrificada al monstruo; apenas se la vió pasar por la escena, hermosa y palpitante como una cierva herida á la que persigue infernal jauría. Tuvo al lado de alguna frase de verdadera inspiración, graciosos convencionalismos y flexibilidades rebuscadas de mujer bonita.

En *Magda*, se nos ha revelado la artista, una artista fina é incisiva, de gran *información* escénica, vehemente y nerviosa. No es ya la estatueta de *boudoir* fría y retocada, sino la escultura de carne sufriente y estremecida: circula sangre auténtica bajo aquella piel de raso y la voz, musical y rítmica de ordinario, toca la gama de las grandes pasiones. Bellos, lucientes ojos, de suavidad aterciopelada, ya relucís como un acero en el que un relámpago culebrea; ya sois incendio si antes fuisteis lago; ya abismo si antes rayo de luna; ya lágrima, si antes gota de rocío.

Un soplo de vida ha pasado por aquella alma y la diosa desciende del pedestal de su belleza para convertirse en mujer... no, para convertirse en madre. Una madre es más que una mujer. —¡Oh prodigio! La serena belleza, la que canta la «eterna armonía del movimiento en el espacio,» la que «Platón adoraba y á la que César llamaba *Venus victrix*, cuyo nombre daba por consigna á su ejército la víspera de la batalla de Farsalia,» se hermosea por la pasión, vibra por el amor, se engrandece por el sacrificio. El dolor es condición de todo elemento de arte.

"LA PETITE PAROISSE."

Se sale de esta lectura con una profunda sensación de consuelo, como si un soplo de bondad hubiera bañado el espíritu: es ésta una obra de misericordia y perdón, un poema dolorosamente tierno en el que flota una piedad suprema. ¡Ah! ¡Todavía hay quien tiene el raro valor de hablarnos de piedad y de perdón! ¡Todavía hay quien no se avergüenza de repetir en alta voz

las palabras del Crucificado: ¡¡Bienaventurados los misericordiosos!

Son extraños católicos esos que dejan caer la mano armada sobre la mujer culpable, los que cierran sus ojos al arrepentimiento que se arrodilla. Contra ellos van dirigidas aquellas candentes frases que Ricardo Feniguan arroja, desesperado, ebrio de desesperación y de dolor, sobre la cabeza de su madre: ¡Ah! es hermosa tu religión, hermoso el fariseo que conduce tu conciencia!..... Pero yo amo á mi mujer ¿lo oyes? *la amo y la perdono.* Toda la novela está ahí: en estas cinco palabras: el amor y el perdón, hasta el sacrificio, hasta el olvido—que es también el sacrificio.

Nosotros no entendemos esto, nosotros que llevamos partículas de sangre árabe por nuestras venas, que hemos ideado para la mujer una existencia semi-oriental de rejas y candados, nosotros los D. Bartolos con inyecciones de Otello que encontramos cómodo el *tue-la* de Alejandro Dumas, ó el sueño de bestia ahita de sangre de Podsnicheff en la *Sonata de Kreutzer.* Pero es preciso escoger: Shakespeare ó Jesús, como dice un personaje de la *Petite Paroisse.*

¿Por qué el hombre engañado se esfuerza en no perdonar nunca? Porque, dice Alfonso Daudet, por boca de Merivet; un curioso tipo de este libro, en estas tragedias intervienen más los celos que el amor. «Los celos no son el amor, continúa el maestro desarrollando su tesis; arrancan de él, ciertamente. Se siente esto en la voluptuosidad que se mezcla en sus más abominables sufrimientos. La prueba de que los celos son una sensación al lado del amor, independiente de él, es que en todas partes del mundo el amor se muestra de idéntico modo, en Oriente como en Occidente, mientras que los celos orientales no se parecen á los nuestros.»

La solución del divorcio parece á Daudet inmortal y anti-cristiana; él que ha impregnado su obra de una gasa de misticismo, no desdeña discutir en terreno menos alto. Es siempre á Merivet á quien precisa escuchar: «En otros tiempos cuando sabía uno que quedaba ligado por toda la vida; se buscaba el mejor arreglo posible como en un largo viaje: se hacían concesiones, pequeños sacrificios á las manías del compañero de camino. Uno se callaba, la otra se violentaba un poco. En la actualidad, desde que aparece el primer mal humor, el matrimonio se declara incompatible. Todo se desbarata á la menor ruptura. Ya no indulgencia, ya no calma! Y aun cuando se casen llenos de amor, nuestros jóvenes conservan esta idea culta: si esto no camina bien, la puerta está abierta.»

Pero en realidad ¿ha querido Daudet en esta novela formular toda una teoría ó se limita únicamente á estudiar un caso? La precisión, la rotundez de ciertas afirmaciones parecen indicar que el autor trata de aparecer tendencioso, y aquí es precisamente en donde yo veo el escollo de la *Petite Paroisse.* Sin duda que el novelador contemporáneo, libre ya de la vieja fórmula metafísica, se preocupa más de los hechos que de las abstracciones.

Alfonso Daudet ha podido decir: ahí teneis una solución á uno de los problemas más hondos del mundo psicológico. Pero jamás pretendería demostrarnos que esa solución es la única y que encaja á todos los casos en que el terrible drama haga su aparición sombría.

La medicina moderna estudia el enfermo y no la enfermedad; la criminalogía fija su atención en el delincuente y no en el delito: así en la novela, así en el análisis del psicólogo. Lo que en Ricardo Feniguan es grande y es hermoso, dentro de otro *documento humano* resultaría ridículo y anti-artístico.

Y Daudet ante todo es un artista. ¡Qué hermosa factura la de este libro! ¡Cómo corre y se desliza la alada prosa, flexible y tierna! ¡Qué admirables cuadros con cuatro rasgos de pluma! Maravillosa pintura hecha con matices suaves y frescos á través de los cuales se ven redondeles de cielo claro y transparente, y el parpadeo blanco de las estrellas!..... Y después, cerrado el libro, queda, como dije antes, la impresión de un rayo de bondad infinita que hubiera penetrado en vuestro corazón.

¡Oh, gracias maestro, por esta bocanada de aire sano y vivificante que habeis hecho penetrar en nuestros pulmones!

Monaguillo.

Un drama en un sotano

La casa del barrio de Monffetard, inmediata al mercado de volatería, estaba llena de animales inmundos, que acudían todas las noches á hacer horribles estragos en el sótano.

No se podía dejar allí un trozo de carne, ni unas verduras, ni un pedazo de queso.

Por fin, apelaron los dueños al perro Píramo, el cual dió muerte á varias enormes ratas.

La tribu, aterrada por la matanza, se batía en retirada y no salía de sus escondrijos sino después de haber practicado las convenientes exploraciones. Varios centinelas avanzados anunciaban la llegada del terrible perro, y las ratas emprendían la fuga por los muchos agujeros de ellas conocidos.

Infinidad de veces, la gata Minon, al ver á su amigo Píramo engolfarse en las negras profundidades del sótano, había querido por mera curiosidad femenina, acompañarle y bajar con él. Mas el perro se había opuesto siempre á ello, conociendo el peligro y temiendo una desgracia.

Sin embargo, llegó un día en que Píramo había salido con su amo y en que Minon observó que la puerta del sótano estaba entornada. Miró la gata en torno suyo para ver si alguien la espiaba, y con paso lento llegó á la escalera que conducía á la cueva.

Bajó cautelosamente algunos escalones; pero arrepentida al fin trató de retroceder. Mas.... ¡oh, desdicha! Alguien había cerrado la puerta y ya no era posible el regreso á la portería.

El pobre animalito hizo de las tripas corazón y siguió bajando hasta llegar al sótano.

Es de advertir que la gata veía claro en aquellas tinieblas, y que nada hacía sospechar su presencia en aquellos vastos y sombríos espacios, por donde vagaba por primera vez en libertad.

La alegría de haber desobedecido y el sentimiento de su audacia, la reanimaron á pocos instantes.

De pronto vió pasar algo así como una sombra gris, que desaparecía rápidamente por un agujero.

Era una rata, una rata colosal, que á los pocos momentos se presentó nuevamente en unión de tres compañeras más.

Minon sintió el escalofrío de la muerte, é involuntariamente, sin saber lo que se hacía, retrocedió dos pasos.

Aquello era indicio de su próxima derrota. Las cuatro ratas cayeron con increíble agilidad en el sitio que la gata ocupaba; pero la infeliz no las esperó, y de un salto prodigioso puso seis metros de distancia entre ella y sus enemigos.

—No son más que cuatro—pensaba Minon—y tengo esperanzas de salvarme.

Pero atraídas por el ruido surgen de repente de todos los puntos del sótano legiones de ratas que corren á unirse á sus jefes. ¿Eran veinte, ciento, mil? En honor de la verdad, la pobre Minon no hubiera podido calcularlo.

Todo eran saltos desesperados, ojillos de acero, dientes blancos y puntiagudos y feroces gritos de desesperación.

De pronto brincó la gata y logró agarrarse á una ventana, á través de cuya reja trató de pasar; pero los lingotes estaban demasiado cercanos unos de otros y Minon había perdido dos ó tres segundos en practicar inútiles esfuerzos.

Al notar que se acercaban los enemigos dió un salto maravilloso y fué á parar al otro lado del sótano, sobre uno de los escalones de la escalera, por la cual subió hasta la puerta.

Las ratas se habían precipitado tras de ella; pero el jefe procuró moderar el entusiasmo de sus huestes, organizando las fuerzas por destacamentos á diez pasos de distancia unos de otros, á fin de que la gata perseguida, cayese donde cayese, fuera devorada viva.

Una vez adoptadas estas disposiciones, comenzaron á avanzar las ratas que figuraban á la vanguardia del movimiento.

Minon estaba aterrada ante aquel plan estratégico, cuya habilidad reconocía; pero no acabó de darse por definitivamente vencida.

A cierta altura de las paredes había un reborde, al cual era preciso llegar de un asalto.

Si la gata fracasaba en su empresa, todo habría terminado para ella.

Hizo acopio de todas sus fuerzas, se lanzó al espacio y cayó en la corniza donde se mantuvo inmóvil.

La rata no contaba con semejante ardid, y se sorprendieron del buen éxito de Minon. Pero á los pocos instantes corrieron hacia los ángulos del sótano, donde hallaron medios fáciles de trepar, para perseguir su encarnizada persecución.

La gata estaba medio muerta, comprendiendo que no le quedaba más remedio que abandonar nuevamente el campo.

Volvió á saltar cayendo otra vez en la escalera, postrada y casi sin fuerzas para continuar la tremenda lucha en que se hallaba empeñada.

Cerró los ojos con resignación, y cuando la negruzca maza empezaba á subir los escalones, se oyó ladrar de pronto detrás de la puerta del sótano.

Produjose en el acto un movimiento de terror en el ejército de ratas, las cuales suspendieron inmediatamente su acometida.

Aquellos ladridos bastaron para salvar á la pobre Minon.

Abrióse la puerta y un rayo de luz penetró en el sótano.

Píramo se precipitó contra los invasores, hizo entre ellos una espantosa carnicería, y con su heróico valor impuso la fuga á las tropas enemigas.

Dueño Píramo del campo de batalla, buscó con la mirada á la gata, á quien acababa de salvar la vida.

Minon se había tranquilizado por completo y descansaba en la portería, como si nada de particular hubiese ocurrido.

Píramo subió triunfante la escalera y corrió en busca de su amiga, á la que hizo una caricia con una de sus patas delanteras.

Pero la princesa se levantó con aire desdeñoso, dió algunos pasos y se echó al suelo en una postura que significaba indudablemente: «Tengo sueño, voy á dormir y deseo que me dejes en paz.»

¡Póbre Píramo! ¡Así le pagaba Minon las bondades que para con ella había tenido y el acto heróico que por salvarla acababa de realizar!

Francisco Sarcey.

EL FIN DE DON JUAN

POEMA

I want a hero.....
LORD BYRON.

I

Sobre el altar mayor disuelto un lampo
esparce ondas de luz: por las ventanas
entre las brisas del vecino campo;

y después de agitar las blancas canas
del adusto prior, se goza impía
en flagelar y en sacudir sotanas.....

Fuera del templo, la explosión del día:
el pletórico sol su primer beso
ha estampado en la cúspide bravía.
Dentro, la austera frialdad del yeso:

una virtud impávida, serena:
pero no una virtud de carne y huesos!

La virtud tiene un fin y ese fin llena,
lo que no llena un fin no es bien preciado:
si no enfrenara el mar ¿á qué la arena?

La virtud da consuelo al desgraciado,
agua á la sed y luz al precipicio:
surcos abre también como el arado.

La virtud aprovecha el desperdicio;
y amasa el nuevo pan con la migaja
abandonada en el festín del vicio.....

Muerta no está, para vestir mortaja
y sepultarse en lóbrego convento
de paz eterna. La virtud trabaja!

Mientras allá..... la vida en movimiento
canta de Dios la soberana gloria
con un salmo inmortal de enorme aliento.

aquí, apartados de la humana escoria
y de la humana luz los frailes cantan
maquinalmente un salmo de memoria.....

Truena el coro. Las notas que se espantan,
de la gangosa voz al golpe rude,
cien castillos fantásticos levantan.....

Y como un gladiador sobre su escudo,
allá Cristo en el fondo, sobre el leño
abre sus brazos lívido y desnudo;

y escuchando quizás entre su sueño
el salmo de los frailes en el coro,
arquea el labio, con desdén, risueño.....

Ah! Si pudiera de la peana de oro
bajarse Cristo y escapar al campo,
donde el salmo de amor fluye sonoro,

clavando sus miradas en el ampo
de la radiosa cumbre, sentiría
de la primera aurora el primer lampo;

y al soplo de su sacra fantasía,
volando, perderíase en la bruma
que rasga el sol del Suspirado Día.....

Estallaba la música; y con suma
presteza, resbalaba, hecha una ola
que en las playas después se hacía espuma.

A veces una voz quedaba sola,
vibrando, como queda el punto medio
siempre más luminoso en una aureola.

¿De quién era la voz? Del que un remedio
busca tal vez para su mal; que acaso
con esa voz debe cantar el tedio.

Había un brillo trémulo y escaso
en esa voz extraña, algo de hastío
y algo de sol que se hunde en el ocaso..... !

II

¿Quién eres, dime tú, fraile sombrío?
revélame tu voz el mismo acento
de cierto pecador loco ó impío.
Verdad que acaso el deslenguado viento
puede variar tu voz; mas fijo queda,
no sé por qué, tan raro pensamiento.

Tú eres el mismo, entre la ardiente rueda
de la danza sensual, que vueltas dabas
en la red que jamás se desenreda?

¿Tú eres el mismo, en fin, que derrochabas
el oro y el placer? Te será duro
recordar tu principio hoy que ya acabas.....

¿Y tú eres el vicioso? Hondo y oscuro
era el antro en que ciego te perdiste:
negro es tu ayer, radiante es tu futuro.

¿Y tú eres el hereje? Un caso existe,
ante esa Virgen, cuya gloria hoy cantas,
tu amada se postró; tú un paso diste;

y gritando;—¿Por qué no te levantas?
blasfemaste:—¡Si es ella la que debe
ponerse de rodillas á tus plantas!

Cegábate el amor..... ante la Hebe
que te escanciaba el vaso diamantino
en que el elixir del amor se bebe,

sacrificabas todo; y ya sin tino,
por un beso quizás ó una mirada,
marcabas nuevo rumbo á tu destino.

¿Qué hombre no amó una vez? Ante la amada,
arenilla es la tierra, el mar es gota,
chispa es el sol, el universo es nada:

ella es la idea que en la mente flota;
que sólo *ella* impresiona los sentidos,
y es luz, forma, sabor, perfume y nota!.....

¿Quién eres tú, de tonos compungidos
fraile incógnito? ¡Oh gloria! ¡Oh maravilla!
Vedlo: es vuestro maestro, empedernidos.....

Es Don Juan, es el héroe de Sevilla,
el del blasón incólume y radiante,
el corruptor sin tacha ni mancilla,

que ya sin ver atrás, viendo adelante,
arrepiéntose y se hace un fraile oscuro
así como el carbón se hace diamante!.....

El que ningún honor halló seguro,
el que á todo placer le fijó precio,
rinde el pasado en aras del futuro;

y hoy vuelve, arrepentido, como un necio,
á cumplir la sentencia mal cumplida,
marcando playas al oleaje recio.....

Rotas las falsas vendas de su herida,
se baña así en las aguas milagrosas
de los últimos años de la vida.....

Luce el sol—al morir—tintas radiosas,
canta el cisne, la tórtola aletea

y su mejor perfume dan las rosas!

Bien puede ser la juventud atea;
pero la ancianidad pone en los labios
la oración, y la fe pone en la idea.....

Sufre Colón estúpidos agravios,
pero vence: en la tumba existe un mundo
que hoy es también la mofa de los sabios;

y un Colón hay en cada moribundo
para ese arcano—como todo abismo—
más atrayente cuando más profundo.....

III

¡Oh Fray Juan! ¿Es posible que el cinismo
te lleve hasta fingir horror sagrado
hacia el mal, hacia el mundo, hacia tí mismo?

¿Y cómo no acordarte del pecado,
sino hay hojas de parra suficientes
para ocultar las honras que has manchado!.....

Yo no lo sé! Las pecadoras gentes
pondrán en duda tu virtud, y á solas
te tratarán de hipócrita insolentes.....

Cíñete tú las místicas aureolas:
como Colón, altivo y sin temores,
rasga del odio las revueltas olas.....

Quizás te dé otra América sus flores;
y halles otro árbol en que hacer tu nido,
y halles un nido en que cantar amores.

Yo que en el celestial y enternecido
lenguaje de Jesús mi fe retemplo,
ignoro que el amor esté prohibido.....

No abuses del amor. Sigue el ejemplo
solamente de Dios: cree, pero ama.....
Vente conmigo. Escápate del templo.

El campo trina en amorosa gama
con la orquestal y mágica armonía
que hay entre el nido, el pájaro y la rama;

y la misma perpetua poesía
de inmenso amor, contemplan por do quiera
luna y sol—umbra y rayo—noche y día!.....

Si tienes corazón, ama siquiera!
Purifica tu ideal, limpia tu espada;
pero sucumbe envuelto en tu bandera.....

Hoy obligado por tu ley menguada
bendecirás el matrimonio acaso
de alguna que en un tiempo fué tu amada.....

¿Vergüenza no te da? Detén el paso,
y reflexiona en el profundo duelo
del amor que te ve desde su ocaso;

porque el amor en su afligido celo,
De un Hamlet teme el movimiento de hombros
más que el puño crispado de un Otelo.....

Sin ternuras, sin fiebres, sin asombros,
mientras hoy triunfa el sol de la alegría
duermes la siesta al pie de tus escombros.....

Por vencer del amor la tiranía,
hiciste del amor ya no un imperio
sino la más estúpida anarquía.

Burlado el religioso ministerio,
tornaste en un infierno el matrimonio
y en una salvación el adulterio!

Y hoy—cual la tentación de San Antonio—
no bastarían á romper tu calma
Ni el mundo, ni la carne, ni el demonio.....

No debe ser así. La excelsa palma
sólo es para el amor del justo medio,
que es placer y es ideal, materia y alma!

IV

Buscando acaso incógnito remedio
para tu decepción, pasas la vida,
de un templo oscuro entre el pesado tedio.....

Cantas. ¿Te gusta el coro? Alma caída
que pugnas por alzarte y lavar quieres
en el Jordán la sangre de tu herida,

ignoras que sin ser lo que tú eres
todos gustan del coro.....cuando canta
eterno amor entre hombres y mujeres!

Hollando las espinas con tu planta,
del hábito mundano te despojas
y el perfil miras de la tierra santa.....

Desechas toda tentación, y arrojas,
con un golpe de luz, la mancha oscura
que en tu libro hallas al volver las hojas.....

Vé aquella Virgencita. En su sien pura
luce la aureola de la fé sencilla,
por cima del fragor de tu locura.

¿Es pequeña? Pues vé, vé cuanto brilla;
más como está en el suelo y es pequeña
la verás bien..... si doblas la rodilla!

Sepárate del coro que despeña
sus formidables notas sobre todo:
busca la paz que se desmaya y sueña.....

En paz, aislado; mientras suba un codo

sobre tí el mal, mientras la chusma ladre,
mientras el vicio te salpique lodo,

mientras la pena aguda te taladre,
tú sin temor pregúntale á María
si es falta el tener hijos..... Ella es madre!

Creé, pero ama. Una irrisión sería
querer secar el agua en todo el mundo,
tan sólo porque á veces se desvía!.....

V

Qué luchas no tendrás en lo profundo
cuando de noche, entre tu celda escueta,
después de confesar á un moribundo,

mires alzarse erótica é inquieta
á la Fitz—Fulke de dorados rizos,
que turba así tu austeridad de asceta!

Cual suele en dos espejos fronterizos
una imagen saltar, volverse luego
á saltar otra vez.....—tú los hechizos

de tus lances de ayer recuerdas ciego
y se lo tornas al ayer impío,
que te vuelve á tentar, sordo á tu ruego.....

Nada anima tu espíritu sombrío,
nada te causa amor: lo que tú sientes
no es arrepentimiento sino hastío!

Turba en vano tus sueños inocentes
la tentación; que antes de ser blasfemo
te cortaras la lengua entre los dientes.....

Constante en tu delirio hasta el extremo,
tremolando la cruz, del mal te escudas,
cual marinero que tremola el remo.....

Finges quizás imágenes desnudas
de lúbrica atracción, más luego miras
la rama en que se cuelga el traidor Judas;

y antes de traicionarla, aún más te inspiras
en esa ley que su pudor celebra
al blando són de celestiales liras.....

¿Quien ahorca el amor con una hebra?
¿Quien borra de la Historia aquel pasaje
de Adán, Eva, el manzano y la culebra?

No creas, nó, que con cambiar de traje
cambias de corazón. Fraile te has hecho
porque á las playas te arrojó el oleaje.....

Inútil ya, no tienes el derecho
de hablar contra el amor; escucha y calla,
con los brazos en cruz sobre tu pecho.

Desertor presenciando una batalla,
sentirás las nostalgias de esa lucha
que al grito del amor truena y estalla.

Mientras el himno por doquier se escucha
de simpatía excelsa, el ojo listo,
entre la lobreguez de tu capucha,

raudo se inflamará, más imprevisto
mirará allí en el fondo el perfil puro
é inolvidable del severo Cristo.....

El es Dios, tú eres hombre. El bien seguro
está sólo en amar; ama, y gloria
merecerás de Dios. Yo te lo juro!

Te lo juro en el nombre de la historia,
de la Ley magna, de la eterna Egida,
de todo, en fin, del oro y de la escoria.....

VI

Hombres hay que en las heces de la vida
logran sentir los maternales besos
que les diera la Fé, la Fé perdida;

y trépanse en sus místicos excesos,
como el Saqueo, á la triunfante palma
para mirar á Dios..... Y tú eres de esos!

De esos que se arrepienten cuando el alma
llega á sus horrorosas agonías,
cuando se acerca la mortuoria calma,

cuando estampa el dolor sus huellas frías
y el huracán las ilusiones diezma.....
De esos que pasan al revés sus días:
cuarenta en carnaval, tres en cuaresma!.....

Jose S. Chocano.

Lima, 1895.

APUNTES SOBRE PERICO VERA

ERICO VERA (1) tuvo una infancia nómade, atrevesó por muchas cosas y por muchos rencores, pues no su educación—que nadie se cuidaba de ella—sino el alimento, lo recibió de las queridas de su padre y hay una tendencia cruel, un odio instintivo en la mujer legítima, hacia el hijo de su amante. Lo confiaban á los cuidados de la vieja cocinera ó de la muchachilla haraposa que el *Capitán* podía pagar: no tuvo juguetes, no tuvo ejercicios al aire libre, oxígeno de paseos públicos, música de volantines ni el deslumbrante globo de hule que tanto seduce las pupilas inquietas del niño; gracias á la enorme plasticidad infantil, se adoptó el medio, y el instinto—que es un instinto el juego en los primeros años—lo hizo habilitar de muñeco un trozo de madera y de cañón un carrete sin hilo.

Fué rebelde á los golpes: había necesidad de sacudirlo en los accesos de ira, pues se amorataba y sufría mortales ansias antes de exhalar el grito, retorcía las manecitas, se sacudía en los brazos de la criada y el médico y algunas vecinas expertas habían aconsejado que en tales trances se le flagelara duro. Vestía un ropón sucio, correteaba con los pies descalzos, cuando tuvo edad para hacerlo; caía y levantaba, tomaba cuanto hubo á su alcance, comía lo mismo la pintura de la pared que el polvo de ladrillo, las peladuras de la col, las cáscaras de fruta y demás inmundicias del cajón de basuras, sin contar con el aceite del convoy: una vez apuró todo el contenido de un frasco de friegas. A la travesura seguía el cruel correctivo á golpes. Fué creciendo y teniendo amigos: el perro á quien hacía largas é incoherentes confidencias, el gato á quien atormentaba, el chichicuilote uncido á un carro de cartón.

Tomaba parte en los juegos de los muchachos de la vecindad, se golpeó en todos los pisos, rodó las escaleras, cayó en la fuente y resistió los retozos brutales de los mayores de la falange: un día se presentaba con las manos desolladas, otro con una prominencia amoratada en la frente ó una luxación no siempre sencilla. Cuando desaparecía se le buscaba en el patio ó en la calle, en la sedería de al lado ó en la tienda, especialmente en ésta: divertía á los dependientes repitiéndoles las malas palabras que aprendía, por cada terno que pronunciaba estropeadamente le daban una avellana ó un terrón de azúcar: más tarde un ebrio le hizo beber alcohol y como el niño se quedara fresco, doblaron la dósis, aquello fué una fiesta, un chico borracho, insultando á los hombres, camelando á las mujeres y cayendo por fin presa de somnolencia y deprimido en un tercio de semillas, divertía á los iberos.

Separado de la última amasia, el padre lo encarga á las vecinas caritativas que, madres al fin lo toleraban: el desamparado duerme como un mandadero en los rincones, hace de la calle su residencia habitual, se convierte en pilluelo ocioso que causa perjuicios, en pocos meses aprende á manejar la honda, la flecha de hule, el trompo y el balero, hace mandados y con el producto compra canicas y huesos de chavacano para jugarlos; se adiestra en la puntería y saltos del *piso*, parece acróbata en el *burro obligado*, se perece por incendiar pólvora, quema cabezas de cerillos, y pone fulminantes en los rieles, trepa á las plataformas de la tranvía burlando al conductor y salta al eje trasero de los coches y sin sombrero corre muchas calles desafiando los latigazos del auriga, sigue á los cilindros, á los vendedores ambulantes cuyas canciones aprende con facilidad asombrosa para repetirlas en la taberna ó en las cocinas de la vecindad con gran escándalo de las comadres que divertidas á la postre le regalan con una taza de caldo ó con el pan dulce que sobró del desayuno: es tan vivo, tan precoz, que se entretiene en tocar un zaguán de á la vuelta, el de una mala casa; por el ojo

(1) Hijo del Capitán Vera y Aguas, biografado ya en esta Revista.

de la cerradura grita los álias que la plebe ha ha puesto á las inquilinas, repite insolencias al perico que ponen en la ventana y se hace amigo del gendarme: presencia aprehensiones y riñas y acaba por entrar á la casa sospechosa donde unas mujeres le dan cigarros, anillos de puros, corchos, estampas, ríen en coro de ese inocente á quien preguntan enormidades dignas de la horca: el muchacho no comprende ni puede comprender cuanto ve y oye, pero lo imita y lo repite entre carcajadas de bacantes de vil estofa.

Le gusta seguir á los convites de los circos, empuña la caña empavesada, responde á los *vivas* del payaso, se cuela al patio de la *maroma*, que lo impresiona á tal punto, que á costa de muchos golpes ensaya los ejercicios del trapecio en un tendedero y los volteos de la barra en una rama de árbol. Sabe cuando hay bautizo en la parroquia y forma valla al padrino en unión de otros granujas, pelea el centavo y lo defiende á golpes, es el primero en trepar á la torre cuando se ofrece repicar, prende abí gruesas de cohetes, ata las cortinas de terciopelo y en la sacristía limpia los candeleros con tal que le den los recortes de las hostias, sabe ayudar á misa y asiste á la doctrina, no porque la religión le preocupa, sino porque dan premios á los que no faltan durante un mes las tardes de los sábados, le encanta vestir el traje de los monaguillos, balancear el incensario, mover el fuelle del órgano y fumar á escondidas en el atrio, un cigarro que lo mismo prende en las ascuas donde humea el copal, que en las lámparas de los nichos: juega *volados* entre las hierbas del panteón y sabe insinuarse con el cura, un indio tonto y brusco, un pastor de almas que parece porquero, y sin embargo encierra bajo la ruda corteza un corazón bien puesto. Llama á cuentas al chiquillo, se espanta de que no sepa leer, se espanta de que teniendo padre se viva en pleno arroyo é intransigente como buen inculto, se explica todo cuando sabe que Vera desciende de un Capitán, de un herege, como quien dice, de un masón, de un perdido probablemente, y se propone enderezar al heredero, metiéndolo á la escuela, pero no á la municipal sino á la otra, á la católica sostenida por una sociedad piadosa, en tanto que las horas muertas mejor que en la calle, las perderá en el templo, adornando velas y sacudiendo santos.

El protegido parece incorregible, en unión de los muchachos de la Doctrina comete faltas graves, como tocar las campanas á deshoras, armar escándalo con el órgano, aporrear el piano para sacar en él sonecitos callejeros, treparse al altar, arrancarle los exvotos á una virgen y hasta promover juegos de plazuela en el sagrado recinto. Los vecinos se quejan de que salta las asoteas y arroja pedradas á los vidrios; los transeuntes llaman al gendarme porque desde la torre lanza inmundicias y algunos fieles protestan de la impiedad de niños que ríen y charlan sin dejarlos rezar. El cura Córcoles después de reprenderlo, apela al correctivo vulnerante, pero el tutoreado se para de gallito, responde con altanería, su caracter es indefinible, mezcla de bondades y generaciones, de firmezas é increibles cambios, de inteligencia y de maldad. Aprende pronto á leer, escribe con facilidad, comprende sin esfuerzo pero se distrae á menudo, es inquieto, atrevido, no admite ni la menor observación sin hacerse el valiente, el insultante, el agresivo, cuando quieren hincarlo, no son bastantes cuatro alumnos de los más fuertes para moverlo de su lugar, para llevarlo al calabozo han menester del mozo, porque patea, ahulla, muerde, se revuelca en los ladrillos como una fiera rabiosa, dando mal ejemplo á sus compañeros, que oyen malas palabras, por su causa riñen á puñetazos, fuman cigarros que él les da y se dejan arrastrar á los paseos que él propone rumbo á la acequia ó á la llanada.

El maestro, el infeliz Diódoro Coseno, se convence de que el alumno Vera es indomable, de que ni la dulzura ni el rigor consiguen un ápice de mejoría en sus instintos, de que no se le ha educado á tiempo, de que precisa luchar con paciencia suma y muchos años, para matar la mala semilla que han sembrado en tal terreno, el abandono y el callejeo. Pero como tiene inclinaciones que no son tolerables en una comunidad de menores, un día lo sorprende haciendo una seña de las peores, lo toma del puño, lo quiere levantar por los aires para golpearlo y el culpable empuña un portaplumas y le tira la estocada con tal fuerza que el arma se rompe en dos pedazos, tal agresión no puede penarse sino con una expulsión vergonzosa; en vano el cura Córcoles intercede; á lo más que el agredido llega es á esperar que se encuentre una nueva escuela

para el contumaz; éste reincide: por un partido de canicas riñe con un condiscípulo, ambos se golpean, el otro cae derribado por una hábil zancadilla y se hiere el cráneo quedando sin sentido; corre la sangre y el herido huye, ha visto que le avisan al gendarme y se refugia en la casa de las mesalinas, ahí se está sin chistar hasta la noche, espantado por el suceso; su padre, advertido por los vecinos, lo busca y lo encuentra, lo saca á puntapies y férreamente empuñado le indilga una andanada de términos carreteros, lo amenaza con enviarlo á un buque ó á un cuartel, y á otro día lo lleva á la escuela municipal, prescribiendo el rigor, el golpe si es preciso: que lo curtan á palos, que no le guarden consideraciones porque no las merece ese lépero.....

Y hélo ahí bajo la vigilancia no paternal, acertada y dulce, sino bajo un régimen apasionado, intransigente, tiránico y brutal, de un hombre que tiene la culpa de ese modo de ser, que no se cuida de su conducta y exije del hijo un juicio impropio del medio, de los antecedentes y de la edad; pero ha crecido y hay en él como alborear de tendencias mejores de lo que pudiera esperarse de su vida nómade en calles, vecindades y plazuelas; como la ciencia moderna tiene el don de enseñar divirtiendo, como la banca del colegio, la pieza luminosa, las amistades del aula cuando son buenas, las emulaciones, todo ello á la larga se impone y hace sentir su superioridad comparada con las incomodidades del cuarto, las insolaciones del arroyo y la fatiga de las caminatas sin objeto, predomina la costumbre, el contumaz se ablanda, vagamente experimenta ese bienestar moral que en lo físico produce un buen baño que refresca y limpia. Salió regular en sus exámenes, lo cual ya era demasiado. Aquella tarde lluviosa y triste se sintió bueno, discernía en los linderos de la pubertad; aquella tarde invernal, después del triunfo, sorprendió por instinto su desventura, su aislamiento en la vida; aquella tarde buscó á su padre para darle la gran noticia, pero el *Capitán* la oyó como cosa natural, sin aplaudirla ni comentarla, preocupado por otra cosa, no tuvo para Perico una caricia, una frase alentadora, y se conformó con escucharlo, antes de tomar su espa dragona, su bastón burdo, el mohoso revólver, cargado con sólo dos tiros y la llave del zaguán para lanzarse á sus nocturnas correrías.

Si el chico estudió después, fue debido á su deseo personalísimo y no á las órdenes paternas. El Capitán Vera y Aguas entendía la educación á su manera, quería hacer del hijo *un hombre*; cómo se hace un soldado de un indio imbécil: á voces de mando, arrestos y cintarazos. *Ser hombre* significaba para él, no tener miedo á los cuartos obscuros, echarse á un tanque sin saber nadar y con arrojo, no estremecerse bajo el golpe de la regadera, asolearse y enfriarse sin enfermedad, montar cualquier caballo, no recelar de los perros y dormir sin pavores en un cuarto de vecindad, sin vela y muchas veces sin cena.

Micrós.

Una poesía inédita de Zorrilla

Desconocido señor
de esta montaña de flores,
que por Carmen de los Mártires
los granadinos conocen.
Yo sé que es mi obligación
agradecer tus favores
y el espléndido hospedaje
que me has dado en tus salones.
Sabes quién soy, y no es justo
que lo hecho en tu casa ignores
por mí: yo traje aquí el rüido
de las fiestas de mi corte;
porque yo he sido aquí rey
medio día y una noche,
y he traído la alegría,
la luz, la fe, los amores,
la poesía, el delirio
de mis leyendas, las vóces
de mis Gnomos de la Alhambra
y el turbión de mis visiones,
y aquí hemos hecho tal fiesta
y de placer tal derroche,

que otros tales en Granada
no recuerdan hembra ni hombre.
Mas soy yo un rey sin vasallos
sin guardias ni aduladores,
que á mi pueblo no doy leyes,
sino que él me las impone.
Le alegro y no le gobierno,
y en vez de contribuciones
le echo fiesta sobre fiesta
para que viva y que goce.
Yo me paso noche y día
asomado á los balcones
de tu Carmen, contemplando
el círculo de horizonte
en que se encierra esta vega
y esta ciudad, en que pone
los ojos Dios, cuando sale
del cielo á los miradores.
Y vivo aquí tan absorto
en mis memorias de joven,
tan contento de admirar
de Granada los primores,
que no só ni darme cuenta
de la abstracción que me absorbe,
ni de mi conciencia muda,
ni del tiempo que huye y corre.
De mi paso por tu casa
y por tu bizarro porte
conmigo, no puedo darte
pago ni gracias mejores
que estos versos descosidos,
desaliñados é informes
que escribo á escape y en medio
de la inquietud y el desorden.
Dueño y señor de este Carmen,
si tú, que tal vez conoces
mi cara por los retratos
que de ella por ahí se exponen,
me encuentras alguna vez
—no importa cómo ni dónde—
haz conmigo, lo que hacer
contigo me corresponde,
preséntate á mí, verás
que no soy ni rey ni Roque,
sino un viejo agradecido
á quien honra quien le acoge.
Adios, y hasta que Él nos junte:
y entre tanto, y hasta entonces,
ten por fijo y entendido
que si te caen y cojen
de lleno y sobre tu alma
las gracias y bendiciones
que aquí te eché, vas á ser
¡el más feliz de los hombres!

José Zorrilla.

CARNE RUBIA

REDUERDOS DE PARIS

TRAVESÉ la plaza de la Concordia y una ráfaga de viento que llevaba en sus entrañas el fatigoso y cercano rumor de los boulevares, pasó rodando como un trueno por sobre mi cabeza..... Vacilé un instante, porque no sabia á donde ir aquella noche; y entre este camino quiero y este no quiero, me interné al fin por aquellas inmensas arboledas de los Campos Elíseos que invitaban á una gran jornada de placer y andando y andando, llegué al «Jardín de París.»

***

En el teatrillo había terminado la función cien veces repetida de un juguete pornográfico, y la gente se aglomeraba al rededor del kiosko, donde la orquesta se afinaba para tocar un vals furioso. El aire del jardín aquella noche era caliente; los perfumes excitantes y el humo de los cigarros empezaba á formar brumas ligeras, como las que se esparcen sobre el Sena en las noches de verano.

Bajó aquella creciente y semi-azulada claridad se revolvían las más bizarras mujeres públicas de París, con magestuosas desenvolturas de duquesas; cuales arrastrando orgullosamente las faldas; cuales ciñéndose con ellas las caderas que denunciaban redondeces enérgicas. Muchas curvas voluptuosas, muchos cuellos sin abrigo, muchos senos ebúrneos desbordándose por cima del escote y muchos cabellos soberbiamente recogidos dejando ver nucas mórbidas..... De todo aquel montón de carne se desprendía un errante aliento de lujuria capaz de enloquecer á cualquiera. Pero todo mentira.....

Aquellas bocas pintadas no eran para saciar ímpetus de amor hambriento; aquellas gargantas no eran suficientemente frescas para dar hartazgo á los insaciables; aquellas pasiones que fulguraban las pupilas eran «pasiones» de alquiler que tienen para todos la misma forma y las mismas lúbricas manifestaciones de delirios.

Penetrado de tales miserias y convencido de la tristeza de esos goces, me senté un poco lejos del barullo, frente á una mesa; pedí un *bock* y empecé á oir la música á través de los latidos de mis sienes. El corazón se me fué llenando de aquellas lamentaciones melodiosas que al arrastrarse entre las risas de las mujeres me sonaban como á gritos de náufragos en la orgía de una tempestad; y de esta suerte estuve soñando largo rato y recordando sensaciones de «otra» época, de esa época que llamamos «mejor» porque ha pasado.

¡Bueno era el sitio aquel para soñar! Muy pronto volví á la realidad.

La ola de mujeres crecía; entre los trajes elegantes se veían algunos de colores rabiosos: estas circulaban en grupos, aquellas de dos en dos, lanzando miradas de acecho á todos lados y las demas en incesante trajín, buscando á quien asaltar, ó poniendo caras risueñas á los hombres rezagados; caras de interrogación ó de venta á cualquier precio.

Sola, de pie, en medio de aquel torbellino de faldas y como ofreciéndose al primero que pasara, divisé á una ansiosa y esbelta mujercita, sacudiendo con impaciencia su corona de rizitos rubios que le caían por toda la frente.

O aquella muchacha estaba verdaderamente turbada ó era una cómica que con sus actitudes de trágica, quería llamar la atención. Miraba todo con sorpresa, con grandes ojos de asombro, como espantada de aquel desbarajuste, de aquel mercado fastuoso, donde las transacciones de una noche se hacen crudamente y sin reparos. Turbación, fingimiento ó lo que fuera, es lo cierto que después de titubear entre andar á caza de hombres como las otras, ó retirarse á un punto solitario del jardín, optó por lo último y se sentó á la única mesa que había frente á mí; apoyó en ella los brazos y pidió un *chartreuse* que se bebió á sorbos; después otro y otro más.....

A la distancia que estabamos podía yo dirigirle la palabra, pero no quise: me contenté con mirarla detenidamente, porque era una criatura bastante original; á ratos me parecía una chica inocente y á ratos un niño primorosamente vestido de mujer; pero un niño desaforado que se bebía copa tras copa, sin descanso, y con una furia que daba miedo.

***

La noche avanzaba: el jardín se iba vaciando entre los amortiguados ruidos de la orquesta que concluía y las discusiones semejantes á cuchicheos que sostenían los «clientes» y que terminaban por parte de alguna mujer que se colgaba resueltamente del brazo del indeciso..... Los últimos «consumidores» también se retiraban mientras una docena de «olvidadas» con aspecto de apariciones tristes, seguían remoliineando por el kiosko.

La muchacha continuaba bebiendo: se había puesto muy pálida y muy seria.... . con la mirada muy fija, en un punto obscuro del jardín; y como entregada á pensamientos muy profundos.

Súbito creció su palidez hasta ponerse lívida: dos grandes sombras se extendieron al rededor de sus ojos; una honda contracción de dolor plegó toda su boca y echándose un poco sobre la mesa empezó á sollozar desesperadamente.

Las mujeres rezagadas acudieron solícitas y con ellas dos camareros que estaban cerca. Yo también fuí acerdándome á curiosear.....

—¡Si está borracha! exclamó brutalmente uno de los hombres levantándola—Y á esta exclamación la gente se echó á reir.....

Quizás fuera aquella muchacha una perdida que se le antojaba goce inmenso una borrachera triste y silenciosa; quizás una histérica que en

ello encontraba satisfacciones de lujuria. Pero al verla así con el hermoso cuerpo arqueado sobre el espaldar de la silla, con el pelo desbordado en ondas de oro, por el cuello blanco y redondo, la pequeña boca entreabierta como para dejar paso á los suspiros que le hinchaban, la garganta y los párpados entornados, en cuyas largas pestañas temblaban todavía algunas lágrimas, olvidé mis despladadas ideas de modernista y solo me sentí un hombre con un corazón dentro del pecho. Los instintos de la bestia no existían en mí en aquel instante, y á ser artista habría copiado aquella cara de angel, aquel glórioso nacimiento de seno firme que se adivinaba á través de la modesta blusa de muselina, y aquellas serenas amplitudes de talle.....

Parecía una niña inocente, un montoncito de carne rubia, de carne fresca de vírgen, de esa que París insaciable roba ó compra á los hogares, donde el pobre vive rumiando toda la vida su miseria.....

Los últimos resplandores de las luces del kiosko parecían oscilar; y cortando el silencio del jardín ascendían la última nota de la orquesta, enroscándose y culebreando por entre los árboles. Yo me sentí presa no ya de una languidez extraña, sino de una aguda sensación de disgusto y salí huyendo de aquel sitio donde el llanto de una mujer hermosa se arrullaba con carcajadas feroces de alegría.

Miguel Eduardo Pardo.

Himno de las bacantes

"¡EVOHE!"

¡Orlad la sien de pámpanos
y de vetusta hiedra!
¿Quemad perfume asiático
sobre el altar de piedra
como tributo férvido
de ardiente adoración!
¡Alzad el canto lírico
que engendra el entusiasmo
para que el pueblo atónito
con reverente pasmo,
entone el himno clásico
en homenaje al dios!

¡Marchad, bellas canéforas!
¡Marchad, nobles matronas!
¡Sacerdotisas, ménades
tejed, tejed coronas
con el ramaje pródigo
de la fecunda vid!
Y en el desorden báquico
con el furor divino,
de las repletas ánforas
el sacrosanto vino,
bebed con labios ávidos,
bebed hasta morir!

Después en danza adónica
lucid vuestra belleza,
y admire el pueblo extático
la gracia y gentileza,
cuando rasgueis la clámide
que abriga el corazón!
¡Que surja el pecho túrgido
como botón de rosa
entre los pliegues púdicos
de vestidura hermosa
y entre sus combas lúbricas
se aduerma el rubio Amor!

Golpead los dulces, mágicos
panderos rumorosos,
y con las flautas flébiles
de sones voluptuosos
á las bacantes lánguidas
la animación volved!
¡Que cual candente ráfaga
resurja el golpe intenso
y entre sonoros cánticos
con entusiasmo inmenso,
al grito de las víctimas
responda el *¡Evohé!*

¿A qué los sueños cándidos
que agostan las pasiones?
¿A qué los dulces ósculos
de amantes ilusiones
si un desengaño lúgubre
devora el corazón?.....
¡Reíd! Gozad, que efímera
la juventud lozana,
como visión quimérica
se deshará mañana,
dejando al cuerpo exánime
en brazos del dolor!

¡Reíd! Gozad, que en éxtasis
sublime de ventura,
olvide, olvide el ánimo
la tétrica amargura,
que cual fantasma fúnebre
la acecha sin cesar.....
¡Reíd! Burlad la cólera
de la contraria suerte,
y cierre nuestros párpados
el beso de la muerte
entre el rumor insólito
de inmensa bacanal!

Poetas! Rosas vírgenes
prodigan valle y monte.....
¡Pulsad la acorde cítara,
del viejo Anacreonte
y modulad las plácidas
canciones del amor!
¡Cantad al suelo ubérrimo
que dones mil acopia;
do la abundancia, espléndida
vertió su cornucopia;
do el labrador helénico
fatiga brazo y hoz!

¡Cantad con estro olímpico
la sacra, fiesta eximia,
y bróte, al punto, el júbilo
que inspira la vendimia,
cual llamarada fúlgida
que enciende pecho y faz!
Cantad! Burlad la cólera
de la contraria suerte,
y cierre nuestros párpados
el beso de la muerte,
entre el rumor insólito
de inmensa bacanal!

Gabriel E. Muñoz.

AZUL PALIDO

Hace pocas noches volví á oir, en Orrin, el *Hernani* de Verdi.—Me atreveré á confesarlo: casi no me gusta esta ópera.—Y digo *casi* porque á través de las banalidades de la obra, descubro un fragmento de aquel cuento azul que arrulló esa nuestra segunda infancia que se llama la adolescencia. Aquellos bandidos caballerosos, aquellos hidalgos fieles á su palabra hasta la muerte, forman parte de nuestras primeras impresiones. Hoy ya encontramos muy convencional todo esto, y si vive todavía el drama del Maestro, es porque la *voix d'or* de Sarah hace resonar la vibradora estrofa como un clarinazo bélico. Por muchos años *Hernani* estuvo proscrito de la escena francesa; hoy lo proscribe el público.

Detrás de las férreas armaduras no palpita ningún corazón; son estátuas medioevales y como el personaje de Teófilo Gautier se asiste á un festín de espectros del pasado. Pero la noche huye, el amanecer raya con sus líneas pálidas el horizonte, y los aparecidos recobran su puesto habitual en los pedestales del amurallado recinto:

Le coq chante, les spectres fuient
Et reprenant un air hautain,
Sur l'oreiller de marbre appuient
Leurs têtes lourdes du festin.

En el *Trovador* hay más *calor de humanidad*, la pasión bulle más espontáneamente, corre por aquellas arterias sangre auténtica y los sollozos rasgan á trechos la leyenda heroica del romántico español.—Alguien ha dicho que el romanticismo sustituyó una retórica linfática con una

retórica nerviosa, y la frase es exacta. Los ídolos clásicos vacilaban en sus urnas, veníanse á tierra, heridos en mitad del pecho por la cortante espada de aquellos caballeros errantes, de aquellos soñadores á los que encontramos siempre rasgos de un *D. Quijote.* Y un hombre que ofrece en el rostro algunos rasgos de *D. Quijote*, tiene según los Goncourt, algunos bellos rasgos de alma.

***

En Arbeu el cav. Maggi ha domesticado pòr fin al mónstruo.—Resultan ya elegantes estas veladas que nos ofrece el talentoso primer actor. *Felicidad matrimonial*, *Una causa célebre* y *Niobe* han tenido el privilegio de representarse en medio de una bastante numerosa y muy distinguida concurrencia. La primera de estas tres obras es una comedia cómica bastante bien movida. Della Guardia y Fabbri bordaron sus papeles. Maggi..... decididamente el apreciable artista encaja *á merveille* en el género cómico. Le he visto hacer una media docena de comedias en las que ha puesto notablemente de relieve sus aptitudes artísticas. ¡Bravo, maestro!—*Una causa célebre* es una pieza melodramática muy pasada de moda. El *impresario* de la sala de San Felipe tiene en su vasto repertorio para todos los gustos; hasta para el mal gusto.—*Niobe* estaba anunciada como un *sueño*..... ¡y vaya enhorabuena! Lo más notable de la obra fué la interpretación. La Sra. Della Guardia, muy inteligente y muy escultural. Al contemplarla en el zócalo que la servía de soporte, traía yo á la memoria el estudio de Paul de Saint Victor sobre la Vénus de Milo: «Bendito sea el campesino griego cuya hacha desenterró á la diosa sepultada desde hace dos mil años en un campo de trigo! Gracias á él, la idea de la belleza se ha elevado á una altura sublime, y el mundo plástico ha encontrado su reina»..... En verdad os digo que la Niobe del jueves ha menester un Paul de Saint Víctor que la cante!

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.
COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.
Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.
Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1896. NUM. 21.

TAINE

LA PISCOLOGÍA LITERARIA.—EL ARTE Y LA HISTORIA.

Filósofo, crítico de historia, artista, M. Taine es uno de los espíritus más vastos y equilibrados que ha producido la selección intelectual y moral en una raza fecunda. Este hombre, *amante de zoología moral*, para quien las obras de arte «están catalogadas por familias en las bibliotecas como las plantas y los animales en los museos;» este hombre, que á semejanza de Spinoza, reduce á fórmulas algebraicas el genio, la locura, la gloria; este implacable investigador de la verdad que encierra en silogismos de hierro la epilepsía revolucionaria, es también un poeta, un enamorado del color y de la harmonía, que ata sus catálogos con los listones de Iris y cubre sus fórmulas y silogismos con lujosos mantos de metáforas.

—Estudiemos una faceta de su personalidad.

La transformación de la *Crítica* de arte,—de dogmática en histórica, de preceptiva en científica,—iniciada en Francia por el talento claro y simpático de Sainte-Beuve y por el genio profundo del agrio Stendhal, se consuma definitivamente por los estudios de Taine, que ordena los materiales aislados y enlaza las ideas dispersas en un sistema filosófico, severo y bello.—La ductibilidad del sentimiento estético, el don de «plegarse á las metamórfosis intelectuales,» es lo que constituye un temperamento de crítico. Criticar, en el sentido moderno de la palabra, es comprender cualidades opuestas á las cualidades propias, ideales diferentes de los ideales preferidos, abarcando con la simpatía todas las manifestaciones del arte, desde los himnos rotundos de los Homéridas hasta los satánicos acordes de los dolorosos poetas de la Decadencia. Si la diversidad de los espíritus es un hecho comprobado; si no hay una sola manera de sentir y de expresar la belleza; si los brotes del arte, como las flores, son productos del *medio*, y el *medio* varía de región en región y de pueblo en pueblo; el crítico no puede condenar ó absolver en virtud de un cánon absoluto, no puede escribir al pie de un cuadro, en el soporte de una estatua ó en la carátula de un libro, el precepto inapelable de la *Retórica*; su deber es otro, investigar los hechos generadores de un tono de luz, de una ondulación de línea, de una voluptuosidad de frase; en una palabra, estudiar la *zona moral* en que ha germinado, sombría ó radiosa, el alma de un pintor ó de un prosista. Para la crítica solo hay hechos, causas y leyes.

¿Qué busca Taine en las hojas rugadas de un pergamino? Busca una alma. El fraile que trazó con mano tranquila ó febril esas líneas, amorosas como una plegaria ó fascinantes como una tentación, vive en ellas con la vida inacabable

del pensamiento: se confiesa en su intimidad al psicólogo, le describe su celda, su sayal, su convento, y le dice sus dolores y sus esperanzas, lo que piensa de la vida y lo que sueña de la muerte.—¿Qué busca entre las finas ilustraciones de una *miniatura Guillaume?* También busca una alma, la de un poeta moderno que le platique tristezas de opio, pesadillas bordadas con las hebras de oro de la estrofa, blasfemias, misticismos, anhelos del Fausto que palpita en el hombre del siglo, y que lo haga estremecer con *un estremecimiento nuevo* despertando en la lira neuróticas sonatas.

Y Taine, en presencia de los *hechos* literarios, establece la ley de su producción por medio de las siguientes gradaciones: así como las palabras, las frases, las páginas del pergamino ó del libro aristocrático están ligadas para formar un todo armónico de pensamiento, el libro entero es un *hecho* que, ligado á otros, integra la obra total del escritor; esta obra, á su vez, forma parte de un agregado artístico más vasto, la obra de una generación de literatos que por comunidad de tendencias constituyen una escuela especial; y por último, esta generación está comprendida en el gran agregado, en la gran masa, en la raza entera. *La Débâcle* de Zola integra la serie de los *Rougon-Macquart;* esta serie forma parte de la producción literaria de una familia artística, la familia *Realista;* y finalmente esta familia está comprendida en un gran grupo social, la raza francesa. La obra literaria, en último análisis, es producida «por un estado general de los espíritus y de las costumbres.» El artista respira la atmósfera de ideas y de sentimientos de su pueblo: en los dramas de Zorrilla está todo el caracter español, y en los romances de Prieto todo el caracter mexicano.

¿Por qué esta poesía es serena como la mirada de Helios? Los horizontes en perpetua calma, azules como la onda madre de Afrodita, envuelven en una gloria de luz los correctos pórticos de los templos y las virginales desnudeces de las estatuas de marmol. Allí viven los hombres bellos «á quienes la epopeya homérica atribuye ya—según la frase del profesor Paparrigopoulo—el equilibrio harmonioso de las facultades, que es el principio mismo del arte introducido en la vida real.» Pasan el día en los baños, en los gimnasios, en los juegos que son ceremonias y en las ceremonias que son juegos; los divierte el divino Aristófanes en el teatro y bajo los laureles sagrados sus almas liban miel de los labios de Platón. «Atenas, ciudad brillante, inmortal, coronada de violetas» dirá Píndaro en una poesía serena y riente como la mirada de Helios.—Por qué las neblinas rebujan á este *lieder?* Mirad los horizontes encapotados y las gasas de vaho que flotan sobre los témpanes del mar del Norte como sudarios prendidos en esqueletos de hielo. Así, como esos horizontes y ese mar, son las almas; así, misteriosa y vaga, es el alma del poeta.

La obra de arte expresa estéticamente un estado moral: la pincelada suave ó violenta, la actitud serena ó atormentada, el adjetivo delicado ó brusco, exteriorizan una sensación de color, de línea, de frase, y una manera especial de procedimiento; y anotando y coordinando las diversas sensaciones del artista en el *proceso* de un libro ó de una pintura, llega el psicólogo á representarse el estado de alma que produjo la *Kermesse* de Rubens ó los *Descansos* de Espinel. Este estado de alma proviene del vastísimo medio en que vive el artista, de la *zona moral* que nutre su espíritu con las savias populares. El crítico tiene que hacer obra de historiador: estudiando la raza, el tronco primitivo de donde arrancan las ramificaciones, teniendo en cuenta las influencias del suelo y de la atmósfera, y los contactos internacionales, se formará idea de la estructura del espíritu público; estudiando los fastos, las crónicas, los libros de hacienda y los libros de cocina, se formará idea de las costumbres, de la vida activa del pueblo en las plazas, en los cafés, en los teatros, en los salones y en las alcobas. Si tiene el *sentimiento de la historia*, si convierte los hechos en imágenes, un pincel mágico trazará en su espíritu, como en un lienzo, á *Carnaval*, con su antifaz de seda y su traje chillante, sacudiendo los cascabeles del cucurucho y los cascabeles del chiste; á *Baco*, tambaleándose, con el manto impúdicamente desceñido, entre parejas que bailan, ríen y se besan; á la monja arrodillada, clavando sus ojos de fiebre en las llagas del Redentor; al marqués de alba peluca, saludando con correcta caravana á una marquesa de ideal sonrisa. Para efectuar estas resurrecciones históricas, es preciso ser un artista, es preciso ser dueño de la vara de virtud que abre el sésamo de los archivos.

Ahora bien, en la naturaleza, los caracteres variables están subordinados á los caracteres estables; la naturaleza es la escuela del artista, y éste debe fijar en la obra, haciéndolo dominante, un caracter esencial. Por este signo se conoce á los genios. El arte de *moda*, el que copia en la novela ó en la comedia tipos y costumbres de un día, lo que vive la vida de un sombrero *á la Judic*, de un peinado *á lo Capoul* [caracteres variables], pasa, muere con las costumbres y los tipos que lo produjeron. Obra inmortal será la del artista que logra apoderarse —con la inconciencia del genio—de los elementos irreductibles, de los caracteres profundamente humanos, fundiendo los tipos sociales en un *Tipo* y las almas en una *Alma*, soplando vida al eterno limo con el aliento de Dios.

Taine, bello, harmonioso, flexible, es un genio simpático que alumbra con la lámpara de Aladino los tesoros de la historia y del arte.—No murió atormentado con las pesadillas de los círculos dantescos, no: amaba los himnos aurorales de la Grecia, los Juegos de los hombres, las Risas de los dioses. Qué importa que haya muerto! «Toda vida es uno de los momentos de la Naturaleza, todo sér una de sus formas; y las series de las cosas descienden de ella, por indestructibles necesidades, ligadas por los divinos anillos de su cadena de oro.»

Jesús Urueta.

LA DOTE DE JUANA

A nadie sorprendió en el pueblo el casamiento de Simón Lebrument con Juana Cordier.

Había comprado el novio una notaría; necesitaba dinero para pagarla, y Juana Cordier tenía trescientos mil francos líquidos en billetes de Banco y títulos al portador.

Juana Cordier era una muchacha en extremo agradable, fresca y graciosa, y Lebrument pasaba plaza de guapo y elegante en la localidad.

Transcurridos los ocho primeros días de la luna de miel, dijo el marido á su esposa:

—Si quieres, saldremos para París el lunes próximo, con objeto de realizar nuestro viaje de boda.

—Sí, sí—contestó Juana—pongámonos en marcha lo más pronto posible.

—Y, de paso—añadió Lebrument—dile á tu padre que prepare tu dote, puesto que deseo pagar en París el importe de mi notoría.

—Mañana mismo se lo diré.

El lunes siguiente, el suegro y la suegra acompañaron á la estación á su hija y á su yerno, que salían para la capital.

El suegro decía:

—Haces mal, Simón, en llevar tanto dinero encima.

—Estoy muy acostumbrado á estas cosas, y á veces he llevado en mi cartera quinientos mil francos. Puede usted tranquilizarse por completo.

—¡Señores viajeros, al tren!—gritó un empleado y en un instante se llenaron todos los coches.

Silbó la locomotora y partió el tren á toda prisa.

El trayecto duró una hora, y al llegar la pareja á la estación de Saint-Lazare, dijo Lebrument á su esposa:

—Si te parece bien, iremos primero á almozar al boulevard y después volveremos á buscar nuestro equipaje para llevarlo al hotel.

—Sí, sí, vamos al restaurant. ¿Está muy lejos?

—Un poco; pero tomaremos el ómnibus!

—¿Y por qué no tomamos un coche?

—Porque es cuestión de cinco minutos y no merece la pena.

En aquel momento pasaba un ómnibus enorme, y Lebrument gritó:

—¡Eh, cochero!

Detúvose el pesado carruaje y el notario, empujando á su mujer; le dijo:

—Entra en el interior; yo me subo á la imperial á fumar un cigarro.

Juana no tuvo tiempo de contestar y se sentó donde pudo, permaneciendo inmóvil entre un caballero obeso y una vieja mal oliente.

—¿Por qué no ha entrado aquí conmigo Simón?—decía para sí la joven, poseída de la mayor tristeza.

Transcurrió algún tiempo, bajaron varias personas, subieron otras, y el ómnibus no llegaba al término de su viaje.

—Esto está más lejos de lo que yo creía—pensaba Juana.

El coche seguía su marcha, deteniéndose en las estaciones y pasando por calles interminables.

La mujer del notario llegó á tener miedo, y hasta sintió deseos de llorar.

—Pero esto no concluye nunca—dijo para sus adentros.—¡Si se habrá dormido Simón!

Poco á poco fueron bajando todos los viajeros, y Juana se quedó sola en el carruaje.

El conductor gritó de pronto:

—¡Vaugirard!

Juana le miró, comprendiendo que aquella palabra iba dirijida á ella; pero al ver el cochero que la desconocida no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Entonces preguntó Juana:

—¿Dónde estamos?

—En Vaugirard; ya se lo he dicho á usted veinte veces.

—¿Está muy lejos el boulevard?

—¿Qué boulevard?

—El de los Italianos.

—¡Pues no hace poco rato que hemos pasado por allí!

—¿Quiere usted hacerme el favor de llamar á mi marido?

—¿A su marido? ¿Y dónde está?

—En la imperial.

—¡Si no hay nadie en ella!

Juana se puso pálida, y exclamó:

—¡No es posible! ¡Si ha subido conmigo!

—Vamos, niña—repuso groseramente el conductor—ya encontrará usted por ahí quien le reemplace.

La joven se echó á llorar, y añadió:

—¡Le juro á usted que se equivoca! Mi marido llevaba una enorme cartera bajo el brazo.

El conductor se echó á reir.

—¡Una cartera bajo el brazo!—dijo.—¡Ah, sí!..... ¡Ese caballero ha bajado en la Magdalena!.....

Juana no tuvo más remedio que abandonar el coche, y al pisar el pavimento, dirigió la vista á la imperial.

En la parte superior del ómnibus no había nadie.

***

—¡Qué va á ser de mí!—dijo la pobre mujer sollozando!

Juana echó á andar, llena de terror y sin comprender lo que le pasaba. ¿Qué le habría ocurrido á Simón? ¿Cuál podía ser la causa de aquel error ó de aquel olvido?

De repente se acordó de su primo Barral, jefe de negociado en el ministerio de Marina, y como llevaba dos francos en el bolsillo, tomó un carruaje y se hizo llevar al domicilio de su pariente.

Al llegar al sitio designado, le encontró en la calle, en el preciso momento en que salía de su casa para dirigirse al ministerio.

Juana bajó del coche y exclamó:

—¡Enrique!

El primo se quedó estupefacto y dijo.

—¡Juana! ¿Tú aquí, sola?..... ¿De dónde sales?

—¡He perdido á mi marido!

—¿Dónde?

—En un ómnibus.

—¿En un ómnibus?

Y Juana le refirió llorando su aventura.

—¿Llevaba mucho dinero encima?—le preguntó Barral.

—Sí; mi dote.

—¿Tu dote?.....

—Sí..... completa, para pagar el importe de su notoría.

—Pues bien, Juana, tu marido ha debido tomar á estas horas el tren de Bruselas.

—¿Mi marido?

—Sí; te ha robado tu dote, prima mía.

—¡Pues ese hombre es..... un miserable?.....

—¡Exactamente!

Barral la hizo subir á su casa, sosteniéndola por la cintura, y cuando la criada abrió con sorpresa la puerta, díjole el marino:

—Sofía, ve al restaurant á buscar un almuerzo para dos personas. Hoy no voy al ministerio.

Guy de Maupassant.

El nido de Condores

(FRAGMENTO)

En la negra tiniebla se destaca
Como un brazo extendido hacía el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanda venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas.
¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña.
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña.

En la tarde anterior, cuando vòlvía,
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera:
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante.»

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigado
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendióle el alba
Con su pupila roja!

Olegario V. Andrade.

ENVIDIA

CONFIDENCIAS DE UNA SOLTERONA

Para mí, cuya vida transcurre triste y monótona, será este día uno de los más agitados; no he tenido, sin embargo, más que una visita: la de una antigua amiga, que vuelve á esta tierra, después de treinta años de residencia en París; treinta años de dicha, de felicidad inmensa, para ser víctima, después en la más horrorosa catástrofe y encontrarse sola, inconsolable.

Hé aquí la historia de Germana Eyron; merece ser conocida.

Fuimos compañeras de colegio; hicimos la primera comunión el mismo día; nos examinamos juntas muchas veces, y siempre unidas nos presentaron en el mundo.

Este último acontecimiento consistía en asistir una vez por semana á las modestas reuniones musicales que daban alternativamente algunos funcionarios públicos.

Mi aparición fué más brillante que la de Germana; y puesto que han transcurrido treinta años, puedo decir sin orgullo, que yo era la más bonita de las dos; la más bonita y la más rica, puesto que tenía dote de veinte mil duros, y Germana tan sólo ocho ó diez mil.

Yo morena, ella rubia, con una carita de gato, sin más atractivos que los pocos años.

Pero los hombres ven las cosas á su manera, y aunque me llamaban «la hermosa Luisa,» hacían la corte á Germana, y no sentían hacia á mí más que una admiración platónica..... inspiraba respeto, en una palabra.

¡Cuántas veces llegaron á mis oídos estas palabras: «Luisa necesita por su belleza un Príncipe que se case con ella y la lleve á un Palacio encantado.....» Quizás tuvieran razón..... Desgraciadamente los Príncipes se olvidaron de mí, pues nunca hicieron ningún viaje por aquella provincia.

El resultado fué que me quedé para vestir imágenes, mientras que Germana, agasajada por todo el mundo, se casaba á los veinte y tres años con un inspector de Aduanas.

A las pocas semanas se iba á París, habiendo conseguido que dieran á su marido un cargo en la administración central.

Germana llevó la suerte á su matrimonio y fué aún más festejada que lo había sido de soltera.

Adoró á su marido y á sus dos hijos—¡una niña y un niño, como en los cuentos de hadas!—y fué realmente un modelo de casadas. ¡Es tan fácil ser virtuosa cuando se posee la felicidad!

Mientras tanto la pobre Luisa envejecía..... Cuando pienso en estos treinta años de mi vida, me parecen una interminable avenida de árboles, todos lo mismo.....¡Qué hice en estos treinta años, Dios de mi vida! y ¿cómo puede soportar sin morirme de hastío, los innumerables días pasados en la misma monotonía? Pues bien mentiría si dijese que he sufrido en mi soledad, y después de pasar los treinta, la crisis de las solteras, pasó la fiebre, y me desperté un día resignada con mi suerte, hasta riéndome de ella.

Feliz y contenta, en fin, de mi libertad, arreglé mi vida para no aburrirme; he aprendido lenguas que no hablaré nunca con nadie, he formado proyectos de viaje que tampoco conseguí realizar, y por fin, haciendo un poco de bien á mi prójimo, gané la amistad de algunas personas.

¡Qué existencia! ¿Pero no vale más que la de Germana, hoy?

Toda su felicidad, que parecía interminable, se vino abajo en dos años.

Una apoplegía se llevó á su marido. Su hijo, que ya era oficial, murió en la última expedición colonial.

Le quedaba á Germana una hija viuda, madre de una hermosa criatura: la madre y el niño murieron de difteria hace quince días.....

Sola, con los pocos recursos que el Estado concede á las viudas de sus empleados, aquí está de vuelta como un ángel herido de muerte.....Hoy trasladaron aquí los restos de sus seres queridos, donde podrá ir, al menos, á rezar sobre su tum-

ba.....Y esta será su vida en adelante: deshacerse en lágrimas entre los sauces del cementerio, hasta unirse, como ella desea, con los ausentes.

¡Cuántas veces, en mis años de soledad, al recibir carta de Germana en que me habla de su marido, de sus hijos, tuve accesos de melancolía dolorosa, revolviéndome contra mi destino!

Hénos ahora ella y yo en el mismo abandono, en la misma humillación; no tenemos más que nuestra mutua amistad.....Y verdaderamente, ¿no es mejor mi suerte que la de esta infeliz, herida cuatro veces en lo que más quería?

Yo ahora desafío á la providencia á que me envíe una pena que me haga derramar esas lágrimas.

¡Cómo se miente una á sí misma! Escribo esto y las lágrimas me vienen á los ojos. Y lloro pensando que Germana me hablaba hace un rato de su casa, de su matrimonio, de su hermoso hijo y del otro precioso bebé que tendía en su agonía los brazos hacia ella..... Sí, ha sufrido; no es ahora más que un mar de dolores, pero ha amado, ha sido esposa y madre..... Y ahora sí que tengo celos y envidia de sus tumbas, que son suyas, y sobre las cuales tiene el derecho de llorar, de llorar mucho.....

Marcel Prevost.

NOCTURNO

A R. Cabrera Malo.

¡Oh triste Musa que hasta mí descendes
mi lira á engalanar con rosas blancas,
y á murmurar muy quedo en mis oídos
el himno del amor y la esperanza!
¿Por qué cuando tus labios estamparon
furtivos besos en mi frente pálida,
lentamente rodó por tus mejillas
una quemante lágrima?.....

*

¿Recuerdas, dí, la niña encantadora
de azules ojos y cabellos blondos,
que con faz ruborosa y pensativa
se inclinaba á leer sobre mi hombro
las estrofas de amor que me inspirabas,
y los delirios de mis sueños locos,
y el ¡ay! que me arrancaban desengaños
y pesares muy hondos?.....

*

¿Te acuerdas, Musa? Otoño moribundo
daba el último adiós á los collados,
y se agostaban lánguidas las flores,
se hundía el áureo sol por el ocaso,
se marchaban las pardas golondrinas,
y el ronco viento al sacudir los álamos
llenaba el alma, al remedar gemidos,
de tristeza y espanto.....

*

Y ella, la soñadora virgencita
se inclinaba febril, pálida, enferma,
sobre el ancho balcón do se enlazaban
jazmines y aromosas madre-selvas,
para admirar cómo en la erguida cumbre
de la lejana y enriscada sierra,
descendía la noche con su manto
de lúgubres tinieblas.

*

—«Mira me dijo: con las secas hojas
imagen de mis castas ilusiones,
se marcha la esperanza, el ave amiga
que cantó con deleite mis amores,
y se acerca el invierno con sus sombras,
con su escarcha, sus negros nubarrones,
y con él el insomnio, el ave negra
de sus horribles noches.....

*

«Mas volverá la suave primera;

la golondrina tornará á su nido,
y oculta en el alar de mi ventana
llena de gozo arrullará á sus hijos;
reanudará la abeja sus faenas
entre las blancas flores del tomillo,
y el verde campo ostentará sus galas
con dulce regocijo.

*

«Y yo... como la rosa que entreablerta
en el jarrón sin agua languidece;
cual la dulce ilusión cándida y pura
que al primer beso del amor se muere;.....
quizás ya dormiré mi último sueño
en el frío regazo de la muerte,
allá del Norte en la región lejana
bajo la blanca nieve.....»

*

¿Te acuerdas, Musa ¿Otoño moribundo
daba el último adiós á los collados,
y se agostaban lánguidas las flores,
se hundía el áureo sol por el ocaso,
se marchaban las pardas golondrinas,
y el ronco viento al sacudir los álamos
llenaba el alma, al remedar gemidos
de tristeza y espanto.....

Gabriel E. Muñoz.
(Venezolano).

TRES SENSACIONES

Para Julian del Casal

¡Qué admirable Salón podría formarse arreglando hábilmente en la «Estancia azul» del Campo de Marte, todas esas imágenes desnudas que, repartidas como ahora se hallan en las grandes galerías eclécticas, pierden, por culpa de las vecindades burguesas, mucho de su encanto puro y su gracia sensual! Sí; sería un Salón encantador. Y más que un Salón, sería un templo en cuyo recinto sagrado podrían arrodillarse las almas apasionadas sin temor de que los rostros modernos interrumpiesen con sonrisas escépticas la gran devoción de la Carne.—Los adoradores de la Castidad hallarían en él muchas capillas para exaltar místicamente su ideal luminoso; á los devotos de la Lujuria también les sería fácil encontrar allí cuerpos dignos de ser cantados en letanías fanáticas; y sólo á las almas tibias les estaría prohibido entrar en su recinto.

Para mí, las principales imágenes del nuevo templo artístico, tendrían que ser: la *Stella*, de Picard; la *Frinea*, de Blanc; la *Eva*, de Mangeant; las *Artes*, de Deschamps; la *Venus*, de Gervé; la *Botánica*, de Duez; la *Harmonía*, de Menard; la *Toilette de Alice*, de Lee Robbins; la *Primavera*, de Callo'; la *Pesca*, de Lafon; la *Lucila*, de Carolus Duran; el *Estudio*, de Gironde; *L'Epave*, de Granger, etc., etc.—Y he aquí alguna de las plegarias que su contemplación haría brotar de mi alma:

***

A la BOTÁNICA, *de Duez:*

«Tú, Botánica, eres diosa y gentil. Las flores que te rodean, confundiendo el color de sus pétalos, con el matiz de tu carne, son hermanas tuyas porque nacieron, lo mismo que los cuerpos venusinos, de la caricia solitaria de los Elementos. El único marco digno de encuadrar tu desnudez olímpica, es la gran Naturaleza. Tus formas se destacan más puras entre el azul fosforescente del cielo y el verde tierno del campo que entre las sedas purpurinas de las alcobas. La mirada del hombre mancharía tu piel de rosa y los besos humanos te repugnarían, porque nuestras pasiones están llenas de desorden; mientras tu alma de ninfa odia los movimientos que descomponen las líneas. Tus placeres nacen de la contemplación y son ingenuos: oyendo la flauta lejana del dios Pan, te adormeces lírica y tranquilamente; viendo la silueta vaporosa de tus caderas en el espejo de los arroyos, te regocijas; y sintiendo el perfume de las flores

desconocidas, te pierdes en espasmos dulces y harmónicos. Nada te conmueve, porque siendo ideal has podido hacer de la castidad y de la belleza un escudo invencible.—Para ser Venus te falta el ardor, para ser Musa te falta el entusiasmo, para ser Diana te falta la fortaleza; mas posees la impasibilidad rítmica y, sin saberlo tú misma eres la Harmonía.—Las razas antiguas adoraron tu actitud; y si nuestras almas enfermas te desdeñan y te aborrecen, es porque aun no han podido comprender la sonrisa inconsciente de tus labios... Sin embargo, tú eres la única vencedora secular; pues nosotros moriremos, tú seguirás de pie, y cuando el Universo recobre su sagrado equilibrio, los mortales volverán á inclinarse ante el zócalo perdurable de tu gloria.»

***

A la STELLA, *de Picard:*

«Tú, virgen, eres cristiana. Por tu carne pálida corren estremecimientos de voluptuosidad mística; tus senos duros y vibrantes podrían servir de modelo á los artífices del oro para labrar vasos sagrados y divinos Santos Griales; tus grandes ojos límpidos acarician lentamente mil tentaciones lejanas, y en el pliegue misterioso de tu boca, hay espasmos soñados y besos no sentidos. Un nimbo podría divinizarte y un esfuerzo diabólico te perdería. Tu éxtasis me desconcierta y me inquieta, porque nada está tan cerca del fanatismo apasionado como el deseo invencible. —Cleopatra siendo virgen y Teresa de Jesús siendo joven, deben de haber visto como tú el círculo ardiente de las tentaciones; ambas fueron, al fin, víctimas del amor, y, viviendo de caricias opuestas, tuvieron fatalmente que juntarse en el polo de la Sensación. Tu cuerpo ha menester de goces infinitos que sólo el martirio ó el vicio pueden proporcionarle. Tus momentos de duda son horribles y tu alma flotante no podría salvarse sino por el paganismo ingenuo. Gioto y Bianchi, sin embargo, no te aconsejarían nunca que dejases caer tu alma apasionada entre las redes tibias de Venus.—Sé ardiente, sé instintiva; lucha, y deja, al fin, que la Lujuria mística te ahogue entre sus brazos de fuego. Sólo así serás divina é inmortal, virgen fanática.»

***

A la ALICE *de Lee-Robbins.*

«A tí, Alice, te conozco más que á Botánica, y te comprendo mejor que á Stella, porque tu alma de prostituta es menos complicada que sus almas de vírgenes. Te he visto pasar por los bulevares; te he seguido por los paseos; te he encontrado en la sala de los teatros y he admirado tu pierna blanca en los bailes públicos..... Más aún, Alice: he besado tus labios rojos y me he embriagado con el perfume capitoso de tus senos—Eres la Venus vulgar.—Tu nombre no sonará nunca en las casas honradas; la castidad moderna te tiene lástima, pero los adolescentes palidecen soñando en tí, y los viejos aristócratas se vuelven locos en tu alcoba. Dicen que eres mala porque empleaste las economías de un Coronel en comprarte un aderezo, ó porque hiciste que uno de tus amantes robara para conseguir la sortija que deseabas; pero en realidad no hay nadie más buena que tú cuyo dinero ha servido á muchas amigas en desgracia para no morir de hambre. También dicen que eres insensible porque tus párpados de nácar se cierran pesadamente mientras los burgueses lascivos sacian en el ánfora de tu boca la sed de besos prohibidos..... ¡Pobre Alice! Tu carne ha sido magullada por las manos de los borrachos; ha derramado gotas de sangre en las mesas de los hospitales y ha perdido muchas fibras entre las brutalidades vulgares del vicio; pero aún hay, en el fondo de tu sér, una cuerda sonora, una cuerda intacta; y el hombre escogido que logra hacerla vibrar con sus caricias dulces y capitosas es dueño pasajero de tu corazón, y tú eres feliz siendo una noche su esclava.—En medio de este mundo moderno que quiere metodizar hasta el Deseo, tú apareces ante nuestra vista como la única descendiente de la raza de las bacantes. Y no siendo ni verdadera Amorosa ni verdadera Prostituta, vacilas entre ambos puntos y te llamas Pecadora.»

Enrique Gomez Carrillo.
(Guatemalteco.)

BATELERA

A la Srita. Margarita Qijano

Batelera de bucles rizados,
De ojos negros y triste mirar;
Es tu voz el arrullo que imitan
Las ondas que vienen llorando del mar.

—

Canta! Canta! la brisa süave
Acaricia tu rostro gentil,
Y que prenda la aurora en Oriente
Sus gasas flotantes de bruma sutil.

—

Coje el remo, la barca te espera,
Ya del día despunta el albor;
Boga rumbo al país del ensueño!.....
¡Son naves doradas los cantos de amor!.....

—

Boga, Boga, playera querida,
De tus remos cantando al compás!
Puebla el aire de risas y arrullos,
Y... ¡adiós!... ¡Para siempre, playera, te vas!...

—

¡Dios te guarde!... Que siempre en tus ojos,
En tus ojos de dulce mirar,
Se dibujen ensueños, estrellas,
Y nunca las ondas azules del mar!.....

—

Coge el remo, la barca te espera,
Ya del día despunta el albor;
¡Boga rumbo al país del ensueño!.....
Son naves doradas los cantos de amor!.....

Rafael Martínez Rubio.

México—1896—

APUNTES SOBRE PERICO VERA[*]

Perico no era el tipo inmaculado del escolar, las manchas que la plebe deja no se borran fácilmente y á veces se esperezaban en él las viejas manías; entonces recordaba sus amistades de baja ralea, corría á los tenduchos donde se tuteaba con carreteros y vendedores de materiales y estos fueron los primeros en iniciarlo en el comercio de las mujerzuelas, sin haber tenido antes una aspiración limpia á la belleza, una aspiración á los amores ensoñadores, una tendencia al ideal.

Algunos huérfanos son tardíos para el amor; el cariño materno prepara el alma para esas ternuras, delicadezas psíquicas, vagos deseos, mágia de visiones, todo el proceso de los placeres como disfuminados en un ambiente luminoso y suave, suerte de sereno plenilunio; el ensueño de los ojos que es la forma poetizada, indecisa y fugitiva; el ensueño del oído que es la palabra murmurada, lenta, cantada, trasunto de melodías que acarician y aduermen; el ensueño del olfato que es el hálito casi místico de rosas blancas intocadas, de virginales lirios, de carne inocente de mujer, de cabellos sedosos, de manos que han conservado el recuerdo oloroso de flores cortadas; el ensueño del tacto que revela purezas en la línea, suavidades y morbideces, y es del ósculo limpio de la madre, es de su mirada, luz y caricia envolvedoras, de su ademán que protege y atrae, de donde nace aquella como aristócrata aspiración hacia lo bueno, cariñoso y bello.

No hubo en Perico esa obertura; desde temprano conoció á la mujer en el medio donde se revela la hembra que enloquece pero hastía; siempre quedó después de sus besos el dejo amargo de lo impuro y esa incurable, esa dolorosísi-

(*) Véase el último número de LA REVISTA AZUL.

ma tristeza, como remordimiento, como interna acusación de la energía nerviosa gastada en el exceso que no es sano; pero hay en el fondo de toda juventud una plétora tal de generosas fuerzas que si se corta la planta nueva, retoña; si se la hiere llora savia, si se mutila en hojas, renace en flores: es la lucha sorda de la vitalidad ansiosa de prevalecer, en color ó en perfume ó en pólen y á veces al lado de la pervertidora de menores, de la disgustante mesalina fea y barata que lo mimaba por joven y por inocente, brotaba del alma de Perico, como de la médula de ignoradas ternuras, de recóndita castidad, la frase amorosa sabida por instinto, el grito del arrobo, la súplica demandando más, más embriaguez y el profanado *vida mía* flotaba como sutil y resplandeciente mariposa de ese fango; un punto se teñían con el iris las burbujas pantanosas donde se acurrucaban latentes gérmenes de maldades, enfermedad y muerte.

Movía á lástima aquel joven de pocos años, con la fisonomía estragada de los trasnochadores, hundido á las altas horas de la noche en la banqueta despanzurrada de los billares, en el banco de tres pies de las cantinas, ó en el canapé vil de viles casas. Revolaba como insecto insomne en los tívolis donde se balla sin pudor ó se anexionaba á una tropa de viejos degradados que paseaban sus náuseas de mal orígen de fonda en fonda, de cantina en cantina; por todos los antros nocturnos del desorden y la inmundicia cotizada.

El Capitán, su padre, no solo no ignoraba la vida del hijo, sino que había llegado á una tolerancia culpable, más aun, hubo vez que estuvieran á punto de encontrarse. Los amigos celebraban las precocidades de Perico y el padre se reía oyendo este final:—Es tu retrato!

Había aprendido la guitarra y de oído sacaba en el piano algunas danzas, así es que se le buscó para todas las parrandas; era el elemento musical de ellas y facil sería definir cuál era su sociedad, sus amistades y sus visitas. Jamás lo espantó una camarra: tenía malo el vino; vociferaba en las disputas, lanzaba botellas, rompía copas y llegado el caso un bledo le diera usar de la pistola; apenas si por un escrúpulo se cambió de nombre en la Comisaría después de la borrasca final de un *gallo* de ambos sexos, como lo definió el gendarme para explicar que varias mujeres andaban con el grupo.

No se sabe ni cuándo ni cómo ingresó á la Escuela de Comercio, dicen que en aquel establecimiento cambió algo su modo de ser; es ahí el tipo del bohemio, del muchacho desarrapado, pícaro, vicioso á ratos, cuanto se quiera, pero simpático, simpático desde las primeras palabras de su saludo, ocurrente como nadie, rasposo en clase, listo para entender una soplada, con memoria tan feliz que estudia con otros compañeros y lo poco aprendido lo disuelve de tal manera en una verba inagotable que jamás alcanza un cero en las listas; como es voluble, por volubilidad que no por otra causa cambia de aficiones y se da á la lectura; concurre á la biblioteca y nace el esbozo de una afición literaria, aprende no ya aquellos versos de fondo obceno y forma equívoca, sino la rima soñadora; sabe un poco lo que es arte; lo que es ciencia, lo que es moral y quizá ante un poeta, un filósofo, un apóstol ó un genio, se revela en él la facultad analítica, la evolución razonadora de su cerebro y por súbita introspección se mira muy abajo de donde debería estar y se entristece con la tristeza del angel que se sorprendiera un día sin alas, sabiendo que esas alas servían para volar.

Comienza un fugaz período de regeneración, tiene un amigo, un muchacho más grande que él, hercúleo, lleno de espinillas, brusco, pero candoroso como un niño, un hijo de familia que lo sugestiona con pláticas no oídas, le hace cobrar momentáneo cariño á los goces intelectuales, le habla de algo que no es ni el retruécano, ni el cuento picante; lo lleva al teatro y á los paseos, le inspira un poco de cuidado en las maneras y en el modo de vestir, y por último, le abre las puertas de su casa. Aquello es un espectáculo nuevo para Perico, una finca que tiene macetas, pájaros, alfombras, aseo, no sé qué olor de honradez, ve de cerca lo que es una madre idólatra de un hijo, lo que es el mimo de dos lindas hermanas, las señoritas Natalia y Sara, sobre todo la mayor tan discreta, tan blanca, tan ideal.....Al verla y volverla á ver y tratarla como que lo sobrecoge un respeto de creyente y vuelve la parte sana de su espíritu á esa aparición seráfica como el galeote sus ojos al bólido errante que centellea, pero no se puede alcanzar; la distinción de aquellas gentes, la urbanidad con que lo acogen, todo eso lo inquieta, se siente fuera de su sitio, se avergüenza de hallarse mal vestido, ahoga en la conversación dos ó tres ter-

ternos inminentes, que usa por costumbre como imprecindibles porciones de la conversación y parécele que satura el ambiente una esencia que no conocía, le huele raro, son las flores de los jarrones y extraña las esencias delatoras de la casa de la «Mañosa» y las ropas ceñidas de la «Flecha,» sus únicas visitas.

Cuando lo llevan á la mesa, se siente más torturado que agradecido, desconoce los usos de cierta vajilla, teme apestar á vecindad, á gente plebeya y se necesita de toda la correctísima figura de Natalia para disimularle faltas de las que no se da cuenta. Natalia ejerce sobre él tal ascendiente que le arranca la palabra de honor de ser un buen muchacho, estudioso, se entiende.

Y es de vérsele después de clase rodeado de colegiales que lo urgen para que les dé una tanda de cuentos, se hace proverbial su carencia de cigarros y de dineros y por cada tres chistes le dan uno y por cada seis lo invitan á comentar un chocolate en el «Ecuador»; al té de hojas de los desvelados, substituye el honrado café de los que velan para preparar el examen y en su bolsa de pecho no más «Biblioteca Horizontal» sino el cuestionario y los apuntes y un misterioso papelito muy doblado y muy oculto, un recado de Natalia á su hermano..... Natalia, era pues, la pureza no confesada de aquel chiribitil sombrío de bohemio.

A Carlos Muro debe pues y no á otro el haber llegado á esa altura donde lo sorprenden dos acontecimientos: uno es que su amigo pasará las vacaciones en un Estado, otro la deposición de empleo de su padre, que lo llama un día y le significa ser ya tiempo de que se busque la vida por sí solo y entonces comienza una lucha vergonzante para conseguir dinero y se disienten mil proyectos, que la urgencia del caso destruye uno por uno. En el comercio le responden que el personal está completo; en las oficinas del gobierno le proponen ser meritorio, quiere decir esperar varios años una vacante; para los puestos de boletero, cartero, copista, exigen fianzas ó aptitudes que no puede comprobar, se decide á pedir su alta en un cuerpo y seguir las huellas de su padre, pero entonces Muro lo salva en vísperas de viaje. Su madre tiene unas amigas originalísimas, las señoritas Monterrubio, solteronas adineradas, Amenaida es precisamente la madrina de Natalia, quien lo ha recomendado, nada menos; estas personas necesitan un joven honrado, cristiano, de buenas maneras, que les haga cobranzas y arregle una contabilidad sencilla; que Vera podía poner al corriente con facilidad, aunque el sueldo no sería una fortuna, cuando menos le serviría de ayuda mientras su padre volvía al empleo ó él encontraba cosa mejor. Muro en persona lo llevó á presentar con las damas linajudas que tantos recuerdos dejaron en Perico Vera.

V.

Una vieja casa con aspecto claustral; abierto solo un postigo de la enórme puerta realzada con labrados de iglesia pintados de verde; un patio de lozas inseguras invadido de malezas, que forman plinto á las columnas enfermas y desconchadas, en el fondo de la cochera una calesa vetusta enfundada; las gallinas alborotan en un pescante de roido cuero; en la caballeriza cerrada por vigas color de ocre dos mulas ancianas, casi ciegas; atraviesa un portero, un viejo chiquitillo de cabeza rapada y blanca como el algodón y traje de luto, que viste hace diez años, fecha de la muerte de Don Diego, Jefe de la familia; éste sirviente jubilado se llama Dimas, es casado y tiene un hijo de veinte años, aprendiz de dorador en un taller de marcos y churrigueras y altares para iglesia. Aquel hombre cargado de años, Dimas, con aspecto de sacristán infiere ideas conventuales en un rayo de sol que palidece reflejado por muros verdiosos; huele el caserón á humedad y á zahumerios, su atmósfera es de cripta y el pensamiento retrocede muchos años al mirar en el descanso de la escalera un cuadro piadoso, una virgen de blanco y azul, borrosa, con tonos bituminosos, raspada á trechos, ensuciada por las moscas, sustentada por una repisa de madera con ofrenda de flores de papel en jarrones de porcelana y velas de cera añosa, apagados lustros quizá en sus empolvados guarda brisas; en el corredor pájaros mudos y tiestos, melancólicos y aquí y allí nuevas pinturas representando santos.

(*Concluirá.*)

Micrón.

DEBER

Cuando alguno me insulta ó apostrofa
Dejad que el verso vengador apronte,
Y del honor sobre el erguido monte
Lance á los aires la rotunda estrofa!

No todos somos de la misma estofa
Ni vemos de un color el horizonte,
Ni se puede exigir que el alma afronte
Con fría calma inmerecida mofa!

Cuando un ardiente corazón se exalta
Herido por la daga de la Envidia
Que asesina quizá, más no convence,

A sus deberes sacrosantos falta
Si no se lanza á la terrible lidia
En que ó sucumbe con valor..... ó ¡vence!

N. A. González.
Ecuatoriano.

EL SATIRO SORDO

[CUENTO GRIEGO]

Había cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo Rey de su selva. Los dioses le habían dicho: «goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta.» El sátiro se divertía.

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fué osado á subir el sacro monte y sorprender al dios crinado. Este le castigó tornándole sordo como una roca. En balde en las espesuras de la selva, llena de pájaros, se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomena llegaba á cantarle sobre su cabeza, enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. El permanecía impasible, ó lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas, alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como á un amo á quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa, y aunque no escuchaba ninguna vez, ni el ruido de los crótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo, que tenía patas de cabro.

—

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros únicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplaba su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después, en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba á la alondra la cumbre, al asno el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños; despertaba al roble diciéndole: «viejo roble, despiértate.» Se deleitaba con un beso del sol; era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo la inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía rumiar la pastura moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía como hoy tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas, no se había imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius en latín, Passerat, Buffon y el gran Hugo, en francés, Posada y el Doctor Valderrama en español.

El pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las yerbas y las flores. Y los grandes árboles iluminaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó huir á los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él pondría temblor de armonías y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Demeter sentía gozo. Las palmeras derramaban polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crín. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, á quien él encantaría, donde sería tenido como un semi dios; selva toda alegría y danza, belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes serán siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas, y ruidos de sistros, y donde el Rey capripede bailaba delante de sus faunos beodo y haciendo gestos como Sileno?

—

Fué, con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguida y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad cantó. Cantó el gran Jove de Eros y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes: cantó la copa de Dionisio y el tirso que hiere al aire alegre, y cantó al Pan, emperador de las montañas, soberano de los bosques, dios sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de una harpa eólia, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y las notas armónicas que brotan de una siringa. Cantó del verso, que baja del cielo y place á los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y el tímpano en el pean.

Cantó los senos de nieve tibia y las copas de oro labrado, y el buche del pájaro, y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmática. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen, á quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímido al cantor, y le dijo temblando en voz baja: «¡yo te amo!» Filomena había volado á posarse en la lira como la paloma anacreóntica. No había más eco que el de la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz: «¿Está aquí acaso Apolo?»

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa harmonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo á éste: «¿Os place mi canto? Si os así me quedaré con vos en la selva.»

El sátiro dirigió una mirada á sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolvieran lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

—Señor, dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche. Quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su harmonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto á los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien y es un elegido de los dioses.

Su música embriagó el bosque entero. Los ángeles se han acercado á revolar sobre nuestras cabezas; los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos; las abejas han dejado sus celdillas para venir á escuchar. En cuanto á mí, oh señor, si yo estuviese en lugar tuyo, le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias: la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios rubusto despedazaría de un puñetazo al mismo Athos. Orfeo les amenazaría con la eficacia de su voz triunfante, á Nemea su león y á Erimanto su jabalí. De los hombres, unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trigal, otros para combatir en las sangrientas guerras, y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno goza tu alma.

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba á impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

Ah! la alondra había cantado, pero el sátiro no oía! Por fin dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien, ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado á otro, grave, terco, silencioso como el sabio que medita.

Entonces con su pie hendido hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo y sin darse cuenta de nada exclamó, señalando la salida de la selva á Orfeo:

—No!.....

Al vecino Olimpo llegó el eco y resonó, allá donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto á ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó; pero se casó con Euridice.

Rubén Darío.
(Nicaragüense.)

AZUL PALIDO

La risa, la buena risa, la que conforta y alienta, la que convierte la vida una bulliciosa excursión á través de campos floridos, la que da la salud y hace vibrar harmónicamente todas las fibras, ha sentado sus reales en Arbeu. ¡Oh matrimonio Della Guardia! ¡Oh sincero Fabbri! Vosotros sois los triunfadores y allá va un franco aplauso.—*Provincianos en París*, *Tía de Carlos*, *Carnaval de Turín*..... deliciosas humoradas que habeis tejido bullentes explosiones de regocijo en el vetusto salón de San Felipe!— A trechos, en medio del alegre cascabeleo, aparece alguna pieza que, como *La Patria* de Sardou, os trae impresiones de otro orden de ideas. Pero *Patria*, se antoja un viejo tapiz conservado cuidadosamente en los almacenes del teatro. Tapiz es *Patria*, tapiz flamenco y las figuras tienen esa nebulosa rígidez de los grandes lienzos murales. —Aquellos hombres y aquellas mujeres de otros tiempos en vano pretenden hablaros al sentimiento; los encontrais rígidos y aparatosos; cuerpos humanos, almas de estatua.—Como impresión de un cuadro de época, la obra del gran dramaturgo francés puede agradaros; como impresión de vida, no! Y yo, como un maestro, prefiero la vida al arte.—Me direis que esas na-

derías escénicas de que hace un momento os hablé—*Tía de Carlos, Provincianos en París, Carnaval de Turín*—tampoco arrancan de la realidad, si no es como la caricatura arranca de la naturaleza. Es cierto, mis buenos señores; pero en esas obras que juzgais baladíes, en esas caricaturas, se encuentra siempre un fondo de crítica, un estudio burlesco de una sociedad y de unas costumbres.

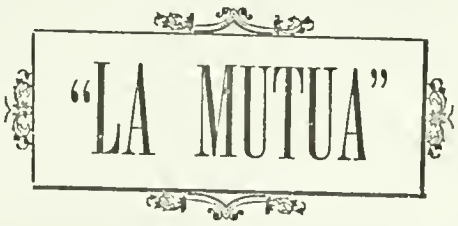
Burlesca es la obra de Cervantes y por eeria la tenemos todos, porque lo trascendental en las obras del espíritu humano está en la huella que dejan tras sí, en le amplitud de las ideas vertidas.—Burlesco Offembach, burlesco Gavarni y ellos prepararon el golpe de muerte á un estado social, á una situación política.—¿Y el *Matrimonio de Fígaro?* ¿No ois punzar el guitarrillo andaluz? Y en las notas de la alegre copla ¿no escuchais el lloro de un pueblo que pronto va á ser redimido?—Bien venido tú, burlador inquieto, duendecillo travieso, revoltoso agitador, que por armas tienes el epígrama y por baluarte la ironía. Bien venido tú, *Humor*, que llevas en tu propio organismo el balsamo de sus heridas. Alguna vez, en esta doliente edad de dudas y vacilaciones, debes tomar puesto en el banquete. Señores, vengo á daros una noticia: la Risa existe. Id á Arbeu y os convencereis de lo que os digo.

Petit Bleu.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.



PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50 Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.

Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1856. NUM. 22.

APUNTES SOBRE PERICO VERA

[CONCLUYE]

Las dueñas son dos hermanas Amenaida y Consuelo Monterrubio, ésta que es la menor hundida en un sillón víctima de una ulceración rebelde en la pierna izquierda. La sala al abrirse arroja una bocanada de alcoba cerrada mucho tiempo, un olor de aire confinado; hay muebles de caoba y terciopelo, un canapé de cerda especie de trilineo con patas en forma de cuello de cisne, prendido con tohallas de gancho, un ropero chino con gonces mohosos, un reloj parado bajo capelo de cristal, esculturas de santos, bombas azogadas y en la mesa central entre un frasquillo abollado de cobre y una jícara de plata, cierta canastilla de fibras marinas con flores y ramilletes hechos de conchas rosadas y caracoles minúsculos, en su pedestal de riscos y asterias, como que vaga un mundo de chuchorías de almohadilla, muñecos de cera, animalitos de barro, anforitas de hueso, tazas y platitos de cristal y mujercitas de trapo primorosamente vestidas que cabrían en una cáscara de avellana.

En el rincón un piano incunable, con plastrones de seda plegados en sentido de los radios y en el medallón central una pintura inteligible, quizá una danza de pastores.

Se habla quedo en esa mansión que podría tomarse por el retiro de una abadesa exclaustrada. Muro y Perico Vera comentan el mobiliario cuando aparece doña Amenaida Monterubio, era una dama pulcra y seria pero galante por extremo como toda gente bien nacida; peinada con raya enmedio y bandós irreprochablemente acocados en las sienes, saco de seda cruzado por luenga cadenilla de oro, enaguas acrinolinadas y discretos pantuflos de paño; lentes de oro para leer y dentadura postiza; lo que denunciaba en ella su abolengo eran sus manos viejas y marchitas pero blancas, puras y de corte nobilísimo. Fué breve en sus arreglos, bastaba que la familia Muro se interesara por Perico para que ella lo admitiera; jamás habís tenido que ver con dependientes, ántes el hermano llevaba el peso de los negocios, pero muerto él ¡hágase la voluntad de Dios! se veían precisadas aunque pobres á pagar un joven honrado, que con doce pesos, bien poco, podría comprar siquiera libros de estudio. Se arreglarían fácilmente, le pondrían su mesa en la antesala que es la de mejor luz, podía trabajar á gusto lejos de todo ruido porque no recibían visitas y se pasaban el día allá en el fondo de la casa; no sólo, si era afecto á la música podría tocar el piano, muy desafinado después de diez años de reposo, salvo los Viernes que era día de dolor y luto, porque en Viernes falleció Don Diego el hermano irreparable, ¡en paz descanse! y volvía sus ojos al retrato oval de un señor de chaleco bordado, pantalón de ante al parecer, corbatín y peinado de poeta. Podían fumar, ella no era gazmoña en eso y además tomarían unos panales de rosa cuya limpieza garantizaba, pues una monja muy curiosa los hacía.

Tal fué la primera entrevista con la señorita Monterrubio. Perico guardó de ella vivísima memoria, le impresionó aquella dama discreta, benévola, candorosa como una niña. Llegó el lunes y halló en la antesala los documentos por arreglar, un tintero antiquísimo recientemente pulido con tiza, un vaso de municiones y pesada salvadera además; una zalea para los pies y una escupidera bien lavada. Tuvo que esperar largo rato á que la señora concluyese sus rezos matinales que terminados pasó á explicarle de lo que se trataba, de la cobranza de una casa de vecindad lejana de ahí y el arreglo de una contabilidad nada difícil. Lo dejaron solo en aquella pieza en que el silencio parecía exagerarse, en el centro de una casa muerta; el zaguan no se abría, nadie taconeaba en las escaleras, no sonaban ni timbres, ni portones, no aleteaban los pájaros, no alegraba ni el canto de la criada ni el pedaleo de una máquina de coser, el portero tosía pero discretamente y apenas si las mulas de cuando en cuando golpeaban sus separos, ó se escuchaba un chorro de agua sucia vertida en el caño del patio. Y todos los días igual, Perico parecía habitar solo ahí, pero la existencia de los humanos se manifestaba en el caserón por medio de atenciones; una criada indígena, tonta, montaraz, tímida como un animal le entraba los azucarillos, el dulce, el chocolate ó uno que otro obsequio monjil que las señoritas no tomaban por enfermedad. La vieja ama de llaves, Eustaquia, semana por semana le entregaba un bulto de papel de china, tres pesos, ¡oh delicadísima atención! en quintos y décimos nuevos.

Le instaron tanto que el muchacho, un día abrió el piano, la llave tomada de orín luchó con la herrumbrosa cerradura, los goznes crugieron, al levantar la fina tapa se escapó un olor de marfiles viejos y maderas finas, algo como el hálito de esa tumba de seculares melodías y al herir las teclas el sonido era como sollozo, lenta queja, exclamación de sueño de alguien que despierta ó resucita; las notas eran de clavicordio, sordas y trémulas, notas harpadas, notas añejas, notas de otros tiempos, que traían á la memoria minuetos de corte, gavotas castellanas, adagios de seculares sonatas, preludios y fugas de capilla, algo del pasado, algo de nobleza y generaciones idas y el muchacho lo profanó brutalmente, esbozando los acompañamientos canallas de una canción libidinosa, mala palabra, en la estancia venerable, entre muebles claustrales, retratos místicos, y efigies de santos, resonó como una obscenidad escandalosa en la paz de una iglesia solitaria y severa: ¡pobre piano! ¡qué macabra, qué impropia, qué lúgubre sonó la primera danza costeña, licenciosa y lúbrica; convulsa como una hetaira, desmayada en un espasmo, gimiendo súplicas lascivas y simulando amorosos cuchicheos! Un maestro de capilla cantando peteneras, después de rezar el concierto de los psalmos!

Perico Vera tuvo en el clavicordio un pretexto para trabajar poco, sacó de oído, valses, danzas, polkas, y por fortuna nadie lo oía, el instrumento era sordo.

Eustaquia y Nieves, las criadas, acercaban sus sillas de costura hasta el portón y más de una vez al llevarle un vaso de agua ó un trapo de sacudir entablaron diálogos sobre la familia, por ellas supo que lo juzgaban una excelente persona, que cuantas veces escribía el Sr. Muro preguntaba por él y que las señoritas pensaban encargarlo de la cobranza de una casa: el 9 del callejón Colorado que tenía muchas viviendas; las señoras eran unas santas, socorrían á todo el mundo; se pasaban el día en el oratorio, una pieza que había en el fondo de la casa, bendecida, con altar, una virgen de Guatemala á la que se hacía una fiesta el Viernes de Dolores; cada ocho días por licencia especial del Arzobispo celebraban la misa en casa, los domingos el P. Octaviano se desayunaba y comía con las amas, era de un humor excelente, se parecía por las aves, se entretenía chiflando á los pájaros, tenía *manos de ángel* para curarlos de la pepita; según contaba había sido militar muy perdido, lo hirieron en una acción, lo curaron las hermanas de la caridad y Dios le tocó el corazón á un grado tal, que tomó el hábito de Nuestro Padre San Francisco; él y el Sr. Licenciado Ramos eran los únicos varones que entraban á las piezas, divertían mucho á la Srita. Consuelo, una mártir que se moría sin una queja; pero eso sí, la Srita. Amenaida no la dejaba sola un momento, en vano el Doctor se cansaba de decirle que saliera á tomar aire, que hiciera ejercicio, pero ella se había propuesto no separarse de la enferma, ¡qué más! el coche llevaba como un año de no usarse, desde una noche que llovió y fueron á dejar al P. Octaviano; sólo se ponía cuando lo solici-

aban para un viático, era pues un coche santo, tmás había posado en él su Divina Majestad que la gente común. Antes lo manejaba Dimas y después su hijo Leoncio, que era alocadísimo. Y se extendía la vieja en divagaciones sobre los antepasados, confundía fechas y nombres, olvidando comienzos ó terminaciones de hechos que se perdían en el derrumbe senil de su memoria. Nieves, la indígena con aire taimado de bestia recelosa escuchaba con los ojos obstinadamente bajos atormentando la orla del delantal.

Perico pasado el tiempo fué un elemento de divagación en aquella casa de suyo pavorosa, hasta el portero y su esposa llegaron á obsequiarle quesos y mantequillas de *su tierra* á cambio de lecturas y redacción de cartas escritas en bárbaro, la vieja Eustaquia tuvo para él ternuras de nodriza y Doña Amenaida con motivo de una fiesta aumentó un peso á su sueldo.

La criada Nieves parecía temerle el instinto como único centinela de su imbecilidad indefensa, le denunciaba algo peligroso en la manera con que el muchacho la veía, algo raro que no comprendía pero que le hacía correr un frío cosquilleante de susto á lo largo de la espina, era el mal, el mal latente, la idea canalla, el instinto bestial dormido pero no muerto en Perico, que á la mansión pacífica y claustral, llevaba el fango de la calle.

Se hizo amigo de Leoncio el hijo del portero, porque sus aficiones al bajo pueblo privaban sobre las demás. En tres sesiones lo catequizó por completo, lo inició en los misterios de la rayuela, lo presentó en la pulquería del «Perico,» lo hizo escatimar centavos que debieran gastarse en pasturas, lo aficionó á las amigas de rebozo y dos trenzas y juntos se pasearon las tardes de los Domingos en los columpios, en las maromas de barrio, en las canoas del canal, en los ballecitos de arpa y en las carreteras, libando tlachique en sospechosos ventorrillos del despoblado; no iban solos, llevaban mujeres que con el rebozo como capucha desafiaban la lluvia, el polvo y el sol; amigas que apostaban carreras, que se dejaban tomar por el cuello y llevaban la voz de las canciones gritadas á pulmón pleno; amigas que extendían como tapiz un pañuelo sobre los pastos y en ellos sesteaban chupando cañas ó pelando naranjas, mientras ellos tumbados con el sombrero en la cara como pantalla para el sol dormitaban, se entretenían en seguir las evoluciones de las hormigas ó los brincos de los saltamontes ó disparar pedradas á inofensivs recuas ocultándose en las zanjas sin agua.

Volvían temprano porque Leoncio tomaba como pretexto para ausentarse la devoción: sus padres lo creían en el Rosario de la Iglesia cercana.

Por aquellos días comenzaron las cobranzas del Callejón Colorado número 9. Perico Vera no fué honrado, dispuso de lo ajeno, contó á Doña Amenaida que los inquilinos no pagaban, toleró en la vecindad gente de mal vivir que dejaron siempre la renta para el mes entrante y al devolver los recibos á la candorosa Sra. Monterrubio, hilvanaba estupendas invenciones para explicar el por qué no se cubrían: unas veces el papá, un pobre artesano estaba tendido, la madre lastimada, dos ó tres niños enfermos, sin asistencia ni sustento, la virtuosa dama se conmovía con aquellos cínicos relatos, mentidos sin un solo sobresalto de conciencia; tenía fe en Vera y jamás demostró disgusto, por el contrario, inmensa, cristiana caridad para los supuestos desdichados.

VI

Para explicar su poca puntualidad, en los últimos días del mes, Perico pretextó un reumatismo lumbar; la Srita. Amenaida le prohibió todo trabajo, que pudiera perjudicarlo y le ofreció hasta los buenos servicios del Dr. Bermudas, médico de la casa, pero el muchacho se negó, no solo, en tren ó en coche podía desempeñar sus comisiones.

La buena dama le dió una prueba más de alta estimación, el P. Octaviano había mandado pedir la caleza para conducir un viático, Perico y Leoncio la llevarían á la hora fijada y con todo respeto y si el eclesiástico la desocupaba temprano y no mandaba otra cosa, podrían disponer de ella para hacer el cobro.

Y se mandó poner el coche, lo cual fué acontecimiento maravilloso en el vetusto caserón.

La faena comenzó desde en la mañana y muy temprano, se procedió á quitarle no solo la funda endurecida como un cartón, sino los trapos lavados que sobre el techo se oreaban; después se desocupó el interior convertido en baul, se cubeteó la caja de barniz blanquizco

y rayado; era una vieja caleza, una estufa episcopal, con vidrios ovales entrambos lados de la testera, cortinillas cafés y el interior de maltratada seda acojinada y llena de polilla; el vehículo crujía á cada impulso, los muelles nó obedecían como si los años hubieran consumado una ankilosis en la máquina toda; era casi imposible voltear el juego de ruedas faltas de aceite, los gusanos surgían bajo las yantas enmohecidas. Las mulas mismas, habituadas á la penumbra salitrosa y humeda de la caballeriza, á la posición forzada, á la vida sedentaria y contemplativa, deslumbradas por la luz, se tambaleaban en medio del patio; tan humilladas por los años, que permanecían después cabizbajas é inmóviles donde se las dejaba; deformados los cascos, las patas y colas roídas por las ratas, los ojos turbios, casi ciegos, pitañosos y con un lacrimeo senil; sordas, el ruido ó el silencio les era igual; parecían insensibles al golpe y bien podía abatirse en sus lomos una voraz nube de moscas tercas, que ni siquiera estremecían la piel, con una mansedumbre de idiotas, dejábanse poner los arneses y los frenos, uncirse á la lanza y recibir los irónicos pases del cepillo en las calvas carnes. Leoncio se subió al pescante mientras Doña Amenaida gritaba desde el corredor.

—Mi señor Don Perico, va usted muy honrado en ese coche, debía usted subir á él en estado de gracia, porque fué el Divinísimo el último que lo ocupó. Persíguese antes de salir para que no suceda una desgracia y dirigiéndose á Leoncio: Van primero en casa del P. Octaviano y después donde él les diga, poco á poco, nada de carreras, nada de chicote, y por Dios culden de no atropellar á nadie, de no chocar con un tren; tomen calles buenas y que Dios los acompañe.

Gimieron las bisagras del zaguán, costó un triunfo correr los cerrojos, con desgarramiento de telarañas y fuga de insectos dormidos en las grietas de la madera casi fósil y Dimas hubo de estirar por el freno á los animales que no se movían ni con el grito, ni con el golpe, ni con la caricia, cojeando y torpemente anduvieron por fin y el rodar del carruaje retumbó como un trueno en aquel patio conventual donde era escándalo el pío de las gallinas.

Y ahí va esa momia de coche produciendo risa, seguido por los motes de los aurigas de cavalandria, bamboleándose, chirriando los herrumbrosos ejes y á paso de entierro; Paco se ha subido al pescante, el fuete se abate sin piedad sobre las mulas emballestadas, que llegan por fin á la casa del P. Octaviano, que no necesita ya el vehículo y ambos verdugos la emprenden al callejón Colorado, asoleando, fatigando á los animales que arriban sudorosos y exangües.

En el callejón el bullicio es infernal, ante el único coche que por él ha transitado ha larga fecha, mientras Leoncio y Perico se meten á la vivienda de la «Chachalaca» y la «Hoyitos» que los tenían citados, encargan la estufa al primer rapaznelo que se ofrece, éste se trepa al pescante y tras él toda la chiquillería; unos se cuelgan del eje trasero, otros se meten por las ventanillas y se revuelcan con fruición en los viejos cojines, hunden los súcios pies en la desteñida zalea que se les antoja suave terciopelo, gritan y alborotan, llevan consigo al perro enlodado que retoza con las tohallas casi deshilladas y hubiera acabado sus incontables días el vehículo malbadado si no hubieran soplado por el momento vientos propicios. Los inquilinos pagaron. Con dinero en el bolsillo. Perico y su cómplice discurrieron divertirse y las muchachas propusieron un almuerzo allá, bajo aquellos árboles, en una sombrita deliciosa, junto á un ojo de agua y sin esperar más que el tiempo de surtirse de comestibles y bebidas de suburbio, en la tienda más próxima y de un cubo de pulque de tuna y fritangas baratas, aquellas hembras desgarbadas y sin pudor, se terciaron el rebozo, montaron en el vehículo, cargaron el pescante con trastos y cacharros y entre risas y gritos tomaron la calzada polvosa; un racimo de muchachillos asaltó el eje y al kilómetro y medio hicieron alto en una plazoleta de árboles donde un asno asustado dejó de beber, los vió primero chorreando agua el hocico y huyó á zaucajadas después.

—Acuérdate que nos esperan antes de las doce, dijo Perico á Leoncio al llegar.

—¡Que nos esperen! dijo el otro. Se armaron las mulas, testereamos á un indio y nos llevaron á la Comisaría ¡que nos esperen! Y para que gocen desenguarnecemos á estas harpas, que también tengan sus vacaciones; y las mulas libres, libres una vez en su vida, como inficionadas de travesura y libertinaje, rebuznaron primero, se revolcaron después con las patas al aire, tiraron

coces, apostaron carreras y serenas ya, tras el acceso, paso á paso, arrancaron el pasto reseco y asoleado de las tierras incultas; de inofensivas se tornaron en hoscas cuando un menor de edad quiso montarlas en pelo: reparaban.

La calesa en tanto con la lanza abatida fué profanada, convertida en lecho de siesta, en trampolín y en comedor, mojó la bebida innoble sus alfombras, se limpiaron los sucios dedos en la seda marchita de sus cortinas, las hembras retozonas y borrachas se parapetaron en los cojines contra la lluvia de huesos de pollo y mendrugos de pan, y el viejo coche se estremecía en plena bacanal de plebeyos; el venerable coche transportador de curas, abadesas y cristianos viejos!

El regreso fué triunfal, las mujeres quisieron manejar, se diría el vehículo un carromato de locos ó presidiarios, que lanzaban al aire canciones impuras que hacían levantar el vuelo á los tímidos pajaritos de los surcos: las mulas desentumidas, ébrias de oxígeno, azuzadas por el látigo y la algarabía trotaban desordenadamente, se alborotaban, guiadas por muchas manos ignorantes no obedecían á ninguno, tomaron mal camino, se hundieron en un bache primero, derribaron un arbusto después, chocaron contra un arbol, se oyó como un supremo gemido de la caja cansada, una de las ruedas se desgranó, la máquina toda se inclinó á la derecha y rodó á la zanja. Hubo gritos y llantos, las mujeres imprecaban desesperadamente, otras enmudecían lividas de susto, una se cortó la mano al estrellar un vidrio, todas quisieron salir por la ventanilla; una mula yacía en tierra desgarrada la boca por el freno, la otra manoteaba en el lodo, un sombrero flotaba en las aguas, rodaban por el polvo vasos y trastes y los cojines escurrían vino y agua sucia.

¿Y ahora?

A sacarlo!

¿Pero cómo?

Como se pueda!

Hubieron de llamar para la empresa á los peones de un campo de labor y á una caravana de indígenas y con palos y cuerdas, después de mil trabajos sacaron á tierra y medio desarmado al náufrago. La rueda rota en el pescante, la lanza con vendajes, las mulas tiritando de frío, escurriendo cieno y hierbas de atargea, el vehículo caído de un lado, con el cubo abundando el polvo y en silencio llegaron al callejón Colorado al atardecer, sin una vela para los faroles, torcidos y sin cristales, y paso á paso, dadas las ocho, llegaron á la casa, donde los viejos lloraban creyendo una desgracia: ¡ya se la temían! ¡el corazón se los había dicho!

—¿Pero qué pasó?

Y ante Doña Amenalda y arrebatándose la palabra como en un torneo de viles mentiras, fraguaron la indigna fábula, rodeados de la suspensa servidumbre, haciendo prodigios de mímica, interrumpidos por exclamaciones y aspavientos.

—Las mulas se alborotaron, se espantaron con un carro de mudanzas, al regreso, se aventaron contra un poste. Leoncio ¿qué hacía? Nada, encomendárose á la Virgen y saltar del pescante; Perico se hiere una mano, por eso la trae vendada, pero no es cosa de cuidado. Llega el gendarme y claro los lleva á la Comisaría, les cobran multa y no los dejan salir hasta que no se aclara que no tienen culpa.

—De modo que no han comido? A ver tú nana, vd. Nieves, traigan algo para estos pobres muchachos. ¡Válgame Dios! Y vean si hay árnica en la alacena para esa herida, no será de cuidado.....?

—No señora, no se moleste vd..... cualquier cosa..... un rasguño. Aquí está el dinero menos lo de la multa, ¡falta y que en la volcada no haya perdido algo!

—Es lo de menos. Lo principal, que se hayan salvado.

El par de impúdicos hizo la farsa completa engullendo sin ganas sendos pocillos de chocolate con bizcochos, sin rubor por el engaño, sin remordimientos por el robo, sin piedad para la santa que mascullaba acciones de gracias y sin respeto para el viejo Dimas que llamaba á las mulas, mojados en lágrimas los ojos, con diminutivos de paternal ternura. ¡Como estás Pardita! ¡Pobre Centellita mía! llenóles el pesebre, pero los animales abiltos, cansados y molidos á golpes, olían con desgano la ración y al acercarse los hocicos al oído parecían decirse:

—¡Qué barbaridad! Buena la hemos hecho Centella!

—La raspamos de vicio Parda!

VII

Pasados los comentarios de los primeros días, declaróse baja por inútil á la calesa y jubiladas las mulas, volvieron las cosas á su primitivo andar. Perico hizo nuevas visitas al Callejón Colorado, donde rió en compañía de las mujerzuelas del columbino candor de Dª Amenaida, que juzgaban las escandalosas muchachas como á una santurrona sin dientes, malos hígados y ridículos escrúpulos.

La casera detuvo á Perico y después de un exordio cuya preparación se olía á leguas, en el cual se exponía: cómo la cradera llevaba los plenos poderes del vecindario, se abrió el capítulo de las acusaciones y se puso en conocimiento del cobrador que la «Chachalaca,» la «Hoyitos,» y las otras de la misma laya, se habían hecho insoportables; como gentes de mal vivir molestaban á los vecinos honrados, las visitaban individuos de á caballo que entraban con todo y animal derribando macetas y pisoteando ropa tendida, aquí tiene vd. señalada una pata en este camisón, de un ancazo tumbaron el gallinero del 3; no había día que no hubiera riñas por el agua puerca que vertían, no en el caño sino en el piso, en las losas, por donde uno pasa: de parte suya y sin pedirle permiso á nadie, habían descerrajado la chapa de un cuarto vacío, para meter en él sus gallinas y dos cerdos; tenían una boca tal y gritaban tantas insolencias, que un viejo remendón, hermano del sacristán de la Parroquia, recomendado y protegido por las Sritas. Monterrubio, y quien por caridad habitaba una covacha, había preferido emigrar; otro tanto hizo una señora en las mismas circunstancias, una galopina de convento; las del 4 metían hombres en la noche y desvelaban á todos cantando, gritando y retozando; se embriagaban y llegaban hasta la riña con picardías y golpes; dos veces hubo de intervenir el gendarme; como se cierra el zaguán á las diez de la noche, todas aquellas gentes para no pagar la *abierta*, se salían por la azotea, no sólo poniendo en alarma á los inquilinos, sino produciendo goteras. Cuando se les habla por la buena, contestan con picardías y después alegan que el Sr. Vera las apoya. Si tales males no tienen remedio, es preferible mudar de casa y la ofendida colectividad no pagará renta hasta que las faltosas no despejen el campo.

Muy intrigado se halló Vera, no obtuvo una reconciliación y volvióse á la casa con las manos vacías y los bolsillos llenos de recibos.

Dª Amenaida, alarmada al fin por los sucesos, mandó un atento al Lic. Ramos, profesor de Humanidades en un Seminario, teólogo nada común y apoderado de cofradías y gente clerical, cuyos negocios pleiteaba. Manifestole la Monterrubio que siendo persona formal y de toda su confianza, lo comisionaba para que aclarara cuentas en el Callejón Colorado, indagando por qué inquilinos formales, siempre cumplidos y temerosos de Dios, habían cambiado de la noche á la mañana, volviéndose perezosos en sus pagos. Quizá la finca necesitaba reparaciones, se harían las más urgentes; tal vez los inquilinos estaban en la miseria y comprobado el hecho, se les perdonaría la deuda.

Cuando el Licenciado hubo desempeñado su comisión, quiso tener una conferencia reservada con la Monterrubio, y ambos se encerraron á deliberar en la pieza que fungía de asistencia; algo grave trataron, pues que se hizo comparecer á Dimas y éste salió cariacontecido secándose los ojos.

Perico leía una novela en su mesa, sin sospecharse el diálogo que tuvo fragmentos espeluznantes, para el alma buena de Dª Amenaida Monterrubio, que hundida en un sofá de charol de ancho respaldo, y enredando el índice de la diestra en el bejuco de oro y apuntando con el de la izquierda la interrumpida lectura de un libro piadoso, hacía frente al Licenciado, calvo, de ojos enfermos protegidos por ahumados lentes, nariz amoratada de eficematoso y boca renegrida.

—Pues bien, mi señora, le decía, no me gusta hacer mal á nadie ni formar malos juicios: pero hay cosas que deben decirse ¡la verdad ante todo! y para tranquilidad de nuestra conciencia vamos á la verdad. Maclovia, la portera, me ha puesto al tanto de la situación, la engañan á vd.: todo el mundo paga y ha pagado, y está dispuesto á pagar, pero el jovencito que cobra, según parece.....

—Licenciado, pero eso es posible? Un muchachacho tan joven, que las Muro.....

—No encuentro más culpables que él. Y hay algo peor mi Señorita, algo que quisiera decirle con frases que no hirieran su pudor.

—¿Qué será Dios mío?

—La casa se está vaciando, porque el mocito en cuestión, ha metido ahí unas protegidas que son de la peor gente que enaguas viste.....

—¿Es posible?

—Tan posible como que me han faltado al respeto, tan posible que su descaro, su modo de mirar, sus pésimas trazas, sus cabelleras despeinadas, sus zapatones de hombre, sus palabras indecentes.

—¡Licenciado!

—No miento, yo las he visto con estos propios ojos, no miento, Dios me oye, Señorita, hasta se han atrevido... ¡vamos, son mujeres *de esas!*

—¿En mi casa, en el callejón Colorado?

—Ahí mismo; tan es así, que el pobre Olarte y la infeliz Refugio, los viejitos aquellos, han preferido irse de ahí á contemplar cuadros que usted no podría ni suponer.

La noble dama había palidecido, su dolor de santa que se siente traicionada, le hacía temblar la voz y apretarse las manos. Habituada á la vida contemplativa, hecha á la existencia casi conventual, oía tales horrores como el colmo de la maldad y la indecencia.

—Se lo digo á usted para que lo sepa, para que esas gentes no crean que usted autoriza á un disipado que se permite escándalos como el del coche.....

—¿Del coche?

—Sí, del coche de aquí, del coche de usted, de la calesa..... de la calesa rota.

—Que chocó en un poste.

—Mentira: contra un árbol, según dicen quienes lo vieron, contra un árbol, ocupado por esas mujeres borrachas, dirigido por el cobrador y el hijo de Dimas, después de tener una orgía en no se qué lugar de escándalos, fuera de garita; después de comer y beber hasta el exceso, azotando á las mulas y yendo á parar como sucedió, dentro de una zanja.

—¿En el coche? ¿en la calesa de mi padre? ¿en la calesa que usó mi abuelo? ¿en la calesa que llevó al templo á mis antepasados para casarse y á nosotros todos para ser bautizados? ¿en la calesa tan sólo usada por gente cristiana? ¿en la que ha sido estúfa del viático? ¿Donde el Divinísimo entró, han comido y bebido y cantado mujeres malas? Pero por Dios, Licenciado, yo no merezco, yo no puedo creer esa profanación y menos autorizada por Leoncio que desde niño conoce nuestras costumbres; por Dios que Dimas lo sepa, pues si no ese muchacho se pierde. Que le avisen al P. Octaviano, que ahora mismo bendiga la casa, cuando esas mujeres se vayan y que exorcice el coche. Que venga Dimas y usted encárguese de que las viviendas se desocupen; mil veces vacías á ser guaridas de pecados! ¿Y en cuanto á ese muchacho usted también....

—Perdóneme usted que me excuse, Señorita. Sé que tiene un carácter altanero y yo soy violento..... ni una palabra..... que no sospeche que yo..... A usted le toca ponerle un pretexto cualquiera y que limpie el campo cuanto antes. ¡Vaya usted á saber de lo que es capaz!

Y el Licenciado procuró despedirse cuanto antes, dejando á la dama cavilosa é inmóvil en el mismo sitio. Vera, pensaba, no podía seguir en la casa, ¿pero cómo decírselo? En otra vez le hubiera dado consejos para apartarlo del mal, pero en la presente no cabían ni la advertencia ni el perdón.....

Perico, entretanto, fumaba, con los pies sobre la mesa, los brazos cruzados y el pensamiento en plena vagancia de holgazan. Desde hacía muchos días, Nieves, la cerril doméstica, la indígena uraña y arisca era el tema de sus inclinaciones malsanas; la idea mala lo espoleaba, la selvática hembra lo obcecaba, su memoria le hacía subir al cráneo congestiones de lujuria, impulsos cegadores, terminantes, tiránicos, lo empujaban á la montaraz con una especie de súbita locura, que más tenía de animal que de humana.

Había que verlo como fiera enjaulada y en asecho, atisbándola, saltando de la silla á la vidriera á cada ruido de pisadas, llamándola con cualquier pretexto, violentado por la desconfianza de la cretina que ni levantaba los ojos ni movía los labios, lista á la fuga ó á la coz, olfateando ya las intenciones del vicioso.

Aquella mañana al saber que había visitas, que el corredor estaba solo, que era preciso de una vez intentar la conquista, le pidió un vaso de agua y con temblores de criminal cerró la puerta, viola entrar con miradas de enagenado, latiéndole las sienes, secábasele la boca, parecía tener un nudo en la garganta, un nudo que le enronquecía, en tanto que el corazón no latía, pateaba.....

Doña Amenaida hacía su soliloquio, le diré, pensaba, que estamos pobres, que no obstante

que el mes comienza, se le pagará íntegro, para no perjudicarlo, y que no vuelva. Sí, porque no quiero mancharme los labios dándole mis razones; sí, porque no quiero descender á su nivel discutiendo; porque si es altanero y me insulta ó me amenaza, soy capaz de caerme muerta ó de correr, gritar, tirarme por el balcón, pedir auxilio, llamar á la policía ¡policía en mi casa! ¡Dios mío qué desgracia ser mujer! ¡Pobre mujer desamparada y débil! Sin diálogos ni explicaciones. Sacaremos de la cómoda este dinero, que no haga ruido, lo envolveremos cuidadosamente, ahora, un trago de agua ¡qué nerviosa soy! sudo frío, y miren, miren como tiemblo..... ¿Y si trae pistola ó puñal?..... Virgen de las Angustias acompáñame!

Vieja ya, era una niña; menos que una niña á quien el vuelo de una mosca, produce pavor, y titubeó aún apoyada, casi desfallecida en el respaldo de una silla.

Entretanto, Nieves presentaba á Perico el vaso de agua, mientras la fámula inmóvil como una estátua bajaba los ojos, el muchacho cerraba la vidriera, la indígena cerril alebrestada, dió media vuelta para retirarse, pero él con acento dulcísimo, trágico por lo ronco de su voz, la detuvo preguntándole si estaba enferma.

—No señor.

—Pero [acercándose] pero no me conteste con enojo, no sea mala [ella retrocede] Vamos á ver qué sucede con lo que le dije?

—Déjame salir; suelte.....

—Sin malos modos.

—Suelte.

—Sin hablar recio.....

—Suelte ó chillo, y él seguía oprimiéndole un brazo duro, cobrizo, resquebrajado por el agua y por el sol, al tiempo mismo que sellaba los labios con la otra mano, forcejearon: más fuerte al fin con un empuje de bestia brava logró repelerlo derribando una silla, él quedóse enmedio de la pieza desconcertado, y al volver el rostro, la Srita. Monterrubio intensamente pálida, murmuró, tartamudeó estas frases.

—Tome Ud. su dinero y váyase.

—Señorita!

—Señor, vayase por favor, no es Ud. una persona decente. Y cerró echando el pasador, azuzada por el miedo. El calóse el sombrero y sin saber qué hacía, dejó el dinero sobre la mesa sin tocarlo..... y bajó las escaleras como huyendo de la vocesilla miedosa que le decía:

No es vd. persona decente!

¿Y que hacer? Anduvo calles y por segunda vez en su vida sintió tristeza de sí mismo, y se le mojaron los ojos. ¿Por qué si era bueno? ¿Por qué si comenzaba á enmendarse caía de nuevo á lo que fué vil y miserable? No tenía remedio por más que quisiera echar en olvido la escena y pintarse á la Monterrubio como una gazmoñería intolerante, ridícula y escrupulosa el ¡no es usted persona decente! lo traía á la verdad cruda implacable y vergonzosa. Luego sabía que la robaba, luego sabía el escándalo del callejón y lo expulsaba en los momentos que para mayor bochorno, profanaba la casa hospitalaria y caritativa, cometiendo una canallada, manoteando con una sirviente que le había pegado casi. ¡Y Muro, Muro y la hermana de Muro, Natalia, que dirán! No volverían ni á saludarlo.....¿y qué?.....se encogió de hombros, renació en él Paco el hijo del fango, escupió de lado y repitió ¿y qué?

Pero algo, como del miedo de que leyeran en ese frente la imborrable falta, como mancha de vergüenza...lo hizo no ir á su casa y refugiarse en un figón cualquiera, donde no pude pasar ni un miserable platillo, donde consumió sus pocos centavos sin conseguir siquiera el alivio de una borrachera.

Por culpa suya, volvió á quedarse en medio de la calle y sin cobres. ¿Se metería de músico? de boletero? ¿De que diablos, pues? Nada, á ver al padre, á pedir su alta, diciendo que era intolerable la vida en casa de las Monterrubio, donde todo se volvía rosarios, donde no le pagaban puntual, donde querían rebajarle el sueldo y al urdir la mentira, al maquinar la calumnia la vocesilla como lejana protesta le decía «¡No es vd. persona decente!»

Y echóse á andar ya de noche rumbo á la vecindad de las Palmas, donde entonces vivía.

Micrós.

CONTRASTES

A Domingo Barrios Gómez.

I

La miré pensativa una tarde
Al pie de un arbusto,
Y la ví acariciando los pétalos
De un tierno capullo.
Por qué te hallas aquí?—pregúntela
Temblando de júbilo—
Y, fijando en mis ojos sus ojos,
Así me repuso:
Estoy viendo el botón purpurino,
El germen fecundo
De una flor que mañana se abre
Ornando el arbusto;
Ah!—la dije—esta flor es tu símbolo.....
Rió con orgullo.

II

Nuestras bodas pasaron; un día
La hable del arbusto;
Se encendió de rubor y en los labios
El dedo se puso:
Por qué te hallas aquí?—pregunténla
Temblando de júbilo—
Y, bajando los ojos al suelo,
Así me repuso:
—Ya soy madre y aduermo á mi niño
Con blandos arrullos;
Del amor que los dos nos tenemos,
Aquí se halla el fruto.....
Ah! y entonces, llegando á la cuna,
Reí con orgullo!

Juan B. Delgado.

CLEOPATRA

Para Vicente Acosta.

ELLA ignoraba el por qué y si era su verdadero nombre, pero desde niña la llamaron Cleopatra.

Sus ojos se abrían grandes, se clavaban fieramente y dominaban con la serenidad de su grandeza, parecida á la de un mar tranquilo. Sus cabellos, abundantes y negros como el dolor humano, se levantaban erguidos, pesados, cubriéndola de gigantesco casco de obsidiana. Su nariz romana, sensual, aspiraba largamente todo perfume, lo aspiraba largamente hasta hacerlo pasar, confundirse con su respiración, hasta esparcirlo en el interior de su cuerpo y extremecer sus nervios con la fuerza del aroma. Sus labios tenían el pliegue tiránico, pero por un beso suyo, por sentir y beber su humedad, voluptuosamente se soportaría el dolor causado por la herida de sus fuertes dientes de mármol. Sus senos se avanzaban, proas marfiladas de imperiales galeras. Las líneas, ligeramente curvas de su talle, se iban cerrando al descender como los pétalos de un lirio. Sus piernas, largas, musculosas, parecían hechas para huir; sus brazos fuertes, contrastaban con lo delicado de su mano, con lo delicado de su mano contrastaban sus brazos fuertes, porque si los unos acariciaban y atraían, los otros se juntaban y envolvían encadenando.

Su cuerpo jamás pudo soportar los estrechamientos de los trajes modernos; dentro de ellos se ahogaba; sus soberanas formas sólo eran dignas de ser tocadas por las brisas y por las aguas. Suspirando se resignaba á vestir de sedas muy finas sin permitir que oprimieran nunca sus miembros.

Sentía irresistibles deseos de algo que no podía definir y que á su alrededor no encontraba. En las tardes de Agosto, en los crepúsculos de fuego interrogaba las nubes: eran cortejos bronceados, batallones de llamaradas que brotaban de tronos azules, tropeles de colores que avanzaban fundiéndose, combate de matices sombríos; entonces se sentía atraída, hubiera querido subir, luchar con los peñascos etereos, desvanecerlos, penetrar en el fuego de los horizontes y sentir el saetazo del postrer rayo del sol. Las noches tempestuosas hacían que sus pasos se abrieran, como queriendo beber la atmósfera cargada; y en la negrura del cielo rasgadas por el cruzar brillante del relámpago, creía ver el entierro de los matices luchadores á la hora del crepúsculo.

Todo cuanto le rodeaba le parecía pequeño y mezquino. Su placer era ir y ver fieras, desafiar su mirada, tocar sus músculos.

Tuvo Cleopatra muchos amantes y todos murieron. Parecía que su boca y su nariz bebían, aspiraban el aliento de sus elegidos; los que por sus soberanos brazos hubieran pasado aquellos á quienes su mirada esclavizara, á los que conocieran la delicia de sus caricias, ¿qué les podía quedar sino el descanso de la tumba?

Un día su capricho fué domar fieras y desde entonces no vivió sino en su compañía.....

Por la ventana rayos de sol moribundo. Sobre los mosaicos del piso las fieras iban y venían rugiendo sordamente como á la proximidad de un peligro.

Cleopatra, completamente desnuda, las mira á todas, las provoca, siente rozando su piel las crines erizadas de los leones, la seda áspera de los tigres; lucha con ellas y cuando se siente débil, su mirada dilatándose hace caer las patas de la fiera pronta á saltar.

Luego, sentada sobre un escabel hace que las béstias combatan entre sí, las excita, sonrie cuando se muerden, cuando se arrancan carnes y en la sangre que corre va y baña el alabastro de sus pies perfectos.

Cuando casi todas las fieras estuvieron muertas ó heridas, enmedio de la pieza quedó un León, aspirando el humeante olor de sangre y mirando con desdén su obra. Era el único que no estaba herido.

Cleopatra fué á él, le tomó la crín, le hizo daño y la lucha comenzó.

Los cabellos abundantes y negros como el dolor humano caían sobre los régios hombros, los senos se agitaban con violencia, la carne se extremecía..... la béstia dió un zarpazo, hirió el vientre que se tiñó de rojo y abalanzándose partió la piel desde los hombros, cubrió de púrpura el cuerpo, desafió la indomable mirada.

Cleopatra cayó á tierra. La blancura de su cuerpo, lo divino de su cuerpo, lo rojo de la sangre de sus heridas, se confundió con las crines, con las patas, con la altanera cabeza del León que hería, hería haciendo destacarse la blancura de la piel sobre el rojo estanque que brotaba caliente de donde él pasaba las uñas.

El León bebió la sangre. Cleopatra se agitó, se incorporó, enlazó en sus brazos el cuello de la béstia la atrajo á sus senos desgarrados y murió estrechando más y más la cabeza del León homicida.

Septiembre de 1896.

Bernardo Couto Castillo.

Amargos amaneceres.....!

A Carlos Díaz Dufoó.

NA vaguedad cenicienta amenazaba las sombras, un rosicler tiñó las nubes, y tras los celajes comenzó el sol á desperezar sus rayos rubios: alba surgía.

Lejos, débilmente, un gallo, príncipe de cimera roja, alzó su grito épico, y en cada árbol ruidos de alas seguían al canturreo inacorde de un millón de pajarillos que de rama en rama saludaban al sol naciente con una estrofa de alegría.

La cortina de encajes que cubría el cristal, dió paso por entre sus filigranas á una cinta de luz que subió andaz á la camita de madera blanca, besando los ojos de Rena, la cual soñaba con flores frescas y promesas que no se cumplirían.

Abrió los ojos al herirla la luz, y escudriñó con una mirada vaga, de miope, los rincones aun en sombras, parpadeó fatigosamente como si el sueño no hubiera concluído todavía, y rechazando la sábana saltó ligera á la esterilla china, con los pies desnudos, los cabellos sueltos y los brazos rojos mal cubiertos con el olán de su traje de noche.

Borbotoneó una oración ante la imagen de colores de la rinconera, sopló la escasa luz de la lamparilla rosada, sujetó con ancho peine sus cabellos negros y rizos, y una vez vestida, sentóse cerca de la ventana que daba al patio, recopilando las ideas, los recuerdos de la noche anterior.

Rena tenía quince años, y las mejillas cubiertas con el vello de la doncellez, sus formas de niña comenzaban á redondearse, el seno aplastado se alzaba orgulloso, las caderas se dibujaban bajo la camisa y al tiempo que el vestido caía cubriendo sus piernas de colegiala, nacía en su cerebro la idea de la nueva vida que la esperaba, vida encontrada en las reseñas de los salones y en las novelas elegantes.

El puente de la pubertad había flaqueado bajo sus pies, la mujer casi mata á la niña, pero triunfando en su nuevo estado había invadido la senda de la juventud, donde alternarían los bailes con las melancolías, y los desconsuelos con los placeres. La inocencia de la chicuela que sólo sueña con sus libros nuevos y sus muñecas de porcelana, que corretea á la salida del colegio, y en parvada de grititos inunda el patio donde pían los pajarillos, todo el blanco de su cielo se trocaría en el rosa de su fastuoso porvenir, siempre feliz, hasta que la primera lágrima ruede, cuando después del coquetismo amargante que desespera á tantos, encuentre el ideal que cruza junto á ella sin volver la cabeza, sin hacer caso de sus insinuaciones, de sus miradas aterciopeladas y de sus sonrisas provocadoras, que impelan á maldecir el convencionalismo del mundo, la hipocresía cínica de la sociedad, que hace enmudecer los sentidos, amordazar el alma, mientras sube á los labios la risa estúpida de la sandez refinada, de la espiritual vaciedad, y envuelve el fondo del sér, la tristeza de lo no alcanzado, motriz para que el corazón lata de prisa y las sienes se congestionen, sin poder fijar la mirada en el amado que indiferente valsa, quizás vanidoso, afirmando con sus acciones lo de viejo conocido: que el sér humano jamás armoniza los sentimientos, amalgama las pasiones, é impera como triunfador maldito, el deseo satisfecho!

Todas estas reflexiones se agolpaban en el pecho de Rena, aquella mañana para ella de muerte, amanecer de una noche de baile, donde el que ella amaba, sin fijarse en sus ojos negros de mirar vago, en su boca de labios estrechos, en su pecho blanco, cruzaba siempre, y en venganza chispeándole los ojos, cercenándole el corazón, rió como loca, giró como mariposilla de luz, prometió á sus enamorados promesas que jamás efectuaría; permitió á sus admiradores frases atrevidas que ella recibía entornando los ojos y cubriendo el rostro con el abanico.

—Oh, maldito el mundo, maldita la virtud—dijo entre sollozos—si la flor sigue en capullo nunca será flor, la mano que yo he elegido se hiela ante los pétalos cerrados, busquemos manos bajo cuyas pieles ruede la sangre como cataratas de fuego, y cuando vea rostros pálidos de vigilias interminables, cuando suicidas me envíen con el último suspiro su maldición, entonces yo vencedora en mi sublime coquetismo, pisaré fuerte sobre las almas que se me ofrezcan y escupiré sobre los cráneos que se me postren. No me ama, mis sueños se desvanecen ante la fuerza, como el grumo de hielo ante el rayo de sol, el mundo, ese mundo elegante de escote siempre, y siempre de frac, media como abismo, y me ata la palabra y me deshace el pensamiento; pero ¡oh! yo lo reto, despreciaré con refinamiento á esos titiriteros de guante blanco, haré sumir en dolores los que me amen, y me vengaré del hombre, ya que él hombre me rechaza.

Y Rena, de pie, desordenada, simulaba en su altivez, una diosa olímpica, anatematizando á un pueblo, al orbe entero, irguiendo su cuello blanco como para afirmar con su figura el triunfo de la femenilidad.....!

Francisco García Cisneros.

Nueva York: 1896.

EL REY DEL DESIERTO

De candente desierto en las arenas,
Se presenta indomable y atrevido,
Y en esa soledad lanza un rugido,
Eco tal vez de sus salvajes penas.

El fuego tropical que arde en sus venas,
Aumenta su valor enardecido;
Que nunca su fiereza ha consentido
El peso abrumador de las cadenas.....

La soberbia melena alborotada
Levanta majestuoso! ¡Es una hoguera
Que resplandece en rubia llamarada!

Y al contemplar el horizonte abierto,
Las garras abre..... emprende la carrera,
Y se pierde en las brumas del desierto!

Emilio Gallegos del Campo.

COMO UN SUEÑO

Muchas veces á la caída de la tarde, cuando la sombra empieza á ahondar con impalpables manos los surcos que abrieron trabajosamente los labradores de la tierra, he paseado por los desiertos campos mi melancolía, como si me acompañara, apoyándose en mi brazo, un amigo enfermo.

Tienen á esas horas las vallas de matorrales ennegrecidas por la obscuridad, consistencia de muros, y las ramas de los árboles, entre cuyas hojas flota todavía un poco de claridad, semejan extendidas y deformes redes de menuda malla negra; todos los objetos de la lejanía pierden poco á poco su relieve y van aplastándose en el horizonte, del mismo modo que se difuminan en lo más profundo de nuestra memoria, los sucesos de la vida.

Dirigía constantemente mis pasos, en esas horas del anochecer, hacia un extenso descampado que cruzaba la vía férrea con decidida recta de Norte á Sur; ningún accidente del terreno ni ningún grupo de árboles ó casas solicitaba en aquella inmensa planicie mi mirada; el sentimiento de la soledad hubiera elegido aquel descampado para contemplar desde él silenciosamente al cielo.

***

Mas, formando enérgico contraste con la unidad de la yerma é igual superficie, elevábase sobre ella el terraplén de la vía como cruza una arruga la frente del que se entrega, terca y obstinadamente á la meditación, y heridos por los últimos rayos del sol, los dos trozos paralelos de los raíles sujetaban la voluntad de mi mirada entre ellos, hasta conducirla al lejano término en que se perdían.

La claridad, al resbalar por la bruñida superficie de los raíles, les arrancaba fugitivos reflejos grises, y, á veces, surgiendo con mayor viveza la fugitiva nota de luz, parecía una rápida mirada que, desde la obscuridad, contestaba á la mía.

Influído por lo misterioso de la hora, por la soledad y el silencio que me rodeaban, y por el vago deseo de cariño que llenaba mi corazón, quedábame mirando el punto donde aquella mirada brotó, y murmuraba con íntima emoción: ¡ahí está un alma!

***

Volviendo luego á la realidad, tras estas fugitivas impresiones, el eterno paralelismo de los raíles me hacía pensar con tristeza en el eterno paralelismo de dos almas nacidas para amarse, y que no se hallan nunca en esta vida.

Tenía entonces, y hoy tengo en mi corazón el culto de las almas gemelas, de las almas que, abiertas al mismo creador rayo de luz, cruzan después por la tierra soñando con un instante supremo de conjunción, que siempre están presintiendo y nunca se realiza.

Y aquellas dos inflexibles, aquellas rígidas líneas de la vía..... ¡considerad las inmensas distancias que recorren separadas por un paso! ¡qué inmedibles extensiones, sin encontrarse jamás! y cuando pasa por ellas el tren *expreso* de la vida, las ruedas, al ir girando, arrastran encima de las dos las mismas alegrías y las mismas tristezas: en todo es común su destino; ¡pero las separa un paso y no se reunen nunca!.....

***

Entregado á tan tristes imaginaciones, sorprendíame de pronto el confuso ruído del tren que se acercaba produciendo un ruído ronco y persistente que sonaba como si por debajo de la vía corriese un río de estrecho cauce y aguas turbulentas. Iba haciéndose aquel ruido más intenso cada vez, y al fin veía aparecer la masa negra del tren coronada por espesa nube de humo.

Crecía también á mi vista, según se iba acercando, la movible masa, y entonces surgían por sus dos costados, como ténues alas de luz, los resplandores que se filtraban por las ventanillas... ya el mónstruo deslizándose rápidamente, llegaba á mí con esa brutal ligereza que sólo tienen él y la muerte; ¡un solo paso me separaba de ambos! el aire que impelía el mónstruo en su carrera me azotaba el rostro; se clavaba mi vista en él, y su velocidad ó su atracción torcían vi-

vamente mi mirada, arrastrándola consigo; trepidaba el suelo bajo mis pies; mis oídos se llenaban de fragor; veía rápidas luces, rápidas siluetas, rápidas..... Había pasado, disminuía alejándose; se iba apagando el ruído; ya era otra vez como el del río que corriese por debajo de la vía; luego, como si fuera estancando su corriente, así sonaba más hondo, más dulce, más débil; después..... á plomo de nuevo la soledad y el silencio.

***

Había pasado con la rapidez con que se parpadea en la mitad de un sueño, sin ver ni despertar..... había pasado el tren, llevándose en su seno cariños, amistades, riquezas, ansias de llegar, tristezas de partir, la melancolía del que se expatriaba, la felicidad del que corría al encuentro de maternales ó amorosos brazos. Había pasado con su luz, con su ruído, con su agitación: ¡había pasado la vida por delante de mí!

Quedábame entristecido y absorto, rodeado por la soledad de la inmensa planicie, y mirando cómo se perdían entre las sombras aquellas dos líneas paralelas de los rails, que son como las almas nacidas para amarse, cruzando por la tierra, separadas tal vez por un paso, presintiéndose siempre sin encontrarse nunca.

***

Un día, al ronco ruido que producía siempre al acercarse, iba la locomotora uniendo agudos silbidos. La vía estaba libre; no sé que que peligros adivinaba el mónstruo en la obscuridad del anochecer, pero avanzaba más lentamente que de costumbre.

Llegaba reprimiendo su poderosa tracción y ansiando salir de nuevo con rapidísima huida; las aves no tienen, al amainar su vuelo, la magestad del caballo refrenado, ni la del tren contenido en su ciega y salvaje velocidad.

Las estridentes notas que lanzaba de continuo la locomotora, producíanme extraña inquietud y zozobra; pues cuando la fuerza y el impulso temen, ¿el hombre mirará sin inquietud en torno suyo?

Llegó al fin el tren y fué pasando, iluminando cada vagón con su luz y dejándome después en la obscuridad, como en un continuo alborear y anochecer.

Fijaba mi mirada en las ventanillas de los vagones y en una ví.....fué un instante, ¡pero qué hermosa me pareció!

Miraba entre asustada y risueña por la ventanilla. ¿Cómo describir el rostro de aquella mujer que pasó con la luz y me dejó de nuevo en la obscuridad?

Tenían sus facciones no sé qué gracia infantil; en cuanto las ví, las recordé; pero nunca la había visto hasta entonces: fué como un sueño.

Ví que sus cabellos rubios caían en ondas sobre la frente, y en cuanto los ví los recordé, porque mil veces había deshecho, jugando amorosamente, aquellos rizos; pero jamás los había visto entonces; sí, fué como un sueño.

La mirada que al azar me dirigió, no titubeó en seguir el camino de mi alma; lo conocía; aquellos dos hermosos y asustados ojos, decían á sus miradas que siguiesen sin temblar el camino de mi alma; pero nunca me habían mirado; fué como un sueño.

En el instante de pasar, la ví mover los labios, como si pronunciara una palabra; no oí su voz; el movimiento de los labios fué suficiente para que mi oído la recordara, y al recordarla un extremecimiento de alegría recorrió todo mi cuerpo; ¿pero dónde la había yo oído? ¡qué música tan dulce!..... fué como un sueño.

***

¡Si aquella hermosa aparición supiese lo que después la he amado, lo que la amo todavía! Si supiese las veces que he presentido de nuevo su presencia, ¡inútiles presentimientos sin volverla á encontrar; fué como un sueño. Pero en las noches de cansada vigilia y en las noches de loca embriaguez, en medio de la muchedumbre de la calle y en la soledad de mi habitación, cuando sueño días de gloria y de felicidad y cuando me domina el desaliento, ¡siempre está dentro de mí su imágen!

Yo sé cómo se llama, yo sé toda su historia, yo he seguido paso á paso su vida, amando lo que ella ama y aborreciendo lo que aborrece, porque su hermoso cuerpo aprisiona mi alma gemela.... . ¡pero quién me diese conocer su nombre, saber su historia, seguirla paso á paso por la vida amando lo que ella y aborreciendo lo que aborrece!

No la ha vuelto á encontrar, ¡tal vez nos haya separado un paso! La ví, la recordé; el tren se la llevó; ¡fué como un sueño!

José d'Elloure,

DOLOR MUDO

Quien sabe paladear sus sinsabores
sin decir el consuelo que apetece,
en heróico silencio, se engrandece
para las sordas luchas interiores.....

Nadie luzca sus íntimos dolores
si quiere aparecer como aparece
discreto el musgo que en las tumbas crece
ocultando los póstumos horrores.....

¿A qué hablar de dolor si plebe impura
no cree que en mi frente, aunque se doble,
la luz de aquel Pentecostés fulgura.....

Protesto y nada más. Ladre el vil perro.
Cuando el golpe del hacha trunca un roble,
si el roble cruje es porque muerde hierro!

José S. Chocano.

EL DESIERTO

Un árabe, su esposa y un niño cruzaban errantes el inmenso desierto de Sahara, caballeros los tres en un camello extenuado por el hambre y la fatiga del viaje.

El sol reverberaba entre celajes rojos semejantes al fuego y la ardiente arena les quemaba las plantas como si fuese una alfombra de arcilla extendida sobre una superficie incendiada interiormente.

El horizonte abría en torno su árido círculo dilatado y terrible como el mar; y los ojos de aquellos tres infelices viajeros buscaban en vano el deseado oásis ó la nube de polvo que les señalara el rumbo de una caravana que pudiera guiarlos y darles una limosna de agua.

Con los labios partidos y la garganta seca por la sed, elevaban la mirada al cielo y «Alá, clamaban, no nos dejes morir en esta soledad, guía nuestros pasos para el sitió donde se encuentra el auxilio de tus gracias.»

Pero aquellos ecos desgarradores, hijos de la desesperación más espantosa, se perdian en el seno aterrador del desierto.....

El sol entretanto se hundía en Occidente; y al lado opuesto el lucero de la tarde ostentaba su disco diamantino, como un penacho celestial prendido en la frente de la noche.

Alá! favorécenos, rogaron de nuevo los desdichados caminantes..... Y ni el rumor de la brisa contestó aquella súplica.

La sombra, como una llovisna de tinta fué cayendo lenta y pesada; los últimos brillos del día se apagaron en las lejanías del horizonte, y á través de la noche siguió avanzando la pequeña caravana animada por la esperanza de encontrar el bien que deseaban.

De pronto el noble animal que los conducía, rendido por la marcha se detuvo; lanzó un resoplido siniestro, inclinó el cuello, y lentamente, como para no causar daño á sus amos, rodó á á tierra derribado por la muerte.

Alá nos abandona, dijo el árabe á su esposa; y su voz al emitir esas palabras vibró con el acento del dolor y de la ira.

Nuestro hijo se muere, dijo ella; se muere de sed y de hambre. Oremos.

Los dos se arrodillaron y después de pronunciar una plegaria se resignaron á esperar el amanecer del día próximo que sería el mensajero de la salvación ó de la muerte.

Pero el niño sin poder soportar los abrasantes ardores de la sed, tendió los brazos al cuello de la madre y con voz que partía el alma le dijo: «dadme agua, ya no puedo más.»

Aquellas palabras causaron un efecto igual en el ánimo de ambos padres, y fuera de sí, movidos por un mismo sentimiento de angustia y terror, gritaron: socorro..... y aquel clamor se perdió en la inmensidad como el último tañido de la esquila de la muerte.

Pasó un momento, y el niño entonces acariciando la barba del afligido padre, le dijo: «no me dejeis morir, buscadme agua.»

El árabe se puso de pie, escudriñó con una mirada de fuego la profunda obscuridad y alejándose del grupo querido se internó en el desierto.

A cada paso que daba, fijos los ojos en la tierra le parecía tropezar con el envase lleno del preciado líquido abandonado allí quizás por una caravana abastecida que hubiera pasado antes.

Pero nada.....

Muerto de cansancio regresó, y tomando en brazos á su hijo lo oprimió contra su corazón, repitiendo: Alá nos abandona.....!

Cuida tú del niño dijo la mujer: yo iré y traeré agua; no es posible que se muera de sed. Dame tu puñal y espera.

El árabe se desceñó el puñal y lo tendió á su esposa. Y ella con el arma y una copa de estaño se retiró con paso firme y rápido como quien se dirije á un lugar fijo en el cual sabe ha de encontrar lo que desea.

Después de unos minutos volvió trayendo la copa rebosada.

¡Hijo, gritó cuando hubo llegado, aquí está el agua!

El niño la escanció con ansia y dijo con voz suplicante: «más madre, dadme más.»

Espera, dijo la madre, y volvió á retirarse para luego volver diciendo: aquí está.

Tomó el niño á beber, pero dejó como la mitad del contenido de la copa.

Este resto fué el padre á tomarlo, pero al llevarlo á los labios lo comprendió todo.

La madre se había rasgado el pecho para apagar con su propia sangre la sed de su hijo.

A la mañana siguiente despertó el niño, y al ver á su madre muerta llamó al padre que dormía al lado de la copa y el puñal ensangrentado, y con acento quejumbroso le dijo: Has matado á mi madre para beberte su sangre.

En su inocencia no comprendía cuanto una madre puede hacer por la vida de su hijo y culpaba al padre; cuando la verdadera culpable es la naturaleza, que ha puesto en el corazón de esas santas mujeres un amor que no vacila ante ningún sacrificio.

J. M. Merlo Monjuí.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

LA REVISTA AZUL aparecerá todos los domingos.—Precio de subscripción mensual 0. 50.Número suelto, 12 y medio centavos.—Para todo pedido, dirijirse á la Administración, calle del Progreso núm. 2.

Toda correspondencia relativa á asuntos de redacción debe dirijirse al Sr. Carlos Díaz Dufóo.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 4 DE OCTUBRE DE 1896. NUM. 23.

PAGINAS OLVIDADAS.

COMBATES EN EL AIRE

NARRACION DE UN VIEJO

I

COMIENZA Octubre y está ya soplando el viento norte. Cierra la ventana, manda calentar mis pantuflas y haz comprar más franela. ¡Maldito viento!

Y pensar que cuando yo era muchacho—¡cuánto ha llovido desde entonces!—el Norte me entonaba y me robustecía y me sacaba de quicio en materia de alborozo! Con él soñaba, y cuando á media noche oía sus primeros resuellos y bufidos en los árboles de la huerta y en los techos de la casa, aquella música me mantenía despierto hasta el amanecer.

Pero no creas tú que aquel Norte es como este, que se llama tal por el rumbo de donde viene y por la frialdad que esparce; y que no es capaz de levantar un petate, ni de alegrar sino á reumas y boticarios. El Norte aquel viene desde la Florida ó el Labrador; barre el Golfo de México empujando hacia la sonada de Campeche los buques, ó metiéndolos con olas y todo á las calles de Veracruz; é internándose en las pendientes de la zona entre la costa y la Mesa Central, ruge como irritado toro, dobla ó troncha árboles, se lleva las tejas de los techos como si fueran hojas secas, y echa al suelo á los hombres mal parados. Tal es el verdadero Norte, que aquí no se conoce más que de oídos.

Al amanecer acudía yo al rincón favorito que ocupaba el papalote..... ¿Por qué me miras con extrañeza? *Papalote* es entre nosotros, y no *Papelote*, lo que los españoles llaman *Cometa*, los franceses *Cerfvolant* y *Kite*, los britanos y anglo-sajones: *Papalote* es, por venir de la palabra *Papalotl*, que significa *Mariposa*. Recogíale yo y examinaba sus varas, papel ó lienzo y frenillos, madeja de hilo, de cáñamo ó de acarreto, y rabo ó cola; y empuñando todo ello, me lanzaba á la calle ó al patio ó á la azotea, y por espacio de tres ó cuatao horas me engolfaba en el *sport* papalotero, de cuyos goces y emociones no tienen idea sino quienes le han practicado en aquellos rumbos. Lo que hacía yo, hacían todos los muchachos de mi edad, los jóvenes y hasta los hombres graves. De serlo, preciaban mi buen padre, mi maestro Martínez, el guardián de San Francisco y algunos otros vecinos; y sin embargo, se juntaban en la calle casi desierta en que vivíamos, y se entregaban á la diversión, sin curarse de cuanto no fuera de ella.

Los preliminares de tal diversión databan de la manufactura del papalote. Los más usados, 6 eran paralelógramos 6 *pandorgas* de papel 6 lienzo, según su tamaño é importancia, con el marco y las varas que en su interior se cruzaban hechos de una caña consistente y flexible llamada *otate*, con rezumbas de tripa 6 pergamino 6 trapo en sus extremidades alta y baja, ligeramente combadas: 6 llevaban la forma y el nombre de *cubos*, con sólo tres varillas cruzadas y un fleco ancho del mismo papel 6 lienzo á derecha é izquierda. Unos y otros solían lucir los colores de nuestra bandera 6 figuras de moros y cristianos, aves y cuadrúpedos. Los rabos 6 colas eran larguísimos y formados de tiras de paño ú otras telas, de mayor á menor, introducidas de través en la cuerda que remataba la borla; á la mitad de la cuerda solían ir las navajas, terribles en la lucha entre uno v otro papalote: eran dos navajas de gallo, afiladísimas, salientes de los flancos de un mango central de madera, y con los cuales el poseedor trozaba el hilo del contrario, que, abandonado así á su propia suerte en alas del viento, iba dando vueltas y tumbos en el aire hasta caer á considerable distancia. La noche no ponía fin á tales ejercicios; y había correos 6 linternas de papel, pendientes de una rueda grande de cartón, por el centro agujereado, de la cual se hacía pasar el hilo del papalote, y que, empujadas por el viento, iban á dar hasta el frenillo y se mecían en lo alto conservando encendidas sus velas.

II

Tenía yo ocho 6 diez años y un temperamento poético que me asociaba á los grandes espectáculos de la naturaleza y á todos los seres animados é inanimados, y que acaso me habría más tarde hecho célebre si el pensamiento y la música internos hallaran instrumento adecuado para expresarse. Por falta de instrumentos de tal especie escasean tanto los Homeros y Shakespeares. Sea de esto lo que fuere, la verdad es que yo me consideraba predestinado á grandes cosas. Entusiasmábanme la música y la pintura y me sentía inclinado á la vida militar. Tenía soldados de plomo, piecesitas de artillería de bronce y castillos de armar y desarmar de madera. Cuando en los collados cercanos arremetía con palo 6 espada contra zarzas 6 matorrales, me soñaba conquistador. Cuando en mis soledades recitaba ante vacas y borregos trocitos aprendidos de los discursos cívicos de Setiembre, me figuraba orador, y los bramidos y balidos de mi auditorio se me antojaban aplauso inteligente de de un público ilustradísimo. La tempestad y el huracán excitaban mis nervios, y el menor charco tomaba para mí las proporciones del Ponto-Euxino.

Con tales disposiciones, nada extraño es que en los días de Norte, si no me entregaba yo mismo activamente al *sport*, pasara las horas muertas contemplando los centenares de papalotes que poblaban el aire, siguiendo con positivo interés sus evoluciones y combates, y experimentando simpatías y antipatías respecto de tales 6 cuales contendientes. Prestábales forma y pasiones humanas, y hasta convertíalos en determinados semejantes míos que solían preocuparme así en sueños como despierto.

Un vecino de ronca voz, duro ceño y fama de hombre de malas pulgas, estaba para mí representado en un gran papalote paralelógramo 6 pandorga de poderosamente bramadora rezumba y que cada día de Norte echaba, como si dijéramos, á pique ocho 6 diez malaventurados cubos, siendo el terror de todos los muchachos de mi barrio. Era de lienzo blanco, vuelto casi negro en fuerza de soles y lluvias: su extensa cola se retorcía y azotaba como una gran serpiente, y solía doblarse en su medianía al peso de grandes y brilladoras navajas. Sus roncos y continuados bramidos se oían de extremo á extremo de la ciudad, y eran para mí el lenguaje del perdonavidas. Habría yo podido jurar que decía:

«Soy todo ira; vengo del Norte;
Negra es mi sangre; duro mi porte:
Siembro el espanto do quiera voy.
Señor del aire, rival no tengo;
Exijo párias, agravios vengo:
Cual toro bravo rugiendo estoy.
Si de ponerse de mí delante
Algún imbécil tiene el desplante,
Le corto el rabo, le dejo rengo
Para que entienda que el amo soy.»

Hasta solía yo quitar de él la vista por el terror que me causaba.

¿Qué te parece que representó para mí un cu-

billo elegante, airoso y meneador que del lado de Oriente se pavoneaba con ínfulas de princesa? Pues habíale yo convertido nada menos que en cierta polla de frente á casa, bonita si la hay, altiva y desdeñosa de mi admiración é inclinación de párvulo, y verdadera desesperación de sus adoradores todos, según las palabras que yo pescaba de las conversaciones de la gente grande en las noches de invierno. Muy cierto es que el cubillo femenino, con el rumor de sus flecos de papel azotados del viento, se dejaba decir entre uno y otro meneo de su rabo:

«Rayo en los quince, y mi vistoso arreo
Osos llama cual moscas á la miel:
Mi dueño no ha de ser pobre ni feo,
Y mi sumiso esclavo ha de ser él.
Rabiarán las comadres envidiosas
De marido, de trajes y beldad,
Y al verse ellas entecas y sarnosas
Cuando yo engorde y triunfe ¿no es verdad?
Gatos nocturnos que arañais mis rejas,
Finchadas niñas y pintadas viejas,
Paso á la que triunfó! ¡Rablad! ¡Rabiad!»

Frío me quedaba yo al oír tales cosas, cuando de buena gana habría engrosado la hueste de los gatos si de mi casa me dejaran salir de noche.

Pero aun más frío me dejaba el modo de discurrir de un cubo de agudas extremidades y de rapidísimos movimientos; de un cubo viejo y destartalado, de pocas barbas y de aspecto burlón, y que tenía pintado un mono por más señas. Veía yo en tal habitante del aire al recaudador de contribuciones, hombre escéptico y de lenguaje de víbora, á quien todos tenían más miedo que al cólera. En tal cubo parecía con el murmullo de sus barbas prorrumpir en el monólogo siguiente:

«Yo de chirumen soy algo romo:
Me llaman Tuno; mi padre es Momo.
Valiente y polla me causan risa:
Alegre vivo si frutas como,
O si no tengo pan ni camisa.
Inquieto y móvil soy un exceso
Porque á mi rabo le falta peso.
Ni fuego fatuo ni sol que irradie,
Con alborozo ni asombro ví.
Nadie hace caso de mí,
Ni yo hago caso de nadie.»

Mal se avenía con mis ilusiones poéticas este modo de pensar y de hablar. Bajaba yo la vista; y como la volvía á alzar á los papalotes, recibía tres golpes de gracia en vez de uno, oyendo estos nuevos agasajos:

De la vecina desdeñosa:

«No así la rienda sueltes al deseo:
Marido no tendré pobre ni feo.»

Del viejo burlón:

«Mozuelo botarate,
Correrás si te suenan un petate.»

Del perdonavidas:

«Logra llegar á ser un mozo listo
Y verás cómo rujo y cuál te embisto.
Hoy por desprecio y lástima te absuelvo;
Mas si doy sobre tí, polvo te vuelvo.»

Oído todo lo cual, solía yo ir á encerrarme en mi cuarto con la firme resolución de hacerme anacoreta.

III

Vino á levantar algo mi ánimo el resultado de un combate que formó época en los anales del *sport*, y de cuyos pormenores no te haré gracia, por serme todavía tan grato como terrible su recuerdo. No te duermas: óyeme.

Mi maestro Martínez, con ayuda de los demás de nuestro círculo, había construido un grande y elegante cubo de madapolán grueso, de un metro y medio de altura, con parches ó fuerzas de paño negro en las extremidades y el centro de su armazón de varas, y una cola de orillas de paño de Segovia, larga y flexible. Carecía el cubo de las barbas ó el fleco que usaban otros, lo cual se avenía con su estilo severo y le daba, en concepto mío, la apariencia de un personaje altivo y grave, recién afeitado. Cuando poníamos la última mano á la obra cierta mañana en el corredor de la casa, las hojas de las plantas yacían inmóviles; el cielo estaba aborregado, y en el silencio reinante en las ciudades de provincia, oíamos ladridos lejanos y el ruido todavía más lejano de la diligencia que llegaba á México. «Va á ser Norte.» dijo el guardián, arremangándose los hábitos, y un instante después, la primera ráfaga invadía jardín y corredores sacudiendo rosales y platanares, y levantando sobre sus argollas los cuadros colgados en la pared. Cogimos papelote,

rabo y madeja de hilo; salimos á la calle, donde inmediatamente se reunieron muchachos y hombres: el más comedido ó entusiasta llevó el cubo á cien pasos de distancia, y Martínez, que tenía el hilo, llamó con vigoroso movimiento de brazos, y el futuro habitante de las alturas, entre los bufidos del Aquilón, ascendió recta y airosamente sobre techos y torres, arrancando á los aficionados un grito de admiración y júbilo. Diéronmele á tener y no podía yo con él, pues su fuerza era capaz de llevarse á un hombre. Se le soltó más y más cuerda, y bajo el cielo despejado y azul, parecía la blanca vela de un bote en el mar, y el rey de todos los semejantes suyos que, á mayor ó menor distancia, que saludan con el movimiento de sus rabos en señal de respeto.

En esto oyóse un bramido como de coro, y, negro y amenazador, el consabido paralelógramo ó pandorga perdonavidas, apareció en el aire, más soberbio que nunca, mirando con malísimos ojos al inesperado rival, y apretándose á destriparle cuando menos. De una pieza nos quedamos los del círculo, porque con la ansia y la prisa de estrenar el cubo, se nos había olvidado ponerle las navajas. Bajarle ahora para armarle, tendría de pronto las apariencias de arriar bandera, á lo cual no se avino Martínez. Por el contrario, fiando en su propia pericia, se dispuso desde luego á la defensa, con la intención de arrimar el hilo de nuestro cubo á la extremidad superior del rabo del enemigo, lo cual solía dar por resultado que papalote y cola formaran ángulo agudo montados en la cuerda agresora, y el primero descendiera de cabeza hácia el suelo.

Las operaciones todas de ataque y defensa obedecían á una táctica especial, cuyo conocimiento y práctica no se adquirían como quiera. Fuertes eran en ellos los rectores en el presente caso, y así lo probaron.

El perdonavidas corrió hacia el Norte para venir á caer casi perpendicularmente, al serle soltado más hilo, sobre del cubo, y cortarle al ascender de nuevo con toda la fuerza posible. Una y dos y tres veces trató de hacerlo, y fué burlado con soltar también nosotros hilo al cubo en el momento decisivo. Pero rabiando y mugiendo, el contrario se aproximó mucho más, aprovechando alguna ráfaga favorable, y, á punto ya de cortarnos, fué preciso rifar el todo. Al rozar su rabo como un alfanje damasquino nuestra cuerda, la atirantó Martínez y le imprimió súbito y recio movimiento contra la cola misma del adversario, haciéndola doblar con papalote y todo. Este, al descender de cabeza, cortó al cubo que, suelto y azotándose en el vacío como un boa, fué á caer á más de un cuarto de legua. Pero el agresor debía caer también, é ignominiosamente por cierto. Acostado y doblado por la zancadilla del hilo de su víctima, no pudo recobrar su actitud ordinaria; y como la vara de un cohete muerto, cayó casi verticalmente hasta el suelo, viniendo á dar al centro de nuestro corro, donde se declaró buena presa.

¡A cuántos orgullosos he visto dar así en tierra en el curso de la vida real, desde el rincón á que me retrajeron mis inclinaciones subsiguientes, y acaso también la timidez y cobardía que el cubo satírico me echaba en cara! Y, á propósito de éste y de los demás papalotes que hablaban y de las personas á quienes me figuraba representadas en ellos, vas á ver lo que suelen ser las coincidencias, casualidades y extravagancias del mundo. Pocos días después del combate, al verdadero perdonavidas le hundían el sombrero; y la polla remilgada, convaleciente de viruelas malignas se casaba con el recaudador de contribuciones, acabado de salir de unos ejercicios espirituales.

J. M. Roa Bárcena

México.—1884.

OTOÑAL

A la distinguida poetisa María Enriqueta Camarillo y Roa.

¿Por qué llora la pálida niña,
la enfermita de amor, la que sueña
cuando bate las alas la tarde,
y su púrpuro manto refleja
en el lago que duerme entre brumas,
y que al beso del viento despierta?
¿Por qué llora la pálida niña
al sentir que el invierno se acerca?
¿Por qué llora al mirar que el otoño
en sus alas convulsas se lleva,
á las hojas que cubren los nidos,
á las hojas que al irse se quejan?

—

Ay, no llora la pálida niña
al sentir que el invierno se acerca;
ni tampoco al mirar que el otoño
en sus alas las hojas se lleva:
es que enferma de amor, ahora siente
el agudo dolor de la ausencia
del amante de rubios cabellos,
ojos grandes, gentil y poeta;
que la dijo que así que el otoño
de tristezas los montes cubriera,
otra vez amorosas vendrían
su albo amor á mecer sus ternezas.....
Y el otoño marchito ha llegado;
y el invierno canoso se acerca;
y su amante de rubios cabellos
ojos grandes, gentil y poeta:
¡ay, le aguarda contando las horas,
y estas pasan... mas él aun no llega.

Miguel E. Pereyra.

UN LOCO

Murió siendo presidente de un alto tribunal de justicia, magistrado íntegro, cuya vida irreprochable era citada en todas las audiencias de Francia.

Había pasado toda su existencia persiguiendo á los criminales y protegiendo á los débiles, y los asesinos no tenían enemigo más temible que él, porque sabía leer en el fondo de sus almas sus pensamientos secretos y descifrar todos los misterios de sus intenciones.

Murió á los ochenta y dos años, llorado por todo un pueblo, que le acompañó solemnemente al cementerio, donde se pronunciaron elocuentes discursos en loor del difunto.

Hé aquí ahora el extraño documento que un notario encargado de examinar los papeles del muerto, encontró en uno de los cajones de una mesa donde el magistrado solía guardar los expedientes de los grandes criminales.

El documento llevaba este título:

¿POR QUE

20 de Junio de 1851.—Salgo de la Audiencia, donde acabo de condenar á muerte á Blondel. ¿Por que habrá matado ese hombre á sus cinco hijos? ¿Por qué? Hay personas para quienes destruir la vida constituye un placer. ¿No es el matar lo que más se parece al crear? ¡Hacer y destruir! Esas dos palabras encierran la historia del Universo, la historia de los mundos, todo cuanto existe.

25 de Junio.—¿Qué es un ser? Una cosa animada que lleva en sí el principio del movimiento y una voluntad reguladora de ese movimiento. Un átomo de vida que se agita en la tierra, y ese átomo de vida que puede uno destruir cuando quiera. Después nada; se pudre y todo concluyó.

26 de Junio.—¿Por qué es un crimen el matar? El animal mata constantemente, durante todo el día. El hombre mata también sin des-

canso para alimentarse; pero como siente además la necesidad de matar por placer, ha inventado la caza. El niño mata los insectos que encuentra, mata los pajarillos, mata todo cuanto halla á mano.

Pero esto no satisface la irresistible necesidad de matar que existe en nosotros, y, como no podemos vivir sin entregarnos á ese instinto natural é imperioso de muerte, nos satisfacemos de cuando en cuando, por medio de las guerras, en que un pueblo entero aniquila á otro pueblo. Y luego á los que dirigen y organizan esas matanzas los colman de honores, los hacen vestir lujosos trajes, con grandes adornos en el pecho, y se les otorgan recompensas, cruces y todo género de títulos.

30 de Junio.—El matar es una ley, porque la Naturaleza es partidaria de la eterna juventud. Mientras más destruye, más renueva! ¡Debe ser un placer delicioso el tener ante sí al sér vivo, pensante, y herirle y ver cómo brota la sangre que constituye la vida, y después no tener delante más que un montón de carne fría, inerte, desprovista de la facultad de pensar!

5 de Agosto.—¿Sospecharía alguien de mí si me atreviera á matar á un sér á quien no tuviera yo interés alguno en destruir? ¿Quién lo sabría?..... La tentación se ha apoderado de mí y me subyuga de un modo cruel. Mis ojos tienen necesidad de ver sangre, de ver morir y mis manos desean matar. ¡Qué sensación tan exquisita, tan nueva, tan refinada!.....

22 de Agosto.—No he podido resistir por más tiempo y he matado un animalito para ensayarme, para empezar, un jilguero que tenía yo en una jaula. Al cogerle, sentí en mi mano los latidos de su corazón. Le corté el cuello con unas tijeras y ví brotar la sangre del pobre pajarillo. Pero..... ¡tenía tan poca!..... ¡Lo hermoso sería ver desangrarse un toro! Y después imité á los asesinos. Lavé las tijeras, me lavé las manos y enterré el cadaver en el jardín.

25 de Agosto.—¡No hay más remedio! ¡Tengo que matar á un hombre!

30 de Agosto.—¡Ya lo he hecho! ¡Qué cosa tan fácil!.....

Fuí á dar un paseo por el bosque de Vernes, cuando de pronto ví un niño en el camino. El muchacho se detuvo para verme pasar, y me dijo: «Buenos días, señor presidente.»

—¿Estás solo?—le pregunté.

—Sí, señor.

El deseo de matarle me embriagaba como el alcohol. Me acerqué presuroso y le eché las manos al cuello, apretándole con todas mis fuerzas.

¡Qué emoción tan brutal la mía! ¡Qué ojos los de aquella criatura! ¡A los pocos instantes, el niño era cadaver!

¡Regresé á casa y comí admirablemente. ¡Qué cosa tan insignificante es la vida!

31 de Agosto.—Se ha descubierto el cadaver y la justicia busca al asesino.

10 de Setiembre.—Han sido detenidos dos merodeadores. No hay pruebas contra ellos.

6 de Octubre.—Nada se ha descubierto. Si hubiese visto correr la sangre, estaría más tranquilo.

10 de Octubre.—Continúa persiguiéndome el deseo de matar. Después de almorzar pasaba yo por la orilla del río y noté la presencia de un pescador que dormía á la sombra de un sauce. En un campo inmediato había una azada clavada en tierra. La cogí, la levanté como si fuera un martillo, y de un sólo golpe partí la cabeza del pescador.

¡Cuánta sangre vertió el infeliz! Me alejé con paso grave y sin pensar más en el asunto. ¡Dios mío! ¡Si me hubiesen visto!..... ¡Sea como quiera, es indudable que yo habría podido ser un gran asesino!.....

25 de Octubre.—La causa del pescador ha llamado extraordinariamente la atención del público. Se acusa del asesinato á un sobrino suyo que pescaba con él!

27 de Octubre.—El juez de instrucción afirma que el sobrino es el culpable y todo el mundo lo cree. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..... El sobrino ha estado á punto de confesar el delito, cansado de tanto interrogatorio. ¡Cosas de la justicia!

15 de Noviembre.—Hay pruebas aterradoras contra el sobrino, que debía heredar á su tío. Yo presidiré el tribunal.

25 de Enero.—¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte!..... ¡Le he hecho condenar á muerte! ¡El fiscal ha hablado como un angel! ¡Qué necio!..... ¡Iré á ver ejecutar al reo!

10 de Marzo.—¡Todo ha terminado ya! ¡Esta mañana ha sido guillotinado! De su cuello ha brotado una ola de sangre. ¡Ah! ¡Si la gente su-

piera que yo soy el asesino!..... ¡Me costaría tan poco dejarme sorprender!.....

.....

El manuscrito contenía muchas otras páginas, pero sin relatar ningún nuevo crímen.

Los médicos alienistas que lo han examinado aseguran que hay en el mundo muchos locos ignorados, tan hábiles y tan temibles como aquel monstruoso demente.

Guy de Maupassant.

A UNOS OJOS

¡Tristes ojos errabundos
Que exploran lejanos mundos!
Aunque ellos están abiertos
No me parecen despiertos:
Los miro siempre abismados...
Y si se cierran, cansados,
Me parece que están muertos...
¡Muertos!... y entonces los míos,
Presa de letal quebranto,
Silenciosos y sombríos
Dejan resbalar su llanto!.....

Si se cierran, si naufragan
Del sueño bajo el capuz,
Mis ojos también se apagan
Nostálgicos de su luz,
Y si ven enternecidos
De mi alma las soledades,
Bañados en claridades
Se alzan mis sueños caídos.....

A la luz de esas miradas
Abrense las tumbas frías
Donde están mis alegrías
Sepultadas,
Y de sus losas pesadas
Van resurgiendo ilusiones
En aladas
Procesiones.

¡Dulces ojos que se empeñan
En seguir ideales idos.....!
¡Ojos que miran dormidos
Y que sueñan!
Ojos que al sentirse heridos
Por resplandores brillantes,
Temblorosos desfallecen
Cual radian y se extremecen
Al ver la luz, los diamantes.

Esos que jamás reflejan
Los enojos.....
¡Son tus ojos!
Son tus ojos que semejan
Grandes gotas de rocío
Que de algún cáliz rodaron:
Estrellas que á tí bajaron
En una noche de estío!
¡Pupilas ensoñadoras
Que ocultas por las pestañas,
Huyen á esferas extrañas
En pos de extrañas auroras.....!

María Enriqueta.

HAMLET

Somos como el infeliz náufrago que, abandonado en medio de un furioso mar, lucha y lucha por salvar la vida hasta que una ola negra y enorme lo hace pedazos contra las rocas.

Lo que nos parece un paraíso de dichas es un antro de la muerte.

¿Qué nos queda de una arrogante figura y de un insoportable orgullo? Una palada de huesos en un cementerio.

En el polvo ruin, que la quejumbrosa brisa levanta de las tumbas que abren los sepultureros, no se vé ni un átomo de la grandeza humana.

Mas entonces, ¿para qué vivimos soportando las molestias de nuestro enfermizo cuerpo, las pasiones de nuestra mísera naturaleza, las contrariedades de nuestros deseos, el látigo de la injusticia y el despotismo de los grandes? ¿Para qué vivimos una vida tan angustiosa si al fin hemos de ser un montón de huesos apilados en un osario? ¿No sería más razonable empuñar cualquier arma y quitarnos esta despreciable existencia?

Esto lo deseamos y lo queremos poner en práctica, pero nos detiene una misteriosa emoción que nos dice que aunque nos matemos no acabaremos de vivir, porque más allá del sepulcro hay un abismo grande, sublime, imponente como nuestro sér mismo, en donde caerá la sustancia del cuerpo pasando á través de ese filtro que se llama muerte y que separa al espíritu de la materia.

Así, el temor al peligro que pueda encerrar ese abismo de la eternidad nos ha engendrado el instinto de conservación, y no queremos salir de esta charca cenagosa ¿será tal vez porque no estamos nunca limpios de toda culpa?

Por eso en nuestras luchas con las olas negras de la vida debemos alimentarnos de algo grande que fortalezca el espíritu nutriéndole de tan jugosa sávia para que robusto se presente en la eternidad. Hamlet, por ejemplo, con su difícil y sublime filosofía, dudando para afianzar su creencia y evidenciar verdades, despierta el alma de ese letargo indigno en que duerme, y hace que piense y reflexione en otra vida mejor, trayendo á la memoria, que el lujo, las comodidades, los tesoros, el poder, y el sentimiento mismo, no impedirán que un ébrio sepulturero ría y burle con sus dichos las lágrimas ajenas, cante indiferente al bollar la fosa, y jugando al desprecio con los restos de no importa cual fuera el mortal, dé un puntapié á la inútil calavera del hombre.

Así Hamlet, al derramar en nuestra alma ideas esenciales del más allá, nos mueve á que vayamos á un cementerio, en el cual podemos ver que sobre las tumbas de los humildes y desgraciados nacen perfumados lirios y tímidas violetas, y que sobre las de los orgullosos magnates no se fecundan ni ortigas, porque los mármoles que cubren estas ricas tumbas impiden la germinación de la semilla: espectáculo que se presenta en la morada de los muertos como sarcasmo de lo que entre los humanos acontece.

La orgullosa humanidad, herida en su amor propio, cuando la corrigen, ha llamado locos á sus grandes innovadores; pero aunque así lo creamos ¿quién no sabe que hay locuras que tienen en su nerviosidad algo del genio de Dios?

La locura de Hamlet fué una chispa del fuego de los cielos que le quemó el cerebro y le hizo exclamar lleno de convicción: «morir es dormir y tal vez soñar.»

Si razonamos sobre ese sueño que Hamlet llama muerte pensamos que en este mundo el bueno tiene sueños apacibles y blancos, y el malvado intranquilos y negros, lo que les seguirá sucediendo cuando calgan en el sueño eterno.

¡Qué triste estará el malvado cuando se acueste en el lecho de la muerte! Por esta sola consideración no debía haber perversos en la tierra; y sin embargo, existen tantos que da compasión pensarlo, puesto que si miramos á lo alto ¡cuántos tiranos nos amenazan, con adusto semblante! si á nuestros pies ¡cuántos envidiosos derraman esa hiel que se llama calumnia! si á nuestra frente ¡qué de orgullosos y mentecatos pretenden despreciarnos! y á la espalda! qué de hipócritas nos acechan con un puñal de oro y de diamantes para matarnos alevosamente: así es la naturaleza en todas sus manifestaciones, pues bien sabemos que si nos vamos al campo, pongo por ejemplo, y levantamos una piedra salta una víbora, y movemos una hoja cae un gusano, y hablamos contesta un sapo; mientras que oculta en la maleza nos acecha una serpiente y á lo lejos sentimos el rugir de alguna fiera.

Solamente de vez en cuando cruzan por la tierra privilegiados séres que derraman perfumes en el espacio y muestran el iris lleno de lucientes resplandores, como por el campo, en ciertas épocas del año, vuelan alegres mariposas y pintados pajaritos. La razón por qué las mariposas y los pajaritos acuden alborozados á dar alegría al campo es el contraste que quiere ahuyentar de las malezas á los dañinos insectos, lo mismo que acuden á esta tierra esos séres luminosos con el móvil de desvanecer las sombras de la humanidad ¿lo conseguirán? yo no lo sé... Mientras tanto observo que el cobre dorado en el mercado de la vida vale más que el oro manchado por su misma pureza, porque el primero brilla más que el segundo: observo también que detrás de mi pueblo hay un cementerio, abismo sin fondo, que se ha tragado muchas generaciones y se está tragando mi familia, mis amigos,

mis conocidos, todos esos séres que pululan por ahí buscando unos motetes que sirvan para los placeres mundanos, y avanzando hacia una nube vaporosa, luciente y encantadora; pero que arroja alevosamente de su seno la horrorosa muerte.

Esto pasa en el mundo entero, todos lo saben pero nadie se ocupa en una cosa tan común, y seguimos batallando por adquirir objetos baladies. ¿Será esto torpeza ó maldad? Tal vez lo que sea, pero lo que es debe estar corrompido; el cementerio con su boca abierta, tendido á los pies de la pendiente resbaladiza por la que en vano brega el género humano para subir á la cumbre, en una casa buena, muy buena; y Hamlet sintió náuseas al olfatear la humanidad.

Miguel Billini.

SUR LA BRECHE

I

Si vivir es luchar,—cuando la pluma
vibra en la mano del poeta ardiente,
debe el poeta levantar su frente
y sacudir el miedo que le abruma...

Si escribir es luchar,—la gloria suma
es azotar al crítico insolente;
que al estallar la ola prepotente
cubre su sién en delicada espuma...

Reviente el verso al roce de la chispa;
y zumbe de la gloria entre las palmas
con el tenaz zumbido de la avispa..

Que por la ley eterna de las cosas
y por la ley eterna de las almas,
¡los versos sin espinas no son rosas!

II

Para vengar mis íntimos agravios
lucharé con el mundo, cuando el mundo
me arroje ese desdén torpe é inmundo
conque—¡infeliz de mí!—manchó á los labios...

Bástame del dolor estos resablos
para sentirme excéptico profundo;
y saber desplomarme, moribundo,
con la frase de Bruto entre los labios!

—Virtud, necia virtud: eres un nombre...
gritaré, flajelando altivo y loco
el espíritu crédulo del hombre...

Y envuelto en mi bandera ensangrentada,
he de irme muriendo poco á poco,
¡con la mano en el puño de la espada!...

III

Hoy ¡oh mundo brutal! mi alma te mira
con lástima y desprecio; que tú mismo
vas á ocultarte al fondo del abismo,
aún impotente en medio de tu ira....

El sacro fuego que á cantar me inspira
resistirá tus soplos de egoísmo:
No insultes mi doliente excepticismo,
no profanes el culto de mi lira!...

¡Vano es que quieras apagar mi fuego!
tenaz y altivo,—al modo de aquel griego,
ya que nunca tu aplauso me concedes,

...Saldré á encontrar el carro del Destino;
y arrojándome en medio del camino,
gritaré á toda voz:—Pasa, si puedes!!...

José S. Chocano.

UN FUSILADO

Juan Sormier era hijo de un sombrerero de la calle de Rambuteau, el cual no tenía más que una ambición: la de hacer de su hijo un funcionario público. Inspector forestal, ingeniero, subprefecto, poco le importaba, con tal de que pudiera llevar un uniforme y un sombrero apuntado.

Sormier, que con grandes penas y trabajos había logrado tener una renta de siete mil francos anuales, hizo entrar á su hijo en uno de los mejores colegios de París, donde siempre ganó los primeros premios.

Después pasó dos años en la escuela politécnica, de la que salió sabiendo muchas cosas; pero con la vista gastada y una marcada tendencia á la jaqueca.

Tan luego como hubo pagado tributo á la fiebre cerebral fué nombrado ingeniero de quinta clase en Poussarieux, población situada en el Mediodía. Las calles eran barridas por el viento y no había en ellas más limpieza que la que de vez en cuando proporcionaba la lluvia. Nadie tenía allí la menor noción del engranaje administrativo, sin que nadie tratase de explicarse el cómo y el por qué de las cosas.

Había en Poussarieux una legión de empleados: un prefecto, un secretario general y tres consejeros de prefectura, un presidente del tribunal, cuatro jueces, dos jueces de paz, un procurador imperial, dos substitutos, dos escribanos, tres recaudadores de Hacienda, un director y un inspector del Registro Civil, un registrador de la Propiedad, un Administrador de Aduanas, un inspector forestal (en las inmediaciones del pueblo no había ni quince árboles), un sub-inspector, un guarda general, una comisaría central, dos comisarías de policía, tres secretarios, un capitán y un teniente de gendarmes, un rector y un provisor, un administrador de correos, cuatro empleados del ramo, un conservador de los archivos, tres sub-archiveros, un bibliotecario, un inspector de telégrafos, un ingeniero de puentes y calzadas, auxiliado por dos subalternos; un obispo, dos vicarios generales, un deán, dos asesores del cabildo, seis canónigos. Venía luego una legión de ciento cuarenta y siete empleados de varias categorías y de múltiples administraciones: Correos, Hacienda, Policía, Cárceles, etc., etc. En resumen: Poussarieux costaba al Estado más de cuatro millones de francos al año.

Un día corrió por la población la noticia de que acababa de apearse en el *Hotel del Comercio* un ingeniero joven, enemigo acérrimo de los abusos y decidido partidario de las ideas modernas. ¿Qué reformas iba á emprender? ¿Qué perturbaciones podrían tenerse de su iniciativa?

Juan Sormier dijo desde luego públicamente que era escandaloso que hubiera allí tres ingenieros, cuando sobraba con uno; y que el director de las Obras Públicas padecía de una sordera tan fatal que le impedía mandar bien á los trabajadores que tenía á sus órdenes.

El Prefecto invitó á su té semanal al peligroso observador, y al verle le dijo:

—Los abusos inveterados constituyen esas leyes que se conocen con el nombre de costumbres del país. Todos los que están aquí colocados deben sus puestos á algún personaje influyente. ¿A qué santo va vd. á turbar la tranquilidad de unas gentes que viven como han vivido sus predecesores? El ingeniero, cuyos trabajos critica vd., es pariente del secretario particular del Ministro de Obras Públicas, y si vd. le hace la guerra, es vd. hombre al agua.

—Dispénseme vd., señor Prefecto—contestó Sormier sacando de uno de sus bolsillos un cuaderno lleno de figuras geométricas y de apuntaciones—pero ahí tiene vd. trazado el camino proyectado por Mr. Vieillesouche, á quien honra vd. con su confianza. Según los planos, atraviesa una comarca árida y alarga el trayecto nada menos que en dos horas. Con arreglo á mi proyecto, el camino pasa por tres poblaciones importantes, y se realiza una economía importantísima.

—¡Es posible!—dijo el Prefecto.—Pero, á cuántas personas va vd. á disgustar!

—Eso nada significa.

—Tenga vd. en cuenta—repuso el Prefecto—que Mr. Vieillesouche construyó el Canal de Ferroul.

—Un Canal cuyas aguas inundaron el país.

—A él se debe el puente colgante sobre el torrente de Aníbal, en los Pirineos.

—Que hubo necesidad de reparar á los pocos años.

—Esas son desgracias inevitables—observó el Prefecto.

Juan Sormier se inclinó respetuosamente y se despidió del jefe civil, á cuyo té había asistido.

***

A los cinco ó seis días, las personas influyentes de Poussarieux estaban alarmadísimas. Un periódico de París, *El Rabelais*, se había permitido dirigir rudísimos ataques á la rutinaria administración de Poussarieux. El autor, que se firmaba *Judex*, anunciaba dos cartas por semana, en las que hablaría del Prefecto, del ingeniero jefe y del alcalde de la población.

El deán entró precipitadamente en la prefectura y exclamó, agitando en el aire un número de *El Rabelais:*

—¡Esto es intolerable, señor Prefecto! ¡Se acabó ya para siempre la tranquilidad en Poussarieux! ¿Ha leído vd. este papelucho?

—Sí. Todo el mundo se indisciplina y los reformistas de café se van apoderando de Francia.

—Creo conocer al autor de esta correspondencia—repuso el sacerdote.—Indudablemente es ese ingeniero recién llegado, ese revolucionario, ese terrorista.....

Unicamente un joven, un teniente que vivía en el mismo hotel que Sormier, se interesaba por la suerte de aquel hombre sensato y convencido de la verdad de las doctrinas que profesaba. En muchas ocasiones habíanle llamado la atención la rectitud moral de su vecino y su legítimo enojo contra los monstruosos abusos que combatía.

—El pueblo es el que paga—decía Sormier.—Pero ¿qué? La opresión que sufre y el robo que le arruina.

—No reformará vd. nada, amigo mío—le contestó el oficial Mr. de Bordenave.—Por más razón que vd. tenga, siempre será derrotado.

—¡Pues lo seré!—contestó friamente Sormier.

Y con efecto, á los ocho días recibió el ingeniero su destitución.

Juan Sormier se encogió de hombros, hizo la maleta y tomó el tren. Estimulado por el amor á la justicia entró á formar parte de la redacción de un periódico radical, en el que escribía terribles artículos con el pseudónimo de *El Sepulturero;* artículos que llegaron á hacer temblar al gobierno en masa.

De la indagación de los parisienses surgió la guerra en las calles.

Tronaba el cañón en los alrededores de la capital y los coches de las ambulancias regresaban cargados de heridos.

En el ángulo de la calle del Bac y de la calle de Grenelle, encontráronse cara á cara dos hombres: el uno era Juan Sormier, sorprendido con las armas en la mano; el otro el oficial de Poussarieux, Mr. de Bordenave. De los dos, el único que palideció fué el teniente.

—¡Viva la revolución!—Gritó Sormier, apoyándose contra una pared.

Los cañones de los fusiles temblaban de impaciencia, esperando la voz de mando.

Bordenave vacilaba y no podía proferir ni una palabra. Estaba tan emocionado que de sus ojos brotaron dos lágrimas.

—¡Gracias!—le dijo Sormier.

Y luego, con voz enérgica y segura, añadió:

—¡Apunten!..... ¡Fuego!.....

El pobre Juan cayó en tierra acribillado de balas.

Desde entonces han desaparecido los abusos en la administración. Los gastos han quedado reducidos á su lógica expresión, los cargos públicos no se deben al favoritismo, se han rebajado en grande escala los impuestos y todo marcha del mejor modo posible en la China de Occidente, que tiene á París por capital.

Aureliano Scholl,

MISTERIOS

Tú me has dicho, Florinda, que tu vida
Se parece al Otoño, y tus congojas
Bajo la sombra de la fe perdida
Son como secas y amarillas hojas.

Y no obstante sorprendo en tu mirada
Claros reflejos de la fe primera,
Algo como el fulgor de una alborada
En tropical y hermosa primavera.

Naciste junto al mar! y sus rumores
Arrullaron tus sueños en la cuna,
Fué tu primer amor cual los fulgores
De las ondas bañadas por la luna.

El mar que encierra en su existencia oscura
Coral y perlas de sin par oriente,
Te ha dado de sus perlas la blancura
Y su coral para tu labio ardiente.

Cuando te conocí, guardé tu acento
Como un eco de dulce melodía,
Primero..... en mi ardoroso pensamiento
Después..... después dentro del alma mía,

Si es un cariño fraternal y santo
El que mi alma te da, yo lo bendigo;
Si solo es amistad, te quiero tanto
Que me siento feliz con ser tu amigo.

Y si es amor el culto que me inspiras,
Con esta duda sin cesar batallo;
Y no te debo amar, por eso miras
Que al verte lucho, me domino y callo.

Si hay en tu corazón ocultas penas,
Para esas penas hallaré consuelo;
Si de dicha tus horas están llenas,
Yo buscaré para tu dicha un cielo.

Si en tu alma llevas el recuerdo mío,
Deja que allí palpite enamorado,
Como tiemblan las gotas del rocío
Sobre las rojas flores de granado.

¿Qué mano ha de estrechar á nuestras almas
De nuestra vida en la mañana incierto?
Quizá la misma que juntó las palmas
En las ramblas de arena del desierto.

* * *

EL APOSTOL

—Sí—continuó diciendo Le Harpeur—confieso que estaba completamente borracho, como se puede y se debe estar después de una noche de Carnaval pasada en un baile de máscaras.

Todos estábamos transformados; pero, no obstante la borrachera, conservábamos nuestro aspecto distinguido. Bob Hellem había ido á parar á la prevención por haber tenido la peregrina idea de dirigir la orquesta y de atropellar á varios de los músicos.

Saint Honorat había perdido entre la multitud á su amiga, á la deliciosa Susana Girelle, y desesperado y loco la buscaba por los salones, como un perro friolento que no encuentra la puerta de su casa.

Realmente había dado con sus huesos sobre la mesa de un gabinete reservado, donde pasó la noche como un bendito.

A eso de las cuatro de la mañana salí del restaurant con la intención de ir á pasar un rato á una casa de juego.

La noche era magnífica y multitud de luminosas estrellas sujetaban como clavos de oro la majestuosa cortina del firmamento. Junto á la acera veíase una larga hilera de coches de alquiler, que fuí examinando uno por uno, deseoso de tomar el menos desvencijado y de mejor aspecto.

De pronto me llamó la atención un cochero, que me sorprendió por su extraordinaria feal-

dad. Su rostro evocó en mí el recuerdo de esos mascarones burlescos que los escultores de antaño colocaban en los arcos de los puentes. Su blanca barba, su encarnada nariz, sus brillantes pupilas y su aspecto de San Antonio mortificado por las tentaciones, le daban cierto aire de evangelista cómico, de loco y de filósofo que vive al día sin quejarse de su destino.

—¡Eh, patriarca! —le grité irónicamente.— ¿Está desocupado tu carruaje?

—Sí, señor—me contestó sonriente y animado, sin duda por la esperanza de una buena propina.

Le dí la dirección de una casa de juego y el caballo echó á andar al trote. El monótono movimiento del coche, el silencio de la noche y el aire tibio que se respiraba, me fueron provocando insensiblemente el sueño.

Cuando desperté al cabo de una hora, el carruaje seguía rodando, pero no en dirección hacia el sitio en donde yo quería ir, sino camino de las fortificaciones, por el paseo de los Ingleses.

Lo primero que hice fué sacar la cabeza por la ventanilla para decirle al cochero:

—¿Se está vd. burlando de mí? Si no conoce vd. la ciudad ¿por qué no me lo ha dicho á tiempo? Vuelva vd. hacia la plaza de Massena, luego tome vd. por la primera calle á la derecha; y en cuanto á la propina, no piense vd. en ella, porque no he de darle ni un solo céntimo.

Mi apóstol no decía una sola palabra, por más cosas que yo le decía. Al fin tiró de las riendas, y cuando el pobre rocinante se hubo detenido, echó pie á tierra el cochero, se acercó á la portezuela con el sombrero en la mano y me dijo en un francés mezclado de italiano.

—Los vapores del vino le han trastornado á vd. la cabeza y hecho perder el dominio que suele vd. ejercer sobre las malas pasiones. Juro á vd., caballero, que bendigo á la Providencia, que le ha obligado á vd. á escoger un cochero que quiere conducirle por el camino del bien y que únicamente desea llevarle á vd. á su casa.

Al principio creí que aquello era un sueño y no pude reflexionar con lucidez. ¿Se trataba acaso de una pesada broma de Carnaval? ¿Estaría también borracho aquel anciano venerable, cuya cara evocaba el recuerdo de los profetas y de los santos?

Sin saber á punto fijo lo que hacía, salí del carruaje. Pero el cochero me siguió, y sacudiendo sus largos brazos, que parecían dos alas desplumadas, continuó, como si estuviera en el púlpito, su santa peroración.

—He bajado de la montaña—me dijo—para salvar del infierno las almas extraviadas; he abandonado la tranquilidad de mi apacible retiro para venir á predicar la buena doctrina; me he mezclado con la multitud para luchar contra el demonio y he venido á la ciudad para oponer el dique de mis evangélicas energías al desbordamiento de los vicios. Todos sois iguales y sólo rendís culto al dinero y sin pensar en lo único que es eterno: las llamas del infierno y las delicias del paraíso.

Sin embargo, temo haber predicado casi siempre en desierto, lo mismo hoy que ayer, lo mismo ayer que hace un año. ¿No llegará nunca Jerusalén á volver sus ojos llenos de arrepentimiento hacia el Señor?

La voz del cochero, que iba siendo cada vez más terrible, tenía sonidos estridentes como los de un clarín. De los enrojecidos párpados del apóstol brotaban abundantes lágrimas, que iban á perderse entre la espesura de su barba.

Aquel hombre se transfiguraba á mi vista.

La aurora comenzaba á teñir de rosa y nacar el horizonte; las últimas estrellas iban desapareciendo, como cirios que apagan uno tras otro, y el azulado mar, casi inmóvil, extendía su inmensa cortina, cuyos blancos flecos llegaban hasta las inmediaciones del paseo de los Ingleses.

Naturalmente, no quise interrumpir al apóstol; aquella escena me pareció tan grotesca y tan imprevista, que no sólo no me indigné, sino que hasta hice como si el sermón del pobre viejo me hubiese convencido y edificado.

Al fin tomé la palabra y dije:

—Tiene usted razón, amigo mío. En lo sucesivo no me ocuparé más que en la salvación de mi alma. Pero lo que es ahora..... llévame usted inmediatamente á mi casa.

El cochero subió en el acto al pescante y comenzó á azotar al pobre caballo, medio dormido, con su látigo de cuerda.

Al cabo de una hora saboreaba yo el voluptuoso placer de acostarme en mi fresca y mullida cama, después de haber bailado y bebido por espacio de doce horas consecutivas.

—¿Y el apóstol?—me preguntó mi amigo Luis de Tholly.

—No he vuelto á verlo en mi vida; pero muchas veces, al recordar las locuras de aquella noche de Carnaval, me he preguntado con interés: ¿Sería un verdadero apóstol? ¿Sería un loco? ¿Sería un bromista? ¿Estaría borracho?

—Pero, dime, ¿te exigió el precio de la carrera?

—¡Pues, ya lo creo! ¡Y hasta se quejó de la propina! ¿Acaso para ser apóstol es preciso dejar de ser hombre?

René Maizoroy.

LA TRISTEZA DEL MARMOL

Frontera está del Laoconte.
Que en mármol pario organiza,
Venus, una Venus blanca,
Triste, como la Elegía,
De senos en flor, y testa
Culminante y pensativa.

***

Y dice la sacra diosa:
«No soy, como el Hombre, hija
De un amor que sólo es larva
Del placer.—Y á mí se inclinan
Las amadas de los Reyes
Y los mármoles de Fidias.

***

Enfermo de mal de amores.
Sueña el joven, á mi vista,
Que á grandes sorbos apura
El champaña de la dicha,
En mis labios, en mis senos
En mis túrbidas pupilas.

***

La aureola que mis sienes
Circunda, cuasi indistinta,
Formada está con las dulces
Miradas de los artistas;
Y lloró á mis pies un genio.
Germano, injerto en semita.»

***

Y descuella entre las diosas
Del Museo, la ciprina,
Como rosal entreabierto
En prado de Margaritas;
Mas, si ardiendo en hermosura,
Triste, la diosa suspira.

***

Dice la mútila estatua:
«Esta del mármol no es vida;
En virginidad eterna
¡Ay, gloriosas carnes mías!
Nunca padecéis de gozo
Bajo quemantes caricias.

***

Nunca en torno de mis senos,
De hermosura magnolina,
Aleteó la mariposa
De un ósculo,»—
Y la magnífica
Frente de Venus se cubre.
De una tristeza sombría.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

SATANICO

PAGINA EN NEGRO

MIENTRAS la noche confundía los árboles con inmovibles esqueletos, y el lago, parecía enorme charco de sombras, llegué al dolor de mis meditaciones y sentí la punzada ardorosa de la muerte.

La muerte, la macilenta amada que se espera con temor, como si su abrazo trajera lo misterioso para llegar indagando á la nada y advertir en el vacío del cosmos algo azul, algo bello que asegura las promesas de la religión, y riña con el elemento universal de lo no existente.

Se deshacía el cielo en trombas de nubes, obscuras, siniestras, allá lejos un rayito de una luna anémica fosforecía en el castillo donde quedaban presas mis alegrías y oí cerca de mí la carcajada burlona de la venganza.

Yo había sido un hombre bueno, que sonreía siempre, donando la frase dulce al áspero dicterio, y practicando aquellas máximas aprendidas en mi niñez cuando hundía mi cabecita de bucles blondos entre los folios de pergaminos sagrados; pero ¡oh! la mordida ruda de la hiena clavó sus colmillos verduzcos en mi diafanidad y sentí en el fondo de mi sér el derrumbe del edificio de la virtud.

Y comenzó la profesión que estiraban sus manos largas y finas para estrechar mis sienes sudorosas y temblantes, y los ojos ardientes quemaban con sus miradas febriles mi piel cretina: eran mis enemigos rencorosos y satisfechos, que acudían á satirizar mi dolor supremo.

Léjos un gato negro erizaba el lomo y recitaba cantos inacordes que comenzaban en un trino de falsete y concluían en un hipo de estertor.....!

Sentía una necesidad imperiosa de hablar; pero los glóbulos de sangre que en algarada bullían en mi cerebro zumbaban en los oídos y latían en el cráneo con un infernal repiqueteo que parecía el desquicie de mi sér.

En los ángulos del cuarto, grandes nieblas. Yo pensé en colores: ví una mancha de blanco, en el centro con líneas albas se perfiló la imagen de mi madre; luego una pincelada de verde glauco, soñé con el mar infiel y falaz como mi primera novia; y en un deslelmiento de rosa, esbozóse la cabecita de rizos negros y ojos profundamente subyugadores, la de nombre helénico, de la que puede hacerme bueno con uno de sus besos; hasta que vino el ópalo de crepúsculo, el naranjado soñoliento y el negro de la noche eterna!

Con gritos estentóreos mis pasiones mal contenidas acusaban á mi cuerpo bestial y barapeso, hipnotizando con sus blasfemias, en tanto que el buho ahito del aceite de la lámpara bíblica elevó su nota de pavor como negro clarín de la muerte triunfadora.

A mis esfuerzos de repulsión, amoratábanse sus caras, crujian sus miembros en danzas epilépticas, y hundidas en las gasas de mi lecho de dolor, giraban en una danza de walpurgis, de demoniacas, de histéricas, hincándome con sus uñas, estrujándome con sus huesudas rodillas, y motándose con muecas pavorosas.

Era un sábado de saturnal en el aquelarre de tantas brujas de rostros carcomidos por la lepra, y allá lejos, el crispado gato negro arqueaba su lomo recortando sobre la luna pálida, su figura sombría de Satán.....!

Pero aun vivía, y en un instante de lucidez grité por Dios, mi único refugio, buen Señor de la barba de plata, y los tormentos huyeron aterrorizados perdiéndose con los nubarrones henchidos de rayos, el gato rugió en una nota desafinada, y en lo alto, el triángulo de luz se abrió, y á través de sus claridades ví el trono resplandeciente donde el justo Padre me miraba con inefable terneza y mi alma leve é inmaculada subió para no volver jamás á la tierra, y desde entonces perdura mi cuerpo cansado, buscando el apoyo por siempre perdido.....!

¿Lo encontraré en el hábito gris del capuchino? ¿En la vida voluptuosa como abrazo de mujer morena? ¿O en el seno ambarino del ajenjo?

Francisco García Cisneros.

LA EMOCION EN EL TEATRO

Se está escribiendo un libro sobre «La emoción en el Teatro.»

Todos los escritores y artistas han sido invitados á dar su opinión al respecto.

Las mejores repuestas—lo digo con una gran reverencia—proceden de la mujer.

La actriz ha hablado mejor que el actor.

La mujer ha decidido, que la emoción en el teatro es el alma del genio dramático. Pueden ser más correctos el movimiento escénico y los detalles, pero no se llega al corozón del espectador sino se está dominado por la emoción.

No hay que pasar, sin embargo, el límite de la verdad: hay que guiar los cuatro caballos del genio dramático sin dejarlos desbocar.

La incorporable Sarah dice que dirige á modera á su antojo la emoción que siente. Ivelle Guilbert, pretende que la comediante, cualquiera que sea, no puede comunicar á sus oyentes sensaciones variadas, si ella misma no las siente.

Como Rachel Tessandier abdica su personalidad, por la carne, el cerebro del personaje que representa.

En ciertos momentos está tan fuera de sí, que podría darle de puñaladas sin que sintiera.

Cuando Rachel interpretaba un papel nuevo —casi siempre un papel trágico—no se reponía de la emoción de las lágrimas con las bromas de entre bastidores.

Inmediatamente después del desenlace, corría á encerrarse en su saloncito del teatro, de donde todo el mundo estaba excluido, excepto sus hermanas y yo como director y amigo.

Apenas la reconocía: tal era la emoción que la agitaba. No bien había entrado en su camarín, se desgarraba el traje, se arrancaba los encajes y llegaban hasta el punto de tomar el puñal para herirse en el corazón.

La emoción que había sentido, se prolongaba varias horas.

Algunos idiotas de bastidores al verla pasar decían:

—Finge estar conmovida: se burla de nosotros y de ella misma.

Tan poco se burlaba, que en la representación de *Rosemonde* la llevaron moribunda á su casa.

¿Qué es el genio teatral? El arte de anular su personalidad de mujer encantadora, como Rachel y Sarah, para crear otro personaje.

Desgraciadamente, muchos artistas al entrar en escena dejan olvidado el genio teatral en los bastidores.

Hay cómicos que se imaginan que crear un papel es ponerse un traje cualquiera, sin preocuparse de producir la emoción en la sala.

Hay que dar vida al papel.

A propósito, me acuerdo de la frase célebre de Bignon cuando creó el personaje de Danton.

—¿No es verdad, decía, que he estado en la piel del personaje?

En efecto, aquel comediante de ocasión creó maravillosamente el papel de Danton. El actor Bignon desaparecía bajo el comediante que había en la piel de Danton.

Era un retrato viviente del gran revolucionario. Caracterizaba mejor esta figura que el mismo Danton. Interpretaba este personaje mejor de lo que hubiera hecho el mismo Danton, porque engrandecía ese tipo moral, sin ser enfático.

¡El énfasis! He aquí lo que pierde á tantos cómicos que no sienten la emoción; ese movimiento supremo del alma que parte de la escena para inflamar á toda la sala. La emoción es apogeo del genio teatral. No hay que buscarla solo en la tragedia ó en el drama; también la hay en la comedia.

El teatro es la ilusión. En el ensayo de una comedia, ví con gran sorpresa á uno de mis sucesores en el gobierno del teatro francés, Emilio Perrin, poniendo cerezas naturales en una huertecita que debía aparecer en la escena.

—Querido Director, le dije, os olvidais de que el teatro sólo vive por la ilusión: la ilusión de la verdad. ¿Creéis que vuestras cerezas, por verdaderas que sean, influirán algo en la curiosidad del público? la verdad está muy por encima de esas puerilidades escénicas. No os preocupeis de las superchierías de la verdad. El espectador se sobrepone á todo esto. Si la obra es buena, tendrá éxito: si el autor comunica la emoción, triunfará.

No hay gente más crédula que el público, hasta el público ó los actores y artistas se dejan arrastrar por la interpretación de sus compañeros, de tal modo que al contemplar la escena se olvidan que son sus camaradas los que están representando.

He visto llorar á Mme. Susana Brohau tan pronto como entraba en escena su hija Magdalena, después de una conversación cualquiera interrumpida repentinamente.

—¿Cómo, llorais? le dije una noche.

—¿No os conmoveis de la desesperación de mi hija? me replicaba. ¡Si supierais el placer que me causan las lágrimas!

Cuando volvía Magdalena á su camarín, Susana Brohau abrazaba á su hija y recopilaba su alegría.

Como dice Sarah, no hay nada más sencillo que sentir emoción y comunicarla al público. Sólo se trata de tener mucho talento en las tablas.

A. Houssayl.

Activo: más de $ 221.213,721.33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

REVISTA AZUL

TOMO V. MÉXICO, 11 DE OCTUBRE DE 1896. NUM. 24.

EL AVE MARIA

Madame de Revannes rezaba fervorosamente en el cementerio de una aldea.

Hacía cuatro años que su marido había sido encontrado asesinado en el jardín, bajo un enorme cedro.

Vinieron después la causa con sus consiguientes emociones: la captura del criminal, Pedro Roques, un guarda bosque despedido por sus amos, la vista del proceso, el veredicto y la ejecución.

Una mañana, al amanecer, estaba levantada la terrible máquina. Y madame de Revannes, pálida, desconcertada y con la boca torcida por un movimiento de ira, había visto caer la cabeza del asesino.

Y la pobre viuda, hermosa todavía bajo la aureola de sus negros cabellos, recordaba los pasados sucesos y la crisis final y la partida de Billguy, á donde iba de cuando en cuando por algunas horas, con el único objeto de colocar un montón de flores en la tumba de su difunto esposo.

Recordaba todo esto en el cementerio de la aldea, inundado por los rayos del sol.

Y rezaba fervorosamente.

***

Hallábase junto á ella su hija Juana, preciosa niña de cinco años, cuyo traje de luto hacía resaltar sus blancas mejillas y sus grandes ojos idealmente azules.

Juanita había llorado en un principio, al ver llorar á su madre, arrodillada entre las flores, sobre la tumba de mármol blanco. Después levantó furtivamente la cabeza y se puso á escuchar extasiada el canto de los pastores que iban con su ganado por la falda de la colina inmediata.

De pronto llamó la atención de la niña el ruido producido por unas ramas.

Al otro lado del sendero, al pie de una humilde cruz lloraba otra niña de la misma edad de Juana, miserablemente vestida.

Juana miró por espacio de un rato á su madre, inmovil, con la cabeza entre sus manos, sumida en la amargura de sus tristes pensamientos.

A los pocos instantes levantóse la niña sin hacer ruido alguno y atravesó el sendero.

La otra niña volvió la cabeza como asustada.

Durante algunos momentos las dos criaturas se miraron con cierta desconfianza.

Al fin Juana dijo en voz baja:

—¿Tienes alguna pena?

—Sí. Quisiera tener unas cuantas flores para..... mi padre.

Hubo un momento de silencio, tras del cual Juana tomó una resolución. Dirigióse al sitio donde estaba su madre, cogió uno de los ramos blancos que estaban sobre el mármol, volvió al lado de la pobre niña, y se lo entregó diciéndole cariñosamente:

—¡Toma, hija mía!.....

Y en vista de que la infeliz vacilaba, Juana colocó por sí misma el ramo al pie de la cruz.

***

En aquel momento despertó madame de Revannes de su piadoso ensueño, y de un solo golpe de vista adivinó la escena que cerca de ella ocurría.

Enternecida y satisfecha, atravesó á su vez el sendero para acariciar á su hija Juana.

—No me riñas, mamá, no me riñas—dijo la generosa criatura.—¡La pobrecilla estaba llorando, porque no tenía flores para colocar en la tumba de su padre!

Madame de Revannes miró maquinalmente la cruz. Llena de estupor lanzó un agudo grito de angustia y retrocedió espantada, asiendo de la mano á Juana.

La inscripción que estaba al pie de la cruz decía:

«PEDRO ROQUES.»

¡Pedro Roques, el asesino guillotinado!.....

La viuda adelantó el paso hacia la cruz maldita para quitar el ramo de rosas blancas y poner término á aquella odiosa profanación.

Pero Juana volvió á decir, con voz temblorosa y con lágrimas en los ojos:

—No me riñas mamá; mira que vas á dar un gran disgusto á esa pobrecilla.

Y madame de Revannes contempló á la inocente niña, arrodillada ante la tumba del ajusticiado, como hipnotizada por el hermoso ramo blanco que ofrecía mentalmente á aquel padre cuyos antecedentes y cuya historia ignoraba por completo.

Y la viuda, vencida en absoluto, cayó de rodillas, abandonándose á la atmósfera de piedad y de perdón que la rodeaba.

Y en medio del silencio de aquella espléndida mañana del mes de Junio, brillante y perfumada, oyéronse de pronto dos voces infantiles que rezaban candorosamente el *Ave María*.

Paul Peltier.

EL PESCADOR DE PERLAS

Cuando la reina su soberbia frente
Quiere adornar con joya refulgente
De precio sin igual,
Le dice al pescador:—Baja á los mares
Y arráncale á sus genios tutelares
La perla de sus urnas de cristal.

Y el pescador con ánimo sereno
Del mar se precipita al hondo seno,
Al sepulcro tal vez;
Y por las frías ondas arrastrado,
Le arranca su tesoro al mar airado,
De su reina llevándolo á los pies.

Yo soy el pescador, amiga mía;
Tú eres la reina que si acaso un día
Pidieras á mi ardor
Una joya de adorno á tu hermosura,
Como esclavo, en el mar de mi ternura,
Fuera á buscar la perla del amor.

Bartolomé Mitre.

LA ESCALERA INTERIOR

—Mi tío—me dijo en cierta ocasión mi amigo La Brigne—era un viejo sumamente extrambótico, pero muy buen hombre en el fondo; y en cuanto á mi tía, era una anciana miserable hasta dejarlo de sobra y bromista como pocas.

Vivían los dos en Puy-L'Eveque, hondonada lúgubre del Vaidomois.

Su casa, que no tenía más que dos pisos, estaba situada en un extremo del pueblo, á dos pasos de las antiguas fortificaciones. Aquella vivienda, donde no se oía desde por la mañana hasta la noche más que el ruido de las disputas de mis parientes, había sido heredada por mi tío, de su buen padre, quien la había heredado del suyo, el cual á su vez la tenía del bisabuelo de mi tío..... y así hasta lo infinito.

Desde tiempo inmemorial iba pasando el inmueble de generación en generación y cada uno de los propietarios lo había restaurado en parte, según los gustos de la época, pero olvidando siempre algo importante y necesario.

Mis tíos vivían como perro y gato entre aquellas cuatro paredes. Impulsados el uno contra el otro por una antipatía tan profunda como instintiva, que se había ido acentuando durante los treinta y cinco años de existencia común, bastaba que uno de ellos dijese blanco para que el otro dijese negro.—¿Por qué? ¡Vaya usted á saberlo! El caso es que se disputan de contínuo por cualquier cosa, por nada, por mero espíritu de oposición.

Hay que consignar que la casa de mi tío dejaba mucho que desear en su parte exterior; tampoco en punto á comodidades era perfecta.

El dormitorio, situado en el piso segundo, comunicaba con el comedor, que estaba en el primer piso, por medio de un corredor estrecho y largo como un día sin pan, en el fondo del cual había una escalera en extremo peligrosa, que hacía penear, por lo obscura y torcida, en el alma de un usurero.

Como era difícil subir ó bajar por ella sin riesgo de romperse la cabeza, ocurriósele á mi tía hablar de la necesidad de remediar el mal, construyendo otra escalera interior, humanamente practicable para unir las dos piezas.

Mi tío se quedó atónito ante la grandeza de semejante idea; por lo cual creyó necesario combatir el plan, circunstancia que, naturalmente, decidió á mi tía á realizar en el acto su proyecto.

Depositaria de los fondos comunes, llamó en seguida á un carpintero y á un albañil, los cuales terminaron su trabajo en poco más de una semana.

Mi tío había mirado á los obreros silbando y fumando, y cuando todo estuvo listo habló á su mujer en estos términos:

—Debes estar satisfecha de tu obra..... ¡Magnífica escalera en realidad! ¡Y muy elegante y cómoda!..... Pero te juro que no he de pasar nunca por ella.

Mi tía, que no esperaba semejante salida de tono, se puso pálida y exclamó:

—¡Conque no pasarás nunca por esa escalera!.....

—¡Jamás!.....

—Pero ¿por qué?

—Por la sencilla razón de que no me da la gana.

—¡Pues yo te juro que tarde ó temprano has de pasar por ella!—repuso mi tía en el colmo de la indignación.

—¡Pues yo te juro que no!—contestó el otro con acento de burla y menosprecio.

Y así terminó la disputa. Los dos cónyuges habían hecho de la terquedad una cuestión de honor, y ni el uno ni el otro cejaba en su empeño.

Hasta dejaron de hablarse, y cada cual bajaba por su escalera á las horas de comer, sin que jamás se amenguara en sus almas el odio que se profesaban.

Un día, al bajar por su escalera—por la suya—dió mi tío un mal paso, y cayendo ruidosamente en aquella obscuridad de cueva, donde quedó boca arriba como un lechoncillo, se fracturó una pierna.

Mi tía, como era natural, corrió presurosa.....

¿Para socorrerle? No. Para mostrarle su alegría. Sus primeras palabras fueron estas:

—¡Veinte francos! Si me hubiesen dado veinte francos no estaría tan satisfecha.

—¡Maldita vieja!—exclamó mi tío lleno de indignación.

El contento de mi tía fué tal, que sofocada, y soplando como un fuelle, casi no podía articular una palabra.

Al fin se decidió á mandar llamar un médico; el cual recomendó, después de la primera cura, una tranquilidad absoluta para el enfermo.

Naturalmente, aquello era pedir un imposible.

Mi tía, que era una mujer muy fuerte y conocedora del alma humana, se puso á cuidar al paciente, en vez de celebrar su triunfo al son de tambores y de cornetas. Sabiendo que hay ocasiones en que la humildad del vencedor hace el efecto del hierro candente en las heridas del vencido, no quiso manchar con una frase indirecta, ni con una mirada inconveniente, el brillo inmaculado de su victoria.

Durante los once días que mi tío guardó cama, no olvidó ni por un sólo minuto su papel. La expresión de su rostro tenía, sin embargo, algo de radiante, y la sonrisa enigmática incrustada en las comisuras de sus labios era hasta terrible, para que su atroz ironía persiguiera al enfermo, hasta penetrar como puntas de fuego en la médula de sus huesos.

Cada taza de tila que mi tía azucaraba al lado de su lecho con cortés afectación y con odiosas delicadezas de enemigo convencido de la superioridad de su fuerza, eran para él una herida mortal.

Al fin dejó de existir mi tío, después de un acceso de delirio.

En seguida llegó lo que se presenta siempre en tales ocasiones: un agente de pompas fúnebres, seguido de una cuadrilla de sepultureros, los cuales colocaron á mi tío en un ataúd de pino y se lo echaron á cuestas, exclamando:

—¡Arriba con él!

Iban á ponerse en marcha para dirigirse hacia la escalera vieja, cuando mi tía les indicó con la mano la otra, suya, la que ella había mandado construir, la que su marido no podía ver, y les dijo:

—Se equivocan ustedes de camino. Por ahí es por donde se baja.....

Y luego, mientras puesta de codos sobre la barandilla, con las mandíbulas apretadas, seguía con interés la bajada perpendicular y vacilante de su difunto esposo, murmuró:

—¿No te había yo jurado que algún día bajarías por esa escalera? ¡Pues ya se ha cumplido mi predicción!

Jorge Courtelines.

SONETO

Ojos azules, boca sonrosada,
Nido de la oración y la armonía;
Seno gentil que ufano desafía
El de Venus por Grecia celebrada.

Torrente de pasión en la mirada;
En los contornos rasgos de poesía;
Cabellera brillante como el día,
Que resplandece en rubia llamarada.

Mano ideal que todo lo embellece;
Cuerpo, rico sostén de la fortuna,
Y mejillas de rosa que amanece.

No falta á su poder gracia ninguna;
Y es tan dulce y tan blanca, que parece
Que á través de su ser pasa la luna.

Salvador Rueda.

LOS PARIENTES POBRES

EL vizconde de Bonnereuil, su esposa la vizcondesa y sus tres hijas, Amelia, Ana y Catalina, ocupaban en casa de sus primos, los Signerol, la triste situación de parientes pobres.

El marqués de Signerol les había albergado en su antiguo hotel de la calle de Santo Domingo, allá en el fondo de un patio, en una habitación interior decentemente amueblada, pero no muy cómoda para la familia. Además les daba leña y alumbrado.

La marquesa, por su parte, vestía á las tres hermanas, y los demás parientes les daban el día del santo de cada una de ellas, algunos billetes de cien francos.

Así vivían los señores de Bonnereuil, con una renta de seis ó siete mil francos admitida en nombre de un principio; pero con cierto aire de protesta y con cara de gente nada satisfecha.

***

Los vizcondes y sus hijas no podían sufrir con paciencia el lujo de sus opulentos primos los Signerol, por más que éstos los convidaran de cuando en cuando á comer y les prestaran sus coches para ir de paseo algunas tardes.

Amelia, la mayor de las hermanas, era una criatura de caracter enérgico y altivo, en quien parecía revivir el belicoso y brutal ardor de los más remotos antepasados de su raza.

Su pobreza la indignaba. ¿Qué significa un nombre por sí sólo? Si un nombre es una mercancía, ¿por qué no había de vender el suyo, [porque el nombre de la mujer se añade fácilmente al del marido]? ¿Por qué no había de vender las ventajas que le ofrecía su nacimiento, su parentesco y sus relaciones?

Indudablemente, la colocación de todo esto era más difícil de encontrar para una mujer que para un hombre. Pero ¿qué costaba procurarlo.

Y Amelia puso manos á la obra.

***

En aquellos días, Ernesto Foussard, el hombre de negocios á la moderna, á quien todo París conoce, propietario de una refinería, de dos fábricas de tejidos, de tres periódicos y de cuatro cafes conciertos, acababa de completar su vigésimo millón de francos.

Como había enviudado siendo muy joven, no había pensado en volver á casarse, consagrado exclusivamente á redondear su fortuna. Pero ahora que tenía hotel en París, galería de cuadros y un castillo histórico en provincias, y había cumplido cincuenta años, se le ocurrió la idea de contraer matrimonio con una mujer que le aportase lo único que le faltaba: un nombre ilustre que añadir al de Foussard y su entrada en el gran mundo.

***

A fuerza de buscar, Amelia de Bonnereuil y Ernesto Foussard llegaron á encontrarse.

Viéronse por primera vez en una venta benéfica, donde el acaudalado industrial dió mil francos por unos gemelos de camisa.

A los pocos días envió á Amelia cien kilos de azúcar y gran cantidad de telas y de trajes *para sus pobres*.

El vizconde le escribió para darle las gracias, y á la semana siguiente presentóse Foussard en casa de los Bonnereuil.

Fué recibido con suma amabilidad, y vió á la encantadora Amelia.

Y siguió frecuentando la casa.

***

Ernesto Foussard y Amelia se habían adivinado mutuamente desde el primer instante.

Foussard agradó al vizconde por la pureza de sus sentimientos monárquicos, y sedujo á la vizcondesa por la sinceridad de sus sentimientos religiosos.

Al cabo de tres meses el rico industrial pidió la mano de Amelia.

El vizconde se mostró muy digno en su contestación.

—Caballero—dijo al solicitante—siento en el alma que haya cometido usted la imprudencia de manifestar un deseo, al cual nuestros principios nos obligan á oponer la más resuelta negativa. Y lo deploro, porque me ha sido usted en extremo simpático.

—Al menos—contestó Foussard—otórgueme usted un favor. Tenga usted la bondad de transmitir mi petición á Amelia. Si me rechaza, sabré que ella es quien me obliga á obedecer y á resignarme con mi desdicha.

—Es usted todo un caballero—repuso el vizconde—y sus palabras revelan la delicadeza de sus nobles sentimientos.

***

Cuando el vizconde dió cuenta á su hija de la petición de Foussard, exclamó Amelia, llena de gozo:

—¡Por fin!... ¡Qué cara van á poner los Signerol!

—¿Aceptas acaso?—preguntó el padre.

—¡Vaya si acepto! ¡Estoy harta de miserias y de privaciones! Foussard será conde pontificio cuando quiera y podrá usar legalmente mi apellido.

—¿Y si negara yo mi consentimiento?—dijo el vizconde.

—Advierto á usted, papá, que he cumplido ya veintidos años y que no creo que trate usted de darme un disgusto.

—No hablas como una señorita de nuestra clase y condición—repuso el padre.

Lo cual no fué obstáculo para que el vizconde escribiera á Ernesto Foussard.

»Amigo mío. Participo á usted que, con gran sorpresa mía, Amelia ha tenido á bien acoger favorablemente la petición de usted. Confieso que me he opuesto con todas mis fuerzas á su resolución. Pero el afecto que usted ha logrado inspirar á mi hija, se sobrepone á todas las exigencias de clase y de condición social. Esta es la situación de las cosas. Sin embargo, suplico á usted que conceda á un padre henchido de dolor, el tiempo necesario para meditar.»

***

Cuando el vizconde refirió á los Signerol el paso de Foussard y la contestación de Amelia, el marqués y la marquesa pusieron el grito en el cielo, declarando, además, que sólo la idea de aquel matrimonio debía causar horror á todo buen aristócrata. Y fueron tan allá, que llegaron á prohibir al vizconde que Foussard traspasara los umbrales de su hotel.

Bonnereuil protestó contra tanto rigor y salió bruscamente, furioso, pero digno.

Al día siguiente se fué á vivir con su mujer y sus hijas á un modesto cuarto de la calle del Bac.

***

En cuanto corrió la noticia del casamiento, todos los parientes de la novia rugieron de indignación.

Amelia se mantuvo inexorable y se negó á atender á las súplicas de su orgullosa parentela, que la visitó repetidas veces con objeto de hacerla desistir de su propósito.

El reverendo padre Saint-Amarande amonestó también á la insurrecta y no pudo sacar de ella más que estas palabras:

—¿No quieren que venda mi nombre? Pues bien; lo que se puede vender se puede comprar.

El religioso comprendió la misteriosa alusión, porque acto contínuo celebró una detenida conferencia con el vizconde.

No conozco á punto fijo los detalles de la conversación; pero el caso es que al despedirse dijo el padre Saint-Amarande á monsieur de Bonnereuil:

—Quedamos, pues, en lo siguiente: una pensión anual de cuarenta mil francos, de los cuales veinte mil son para usted y sus dos hijas menores, á condición de que no podrán casarse más que con hombres de su clase, y los otros veinte mil para Amelia, mediante la misma condición. Yo me encargo de someter la propuesta á los marqueses de Signerol y á los demás parientes interesados en el asunto.

***

La proposición fué aceptada, y en pocas horas se cubrió la suscripción en favor del vizconde y de su familia.

Al día siguiente, Ernesto Foussard recibió la siguiente carta del señor de Bonnereuil:

»Mi distinguido amigo: Después de haber con-

sagrado á una profunda meditación el plazo que usted me había concedido, tengo el sentimiento de participarle que mi hija se niega á acoger benévolamente la petición de usted, comprendiendo al fin que hay que sacrificar los afectos á los principios.

Estoy seguro de que usted mismo aprobará la dolorosa intransigencia de Amelia.

Quedo, como siempre, á sus órdenes, etc.....»

De este modo se salvó el hónor de la aristocracia parisiense.

Julio Lemaitre.

MI MUSA

Ella es la musa del placer ardiente.....
la que en mis venas su calor derrama
y sus alas de luz bate en mi frente.

—

La que en mis noches de locura, llama
á las puertas del alma y le presenta
cuanto es fulgor y en la existencia ama.

—

Ella es el hada que en mis noches veo
escanciar en mis labios ardorosos
el olímpico néctar del deseo.

—

Y de la luz los piélagos hermosos
finge en mis sueños, que en el alma ruedan
cual en lo azul los fúlgidos colosos.

—

Al cálido contacto de sus besos
siento que el fuego al corazón devora,
y siento fiebre y dichas y embelesos.....

—

Como el jigante azul que el sol colora
debe sentir al escuchar los himnos
de los besos triunfales de la Aurora.

—

No es el placer efímero que enloda
el plumaje del alma con su cieno,
aquel que llena mi existencia toda.

—

Es el que inflama con su luz el seno
de las almas que sueñan lo infinito
de la existencia en el constante invierno.

—

Es el placer que cubre desnudeces
con las alas de rosa de los sueños
y apura así la dicha hasta las heces.

Felipe Valderrama.

SOR FILOMELA

A está hecho, por todos los diablos! rugió el obeso empresario, dirigiéndose á la mesita de mármol en que el pobre tenorio ahogaba su amargura en la onda de ópalo de un vaso de ajenjo.

El empresario—ese famoso Krau,—¿no conocéis la celebridad de su soberbia nariz, un verdadero dije de coral ornado de rubíos alcohólicos?—el empresario pidió el suyo con poca agua. Luego, secó el sudor de su frente, y dando un puñetazo que hizo temblar la bandeja y los vasos, soltó la lengua.

—«¿Sabes, Barlet? Estuve en toda la ceremonia: lo he presenciado todo. Si te he de decir la verdad, fué una cosa conmovedora..... No somos hechos de fierro.....» Contóle lo que había visto. A la linda niña, la joya de su *troupe*, tomar el velo, sepultar su belleza en el monasterio, profesar, con su vestido oscuro de religiosa, la vela de cera en la mano blanca. Después los comentarios de la gente. «¡Una cómica, moujal... A otro perro con ese hueso.....» Barlet, el enamorado romántico, veía á lo alto y bebía á pequeños sorbos.

***

Eglantina Charmat, mimada del público parisiense, había sido contratada para una *tournée* por los países de América. Bella, suavemente bella, tenía una dulce voz de ruiseñor. Un cronista la bautizó en una ocasión con el lírico nombre de Filomela. Tenía los cabellos un tanto oscuros, y cuando se le desataban en las escenas agitadas, hacía con gracia propia para recogérselos, el mismo encantador movimiento de la Reichemberg. Entró en el teatro por la pasión del arte. Hija de un comerciante bordeles que la adoraba y la mimaba, un buen día, el excelente señor, después del tiempo de Conservatorio, la condujo él mismo al estreno. Tímida y adorable, obtuvo una victoria espléndida. Quién no recuerda la locura que despertó en todos, cuando la vimos arrullar, incomparable Mignón:

Connais tu le pays oú fleurit l' oranger.... .?

Festejado por nababs y *rastas* pudo, raro temperamento, estraña alma, conservarse virtuosa, en medio de las ondas de escándalo y lujuria que á la contínua pasan sobre todo eso que lleva la gráfica y casta designación de *carne de tablas*. Siguió en una carrera de gloria y provecho. Su nombre se hizo popular. Las noches de representación, la aguardaba su madre para conducirla á la casa. Su reputación se conservaba intacta. Jamás el *Gil Blas* se ocupó de ella con reticencias ó alusiones que indicasen algo vedado: nadie sabía que la aplaudida Eglantina favoreciese á ningún feliz adorador, siquiera con la tierna flor de una promesa, de una esperanza.

Almita angelical encerrada en la más tentadora estatua de rosado mármol!

***

Era ella una soñadora del divino país de la harmonía. ¿Amor? Sí, sentía el impulso de amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el príncipe de su sueño no había llegado, y en espera de él, desdeñaba con impasibilidad las galanterías fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los cresos golosos. Allá en el fondo de su alma le cantaba un pájaro invisible una canción, vaga como un anhelo de juventud, delicada como un fresco ramillete de flores nuevas. Y cuando era ella la que cantaba, ponía en su voz el trino del ave de su alma: y así era como una musa, como la encarnación de un ideal soñado y entrevisto, y de sus labios diminutos y rojos, caían, á gotas harmónicas, tremoles cristalinos, arpegios florecidos de melodía, las amables músicas de los grandes maestros, á los cuales ella agregaba la delicia de su íntimo tesoro. Juntaba también á sus delectaciones de artista profundos arrobamientos místicos. Era devota.....

—¿Pero no estáis escribiendo eso de una cómica?

.....Era devota. No cantaba nunca sin encomendarse á la virgencita de la cabecera de su cama, una virgencita de primera comunión. Y con la misma voz suya con que conmovía á los públicos y ponía el estremecimiento de su fuerza mágica sobre palcos y plateas interpretando la variada sinfonía de los amores profanos, lanzaba, en los coros de ciertas iglesias, la sagrada lluvia sonora de las notas de la música religiosa, interpretando tan bien los delicios del infinito amor divino; y así su espíritu, que vagaba entre las rosas terrenales como una mariposa de virtud, iba á cortar con las vírgenes del paraíso las margaritas celestes que perfuman los senderos de luz por donde yerran, póseídos de la felicidad eterna, las inmortales almas de los bienaventurados. Ella cantaba entonces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de ruiseñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y su lengua se regocijaba con las alabanzas á la Reina María Santísima y al dulce Príncipe Jesús.

Un día, empero, llegó el amado de su ensueño, el cual era su primo y se llamaba el capitán Pablo. Entonces comenzó el idilio. El viejo bordelés lo aprobaba todo, y el señor capitán pudo vanagloriarse de haberse desflorado con un beso triunfante la casta frente de lys de la primaveral Eglantina. Ella fabricó inmediatamente dos castillos en el aire, con el poder de su gentil cabecita: 1º aceptaría la contrata que desde hacía tiempo le proponía el obeso y conocido Kran, para una *tournée* en América: 2º á su vuelta, ya rica, se casaría.

Concentrada la boda, Eglantina firmó la célebre contrata, con gran contentamiento de Kran, que en el día del arreglo presentó más opulenta y encendida su formidable nariz..... ¡Qué negocio! ¡Qué viaje triunfal! Y en la imaginación veía caer el diluvio de oro de Río, de Buenos Aires, de Santiago, de México, de Nueva York, de la Habana.

***

También firmó contrato Barlet, ese tenorcito que, á pesar de su buena voz, tiene la desgracia de ser muy antipático, por gastar en su persona demasiados cosméticos y brillantinas. Y Barlet «¡por todos los diablos!» se enamoró de la diva. Ella, á pesar de las insinuaciones de Kran en favor del tenor, pagaba su pasión con las más crueles burlas. ¿Burlas en el amor? Mal hecho. En los buenos días de la Provenza del siglo XIII, había merecido versos severos del poeta lírico Fabre d'Uzes y la marquesa de Mallespine la había condenado por su crueldad, á dar por lo menos, un beso en público, al desventurado y malferido adorador. Eglantina llevaba en su corazón la imagen del capitán. Por la noche, al acostarse, rezaba por él, le encomendaba en sus oraciones y él enviaba su amor con el pensamiento.

.....El primer castillo aéreo comenzaba á solidificarse. En Río de Janeiro ganó la diva crecidas sumas. El día de su beneficio recogió una cestilla de diamantes. El emperador Don Pedro, q. d. D. g., le envió un imperial solitario. en Montevideo, Buenos Aires, en Lima, fué para la deliciosa Mignon la inacabable fiesta de las flores y del oro. Entre tanto, Barlet desafinaba de amor; y más de una vez se inició en su contra la más estupenda silva. Pasaron meses. En vísperas de regresar, Kran recibió propuestas excelentes de Santiago de Chile, y se encaminó para allá con su compañía. Eglantina estaba radiante de gozo. Pronto volvería á Francia, y entonces.....

Mas un día, después de leer una carta de París, al concluir la temporada del Municipal, la diva se quedó pálida, pálida..... Allá, en la tierra de la porcela y del oplo, en el horrible Tonkin, había muerto el capitán. El segundo castillo aéreo se había venido al suelo, rompiendo en su fracaso la ilusión más amada de la triste almita angelical. Esa noche había que hacer «Mignon», la querida obra favorita, tenía que cantar Eglantina con su aurea voz arrebatadora:

«Connais tu le pays, oú fleurit l' oranger...?»

Y cantó, y nunca, ¡ay! con mayor encanto y ternura. En sus labios temblaba la balada lánguida de la despedida, el gemido de todas las tristezas, la cántiga dollente de todas las desesperanzas..... Y en el fondo de su sér, ella, la rosa de París, sabía que no tenía ya amores é ilusiones de la tierra, y que solamente hallaría consuelo en la Reina María Santa y en el dulce Príncipe Jesús.

***

Santiago estaba asombrado. La prensa hacía

comentarios. El viejo bordelés, que había acompañado á su hija, lloraba preparando sus baules .....¡Adios, mi buena Eglantina!

Y en el coro del Monasterio estaba de fiesta el órgano; porque sus notas iban á acompañar la música argentina de la garganta de la monja... Un ruiseñor en el convento; una verdadera Sor Filomela!

Y ahora, caballeros, os pido que no sonrais delante de la verdad.

Rubén Darío.

Buenos Aires.

La eternidad

[PARAFRASIS DE BYRON.]

¡Oh eternidad! si en ese nuevo mundo
Donde los astros relucientes giran,
Sobrevive el amor; si no es un sueño
Que el corazón responde todavía
A la noble amistad, como en los ojos
Dulzura, que no lágrimas exista:
Cuán hermoso será encontrar la muerte!
¡Cuán bello sería el nuevo día,
Saludando con gozo esas esferas
Que imperceptibles desde aquí se miran!
¡Cuán grato de la tierra alzar el vuelo,
Abandonar el valle y la colina,
Oh dulce eternidad, y las zozobras
Ver con tu luz radiante confundidas!
Y es de necesidad que así suceda
No tiembla al borde de la tumba fría
Porque se encuentre solitario el hombre;
No tiembla por sí mismo: de la vida
A los últimos lazos no se aferra,
Porque le alienta esa ilusión amiga.
Es menester creer ¡dulce creencia!
En esa eternidad que se adivina;
Llevar el pensamiento á esas regiones
Del porvenir que escóndese á la vista,
Y en ellas hallarán todos los séres
Corazones que fueron su alegría,
Almas que fueron álma de las suyas,
Vidas que fueron de las suyas vida,
Y apagarán su sed en una fuente,
Y viviráu las almas siempre unidas!

* * *

EL DIOS BUENO

Todos los niños del hospicio habían ya rezado después de la taza de chocolate. A los más pequeños les habían persignado las Hermanas de la Caridad. En la gran sala, alumbrada por una farola de gas, colocada en un extremo, flotaba el aliento acompasado del sueño, exhalándose de las camitas que tenían tanto de nido como de cuna. La Hermana Adela vigilaba. ¡La buena Hermana Adela! Al muchacho que tenía descubiertos los piecesitos, se los cobijaba con la sábana blanca. Al que se había acostado con una mano sobre el corazón, se la quitaba de allí, y le ponía tendida sobre el lado derecho, porque así se duerme bien y no se tienen pesadillas. A cada cual vigilaba la Hermana con gran cuidado: al rubio Jorge, que tenía los cabellos dorados y las más preciosas manos infantiles; al gordiflón Roberto, una delicia por su gracia; á la dulce perilla Estefanía, que era la que con lindos dientes reia en el jardín, fresca, tierna y alegre bajo un rosal; ¿á cuántos niños más? ah! á la incomparable Lea, que era pálida y apacible, y en el juego del recreo la más formal; la que rezaba bellamente como un an-

gelito, con las manos juntas al buen Señor Dios, á la hora de acostarse.

¡Ninguna como esta adorable pequeña! Era la más amada de las huérfanas inocentes que vivían en aquella casa de caridad, bendito kindergarten de miniaturas humanas, donde las risas desbordadas sonaban como canciones locas de pájaros nuevos, en una pajarera encantadora. El domingo, cuando iban de paseo todos los chicos del hospicio, llamaba la atención Lea, seria, cuellierguida, sonriente, con una suave é innata magestad de princesa colibrí. Y era de ver, á la vuelta, cómo traían sus naranjas doradas, sus ramos de flores del campo, sus lirios y sus rosas! La Hermana Adela queríala mucho porque no era como otras que la decían impertinencias: «Hermana Adela, ¿por que teneis la cabeza rapada como el mozo que nos lleva la leche?» Antes bien la decía cosas sencillas y puras: «Hermana Adela, ¿me permitís dar mis violetas á la ciegnecita que está en la esquina cantando su canción?» Otras veces, cuando iban á misa, en la capilla, tragante de incienso, donde estaba el altar flamante y el órgano místico y sonoro, y donde el cura viejo y santo alzaba la hostia. Lea estaba inmóvil, con los ojos puestos en el oficiante. Allá arriba, en el coro, sonaban los himnos religiosos; el sacerdote, vestido con su casulla de blanco y oro, bebía en cáliz de oro también. Todos estaban de rodillas ante él.

Lea decía allá dentro de su cabecita de gorrión recién nacido al sol: «La hostia es santa, blanca, y redonda: el padre tiene una corona en la cabeza, como la hostia; bebe en una copa de oro; cuando alza la custodia tres veces sobre su frente, me está mirando el buen Dios, que me ama, y me ha dado mi cama suave, la leche fresca por la mañana, la muñeca durante el día, el chocolate por la noche: así dice la Hermana Adela. ¡Oh buen Dios!»

Y cuando después de la comunión hacía una plática el señor cura! Sencillo, afable, sonriente, procuraba llegar con su palabra á la comprensión de aquellos pequeñines. «Teneis todos una madre, hijos míos, aunque os falte la natural. Es una divina mujer que está allá en el cielo, y también en el altar donde digo la misa. Es aquella que está sobre una media luna, con un manto azul, rodeada de cabecitas de niños rosados, como vosotros, y que tienen alas. Es amorosa, es maternal y os bendice. Vuestro padre es el Padre celestial, es el buen Dios!

¿Cómo amaban y comprendían ellos «al Padre celestial,» á la dulce María santa, bella y gloriosa imaginada por Murillo? ¡Y Lea sobre todo se fijaba en el «Buen Dios,» que estaba allá en la capilla, en un retablo, todo soberbio y venerable; un gran anciano de barbas blancas, el Padre Eterno, que tenía los brazos abiertos sobre el mundo, un triángulo de luz en la cabeza, los piés sobre las nubes, lleno de ternura y de majestad, como un abuelo!

Cuando se iba á su lecho, pequeño y tibio como para que se echase en él una palóma, pensaba en todos los bienes de que se gozaba por el abuelo del cielo, el de la capilla, el que había creado el azul, los pájaros, la leche, las muñecas, la casulla del cura, y la Hermana Adela, que la persignaba y arrullaba á modo de una madre de verdad.

Las doce. Clara noche.

La Hermana se había puesto á rezar: «Por la guerra. Porque nos quites, ¡oh Dios mío, esta horrible tormenta! ¡Porque cese la furia de los hombres malos! ¡Porque respeten nuestra capilla, nuestra bandera con su cruz!»

La bandera estaba ya puesta desde el principio del asedio de la ciudad, en lo alto del hospicio. La guerra era la más sangrienta y espantosa que había visto el país: se sabía de saqueos, de incendios, de violaciones, de asesinatos horrorosos. Las Hermanas de la Caridad que dirigían el hospicio habían pedido á los desvastadores que se les respetase con sus niños. Así se les había ofrecido. Habían colocado, pues, su bandera; una gran bandera blanca con una cruz roja.

Cuando al caer la tarde, la Hermana Adela supo la noticia de que había bombardeo, á la hora del chocolate dijo á todos los chiquillos: «Hijos míos, oremos.» Siempre oraban antes de comer. De pronto se empezaron á oir lejanos cañonazos. Todos los niños estaban alegres en la mesa, menos Lea. A poco le dijo á la Hermana: «¿Oyes Hermana?» Truena. Otra dijo: «Es la guerra.» La Hermana volvió á ordenar: «Niños míos, oremos.»

A lo lejos se oían gritos, ruido de gentes en lucha: retumbaba la voz del bronce. Arriba en el cielo, en la pureza del azul infinito, una luna clara y argentina, en todo su esplendor, derramaba su luz: pálida, indiferente, alumbraba las miserias de la tierra.

«¡Dios te salve María, llena eres de gracia!...» Ya se había levantado, á media noche, la Hermana Adela, cuando vió caer la primera bomba en el patio del hospicio. ¡El bombardeo! De modo que aquellos bandidos, aquellos Herodes, sacrificarían en su furia y en su venganza á los inocentes! Con ruido siniestro á infernal, cruzaban las granadas por el aire. La bandera con la cruz que estaba sobre el hospicio, era como una pobre y grande ave ideal, delante del inexorable y espantoso proyectil. Allá, no lejos, se oían estallar bombas y vibrar tristemente los ayes de los heridos. Una, otra casa, se envolvía en llamas. «Dios te salve María.» La Hermana Adela fué y visitó las camas de los niños, en cada una de las cuales alentaba una delicada flor de infancia llena de divinos aromas.

Abrió una ventana y vio cómo por la calle iban en la larga carrera gentes sangrientas y desesperadas, soldados heridos que desfallecían, mujeres desmelenadas con sus hijos en los brazos, á la luz implacable del incendio.

Entonces fué cuando comenzaron á caer granadas en el recinto en que dormían los niños. ¡Qué respeto á la bandera santa! ¡á la cruz roja! ¡á la inocencia! Cayó la primera y saltaron dos camitas despedazadas, dos niños muertos en su sueño. Y siguieron cayendo en lluvia tremenda las criminales: y la Hermana Adela gemía, porque la muerte no viene nunca así para los pobres inocentes, y porque eso era como un olvido del cielo para con las rosas vivas que perfumaban aquellas cunas. Despertaron los chicos al estruendo, y se pusieron á llorar, en tanto que la Hermana oraba, con su rosario en la mano. Granada tras granada, el edificio se iba destruyendo. Al fin se incendió todo. Locas las guardianes y maestras de los niños quisieron salvar á los que pudieron tomar en brazos, azorados en su súbito despertar, soñolientos y desnudos.

La hermana Adela corrió á la camita de Lea, donde ya la niña estaba de rodillas, orando al Señor anciano de la capilla, que es tan bueno, que hizo el sol y la leche, y las frescas flores de mayo; orando por aquello que no comprendía, por aquella tempestad de fuego, por aquellos gemidos.....Oh! el «Buen Dios» no permitiría que fuese así, como ella se lo rogase.....

Pero al acercarse la Hermana Adela, que la iba á socorrer, cayó cerca otra bomba, que hirió á la religiosa, ensangrentando su traje de algodón azul y su corneta de lino blanco.

Con los ojos abiertos en redondo, poseída de algo sobrehumano, la pequeña Lea se alzó de pronto sobre su colchón, y con una voz que helaría de espanto á un hombre de piedra, exclamó retorciendo sus bracitos y mirando hacia arriba:

—Oh buen Dios, no seas malo!

Ruben Darío.

ENSUEÑOS DE LA TARDE

Para Rosa Elvira.

Cuando al caer de moribunda tarde,
aparecés, de pronto en tu ventana,
y abrazas la extensión de lo Infinito
con las redes de luz de tu mirada,

¿Díme, las nubes del dolor se agrupan
en el vasto horizonte de tu alma,
ó sientes la nostalgia de otro mundo
y anhelas regresar á tu morada?

En algo piensas que tu amor me oculta
con el nublado de aparente calma;
mas tus ojos, estrellas de mi cielo,
me anuncian al llorar lo que tu callas!

Ese raudal de relucientes perlas
aumenta más la esplendorosa llama
de esta pasión que en mi cerebro impera,
como Dios en la bóveda azulada!

Ya comprendo, mi bien; sientes hastío,
el cansancio letal de la jornada;
anhelas emprender tu rando vuelo
al Eden inmortal de la esperanza!

Te sofoca la humana vestidura,
y deseas mirar las encantadas
regiones que has poblado con los sueños
que cruzan toda frente enamorada!

Tú me has dicho, llorando de ternura,
que al colocar tu sien sobre la almohada,
en medio de celestes melodías
has visto un pintoresco panorama;

Una gruta cubierta con las rosas
que nacen en espesas enramadas;
y allí los dos, felices, escuchando
el contínuo caer de la cascada!

.....

—Cuando en mis brazos reclinaste un día
con dulce languidez tu frente casta,
exclamastes henchida de tristeza:
«Voy encontrando la existencia larga;

«Si unirnos en la tierra es imposible
¿por qué esta vida de dolor no acaba?
Estréchame á tu seno y luego tiende
al firmamento tus potentes alas!

«Que en aquella región que he divisado
en el silencio de la noche helada,
se esconde el ideal de los que sienten
de la divina inspiración las ansias!

«Eterna compañera de tu dicha
yo quiero ser por el cariño esclava;
marchemos, pues, á la mansión hermosa
¡que inefables placeres nos aguardan!.....»

Goza, mi amor; y que jamás despiertes,
de aquellos sueños que la vida encantan;
yo no puedo soñar porque me abruma
la horrible pesadilla de la nada.....!

Alvaro Llona.

El miedo

Después de comer volvimos á subir al puente. En torno nuestro se veía el Mediterráneo, donde rielaba tranquilamente la luna.

Deslizábase el buque lanzando una serpiente de humo al cielo, tachonado de estrellas.

Silenciosas estábamos á bordo seis ú ocho personas, con la vista fija en Africa, adonde nos dirigíamos.

El comandante, que fumaba un cigarro, reanudó de pronto la conversación que habíamos sostenido durante la comida.

—Sí, aquel día tuve miedo—dijo—pues mi barco estuvo seis horas encallado en la roca y azotado por el mar. Por fortuna, á la caída de la tarde fuimos recogidos por un buque inglés que nos había visto,

Entonces un mocetón, de rostro atezado y serio aspecto, habló por primera vez y dijo:

—Afirma usted, mi capitán, que ha tenido miedo; no lo creo. Se equivoca usted acerca de la palabra y de la sensación que experimentó. El hombre enérgico nunca tiene miedo en un peligro inminente. Está conmovido, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El capitán replicó riéndose:

—¡Cáspita! Le respondo á usted que he tenido miedo.

—Permítame usted que me explique. El miedo es algo espantoso, una sensación atroz, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, á cuyo sólo recuerdo siéntense escalofríos de angustia. Pero cuando se es valiente, no se siente esto ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas del peligro. Esto sólo ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo el poder de misteriosas influencias. Yo he tenido miedo en pleno día, hace diez años, y he vuelto á sentirlo el invierno último, una noche del mes de Diciembre.

Pues bien; he aquí lo que me pasó hace diez años en Africa. Atravesaba yo los grandes méganos al Sur de Uarg-, no de los más extraños

países del mundo. Imagínense ustedes el Océano trocado en arena en medio de un huracán. Sobre aquel mar furioso, mudo y sin movimiento, vierte sus llamas implacables, sol abrasador del Mediodía. Hay que subir por aquel oleaje de cenizas de oro y bajar y volver á subir sin descanso y sin sombra. Los caballos resuellan con hipo, se hunden hasta las rodillas y se escurren al bajar.

Ibamos dos amigos, seguidos por ocho *spahis* y cuatro camellos con sus camelleros. No hablábamos una palabra, abrumados por el calor y la fatiga, secos de sed como aquel ardoroso desierto. De pronto uno de aquellos hombres dió un grito de angustia.

No sé dónde, cerca de nosotros, tocaba un tambor, el misterioso tambor de los arenales movedizos.

Los árabes se miraban con espanto y uno de ellos dijo en su idioma:

—¡La muerte está sobre nosotros!

Durante dos horas, el intangible tambor no cesaba de aturdirnos los oídos con su monótono ruido.

En aquel momento, mi amigo cayó en tierra, muerto de una insolación.

El miedo se apoderó entonces de todo mi ser, al verme ante aquel cadáver, mientras que el eco desconocido repetía los fatídicos redobles, á doscientas leguas de todo poblado francés.

El capitán interrumpió al narrador y le dijo:

—Pero ¿qué era aquel tambor?

—Nadie lo sabe. A mi juicio, no se trata más que de una especie de espejismo del sonido.

Y ahora llego á mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del Nordeste de Francia.

Tan obscuro estaba el cielo, que se hizo de noche dos horas antes de lo regular.

Llevaba yo por guía un campesino que iba á mi lado por un sendero de árboles, á los cuales hacía dar alaridos el viento huracanado.

Teníamos que cenar y que acostarnos en casa de un guarda de montes, cuya morada no estaba ya lejos de nosotros.

A veces mi guía levantaba la vista y murmuraba: «¡Qué tiempo tan triste?» Luego me habló de las personas á cuyo domicilio nos dirigíamos. El padre había dado muerte á un cazador furtivo dos años antes, y desde entonces tenía un humor tétrico, como si no cesara de atormentarle el recuerdo de aquel hecho fatal. Con él vivían sus dos hijos, ambos casados.

De pronto ví una luz y á los pocos instantes mi compañero llamaba á una puerta.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Quién va?

Mi guía se dió á conocer y entramos, presentándose ante mis ojos un cuadro inolvidable.

Un viejo, de cabeza cana y ojos alocados, con la escopeta cargada en la mano, nos aguardaba de pie en la cocina, mientras guardaban las puertas dos fornidos mocetones, armados con hachas. En los obscuros rincones hallabánse dos mujeres arrodilladas, de cara á la pared.

El anciano dejó su arma apoyada contra un banco y dió órdenes para que prepararan mi cuarto. Luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Esta noche hace dos años justos que maté á un hombre. El año pasado vino á llamarme y también le espero esta noche.

Y después añadió, en un tono que me hizo sonreir:

—Por eso estamos intranquilos.

Le tranquilicé como pude, satisfecho de asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso.

Junto al hogar dormía un perro viejo, con el hocico metido entre las patas.

Iba yo á despedirme para acostarme, cuando de repente el anciano dió un bote de su asiento y empuñó de nuevo la escopeta, balbuceando con voz temblorosa:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Miradle!...

Las dos mujeres volvieron á caer de rodillas y los hijos del guarda cogieron de nuevo sus hachas.

El perro se despertó sobresaltado, levantó la cabeza, alargó el pescuezo y lanzó uno de esos lúgubres aullidos que hacen temblar á los caminantes.

El guarda, lívido, esclamó:

—¡Lo huele, lo siente! ¡Estaba ahí cuando yo le maté!

A mi pesar, sentí un escalofrío en los hombros á consecuencia del pavor que me infundía aquella visión del animal, en aquel sitio y á aquella hora, en medio de aquellas gentes tan perturbadas por la superstición.

¡Tuve miedo! Pero ¿miedo de qué? ¡Qué se yo! Miedo y nada más.

Esperábamos un suceso horrible, con el oído atento y palpitante el corazón.

Y el perro se puso á dar vueltas por el aposento, olfateando las paredes y sin cesar de ladrar.

Entonces el aldeano, que me había servido de guía, se arrojó sobre él, y abriendo una puerta que daba á un corralazo echó fuera al animal.

De repente tuvieron todos una especie de sobresalto: un sér se deslizaba contra la pared exterior hacia el bosque; luego pasó contra la puerta, que pareció palpar con mano vacilante; luego volvió, rozando siempre la pared, y la rascó ligeramente, como lo haría un niño, con las uñas. Después apareció de pronto contra el cristal de un ventanillo una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras.

Entonces estalló en la cocina un estrépito formidable. El anciano había disparado su escopeta.

Y juro á ustedes que al ruido del disparo, que no esperaba, sentí tal angustia, que poco me faltó para morirme de miedo.

Allí estuvimos hasta la aurora, sin movernos ni hablar una palabra.

Nadie se atrevió á desatrancar la puerta hasta que se vió por una hendidura penetrar un pálido rayo de la luz del día.

Al pie de la pared y contra la puerta yacía el pobre perro, con las quijadas rotas por un balazo.

Al cabo de algunos instantos de silencio, repuso el narrador:

—Sin embargo, aquella noche no corrí riesgo alguno. Pero mejor quisiera que comenzaran de nuevo las horas terribles en que afronté los más espantosos peligros reales, que aquel solo minuto del disparo de la escopeta del guarda contra la barbuda cabeza del ventanillo.

Guy de Maupassant.

CREYENTE

Ante el altar de rodillas
Doblas al suelo la frente;
Retratando en tus mejillas
Las emociones sencillas
Del fervoroso creyente.
En tu límpida mirada
Resplandece la fe pura
Y de tu boca adorada
Surge la oración alada
Como un canto de ternura.
¡Yo, poeta infortunado,
Cómo envidio tu creencia,
Y ese consuelo sagrado
Que *de los cielos bajado*
Viene á endulzar la existencia!
¡Oh! Qué grata debe ser
La emocion pura y tranquila
Que, de la tarde al caer,
Al triste son de la esquila
Logra el alma conmover!
Y al humillarse, rezando
Con cristiana devoción,
Sentir en el corazón
El beso amoroso y blando
Del ángel de la ilusión.

CARLOS A. BOISSIER

Matanzas, 1895.

OSTRACISMO

El joven bardo, cuyo recuerdo me inspira estos renglones, el pobre amigo á quien las Musas ofrecen sus más dulces primicias, gemía desolado, cual cautivo opreso, tras las doradas rejas que circundan los púpitres en la casa de comercio que durante tantos años utilizó los servicios prosaicos del poeta.

Las jaulas, podorados que tengan sus alambres,

nunca serán otra cosa que cárceles mal disimuladas, y si la inspiración acude oficiosa al llamamiento del cautor, surgiendo á veces entre uno y otro asiento del *debe* ó del *haber*.....entonces aparece también la maldición contra la suerte y el reproche contra la justicia equivocada.

Los que presienten la dedicación al verso y á la rima y gozan deleitándose al hallazgo de una metáfora natural y delicada, sufren silenciosos la imposición de la vida entre las extremas vulgaridades que engendran ese desfallecimiento moral del que ve tronchados sus ensueños.

El joven bardo, todo corazón, ageno á las hipócritas sobrellevadas situaciones, sentíase poeta aún en medio de la atmósfera extraña que lo envolvía; y sus versos, inspirados y armoniosos, parecían una queja misteriosa elevada á lo más alto por un contrariado de la vida... Imaginábase uno estar junto á un ave que pugnando por remontar su vuelo hasta las nubes, viérase inutilizada por crueles ligaduras.....

Lo he visto errar de punto en punto, cual mendigo literario, pidiendo un lugar para sus versos; rechazado, aquí por «desconocido»...allá, sin ninguna explicación... y me he preguntado si la humanidad no falsea sus principios más fundamentales; porque el apoyo debió ser hecho para el débil, y es una de las más tristes realidades de la vida, que los hombres no se toman el trabajo de medir la agena fortaleza.

¡La experiencia misma parece huir avergonzada ante el desprecio de sus saludables enseñanzas...!

Lejos de arredrarse, el joven cantor aprovechó siempre sus escasos ratos disponibles, sus insomnios llegaron á ser el reflejo de su negra suerte y escribía...escribía nuevos versos que se le antojaban buenos, tan bellos y correctos, como los que á diario publicaban entre dos elogios.

Un día me preguntó si el mundo era justo negándole lo que prodigaba á los demás.

Guardé un silencio elocuente y entonces, como si hablara consigo mismo, repitió con amargo acento:

—¡Ah...! ¿Por qué no quieren ni escucharme...?

—El joven bardo vive hoy ausente de la patria. ¿Seguirá enteramente encadenado á la desgracia...? ¿Podrá mañana considerarse feliz al ver realizados sus ensueños de otro tiempo?

¡Quien pudiera adivinarlo!

Recordaré siempre con tristeza la tarde que lo acompañé hasta el vapor que había de conducirlo, y están fijas en mi mente las últimas frases que me dirigió, envueltas en un raro buen humor que estaba muy lejos de sentir.

—¡Veré me gritó, pugnando por reirse—sino se rompen las cuerdas de mi lira!

A cada rato pienso, sin querer, en el pobre amigo, nostálgico del verso, á quien las Musas protegen y los hombres condenan al más injusto de los ostracismos.

¿Se romperán las cuerdas de mi lira...?

J. Vermay y Mantilla.

Activo: más de $ 221.213,721 33
ORO AMERICANO

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director General,
Carlos Sommer.

"LA MUTUA"

PUENTE DE SAN FRANCISCO, 1
Casa propiedad de la Compañía.

COMPAÑIA DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA.

Director Médico,
Eduardo Liceaga.

C

AP Revista azul
63
R495
1894a
t.5

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY